Alain-René Lesage

# Historia de Gil Blas de Santillana



GENIO MALIGNO

ALAIN-RENÉ LESAGE

# Historia de Gil Blas de Santillana

GENIO MALIGNO

Historia de Gil Blas de Santillana, de Alain-René Lesage.

Traducción: José Francisco de Isla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1781 (traductor verificado: José Francisco de Isla, m. 1781). Dominio público en Argentina desde el 1/1/1852.

Texto de dominio público, a partir de una transcripción hecha por voluntarios.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

# Tomo I

# Preliminares

Le Sage

* * *

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA

TOMO I

MCMXXII

* * *

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española

LE SAGE

* * *

## Historia

de

Gil Blas de Santillana

NOVELA

TOMO I

Traducción del P. Isla
MADRID, 1922

* * *

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

* * *

*La famosísima novela de Le Sage* Gil Blas de Santillana *fué traducida superiormente por el padre Isla, el autor de* Fray Gerundio. *Esta traducción es la que publicamos. Hízola el padre Isla con la intención de mostrar patente el origen español de la inspiración que animara a Le Sage. ¿Consiguió lo que pretendía? En parte sí, pues leído el* Gil Blas *en la traducción española de Isla parece enteramente una novela picaresca de las muchas que ha producido nuestra literatura. Pero si miramos con mayor atención la novela, veremos en ella un gran número de rasgos que esencialmente la clasifican entre las obras de ingenio e inspiración típicamente franceses. Prepondera la descripción de caracteres, la fina sátira moral, la intención psicológica sobre la mera narración de aventuras. Le Sage no inventa intrigas por el solo placer de la acción, sino para engarzar en ellas tipos, vicios, defectos morales, ridiculeces de la especie humana. Así adquiere su obra un sentido filosófico, moral; más que novela de aventuras es novela de costumbres y de caracteres.*

*Le Sage, que nació en la Bretaña y se hizo abogado en París, fué uno de los primeros escritores que vivieron exclusivamente de su pluma. Publicó en 1715 los dos primeros tomos de* Gil Blas, *que llegaban hasta el punto en que Gil Blas es nombrado intendente general de D. Alfonso de Leyva. En vista del formidable éxito que obtuvo, escribió una continuación, publicada en*

*1724, que comprende la estancia de Gil Blas en Granada y su traslado a Madrid, con la historia de su privanza con el duque de Lerma. El éxito de esta continuación superó al de los dos primeros tomos, y en 1735 publicó Le Sage el final de la obra, con la narración del ministerio y muerte del Conde Duque y el retiro de Gil Blas a Liria.*

* * *

GIL BLAS DE SANTILLANA

* * *

# Declaración de le Sage

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caracteres viciosos o ridículos que en él se censuran a personas determinadas, declaro a estos maliciosos lectores que harán mal y se engañarán mucho en hacer la aplicación a ningún individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del común de los hombres tal cual es, y no permita Dios que jamás sea mi ánimo señalar a ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir a tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará a conocer fuera de tiempo. *Stultè nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No menos en Francia que en España se hallan médicos cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente a sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exactamente las costumbres españolas. Por ejemplo: los que saben cómo viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados; pero creí deber hacerlo así por que fuesen algo más parecidos a los nuestros.

* * *

# Una palabrita al lector

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy a contar.

Caminaban juntos y a pie dos estudiantes desde Peñafiel a Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto a una fuente que estaba en el camino. Después que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral que a flor de la tierra se descubría cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venía a beber a la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García*.

El más mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripción cuando exclamó, riéndose a carcajada tendida: «¡Gracioso disparate! ¡Aquí está enterrada el alma! Pues qué, ¿un alma puede enterrarse? ¡Quién me diera a conocer el ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!» Y diciendo esto, se levantó para irse. Su compañero, que era algo más juicioso y reflexivo, dijo para consigo: «Aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.» Dejó partir al otro, y, sin perder tiempo, sacó un cuchillo y

comenzó a socavar la tierra alrededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo; abrióle, y halló en él cien ducados, con estas palabras en latín: *Declárote por heredero mío a ti, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripción; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él*. Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió a poner la lápida como antes estaba y prosiguió su camino a Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer a uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexión a las instrucciones morales que encierran, ningún fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atención, encontrarás en ellas, según el precepto de Horacio, *lo útil mezclado con lo agradable*.

* * *

## LIBRO PRIMERO

# Capítulo primero

Nacimiento de Gil Blas, y su educación.

Blas de Santillana, mi padre, después de haber servido muchos años en los ejércitos de la Monarquía española, se retiró al lugar donde había nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses después que se habían casado. Pasáronse a vivir a Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno y mi padre por escudero. Como no tenían más bienes que su salario, corría gran peligro mi educación de no haber sido la mejor si Dios no me hubiera deparado un tío que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Pérez, era hermano mayor de mi madre y había sido mi padrino. Figúrate, allá en tu imaginación, lector mío, un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zambullida entre los hombros, y he aquí la *vera efigies* de mi tío. Por lo demás, era un eclesiástico que sólo pensaba en darse buena vida; quiero decir en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme a su casa cuando yo era niño y se encargó de mi educación. Parecíle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla y quiso él mismo ser mi maestro de leer. También

hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraría; pero el pobre Gil Pérez se vió precisado a ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godínez, que pasaba por ser el más hábil pedante que había en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco o seis años entendía un poco de los autores griegos y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme después a la Lógica, que me enseñó a discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenía a los que encontraba, conocidos o no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame a veces con algunos manteístas que no apetecían otra cosa, y entonces era el oírnos disputar. ¡Qué voces! ¡Qué patadas! ¡Qué gestos! ¡Qué contorsiones! ¡Qué espumarajos en las bocas! Más parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se lisonjeaba infinito con la esperanza de que, en virtud de mi reputación, presto dejaría de tenerme sobre sus costillas. Díjome un día: «¡Hola, Gil Blas! Ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto a enviarte a la Universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en un buen puesto. Para tu viaje te daré algún dinero y la mula, que vale de diez a doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte después con el dinero hasta que logres algún empleo que te dé de comer honradamente.»

No podía mi tío proponerme cosa más de mi gusto, porque reventaba por ver mundo; sin embargo, supe vencerme y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, sólo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tío a quien debía tantas obligaciones; enternecióse el

buen señor, de manera que me dió más dinero del que me daría si hubiera leído o penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazón. Antes de montar quise ir a dar un abrazo a mi padre y a mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme a que todos los días encomendase a Dios a mi tío, a vivir cristianamente, a no mezclarme nunca en negocios peligrosos y, sobre todo, a no desear, y mucho menos a tomar, lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Después de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendición, la única cosa que podía esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula y salí de la ciudad.

* * *

# Capítulo II

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Héteme aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales más que había hurtado a mi bonísimo tío. La primera cosa que hice fué dejar la mula a discreción, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados los comencé a contar y recontar dentro del sombrero. No podía contener mi alegría; jamás me había visto con tanto dinero junto; no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la había espantado alguna cosa, y examiné lo que podía ser. Vi en medio del camino un sombrero, con un rosario de cuentas gordas en su copa, y al mismo tiempo oí una voz lastimosa que pronunció estas palabras: «¡Señor pasajero, tenga usted piedad de un pobre soldado estropeado y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo!» Volví los ojos hacia donde venía

la voz, y vi al pie de un matorral, a veinte o treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció más larga que una lanza, con la cual me apuntaba a la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados y empecé a temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales los fuí echando poco a poco y uno a uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y atemorizados, a fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad y dióme tantas gracias como yo espolazos a la mula para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba más a prisa. La vieja costumbre de caminar paso a paso bajo el gobierno de mi tío la había hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viaje. Veía que aun no estaba en Salamanca y que me podían suceder otras peores. Parecióme que mi tío había andado poco prudente en no haberme entregado a algún arriero. Esto era, sin duda, lo que debiera haber hecho; pero le parecía que dándome su mula gastaría menos en el viaje, lo cual le hizo más fuerza que la consideración de los peligros a que me exponía. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenía la dicha de llegar a aquel lugar. y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga a Salamanca. Aunque nunca había salido de Oviedo, sabía los nombres de todos los lugares por donde había de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente a Peñaflor y me paré a la puerta de un mesón que

tenía bella apariencia. Apenas eché pie a tierra cuando el mesonero me salió a recibir con mucha cortesía. El mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas y me condujo a un cuarto, mientras sus criados llevaban la mula a la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas como curioso en informarse de las ajenas. Díjome que se llamaba Andrés Corzuelo y que había servido al rey muchos años de sargento, y se había retirado quince meses hacía por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Y después me refirió otra infinidad de cosas que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor a que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venía y a dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado a responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversación con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenía en desear deshacerme de mi mula y proseguir el viaje con algún arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podían suceder y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó, diciéndome que si quería vender la mula él conocía un muletero, hombre muy de bien, que acaso la compraría. Respondíle me daría gusto en enviarle a llamar, y él mismo en persona partió al punto a noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalán, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habían sacado mi mula.

Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atención la examinó de pies a cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podía decir de ella mucho bien; pero lo mismo diría aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenía cuantos defectos podía tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenía sus razones para conformarse con el suyo. «Ahora bien—me preguntó fríamente el chalán—: ¿cuánto pide usted por su mula?» Yo, que la daría de balde después del elogio que había hecho de ella, y sobre todo de la atestación del señor Corzuelo, que me parecía hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo a lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaría con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia le tocaba en lo más vivo y en lo que más le dolía, porque al fin éste era su lado flaco; y efectivamente no era el más fuerte, porque en lugar de los diez o doce doblones en que mi tío la había valuado no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Después de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo a casa de un arriero que al día siguiente había de partir a Astorga. Díjome éste que pensaba salir antes de amanecer y que él tendría cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le había de dar por comida y macho, y yo me volví al mesón en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó a contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decía de él en la villa, y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladurías, cuando, por

fortuna, le interrumpió un hombre de buen aspecto, que se acercó a él y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos a los dos y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversación.

Luego que llegué al mesón, pedí de cenar. Era día de viernes y me contenté con huevos. Mientras los disponían, trabé conversación con la mesonera, que hasta entonces no se había dejado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté a la mesa solo. No bien había comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se había parado a hablar en el camino. El tal caballero, que podía tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercándose a mí con cierto aire alegre y apresurado, «Señor licenciado—me dijo—, acabo de saber que usted es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo y la antorcha de la Filosofía. ¿Es posible que sea usted aquel joven sapientísimo, aquel ingenio sublime cuya reputación es tan grande en todo este país? ¡Vosotros no sabéis—volviéndose al mesonero y a la mesonera—qué hombre tenéis en casa! ¡Tenéis en ella un tesoro! ¡En este mozo estáis viendo la octava maravilla del mundo!» Volviéndose después hacia mí, y echándome los brazos al cuello, «Excuse usted—me dijo—mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.»

No pude responderle de pronto, porque me tenía tan estrechamente abrazado que apenas me dejaba libre la respiración; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: «Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor.» «¿Qué llama conocido?—me repuso en el mismo

tono—. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen a veinte leguas en contorno. Usted está reputado por un prodigio, y no dudo que algún día dará a España tanta gloria el haberle producido como a la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun a peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaría ser el dominguillo de sus demostraciones ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harían conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes y se introducen con todo forastero para llenar la barriga a costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real, y así, le convidé a cenar conmigo. ¡Con mucho gusto!—me respondió prontamente—. Estoy muy agradecido a mi buena estrella por haberme dado a conocer al ilustre señor Gil Blas y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía y disfrutar sus favores lo más que me sea posible. A la verdad—prosiguió—, no tengo gran apetito, y me sentaré a la mesa sólo por hacer compañía a usted, comiendo algunos bocados meramente por complacerle y por mostrar cuánto aprecio sus finezas.»

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó a la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitación como si hubiera estado tres días sin comer. Por el gusto con que la comía conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante; pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, o, por mejor decir, cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comía

siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadía sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien y me hacían estar muy contento de mi personilla. Bebía frecuentemente, brindando unas veces a mi salud y otras a la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome a que le correspondiese. Con efecto, no correspondía yo mal a sus repetidos brindis; con lo cual y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor que, viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenía algún pescado. El señor Corzuelo, que, según todas las apariencias, se entendía con el petardista, respondió: «Tengo una excelente trucha; pero costará cara a los que la coman y es bocado demasiadamente delicado para usted.» «¿Qué llama usted *demasiadamente delicado*?—replicó mi adulador—. ¡Traiga usted la trucha y descuide de lo demás! ¡Ningún bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe!»

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que anticipárseme. Dime por ofendido y dije con enfado al mesonero: «¡Venga la trucha y otra vez piense más en lo que dice!» El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del taimado, que dió mayores pruebas del deseo que tenía de complacerme; es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se había arrojado a las tortillas. No obstante, se vió precisado a rendirse, temiendo algún accidente, porque se había hartado hasta el gollete. En fin, después de haber comido y bebido hasta más no poder,

quiso poner fin a la comedia. «¡Oh señor Gil Blas!—me dijo alzándose de la mesa—. Estoy tan contento de lo bien que usted me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfíe por lo común de todo hombre a quien no conozca, y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá usted encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse a costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen más adelante. No sea usted su hazmerreír y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo.» Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron después. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, o, por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. «¡Es posible—me decía yo—que aquel traidor se hubiese burlado de mí! Pues qué, ¿solamente buscó al mesonero para sonsacarle, o estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas; muérete de vergüenza, porque diste a estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo! Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar a Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto a un mentecato. ¡En vez de exhortarme a que no engañase a nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar!» Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas había cerrado los ojos cuando el arriero vino a despertarme y a decirme que sólo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba

vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que, mientras le pagaba el dinero, tuve el dolor de conocer que se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Después de haber pagado bien una cena que había digerido tan mal, partí con mi maleta a casa del arriero, dando a todos los diablos al petardista, al mesonero y al mesón.

* * *

# Capítulo III

De la tentación que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis queriendo evitar a Scila.

No era yo solo el que había de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho o niño de coro de Mondoñedo, que iba a correr mundo; un caballerete de Astorga y una joven del Bierzo, con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó a dónde iba y de dónde venía. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia que no me daba mucho gusto el mirarla; con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hacia ella al arriero; tanto, que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo y dilató la ejecución hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apear en un mesón que está a la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabía él muy bien que era hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese a un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos a todos con ojos centelleantes, «¡Por vida de quien

soy—dijo—que me han hurtado cien doblones que traía en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer! ¡Ahora ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento a todos hasta que se descubra el ladrón y me restituya mi dinero!» Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos, mirándonos los unos a los otros.

A ninguno le ocurrió que podía ser aquello una ficción, porque todavía no nos podíamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladrón sería el muchacho de coro, así como él quizá sospecharía lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos a la prueba del tormento, y desde luego creímos que se había de comenzar por aquí. Poseídos, pues, de esta aprensión, precipitadamente nos salimos del cuarto, escapando unos a la calle y otros al huerto, para salvarse cada cual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su mujer. Entonces el arriero, según supe con el tiempo, más incontinente que sus machos, y muy alegre porque su estratagema había producido el efecto que pretendía, entró en el cuarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invención, y procuró aprovecharse de la ocasión; pero aquella Lucrecia asturiana, a quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia, dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada que sabía ser muy digna de su atención, entró en ella, y preguntó quién daba y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina y fingiendo que nada había oído; no obstante, se vió precisado a conducir al comandante y a la patrulla al cuarto de la

persona que gritaba. Conoció luego el alférez el negocio de que se trataba, y, como era hombre grosero y brutal, regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco o seis buenos palos con el mango de la alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor como la acción que daba motivo a la arenga. No se contentó con esto: echó mano del delincuente y le condujo a la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que con toda resolución quiso ir en persona a quejarse de él, no obstante el desorden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenía excusa alguna y que era indigno de perdón. Mandó al punto le despojasen y que en su presencia le diesen doscientos azotes, y ordenó después que, si al día siguiente no parecía el marido de aquella mujer, dos soldados la llevasen con toda decencia a Astorga a costa del arriero.

Por lo que toca a mí, atemorizado quizá más que los otros, salí prontamente al campo, y atravesando terrenos, penetrando matorrales y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué por fin a un lóbrego y espeso bosque. Iba a entrar en él y a esconderme en el más erizado matorral cuando me vi de repente con dos hombres a caballo, que se pararon delante de mí. «¿Quién va allá?», dijeron; y, como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose más, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome, pena de la vida, que les dijese quién era, de dónde venía y qué iba yo a hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se había burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba a continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder y confesando sencillamente que el miedo del tormento me

había hecho huir sin saber dónde esconderme. Dieron una grande carcajada cuando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: «No tengas miedo, querido; vente con nosotros y no temas, que te pondremos en toda seguridad.» Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas nos envainamos todos tres en lo más intrincado y más espeso del bosque.

No sabía yo qué pensar de tal encuentro; mas, no obstante, no pronosticaba cosa mala. «Si estos hombres fueran ladrones—me decía yo a mí mismo—ya me hubieran robado y quizá asesinado también. Acaso serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí y por caridad me llevan a su casa.» No me duró mucho la duda. Después de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio llegamos por fin al pie de una colina, donde nos apeamos. «Aquí hemos de dormir», dijo uno de los caballeros. Por más que yo volví los ojos a todas partes, no veía casa, choza o cabaña, ni la más mínima señal de habitación; cuando vi que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada, que ocultaba una larga entrada subterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dejaron resbalar como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos y dejaron caer la trampa con unas cuerdas que para este efecto estaban fuertemente atadas a ella. Y he aquí al digno sobrino de mi tío el canónigo Gil Pérez metido como ratón en una ratonera.

* * *

# Capítulo IV

Descripción de la cueva subterránea y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entonces conocí entre qué especie de gentes me hallaba, y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaría el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Di por supuesto que iba a perder la vida con mis pobres ducados; y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba más muerto que vivo entre mis conductores, cuando, advirtiendo ellos mismos que iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, a que depusiese todo temor. Habríamos caminado como unos doscientos pasos, cuando entramos en una especie de caballeriza, a que daban luz dos grandes candiles que pendían de la bóveda. Había en ella una buena provisión de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podían caber en ella hasta veinte caballos, pero a la sazón solamente había los dos que acababan de llegar. Salimos de la caballeriza y llegamos a la cocina, donde una vieja estaba disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno. La cocinera era una mujer de más de sesenta años. Sus blancos cabellos conservaban algunas manchas, residuos del color rubio subido que tuvieran; su barba era puntiaguda, y la nariz tan larga y encorvada que casi llegaba a besar la

boca con la punta, y sus ojos tan encarnados que parecían dos tomates maduros.

«Señora Leonarda—dijo uno de los caballeros, presentándome a aquel bello ángel de tinieblas—, mire este mocito que le traemos.» Y volviéndose después a mí, y viéndome pálido y consumido, me dijo: «Vuelve, querido, en ti, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacía falta un mozo que aliviase en algo a nuestra pobre cocinera; te encontramos, y ésta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince días ha, porque era de delicada complexión. La tuya parece más robusta y no morirás tan presto. A la verdad, no volverás ya a ver el sol; pero, en recompensa, comerás bien y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido a vivir entre pordioseros y despilfarrados.» Al mismo tiempo tomó una luz y me mandó que le siguiese. Llevóme a una bodega, donde vi una infinidad de botellas y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar después por muchos cuartos, unos atestados de piezas de lienzo y otros de ricos paños y telas de lana y seda. En otro vi plata y oro y mucha vajilla marcada con diferentes escudos de armas. Seguíle después a una gran sala, que alumbraban tres grandes arañas de metal y conducía a otros cuartos que se comunicaban con ella. Aquí me hizo nuevas preguntas, es a saber: cómo me llamaba y por qué había salido de Oviedo. Después que satisfice su curiosidad, «Ahora bien, Gil Blas—me dijo con mucho agrado—: puesto que sólo saliste de tu patria para lograr algún acomodo, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aquí vivirás en medio de la abundancia;

nadarás en oro y plata y estarás con toda seguridad. Tal es este subterráneo, que aunque venga cien veces a este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él: la entrada sólo la conocemos yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este subterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos; pero has de saber, amigo mío, que ésta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Después que los moros se apoderaron de Granada, de Aragón y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles huyeron y se ocultaron en este país, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró también el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivían por familias en los bosques y en las más ásperas montañas; unos, escondidos en cavernas, y otros, en subterráneos que ellos mismos fabricaron, y éste es uno de tantos. Después que, afortunadamente, arrojaron de España a sus enemigos se volvieron a sus ciudades, villas y lugares, y desde entonces los subterráneos sirvieron de asilos a las gentes de nuestra profesión. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos, pero todavía han quedado muchos; y yo, gracias al Cielo, quince años hace que habito impunemente en éste. Llámome el capitán Rolando, soy el jefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.»

* * *

# Capítulo V

De la llegada de otros ladrones al subterráneo y de la conversación que tuvieron entre sí.

No bien había dicho estas palabras el capitán, cuando aparecieron en la sala seis caras nuevas, que eran su teniente y otros cinco de la gavilla. Venían cargados de presa. Traían dos grandes zurrones llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitán, le dijo que había despojado a un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como también del macho que los llevaba; y después de haber dado cuenta de su expedición en la pieza que servía de despacho, se entregó en la repostería la hacienda del especiero. Hecho esto, se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y a mí me enviaron a la cocina para que la tía Leonarda me instruyese en lo que debía hacer. Cedí a la necesidad, ya que mi mala suerte lo quería así, y disimulando mi sentimiento, me dispuse a servir a una gente tan honrada.

Di principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas de excelente vino, que el señor Rolando me había ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, a cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron a comer con mucho apetito,

manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitán les contó en pocas palabras mi historia de Cacabelos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles después que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecía yo como nacido para ser copero suyo, y que valía cien veces más que mi predecesor. Como después de su muerte la señora Leonarda era la que había servido el néctar a aquellos dioses infernales, le privaron de este glorioso empleo, para revestirme a mí de él. De esta manera me hallé convertido en un nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebe.

Después de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar a los señores ladrones, los cuales bebían tanto como comían, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor y comenzaron a meter mucha bulla. Hablaban todos a un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpía con un chiste o con una frialdad, éste gritaba, aquél cantaba, y, en fin, ya no se entendían unos a otros. Fatigado Rolando de una escena en que él ponía mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz en un tono que impuso silencio a la compañía. «¡Señores—les dijo—, atención a lo que voy a proponeros! En vez de aturdirnos unos a otros hablando todos a un tiempo, ¿no sería mejor divertirnos y hablar como hombres de juicio y de razón? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos, nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia o casa somos, ni de la serie de aventuras por donde vinimos a abrazar esta profesión. Con todo, me parece ésta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversión que para

nuestro gobierno.» El teniente y los demás, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposición del capitán, el cual comenzó a hablar en estos términos:

«Ya saben ustedes, señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra mas que ella me diese de mamar. Vivía entonces mi abuelo materno. Era mi hombre que sólo sabía rezar su rosario y contar sus proezas militares, porque había servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en más. Insensiblemente vine yo a ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenían en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos más pueriles.» «No conviene—decía mi padre—que los niños se apliquen a cosas serias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razón.» Esperando a esta madurez, no aprendía a leer y escribir; mas no por eso perdía el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocía yo perfectamente los naipes, jugaba a los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se había hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; cuando en espacio de tres meses había aprendido bien diez o doce versos, los repetía sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio cuando, valiéndome de la libertad que tenía para decir cuanto me viniese a la boca, interrumpía sus conversaciones para decir a tuerto o derecho todo lo que me ocurría. Entonces mi madre me sofocaba a caricias y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre;

siempre que me oía algún despropósito o alguna bachillería, mirándome con gran ternura exclamaba: «¡Oh qué gracioso eres y qué lindo!» Con estas alas, no reparaba en hacer impunemente en su presencia las más indecentes acciones. Todo me lo perdonaban y todos me adoraban. Había entrado ya en doce años y aun no tenía ningún maestro. Buscáronme finalmente uno; pero mandándole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase sólo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, o bien, con las lágrimas en los ojos, iba a quejarme a mi madre o a mi abuelo, diciéndoles que el ayo me había maltratado. En vano acudía el pobre diablo a desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creían a mí más que a él. Un día me arañé yo mismo y me fuí a quejar del maestro porque me había desollado; inmediatamente le despidió de casa mi madre, sin querer darle oídos, por más que protestaba al cielo y a la tierra que ni siquiera me había tocado.

»De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores, hasta que me presentaron uno como le deseaba y me convenía para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá. ¡Excelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado a mujeres, al juego y a la taberna. No me podían haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó a ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que también le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente a su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse, porque en breve tiempo y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo a todos los parajes donde tenía su diversión me inspiró de tal

manera la afición a ello que, a excepción del latín, en lo demás era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenía necesidad de sus preceptos, fué a enseñarlos a otra parte.

»Si en mi infancia había vivido tan libremente a vista de mis padres, cuando comencé a ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde di las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educación. Burlábame de ellos a las claras y en todo momento. Reíanse de mis intrepideces, y tanto más las celebraban cuanto eran más vivas y más intolerables. Mientras tanto cometía todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa cuanto podía, y cuando esto no alcanzaba, nos dimos a robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia, llegó algún rumor de esto a los oídos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intención. Recurrimos a la fuga, y dímonos a ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesión, a pesar de los peligros que son anejos a ella.»

Cuando el capitán acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así: «Señores, una educación enteramente contraria a la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo y el hombre más feroz que había en toda la ciudad; mi madre no era de condición más suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron a azotar a cual más podía y como a competencia uno de otro. Cada día recibía mil azotes. La más mínima falta que cometiese era castigada con el

mayor rigor. En vano les pedía perdón con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no había misericordia para mí, y las más veces me castigaban sin razón. Cuando mi padre me sacudía, siempre mi madre se ponía de su parte en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversión a la casa paterna que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragón y llegué a Zaragoza pidiendo limosna. Enhebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastante feliz y acomodada. Enseñáronme a contrahacer el ciego, el estropeado y a figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, a la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y después cada uno iba a ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habían compadecido de nosotros por el día. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente más honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme a hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados a salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos había protegido. Cada uno tomó su partido. Yo, que me sentía dispuesto a emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que hacían contribuir a los pasajeros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educación más suave, probablemente no sería ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.»

«Señores—dijo entonces un ladrón que estaba sentado entre el

teniente y el capitán—, las historias que acabamos de oír no son tan variadas ni tan curiosas como la mía. Debo mi nacimiento a una aldeana o labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas después que me dió a luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase un niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta, y fué a Sevilla para traerse el niño a casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea cuando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observación le excitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo le agradecería yo el buen oficio. Mi padre, que no era más escrupuloso que su honrada mujer, aprobó la superchería. De suerte que, habiéndonos mudado de pañales, el hijo de don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre a otra ama para que le criase, y a mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

»Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la más mínima sospecha de la pieza que les habían jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos; y siendo su intención hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros. Pero los más hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor; yo fuí uno de éstos. Tenía poca disposición para los ejercicios que me enseñaban y mucha menos inclinación a las ciencias en que me querían instruir. Gustaba más de jugar con los criados de casa, yéndolos a buscar a la caballeriza y a la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasión dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los días. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué a cortejar a una

moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecía mis primeras atenciones. Enamorábala con tan poca cautela, que hasta el mismo don Rodrigo lo conoció. Reprendióme agriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de casa a mi Dulcinea.

»Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé sus pedrerías a la mujer de don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Elena, que vivía en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella a la mitad del día para que ninguno lo supiese, y aun pasé más adelante. Llevéla a su tierra, donde nos casamos solemnemente, así por dar este despique más a los Herreras como por dejar a los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses después de mi arrebatado matrimonio supe que don Rodrigo había muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente a Sevilla a pedir su herencia; pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre había ya fallecido, y antes de su muerte tuvo la indiscreción de declarar lo que había hecho, en presencia del cura y de otros buenos testigos. El hijo de don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, o por mejor decir, el suyo, y acababa de ser reconocido por tal, con tanto mayor aplauso y alegría cuanto era menor la satisfacción que yo les causaba. De manera que, no teniendo nada que esperar en Sevilla y fastidiado ya de mi mujer, me agregué a ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina di principio a mis caravanas.»

Acabó su historia aquel ladrón, y comenzó otro la suya, diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devoción, había tomado el hábito de cierta religión muy austera, de la cual había apostatado algunos años después. En fin, todos los ocho

ladrones hablaron por su turno; y cuando los hube a todos oído, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversación, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolución, y se fueron a la cama. Encendieron bujías y cada uno se retiró a su cuarto. Yo seguí al capitán Rolando al suyo, y mientras le ayudaba a desnudar, «Ahora bien, Gil Blas—me dijo—, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio ni a la envidia. Jamás se oye aquí discordia ni disensión; estamos más unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mío, a gozar una vida muy agradable, pues no te tengo por tan tonto que te dé pena el vivir entre ladrones.»

* * *

# Capítulo VI

Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa.

Después que el capitán de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesión, se metió en la cama; yo quité la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme después a la cocina, donde Domingo—así se llamaba el negro—y la tía Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenía hambre, me puse a la mesa. No podía atravesar bocado, y viéndome tan triste como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuían más a mi desesperación que a mi alivio. «¿De qué te afliges, hijo?—me preguntó la vieja—. Antes bien, debieras alegrarte de verte entre nosotros. Eres mozo y pareces dócil, con que presto te perderías en el mundo, donde hallarías libertinos que te meterían en todo género de disoluciones, cuando aquí está tan segura tu inocencia.» «Tiene razón la señora Leonarda—dijo el viejo negro con una voz muy grave—; y se puede añadir a lo que ha dicho que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias a Dios, amigo mío, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.»

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviría el

inquietarme. En fin, Domingo, después de haber comido y bebido bien, se fué a su caballeriza. Leonarda cogió una linterna y me condujo a una covacha que servía de cementerio a los ladrones que morían de muerte natural, donde vi un lecho que más parecía tumba que cama. «Este es tu cuarto—me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara—. El mozo cuya plaza tienes el honor de ocupar durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella; él se dejó morir en la flor de su edad: no seas tú tan simple que imites su ejemplo.» Diciendo esto, entregóme la linterna y volvióse a su cocina. Puse la luz en el suelo y me arrojé sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar cuanto para entregarme a mis tristes reflexiones. «¡Oh cielos!—exclamé—. ¿Habrá situación más infeliz que la mía? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo a los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido a servir a unos ladrones, a pasar el día entre malvados y la noche con los muertos!» Estos pensamientos, que me parecían muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacían llorar amargamente y sin consuelo. Maldecía mil veces la gana que le había dado a mi tío de enviarme a Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo a la justicia de Cacabelos y quisiera haber padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumía inútilmente en vanos lamentos, comencé a discurrir en los medios de librarme. «Pues qué—me decía yo a mí mismo—, ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo; mientras todos estén dormidos, ¿no podré yo, a favor de esta linterna, hallar el camino por donde bajé a este calabozo infernal? A la

verdad, no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probaremos; no quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperación me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.»

Tomada esta gran resolución, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podían estar ya dormidos. Cogí la linterna, salí de mi covacha y me encomendé a todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin, a la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome a la trampa con cierta alegría mezclada de temor; mas, ¡ay!, en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada y cuyas barras estaban tan juntas que apenas podía pasar la mano por entre ellas. Vime cortado y perdido con aquel nuevo impedimento, que al entrar no había advertido por estar abierta la reja. Con todo, no dejé de probar si podía abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco o seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Di un grito, que resonó en toda la caverna, y mirando atrás, vi al maldito negro, en camisa, con una linterna sorda en una mano y con el azote en la otra. «¡Hola, bribonzuelo!—me dijo—. ¿Querías escaparte? ¡No, amiguito, no esperes sorprenderme! ¿Creíste que estaría abierta la reja? Pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos a alguno, le guardamos aquí mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser más ladino que tú.»

Mientras tanto, al grito que yo había dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron a toda prisa, creyendo que la Santa Hermandad venía a echarse sobre ellos. Llamaron a los demás, que en un

instante se pusieron en pie. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden a donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron o entendieron el origen del rumor que habían oído, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. «¿Cómo así, Gil Blas?—me dijo el ladrón apóstata—. ¿No ha más que seis horas que estás con nosotros y ya querías apostatar? ¡Bien se conoce tu aversión al silencio y al retiro! ¿Qué harías si fueses cartujo? ¡Anda, vete a la cama, que por esta vez bastan por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves a intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo!» Diciendo esto, se retiró. Los demás ladrones se volvieron a sus cuartos; el viejo negro, muy ufano de su hazaña, se recogió a su caballeriza, y yo me volví a zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

* * *

# Capítulo VII

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

Los primeros días pensé morirme, rindiendo la vida a la melancolía que me consumía; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme a mostrarme menos triste. Comencé a cantar y a reír, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien que Leonarda y Domingo cayeron en la red y creyeron buenamente que ya el pájaro se había acostumbrado a la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertía también con alguna chocarrería o bufonada. Esta libertad que me tomaba les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. «Gil Blas—me dijo el capitán en cierta ocasión en que yo hacía el gracioso—, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce a la gente al principio; yo no te tenía por tan agudo y tan jovial.»

También los demás me honraron con mil alabanzas, exhortándome a estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasión, «Señores—les dije—, permítanme ustedes que les descubra mi pecho.

Desde que estoy en su compañía no me conozco a mí mismo; paréceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educación. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu y he tomado el gusto a su honrada profesión. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas.» Todos aplaudieron este discurso y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarían servir por algún tiempo para probar mi vocación, y que después correría mis caravanas, y al cabo se me conferiría la honorífica plaza a que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza y continuar en vencerme y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad, quedé muy sentido, porque sólo pretendía ser ladrón por tener libertad de salir con los demás, esperando que en alguna de sus correrías se me presentaría ocasión de escaparme de ellos. Esta única esperanza era lo que me mantenía vivo. Sin embargo, el tiempo de la aprobación me parecía largo, y más de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta; tanto, que no bastarían cien Orfeos para encantar a aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendía todo lo que podía hacer para engañarle. Veíame precisado a vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así, pues, apelé a la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habían prescrito para recibirme en su congregación, día que esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al Cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso día. El señor Rolando dijo a sus camaradas: «Caballeros, es preciso cumplir la

palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio a coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guía a la gloria.»

Todos se conformaron con el parecer de su capitán, y para hacerme ver que ya me miraban como a uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirlos. Restituyeron a la señora Leonarda en el empleo que antes tenía, y de que la habían exonerado para honrarme a mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, que consistía en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar, después de lo cual me dispuse a hacer mi primera campaña.

* * *

# Capítulo VIII

Acompaña Gil Blas a los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.

Hacia el fin de una noche de septiembre salí del subterráneo con los ladrones. Iba armado, como todos, con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habían quitado al caballero cuyos vestidos me habían tocado en suerte. Como había estado tanto tiempo en la obscuridad, cuando amaneció no podía sufrir la luz; pero poco a poco se fueron acostumbrando mis ojos a tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada y nos metimos en un bosquecillo a orilla del camino de León. Allí estuvimos esperando a que la fortuna nos ofreciese algún buen lance, cuando descubrimos un religioso de la Orden de Santo Domingo, montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula. «¡Bendito sea Dios!—exclamó sonriéndose el capitán—. ¡He aquí el gran ensayo de Gil Blas! Es preciso que vaya a registrar el bolsillo de aquel fraile; veremos cómo se porta.» Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comisión era la que me correspondía, exhortándome a que saliese de ella con lucimiento. «Espero, señores—dije—, que quedaréis contentos. Voy a despojar aquel

padre, a dejarle tan desnudo como la palma de la mano y traer aquí su mula.» «¡Eso no—dijo Rolando—; no merece la pena. Alíviale solamente del bolsillo y tráelo; no te pedimos más.» En esto salí del bosque y me encaminé al religioso, pidiendo al Cielo me perdonase la acción que iba a ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir correrían tras mí y presto me atraparían, o me espolearían por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así, no me atreví a exponerme a una acción tan poco segura. Llegué, pues, al padre y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco a mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado. «Muy mozo eres, hijo mío—me dijo—, y muy temprano te has puesto a tan vil oficio.» «Padre mío—le respondí—, sea vil o no lo sea, me alegrara haberle empezado más presto.» «¡Ah, querido!—me replicó el buen religioso, que no podía comprender el sentido de mis palabras—. ¿Qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas.» «¡Oh padre mío—le interrumpí con precipitación—, no se tome vuesa reverencia ese trabajo y déjese de moralizar, que no vengo a los caminos públicos a que me prediquen! Quiero dinero y no sermones.» ¿Dinero?—me dijo muy maravillado—. ¡Mal conoces la caridad de los españoles si crees que las personas de mi profesión y de mi carácter lo necesitan para viajar! En todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos sólo nos piden nuestras oraciones; en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia.» «Pero al fin, padre mío, concluyamos; mis compañeros me están esperando en

aquel bosque. Eche prontamente la bolsa en tierra, o si no, le mato.»

A estas palabras, que pronuncié colérico y amenazándole, el buen religioso mostró verse quitar la vida. «¡Espera!—me dijo—. Voy a satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica.» Diciendo esto, sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero y la dejó caer en el suelo. Díjele entonces que podía continuar su camino, y él lo hizo sin esperar a que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos a la mula, que desmintió la mala opinión en que yo la tenía de ser tan buena maula como la de mi tío; y la bestia, dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego a andar a buen paso. Apenas el fraile se alejó de mí, cuando me apeé, recogí el bolsón, que pesaba mucho, y volví a meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme según se apresuraban a abrazarme. «¡Animo, Gil Blas!—me dijo Rolando—. ¡Has hecho maravillas! Durante tu expedición no apartamos los ojos de ti. Observó tu firmeza, tu resolución y todos tus movimientos, y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heroico ladrón y el terror de los caminos reales.» El teniente y los demás aplaudieron la predicción, asegurando que no podía dejar de verificarse algún día. Di a todos las gracias por el buen concepto que habían formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Después que alabaron, tanto más cuanto menos lo merecía, la villana acción que había hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa. «Veamos—dijeron—qué contiene la bolsa del religioso.» «Sin duda—añadió uno de ellos—que estará bien provista, porque estos padres

no viajan como peregrinos.» Desatóla el capitán, abrióla y sacó dos o tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei* y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorrumpieron en tan descompasadas carcajadas que pensaron reventar de risa. «A la verdad—exclamó el teniente—, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable a la compañía.» A esta bufonada siguieron otras de los demás. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truhanerías sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupción de sus costumbres. Sólo yo no tenía gana de reír. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban a mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitán me dijo: «Aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas a meter con frailes, porque son más agudos y chuscos que tú.»

* * *

# Capítulo IX

Del serio lance que siguió a la aventura del fraile.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel día, sin haber visto pasajero alguno que enmendase el chasco que nos había dado el religioso. Salimos, en fin, para restituirnos a nuestro subterráneo, persuadidos de que las expediciones del día se habían acabado con el risible suceso que todavía daba materia a la conversación y a las chufletas, cuando descubrimos a lo lejos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase a nosotros a gran paso y le acompañaban tres hombres a caballo, que parecían venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se había de hacer, y la resolución fué que se los atacase. Pusímonos todos en orden, según la disposición del capitán, y marchamos en orden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que había recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frío, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mía, me hallaba al frente del cuerpo de batalla, en medio del capitán y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí; me miró con ojos torvos, y con voz

bronca me dijo: «¡Oye, Gil Blas: trata de hacer tu deber, porque te advierto que si te acobardas te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos!» Estaba persuadido de que lo haría mejor que lo decía, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso, y así, sólo pensé en recomendar mi alma a Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venían acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos, y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon a tiro de fusil. Todos traían armas, y mientras se preparaban a recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenía de la brida, y se puso al frente de los demás. Aunque eran sólo cuatro contra nueve, se arrojaron a nosotros con un brío que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza a otra parte: de manera que aquel tiro nunca puede ser a cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la acción, pues aunque me hallaba presente, nada veía; porque, turbada con el terror la imaginación, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es que, después de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos, oí gritar a mis camaradas: «¡Victoria! ¡Victoria!» Al oír esta aclamación se disipó el miedo que se había apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venían a caballo. De nuestra parte sólo murió el apóstata, que en esta ocasión recibió lo que merecía por su apostasía y sus malas chanzas

sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo más que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando a la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinticuatro a veinticinco años, que le pareció hermosa aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega y aun no había vuelto en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos a la presa. Lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habían servido a los muertos, y que espantados con los tiros se habían descarriado después de quedar sin guías. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la acción se había apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie a tierra para quitarles los tirantes, y las cargamos con los cofres que venían en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él a la señora por orden del capitán, la cual aun no había recobrado los sentidos, y se la puso a caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche y a los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.

* * *

# Capítulo X

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.

Llegamos a la cueva una hora después de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacía tres días que estaba en cama, rendido a crueles dolores de gota y a un reumatismo que apenas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorrumpiendo en las más horribles blasfemias. Dejamos a aquel miserable jurar y blasfemar y fuimos a la cocina a cuidar de la señora, que estaba sobrecogida de un paroxismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que logramos volviese del desmayo; mas cuando recobró los sentidos y se vió entre unos hombres que no conocía, sintió todo el peso de su desgracia y comenzó a desesperarse. Todo lo más horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar a la imaginación, otro tanto se veía pintado en sus ojos, que levantaba al cielo como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces a imágenes tan espantosas, volvió de repente a desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban a perder aquella preciosa presa. El capitán, pareciéndole mejor

abandonarla a sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen a la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada a su buena suerte.

Pasamos nosotros a la sala, y uno de los ladrones, que había sido cirujano, reconoció el brazo del teniente y le aplicó bálsamo. Hecha esta operación, se pasó a ver lo que había en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reconoció contenía algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho a los interesados. Concluído este registro, la cocinera puso la mesa y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversación sobre nuestra gran victoria, y Rolando, volviéndose a mí, me dijo: «Confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto.» «No lo puedo negar—respondí yo—; antes bien, lo confieso de buena fe; pero déjenme ustedes hacer dos o tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un Cid.» Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: «Se le debe perdonar, porque la acción fué muy empeñada, y para un mozo que jamás había visto tirar un tiro no lo ha hecho mal.»

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traído, y resolvióse que al día siguiente iríamos todos a venderlos a Mansilla, donde verosímilmente no habría llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabamos de cenar y nos fuimos a la cocina a ver a la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibía en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos; y hubieran satisfecho sus brutales deseos a no haberlos contenido el capitán representándoles que a lo menos debían de esperar a que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenía casi

sin sentido. El respeto con que miraban al capitán refrenó su incontinencia; sin esto, ninguna cosa hubiera salvado a la señora, y aun después de su muerte no habría estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situación a aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar a Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual a nuestro cuarto. Por lo que a mí toca, apenas me acosté cuando, en vez de entregarme al sueño, sólo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distinción, y por lo mismo me parecía ser más deplorable su suerte. No podía pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentía tan fuertemente conmovido como si la sangre o el amor me hubieran unido a ella. En fin, después de haberme compadecido de su destino, sólo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corría y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podía mover a causa de sus dolores y la cocinera tenía la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginación y me inspiró un proyecto que medité muy bien y a cuya ejecución di principio de la manera siguiente:

Fingí que me había asaltado un dolor cólico. Prorrumpí desde luego en ayes y quejidos, y después empecé a dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos a mi cuarto y me preguntaron qué tenía. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacía gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome a todas partes y agitándome extrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento después comencé a revolcarme en la cama y a morderme las

manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar y creyeron que efectivamente padecía violentísimos dolores. Así, pues, todos se dieron la mayor prisa a socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente y me hacía beber la mitad; otro, a pesar mío, me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces; otro iba a calentar paños, y casi abrasandome los ponía en la boca del estómago. En vano pedía misericordia; ellos atribuían mis clamores a la fuerza del cólico y me hacían pasar dolores verdaderos queriéndome aliviar de los que no tenía. En fin, no pudiendo ya sufrir más, me vi obligado a decir que ya no sentía retortijones y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme por que no volviesen a aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas, y juzgando los ladrones que ya no podía tardar en venir el día, partieron todos a Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. «¡No, no, Gil Blas!—me dijo Rolando—. Quédate aquí, hijo mío, porque te podría repetir el cólico; otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo.» Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacían siglos los instantes, entré en cuentas conmigo y me dije a mí mismo: «¡Ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo! ¡Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado! Domingo no está en situación de oponerse a tu gloriosa empresa ni Leonarda puede impedir su ejecución. Si no te aprovechas de

esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamás otra tan favorable.» Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama, vestíme, tomé la espada y las pistolas, y fuíme derecho a la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oído hablar a Leonarda, me detuve y apliqué el oído para escuchar lo que hablaba. Discurría con la señora desconocida, que, habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo y comprendiendo entonces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándole poco para desesperarse. «Llora, hija mía—le decía ella—, y llora todo cuanto quieras; no reprimas los suspiros y da libertad a los sollozos: con eso te desahogarás. Es cierto que parecía peligroso el accidente; pero ya que rompistes en llorar, no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar, que poco a poco se desvanecerá, te acostumbrarás a vivir con estos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que a una princesa; todos a porfía se esmerarán en complacerte, y cada día te mostrarán más amor. ¡Oh y cuántas mujeres envidiarían tu fortuna si la supieran!»

No le di tiempo a que dijese más. Entréme en la cocina, con intrepidez y púsele una pistola a los pechos, amenazándola de quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse a vista de mi acción; y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenía tanto apego a la vida que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme o no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome a la bella dolorida, le dije: «Señora, el Cielo os ha enviado un libertador; levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandéis.» No se hizo sorda a mi voz; mis palabras hicieron tanta

impresión en su espíritu, que, recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse a mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogí después unos cordeles que había en la cocina, y, ayudándome la misma señora, amarré con ellos a Leonarda a los pies de una gran mesa, amenazándola con que le quitaría la vida al menor grito que diese. Encendí luego una vela, y, acompañado de la señora desconocida, pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro; llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar a la señora a que hiciese otro tanto le dije que en ello no hacía mas que recobrar lo que era suyo. Después de haber hecho una buena provisión marchamos a la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaría ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto a curarle de una vez de todos sus males si no quería ser bueno; pero, por mi buena suerte, se hallaba a la sazón tan agravado de los dolores que había pasado, y que le atormentaban aún, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba a la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba a la salida de la cueva, abrimos la reja y llegamos a la trampa que cubría la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, o, por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas, que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba a rayar el día cuando nos vimos fuera de aquel abismo, y de lo que nos cuidamos entonces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté a caballo, puse a la señora a la grupa, y siguiendo a galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en

una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno a la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba a Mansilla y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que sería fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga a cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atención, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una mujer a caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer mesón, y ordené al punto que guisasen una liebre y asasen una perdiz. Mientras esto se disponía, conduje a la señora a un cuarto, donde comenzamos a discurrir, lo cual no habíamos podido hacer en el camino por la prisa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le había hecho, diciéndome que, a vista de una acción tan generosa, no se podía persuadir que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la había libertado. Contéle entonces mi historia, para confirmarla en el buen concepto en que me tenía. Con esto la empeñé a que me favoreciese con su confianza y me refiriese sus desastres, como lo hizo, de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

* * *

# Capítulo XI

Historia de doña Mencía de Mosquera.

«Nací en Valladolid y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre, don Martín, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal, después de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejóme pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas, a pesar de mi escasa fortuna, no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los más principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atención fué don Alvaro de Mello. A la verdad, era el más galán y airoso de todos, y reunía además otras prendas recomendables, que me decidieron a su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando a esto ser muy comedido, atento, pundonoroso y el hombre más bien portado del mundo. En las corridas de toros, ninguno se mostraba más arriesgado, más brioso ni más diestro; y en las justas era la admiración de todos su despejo, habilidad y valentía. Finalmente, le preferí a sus competidores y le di mi mano.

»Pocos días después de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andrés de Baeza, que había sido uno de sus competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas y costó la vida a don

Andrés. Era éste sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento y enemigo mortal de la casa de Mello, y, por consiguiente, juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente a casa, contóme lo sucedido y me dijo: «Querida Mencía, es indispensable separarnos; ya conoces al corregidor; me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así, no estoy seguro en el reino.» No le permitió decir más su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Dióme después los brazos, estrechóme en ellos y estuvimos así un gran rato, sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado a decir que estaba pronto el caballo; desasióse de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas después de partido don Alvaro supo su fuga el corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle a las manos. Frustrólas todas mi esposo y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido a no poder tomar otra venganza que la satisfacción de quitar todos sus bienes a un hombre cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecía a don Alvaro.

»Halléme con esto en tan miserable situación, que apenas tenía lo preciso para vivir. Comencé a retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los días llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenía noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida que de cualquier parte del mundo donde se hallase procuraría informarme de su suerte. No obstante, se pasaron siete años sin

saber nada de él. Causábame profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin que, combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, había perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recién venido de Africa, asegurándome que conocía muy bien a don Alvaro de Mello, con quien había servido en el ejército portugués, y que él mismo le había visto perecer en lo más recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir de que ya no vivía mi esposo.

»Vino en este tiempo a Valladolid don Ambrosio Mesía Carrillo, marqués de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años y logran aprecio entre los demás. Casualmente le refirieron la historia de don Alvaro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme. Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mía, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí, a pesar de la impresión de dolor que reparó en mi semblante. Pero ¿qué digo *a pesar*? Quizá lo que más le movió fué el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veía, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo más de una vez que me miraba como un prodigio de constancia y que envidiaba la suerte de mi marido, por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinación de casarse conmigo.

»Valióse de la misma parienta mía para pedir mi consentimiento. Vino ésta a mi casa y me manifestó que, habiendo mi esposo terminado sus días en el reino de Fez, no era razón que estuviese enterrada por más tiempo,

que había ya llorado sobradamente a un hombre cuya compañía había gozado por solos pocos momentos, que debía no malograr la ocasión que se me presentaba y que sería la mujer más feliz y más contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del marqués, sus grandes bienes y amabilísimo carácter. Pero por más que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaría yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro ni por el recelo de volverle a ver cuando menos lo pensase; lo único que mi parienta tenía que vencer era mi poca inclinación, o, por mejor decir, mi repugnancia a un segundo matrimonio después de las desgracias que había experimentado en el primero. No por eso desconfió ni se acobardó; antes bien, interesada ya por don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó a toda mi parentela en la pretensión del marqués. Comenzaron mis parientes a estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantilena de que no perdiese tan favorable proporción. Por otra parte, mi miseria era mayor cada día, y no fué esto lo que menos contribuyó a dejar vencer mi repugnancia.

»No pudiendo, pues, resistir más tiempo, cedí al fin a tan repetidas porfías y caséme con el marqués de la Guardia, el cual, el día después de la boda, me condujo a una bellísima hacienda que tenía cerca de Burgos, entre Tardajos y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hacia mí; observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme; estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podía apetecer. Ningún esposo estimó nunca más a su mujer ni jamás amante alguno empleó mayor esmero en complacer a su dama. Sin duda que yo hubiera

amado apasionadamente a don Ambrosio, a pesar de la desproporción de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar a otro que a don Alvaro; pero los corazones constantes no aciertan a dar entrada a una segunda pasión. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí; no podía corresponder a sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

»Hallábame en esta disposición, cuando un día, asomándome a una ventana de mi cuarto, vi en el jardín un aldeano que me miraba con particular atención. Túvele por criado del jardinero, y por entonces no hice caso de él; pero al día siguiente, habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aún más atento a mirarme. Esto me conmovió. Observéle también yo por mi parte con algún cuidado, y se me figuró descubrir en él la fisonomía del desgraciado don Alvaro. Esta semejanza excitó en todos mis sentidos una turbación inexplicable, y di un gran grito sin poderme contener. Por fortuna, estaba sola entonces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríle la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reír, creyendo que alguna ligera semejanza me había alucinado. «Serenaos, señora—me dijo—, y no creáis haber visto a vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de aldeano, ni se hace creíble que aún viva. Yo misma—añadió—voy ahora al jardín a ver a ese hombre, a informarme de quién es, y volveré al momento a desengañaros.» Marchó al jardín, y un instante después la veo entrar en mi cuarto muy alterada. «Señora—me dijo—, vuestra sospecha fué por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardín es verdaderamente el mismo don Alvaro; luego se me descubrió, y desea hablaros a solas.»

»Podía recibirle entonces, porque el marqués había partido a Burgos, y

así, dije a Inés que le condujese a mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitación en que yo me hallaría. No pude sufrir la vista de un hombre que tenía derecho para decirme cuanto le viniese a la boca, y al parecer con razón. Caí desmayada luego que le vi en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Inés me socorrieron prontamente, y después que volví del desmayo, «Tranquilizaos, señora—me dijo don Alvaro—, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la más mínima amargura. No vengo como marido furioso a pediros cuenta de la fe que me jurasteis ni a calificar de delito el segundo enlace que contrajisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habéis padecido. Por otra parte, estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto más justamente creída de vos cuanto que ninguna carta mía os podía asegurar de lo contrario. Finalmente, sé de qué modo habéis vivido desde nuestra fatal separación y que la necesidad, más que el amor, os obligó a entregaros en los brazos de...» «¡Ah don Alvaro!—le interrumpí yo anegada en lágrimas—. ¿Por qué razón queréis disculpar a vuestra esposa? ¡No tiene disculpa, puesto que vivís! ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situación en que me hallaba antes de desposarme con don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! ¡En aquella miseria, tendría a lo menos el consuelo de veros sin avergonzarme!»

«Amada Mencía—replicó don Alvaro en tono que mostraba bien cuánto le habían enternecido mis lágrimas—, yo no me quejo de ti; antes bien, lejos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al Cielo mil gracias. Desde el triste día en que partí de Valladolid, tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué un tejido de desdichas, y, para su colmo,

nunca me fué posible darte noticias de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situación a que mi fatal cariño te había conducido. Consideraba a mi adorada Mencía bañada en lágrimas, y esta consideración era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenía por delito la dicha de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado a cualquier otro de mis competidores, cuando reflexionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habías honrado. Por fin, después de siete años de penas, más enamorado de ti que nunca, he querido volver a verte. No he podido resistir a este deseo, y, habiéndomelo permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto a Valladolid disfrazado en este traje, a riesgo de ser conocido y descubierto. Allí lo he sabido todo, y he venido en seguida a esta posesión, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle a cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aquí a turbar la ventura que gozas. Amote más que a mí mismo, respeto tu reposo y, acabada esta conversación, parto lejos de ti a terminar mis tristes días, que sacrifico a tu amor.»

«¡No, don Alvaro, no!—exclamé al oír estas palabras—. El Cielo no te ha traído aquí en balde, y no permitiré que segunda vez te apartes de mí. Quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante.» «Créeme a mí, Mencía—me replicó—: vive con don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas; deja que cargue yo solo con todo el peso de ellas.» Añadió a éstas otras razones semejantes; pero cuanto más empeñado parecía en querer sacrificarse a mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo a consentirlo. Luego que me vió tan resuelta a seguirle, mudó de

repente de tono, y con semblante más alegre me dijo: «Mencía, pues todavía amas tanto a don Alvaro que quieres preferir su miseria a la abundancia en que te hallas, vámonos a vivir a Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos, y traigo por compañeros a tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy a dar orden de que traigan el carruaje a la puerta de esta casa, y al momento partiremos.» A todo accedí. Fué volando don Alvaro a Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sólo Inés era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mía porque estaba enamorada de un paje de don Ambrosio: lo que demuestra que el afecto de los más fieles criados no resiste a la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y ciertas joyas que tenía antes del segundo matrimonio, porque nada quise tomar de lo que me había regalado el marqués cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos, con razón, que al volver de Burgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos días sin que nadie nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame don

Alvaro la triste aventura que había dado motivo a la voz esparcida de su muerte y el modo de haber recobrado su libertad después de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino a los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es el mismo y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.»

* * *

# Capítulo XII

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversación de la señora y de Gil Blas.

Con efecto, se deshacía en lágrimas doña Mencía al acabar de hacerme su relación. Dejéla dar entera libertad a los suspiros, y lloraba yo también: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una mujer hermosa y afligida. Iba a preguntarle qué partido quería tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba también a consultarme lo propio si no hubiera sido interrumpida nuestra conversación. Oímos en el mesón un gran rumor que llamó nuestra atención. Causábale la venida el corregidor, que, acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles, se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó a mí fué un caballerito que venía en compañía del corregidor. Paróse a mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido, y después de alguna suspensión exclamó diciendo: «¡Vive el Cielo que ésta es mi mismísima ropilla! ¡La conozco tan bien como he conocido mi caballo! ¡Sobre mi palabra que podéis prender a este hombre honrado! ¡Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este país!»

Al oír aquellas palabras me persuadí de que sin duda me había tocado,

por desgracia mía, el despojo de aquel caballero, y, por consiguiente, me quedé sorprendido e inmutado. El corregidor, que por su oficio debía juzgar antes mal que bien de la turbación en que me veía, hizo juicio de que la acusación no era mal fundada, y sospechando que la señora podía también ser cómplice, nos hizo prender a los dos y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; antes bien, mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prisión, vino a ella con sus dos precursores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales, según su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué día para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habían tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecía que estaba fuera de sí. «Hijo—me decía en un tono lleno de miel y dulzura—, no extrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará.» Mientras tanto fueron poco a poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habían respetado los ladrones: quiero decir los cuarenta ducados de mi tío. Escudriñáronme de pies a cabeza sus codiciosas e infatigables manos, haciéndome volver a todos lados y despojándome de todos los vestidos para ver si tenía guardado algún dinero entre el pellejo y la camisa. Después que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligación, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisfícelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaración y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

«¡Oh vida humana—exclamé cuando me vi solo en aquel miserable estado—, qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar a esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo había de conocer a su corregidor.» Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me había puesto en aquel estado; y después, hablándome y alentándome a mí mismo, «¡Animo, Gil Blas—me dije—; valor y constancia! ¡Vamos claros! ¡Piensa que después de este tiempo vendrá quizá otro más dichoso! ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una prisión ordinaria después de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? Mas, ¡ay—añadí tristemente—, yo me alucino y me lisonjeo! ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro a quien cortan las alas.»

En lugar de la liebre y de la perdiz que había mandado componer me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince días enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venía todas las mañanas a registrar y renovar las prisiones. Cuando le veía, intentaba querer entablar conversación con él para desahogarme algún tanto; pero aquel hombre nada respondía a cuanto le preguntaba. Jamás me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salía muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimosexto día se dejó ver el corregidor, y me dijo: «Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida a Burgos la señora que venía contigo, examinéla sobre quién eras, y tu

conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía viniste desde Peñaflor a Cacabelos, según has dicho, confirme tu declaración. Está en Astorga; ya le he enviado a llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaración con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.»

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Di gracias al juez por la buena y pronta justicia que me quería hacer; y apenas había acabado mi cumplido, cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribón, que sin duda había vendido mi maleta con todo lo que había dentro, temiendo le obligasen a restituir el dinero que había recibido si confesaba que me conocía, dijo descaradamente que no sabía quién yo era y que jamás me había visto. «¡Ah traidor!—exclamé yo—. ¡Confiesa que has vendido mi ropa y respeta la verdad! ¡Mírame bien! Yo soy uno de aquellos mozos a quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos, llenando a todos de miedo.» El taimado respondió muy fríamente que le hablaba una jerigonza que él no entendía; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasión. «Hijo—me dijo el corregidor—, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste; y así, no puedo soltarte, por más que lo deseo.» Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia y resolverme a estar todavía a pan y agua y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podía salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no había cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba de menos el lóbrego subterráneo. «Bien reflexionado—me decía yo a mí mismo—, allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo

menos en aquél comía y bebía alegremente con los ladrones, divertíame con ellos y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algún día; pero seré quizá muy feliz si sólo puedo salir de aquí para ir a galeras, a pesar de mi inocencia.»

* * *

# Capítulo XIII

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y a dónde se encaminó después.

Mientras yo pasaba los días y las noches en desvariar entregado a mis tristes reflexiones, se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni más ni menos que yo las había dictado en mi declaración. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venían unas en pos de otras, y se asomaban a una ventanilla que daba luz a mi prisión, y después de haberme mirado algún tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca había visto alma viviente asomarse a la tal ventanilla, que caía a un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo había llamado la atención de la ciudad; pero no acertaba a pronosticar si sería para mal o para bien.

Uno de los primeros que vi fué el muchacho o niño de coro de Mondoñedo que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo había fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversación, en la cual me vi precisado a hacerle una nueva relación de mis aventuras, lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues

que los hice reír y me atraje su compasión. El, por su parte, me contó lo que había pasado en el mesón de Cacabelos entre el arriero y la mujer después que un terror pánico nos había separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse después de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba a hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas que como él habían venido a verme por mera curiosidad me aseguraron que mis desgracias las movían a compasión, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mío al corregidor, quien, no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabía, tres semanas después vino a la prisión y me dijo: «Gil Blas, aunque si fuese yo un juez severo podría detenerte aquí, no quiero dilatar más tu causa. Vete; ya estás libre y puedes salir cuando quisieres. Pero dime—prosiguió—: si te llevaran al bosque donde estaba el subterráneo, ¿no le podrías descubrir?» «No, señor—le respondí—, porque como entré en él de noche y salí antes del día, no me sería posible dar con él.» Con eso se retiró el juez, diciendo que iba a dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento después vino el alcaide con sus satélites, que traían un lío de ropa, los cuales, con mucha gravedad y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raída a manera de escapulario, y concluída esta ceremonia me pusieron a la puerta de la cárcel, echándome a empellones fuera de ella.

La vergüenza que padecí al verme en tan mala ropa moderó mucho la

alegría que comúnmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulso de salirme inmediatamente de la ciudad, por huir de la vista del pueblo, que no podía sufrir sin rubor; pero pudo más mi agradecimiento. Fuí a dar las gracias al cantorcillo, a quien debía tanta obligación. No pudo dejar de reír luego que me vió. «A lo que advierto—dijo—, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades.» «No me quejo de la justicia—le respondí—: ella en sí es muy justa; solamente desearía yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos, me pudieran haber dejado el vestido, pues me parece que no le había pagado mal.» «Convengo en eso—me replicó—; pero dirán que ésas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no, dime: ¿crees, por ventura, que el caballo en que viniste se ha restituído a su primer dueño? No lo creas, porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá a ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversación—continuó el cantorcillo—. ¿Qué ánimo tienes y qué piensas hacer ahora?» «Mi ánimo es—le respondí—irme derecho a Burgos a buscar a la señora a quien liberté de los ladrones. Naturalmente, me dará algún dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos y partiré a Salamanca, donde procuraré aprovecharme de mi latín. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Burgos y es menester vivir en el camino.» «¡Ya te entiendo!—me replicó—. Aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía, a la verdad; mas ya sabes que un pobre cantor no es un obispo.» Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena voluntad que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho

dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle, cosa que nunca tuvo efecto. Después de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver a ninguna de las otras personas que habían contribuído a librarme de la prisión, contentándome con darles dentro de mi corazón mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razón en no hacer ostentación de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna, había dos meses que estaba acostumbrado a una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puentedura, poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de doña Mencía. Entré en un mesón, cuya huéspeda era una mujer muy pequeña, muy enjuta, vivaracha y de mala condición. Luego conocí, por la mala cara que me puso, que no le había gustado mi chamarreta, lo que fácilmente le perdoné. Sentéme a una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarterón de queso y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trajeron. Durante la comida, que era muy correspondiente a mi equipaje, quise entablar conversación con la huéspeda, que me dió a entender con un gesto desdeñoso que tenía a menos hablar conmigo. Supliquéle que me dijese si conocía al marqués de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo y, particularmente, si se sabía en qué había parado la marquesa su mujer. «¡Muchas cosas me preguntáis!»—respondió muy desdeñosa. Sin embargo, me contestó en abreviatura y con muy mal talante, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puentedura.

Después que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un cuarto. «¡Un cuarto para él!—me dijo la

mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio—. ¡Un cuarto para él! ¡Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso! Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando a ciertos caballeros de importancia que vienen a hacer noche aquí; lo más que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja.» En esto decía más verdad de lo que ella misma pensaba. No le repliqué palabra. Abracé prudentemente el partido que me proponía; fuime al pajar y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho a trabajos.

* * *

# Capítulo XIV

Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencía.

No fuí perezoso en levantarme al día siguiente. Fuí a ajustar la cuenta con la huéspeda, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el día antecedente. Atribuílo a la presencia de tres honrados cuadrilleros de la Santa Hermandad que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serían sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba a la casa de campo a donde yo quería ir, y se lo pregunté a un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme a lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio había muerto tres semanas hacía, y que la marquesa, su mujer, se había retirado a un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura a Burgos, y, sin pensar ya en la casa de campo, fuí volando al monasterio donde me dijeron que se hallaba doña Mencía. Supliqué a la tornera se sirviese decir a aquella señora que deseaba hablarle un mozo recién salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué a darle el recado la tornera. Volvió ésta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco vi llegar, muy enlutada, a

doña Mencía.

«Bien venido seas, Gil Blas—me dijo aquella viuda con modo muy afable—. Cuatro días ha que escribí a un conocido mío de Astorga suplicándole te fuese a ver y que de mi parte te rogase vinieses a visitarme inmediatamente que salieses de la prisión. Nunca dudé que pronto te darían libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya, con efecto, estabas libre, pero que no se sabía tu paradero. Temí no volverte a ver ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido extremadamente. Consuélate—añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme a ella en tan miserable estado—; no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropaje en que te veo. Después del gran servicio que me hiciste, sería yo la mujer más ingrata de las mujeres si no hiciera nada por ti. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

»Los lances—continuó—que me sucedieron hasta el día en que nos separaron para meternos presos ya los sabes como yo; ahora voy a contarte lo que me aconteció desde entonces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen a Burgos, después de haberme oído la relación puntual de mis sucesos, me dirigí a la casa de don Ambrosio. Causó mi llegada general y extremada sorpresa; pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marqués, profundamente afligido por mi fuga, había caído gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo más sobre los muchos que ya tenía para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso, quise que le avisasen mi

llegada; entré después en su cuarto y corrí a arrojarme de rodillas a la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante y el corazón traspasado del más agudo dolor. «¿Quién te ha traído aquí?—me dijo luego que me vió—. ¿Vienes a complacerte en la obra de tus manos? ¿No te basta haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfacción tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte?» «Señor—le respondí—, ya os habrá informado Inés de que huí con mi legítimo esposo, y a no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca más me hubierais vuelto a ver.» Referíle al mismo tiempo cómo don Alvaro había muerto a manos de unos ladrones y cómo me habían conducido al subterráneo, con todo lo demás que me había sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar, cuando, alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura: «¡Basta, hija; ya no me quejo de ti! Pues qué, ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo, a quien adorabas, y me abandonaste por irte con él. ¿Podré nunca condenar con razón una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razón tendría para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacía lícita, y aun necesaria, como también el debido amor que profesabas a tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituído a mi casa has recobrado toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo. Mas ¡ay, cuán poco me durará uno y otro! Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió a juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de ti con el último adiós.» Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, las que excitaron en mí una aflicción extremada.

Aunque adoré a don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al día siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me había señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar a terceras nupcias. Esto, a mi parecer, sólo es propio de mujeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien, te digo que ya no tengo inclinación al mundo y que quiero acabar mis días en este convento y ser su bienhechora.»

Tal fué el discurso de doña Mencía; acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo y me lo tiró por la reja del locutorio a donde le pudiese alcanzar, diciendo: «Toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y después vuélveme a ver, porque no quiero que se limite a cosa tan corta mi agradecimiento.» Dile mil gracias y le juré que no partiría de Burgos sin volver a despedirme de ella. Hecho este juramento—que estaba bien resuelto a no quebrantar—, me fuí a buscar algún mesón. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el traje se podía formar de mí dije al mesonero que, aunque me veía en aquellos pobres trapos, tenía con qué pagar el gasto. Al oír estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo y era naturalmente grandísimo bufón, mirándome y examinándome atentamente de pies a cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero que no necesitaba de mi aseveración para conocer que sin duda haría yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba a creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí, y para cortar de repente sus bufonescas frialdades saqué el bolsillo y a su vista conté sobre una mesa mis ducados,

los que le obligaron a formar un juicio más favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algún sastre, a lo cual me replicó que sería mejor llamar a algún prendero, el cual traería diferentes vestidos de todas clases, para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche, dilaté este negocio hasta el día siguiente, y sólo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que había comido desde que salí del subterráneo.

* * *

# Capítulo XV

De qué modo se vistió Gil Blas, del nuevo regalo que le hizo la señora y del equipaje en que salió de Burgos.

Sirviéronme un copioso plato de manos de carnero fritas y le comí casi todo; bebí a proporción y después fuíme a la cama. Era ésta muy decente, y esperaba que luego se apoderaría de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginación en qué género de vestido había de escoger. «¿Qué haré?—decía—. ¿Seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir a ser dómine en Salamanca? Pero ¿a qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿Acaso me inclina a ello mi propensión? ¡Nada de eso! Mis inclinaciones son muy contrarias a la santidad que pide: quiero ceñir espada y ver de hacer fortuna en el mundo.» Y a esto me decidí.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaría para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos, estuve esperando el día con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el mesón, que despertaron todos. Llamé a los criados, que estaban

todavía en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados a levantarse, y les di orden de que fuesen a buscar al prendero. No tardó en llegar éste con dos mozos cargados, cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo: «Caballero, ha tenido usted fortuna en dirigirse a mí más bien que a otro. No quiero desacreditar a mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio a su reputación; mas, aquí para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia. Todos son más duros que judíos; yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito a una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto. Equivoquéme: quise decir con un cuarto por real.»

Después de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó a los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paños enteramente lisos. Deseché éstos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme después otro que parecía haberse cortado expresamente para mí, el cual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componía de una ropilla, unos calzones y una capa; la ropilla, con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí éste y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuánto me agradaba, me dijo: «En verdad que es usted un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa usted que este vestido se hizo para uno de los primeros sujetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo y hallará que es del mejor. Pues ¿qué diré del bordado? No parece cabe mayor delicadeza ni primor.» «Y bien—le pregunté—, ¿cuánto pedís por él?» «Señor—me respondió—, ayer no le quise dar por sesenta ducados; y si

esto no es cierto, no sea yo hombre de bien.» A la verdad, la contestación era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valía la mitad. «Caballero—replicó él fríamente—, yo no soy hombre que pido más de lo justo ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome usted este otro vestido—continuó, presentándome el primero, que yo había desechado—, que se lo daré más barato.» Todo esto sólo servía para aumentar en mí la gana que tenía del otro, y como me imaginé que no rebajaría ni un maravedí de lo que había pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los había dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido más. Pero al fin, contento con haber ganado a real por cuarto, se despidió con sus mozos, a los cuales tampoco dejé de agasajar dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé a pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; pero ¡qué gozo fué el mío cuando me vi tan bien equipado! No me cansaba de mirarme. Ningún pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumaje de su cola. Aquel mismo día pasé a visitar segunda vez a doña Mencía, la cual me volvió a recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le había hecho, a que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Después, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome sólo una sortija de treinta doblones y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frío cuando me vi con la tal sortija, porque había contado

con regalo de mucho más precio. En esta suposición, malcontento de la generosidad de la señora, volví al mesón haciendo mil calendarios; pero apenas había llegado cuando entró en él un hombre que venía tras de mí, el cual, desembozando la capa, mostró un talego bastante largo que traía debajo del brazo. Así que vi el talego, que parecía lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oír la voz de un serafín cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa: «Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica a usted se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento.» Hice mil cortesías al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del mesón me arrojó sobre el talego como un gavilán sobre su presa y llevémele a mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa y me encontré con mil ducados que contenía. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que había oído las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata y exclamó admirado: «¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! ¡Sin duda sabéis—añadió con malicia—sacar buen partido de las damas! ¡Apenas ha veinticuatro horas que estáis en Burgos y ya hacéis contribuir a las marquesas!»

No me desagradó esta sospecha y estuve tentado a dejar a Majuelo en su error, por lo que lisonjeaba mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mujeres; pero pudo más en mí la inocencia de mis costumbres que la vanagloria. Desengañé al mesonero y le conté toda la historia de doña Mencía. Oyóla con singular atención, y después le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con

sus consejos. Quedóse como pensativo algún tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo: «Señor Gil Blas, confieso que desde que vi a usted le cobró particular inclinación; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder a ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que usted es un hombre nacido para la corte, y así, le aconsejo se vaya a ella y procure introducirse con algún gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá usted el tiempo y nada adelantará con él. Conozco bien a los grandes: ningún aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y sólo estiman a las personas que les son necesarias para sus fines. Además de éste, tiene usted otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galán; y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar a su favor a alguna viuda poderosa o alguna hermosa dama malcasada. Si el amor empobrece a muchos ricos, tal vez sabe también enriquecer a los que eran pobres. Soy, pues, de parecer que vaya usted a Madrid; pero conviene se presente con ostentación, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas no por lo que son, sino por lo que aparentan ser, y usted solamente será atendido a proporción de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente; en fin, un hombre de mi mano. Compre usted dos mulas, una para sí y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo más pronto que le sea posible.»

No podía menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al día siguiente compré dos mulas y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años y de un aspecto humilde y devoto. Díjome ser rayano de Galicia y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que más admiré en

él fué que, siendo los demás criados por lo común muy interesados, éste no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaría con lo que quisiese darle. Compré unos botines y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.

* * *

# Capítulo XVI

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

Dormimos en Dueñas la primera jornada, y el día siguiente entramos en Valladolid a las cuatro de la tarde. Apeámonos en un mesón que me pareció sería el mejor de la ciudad. Mi criado se fué a cuidar de las mulas y yo mandé a una moza de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé a Ambrosio. No estaba en el mesón, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venía, y me respondió, devoto y compungido, que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devoción y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi cuarto el mesonero con un hacha encendida en la mano, alumbrando a una señora ricamente vestida, la cual me pareció más hermosa que joven. Dábale el brazo un escudero, y un morito la seguía llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, después de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura sería yo el señor Gil Blas de

Santillana. Apenas le respondí que sí cuando, desasiéndose del escudero, vino apresuradamente a darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados a mi admiración. «¡Sea mil veces bendito el Cielo—exclamó—por tan dichoso encuentro! ¡A usted, señor caballero, a usted venía yo buscando!» Al oír esto se me vino a la memoria el petardista taimado de Peñaflor, y ya iba a sospechar que aquella señora era una solemne embustera o una descarada aventurera; pero lo que añadió me obligó a formar de ella un juicio más favorable. «Yo soy—me dijo—prima hermana de doña Mencía de Mosquera, que debe a usted tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viaje de usted a la corte y me encarga le trate bien y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de mesón en mesón a saber qué forasteros se han apeado en ellos, y por las señas que me dió de usted el mesonero conocí que podía ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen a mi familia, y particularmente a mi querida Mencía. Me hará usted el favor de venir ahora mismo a hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un mesón.» Quise excusarme, haciéndole presente que no podía admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme a sus eficaces instancias. Había a la puerta del mesón un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipaje, «porque en Valladolid—dijo—hay muchos bribones», lo cual era demasiadamente cierto. En fin, entramos en el coche ella y yo con su vejete escudero y me dejé sacar del mesón de esta manera, con gran pesar del mesonero, porque así se veía privado del gasto que él suponía que yo

había de hacer en su posada con la señora, el escudero y el morito.

Después de haber rodado bastante, paró en fin el coche a la puerta de una casa grande, a donde subimos a una sala bien adornada e iluminada con veinte o treinta bujías. Había en ella también muchos criados, a quienes preguntó la señora si había venido don Rafael. Respondiéronle que no, y ella me dijo, volviéndose a mí: «Señor Gil Blas, estoy esperando a mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos a dos leguas de aquí. ¡Cuán agradable será su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huésped a quien tanto debe toda nuestra familia!» Al mismo punto que acabó de decir estas palabras oímos ruido y supimos le causaba la llegada de don Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un joven de bello talle y muy airoso. «Hermano—le dijo la señora—, no sabes cuánto me alegra tu vuelta. Tú me ayudarás a obsequiar como se merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Mencía. Toma esta carta—añadió—y lee lo que en ella me escribe.» Abrióla don Rafael y leyó en alta voz lo siguiente:

«Mi querida Camila: El señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vínculo del parentesco, y aun más por la amistad que nos une, le agasajes y obsequies cuanto puedas, obligándole a que descanse algunos días en tu casa. Espero no me negarás este gusto y que mi libertador recibirá de ti y del primo don Rafael todo género de atenciones. Burgos, etc. Tu prima que te ama,—*Doña Mencía*.»

«¿Cómo así?—exclamó don Rafael luego que leyó la carta—. ¿Es posible sea éste el caballero a quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta? Doy gracias al Cielo por este dichoso encuentro.» Diciendo

esto se acercó a mí, y abrazándome estrechamente, dijo: «¡Oh qué gusto y qué fortuna la mía en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debemos tratar a un hombre que hizo el mayor servicio del mundo a la persona a quien más amamos de toda nuestra parentela.» Correspondí lo mejor que pude a todas aquellas expresiones y a otras muchas semejantes, acompañadas de mil caricias. Advirtiendo después don Rafael que todavía tenía yo puestos los botines, mandó a sus criados me los quitasen.

Pasamos después al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos a la mesa, colocándome a mí en medio de los dos hermanos, quienes mientras cenábamos me dijeron mil expresiones cariñosas; celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discreción, y era de ver el cuidado con que me hacían plato, sirviéndome de cuanto había en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente a la salud de doña Mencía y yo correspondía del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y a veces me parecía que me miraba como a hurtadillas de una manera que podía significar mucho, y aun llegué a creer que para hacerlo buscaba ocasión, como quien temía que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me había hecho dueño de la voluntad de aquella señora y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí fácilmente a la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos días. Agradecieron mucho mi condescendencia, y la particular alegría que mostró doña Camila me confirmó en la opinión de que había hallado en mí un hombre muy de su

gusto.

Viéndome determinado don Rafael a detenerme algún tiempo, me propuso un viaje a su quinta, de la que me hizo una magnífica descripción, como también de las diversiones que quería proporcionarme en ella. «Unas veces—decía—nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si usted gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Además de esto no nos faltará buena compañía, y creo que no echará usted de menos la ciudad.» Acepté la oferta, y quedamos en que al día siguiente iríamos a la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolución, y don Rafael, lleno de alegría, me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: «Señor Gil Blas, ahí le dejo a usted con mi hermana; voy a dar las órdenes necesarias para el viaje y para que se avise a las personas que nos han de acompañar.» Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé a solas con la señora, dándole conversación, en la que no desmintió lo que yo había juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atención la sortija, dijo: «Parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende usted de pedrería?» Respondíle que no. «Lo siento—me replicó—; porque si lo entendiera, me diría cuánto vale esta piedra—mostrándome un grueso rubí que tenía en el dedo; y mientras yo lo miraba, añadió—: Regalómelo un tío mío, que fué gobernador de Filipinas, y los joyeros de Valladolid lo aprecian en trescientos doblones.» «Lo creo—repliqué—, porque me parece primoroso.» «Pues ya que a usted le gusta—repuso ella—, quiero hagamos un trueque.» Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija y metióme la suya en mi dedo. Después de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano y me miró con ternura; luego, cortando de

repente la conversación, me dió las buenas noches y se retiró enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

Aunque era yo entonces uno de los cortesanos más novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaría mal el tiempo en la quinta. Poseído de esta lisonjera idea y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde había de dormir y previne a mi criado me despertase temprano el día siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente a los alegres pensamientos que me inspiraba mi maleta, que estaba sobre una mesa, y mi rubí. «¡Gracias a Dios—decía—que si antes fuí miserable, ya no lo soy! Mil ducados por una parte y una sortija de trescientos doblones por otra es un decente caudal para bandearme algún tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor a mil mujeres cuando tan fácilmente he agradado a Camila.» Veníanseme a la imaginación todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me había ponderado de su quinta. Con todo eso, a pesar de unas ideas tan halagüeñas, no dejó el sueño de hacer su oficio; y así, sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el día siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: «Ambrosio, mi fiel Ambrosio, estará en alguna iglesia o le habrá hoy cogido la pereza.» Mas tardé poco en perder el buen concepto que había hecho de él para dar lugar a otro menos favorable, aunque más justo

y verdadero, pues habiéndome levantado y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la había robado por la noche. Para aclarar mis sospechas abrí la puerta y comencé a llamar al hipócrita repetidas veces y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo y me dijo: «¿Qué quiere usted, señor? Todos sus criados han salido de mi casa antes de amanecer.» «¿Qué es eso de mi casa?—le repliqué yo—. Pues qué, ¿no es ésta la de don Rafael?» «Yo no sé quién es ese caballero—respondió el viejo—; sólo sé que ésta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño y que, una hora antes que usted llegase, aquella señora con quien cenó anoche vino a pedirme un cuarto para un caballero principal, que ella dijo viajaba de incógnito. Yo le di éste, habiéndomelo pagado adelantado.»

Caí entonces en la cuenta: conocí lo que debía pensar de doña Camila y de don Rafael y comprendí que mi criado, instruído a fondo de todos mis negocios, me había vendido a aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme a mí solo la culpa de tan pesaroso suceso y de conocer que no me hubiera acaecido a no haber tenido la ligereza e indiscreción de descubrirme a Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna y maldije mil veces mi suerte. El posadero, a quien conté mi aventura—de la cual quizá el bellaco estaría mejor informado que yo—, mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadecióse de mí y protestó lo mucho que sentía que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, a pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardía como el mesonero de Burgos, a quien siempre atribuí el honor de la invención.

* * *

# Capítulo XVII

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.

Después de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé a hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de rendirme a la desesperación y desaliento debía animarme a luchar contra mi mala suerte. Volví, pues, a despertar mi valor, y me decía a mí mismo mientras me estaba vistiendo: «Aun doy gracias a mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen también mis vestidos y algunos ducados que tengo en las faltriqueras.» Y les agradecía el haber andado tan comedidos, pues habían tenido también la generosidad de dejarme los botines, los cuales di al posadero por la tercera parte de lo que me habían costado. En fin, salí de la posada sin tener necesidad, gracias a Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al mesón donde me había apeado el día antecedente, a ver si mis mulas se habían librado de la borrasca, aunque, a la verdad, juzgaba que Ambrosio no las habría olvidado; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche había tenido buen cuidado de sacarlas. Conque, dando por supuesto que yo no las volvería a ver, como tampoco mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que había de

tomar. Ofrecióseme la idea de volver a Burgos para recurrir segunda vez a doña Mencía; pero considerando que esto sería abusar de su bondad y que además me tendría por un simple, deseché este pensamiento. Juré, sí, guardarme bien en adelante de mujeres, y por entonces no me fiaría ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponía los ojos en mi sortija; mas, acordándome que había sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. «¡Ah!—decía entre mí—. ¡Nada entiendo de rubíes; pero bien entiendo y conozco a la gentecilla que hace estos cambios! ¡No me parece preciso ir a un joyero para conocer que soy un pobre mentecato!»

Con todo, no quise dejar de ir a saber lo que valía la sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oír semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, di a todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, o, por mejor decir, sólo les renové el don que mil veces les había hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró a mirarme. No pude caer al pronto en quién era, aunque en otro tiempo le había conocido muy bien. «¿Cómo qué, Gil Blas?—me dijo—. ¿Finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto que no conozcas al hijo del barbero Núñez? ¡Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de Lógica, y de cuántas veces argüimos los dos en casa del doctor Godínez sobre los universales y grados metafísicos!»

Antes que acabase de hablar había yo venido en conocimiento de quién era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiración y de alegría. «¡Ah querido amigo—prosiguió Fabricio—, y qué encuentro tan feliz y cuánto me alegro de volverte a ver! Pero ¿en qué equipaje te veo? ¡A la verdad, que estás vestido como un príncipe! ¡Bella espada, medias de

seda, calzón y vestido de terciopelo con bordado de plata! ¡Fuego! ¡Esto me huele a un fortunón deshecho! ¡Apuesto a que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo!» «Te engañas—le respondí—; mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas.» «¡A otro perro con ese hueso!—replicó él—. Tú quieres hacer el reservado, ¡pero a mí que las vendo! Díme por vida tuya: ese bellísimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste?» «De una grandísima bribona—le respondí—. ¡Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el Adonis de las mujeres de Valladolid, he sido su dominguillo!»

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habían jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razón estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme a satisfacer su curiosidad; pero como la relación era algo larga y no queríamos separarnos tan presto, entramos en un figón para discurrir con más comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos. Y mientras tanto le hice menuda relación de cuanto me había sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy extrañas, y después de asegurarme lo mucho que sentía verme en el estado en que me hallaba, añadió: «Amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazón apocado. ¿Vese un hombre de entendimiento reducido a la miseria? Espera con valor y paciencia otro tiempo más feliz. ¡Nunca—dice Cicerón—, nunca debe un hombre abatirse tanto que llegue a olvidarse que es hombre! Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas y sé resistir a los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo: amaba en Oviedo a la hija de un vecino honrado y ella me amaba

a mí; pedíla a su padre, y negómela, como era regular. Otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo, ¡admira la fuerza de mi talento!, de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada y alegre sobremanera; por consiguiente, pudo más con ella el placer que la obligación. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia, y llegó a tal punto su deseo de viajar que quiso ir a Portugal; pero tomó otro compañero de viaje y me dejó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Más prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Paris que me había robado mi Elena, me alegró mucho de verme libre de ella. No queriendo después volver a Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de León, donde anduve de lugar en lugar, gastando el dinero que me había quedado del rapto de mi ninfa, pues en aquella ocasión ambos nos proveímos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar a Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos, y el resto duró pocos días. Vime perplejo en aquella situación. Comenzaba ya a guardar dieta y era indispensable tomar algún partido. Resolví, pues, ponerme a servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenía un hijo dado a todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia, pero igualmente un grandísimo obstáculo. Mandóme el padre que espiase al hijo y suplicóme el hijo le ayudase a engañar al padre. Era preciso optar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé después a servir a un pintor, ya hombre viejo, el cual quería enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre, y esto me disgustó de la pintura y de la

mansión en Palencia. Víneme a Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavía, y cada instante más contento. El señor Manuel Ordóñez, mi amo, es el hombre más virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo sólo tuvo puesta su atención en el bien de los pobres, y le mira con mucho amor, empleando a este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendición del Cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.»

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije: «Por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero, hablando en confianza, paréceme que podías hacer un papel más brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debía pensar más alto.» «Te engañas mucho, Gil Blas—me respondió—: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situación que la mía. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato; mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio superior que se pone a servir no sirve materialmente como un pobre bobo: entra menos a servir que a mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se granjea su confianza, y hételo que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pie cojeaba. Advertí que todo su deseo era que le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice más: procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que él representaba delante de los demás: engañé al engañador, y poco a poco vine a ser su todo y como su primer

ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algún día estarán a mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo. ¿Y quién sabe si por este camino llegaré también a hacer igual o mayor fortuna?»

«¡Bellas y alegres esperanzas, querido Fabricio!—le repliqué—. Doite mil parabienes por ellas. Mas, por lo que a mí toca, vuélvome a mis primeros pensamientos. Voy a trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme a Salamanca, matricularéme en la Universidad y me pondré a preceptor.» «¡Gran proyecto!—repuso Fabricio—. ¡Graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte a pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia, te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus más mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el día se te irá en enseñarle el latín y en reprenderle y corregirle cuando diga o haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujeción, ¿qué premio te espera? Si el señorito sale travieso y mal inclinado, a ti te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa y aun quizá sin pagarte. Así, pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que a nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? Pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos a veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe a su gusto, por la

noche se va a la cama y, como un hijo de familia, duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero. Amigo Gil Blas—prosiguió Fabricio—, nunca acabaría si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme: desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor y sigue mi ejemplo.» «Sea así, Fabricio—le respondí—; pero no todos los días se hallan administradores como el que tú has hallado, y si yo me determinara a servir, quisiera a lo menos encontrar con un buen amo.» «¡Oh!—repuso él—. En eso tienes razón. Yo tomo por mi cuenta el buscártele, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir a que no se vayan a enterrar en una Universidad los talentos de un hombre como tú.»

La próxima miseria que me amenazaba, la resolución y seguridad con que Fabricio me habló, aun más que sus razones, me persuadieron finalmente a que me pusiese a servir. Tomada esta determinación, salimos del figón, y Fabricio me dijo: «Ahora mismo quiero conducirte en derechura a casa de un hombre a quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva razón no sólo de las plazas vacantes, sino también de las buenas o malas cualidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.»

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegamos a una callejuela, y en un rincón de ella, a una casa baja, donde el hijo del barbero Núñez me hizo entrar. Nos encontramos con un hombre de cincuenta años que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio

naturalmente soberbio y grosero, o bien porque estando acostumbrado a no tratar sino con lacayos y cocheros lo estaba también a recibir las visitas asaz descortésmente, no se levantó, ni aun casi se dignó mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinación de cabeza. Con todo, poco después me miró con atención. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse a servir de criado, cuando podía pensar que iba yo a buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto: «Señor Arias de Londoña, aquí le presento a usted el mayor amigo mío. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido a la necesidad de servir. Proporciónele usted una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento.» «Señores—respondió fríamente Arias—, ésa es la cantilena general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero después de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan.» «¿Cómo? ¿Qué?—replicó Fabricio—. ¿Está usted quejoso de mí? ¿No me he portado bien?» «Mejor pudieras haberte portado. Tu conveniencia equivale a la de primer oficial de cualquiera oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo.» Tomé yo entonces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servía a un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaría a tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: «¡Así gusto yo de que se trate conmigo! Hay vacantes excelentes puestos: leerélos, y usted escogerá el que mejor le pareciere.» Al decir esto calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas y comenzó así: «Necesita lacayo el

capitán Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes y muy a menudo estropea a los criados.» «¡Pase usted adelante!—dije yo prontamente—. ¡No me gusta el señor capitán!» Rióse Arias de mi viveza y prosiguió leyendo: «Doña Manuela de Sandoval, viuda y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo común no tiene más que uno, y ése apenas la puede aguantar un día entero. Diez años ha que sólo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos o gordos, grandes o pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela, y así todavía está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fáñez, médico químico. Trata bien a sus criados, dales bien de comer y un gran salario; pero hace en ellos la experiencia de sus remedios y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.»

«¡No lo dudo!—interrumpió Fabricio dando una carcajada—. Pero vamos claros, que nos va usted proponiendo admirables conveniencias.» «Ten un poco de paciencia—replicó Arias de Londoña—; todavía no las he leído todas y puede haber alguna que te contente.» Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera: «Tres semanas ha que está sin criado doña Alfonsa de Solís; es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del día y quiere tener siempre junto a sí al criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo y canónigo de este Cabildo.» «¡Alto ahí, señor Arias de Londoña!—interrumpió Fabricio—. ¡A ese puesto nos atenemos! El canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata, que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz y se

come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo, gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento y se puede esperar algún legadillo. ¡Gran esperanza para un criado! Gil Blas—continuó Fabricio volviéndose hacia mí—, no perdamos tiempo. Vámonos derechos a casa del licenciado; yo mismo te quiero presentar y salir por fiador tuyo.» Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasión, nos despedimos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció, por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia me proporcionaría otra tan buena y aun quizá mejor.

* * *

## LIBRO SEGUNDO

* * *

# Capítulo primero

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo; estado en que éste se hallaba y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde, nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta; llamamos y bajó a abrir una niña como de diez años, a quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponían entre las dos parentesco más estrecho. Le estábamos preguntando si se podría hablar al señor canónigo, cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una mujer entrada ya en la edad de discreción, pero todavía de buen parecer y, sobre todo, de un color fresco y hermoso. Venía vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñía con una ancha correa de cuero, de la cual pendía por un lado un manojo de llaves y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con mucho respeto y ella nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto y los ojos bajos.

«He sabido—le dijo mi camarada—que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva y vengo a presentarle éste, que espero le dará gusto.» Alzó entonces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando a conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio,

preguntó si era yo el que pretendía entrar a servir. «Sí, señora—respondió el hijo de Núñez—, él mismo es; porque, tal como usted le ve, le han sucedido desgracias que le precisan a ello. Consolárase en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un patriarca de las Indias.» Al oír esto, la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecía desconocido. «Tengo alguna idea—le dijo—de haber visto ya esa cara, y estimaría que usted ayudase a mi memoria.» «Casta señora Jacinta—le respondió Fabricio—, es y ha sido grande honor mío haber merecido la atención de usted. Dos veces he venido a esta casa acompañando a mi amo, el señor Manuel Ordóñez, administrador del hospital.» «¡Justamente!—replicó entonces el ama—. ¡Acuérdome muy bien! ¡Ya caigo en la cuenta! Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordóñez para saber que será usted un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga usted conmigo y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.»

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivía en un cuarto bajo compuesto de cinco piezas a un mismo piso, todas muy decentes. Díjonos esperásemos un instante en la primera mientras iba a avisar al señor canónigo, que estaba en la segunda. Después de haberse detenido algún tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió a nosotros y nos dijo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detrás de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas y apoyando las piernas en un almohadón de pluma.

Acercámonos a él, sin escasear las cortesías; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya había dicho de mí a la señora Jacinta, sino que se puso a hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me había granjeado bajo el magisterio del doctor Godínez en las disputas de Filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir a un canónigo. Sin embargo, no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí, y conociendo, por otra parte, que yo no desagradaba a la señora Jacinta, «Amigo—respondió a mi fiador—, desde luego recibo a este mozo: basta que tú me lo presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto que me lo propone un criado del señor Manuel Ordóñez.»

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran cortesía al canónigo, otra más profunda a la señora Jacinta y se despidió muy alegre, diciéndome al oído que me quedase allí y que ya nos veríamos. Apenas había salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó cómo me llamaba y por qué había salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas a contarle toda la historia de mi vida, en presencia de la señora Jacinta. Divertílos a entrambos, sobre todo con la relación de mi última aventura. Doña Camila y D. Rafael les hicieron reír tan fuertemente que le hubo de costar la vida al pobre gotoso, pues la risa le excitó una tos tan violenta que temí fuese llegada su hora. Aun no había hecho testamento: considérese cuánto se turbaría la buena ama. Vila toda trémula y azorada correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el licenciado y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relación, mas no me

lo permitió la señora Jacinta, temerosa de que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guardarropa, donde, entre otros vestidos, estaba el de mi predecesor. Hízomele poner y guardó el mío, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podría servirme. Desde el guardarropa pasamos los dos a disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Había hecho mi aprendizaje bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podía pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecía ser cocinera de un arzobispo. Sobresalía en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un jigote, la chanfaina y, en general, toda especie de picadillo, de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde, mientras yo ponía los manteles en una mesilla inmediata a su silla poltrona, el ama le ponía la servilleta, prendiéndosela por detrás con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podía presentar a un corregidor de Madrid, y una fritada que podía avivar el apetito de un virrey, si el ama, de propósito, no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan delicados manjares, mi buen viejo, que yo creía estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no había perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar a que le desembarazasen de la almohada y demás impedimentos, disponiéndose a comer alegremente. Las manos tampoco se negaron a servirle; aunque trémulas, iban y venían con bastante ligereza a donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba a la boca. Cuando vi que ya no quería más de frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó

con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacía beber grandes tragos de vino mezclados con un poco de agua en una taza de plata bastante ancha y profunda, aplicándosela ella misma a la boca y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses. Se comió las pechugas y las piernas, sin dejar los alones. Siguiéronse los postres, y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle a poner la almohada, y, dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros a comer.

Era ésta la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragón de todo el Cabildo; pero la cena era más parca. Contentábase con un pollo o con un conejo y con algún cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca a la comida, estaba yo bien y lo pasaba alegremente; sólo tenía un trabajo, no poco pesado para mí. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecía éste una retención de orina que le obligaba a pedir el orinal diez veces cada hora. Además sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia. «Gil Blas—me dijo la segunda noche—, tú eres mañoso y diligente y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des también gusto a la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonía. Quince años ha que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí que no sé cómo pagárselo, y confiésote que por esto la estimo más que a toda mi familia. Por ella despedí de mi casa a un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana, e hice bien. No podía ver a esta pobre mujer y, lejos de agradecerle lo que hacía conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque a la gente moza de hoy todo lo

que suena a recogimiento y devoción le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero a todos los respetos de la sangre el amor que me tienen y el bien que me hacen.» «Usted, señor, tiene muchísima razón—le respondí—: el agradecimiento debe siempre poder más que las leyes de la naturaleza.» «Sin duda—replicó él—; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de ti como prosigas sirviéndome según has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo. Si no me hubiera visto precisado a despedirle, porque ya no le podía aguantar, yo solo le habría hecho rico; pero era un soberbio que no tenía el más leve respeto a la señora Jacinta, y era muy holgazán. No le gustaba acompañarme de noche y se le hacía intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podía ocurrir.» «¡Qué bribón!—exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mío—. ¡No merecía, por cierto, estar al lado de un amo tan bueno como su merced! El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable, ha de complacerse en su trabajo y ha de creer que nada hace aun cuando sude sangre por servirle.»

Conocí que le habían gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le di de estar siempre pronto y obediente a las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temía trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. El ama—a la cual debo hacer esta justicia—cuidaba mucho de mí, lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo granjearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comíamos juntos ella y su sobrina, que se

llamaba Inesilla, estaba yo pronto a mudarles de platos, a servirles de beber y, en fin, a hacer con ellas lo que haría el más fiel y leal criado. Por estos medios llegué a conseguir su amistad. Un día que la señora Jacinta había salido a hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé a darle conversación, y le pregunté si vivían todavía sus padres. «¡Oh, no!—me respondió la niña—. Mucho tiempo ha que murieron, según me lo ha dicho mi tía, porque yo nunca los conocí.» Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de parlar que poco a poco me dijo más de lo que yo quería saber. Descubrióme, o, por mejor decir, descubrí yo por su sencillez que la señora tía tenía un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo y que tenían ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos y gozarla en paz por medio de un casamiento cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenía de muy buen parecer. Es verdad que ningún medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte, dormía con sosiego, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero, sobre todo, lo que más contribuía a mantener en ella aquel color vivo y fresco era—según me dijo Inesilla—una fuente que tenía en cada pierna.

* * *

# Capítulo II

Qué remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que resultó, y qué dejó a Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al señor licenciado Cedillo, sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura y con ella se le irritó la gota. Recurrió a los médicos, siendo la primera vez que lo hacía en toda su vida, aunque había sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, a quien tenían en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido más que el canónigo, ante todas cosas, comenzase por hacer testamento; pero además de que no le parecía a él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, a buscar al doctor Sangredo, y condújele a casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años a lo menos tenía continuamente empleada la tijera de las Parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz, gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que a su parecer daba mayor nobleza a las expresiones. Parecía que medía sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Después de haber observado al enfermo, comenzó a hablar así en tono magistral: «Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiración escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarían, sin duda, en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos más simples y seguros. ¿Qué es lo que usted acostumbra comer?», preguntó al enfermo. «Comúnmente, cubiletes y manjares jugosos», respondió el canónigo. «¡Cubiletes y manjares jugosos!—exclamó suspenso y admirado el doctor—. ¡Ya no me maravillo de que usted haya enfermado! Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma a los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que usted renuncie a todo alimento de buen gusto: los más desabridos son los más propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos a su naturaleza. ¿Y bebe usted vino?», le volvió a preguntar. «Sí, señor, pero aguado», respondió el enfermo. «¡Qué dice usted aguado!—exclamó el doctor—. ¡Qué desorden! ¡Qué espantoso desarreglo! ¡Debía usted haberse muerto cien años ha! ¿Y qué edad es la de usted?» «Voy a entrar en sesenta y nueve años», repuso el licenciado. «Justamente—continuó el médico—, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si usted hubiera bebido sólo agua clara toda su vida y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guisantes o judías, no se vería ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerían todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfío de

restablecerle, como se entregue ciegamente a cuanto yo ordenare.» El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces Sangredo me dijo fuese prontamente a llamar a un sangrador que él mismo me nombró, y le hizo sacar a mi amo seis tazas completas de sangre para empezar a suplir la falta de transpiración. Después dijo al sangrador: «Maese Martín Oñez: dentro de tres horas volved a sacarle otras seis, y mañana repetiréis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservación de la vida: por mucha que se le saque a un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita más sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida sólo consiste en el pulso y en la respiración.» No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Después que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrías, añadió que era también preciso dar de beber al enfermo agua caliente a cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita y se fué, diciéndonos a la señora Jacinta y a mí que él salía por fiador de la salud del señor canónigo con tal que se observase a la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometía de su método, le dió palabra de que se observaría con la más escrupulosa exactitud. Con efecto, inmediatamente pusimos a calentar agua, y como el doctor nos había encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco o seis cuartillos; una hora después repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos a ello, de manera

que en el espacio de pocas horas le metimos un río de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos días pusimos al pobre canónigo a las puertas de la muerte.

Ya no podía más el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese, «¡Quita allá, amigo Gil Blas!—me dijo con voz desmayada—. ¡Ya no puedo beber más! Conozco que me es preciso morir a pesar de la gran virtud del agua y que no me siento mejor aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico más hábil y más sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda, pues, y tráeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento.» Cuando oí estas palabras, que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo, y disimulando la gana que tenía de ejecutar cuanto antes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero, «¡Oh, señor!—le respondí, dando un profundo suspiro—. ¡No está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavía no pueda esperar levantarse!» «¡No, no, hijo mío!—repuso—. ¡Esto ya se acabó! Estoy viendo que sube la gota y que la muerte se va acercando. Vé, pues, y haz cuanto antes lo que te he mandado.» Conocí, efectivamente, que se le mudaba el semblante y que iba perdiendo terreno por momentos, por lo cual, persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando a ejecutar lo que me había ordenado, dejando con el enfermo a la señora Jacinta, la cual temía aún más que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré. «Señor—le dije—, mi

amo, el licenciado Cedillo, está acabando; quiere hacer su última disposición y no hay que perder tiempo.» Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre y amigo de bufonearse. «¿Qué médico le asiste?», me preguntó. «El doctor Sangredo», le respondí. «¡Pues vamos, vamos aprisa—repuso él, cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero—, porque ese doctor es tan expeditivo que no da lugar a los enfermos para llamar a los escribanos! ¡Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos!»

Diciendo esto, salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en la agonía; y yo dije en el camino al escribano: «Ya sabe usted que a un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo cual suplico a usted que, si es menester, le haga algún recuerdo de mi lealtad y de mi celo.» «Yo te lo prometo—me respondió—, y fíate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense a un criado que le ha servido bien; y así, por poco que le vea inclinado a pagar tus servicios, le exhortaré a que te deje alguna buena manda.» Cuando llegamos a casa, hallamos todavía al enfermo despejado y con todos sus sentidos. Estaba junto a él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo a que le dejase lo mejor que tenía. Quedó el escribano solo con el amo, y los dos nos salimos a la antesala, donde encontramos al sangrador, que venía a hacerle otra sangría. «¡Deténgase, maese Martín!—le dijo el ama—. Ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis a vuestro placer luego que acabe.»

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero, por fortuna, se formalizó el instrumento que nos

ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro y sonriéndose, me dijo: «¡No has sido echado en olvido, Gil Blas!», palabras que me llenaron de alborozo. Y agradecí tanto la memoria que mi amo había hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras a Dios después de su muerte, la que tardó poco en suceder, porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi exangüe, expiró en el mismo momento. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado a despachar cuanto antes a sus enfermos. Con todo eso, lejos de atribuir su muerte a tanta agua y a tantas sangrías, volvió las espaldas, diciendo con frialdad que había muerto porque le habían sangrado poco y no dádole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó también, siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer día habían desahuciado al licenciado. Y, en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto a nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata, sobre todo, que tenía mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos que parecía la mujer más afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraída más de curiosidad que de compasión. Los parientes del difunto se presentaron también muy pronto, y hallaron tan desconsolada a la beata que se persuadieron que el canónigo había muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse a presencia de todos el testamento, dispuesto con las

formalidades necesarias; y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas a la señora Jacinta y a la niña, pronunciaron una oración fúnebre del canónigo poco decorosa a su memoria, motejando al mismo tiempo a la beata, sin olvidarme a mí, que verdaderamente lo merecía. El licenciado—¡en paz sea su alma!—, para obligarme a que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo: «Item, por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algún baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio, le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin exceptuar ninguno.»

No sabía yo dónde podía estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la había visto jamás. Sólo había sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco o seis libros con algún legajo de papeles, y los tales libros no podían servirme para nada. Uno se titulaba *El cocinero perfecto*; otro trataba de la indigestión y del modo de curarla; los demás eran las cuatro partes del *Breviario*, medio roídas de la polilla. En cuanto a los manuscritos, el más curioso era todos los autos de un pleito que había seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Después que examiné mi legado con mayor atención de la que él se merecía, se lo cedí a los parientes del difunto, que tanto me lo habían envidiado. Entreguéles también el vestido que tenía a cuestas y volví a tomar el mío, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme a buscar otra conveniencia. Por lo que toca a la señora Jacinta, además del dinero y alhajas que el canónigo le había dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente había depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

* * *

# Capítulo III

Entra Gil Blas a servir al doctor Sangredo y se hace famoso médico.

Resolví ir a buscar al señor Arias de Londoña para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba muy cerca del rincón donde vivía, me encontré con el doctor Sangredo, a quien no había visto desde la muerte de mi amo, y me atreví a saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro traje, y mostrando particular gusto de verme, «Hijo mío—me dijo—, ahora mismo iba pensando en ti. He menester un criado y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir.» «Como usted—dije—no pida más, délo todo por hecho.» «Pues siendo así—replicó—, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente; te trataré con distinción; no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades y, en una palabra, más serás discípulo mío que criado.»

Acepté la proposición del doctor, con la esperanza de salir un célebre médico bajo la dirección de tan gran maestro. Llevóme luego a su casa para instruirme en el ministerio a que me destinaba. Reducíase éste a escribir el nombre, la calle y casa donde vivían los enfermos que le llamaban mientras

él visitaba a otros parroquianos. Para este fin tenía un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, a la cual se reducía toda su familia; pero, sobre no saber palabra de ortografía, escribía tan mal que, por lo común, no se podía comprender lo escrito. Encargóme, pues, a mí este registro, que se podía intitular con razón *Registro mortuorio o libro de difuntos*, porque morían casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribía, por decirlo así, los nombres de los que querían partir de este mundo, ni más ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruaje o caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico más acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputación a una locuela especiosa sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas más de lo que merecían.

Practicaba mucho la Facultad y, por consiguiente, le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivía muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas o queso era nuestra comida ordinaria. Decía que estos alimentos eran los más convenientes al estómago por ser más dóciles a la trituración. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no quería que nos hartásemos de ellos, en lo que tenía mucha razón; pero si a la criada y a mí nos prohibía comer mucho, en recompensa nos permitía beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decía muchas veces: «¡Bebed, hijos míos! La salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? Ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? Le detiene.» Estaba

el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebía mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definía la vejez diciendo que era una tisis natural que nos deseca y consume. Fundado en esta definición, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino la *leche de los viejos*. Sostenía que antes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos como para todos los demás, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, a los ocho días que estuve en aquella casa padecí una diarrea acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal* y a la mala calidad de los alimentos que comía. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendría a condescender y a darme algún poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia. «Cuando te hayas acostumbrado a beber agua—me dijo—, conocerás sus virtudes. Por lo demás, si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica les comunica un gusto delicioso, y si quieres que lo sea mucho más, mezcla un poco de flor de romero, de clavel o de amapola.»

Por más que ponderase las excelencias del agua y por más que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebía yo con tanta moderación que, advirtiéndolo él, me dijo un día: «Ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mío. El agua bebida en poca cantidad sólo sirve para remover la porción de la bilis y darle mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfríe demasiado el

estómago. Lejos de ti ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto; y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá a abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago levantan un falso testimonio a esta entraña para encubrir su sensualidad.»

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil cuando daba principio a la carrera de la Medicina, mostré que me hacía fuerza la razón y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la fe de Celso, o, por mejor decir, comencé a anegar la bilis bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada día me sentía más desazonado, pudo más la preocupación que experiencia. Tenía, como se ve, una admirable disposición para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir más a la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolución de dejar la casa del doctor Sangredo; pero éste me honró con nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer. «Mira, hijo—me dijo un día—, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros que dejan envejecer a los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo, te quiero y, sin aguardar a que me hayas servido más tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy a descubrir lo más sutil del saludable arte que profeso tantos años ha. Los demás médicos piensan que consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas; yo intento abreviar un camino tan largo y ahorrarte el trabajo de estudiar la Física, la Farmacia, la Botánica y la Anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester más que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del

mundo. Sí; este maravilloso secreto que yo te comunico, y la Naturaleza no ha podido ocultar a mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable a mis hermanos y compañeros, se reduce a solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo más que enseñarte. Ya sabes de raíz toda la Medicina; y si te aprovechas de mis largas experiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa a tener cuenta del registro y por las tardes irás a visitar a mis enfermos. Yo asistiré a la nobleza y al clero; tú visitarás a los del estado general que me llamaren, y después de haber ejercido algún tiempo, haré que te incorporen en nuestro gremio. He aquí, Gil Blas, que ya eres sabio sin ser médico, cuando otros por muchos años, y la mayor parte toda la vida, son médicos antes de ser sabios.»

Di gracias al doctor por haberme puesto en tan poco tiempo en estado de ser substituto suyo, y, en señal de mi agradecimiento, le ofrecí que toda la vida seguiría a ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias a las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podía conformarme con su opinión acerca del agua, y en mi corazón determiné beber vino siempre que fuese a visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido y tomé otro de mi amo para presentarme en traje de médico. Hecho esto, me dispuse a practicar la Medicina a costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecía de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad y que no se negasen a darle de beber agua caliente con abundancia. Entré después en casa de un pastelero a quien la gota le hacía poner los gritos en el cielo. No tuve más compasión de su sangre que de la del alguacil y fuí muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce

reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio que sólo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, a quien no había visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algún tiempo, y después dió una carcajada tan grande que parecía iba a reventar de risa. No dejaba de tener razón: llevaba yo una capa tan larga que me llegaba a los talones; la chupa y el calzón eran tan anchos que sobraban mucho para dos cuerpos como el mío. En fin, mi figura podía pasar por original y grotesca. Dejéle desahogarse, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle y la representación de médico, que no es un animal risible. Si mi ridículo traje había movido a risa a Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y después que se rió cuanto quiso, «¡Por cierto, Gil Blas—exclamó—, que estás estrafalariamente puesto! ¿Quién diablos te ha disfrazado así?» «¡Poco a poco, Fabricio, poco a poco y trata con todo respeto a un nuevo Hipócrates! Sábete que soy substituto del doctor Sangredo, médico el más famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la Medicina; de manera que, como él no puede visitar a todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. El asiste a la gente principal y yo a la plebe.» «¡Bellamente!—replicó Fabricio—. Eso, en buen romance, quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya y él se ha guardado la ilustre. Doite el parabién de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque a un médico le conviene más ejercer su Facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! Sus yerros son menos sabidos y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo, tu

suerte me parece la más envidiable, y por hablar a manera de Alejandro, si yo no fuera Fabricio querría ser Gil Blas.»

Para que el hijo del barbero Núñez conociese que no exageraba ni mentía en alabar tanto mi presente condición, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y después nos entramos los dos en una taberna para beber a costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenía de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos y, con licencia del oráculo latino, al paso que iba bebiendo conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le había hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche, nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos a ver la tarde siguiente en el mismo paraje.

* * *

# Capítulo IV

Prosigue Gil Blas ejerciendo la Medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada.

No bien había yo entrado en casa, cuando también volvió a ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que había visitado y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habían valido mis recetas. «Ocho reales—me dijo—por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren.» Tomólos, y, embolsándose los seis, me dió sólo dos. «Toma, Gil Blas—prosiguió—; ahí te doy para que empieces a juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mío, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.»

Contentéme, y con razón, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibía y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le entregaba, venía a tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibía. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme a la Medicina. Al día siguiente, luego que comí, volví a echarme a cuestas el hábito de substituto y salí a campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo había sentado en el libro y a todos les receté los

mismos medicamentos, aunque padecían diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas iban viento en popa y ninguno, gracias al Cielo, se había alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenía un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo, de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesías a todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí había sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y después de haberme mirado atentamente, «Señor doctor—me dijo—, yo conozco a todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos, pero confieso que la fisonomía de usted es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que usted haya venido a establecerse a esta ciudad de muy poco tiempo a esta parte.» «Yo, señor—le respondí—, soy un joven pasante que ejerzo a la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca.» «Doy a usted la enhorabuena—me replicó cortésmente—de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será usted habilísimo, aunque tan mozo todavía.» Dijo esto con tanta naturalidad que no pude discernir si hablaba de veras o si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que había de replicar, cuando el droguero tomó la palabra y nos dijo: «Señores, tengo por cierto que ustedes saben uno y otro perfectamente la Medicina, y así, les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno a mi hijo.»

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó a observar al enfermo, y

habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrían la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. «Mi parecer es—le respondí—que se le sangre todos los días y que se le dé a beber agua caliente en abundancia.» Al oír esto el mediquín, preguntó sonriéndose con aire socarrón: «¿Y cree usted que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo?» «¡Y cómo que lo creo!—respondí animoso—. Sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y si no, que lo diga el doctor Sangredo.» «Según eso—replicó el doctor Cuchillo—, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate asegurando que para facilitar la curación de un hidrópico es conveniente dejarle padecer hambre y sed.» «¡Oh!—le respondí—. Yo no tengo a Celso por oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones.» «Conozco por la explicación de usted—repuso Cuchillo—la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar a todos los profesores jóvenes. La sangría y la bebida es su medicamento universal, por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos.» «Dejémonos de invectivas—le interrumpí yo con sequedad—; no está bien en un hombre de la profesión de usted tocar esta tecla. Sin sacar sangre y sin dejarles beber se han enviado muchos hombres a la sepultura, y quizá usted habrá despachado a ella más que otros. Si usted tiene algo contra el señor Sangredo, escriba impugnándole, que no dejará, ciertamente, de responder, y entonces veremos quién es el que queda vencido.» «¡Por San Pedro y San Pablo—prorrumpió lleno de cólera el doctorcillo—, que usted no conoce al doctor Cuchillo! ¡Sepa, pues, amigo mío, que tengo garras y colmillos y que de ningún modo me causa miedo

Sangredo, el cual, mal que le pese a su vanidad y presunción, en suma no es mas que un original sin copia!» La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo, y en breve vinimos a las manos. Dímonos algunas puñadas y nos arrancamos uno a otro porción de pelos antes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita e hicieron quedar a mi antagonista, que verosímilmente les pareció más hábil que yo.

Después de esta aventura falté poco para que me sucediese otra. Fuí a visitar a cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde a este remedio que comenzó a dar votos. Díjome mil desvergüenzas y aun me amenazó de que me echaría por la ventana. Salí de aquella casa más de prisa de lo que había entrado. No quise visitar más enfermos aquel día y me fuí derecho a la taberna de lo caro, donde la víspera habíamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teníamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y después nos retiramos cada uno a su casa, en buen estado ambos; quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecía, porque le conté con tanta energía lo que me había sucedido con el doctorcillo que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y cólera que me había causado el lance que le refería. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así, me dijo: «Hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, o, por mejor decir, embrión de nuestra Facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben

administrar a los hidrópicos bebidas acuosas? ¡Pobre mentecato! Pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías y que es un específico igualmente adaptado para éstas como para los reumatismos y opilaciones. Es también muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo y por otra le hielan, y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen a humores fríos, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinión sólo parece extraña a los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena Medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razón en que se funda, en vez de desacreditarme llegarían a ser mis mayores apasionados.»

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido, pues, por irritarle más, adredemente había yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal o de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche había yo bebido más agua de lo que acostumbraba, porque, con efecto, el vino me había dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo habría maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba y de los sendos vasos de agua que bebía; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome a las bebidas acuosas, y así, me dijo sonriéndose: «Amigo Gil, a lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. ¡Por vida mía, que la bebes como pudieras el más delicioso néctar! No me admiro de eso, porque ya sabía yo que con el tiempo te acostumbrarías a este soberano licor.» «Señor—le respondí—, bien dice aquel refrán: *Cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento*. Lo que es ahora, crea su merced que daría yo una cuba entera de vino por una

sola azumbre de agua.» Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasión para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frío, sino como un orador entusiasmado. «Mil y aun mil millones de veces—exclamó—eran más estimables y más inocentes que las tabernas de nuestros tiempos las termópilas de los siglos pasados, donde no se iba a malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrían allí a divertirse honestamente y a beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia previsión de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir a beber agua a su satisfacción, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibición de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda—añadió—que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aún el día de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas de que evitarán o curarán todos los males bebiendo agua caliente que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es más pesada y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega sólo a calentarse.» Más de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurría en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso, me mantuve serio, y aun hice más, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo: abominé del uso del vino y me compadecí de los hombres que tenían la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Después de esto, como todavía me sentía con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza y de una asentada me la eché toda al cuerpo. «¡Vamos,

señor—dije a mi amo—, hartémonos de este benéfico licor y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópilas, de cuya falta tanto se lamenta usted!» Celebró mucho estas palabras, y por más de una hora entera me estuvo exhortando a que bebiese siempre agua. Prometíle que la bebería toda la vida, y para cumplir mejor mi palabra me acosté con firme propósito de ir todos los días a la taberna.

El lance pesado que había tenido en casa del droguero no me quitó el gusto de ir a recetar el día siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético me encontré con una vieja, la cual se llegó a mí y me preguntó si era médico. Respondíle que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla a su casa, donde estaba indispuesta su sobrina, que se sentía mala desde el día anterior, ignorando cuál fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome a su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una mujer en cama. Acerquéme a ella para observarla. Desde luego me llamó la atención su fisonomía, y después de haberla mirado por algunos momentos reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que había hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que a ella toca, me pareció que no me había conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal o ya por el traje de médico en que me veía. Toméle el pulso y vi que tenía puesta mi sortija. Sentí una terrible conmoción al reconocer una alhaja a la cual tenía yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado a quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mujeres luego comienzan a gritar, y temiendo acudiese a su defensa el dichoso don Rafael o algún otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir a sus gritos, resistí a la tentación. Parecióme que sería mejor disimular por

entonces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto, la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecía su postiza o su verdadera sobrina. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocía; antes bien, haciendo de hombre sabio e imitando a mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependía de falta de transpiración, y, por consiguiente, que era menester sangrarla inmediatamente y humedecerla bien haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla según el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude y fuíme derecho a buscar al hijo de Núñez, a quien tardé poco en encontrar, porque iba a cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura y le pregunté si le parecía conveniente me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo a Camila. «¡No, por cierto!—me respondió—. ¡No pienses en tal disparate! Ese sería el medio más seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada a hacer restituciones; y si no, acuérdate de lo que te sucedió en Astorga: tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar a nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjamelo pensar a mí mientras voy a dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.»

Más de tres horas hacía que le estaba esperando, cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque había mudado de traje; traía el pelo trenzado y unos bigotes postizos que le tapaban la mitad de la cara; del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenía por lo menos tres pies de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire

tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas. «¡Servidor, señor Gil Blas!—me dijo acercándose a mí con resolución y despejo—. Aquí tiene usted un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Sólo queda a cargo de usted el guiarnos a casa de la mujer que le robó el diamante, y le empeño mi palabra de que le recobrará.» Abracé a Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que había inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé también a los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, a quienes había metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y a la entrada de la noche nos encaminamos a casa de Camila. Llamamos a la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino a abrirla la vieja; y creyendo que eran ministros de justicia los que venían conmigo y que no iban a su casa sin algún mal fin, se llenó la pobre de miedo. «No se turbe, madre—le dijo Fabricio—, que no venimos por mal, sino a un negocio de poca importancia que presto se evacuará.» Diciendo esto, nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome a la cama de Camila, aplicando la luz a mi cara para que me viese mejor, «¡Infame!—le dije—. ¿Conoces ahora a aquel crédulo de Gil Blas a quien tan villanamente engañaste? ¡En fin, ya te encontré, bribonaza! El corregidor dió oídos a mi querella y orden a estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. ¡Ea, pues, señor alguacil—dije a Fabricio—, cumpla con lo que le han mandado y haga lo que le toca!» «¡No necesito—respondió con voz bronca y desabrida—que

ninguno me acuerde mi obligación! ¡Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria! ¡Levántese, reina mía, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva a bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad!»

Al oír esto Camila, aunque parecía tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponían a sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos, en tono suplicante, mirándome con ojos en que se veía pintado el desconsuelo y el terror, «¡Señor Gil Blas—me dijo—, apiádese usted de mí! ¡Esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió a luz después de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas! Aunque confieso mi culpa, todavía fuí más desgraciada que delincuente. ¡Voy a restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda!» Diciendo esto se sacó la sortija y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con sólo el diamante, sino que también quería se me restituyesen los mil ducados que se me habían robado en la posada. ¡Señor—replicó ella—, los mil ducados no me los pida usted a mí; pídaselos al traidor de don Rafael, a quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó.» «¡Ah buena maula!—interrumpió Fabricio—. Pues qué, ¿no hay más que decir que no tuviste arte ni parte en ello para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. ¡Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas! ¡Ven, ven a la cárcel, donde harás una buena confesión general! También quiero llevar en tu compañía a esta buena vieja, a quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor corregidor no le pesará

saber.»

Al oír esto las dos mujeres, no omitieron medio alguno para movernos a piedad. Alborotaron la casa a gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja, puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba excitar su compasión, Camila, del modo más tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la justicia. Era éste un espectáculo digno de verse. Fingí ablandarme y dije al hijo de Núñez: «Señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demás. No deseo se aflija a esta pobre mujer, porque no quiero la muerte del pecador.» «¡Bueno por cierto!—me respondió—. ¡Usted es muy compasivo y no valía un pepino para alguacil! Yo no puedo menos de cumplir con mi obligación, y el señor corregidor expresamente me mandó prendiese a estas princesas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento.» «Hágame usted el favor—le repliqué—de hacer por mí alguna cosa y suavizar un tantico el rigor de la orden en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostración de su agradecimiento.» «¡Oh señor doctor!—repuso Fabricio—. ¡Ese es otro cantar! ¡No puedo resistir a esa figura retórica usada tan a tiempo! ¡Ea, pues; veamos lo que me quieren regalar!» «Daréle a usted—dijo Camila—un collar de perlas y unos pendientes de piedras que valen buen dinero.» «¡Sí—respondió Fabricio taimadamente—, con tal que no sean de las que te envió tu tío el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero!» «Os aseguro que son finas», dijo Camila. Y al mismo tiempo mandó a la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle ninguna

duda, que eran finas así las piedras de los pendientes como las perlas del collar. «Estas alhajas—dijo después de haberlas mirado atentamente—me parecen de buena ley; y si se añade a ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor.» «No creo—dije entonces a Camila—que por semejante friolera quiera usted deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta.» Diciendo y haciendo, quité la vela del candelero, se la entregué a la vieja y alargué éste a Fabricio, que, contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo a las dos mujeres: «¡Adiós, reinas mías! Y pierdan cuidado, que voy a hablar al señor corregidor y a dejarlas más puras y más blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relación que no sea verdadera sino cuando tenemos algún poderoso motivo que nos obligue a desfigurar un poco la verdad.»

* * *

# Capítulo V

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la Medicina y se ausenta de Valladolid.

Ejecutado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que había superado nuestras esperanzas, porque sólo habíamos ido a recobrar una sortija y nos llevamos lo demás sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulos de haber robado a dos mujeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio. «Señores—dijo Fabricio luego que estuvimos en la calle—, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña vayamos a nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero, haremos nuestras cuentas y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto, cada uno se irá a su casa y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella.» Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos a nuestra taberna, pareciéndoles a unos que fácilmente encontrarían algún buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera y no dándoseles a otros un pito que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos a la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas, sobre todo Fabricio, que era fecundísimo y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversación y divertir a toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe a la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversión y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, a quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras éstos entraron otros tres, y, en fin, de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia y fácilmente penetramos su intención. Al principio pensamos en defendernos; pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número como por el respeto que tuvimos a las armas de fuego. «Señores—nos dijo el comandante con cierto airecillo burlón—, tengo noticia de la ingeniosa invención con que ustedes han recobrado de mano de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. La estratagema fué ingeniosa y excelente; tanto, que merece ser públicamente premiada, recompensa que no se les puede a ustedes negar. La justicia, que tiene destinado a ustedes digno alojamiento en su misma casa, no dejará, ciertamente, de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio.» Turbáronse a estas palabras todas las personas a quienes se dirigían y mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo, Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos. «Señor—dijo trémulo—, nuestra intención fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede

perdonar aquella inocente superchería.» «¡Qué diablos!—replicó el comandante con viveza—. ¿A eso llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele a cáñamo o, cuando menos, a baqueta esa inocente superchería? Fuera de que a ninguno le es lícito hacerse justicia a sí mismo por su propia mano, os llevasteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer semejante maldad! ¿Os parece ésta una culpa venial que se lava con agua bendita? ¡Seréis muy dichosos si sólo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla!» Cuando llegamos a comprender que la cosa era más seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echamos todos a sus pies y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignación la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija, que verdaderamente era mía, quizá porque se la ofrecía a presencia de tantos testigos. En fin, estuvo inexorable. Hizo desarmar a mis compañeros y nos llevó a todos a la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles que, habiendo sospechado la vieja que vivía con Camila que no éramos gente de justicia, nos había seguido a lo lejos hasta la taberna, y que, teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo a una ronda para vengarse de nosotros.

En la cárcel nos registraron a todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como también a mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que, por desgracia, había metido en un bolsillo, sin

dejarme siquiera los pocos reales que aquel día me habían valido mis recetas, por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabían tan bien su oficio como los de Astorga y que toda aquella gentecilla tenía unos mismísimos modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demás que encontraron, el cabo de ronda refería nuestra aventura a los ejecutores del expolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos a la horca sin remedio, y otros, menos severos, decían que la cosa se podría componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvía sobre esto el corregidor, nos encerraron en un obscuro calabozo, donde dormimos sobre paja extendida ni más ni menos que se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo y no habríamos salido de allí sino para ir a galeras si al siguiente día, habiendo oído el señor Manuel Ordóñez lo que había sucedido, no hubiese tomado a su cargo hacer todo lo posible por sacar a Fabricio de la cárcel, lo que no podía ser sin que a todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bienquisto en todo Valladolid, e hizo tantos empeños y revolvió tanto que al cabo de tres días nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prisión como habíamos entrado. El collar, los pendientes, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me trajo a la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis*, etc.

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos a buscar a nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo y me dijo: «Mi Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por ti. Es menester, amigo, no desconsolarse ni acobardarse por este accidente; antes bien, ahora más que nunca te has de aplicar a la Medicina.» Respondíle que éste era mi ánimo; y, con efecto, me

apliqué enteramente a ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo más enfermos, como lo había pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los días ocho o diez enfermos, por lo que se deja conocer que se bebería mucha agua y que se derramaría gran porción de sangre. Mas yo no sé cómo era esto: todos se nos morían, o porque nosotros los curábamos mal—lo cual claro está que no podía ser—o porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque a la segunda nos venían a decir que ya le habían enterrado o, a lo menos, que estaba agonizando. Como todavía era yo un médico nuevo, poco acostumbrado a los homicidios, me afligía mucho de los sucesos funestos que me podían imputar. «Señor—dije un día al doctor Sangredo—, protesto al cielo y a la tierra que observo exactamente el método de usted; pero con todo, mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no más que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban a enterrar.» «Hijo mío—me respondió—, poco más poco menos, lo propio me sucede a mí. Pocas veces logro la satisfacción de que sanen los enfermos que caen en mis manos; y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creería que mis medicamentos eran enteramente contrarios a las enfermedades.» «Señor—le repliqué—, si usted quisiera creerme, sería yo de sentir que mudásemos de método. Probemos, por curiosidad, el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas; ensayemos el quermes; lo peor que podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías.» «De buena gana—me respondió—haría yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que

ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangría y del agua. ¿Y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra?» «¡Oh!—repuse yo—. Siendo así, no es razón conceder ese triunfo a sus enemigos. Dirían que usted se había desengañado y le quitarían el crédito. ¡Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestro tema! Al cabo, nuestros compañeros, a pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan más milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.»

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejamos más viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecía que había entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que se veían. Todos los días se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedía un hijo a quien habíamos echado a la sepultura o un tío que se quejaba de que hubiésemos muerto a su sobrino; pero nunca veíamos a ningún sobrino o hijo que viniese a darnos las gracias porque con nuestros remedios habíamos dado la salud a su padre o a su tío. Por lo que toca a los maridos, también eran prudentes, pues ninguno vino a lamentarse de nosotros porque hubiese perdido a su mujer. Con todo eso, algunas personas verdaderamente afligidas venían tal vez a desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces más descompuestas, más rústicas y más ignominiosas. Irritábanme sus epítetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado a ellos, los oía con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo también hecho con el tiempo a oírlos con igual serenidad si el Cielo, quizá por librar de este azote más a los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la

inclinación a la Medicina, que ejercía con tan infeliz éxito, y el cual describiré fielmente, aunque el lector se ría a mi costa.

Había cerca de mi casa un juego de pelota, adonde concurría diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdonavidas de profesión que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parajes. Era vizcaíno y hacía que le llamasen don Rodrigo de Mondragón. Parecía como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centelleantes, que parecía daban vueltas en las órbitas y que amenazaban a todos los que le miraban; una nariz muy chata le caía sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subían hasta las sienes. Su voz era tan áspera y desabrida que bastaba oírla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvía soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrían entre los jugadores. No admitía más apelación de sus sentencias que la espada o la pistola; el que no se conformaba con ellas, tenía seguro al día siguiente un desafío. Este señor don Rodrigo, tal cual le acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresión en el corazón de la dueña del juego. Tenía ésta cuarenta años; era rica, bastante bien parecida, y había quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Sería sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan y ninguno sabe explicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma y, por su desgracia, me tocó a mí el ser su médico.

Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarían mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro días llené de luto el juego de pelota, porque envié a la dueña del juego a donde enviaba a mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, o, por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaría de parte a parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mío caritativo y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y turbación. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso vizcaíno, y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme, en fin, a dejar la Medicina y a buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví a coger mi vestido bordado, despedíme de mi amo, que por más que hizo no me pudo contener, y al amanecer del día siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar a don Rodrigo de Mondragón en el camino.

* * *

# Capítulo VI

A dónde se encaminó Gil Blas después que salió de Valladolid y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvía a mirar atrás por ver si me seguía el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en la imaginación, que cada bulto y cada árbol me parecían que era él, y continuamente me estaba dando saltos el corazón; pero después que anduve una buena legua me sosegué y proseguí mi viaje con mayor quietud, dirigiéndome a Madrid, adonde había hecho ánimo de ir. No sentí dejar a Valladolid, y sólo, sí, el haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la Medicina; antes bien, pedía perdón a Dios de haberla ejercido. Con todo, no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos, semejante a las mujeres públicas, que después de arrepentidas de su mala vida no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar a Madrid, donde creía hacer fortuna. Además, tenía gran gana de ver aquella corte, que me habían pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que había oído decir de ella y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba había de gozar, oí la voz de un hombre que venía cantando tras de mí a gaznate tendido. Traía a cuestas una maleta, en la mano una guitarra y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brío que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habían estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente traje, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Contéle brevemente la causa de haber dejado a Valladolid y él me correspondió diciéndome que había tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habían despedido para siempre. «Si hubiera querido mantenerme aún en Valladolid—añadió—, habría encontrado diez tiendas por una, porque, sin vanidad, me atreveré a decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor a pelo y contrapelo ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir a la vehemente gana de volver a ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algún tiempo el aire nativo y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, más allá de Segovia.»

Me determiné a ir en compañía del barbero hasta su lugar y desde allí pasar a Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar a Madrid. Comenzamos a hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversación. Al cabo de una hora me preguntó si tenía apetito. «En llegando al mesón lo veremos», le respondí. «¿Pero no se puede tomar

antes alguna parva?—me replicó—. Yo traigo en la alforja algo que almorzar; cuando camino, siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca ni otros trapos inútiles, metiendo sólo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabón, y colgando la bacía del cinto.» Alabé su previsión y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponía. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provisión el barberillo, que todo consistía en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan y unos bocados de queso; pero lo que presentó como lo mejor y más precioso de la alforja fué una bota llena de vino, que aseguró ser muy exquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los más delicados, como a los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien y no los desairamos. Vaciamos también toda la bota, que hacía dos azumbres, de un vino que a mi parecer no merecía que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluída nuestra frugal refacción, nos volvimos a poner en camino y a continuar nuestro viaje con más vigor y con mayor alegría. El barberillo, a quien Fabricio había dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase, para poder decir que las había oído de mi propia boca. Pareciéndome que nada podía negar a un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le di el gusto que deseaba, y, en correspondencia, le dije era menester me refiriese también él su vida. «Por lo que toca a mi historia—contestó—, no merece, cierto, ser contada, porque toda ella se reduce a hechos sencillos; pero, sin embargo—añadió—, ya que no tenemos cosa mejor en qué entretenernos, se la referiré a usted tal cual ella ha sido.» Y diciendo y haciendo, comenzó a contarla, poco más o menos en los términos

siguientes.

* * *

# Capítulo VII

Historia del mancebillo barbero.

«Fernando Pérez de la Fuente, mi abuelo—porque me gusta tomar las cosas muy de atrás—, después de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda y siguió la misma profesión. Beltrán, que fué el segundo, se le metió en la cabeza el ser mercader y trató en mercería. El tercero, llamado Tomás, se dedicó a maestro de escuela. El cuarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado a estudiar, vendió su legítima y se fué a Madrid, donde esperaba darse con el tiempo a conocer por su erudición y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad, pues parece habían apostado a cuál había de parir más. Mi madre, que era la mujer del barbero, parió seis en los cinco primeros años de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso a su oficio, y apenas cumplí quince años cuando un día me echó a cuestas la alforja que veis, y ciñéndome esta misma espada, «¡Ea, Diego—me dijo—, ya puedes ganar la vida! ¡Vete a

correr mundo! Estás algo basto y te conviene viajar para limarte, como también para perfeccionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas a Olmedo hasta haber andado toda España; no quiero oír hablar de ti hasta que hayas hecho todo esto.» Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

»Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio menos áspero, se mostró más sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas y aun me metió a escondidas en la mano un ducado. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien había andado doscientos pasos, cuando examiné la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual había dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas que parecían haber servido a diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas y un pedazo de jabón. Además de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducía todo mi haber. Por aquí podrá usted conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesión de un ducado y veinte reales más no dejó de deslumbrar a un muchacho que en toda su vida había visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable, y lleno de alegría proseguí mi camino, mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba e impedía caminar.

»Hacia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con un hambre que ya no podía sufrir. Entré en el mesón y, como si me sobrase

mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atención algún tiempo, y conociendo lo que podía ser yo, «Sí—me dijo con mucha dulzura—, sí, caballerito mío; usted será servido como un príncipe.» Condújome a una pieza pequeña, y un cuarto de hora después me sirvió un encebollado de gato, que comí con tanto apetito como si fuera de liebre o de conejo. Acompañó este exquisito guisado con un vino que, según él decía, el rey no le bebía mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrión de vinagre, sin embargo, le hice tanto honor como había hecho al gato. Después era menester, para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiese una cama más propia para despertar a una piedra que para dormir. Figúrese usted una tarima tan corta que, aun siendo yo pequeño, no podía extender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso, el colchón de pluma se reducía a una especie de jergón hético y estrujado, cubierto de una sábana doblada que, después de su última lavadura, habría servido quizá a cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que antes describí, gracias a mis pocos años y a mi natural robustez dormí profundamente y pasé la noche sin la más leve indigestión.

»Al día siguiente, luego que hube almorzado y pagado bien la comida que me habían servido, me planté de una tirada en Segovia. Así que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome sólo de comer y vestir; pero no paré allí más que seis meses, porque otro mancebo barbero con quien había trabado amistad y quería ir a Madrid me levantó de cascos, y me marché con él a esta villa. Acomodéme luego fácilmente, sobre el mismo pie que en Segovia, en una tienda de las más concurridas,

pues su vecindad al corral del Príncipe atraía a ella tanta multitud de parroquianos que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos a dar abasto a todos. Allí iban personas de todas clases, y entre ellas comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sujetos de esta clase; pusiéronse a hablar de los poetas y las poesías del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tío. Entonces me apliqué a oírlos con mayor atención. «Don Juan de Zabaleta—dijo uno—es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frío, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó excesivamente.» «Y Luis Vélez de Guevara—dijo el otro—, ¿no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa más miserable?» Nombraron no sé a cuántos otros poetas cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tío hicieron ambos más honorífica mención. «Sí—dijo uno de ellos—, don Pedro de la Fuente es un gran autor; sus escritos están llenos de una gracia y de una erudición que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea estimado de la corte y del pueblo ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da casa y mesa, por lo que nada gasta, y así, es preciso que esté muy bien y tenga dinero.»

»No perdí palabra de todo lo que dijeron de mi tío aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacía mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas, al pasar por Olmedo, nos habían informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos había escrito y parecía haberse extrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no

puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien y me informé de las señas de su casa, tuve tentación de ir a verle y darme a conocer con él. Sólo me detenía el haber oído a los cómicos llamarle don Pedro. Aquel *don* me hacía titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tío. Con todo eso, vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como había sabido hacerse sabio podía también haber sabido hacerse noble y caballero; y así, resolví presentarme a él. Para esto, al día siguiente, con licencia de mi maestro, me vestí lo más decentemente que pude y salí a la calle, no poco vanaglorioso y cuellierguido de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metía en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta a la vanidad. Comencé, pues, a tenerme en gran opinión, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella, supliqué al portero me dijese cuál era el cuarto del señor don Pedro de la Fuente. «Suba usted por aquella escalerilla—me dijo, mostrándome una que estaba al fin de un patio—y llame a la primera puerta que encuentre a mano derecha.» Hícelo así; llamé a la puerta, y salió a abrir un mocito, a quien pregunté si vivía allí el señor don Pedro de la Fuente. «Sí, señor—me respondió—, pero ahora no se le puede entrar recado.» «Lo siento mucho—repliqué—, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia.» «Aunque se las trajera del Padre Santo de Roma no le haría yo a usted entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre a interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta mediodía; y así, puede usted ir a dar una vuelta y volver entonces.»

»Salíme, pues, y me fuí a pasear por Madrid toda la mañana, pensando

siempre en el modo con que mi tío me recibiría. «Sin duda—decía yo para mí—que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme», porque medía su corazón por el mío; así, contaba con que sería muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia a la hora señalada. «Viene usted muy a tiempo—me dijo el paje—; presto saldrá mi amo. Espere usted aquí, que voy a avisarle.» Volvió dentro de un instante y me hizo entrar donde estaba mi tío, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido a mi tío Tomás, que le hubiera tenido por él mismo a no haberle visto en aquel traje y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto y le dije que era hijo de maese Nicolás de la Fuente, el barbero de Olmedo y hermano de su señoría y que hacía tres semanas que estaba en Madrid, siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la Facultad. Mientras le estaba hablando, advertí que mi tío estaba distraído y pensativo, dudando, a la cuenta, si me conocería o no por sobrino o discurriendo algún arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando cierto aire jovial y risueño, me dijo: «Y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tíos? ¿En qué estado se hallan las cosas de la familia?» Comencé a informarle de su fecunda propagación; fuíle nombrando uno por uno todos los hijos, varones y hembras, comprendiendo en la relación hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba demasiado en tan menuda explicación, y queriendo conseguir su intención, «Ahora bien, querido Diego—me dijo—: apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso

para la juventud y tú te perderías en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y cuando vayas a marchar vuelve a verme, que te daré un doblón para ayuda del viaje.» Diciendo esto, me fué llevando poco a poco hacia la puerta de la sala y me despidió con buenas palabras.

»No conocí, por mi poca malicia, que sólo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví a la tienda y di cuenta a mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró más que yo la verdadera intención del señor don Pedro, me dijo: «Yo no soy del parecer de tu tío. En lugar de exhortarte a correr mundo, me parece debía aconsejarte que permanecieses en Madrid. El trata con tantas personas de distinción que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrías hacer gran fortuna.» Pagado de estas palabras, que excitaron en mi imaginación grandiosas esperanzas, dentro de dos días volví a casa de mi señor tío y le propuse que podía emplear su valimiento para acomodarme con algún personaje de la corte. Disgustóle mucho la proposición. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes y se sentaba con ellos a la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaría de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y, lleno de cólera, me dijo: «¡Cómo, bribonzuelo! ¿Quieres abandonar tu oficio? ¡Anda, vete, que yo te dejo en manos de los que te dan malos consejos! ¡Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas a poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces!» Quedé aturdido al oír estas palabras, y mucho más me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme

llorando y muy apesadumbrado de la aspereza con que me había tratado mi tío. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto; pasé, por la contraria, del sentimiento a la indignación, y resolví no hacer caso de un mal pariente sin el cual había vivido hasta allí y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

»No pensé entonces mas que en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el día, y por la noche, para recrear un poco el ánimo, aprendía a tocar la guitarra, siendo mi maestro un hombre de edad a quien yo afeitaba. Llamábase Marcos de Obregón, y me enseñaba la música, que sabía perfectamente, porque había sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como experiencia, y me quería como si fuera hijo suyo. Servía de escudero a la mujer de un médico que vivía a treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo a ver todos los días al anochecer, cuando no había que hacer en la tienda, y sentados los dos en el umbral de la puerta tocábamos algunas sonatas que no desagradaban a la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando a la guitarra y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos a las gentes que nos oían. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina, que así se llamaba la mujer del médico. Bajaba algunas veces a oírnos al portal y nos hacía repetir las tonadillas que más le agradaban. Su marido no le impedía esta diversión, pues, aunque español y viejo, no era celoso. Por otra parte, su profesión le tenía empleado todo el día, y cuando se retiraba a casa por la noche iba tan cansado de visitar enfermos que se acostaba muy temprano, y ninguna aprensión le causaba el gusto que su mujer tenía de oír nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadía que, aunque su mujer era a la

verdad joven y linda, no le daba motivo alguno para el más mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta que no podía sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen; y así, no llevaba a mal que tuviese aquel honesto e inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queríamos.

»Una noche que fuí a la puerta del médico para divertirme, como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano y me dijo que quería nos fuésemos los dos a pasear un poco antes de principiar la música. Así que nos vimos en una calle excusada y solitaria, a donde me fué llevando y donde conoció que me podía hablar con libertad, «Querido Diego—me dijo con semblante triste—, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mío, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos a la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero y he tenido gran gusto en enseñarte a tocar la guitarra y a cantar, pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones.» Sobresaltóme esta relación y supliqué al escudero que se explicase más claro, diciéndome francamente qué era lo que podíamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro y que todavía no había dado la vuelta por España. «Voy—me respondió—a decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos. Cuando un año ha entré a servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su mujer, y presentándome a ella, me dijo: «Marcos, esta señora es tu ama y siempre la has de acompañar a cualquier parte que vaya.» Quedé admirado al ver a doña Marcelina. Encontréme con una dama joven y en extremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talle y lo apacible de su semblante. «Señor

amo—respondí al amo—, me tengo por muy dichoso en servir a una señora tan amable.» Desagradó tanto a doña Marcelina mi respuesta, que, con semblante airado, me dijo: «¡Oiga el impertinente, el atrevido! ¿Quién le ha enseñado a tomarse esas libertades? ¡Sepa desde luego que no gusto de lisonjas ni aguanto requiebros!» Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca tan agraciada y tan ajenas de lo que prometía su apacible rostro. No acertaba yo a conciliar aquel modo de hablar, grosero y desabrido, con todo lo demás que observaba en una mujer de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya a ello, lejos de enfadarse, se tenía por muy afortunado en que le hubiese tocado una mujer de aquel extraño carácter; tanto, que me dijo: «Marcos, mi mujer es un prodigio de virtud»; y viendo que se ponía el manto para ir a misa, me mandó que la fuese acompañando a la iglesia. Apenas salimos a la calle cuando encontramos dos mozalbetes que, admirados del aire y garbo de doña Marcelina, le dijeron al paso algunas cosas muy lisonjeras; pero ella les respondió con tal despego y les dijo tantas necedades que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprender cómo podía haber en el mundo una mujer que llevase a mal el ser alabada y aplaudida. «Señora—le dije—, haga usted que no oye y pase sin contestar a lo que le dicen; menos malo es callar que responder con desabrimiento.» «Eso no—replicó ella—: quiero enseñar a esos insolentes que yo no soy mujer que sufro me pierdan el respeto.» En fin, profirió tantos desatinos que no pude menos de decirle mi sentir, aunque fuese a peligro de disgustarla. Le hice presente del mejor modo que me fué posible que hacía injuria a la naturaleza echando a perder con su carácter adusto mil bellas prendas de que la había dotado; que una mujer de genio afable y de modales atentos

podía hacerse amar sin el auxilio de la hermosura, cuando, por el contrario, la más hermosa, si no es afable y agasajadora, se hace un objeto de desprecio. A estas razones añadí otras dirigidas a la corrección de sus ásperos modales. Después de haberla aconsejado a mi satisfacción, temí me costase caro mi celo y fidelidad, excitando su cólera y produciendo algún efecto que me fuese de poco gusto. Mas no sucedió así: no se enfadó de mis insinuaciones, contentándose con no seguirlas; y el mismo efecto produjeron las que tuve la tontería de hacerle los días siguientes.

»Canséme de advertirle en vano sus defectos y abandonéla a la aspereza de su genio. Pero ¡quién lo creyera! Este natural tan agreste, esta mujer tan orgullosa, de dos meses a esta parte ha mudado enteramente de condición. Hoy es atenta con todos y a todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina que no respondía sino necedades a los hombres que la elogiaban; ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta que le digan que es hermosa y que ningún hombre la puede mirar sin cobrarle afición. Son muy de su gusto los requiebros, y, en suma, ya es otra muy diferente mujer. Esta mudanza apenas es comprensible; pero lo que más te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Sí, mi querido Diego, tú has sido el autor de una transformación tan extraña; tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera. En una palabra, tú has merecido su atención, como lo he observado más de una vez; y o yo conozco mal a las mujeres o mi ama se abrasa por ti en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mío, la triste noticia que tenía que darte, y ésta es la desgraciada situación en que los dos nos hallamos.» «Yo no veo—respondí al viejo—gran motivo de afligirnos en todo lo que usted me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mía el que me ame una mujer hermosa.»

«¡Ah Diego!—me replicó—. ¡Bien se conoce que discurres como mozo! Sólo miras al cebo y no temes al anzuelo. Te paras sólo en el placer; pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que causa después, porque no hay cosa que tarde o temprano no se descubra. Si prosigues en venir a cantar a nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada día más la pasión de doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato, llegará a conocerlo el doctor Oloroso, su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí porque no tiene el más leve motivo para tener celos; pero después se pondrá furioso, se vengará de su mujer y podrá hacernos a ti y a mí un flaco servicio.» «Pues bien, señor Marcos—le repliqué—, cedo a vuestras razones y me entrego a vuestros consejos. Dígame usted qué debo hacer y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente.» «Dejando los dos nuestras músicas—me respondió—y no volviendo tú a parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco a poco se le irá entibiando la pasión y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro, que yo te iré a buscar, y allá tocaremos y cantaremos sin inconveniente.» Ofrecílo así, y, con efecto, hice propósito de no ir más a la puerta del médico y estarme encerrado en mi tienda, pues que yo era un mozo que no podía ser visto sin peligro.

»Sin embargo, el buen Marcos, a pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos días que el medio discurrido y aconsejado por él no sirvió para templar el fuego de doña Marcelina; antes bien, produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora, a la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razón habíamos suspendido nuestra música y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióle que tenía tantas ocupaciones que no me dejaban un instante para divertirme.

Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres días sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia y le dijo a su escudero: «Marcos, tú me engañas. Diego no ha dejado de venir aquí sin motivo, y esto encierra algún misterio que quiero descubrir. Habla y no me ocultes nada, que así te lo mando.» «Señora—respondió él, pagándole con otra mentira—, ya que usted quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse a su casa después de nuestras músicas y encontrarse sin cena, y ya no se atreve a exponerse a ir a la cama sin cenar.» «¿Cómo sin cenar?—exclamó ella lastimada—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! ¡Anda al instante y tráemelo contigo, asegurándole que nunca volverá a su casa sin cenar, porque yo daré orden que se le guarde aquí siempre algún plato. «¡Qué es lo que oigo!—exclamó el escudero, admirado de oírla hablar de aquella suerte—. ¡Qué mudanza, cielos! ¿Sois vos, señora, la que me habláis en esos términos? ¿Pues de cuándo acá os habéis hecho tan compasiva y sensible?» «Desde que tú viniste a esta casa—me respondió prontamente—; o, por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdeñosos y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas, ¡ay de mí—prosiguió ella enternecida—, que he pasado de un extremo a otro! De altiva e insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo a tu amigo Diego sin poderlo remediar, y su ausencia, muy lejos de templar mi amor, le inflama más y más.» «¿Es posible, señora—replicó el viejo—, que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya excitado en vos una pasión tan vehemente? Yo disculparía vuestra inclinación si os la hubiera inspirado algún caballero de gran mérito...» «¡Ah Marcos!—interrumpió Marcelina—. ¡O yo no me parezco en nada a las otras mujeres, o tú, no

obstante tu larga experiencia, todavía no las conoces bien si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir a un sujeto! Si he de juzgarlo por mí misma, nunca reflexionan para enamorarse. El amor es un desorden de la razón que a pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto y nos sujeta a él. Es una enfermedad que nace en nosotras y nos atormenta como la rabia a los animales. No te canses, pues, en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño; basta que le ame, para figurarme en él mil prendas que no descubres tú y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llamarme la atención; a mí me parece hechicero y más hermoso que el sol; fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular.» «¡Pero, señora!—replicó Marcos—. ¿Habéis pensado bien lo que es el tal Diego, su baja y humilde condición?...» «Yo no soy mejor que él—me interrumpió—; pero aun cuando fuera una mujer de distinción, nunca repararía en eso.»

»El resultado de esta conferencia fué que, desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su capricho y se retiró, como un diestro piloto cede a la tormenta que le desvía del puerto a donde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo más: por dar gusto a su ama, me vino a buscar, me llamó aparte, y después de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él, «Bien ves, Diego—me dijo—, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas a la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mío, que esta señora te vuelva a ver, porque de otra manera nos exponemos a que haga alguna locura que perjudique más que nada a su reputación.» No me hice de

rogar, y respondíle que iría a su casa con mi guitarra así que anocheciese, y podía llevar a su ama esta agradable noticia. Hízolo así y dió a la apasionada amante la más alegre y gustosa nueva que podía desear, con la esperanza de verme y oírme aquella noche.

»Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta después de muy anochecido, y, por mis pecados, era la noche muy obscura. Caminaba a tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de pies a cabeza con cierto «¡Agua va!» que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado, no sabía qué partido tomar. Volverme a casa era exponerme a las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros míos; ir a la de Marcelina en aquel magnífico equipaje no me lo permitía la vergüenza. Resolvíme, no obstante, a ir a casa del médico, persuadido de que encontraría a Marcos a la puerta y que todo se remediaría antes de presentarme en aquel estado a Marcelina. Con efecto, fué así; encontréle esperándome a la puerta, y luego que me vió, me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse y que aquella noche nos podíamos divertir a nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me había pasado. Mostróse muy condolido de ello y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorrumpió en expresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las más funestas desgracias; y después, como si hablase con la puerca que me había puesto de aquella manera, se desfogó echándole mil maldiciones. «Señora—le dijo Marcos—, moderad esos impulsos; considerad que el lance fué puro efecto de casualidad y no

conviene mostrar tan fuerte enojo.» «¿Cómo quieres—respondió ella—que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho a este inocente cordero, a esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasión para vengarle!»

»Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos me estaba limpiando con la toalla, Marcelina fué corriendo a su cuarto; trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluído el sahumerio y aspersorio, la caritativa señora fué en persona a la cocina y me trajo pan, vino y algunos pedazos de carnero asado que tenía guardados para mí. Obligóme a comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacía plato y ya me echaba de beber, a pesar de cuanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase a semejantes demostraciones. Acabada la cena, templamos prontamente los instrumentos y arreglamos las voces para dar principio a nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oírnos; bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que mientras cantábamos yo lanzaba de cuando en cuando hacia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego a las estopas, porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto, aunque ya hacía mucho que duraba. Por lo que toca a la señora, las horas le parecían instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche si su escudero, a quien los instantes se le hacían horas, no le hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decírselo más de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo

me ausenté. Como era cuerdo y prudente y veía a su ama tan locamente apasionada, temía nos sucediese algún desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó a entrar en sospecha y a dudar de algún enredo secreto, o ya porque el diablillo de los celos, que hasta entonces le había respetado, quiso inquietarle, comenzó a reprender nuestras músicas, y aun hizo más, prohibiéndonoslas en tono de amo que quería ser obedecido, y sin dar razón alguna de lo que mandaba, declaró que no aguantaría más se admitiese en su casa a ninguno de fuera. Notificóme Marcos esta resolución, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me desazonó muchísimo, porque sentía perder las esperanzas que había concebido. Con todo eso, por no faltar a la obligación de fiel historiador, debo confesar que a corta reflexión me costó poco el conformarme y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No así Marcelina, cuya afición cobró mayor fuerza. «Querido Marcos—dijo al escudero—, de ti solo espero algún consuelo: ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente a Diego.» «¿Qué es lo que usted me pide, señora?—le respondió colérico—. ¡Demasiada contemplación he tenido con usted! ¡No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasión contribuya yo a deshonrar a mi amo, a la pérdida de vuestra reputación y a mancharme a mí mismo con el borrón de tal infamia, después de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprensible! ¡Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso!» «¡Ah Marcos!—replicó la señora, asustada de estas últimas palabras—. ¡Me atraviesas de parte a parte el corazón cuando hablas de marcharte! Pues qué, ¿piensas, cruel, dejarme, después que me has

reducido al lastimoso estado en que me veo? ¡Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste! ¡Oh, y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaría de gran paz mi corazón en lugar del tumulto que le agita gracias a tus imprudentes reconvenciones. ¡Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas! ¡Pero qué es lo que digo!—continuó ella, llorando—. ¡Desdichada de mí! ¿A qué fin darte en cara con tan injustas quejas? ¡No, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio! ¡Mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia! ¡No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero! Mi pasión me ha trastornado el juicio. ¡Compadécete de mi flaqueza! ¡Tú eres mi único consuelo, y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia!»

»Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su aflicción. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamás se ha visto, no pudo resistir a un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole, lleno de ternura: «¡Ah señora, y qué atractivo es el vuestro! No tengo fuerzas para combatir vuestra pena, que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliaros. ¡Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, cuando la compasión sola lo ha tenido para no acordarme yo del mío!» De manera que el pobre escudero, a pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó muy servicialmente a la pasión de Marcelina. A la mañana siguiente vino a contarme todo lo sucedido, y me dijo que tenía ya pensado el modo de proporcionarme una conversación

secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas después llegó a mis oídos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que había en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino a hacerse la barba. Mientras me disponía a rasurarle, me dijo: «Señor Diego, ¿cómo le va a usted con su amigo el viejo escudero Marcos de Obregón? Ya sabrá usted que está para marcharse de casa del doctor Oloroso.» «No, por cierto», le respondí. «Pues sépalo usted—me replicó—, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mío acaban de tener ahora una conversación, a que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: «Señor boticario, tengo que hacer a usted una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante que guardase a mi mujer.» «¡Ya entiendo!—respondió mi amo—. Usted necesitaría de la señora Melancia, que fué la que custodió a mi difunta esposa, que aunque ha seis semanas que enviudé todavía la mantengo en casa. A la verdad, me sería muy útil para gobernarla; pero se la cedo a usted gustoso, por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto a la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas y un verdadero dragón para guardar la castidad del sexo frágil. En doce años que estuvo al lado de mi mujer, que como usted sabe era moza y linda, no vi en mi casa ni aun la sombra de un galán. ¡Sí por cierto! ¡Bonita era la dueña para sufrirlo! Sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré más: mi mujer, a los principios, gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo que la inclinó enteramente a la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad.» Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan a

medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iría la dueña a ocupar el lugar del escudero.»

»Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Marcos, que vino después de comer, acabó de desvanecérmelas confirmando todo lo que me había dicho el mancebo. «Amigo Diego—me dijo el buen escudero—, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Además de haberme echado a cuestas, muy contra mi inclinación, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente a Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al Cielo, me veo ya fuera de estos cuidados y, sobre todo, de los peligros que los acompañan. Por lo que a ti toca, hijo mío, también debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, a trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos.» Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podía esperar, y sin hacerme gran violencia determinó abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaría bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuían a aquella mujer era capaz de desesperar a los amantes más pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habían pintado, no dejé de entender dos o tres días después que la señora médica había adormecido a aquel Argos y corrompido su fidelidad. Salía yo una mañana de casa a afeitar a un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó a mí y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondíle

que sí, y ella me replicó: «Pues a usted venía yo buscando. Vaya su merced esta noche a la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta.» «Muy bien—le repliqué yo—; pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos o tres veces.» «Basta eso—repuso la mensajera de amor—; voy a dar parte de su respuesta a la señora. Servidora de usted, señor Diego; el Cielo le conserve. ¡Qué galán sois! ¡A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaría para otra!» Diciendo esto, se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

»Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Marcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaría durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hacia su puerta. Allí di principio a mis maullidos, que debían oírse de lejos y hacían mucho honor al maestro que me había enseñado tan bello idioma. Un momento después bajó la misma Marcelina a abrir con mucho tiento la puerta, y volvió a cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos a la sala en donde habíamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardía sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio a nuestra conversación, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer sólo causaba la conmoción de Marcelina y la mía estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teníamos que temer por parte de su marido, pues se había apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegría. Sin embargo, le pregunté: «Señora, ¿cómo habéis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creía que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras y mucho menos de vernos a solas.»

Sonriéndose entonces Marcelina de mi pregunta, me contestó: «Dejarás de sorprenderte de la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias y me dijo: «Marcelina, te entrego a la dirección de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes y un espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años a la mujer de un boticario amigo mío; pero dirigió... de lo que hay poco: en términos que hizo de ella casi una santa.»

»Estas alabanzas, que el aspecto grave de Melancia no desmentían, me costaron muchas lágrimas y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendría que escuchar desde la mañana hasta la noche y las reprensiones que me sería forzoso aguantar todos los días. En fin, consentí en llegar a ser la mujer más desgraciada del mundo, y olvidando toda consideración en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad al aya luego que me vi sola con ella: «Sin duda os dispondréis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazón está dominado de una pasión que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podéis tomar vuestras medidas. Redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla.» Al oír estas palabras, la dueña adusta, que bien creí iba a ensartarme un sermón por primera entrada, se puso risueña, y me dijo con un tono afable: «Mucho me agrada vuestro carácter. Vuestra franqueza provoca la mía, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah bella Marcelina, qué mal me conocéis si formáis juicio de mí por el elogio de

vuestro esposo o por la severidad de mi exterior! No me tengáis por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil a las mujeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme, y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto a un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputación que da la virtud. Para entre nosotras, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el día todos se contentan con tener sus apariencias. Dejaos guiar por mí—continuó el aya—, y veréis cómo se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece más respetable la frente de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡Cuántas piezas le jugamos su mujer y yo! ¡Qué amable era aquella señora y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud; ha tenido qué sé yo cuántos amantes, a quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamás. Así, señora, miradme con ojos más favorables, y estad convencida de que por más talento que tuviese el escudero que os servía, nada perderéis en el trueque, y aun tal vez os seré más útil que él.»

»Figúrate ahora, Diego—continuó Marcelina—, si habré agradecido a la dueña el habérseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creía de una virtud austera. ¡Ve ahí cómo se juzga mal de las mujeres! Melancia se granjeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad y la abracé con un gozo extremado, que le manifestó con anticipación cuánto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedí que me proporcionase cuanto antes una conversación a solas contigo, lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la

vieja que te habló y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la mujer del boticario. Pero lo que hay de más gracioso en esta aventura—añadió Marcelina riéndose—es que Melancia, por la relación que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto a él y ocupa mi lugar en este momento.» «Lo siento mucho, señora—dije entonces a Marcelina—, y de ningún modo apruebo vuestra invención. Vuestro marido puede muy bien despertarse y echar de ver el engaño.» «¡Oh, eso no!—replicó ella con precipitación—. No tengas el menor cuidado por eso y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una mujer que te quiere.»

»La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecía mis temores, no omitió nada de cuanto creyó a propósito para serenarme, y por fin hizo tanto, que llegó a conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasión; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las risas y de los juegos, se disponía a labrar mi felicidad, oímos dar unas fuertes aldabadas a la puerta de la calle. Al instante, el Amor y su comitiva volaron a manera de unos pajarillos tímidos, espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que había en la sala, apagó la luz, y como lo había concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese, se fué a la puerta de la alcoba en que dormía su marido. Entre tanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repetición que, despertando el doctor, se sentó en la cama, dando voces a Melancia. Arrojóse ésta de la cama, aunque el viejo, que creía era su mujer, le decía que no se levantase; reunióse con su ama que, sintiéndola a su lado, la

llamaba a gritos, para que fuese a ver quién estaba a la puerta. «Ya estoy aquí, señora—le respondió el aya—; volveos a la cama si queréis, que yo voy a ver lo que es.» Durante esto tiempo, habiéndose desnudado Marcelina, se acostó con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la obscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable y la otra tenía mucha disposición para serlo.

»El aya no tardó en presentarse, en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo a su amo: «Señor doctor, tenga usted la bondad de levantarse aprisa, porque el librero Fernández Buendía, vecino nuestro, le acometió una apoplejía, y os llaman de su parte para que voléis a su socorro.» El médico, vistiéndose lo más pronto que pudo, partió a casa del enfermo, y su mujer, en bata de noche, vino con el aya a la sala en donde yo estaba y me sacaron de debajo de la mesa más muerto que vivo. «Nada tienes que temer, Diego—me dijo Marcelina—, serénate.» Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se había arreglado la cosa, quiso en seguida volver a tomar el hilo de la conversación que tenía conmigo y había sido interrumpida; pero se opuso a esto el aya. «Señora—le dijo—, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero y volverse inmediatamente; además de que—añadió, viéndome traspasado de miedo—¿qué haríais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversación? Más vale ponerle en la calle y dejar el negocio para mañana.» Doña Marcelina convino en ello, aunque a pesar suyo: tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenía destinado.

»En cuanto a mí, menos afligido de haber malogrado los más preciosos

favores del amor que gozoso de verme libre del peligro, me fuí a casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algún tiempo indeciso si acudiría a la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir más bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, o, por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaría por un mentecato si me quedaba a la mitad de un camino tan bueno; y aun representó a mi imaginación a Marcelina con nuevos atractivos y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremés, y muy resuelto a tener más firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al día siguiente a la puerta del doctor entre once y doce de la noche y en medio de una obscuridad tan grande que no se veía brillar ni una sola estrella en el cielo. Maullé dos o tres veces para avisar que estaba en la calle. Pero como nadie bajaba a abrirme, no me contentó con empezar de nuevo, sino que que puse a remedar todos los diferentes gritos del gato, que un pastor de Olmedo me había enseñado; y lo hice tan al natural, que un vecino que volvía a su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los pies y me lo arrojó con toda su fuerza, diciendo: «¡Maldito sea el gato!» Recibí tan fuerte golpe en la cabeza que quedé aturdido por el pronto, y me faltó poco para que cayese a tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví a casa, donde desperté e hice levantar a todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscase

algún otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba, pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.»

* * *

# Capítulo VIII

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente y conversación que con él tuvieron.

Contóme el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me vi precisado a oírselas, y en verdad que no fué breve la relación, pues duró hasta que llegamos a Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el mesón que nos dispusiesen una buena sopa y asasen una liebre, después de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre, que nos había sobrado de la cena.

Después de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gran gana de almorzar; y habiendo visto como a doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacían sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio e hicimos alto en él. Allí encontramos a un hombre como de veintisiete a veintiocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de

pan. Tenía a su lado sobre la hierba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido; mas, por otra parte, buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortésmente y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condición de que había de tener a bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen más abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no lo desagradó. «¡Oh, señores!—exclamó enajenado de alegría—. Verdaderamente que ustedes vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos y que miran a lo venidero. Yo me fío demasiado en la fortuna. Sin embargo, a pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias.» «Según eso—dijo Diego—, será usted comediante.» «Adivinólo usted—respondió el desconocido—; por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender.» «Hablemos francamente—replicó el barbero meneando ladinamente la cabeza—. Tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien a los comediantes y sé que estos señores no acostumbran caminar a pie ni hacer almuerzos a lo San Antón; y me temo, me temo que si usted ha hecho algún papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas.» «Piense usted de mí lo que quisiere—respondió el histrión—, lo cierto es que hago los primeros papeles y comúnmente me hacen representar el de primer galán.» «Siendo así—repuso mi

camarada—, doy a usted la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personaje.»

Comenzamos entonces a roer nuestros rebojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas a la bota que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante: «Estoy admirado de ver a usted en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone usted si le hablo con esta claridad.» «Por cierto—replicó el actor—que se conoce no ha oído usted hablar del famoso comediante Melchor Zapata, porque ha de saber usted que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da usted mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque también gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no, miren ustedes esta ropilla.» Diciendo esto, nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas. «Esta es la tela que comúnmente me sirve de forro; y si todavía tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guardarropa, contentaré a ustedes. Helo aquí—y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raída, con un penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con más agujeros que un cribo o una salvadera y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada—. Ya ven ustedes ahora que soy medianamente infeliz.» «Eso es lo que me admira—le replicó Diego—. Pues qué, ¿no tiene usted mujer ni hija?» «Sí, señor—respondió Zapata—, pero vea usted la desgracia de mi estrella: tengo mujer moza, mas

no por eso estoy más adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dejaría morir de hambre; pero, por mi poca fortuna, di con una mujer de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaría como yo! ¡Una mujer virtuosa, que era del número de los cómicos de la legua, me había forzosamente de tocar a mí en suerte!» «Seguramente, es desgracia—dijo el barbero—; pero ¿por qué no se casó usted con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? ¡Entonces sí que lograría su intento!» «Convengo en ello—respondió el farsante—; pero a un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos a tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados a casarse con otras mujeres que no son de la profesión, y, por fortuna suya, Madrid es bueno y se suele encontrar en él algunas que se las pueden apostar a las princesas del teatro.»

«Pero qué—le replicó mi compañero—, ¿nunca pensó usted entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo?» «¡Bravo!—respondió Melchor—. ¡Usted se burla con su mérito consumado! Veinte actores hay en cada compañía. Pregunte usted al público lo que siente de ellos y oirá cosas bellísimas. Más de la mitad, por lo menos, merecían ir cargados como yo con la mochila, y, en medio de eso, no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos, pues se necesita dinero o grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo más aturdido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometía ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y

torciendo el cuerpo hacia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi a dar en la cara una puñada a mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso, lo que aplaudía tanto en otros no lo podía sufrir en mí. ¡Vea usted cuánto puede la preocupación! En vista de ello, no acertando a dar gusto y no teniendo medios para ser admitido en la compañía a pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé a Madrid, y me vuelvo a mi Zamora, donde están mi mujer y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna. ¡Y quiera Dios no nos veamos precisados a pedir limosna para poder pasar a otra ciudad, como más de una vez nos ha sucedido!»

Diciendo esto, nuestro príncipe dramático se levantó, echóse a cuestas la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros, «¡Adiós!—nos dijo con mucha gravedad—. ¡Quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes a manos llenas sus favores!» «¡Y quieran los mismos—le respondió Diego en el propio tono—que halle usted en Zamora a su mujer mudada y mejor establecida!» Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó a gesticular y a representar caminando, y nosotros le comenzamos a silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto, creyó que todavía le sonaban en los oídos, y volviendo la cara y viendo que nosotros nos divertíamos a su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó a la zumba, y prosiguió su viaje dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte con grande algazara, y cogiendo otra vez el camino real, seguimos nuestra marcha.

* * *

# Capítulo IX

Estado en que encontró Diego a sus parientes, y cómo Gil Blas se separó de él después de haber participado de ciertas diversiones.

Fuimos aquel día a dormir entre Mojados y Valdestillas, a un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente, a las once de la mañana, entramos en la llanada de Olmedo. «Señor Gil Blas—me dijo mi camarada—, aquél es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver a ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria.» «Señor Diego—le respondí—, un hombre como usted, que tanto amor tiene a su tierra, parece debía haber hablado de ella con mayor estimación. Usted me la pintó como si fuera un lugarcillo o una aldea y a mí se me presenta como una ciudad. Era razón que, por lo menos, la tratase usted de villa grande.» «Yo le pido perdón—respondió el barbero—, pero diré que después de haber visto a Madrid, Toledo, Zaragoza y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea.» Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos a Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallamos a distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en qué divertir la vista.

Vimos tres pabellones o tiendas de campaña, poco distante una de otra, y alrededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponían unas mesas largas dentro de las tiendas, otros echaban vino en grandes vasijas de barro, éstos atendían a que cociesen las ollas y aquéllos daban vueltas a luengos asadores en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero a mí nada me llevó tanto la atención como un espacioso teatro que observé, bastante elevado, que estaba adornado con algunos bastidores de cartón pintado de diferentes colores y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latín, dijo: «¡Esto me huele terriblemente a mi tío Tomás! ¡Apuesto algo a que ha andado aquí su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula! Lo que me enfada es que en las conversaciones encaja sin cesar pasajes enteros de los tales libros, cosa que no a todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos y está instruído en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como, v. gr., aquello de que *en Atenas lloraban los niños cuando los azotaban*, cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudición nosotros no la sabríamos.»

Después de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar por qué y para qué se hacían todas aquellas prevenciones. Al tiempo que nos íbamos a informar, se encontró Diego con un hombre que conoció ser su tío, el señor Tomás de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuímonos a él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer a su sobrino: tanta mudanza había hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente y le

dijo: «¡Oh querido sobrino Diego! ¿Conque al cabo has vuelto a ver a tus dioses penates y el Cielo te ha restituído sano y salvo a tu familia? ¡Oh día tres y cuatro veces beato! *Albo dies notanda lapillo!* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tío Pedro, aquel gran talento, ya es víctima de Plutón: tres meses ha que murió. ¡Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habían de faltar siete pies de tierra para enterrarse! *Argenti pallebat amore.* Tenía muchas pensiones de los grandes y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servía. Más insensato que aquel griego Aristipo, el cual, caminando por los desiertos de Libia, hizo a sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podía haber a las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos, a quienes no podía sufrir. Dejó a su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tío Beltrán y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás colocó ya a su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit*. Este himeneo, concluído bajo los más felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos días con el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya y, por su turno, costean la fiesta de un día. Habría celebrado mucho que hubieses llegado antes para que gozases de todas. Anteayer, día en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto, y dió una soberbia comida, y después hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tío el mercader tomó de su cuenta el día de ayer y nos divirtió con una bellísima fiesta pastoril. Vistió de pastores a los diez muchachos

más lindos y agraciados del lugar y de pastoras a las diez muchachas más pulidas y aseadas que había en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas más ricas y los más preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando después otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecía posible cosa más divertida, con todo eso no dió gran golpe, sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto a las diversiones pastoriles. Hoy me toca a mí, y pienso divertir a los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invención: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada *Los pasatiempos de Muley-Bugentuf, rey de Marruecos*. Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los más célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y los tengo en mi casa a pupilaje. ¡Excelentes representantes! ¡Verdad es que les he enseñado yo! Su declamación parecerá acuñada en el cuño del maestro: *ut ita dicam*. En cuanto a la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oír, por no privarte del placer de la sorpresa, y sólo diré sencillamente que dejará extáticos a todos los espectadores. Es uno de aquellos asuntos trágicos que ponen toda el alma en conmoción, por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen a la fantasía. Yo siempre he sido de la opinión de Aristóteles: que es necesario excitar el terror. ¡Ah, si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrían a él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaría siempre en sangre! ¡En mis tragedias se vería morir no sólo a los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias! ¿Qué digo *hasta las mismas guardias*? ¡Haría también degollar al apuntador! En

fin, sólo me agrada lo terrible; éste es todo mi gusto. De esta manera, los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes y hacen célebre el nombre de los autores.»

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, e iban precedidos de diez a doce tocadores de instrumentos, que tañían todos a un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego y dióse a conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos a abrazarle y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder a todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle a abrazos todos los de la familia y cuantos se hallaban presentes, y luego que se aquietó un poco aquel primer turbión, le dijo su padre: «Seas bien venido, hijo Diego. En verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes, ¿no es así? Por ahora no te digo más; a su tiempo lo sabrás muy por menor.» Mientras tanto, el gentío se fué adelantando hacia la llanura, llegó a ella, entróse en las tiendas y fuése sentando a las mesas, que ya estaban preparadas. Yo no dejé a mi compañero; sentéme junto a él y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno a otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor o maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajar a sus hermanos, que no habían dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Después del banquete, todos los convidados mostraron grande

impaciencia por ver la representación de la obra del señor Tomás, no dudando—decían—que una producción de ingenio tan superior sería dignísima de oírse. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio a que diese principio a la tragedia. Dejáronse ver los actores en la escena, y el autor, con su obra en la mano, estaba tras las cortinas, en sitio donde pudiese apuntar y ser oído de los que representaban. Con mucha razón nos había prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató por vía de diversión cien esclavos a flechazos; en el segundo hizo degollar treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes había hecho prisioneros; finalmente, en el tercero, aquel monarca, cansado de sus mujeres, pegó él mismo por su mano fuego a un palacio aislado donde estaban encerradas y, juntamente con él, las redujo todas a ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de mimbre, y el palacio, que era de cartón, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos que parecían salir de en medio de las llamas, dió fin a la tragedia y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invención, lo que acreditó el buen gusto del poeta y su singular acierto en la elección y oportunidad de los asuntos.

Creía yo que ya nada había que ver después de *Los pasatiempos de Muley-Bugentuf*, pero engañéme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era éste la distribución de los premios, porque Tomás de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, a todos sus

discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les había hecho trabajar varias composiciones, y en aquel día se habían de repartir los premios a los más sobresalientes, consistiendo aquéllos en ciertos libros que el mismo preceptor, a costa suya, había ido a comprar a Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela y un armario o estante lleno de libros pequeños encuadernados con aseo. Entonces todos los actores se presentaron en la escena y formaron un semicírculo delante del señor Tomás, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenía en la mano la lista de los nombres de los que debían ser premiados. Entregósela al rey de Marruecos, quien se puso a leerla en alta voz, llamando uno por uno a los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto a recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y volver cuando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro, se los coronaba a todos con una guirnalda de laurel, y después se iban sentando en uno de los dos bancos, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por más cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque, observándose que la mayor parte de los premios habían tocado a los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy a mal, se alborotaron y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.

* * *

# LIBRO TERCERO

* * *

# Capítulo primero

Llegada de Gil Blas a Madrid, y primer amo a quien sirvió allí.

Detúveme algunos días en casa del barbero y juntéme después con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Había ido a Valladolid con cuatro mulas cargadas con varios géneros y se volvía a su casa con todas ellas de vacío. Hízome montar en una, y tomamos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos a Segovia se empeñó en que me hospedase en su casa. Dos días descansé en ella, y cuando me vió resuelto a marchar a Madrid con el arriero, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendación. Hícelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Meléndez, mercader de paños, que vivía en la puerta del Sol, esquina de la calle del Cofre. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy agradable: «Señor Gil Blas, mi corresponsal, Pedro Palacios, me recomienda la persona de usted con tan vivas expresiones que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Además de esto me suplica le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto y con esperanza de que no me será muy difícil colocar a usted ventajosamente.»

Acepté la generosa oferta de Meléndez, con tanto mayor gusto cuanto veía que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fuí gravoso largo tiempo. Pasados ocho días, me dijo que acababa de proponerme a un caballero amigo suyo que necesitaba un ayuda de cámara, y que, según todas las señas, no se me escaparía esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento, «Señor—le dijo Meléndez mostrándome a él—, éste es el mozo de quien hablamos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador como pudiera del mío mismo.» Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía y que desde luego me recibía en su servicio. «Sígame—añadió—, que yo le instruiré en lo que deberá hacer.» Diciendo esto, se despidió del mercader y me llevó consigo a la calle Mayor, frente por frente de San Felipe el Real. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto, subimos unos cinco o seis escalones y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales había una rejilla de hierro para ver a los que llamaban. Pasamos después a otra pieza, donde tenía su cama, con otros varios muebles más aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me había mirado bien en casa de Meléndez, también yo le examiné a él después con particular atención. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frío y serio. Parecióme de buena índole y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho de mis respuestas, «Gil Blas—me dijo—, yo contemplo que eres un mozo de gran juicio y me alegro mucho de que me sirvas; y por tu parte espero que estarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al día para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás

tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia a los criados; nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer mas que limpiarme bien los vestidos; lo restante del día te queda libre y puedes hacer lo que quieras; basta que por la noche te retires a casa temprano y me esperes a la puerta de mi cuarto. Esto es todo lo que exijo de ti.» Después de haberme dado esta instrucción sacó seis reales del bolsillo y me los entregó, para empezar a cumplir nuestro ajuste. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave y me dijo: «No tienes que seguirme y puedes irte adonde te diere la gana; pero ¡cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva a casa por la noche!» Diciendo esto se marchó y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

«Vamos claros, Gil Blas—me dije entonces a mí mismo—, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves a un hombre que por limpiar los vestidos, hacerle la cama y barrer su cuarto por la mañana te da seis reales cada día y libertad de hacer después lo que quisieres, ni más ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. ¡A fe que no será fácil hallar otra conveniencia igual! Ya no me admiro del hipo que tenía por venir a Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba.» Pasé todo el día en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogían de nuevo y que no me daban poca ocupación. Por la noche cené en una hostería poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me había mandado le esperase. Llegó tres cuartos de hora después y se mostró contento de mi puntualidad. «¡Muy bien!—me dijo—. ¡Eso me gusta! Yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando.» Dicho esto abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos a

obscuras, echó yescas y encendió una vela. Ayúdele después a desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su mandato una lamparilla que había en la chimenea, cogí la vela y llevéla a la antesala, donde me acosté en un catre. Al día siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana, cepillé sus vestidos, dióme mis seis reales y despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las puertas, y hétele aquí que uno y otro nos separamos para el resto del día.

Tal era nuestra vida, que a mí me parecía muy dulce y acomodada. Lo más gracioso de todo era que yo no sabía aún cómo se llamaba mi amo y Meléndez lo ignoraba también. Sólo conocía al tal caballero por uno de tantos como concurrían a su lonja a comprar géneros; y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Asegurároнme todos que no sabían qué clase de hombre era mi amo, aunque hacía dos años que vivía en aquel barrio. Dijéronme que no trataba con ninguno de los vecinos, y algunos, acostumbrados a juzgar temerariamente mal de todo, inferían de aquí que era un hombre de quien no se podía formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó más: sospechóse que fuese un espía del rey de Portugal, y me aconsejaron caritativamente que tomase mis medidas acerca del particular. El aviso me puso en sumo cuidado, porque desde luego formé juicio de que si era verdad lo que decían corría yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid. Mi inocencia no me podía asegurar y mis pasadas desgracias me obligaban a temer a la justicia. Había experimentado ya dos veces que, si no quita la vida a los inocentes, a lo menos guarda tan mal con ellos las leyes de la hospitalidad, que siempre es una desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Meléndez lo que debía hacer en tan críticas

circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podía creer que mi amo fuese espía; mas tampoco tenía razón fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubría que verdaderamente era un enemigo del Estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él pedían que caminase con el mayor tiento y circunspección en poner por obra lo que había determinado, sin asegurarme antes de la verdad. Comencé, pues, a examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor, «Señor—le dije una noche mientras le estaba desnudando—, no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced cómo hablan de nosotros.» «Y bien, Gil Blas—me respondió—, ¿qué es lo que pueden decir?» «¡Ah, señor—repliqué—, a la murmuración nunca le falta asunto! Encuéntralos o los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa y que la Corte debe vigilar nuestra conducta? En una palabra: dicen que su merced es espía del rey de Portugal.» Entonces alcé los ojos y le miré con cuidado, como Alejandro a su médico, para notar el efecto que producía lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algún tanto, lo cual confirmaba poderosamente las conjeturas de la vecindad. Noté que poco después se quedó pensativo y cabizbajo, y esto tampoco lo interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dijo en un tono y con rostro muy tranquilo: «Gil Blas, dejemos a los vecinos que digan lo que quieran; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas

expresiones. No hagamos caso de lo que dicen los hombres mientras no demos motivo a que lo digan.»

Acostóse después con mucho sosiego y yo hice lo mismo, sin saber qué pensar. Al día siguiente, cuando íbamos a salir de casa, oímos llamar recio a la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo, y mirando por la rejilla vió a un hombre bien vestido, que le dijo: «Señor caballero, yo soy alguacil y vengo de parte del señor corregidor a decir a usted que su señoría desea hablarle dos palabras.» ¿Qué me quiere el señor corregidor?», respondió mi amo. «Eso es lo que no sé—replicó el alguacil—; pero vaya usted a su casa y presto lo sabrá.» «Yo le beso las manos al señor corregidor—repuso su merced—; yo no tengo nada que ver con su señoría.» Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose a pasear por el cuarto en ademán de un hombre, según lo que a mí me parecía, a quien había dado mucho que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales y me dijo: «Amigo Gil Blas, tú puedes irte a pasear a donde quieras, que yo no te he menester.» Persuadíme al oír esto que tenía miedo de que le prendiesen y que por eso no quería salir. Dejéle, pues, y para ver si me engañaba en mi sospecha, me escondí en paraje desde donde podía observar si salía o no. Habría tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo, pues al cabo de una hora le vi salir y presentarse en la calle con un desembarazo y un aire de confianza que dejó confundida mi penetración. Sin embargo, no me deslumbraron estas apariencias; antes bien me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podía muy bien ser con estudio, y aun casi llegué a creer que se había detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que

probablemente iba a ponerse en salvo huyendo. Perdí la esperanza de verle más, y aun estuve perplejo en si iría aquella noche a esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba de que saldría aquel día de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo, no dejé de ir a esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud, y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.

No bien acabó de vestirse, cuando llamaron de repente a la puerta. Fué él mismo a mirar por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del día anterior; preguntóle qué se le ofrecía, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oír este nombre temible se me heló toda la sangre. Había ya cobrado un endiablado miedo, y más que pánico terror, a toda esta casta de pájaros desde que tuve la desgracia de caer en sus manos, y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas distante de Madrid; pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego y recibió al señor corregidor con respeto. «Ya ve usted—dijo a mi amo—que no vengo a su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables a usted que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora a que se la tratase con miramiento. Sírvase usted decirme cómo se llama, quién es y qué hace en Madrid.» «Señor—le respondió mi amo—, mi nombre es don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupación en Madrid se reduce a pasearme, frecuentar los teatros y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada y de honesta y grata conversación.» «Sin duda—dijo el juez—, tendrá usted

una gran renta.» «No, señor—repuso mi amo—; no tengo rentas, ni tierras y ni aun casa.» «¿Pues de qué vive usted?», le replicó el corregidor. «De lo que voy a enseñar a vuestra señoría», respondió don Bernardo; y al mismo tiempo alzó un tapiz y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba después de aquélla, e hizo entrar al juez en un cuartito, donde había un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos. «Ya sabe vuestra señoría—le dijo entonces—que nosotros los españoles somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversión con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna se iguala con la mía. Soy naturalmente tan perezoso y holgazán, que no valgo para ningún empleo ni ocupación. Si quisiera canonizar mis vicios, dándoles el nombre de virtudes, diría que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del entendimiento desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe que soy haragán y perezoso de nacimiento; tanto, que si me viera precisado a trabajar para comer, creo que me dejaría morir de hambre. En este supuesto, a fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, por no tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho más por no haber de lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistía en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan a mil los que gasto cada año y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo venidero, porque, gracias al Cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comúnmente arruinan a los hombres: soy poco inclinado a comilonas y

meriendas, juego poco, por mera diversión, y estoy ya muy desengañado de las mujeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos a quienes las mozuelas venden sus mentidos e interesados favores a precio de oro.»

«¡Oh y qué dichoso es usted!—exclamó el corregidor—. Teníanle, contra toda razón, por un espía, personaje que de ningún modo podía convenir a un hombre de su carácter. Prosiga usted, don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan lejos estaré de turbar sus días tranquilos y serenos, que desde luego los envidio y me declaro por su defensor. Pídele a usted su amistad y yo le ofrezco la mía.» «¡Ah, señor!—exclamó mi amo, penetrado de tan atentas como apreciables palabras—. Admito el precioso don que vuestra señoría me ofrece. Su amistad es complemento de mi felicidad.» Después de esta conversación, que el alguacil y yo oímos desde fuera, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones con que manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar a mi amo y ayudarle a hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesías, aunque en el corazón le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira a un corchete.

* * *

# Capítulo II

De la admiración que causó a Gil Blas el encuentro con el capitán Rolando y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

Luego que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor, acompañándole hasta la calle, volvió prontamente a cerrar el cofre y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia, salió de casa, muy placentero por haberse granjeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenía de contar esta aventura a Meléndez me obligó a encaminarme a su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitán Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro ni pude menos de estremecerme y temblar a su vista. El también me conoció. Llegóse a mí gravemente, y conservando todavía su aire de superioridad me mandó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: «¡Pobre de mí! ¡Ahora querrá que le pague todo lo que le debo! ¿Adónde me llevará? Puede que tenga en esta villa alguna cueva obscura. ¡Diablo! ¡Si tal creyera, en este mismo momento le haría ver que no tengo gota en los pies!» Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento a observar el sitio donde pararía, con intento de huir de él a

carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguíle; mandó traer del mejor vino y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto, nos metimos en un cuarto, y así que el capitán se vió solo conmigo, me habló de esta suerte: «Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero más te admirarás cuando hayas oído lo que te voy a contar. El día que te dejé en la cueva y marché con mis compañeros a Mansilla a vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de León, acompañado de cuatro hombres a caballo, todos bien armados, que seguían su coche. Acometímoslos; dimos muerte a dos de ellos y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero que hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que, por amor de Dios, no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de León. Estas palabras, en vez de enternecer a mis compañeros, los enardecieron más. «Señores—dijo uno—, no dejemos escapar al hijo del enemigo más mortal de los de nuestra profesión. ¿A cuántos de éstos no ha hecho ajusticiar su padre? ¡Venguémoslos y sacrifiquemos esta víctima a sus cenizas!» Todos los demás aplaudieron tan inhumano consejo, y hasta mi teniente iba ya a ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio si yo no le hubiera detenido el brazo. «¡Aguarda!—le dije—. ¿A qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia sería una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos a muerte hace mas que cumplir con la obligación de su oficio, así como nosotros

cumplimos con la del nuestro en robar a los caminantes.»

»Intercedí, pues, por el hijo del corregidor, y no fué inútil mi intercesión. Sólo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los hombres que habían muerto en la refriega y vendímoslos en Mansilla con los demás que conducíamos. Volvímonos después a nuestro subterráneo, adonde llegamos el día siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos de ver levantada la trampa, y mucho más de encontrar a Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; nunca te hubiéramos creído capaz de jugarnos semejante petardo y te perdonamos el chasco en gracia de la invención. Luego que desatamos a la cocinera le di orden de que nos compusiese bien de comer. Entre tanto fuimos a la caballeriza a cuidar de los caballos, y encontramos casi expirando al viejo negro, que en veinticuatro horas no había probado bocado ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algún alivio; pero había perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que, a pesar de nuestra buena voluntad, desamparamos a aquel miserable, que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos a la mesa, y después de haber almorzado grandemente, nos retiramos a nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo o descansando todo el día. Cuando despertamos, nos dijo Leonarda que ya había muerto Domingo. Llevamos el cadáver a la covacha donde te acordarás que dormías, y allí le hicimos el funeral como si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

»Al cabo de cinco o seis días sucedió que, habiendo hecho una salida,

encontramos muy de mañana, a la entrada del bosque, tres cuadrillas de la Santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos, y aunque superior en número a nuestra tropa, la atacamos; pero al tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habían hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuénos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente y dos de nuestros camaradas murieron en la función. Los otros dos y yo, cercados por todas partes, nos vimos precisados a rendirnos; y mientras las dos cuadrillas nos llevaban presos a León, la tercera fué a cegar y destruir la cueva, que fué descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego, volviendo a su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva, que dejaste abierta el mismo día que te escapaste con la señora, y sospechó que aquélla era nuestra habitación, y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio, descortezó ligeramente algunos árboles vecinos y otros más, de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó después a León, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor por cuanto estaba informado de que su hijo había sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar tres cuadrillas para prendernos, y les dió por guía al labrador que había descubierto el subterráneo.

»Mi llegada a la ciudad de León fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugués hecho prisionero de guerra, no habría sido mayor la curiosidad con que todos

corrían y se atropellaban por verme. «¡Aquél es—decían—, aquél es el capitán y el terror de toda esta tierra! ¡Merecía ser atenaceado, y no menos sus dos compañeros!» Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó a insultarme. «¡Ya lo ves, malvado—me dijo—: el Cielo, cansado de tus delitos, te ha entregado a mi justicia!» «Señor—le respondí—, es cierto que he cometido muchos; pero a lo menos no tengo que acusarme de haber quitado la vida al hijo de vuestra señoría. Si vive, a mí me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor a algún reconocimiento.» «¡Ah, infame!—replicó—. ¡Sin duda que estaría bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter! Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiría, por ventura, la obligación de mi empleo?» Dicho esto, nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó pudrir a mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres días, para representar un papel un poco trágico en la plaza Mayor. Por lo que toca a mí, estuve tres semanas enteras en la cárcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese más terrible, y, en fin, cada día estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen a su presencia, y estando en ella me dijo: «Oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por ti, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre, deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí a la Corte en tu favor. Pedí al rey el perdón de tus delitos y lo conseguí. Vete a donde quieras; pero, créeme—añadió—, aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuelve en ti y abandona para siempre esa desastrosa vida.»

«Atravesado el corazón con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontró ya

muertos a mis padres y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Sólo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componían la cuarta parte de lo que debía heredar. Pero ¿qué había de hacer? Nada adelantaría con ponerle pleito, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad, compré una vara de alguacil, y, según cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros, por decoro, se habrían opuesto a mi admisión si hubieran sabido mi historia; pero, por fortuna mía, la ignoraban, o—lo que viene a ser lo mismo—afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interés en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Con todo eso, amigo mío—continuó Rolando—, yo quiero descubrirte mi corazón. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que sólo da lugar a sutilezas y raposerías. ¡Oh y cuánto echo de menos mi antigua y noble profesión! Confieso que es más segura la nueva, pero es más gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo y desaparecer el día menos pensado, para retirarme a las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, iremos a aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitán de tan ilustre compañía, y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir a mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de ti que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la

pieza que nos jugaste, porque esto te haría sospechoso, y así, no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien—añadió—: ¿estás pronto a seguirme? Espero tu respuesta.»

«Cada uno tiene sus inclinaciones—respondí a Rolando—; usted es inclinado a las empresas arduas y peligrosas y yo a una vida tranquila y sosegada.» «¡Ya te entiendo!—me interrumpió—. Aquella señora cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste la tienes todavía muy dentro del corazón, y sin duda que en su amable compañía gozas de aquella vida cómoda y gustosa a que te llama tu inclinación. Confiesa con sinceridad que, después de haberle restituído sus muebles, estáis comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva.» Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demás que me había sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió a hablar de los señores catalanes y me confesó que estaba resuelto a ir a juntarse con ellos, volviéndome a dar otro tiento para persuadirme a que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podía conseguir, me miró con un aire fiero y me dijo con cierta seriedad feroz: «¡Ya que tienes un corazón tan vil y bajo que prefieres tu servil condición al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono a la villanía de tus ruines inclinaciones! ¡Olvida enteramente que me volviste a encontrar hoy, y jamás me tomes en boca con persona viviente de este mundo, porque si llego a saber que alguna vez has hablado de mí...! ¡Ya me conoces, y no te digo más!» Al decir esto, llamó al tabernero, pagó la comida y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.

* * *

# Capítulo III

Deja Gil Blas a don Bernardo de Castelblanco y entra a servir a un elegante.

Salimos de la taberna, y cuando nos estábamos despidiendo uno y otro pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que más de una vez se volvió a mirar con cuidado al capitán. Parecióme que le había sorprendido verme en compañía de semejante sujeto. A la verdad, la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña, y aunque no de desgraciada figura, tenía no sé qué trazas de un grandísimo bribón.

No me engañé en mi sospecha. Cuando don Bernardo se retiró a casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitán y propenso a creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él si me hubiera atrevido a referírselas. «Gil Blas—me dijo—, ¿quién era aquel pajarraco con quien te vi poco ha?» Respondíle que era un alguacil y me imaginé que quedaría satisfecho con esta respuesta. Pero me hizo otras muchas preguntas; y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversación y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales y me

dijo: «Toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí y vete a servir a otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades.» De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que había conocido en Valladolid a aquel alguacil con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercía yo la Medicina. «¡Bellamente! ¡No se puede negar que es ingeniosa la salida! Mas ¿por qué no me respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte?» «Señor—le dije—, no me atreví a decirlo por prudencia, y ésta es la verdad.» «Ciertamente—me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro—que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenía por tanto. ¡Anda, hijo mío, vete en paz y date por despedido!»

Partíme inmediatamente y fuíme en derechura a dar esta mala noticia a mi protector Meléndez, el cual me dijo, por consolarme, que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos días después me dijo: «Amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy a anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con don Matías de Silva. Es un sujeto de la primera distinción y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *elegantes*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude a mi tienda por todo cuanto se le ofrece; es verdad que todo va al fiado, pero nada se va a perder nunca con estos señores. Comúnmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se les cargan los géneros a tan subido precio, que aunque no se cobre más que la cuarta parte de las partidas siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de don Matías es amigo mío; vamos a buscarle, que él es quien te ha de presentar a su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mío,

hará de ti particular estimación.»

Mientras íbamos caminando a casa de don Matías, me dijo el mercader: «Paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodríguez y, aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinación y se ha enriquecido arruinando dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano y gusta mucho de que los demás criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretendan alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participación, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia o que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodríguez aun más que a tu mismo amo y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho; te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en qué ganar. Don Matías es un mozo que sólo piensa en divertirse y nada cuida de los inteceses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.»

Luego que llegamos a la casa, preguntamos si podíamos hablar al señor Rodríguez; respondiéronnos que sí y que le encontraríamos en su cuarto. Efectivamente, le hallamos en él, y estaba con un labrador que tenía en la mano un talego de terliz lleno, a lo que parecía, de dinero. El mayordomo, que me pareció más pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado y corrió con los brazos abiertos a recibir a Meléndez. El mercader abrió también los suyos y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor había por lo menos

tanto artificio como verdad. Después de esto se trató de mí. Rodríguez me examinó de pies a cabeza y me dijo con mucha afabilidad que yo era el mismísimo que convenía a don Matías y que él tomaba a su cargo presentarme a este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su protección, y dejándome con él, se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodríguez: «Yo te presentaré al amo después que haya despachado a este pobre labrador.» Acercóse al paisano, y tomándole el talego, le dijo: «Veamos si están aquí los quinientos doblones.» Contólos por su mano, y hallándolos justos dió su recibo al labrador y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego y, vuelto a mí, «Ahora podemos ir—me dijo—a ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta mediodía y ya es cerca de la una.»

Con efecto, acababa entonces de levantarse don Matías. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupación estar picando un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacía oficio de ayuda de cámara interinamente. «Señor—le dijo el mayordomo—, aquí está este mocito, que tengo el gusto de presentar a vuestra señoría para reemplazar al criado que se sirvió despedir anteayer. Su fiador es Meléndez, el mercader de vuestra señoría. Asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que vuestra señoría estará contento con él y se dará por bien servido.» «Basta que tú me lo presentes—respondió su señoría—para que le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara y queda ya evacuado este negocio. Rodríguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba a mandar que te llamasen. Te voy a dar una mala nueva, mi amado Rodríguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego;

perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es a personas de mi condición pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga a satisfacer con puntualidad; las otras, basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que me busques en el día doscientos doblones y se los envíes a la condesa de Pedrosa.» «Señor—respondió el mayordomo—, más fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere vuestra señoría que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por más amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero no sé ya a qué santo encomendarme y me veo reducido al último apuro.» «Cuanto estás hablando es inútil—respondió don Matías—, y todas esas noticias sólo sirven de enfadarme. Rodríguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta ni que quiera tomar a mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que sería muy buena diversión para un hombre como yo!» «¡Paciencia!—replicó el mayordomo—. En tal caso, estoy persuadido de que presto se verá vuestra señoría libre para siempre de ese cuidado.» «¡Ya me cansas y me matas con tanta bachillería!—repuso enfadado el señorito—. ¡Déjame arruinar sin que me lo recuerdes! Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo a decir que es menester y quiero precisamente que los busques y los halles.» «Pues, según eso—dijo Rodríguez—, voy a ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero a vuestra señoría, aunque a crecida usura.» «¡Vé y recurre aunque sea al mismo

diablo!—respondió don Matías—. ¡Como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demás no me importa un bledo!»

No bien acababa de decir estas palabras, colérico y enojado, cuando, al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo, llamado don Antonio Centelles. «¿Qué tienes, amigo?—preguntó éste a mi amo—. Parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué que me lo hace sospechar. ¡Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí!» «Es cierto—respondió don Matías—. Es mi mayordomo, y siempre que viene a mi cuarto me da un mal rato. No sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! ¡Como si fuera él quien lo perdiese!» «Amigo—respondió don Antonio—, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es más mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapán, en fuerza de mis repetidas órdenes, me trae algún dinero, no parece sino que me da lo que es suyo; me dice que me pierdo y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado a tomar la palabra para cortar la conversación.» «Pero lo peor de todo es—dijo don Matías—que no podemos vivir sin estas gentes y que para nosotros es éste un mal necesario.» «Convengo en eso—respondió Centelles—. ¡Pero aguarda un poco—prosiguió, reventando de risa—, que ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado! Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada día representamos con estos hombres y que nos sirva de diversión lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo: yo pediré a tu mayordomo el dinero que hayas menester y tú pedirás al mío el que yo necesite. Dejarémosles decir todo lo que quieran y nosotros les oiremos con oídos de mercader. Al cabo del año, tu

mayordomo me presentará sus cuentas y el mío te dará las suyas. De esta manera, yo sólo oiré hablar de tus gastos, tú sólo tendrás noticia de los míos y verás cómo nos divertimos.»

A esta ingeniosa invención se siguieron mil chistosas agudezas que alegraron a los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodríguez su alegre conversación entrando en la sala acompañado de un vejete, tan calvo que apenas se le descubría un cabello. Quiso despedirse don Antonio, y dijo: «¡Adiós, don Matías, que presto nos volveremos a ver! Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes.» «¡No, no!—respondió mi amo—. ¡Estáte aquí, que tú en nada nos estorbas! Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien, que me presta dinero a un veinte por ciento.» «¿Cómo *a un veinte por ciento*?—replicó Centelles como admirado—. ¡A fe que has sido afortunado en caer en tan buenas manos! Yo compro el dinero a peso de oro, porque ninguno me lo quiere prestar menos de a treinta y tres por ciento.» «¡Qué usura!—exclamó entonces el usurerísimo viejo—. ¿Tienen alma esos bribones? ¿Creen, por ventura, que no hay otro mundo? ¡Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan a interés! El exorbitante precio a que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita a todos, quitándonos la honra y la reputación; yo, a lo menos, sólo presto puramente por servir a los que se valen de mí, y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo, no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah, si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendría yo el mayor gusto en abrir mi bolsa y ofrecérsela a vuestra señoría sin el más mínimo interés, pues, aun en medio de mi pobreza, casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero a un miserable

veinte por ciento! Mas, ¡oh Dios!, parece que el dinero se ha vuelto a enterrar en las entrañas de la tierra; ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga a ensanchar un poco las estrechas reglas de mi moralidad. ¿Cuánto dinero ha menester vuestra señoría?», preguntó volviéndose hacia mi amo. «Doscientos doblones», respondió éste. «Cuatrocientos traigo en un talego—dijo el usurero—; contaré la mitad y se la entregaré a vuestra señoría.» Al mismo tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodríguez. Luego me ocurrió lo que debía pensar de aquella maniobra, y vi por experiencia la mucha razón con que Meléndez me había ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa y púsose a contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. «Señor Dimas—dijo al usurero—, ahora mismo me ocurre una reflexión que me parece cuerda. Verdaderamente, yo era un pobre mentecato cuando sólo pedí a usted el dinero que precisamente había menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa y que mañana me vería precisado a recurrir a usted. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pie, para excusarle el trabajo de hacer otro viaje a mi casa.» «Señor—respondió el viejo—, es cierto que tenía destinada una parte de este dinero para un buen licenciado, heredero de grandes posesiones, que emplea cuanto tiene en retirar del mundo a muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas después en su retiro; mas una vez que vuestra señoría necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda a su disposición. Basta que vuestra señoría se digne señalar hipotecas suficientes

y libres para asegurar el capital y los réditos.» «¡Oh! Por lo que toca a la seguridad—interrumpió Rodríguez sacando del bolsillo un papel—, la tendrá usted aún mayor de lo que pudiera desear, sólo con que el señor don Matías se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella, libra a vuestro favor quinientos doblones contra Talegón, arrendador de los estados de Mondéjar.» «Me conformo—replicó el usurero—, porque no soy hombre que me haga de rogar.» Entonces el mayordomo presentó una pluma a mi amo, que, sin leer la letra, firmó su nombre tarareando.

Concluído este negocio, se despidió el viejo de don Matías, y éste le dió un estrecho abrazo, diciéndole: «¡Hasta la vista, señor Dimas; soy todo de usted! No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado, el consuelo de mil hijos de familia y el recurso de todos los señores que gastan más de lo que permiten sus rentas.» «Tienes razón—dijo entonces Centelles—; los usureros son unos hombres de bien que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar también a éste, que se contenta con un veinte por ciento.» Diciendo esto, se acercó al viejo para abrazarle, y los dos elegantes, para divertirse, se lo enviaban recíprocamente uno al otro como si fuera una pelota. Después de haberle bien zarandeado le dejaron ir con el mayordomo, que merecía mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa más.

Luego que salió Rodríguez con el testaferro de sus maldades, envió don Matías a la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero, por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre a don Antonio:

«Y bien, ¿en qué hemos de pasar el día de hoy? Pensémoslo un poco y tengamos entre los dos consejo privado.» «¡Que me place—respondió Centelles—, que eso es ser hombre de juicio! Conferenciemos, pues.» Cuando iban a tratar de lo que habían de hacer, entraron otros dos señoritos, poco más o menos de la misma edad de mi amo, esto es, de veintiocho a treinta años, uno de los cuales se llamaba don Alejo Seguier y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos, los cuatro comenzaron a darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Después de esta ceremonia, don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra a don Matías y a don Antonio, «Y bien, señores—les dijo—, ¿dónde pensáis comer hoy? Si no estáis convidados, os quiero llevar a una casita de los cielos, donde beberéis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella y no salí hasta las cinco o seis de la mañana.» «¡Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia—exclamó mi amo—, pues así no hubiera perdido mi dinero!»

«Yo—dijo Centelles—quise tener anoche una nueva diversión, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo a casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del Estado: un asentista. En el adorno de la casa se veía magnificencia y elección de muebles exquisitos; la mesa, bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez que me divirtió extremadamente. El dueño, aunque de nacimiento bajo y de educación grosera, afectaba modales a lo grande. Su mujer, aunque era fea de gana, creía ser una Venus, y además decía mil necedades, sazonadas con un acento vizcaíno que les daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados a la mesa cuatro o cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiría aquella cena casera.»

«Pues yo, señores—dijo don Alejo Seguier—, cené con una comedianta: con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesión, el marqués de Zenete, don Juan de Moncada y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir galanterías. Pero ¡qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son de las más discretas; pero ¿qué importa? Su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas, que las prefiero a las mujeres juiciosas.»

* * *

# Capítulo IV

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes; secreto admirable que éstos le enseñaron para lograr a poca costa la fama de hombre agudo, y singular juramento que a instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguieron aquellos señoritos charlando de esta manera hasta que don Matías, a quien yo entre tanto ayudaba a vestir, se halló en disposición de poder salir de casa. Díjome entonces que le siguiese, y todos los cuatro elegantes tomaron juntos el camino de la casa a donde había ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comencé, pues, a marchar detrás de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiración que los tales criados procuraban remedar en todo a sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos a todos como un nuevo camarada suyo, correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, después de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo: «Hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido a ningún caballerito de esta especie.» «Es verdad—le respondí—, porque ha muy poco tiempo que llegué a Madrid.» «Así me lo parece a mí también—replicó él—. Todavía hueles a lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de

aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa; yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastaremos y te puliremos.» «Eso es lisonja», le repliqué. «¡Nada de eso!—me respondió—. Está cierto de que no hay hombre, por tosco que sea, a quien no sepamos cepillar y pulir.»

No necesitó decirme más para que yo conociese que tenía por compañeros unos lindos perillanes y que no podía caer en mejores manos para llegar a ser un mozo de provecho. Cuando llegamos a la tal casa, hallamos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que don Fernando había tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse a la mesa nuestros amos y nosotros nos dispusimos a servirlos. Comenzaron a comer y a charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima diversión el verlos y oírles. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertían completamente. ¡Qué viveza! ¡Qué chistes! ¡Qué agudezas! Me parecían unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres, les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles, nos retiramos los criados a otro cuarto, donde había mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me había imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacían tan a la perfección, que, a reserva de un cierto airecillo de nobleza que no sabían remedar, en todo lo demás parecían los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo, pero mucho más me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos; tanto, que absolutamente desesperé llegar nunca a parecerme a ellos. El criado de don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba a los nuestros,

hacía los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo: «Patrón, tráiganos acá diez botellas del vino más generoso que tenga, y, según usted acostumbra, cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos.» «Con mucho gusto—respondió él—; pero, señor Gaspar, ya sabe usted que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas. Si por medio de usted pudiera cobrar algún dinerillo...» «¡Oh!—respondió el criado—. ¡No paséis cuidado por lo que se os debe! Yo salgo fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas; pero mañana haremos que se levante el secuestro y seréis pagado de todo el importe de la cuenta, sin examinarla.» Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el día de que éste se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos hacíamos unos a otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando, y el de don Fernando llamaba *Centelles* al de don Antonio, y a mí me llamaban *Silva*. Poco a poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos, ni más ni menos como lo habían hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo, no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo. «Amigo Silva—me dijo uno de los menos tartamudos—, espero que haremos de ti algo bueno. Veo que tienes fondo e ingenio, pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda; no te atreves a hacerlo por temor de decir algún despropósito. Con todo eso, ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos e ingeniosos sólo porque se arriesgan a decir cuanto se

les viene a la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una doble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos se te escape algún dicho agudo, se olvidarán las otras necedades y sólo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose concepto superior de tu singular mérito. Esto y no más hacen nuestros amos, y esto y no más debe hacer todo aquel que aspire a la reputación de hombre de ingenio y chistoso.»

Sobre que yo no aspiraba a otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debía despreciarle. Comencé a probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que había bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir que desde luego comencé a hablar a diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil extravagancias algunas agudezas que me granjearon grandes aplausos. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería para que me ocurriese algún conceptillo, y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

«Ahora bien—me dijo el que me había dado la importantísima lección—: ¿no conoces tú mismo que ya empiezas a civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía y ya eres un hombre muy diferente del que eras; cada día irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir a caballeros y personas de distinción. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se experimenta sirviendo a clase baja ni aun a la de mediana condición.» «Sin duda—le respondí—; y, por tanto, de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios a la nobleza.» «¡Bravo! ¡Bravo!—exclamó el criado de don Fernando, que estaba ya alumbrado—. ¡No es dado a la gente baja el tener pensamientos

altos ni talentos superiores como nosotros! ¡Ea, señores—añadió—, alto todos, y hagamos juramento, por la laguna Estigia, de nunca servir a esa gentecilla de media braga!» Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar; celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en la otra hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados a la mesa hasta que plugo a nuestros amos retirarse, que fué a media noche, lo que a mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano fué por ir a ver a una elegante mala cabeza que vivía en el barrio de Palacio y tenía su casa abierta día y noche a toda la gente del bronce. Era una mujer de treinta y cinco a cuarenta años, linda en extremo, todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar que, según decía, vendía más caros los rebuscos de su belleza que había vendido las primicias. Vivían en la misma casa otras dos o tres damas de la misma laya, que no contribuían poco al concurso de señores que en ella se veían. Poníanse a jugar después de comer, cenaban allí y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertían con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin, nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró a descansar.

Mi amo se levantó a mediodía, como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle y entramos en casa de don Antonio Centelles, donde encontramos a un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años y disoluto de profesión. Todos los mozuelos que querían ser elegantes se ponían en sus manos y acudían a su escuela. Formábalos a su gusto,

enseñándolos a lucir en el gran mundo y a malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta lección, porque ya se había comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centelles a mi amo: «A fe, don Matías, que no podías haber llegado a mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme a casa de un particular que ha convidado hoy a comer al marqués de Zenete y a don Juan de Moncada, y yo quiero que tú seas del convite.» «Pero ¿cómo se llama ese tal?», preguntó don Matías. «Se llama Gregorio Noriega—respondió don Alvaro—, y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido a negociar en pedrería a los países extranjeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso a comer y gastar todo su dinero haciendo el elegante y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, a pesar de la naturaleza, que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago a mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal está ya medio consumido.» «Eso es lo que yo no dudo—interrumpió Centelles—, y espero verle presto en el hospital. ¡Vamos, don Matías, conozcamos a ese hombre y ayudémosle a que acabe de arruinarse!» «Vengo en ello—dijo mi amo—, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrearse y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista a quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes obligaron a vender su misma casa.» «¡Oh!—replicó don Antonio—. Ese tal no merece le tengan lástima, porque no es menos necio ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.»

Partieron, pues, mi amo, Centelles y don Alvaro a casa de Gregorio

Noriega. Mojicón, criado de Centelles, y yo fuimos también tras de ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica y ambos también muy contentos de cooperar por nuestra parte a la destrucción de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina que anunciaba al olfato el recreo que tendría luego el paladar. Acababan de llegar el marqués de Zenete y don Juan de Moncada. Dejóse ver después el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, o, por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesión empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenía. «Señores—dijo don Alvaro después de los primeros cumplimientos—, éste es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento a ustedes como uno de los más cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas y es un joven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica más alta y sutil hasta la más pura y delicada ortografía.» «¡Oh, señor, eso ya es demasiado!—interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia—. Yo sí, señor don Alvaro, que podía decírselo a usted, porque usted sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*.» «Por cierto—replicó don Alvaro—, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará un gran ruido en el mundo.» «Yo—dijo don Antonio—lo que admiro en él, aun más que su ortografía, es el acierto en la elección de las personas con

quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, sólo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicación le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.»

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio, y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocía el pobre bobo; antes bien, todo lo convertía en substancia, tomando al pie de la letra cuanto le decían, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo que le hacían mucho favor, siendo así que se mofaban de él. En fin, fué el hazmerreír mientras la comida, y aun todo el resto del día y de la noche, porque toda la pasaron los señores míos en aquella diversión. Nosotros bebimos a discreción, ni más ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.

* * *

# Capítulo V

Vese Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Después de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me había dado Meléndez, fuí, mientras despertaba el amo, a hacer la corte al mayordomo, a cuya vanidad me pareció halagar el cuidado que yo ponía en rendirle mis obsequios. Recibióme con mucho agrado y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacían los señores. Respondíle que, aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme a ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que antes era, pasé de repente a ser vivaracho, atolondrado y zumbón. Dióme la enhorabuena de mi transformación el criado de don Antonio y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un joven completo, que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda y que él tenía la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distinción. Creí que mentía aquel bellaco, y le dije: «Amigo Mojicón, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no alcanzo cómo han podido prendarse

de un hombre de tu condición dos señoras distinguidas en cuya casa no estás.» «¡Gran dificultad, por cierto!—respondió Mojicón—. Ellas ni aun siquiera saben quién yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte: Vestíme de señor, imité bien los modales de tal y fuíme al paseo. Hice gestos y cortesías a todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió a mis expresivas muecas. Seguíla y logró también hablarle. Tomé el nombre de don Antonio Centelles, pedí una cita, hice algunos esguinces, insté, convino al fin en ello, etcétera. Hijo mío, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.»

Era mucha la gana que yo tenía de hacerme hombre ilustre para que dejase de poner en práctica este consejo, y más cuando tampoco sentía en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guardarropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete y llevéle a casa de cierto barberillo amigo mío, donde podía disfrazarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y cuando nos pareció que ya no cabía más, me encaminé hacia el prado de San Jerónimo, de donde estaba bien persuadido a que no volvería sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan lejos para hallar una de las más brillantes.

Al atravesar una calle excusada, vi salir de una casa pequeña y entrar en un coche que estaba a la puerta una señora ricamente vestida y muy hermosa. Paréme a mirarla y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me había disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecía mi atención más de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el

velo y descubrió un momento la cara más linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparición. «¡Oh qué hermosura!—me decía yo a mí mismo—. ¡Cáspita! ¡No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme! ¡Si las dos señoras que aman a Mojicón son tan hermosas como ésta, digo que es el ganapán más dichoso de todos los ganapanes! Estaría yo loco con mi suerte si mereciese servir a una dama como ésta.» Mientras hacía estas reflexiones, volví casualmente los ojos hacia la casa de donde había visto salir a aquella linda persona, y vi asomada a la reja de un cuarto bajo a una vieja que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando a la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré a la venerable y disimulada vieja, que, teniéndome cuando menos por algún marqués, me saludó con mucho respeto y me dijo: «Sin duda, señor, que vuestra señoría habrá formado mal juicio de una mujer que, sin tener el honor de conocerle, le ha hecho señal para que entrase en su casa; pero juzgará más favorablemente de mí cuando sepa que no lo hago así con todos y que vuestra señoría me parece algún señor de la corte.» «No se engaña usted, amiga—le interrumpí, avanzando la pierna derecha y ladeando un poco el cuerpo sobre el costado izquierdo—. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España.» «Bien se conoce—prosiguió la vieja—, y a cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo a las personas de circunstancias, y éste es mi flaco. Habiendo observado desde mi reja que vuestra señoría miraba con mucha atención a aquella señora que acababa de salir de aquí, me atrevo a suplicarle me diga con toda confianza si le ha gustado.» «Me ha gustado tanto—le respondí—, que a fe de caballero os aseguro no he visto en mi

vida criatura más salada. Así, pues, madre mía, haced que ella y yo nos veamos a solas, y contad con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los grandes señores nunca pagamos mal.»

«Ya he dicho a vuestra señoría—replicó la vieja—que toda yo estoy dedicada a servir a personas de distinción y que mi mayor gusto es poderles ser útil en alguna cosa. Por ejemplo, yo recibo en mi casa ciertas mujeres a quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas no les permite admitir en la suya cortejantes y les ofrezco la mía para que puedan conciliar en ella su inclinación con la decencia exterior.» «¡Bellamente!—le respondí—. Y es muy verosímil que usted acabe de hacer este servicio a esa dama de quien estamos hablando.» «No por cierto—repuso ella—; ésa es una señora viuda y moza que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en vuestra señoría lo que busca, aunque sea un señor, a lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres a cual más galán y airoso, y, sin embargo, ninguno le ha contentado, despidiéndolos a todos con desdén.» «¡Oh, madre!—exclamé yo con cierto aire de confianza—. ¡Eso a mí no me acobarda! ¡Disponed que yo le hable y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella! Tengo deseo de verme a solas con una hermosura esquiva, porque hasta ahora ninguna he tropezado de esa especie.» «Pues bien—repuso la vieja—, venga vuestra señoría mañana a esta misma hora y satisfará ese deseo.» «No faltaré—respondí—, y veremos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.»

Volví a casa del barberillo, sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. El siguiente día, después de haberme vestido a lo señor, fuí a casa de la vieja una hora antes de la que ella me

había señalado. «Señor—me dijo—, vuestra señoría ha venido muy puntual, a lo que le estoy verdaderamente agradecida, aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto a nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de vuestra señoría. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor a vuestra señoría, que no puedo menos de decirle que ha quedado muy prendada de su persona y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudita es un bocado muy apetitoso. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella.» Sin duda que la buena vieja quería hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroína en llegar a casa de la vieja, en coche de alquiler como el día anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala salí al encuentro, dando principio a mi papel por cinco o seis profundas cortesías a lo elegante, acompañadas de garbosas contorsiones. Acercándome después a ella con mucha familiaridad, le dije: «Reina mía, aquí tiene usted a sus pies, en este caballerito mozo, una de las más difíciles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ver esos bellos ojos, astros del más hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginación el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba a poseer mi corazón.» «Sin duda—respondió ella quitándose el velo—que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado a la variedad y a la mudanza, siendo tan dificultoso de fijar como el azogue o el espíritu volátil.» «Reina mía—le repliqué—, si a usted le place, dejemos a un lado

lo futuro y pensemos sólo en lo presente. Usted es bella; yo la amo. Embarquémonos sin reflexión como lo hacen los marineros; no miremos a los peligros de la navegación; pongamos solamente los ojos en los placeres que la acompañan.»

Diciendo esto, me arrojé precipitadamente a los pies de mi ninfa y, para imitar mejor a los elegantes, le supliqué y aun importuné de un modo urgente que me hiciese feliz. Parecióme algún tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de acceder a ellas, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: «Deténgase vuestra señoría, que me parece un poco atrevido y me temo que sea aún más libertino.» «¡Qué, señorita!—exclamé yo—. ¿Será posible que usted aborrezca a un hombre a quien aman las mujeres de la primera tijera? ¡Solamente a las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas!» «¡Eso ya es demasiado!—repuso ella—. ¡Ya no puedo más, y así, me rindo a razón tan poderosa! Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos; es preciso que una pobre mujer ande la mitad del camino. ¡Vuestra es ya la victoria!—añadió, aparentando una especie de vergüenza, como si padeciera mucho su pudor en aquella confesión—. Vos, señor, me habéis inspirado afectos que jamás he sentido por nadie. Sólo me falta saber quién es vuestra señoría para determinarme a escogerle por amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso, no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada a su persona, no acabo de resolverme a hacer único dueño de mi amor y mi ternura a un desconocido.»

Acordéme entonces del ingenioso modo con que el criado de don Antonio había salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, a ejemplo

suyo, ser tenido por mi amo, dije a mi viuda: «No tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habéis oído hablar alguna vez de don Matías de Silva?» «Sí, señor—respondió ella—, y aun diré también que en cierta ocasión le vi en casa de una amiga mía.» Turbóme un poco, a pesar de mi descaro, esta inesperada respuesta; pero serenándome al punto y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: «Me alegro, ángel mío, de que conozcáis a un caballero... a quien... también conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tío de mi padre, y así, somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo don César y soy hijo único del ilustre don Fernando de Ribera, que murió quince años ha en una batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una acción endiabladamente viva, y os haría una exacta y menuda relación de ella; pero sería malograr los momentos preciosos que el amor quiere que yo emplee en cosas de mayor gusto.»

Después de esta conversación, me mostré más vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino a parar en nada. Los favores que mi apasionada deidad me concedió sólo sirvieron para hacerme suspirar por los que me negó. La cruel volvió a meterse en su coche, que la estaba esperando a la puerta. Yo, con todo eso, no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. «Si no he podido hasta ahora lograr—me decía yo a mí mismo—mas que favores a medias, sin duda es porque, siendo mi princesa una dama tan distinguida, le pareció que no podía ni debía rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha; pero ésta sólo

se diferirá por algunos días.» Verdad es que, por otra parte, se me ofrecía también que quizá podía ser una de las chuscas más ladinas y refinadas. Con todo eso, me inclinaba más a mirar la cosa por la mejor parte que por la peor, y así, me mantuve firme en el buen concepto que había formado de la dama. Habíamos quedado de acuerdo, cuando nos despedimos, en que nos volveríamos a ver el día siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me recreaba yo en pensar que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué a casa del barbero. Mudé de vestido y fuí en busca de mi amo, que sabía estaba en cierta casa de juego. Halléle, con efecto, jugando, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos jugadores serenos que se enriquecen o arruinan sin mudar de semblante. Mi amo era burlón, y aun insolente, cuando le daba bien; pero si perdía no había quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome: «Toma, Gil Blas, que quiero que entres a la parte en mi ganancia. Vete a divertir con tus amigos, y a media noche irás a buscarme a casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de don Alejo Seguier.» Diciendo esto, entróse en el teatro, y yo me quedé discurriendo en qué gastar mi ducado según la intención del donador; pero tardé poco en resolverme. Presentóse en aquel punto Clarín, criado de don Alejo, y llevéle conmigo a la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos a casa de Arsenia, donde Clarín debía también hallarse, habiéndosele dado la misma orden que a mí. Abriónos la puerta un lacayuelo y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia y la otra de Florimunda, riéndose ambas a carcajada

tendida, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salían de cenar bien no podía desagradar a aquellas damiselas, que acababan también de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. ¡Pero cuál fué mi admiración cuando en una de aquellas criadas reconocí a mi viudita, a mi adorable viuda, que yo había tenido por una marquesa o condesa! Ella también me pareció no menos sorprendida de ver a su querido don César de Ribera convertido de elegante en lacayo. Sin embargo, nos miramos uno a otro sin turbarnos, y aun nos dió a entrambos tal tentación de risa, que no pudimos reprimirla; después de lo cual, Laura—que éste era el nombre de mi princesa—, retirándome aparte mientras Clarín hablaba con la compañera, me alargó con gracia la mano, diciéndome en voz baja: «¡Tóquela usted, señor don César! Dejémonos de quejas y, en vez de ellas, hagámonos amistosos cumplimientos. Usted hizo su papel a las mil maravillas y yo no representé desgraciadamente el mío. ¿Qué le parece del lance? ¡Vaya, confiese usted que me tuvo por una de aquellas damas que a veces se divierten en imitar a las que hacen por oficio lo que ellas por burla!» «Es verdad—le respondí—; pero, reina mía, seas lo que fueres, sábete que, aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño y permite que acabe el ayuda de cámara de don Matías lo que tan felizmente comenzó don César de Ribera.» «¡Quita allá!—repuso ella—. Ten por cierto que te amo más en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mujeres; ésta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No

necesitamos ya de la vieja para nada; puedes venir aquí con libertad, porque nosotras, las damas de teatro, vivimos sin sujeción, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no a todos parece bien; pero el público se ríe, y nuestro oficio, como tú sabes, es sólo divertirle.»

No pasó la conversación más adelante porque no estábamos solos. Hízose general; fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entender. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, superó a todos, mostrando más ingenio y más agudeza que virtud. Por otra parte, nuestros amos y las comediantas reían arriba tan descompuestamente, que se conocía no ser su conversación más seria ni más circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, creo que se habría compuesto un libro muy instructivo para la juventud. Mientras tanto, llegó la hora de retirarse cada uno a su casa; quiero decir que ya había amanecido, y fué preciso separarnos. Clarín siguió a don Alejo y yo me retiré con don Matías.

* * *

# Capítulo VI

De la conversación de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del teatro del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de don Alejo Seguier, en que decía le quedaba esperando en su casa. Pasamos a ella y encontramos allí al marqués de Zenete y a otro caballerito de buena traza, a quien yo nunca había visto. «Don Matías—dijo Seguier a mi amo presentándole el tal caballerito—, este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó a Madrid y mañana se restituye a Lisboa. No nos concede mas que este día para gozar de su compañía y conversación. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle más grato y divertido, necesito de ti y del marqués de Zenete.» Al oír esto mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decía don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguier, y después de comer se pusieron a jugar, para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron

todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada *La reina de Cartago*. Acabada la representación, volvieron juntos a cenar donde habían comido, y toda la conversación se la llevó la tragedia que acababan de oír y los actores que la representaron. «En cuanto al drama—dijo don Matías—, hago poco aprecio de él, porque encuentro a Eneas más frío e insulso que en la *Eneida*; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir.» «Señores—respondió aquel caballero sonriéndose—, veo a ustedes tan pagados de sus actores y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo a confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones.» «¡Bien dicho—interrumpió burlándose don Alejo—, porque aquí sería mal recibida la vuestra! Haces bien en respetar las actrices a presencia de los panegiristas de su reputación. Nosotros vivimos y bebemos todos los días con ellas, somos defensores del primor con que representan, y si fuere menester daremos testimonio de ello.» «No lo dudo—interrumpió el pariente—, y también pudieran ustedes darlo de su vida y costumbres, según la familiaridad con que me parece las tratan.» «¡Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa!», dijo entonces zumbándose el marqués de Zenete. «Sí, ciertamente—respondió don Pompeyo—, valen algo más que las de Madrid; por lo menos hay algunas en quienes no se nota el más mínimo defecto.» «Esas tales—replicó el marqués—pueden contar con vuestras certificaciones.» «Yo—repuso don Pompeyo—no tengo trato alguno con ellas ni concurro a sus reuniones, y así puedo juzgar de su mérito sin preocupación ni parcialidad. Pero, de buena fe—prosiguió—, ¿estáis verdaderamente

persuadidos de que en vuestro teatro tenéis una compañía excelente?» «¡No, pardiez!—respondió el marqués—. Yo solamente defiendo un número muy corto de los actores y echo a un lado a todos los demás. Pero no me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido. ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la majestad y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habéis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba o que se exhala cuando llega a lo más delicado y patético de la declamación.» «Convengo—respondió don Pompeyo—en que sabe conmover y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos o tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: si quiere expresar un afecto de admiración o de sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la majestuosa gravedad de una princesa. Añádase a esto que con engrosar la voz, que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso, en más de un lugar de la tragedia hacía ciertas pausas que alteraban u ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendía bien aquello mismo que decía. Sin embargo, quiero más bien suponer que estaba distraída que acusarla de falta de inteligencia.» «A lo que veo—dijo don Matías al censor—, vos no os atreveríais a componer versos en alabanza de nuestras cómicas.» «¡No digáis eso!—respondió don Pompeyo—. Antes bien, descubro en ellas un gran talento a través de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el

entremés. ¡Qué naturalidad la suya! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algún chiste, le sazona con cierta risita taimada llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársele de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza y que pasa los límites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo sólo quisiera que se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces, en medio de una escena y en pasaje serio, interrumpe de improviso la acción por dejarse llevar de una loca gana de reír que le da. Diráseme, acaso, que entonces es precisamente cuando más la aplauden los del patio. ¡Grande aprobación, por cierto!» «¿Y qué nos dice usted de los comediantes?—interrumpió el marqués—. Sin duda que contra éstos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado a las comediantas.» «No es así—respondió don Pompeyo—. Vi algunos actores jóvenes que prometen mucho; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal.» «Si ésos le contentaron a usted tanto—dijo Seguier—, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció a usted un gran comediante, un actor original?» «Y aun demasiado original—respondió el censor—, porque tiene tonos que son privativos suyos. Por señas, que son bien agudos y bien descompasados; tanto, que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace también gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtióme mucho, con especialidad en aquel pasaje en que explica a su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar a su princesa. No es fácil expresar un dolor más cómicamente.» «¡Poco a poco, primo!—replicó don Alejo—.

¡Al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal! ¿Sabes que el actor de que se trata es un hombre singular? ¿No oíste las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas.» «Nada prueban—replicó don Pompeyo—esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razón, y por lo común aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la cuente: Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado; cubrióse la cabeza con la capa; agachóse, y comenzó a remedar el gruñido de un cochinillo, con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero. Comenzaron todos a gritar que se quitase la capa; hízolo así, y viendo que no tenía cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiración, gritó pidiendo silencio, y dijo: «Señores, sin razón se admiran ustedes de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfección como a ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él; y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir a este sitio mañana a la misma hora.» El pueblo, preocupado ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente, aún en mucho mayor número que el anterior, más para silbar

al paisano que por divertirse en ver lo que había prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón y fué más aplaudido que lo había sido nunca. Siguióse después el labrador; agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja a un marranito que llevaba escondido debajo del brazo, y el animalito empezó a dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño; antes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio, «¡Señores—dijo con mucha socarronería—, ustedes no me han silbado a mí, sino al marrano! ¡Miren ahora qué buenos jueces son!» «Primo—dijo don Alejo—, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, a pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto—prosiguió—, porque éste ya me empalaga. ¿Conque tú estás resuelto a marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendría yo en disfrutar por más tiempo de tu amable compañía?» «También quisiera yo—respondió su pariente—gozar más despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dije que vine a la corte a cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver a verle y un momento después me es preciso partir en posta para restituirme a Lisboa.» «Cátate un portugués hecho y derecho—replicó Seguier—; y según todas las señas, nunca vendrás a establecerte en Madrid.» «Creo que no—respondió don Pompeyo—. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal y estoy bien hallado en su Corte. Pero ¿creerás tú que, no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios?» «¿Cómo así?—le replicó don Alejo—. ¡Cuéntanoslo, por tu vida!» «Con mucho gusto—respondió don Pompeyo—; y al mismo tiempo os contaré también

la historia de mis sucesos.»

* * *

# Capítulo VII

Historia de don Pompeyo de Castro.

«Ya sabe don Alejo—prosiguió don Pompeyo—que desde mis más tiernos años me incliné a las armas; y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir a Portugal. De allí pasé a Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precisión de distinguirme con hazañas que mereciesen la atención del general. Hice mi deber, de modo que el duque me adelantó y me puso en paraje de continuar en el servicio con honor. Después de una larga guerra, cuyo fin no ignoran ustedes, me dediqué a seguir la Corte, y Su Majestad, por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pensión considerable. Agradecido a la generosidad del monarca, no perdí ocasión de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia a aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me granjeé insensiblemente su estimación y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

»Un día que me distinguí en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió a ella, toda la Corte aplaudió mi valor y mi destreza, y cuando volví a casa, colmado de aclamaciones, me hallé con un billete en

que se me decía que cierta dama, cuya conquista me debía lisonjear más que toda la gloria granjeada en aquel día, deseaba hablarme, y que para esto, a la entrada de la noche, concurriese a cierto sitio que se me señalaba. Dióme más gusto este papel que todas las alabanzas que había recibido, no dudando que fuese una dama de la primera distinción la que me escribía. Fácilmente creerán ustedes que no me descuidé y que apenas anocheció fuí volando al paraje que se me había indicado. Esperábame en él una vieja para servirme de guía, y me introdujo por una portezuela en el jardín de una gran casa, donde me condujo a un rico gabinete, en que me dejó encerrado, diciéndome: «Sírvase vuestra señoría de esperar aquí mientras aviso a mi ama.» Vi mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bujías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo había formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuía a ratificarme en que no podía menos de ser aquélla una persona de la más alta calidad, mucho más me confirmé en mi opinión cuando ella se dejó ver, con un aire verdaderamente noble y majestuoso. Sin embargo, no era lo que yo había pensado.

«Caballero—me dijo—a vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, sería inútil querer ocultaros los tiernos afectos que habéis excitado en mi corazón. No penséis que éstos me los inspiró el gran mérito que habéis mostrado hoy a vista de toda la Corte, no por cierto; este mérito no hizo mas que precipitar su manifestación. Os he visto más de una vez, me he informado de quién sois y el elogio que me han hecho me ha determinado a seguir mi inclinación. Pero no os lisonjeéis—prosiguió ella—creyendo que habéis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un simple oficial de guardias del rey; lo único que

puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El duque de Almeida me ama y hace cuanto puede para ser correspondido, pero no lo consigue y sólo admito sus obsequios por vanidad.

»Aunque estas palabras me dieron a entender que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dejé de mostrarme agradecido a mi estrella por este encuentro. Doña Hortensia—que así se llamaba—estaba en la flor de su juventud y su extremada hermosura me encantaba. Fuera de esto, me ofrecía ser dueño de un corazón que se negaba a las pretensiones de un duque. ¡Gran triunfo para un caballero español! Arrojéme a los pies de Hortensia para rendirle gracias por sus favores. Díjele cuanto podía decirle un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que le aseguré de mi fidelidad y gratitud. Separámonos, quedando ambos los mayores amigos del mundo, después de haber convenido en vernos todas las noches que no pudiese venir a su casa el duque, tomando ella a su cargo avisarme muy puntualmente. Así lo hizo, y yo vine a ser el Adonis de aquella nueva Venus.

»Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase a noticia de mi competidor, no dejó de saber éste todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta, y aquel señor, naturalmente generoso, pero altivo, celoso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La ira y los celos le turbaron la razón, y, siguiendo sólo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mí de un modo infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me

esperó a la puerta falsa del jardín, en compañía de sus criados, armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se arrojasen a mí aquellos canallas y les mandó que me matasen a palos. «¡Dadle fuerte!—les decía—. ¡Muera a garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero castigar su insolencia.» Apenas dijo estas palabras, cuando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos, que me dejaron tendido en tierra, sin sentido. Retiráronse después con su amo, para quien aquella cruel escena había sido el más divertido espectáculo. Permanecí el resto de la noche en el estado en que me dejaron, hasta que al romper el día pasaron junto a mí algunas personas que, observando que todavía respiraba, tuvieron la caridad de llevarme a casa de un cirujano. Por fortuna, se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve también la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en dos meses. Al cabo de este tiempo volví a presentarme en la Corte, donde proseguí en el mismo método que antes, pero sin volver a entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque a este solo precio le había perdonado el duque su infidelidad.

»Como todos sabían mi aventura y ninguno me tenía por cobarde se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creían que, a pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenía y me obligaba a tragarme el ultraje; y otros, con mayor fundamento, no se fiaban en mi silencio y miraban como una calma engañosa la sosegada situación que aparentaba. El rey pensó, como éstos, que yo no era hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfacción de él y que no dejaría de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para averiguar si había adivinado mi

pensamiento, me hizo entrar un día en su gabinete y me dijo: «Don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas.» «Señor—le respondí—, ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque me acometieron de noche unos desconocidos; fué una desgracia de la que es forzoso consolarme.» «¡No, no!—replicó el rey—. ¡No pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera! Estoy informado de todo: el duque de Almeida fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien a lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has hecho ánimo de vengarte, y quiero decisivamente que me confieses la determinación que has tomado, y no temas que llegue jamás el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.» «Pues ya que vuestra majestad lo manda—respondí—, no puedo menos de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, sólo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo es responsable de su honor a su linaje y a su mismo nacimiento. Vuestra majestad sabe muy bien la injuria que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al duque de un modo que corresponda a la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho o le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España si pudiere. Tal es, señor, mi intención.» «A la verdad—repuso el rey—, me parece violenta; pero no por eso me atreveré a condenarla, considerada la cruel afrenta que te hizo el duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto; pero suspéndelo por un poco; no lo pongas en ejecución tan presto; dame tiempo para pensar y encontrar algún medio que os esté bien a los dos.» «¡Ah, señor!—exclamé yo, no sin alguna conmoción—. ¿Pues a qué fin me obligó vuestra majestad a descubrirle mi secreto? ¿Qué medio

puede jamás...?» «Si no encuentro alguno que te deje satisfecho—interrumpió el rey—, podrás ejecutar entonces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.»

»Andaba yo discurriendo qué medios podía buscar el rey para componer amigablemente este negocio, y he aquí cómo lo dispuso. Habló a solas a mi enemigo y le dijo: «Duque, tú has ofendido a don Pompeyo de Castro y no ignoras que es un caballero ilustre a quien yo estimo y que me ha servido bien. Es preciso que le des satisfacción.» «Señor—respondió el duque—, no se la negaré. Si está quejoso de mi proceder, pronto estoy a darle satisfacción con las armas.» «Es muy diferente la que debes dar—replicó el rey—. Un español noble conoce muy bien las leyes del pundonor para querer medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la bajeza de una acción tan villana sino presentando tú mismo un palo a tu enemigo y ofreciéndote a que él te apalee por su mano.» «¡Santo cielo!—exclamó mi enemigo—. Pues qué, señor, ¿quiere vuestra majestad que un hombre de mi clase se degrade y humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos?» «No llegará ese caso—respondió el rey—. Yo obligaré a don Pompeyo a darme palabra de que no te tocará; sólo exijo que le pidas perdón de tu violencia, presentándole el palo.» «Señor—replicó el duque—, eso es pedirme demasiado y prefiero el quedar expuesto a las ocultas asechanzas de su enojo.» «Aprecio tu vida—repuso el monarca—, y quisiera que este asunto no tuviera funestas resultas. Para terminarlo con menos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfacción, que te mando des al español.»

»Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que el duque se sujetase a un paso tan humillante, pero al fin lo logró. Envióme después a llamar y contóme la conversación que había tenido con mi enemigo, preguntándome al mismo tiempo si me contentaría yo con la satisfacción en que ambos habían convenido. Respondíle que sí y di palabra de que, lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomaría en la mano el palo que me presentase. Dispuestas así las cosas, concurrimos el duque y yo al cuarto del rey cierto día y a cierta hora, y su majestad se cerró con nosotros en su gabinete. «¡Ea—dijo al primero—, conoced vuestra falta y mereced el perdón!» Dióme entonces sus disculpas mi contrario y presentóme el bastón que tenía en la mano. «Tomad, don Pompeyo, ese bastón—me dijo el rey—y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que disteis de no maltratar al duque.» «No, señor—respondí—; basta que se haya sujetado a ser apaleado por mí. Un español ofendido no pide mayor satisfacción.» «Pues bien—repuso el rey—, ya que los dos os dais por satisfechos, podréis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, según el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo.» «¡Eso es lo que yo deseo vivamente—dijo el duque con voz alterada y descompuesta—, porque sólo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar!»

»Dichas estas palabras, se retiró, colérico y abochornado, y dos horas después me envió a decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá y le encontré dispuesto a reñir en forma. Tenía unos cuarenta y cinco años y no le faltaba destreza ni valor, pudiéndose decir con verdad que era igual el partido. «Venid, don Pompeyo—me dijo—, y terminemos de una

vez nuestras contiendas. Uno y otro debemos estar airados; vos, por el modo con que os traté, y yo por haberos pedido perdón.» Diciendo esto, echó precipitadamente mano a la espada, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos o tres estocadas con la mayor presteza, pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle después y conocí que reñía con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer; y no sé lo que hubiera sido de mí a no haber tropezado él y caído de espaldas cuando se defendía retirándose. Detúveme así que le vi en tierra y le dije se levantase. «¿Por qué razón me perdonáis?—me preguntó—. Me ofende mucho esa piadosa generosidad.» «También quedaría muy obscurecida mi gloria—le respondí yo—si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia. Levantaos, vuelvo a decir, y prosigamos nuestro duelo.» «¡No, don Pompeyo!—me dijo mientras se iba levantando—. ¡A vista de un rasgo tan noble, no me permite mi honor empuñar la espada contra vos! ¿Qué diría el mundo de mí si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? ¡Tendríame por un ruin cobarde si quitaba la vida a quien pudo darme la muerte! No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; antes bien, mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazón. Don Pompeyo—continuó—, cesemos ya de aborrecernos. ¡Poco dije! ¡Seamos amigos!» «¡Ah, señor—exclamó yo—, y con qué placer acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba más positiva de ella, os prometo no poner más los pies en casa de doña Hortensia, aun cuando ella lo deseara.» «No admito la promesa—dijo él—; antes bien, quiero cederos esta señora. Es más razón que yo os la deje, puesto que su inclinación a vos es natural en ella.» «¡No, no!—le interrumpí—. Vos la

amáis, y los favores que me hiciese podrían inquietaros; y así, quiero sacrificarla a vuestra paz y quietud.» «¡Oh, insigne español, lleno todo de nobleza y generosidad!—exclamó arrebatado el duque—. Me encanta vuestro modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos siento al oírlo! ¡Con qué dolor y con cuánta vergüenza se me presenta a la memoria el ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfacción que os di en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo más público, y para borrar enteramente la infamia, os ofrezco una sobrina mía, de cuya mano puedo disponer; es una heredera rica, que aun no ha cumplido quince años, y todavía más hermosa que joven.»

»Di al duque todas aquellas gracias que me podía inspirar el honor de enlazarme con su familia, y pocos días después me casé con su sobrina. Toda la Corte se congratuló con aquel personaje por haber labrado la fortuna de un caballero a quien había cubierto de ignominia. Desde entonces acá, señores míos, vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama y yo la amo. Su tío me da cada día nuevas pruebas de amistad y puedo preciarme de que merezco un buen concepto al rey; y prueba de su estimación es la importancia del negocio que de su orden me ha traído a Madrid.»

* * *

# Capítulo VIII

Por qué accidente se ve precisado Gil Blas a buscar nuevo acomodo.

Esta fué la historia que contó don Pompeyo y que oímos el criado de don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicímoslo así, pero nos quedamos a la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oír todo lo que dijo, sin perder una sola palabra. Prosiguieron después bebiendo aquellos señores y se separaron antes del día, porque como don Pompeyo había de hablar por la mañana al ministro, era razón que le diesen tiempo de reposar algún tanto. El marqués de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros, por esta vez, nos acostamos al amanecer, y al día siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo. «Gil Blas—me dijo—, toma papel, tinta y pluma para escribir dos o tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario.» «¡Bravo!—dije entre mí—. ¡Esto se llama acrecentamiento de encargos! ¡Lacayo para ir detrás de mi amo a todas partes, ayuda de cámara para ayudarle a vestir y secretario para escribirle las cartas, dictándome su señoría! ¡El Cielo sea loado por todo! ¡Voy, como la triforme Hécate, a representar tres muy distintos personajes!» «Tú no

sabes—prosiguió mi amo—qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy a decírtelo; pero sé callado, porque te va la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar a su vanidad, para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un rato y seré más dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas sólo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú—añadió—procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.»

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer a don Matías, quien me dictó un billete en los términos siguientes: «Anoche faltaste a tu palabra y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah don Matías, no sé qué podrás decir para disculparte! Grande ha sido mi error, pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creía yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo, debían ceder al gusto de ver a *Doña Clara de Mendoza*.» Después de este billete me hizo escribir otro como de una dama que posponía a un gran señor por amor a su persona; y otro, en fin, en el cual otra dama le decía que, si estuviera segura de su discreción, harían juntos el viaje de Citerea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba a que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecía demasiadamente delicada, pero me respondió secamente que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiera. Vime precisado a callar y obedecerle. Acabóse de vestir,

ayudándole yo; metió los billetes en el bolsillo y salió de casa. Seguíle y fuimos a la de don Juan de Moncada, que tenía convidados aquel día a cinco o seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron a mantener divertida la conversación, unos con chistes y otros contando aventuras que ellos decían haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasión de hacer lucir los papeles amorosos que me había hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, a excepción de su secretario, todos los demás pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaban presentes a tan descarada lectura había uno que se llamaba don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el cual, en vez de celebrar como los demás las imaginarias fortunas, preguntó fríamente a mi amo si le había costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara. «Menos que nada—le respondió don Matías—, pues ella fué la que dió los primeros pasos. Vióme en el paseo, prendóse de mí, mandó que me siguiesen, supo quién era yo, escribióme y citóme para su casa a la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introdujéronme en su cuarto... Lo demás no permite mi prudencia que lo diga.»

Cuando don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relación, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. «Todos esos billetes—dijo a mi amo mirándole con semblante airado—son enteramente falsos, en particular el de doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentación hacéis. No hay en España señorita más recatada y honesta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas

personales y apenas ha podido conseguir de ella los más inocentes favores, siendo así que se puede lisonjear de que, si fuera capaz de conceder alguno, a ningún otro sino a él se los dispensaría.» «¿Y quién os dice lo contrario?—replicó mi amo en un tono burlón—. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta. Yo también soy muy honesto caballerito. Conque debéis creer que nada pasaría que no fuese honestísimo.» «¡Oh, eso ya pasa de raya!—interrumpió don Lope—. Dejémonos de chanzas. Vos sois un impostor y jamás doña Clara os dió cita para de noche. No puedo tolerar que manchéis su reputación. Tampoco a mí me permite ahora la prudencia deciros lo demás.» Y diciendo estas palabras miró con arrogancia a los concurrentes y se retiró con un aire que anunciaba las malas consecuencias que podría tener aquel negocio. Mi amo, que tenía bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de don Lope. «¡Gran tonto!—exclamó dando una carcajada—. ¡Los caballeros andantes sólo defendían la *sin par hermosura* de sus damas; pero éste quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece empeño todavía más extravagante!»

La retirada de Velasco, a la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atención en ello, prosiguieron alegrándose y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos a las cinco de la mañana. El sueño ya me rendía y había hecho ánimo de dormir bien, pero echaba la cuenta sin la huéspeda, o, por mejor decir, sin nuestro portero, el que una hora después me vino a despertar y a decirme que estaba a la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. «¡Ah, maldito portero!—dije bostezando, entre enfadado y dormido—. ¿No consideras que sólo ha una hora que me

acosté? Di a ese hombre que estoy durmiendo y que vuelva más tarde.» «Dice—respondió el portero—que tiene precisión de hablarte luego luego, porque es cosa urgente.» Levantéme a estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fuí a ver lo que me quería el mozo que me buscaba. «Amigo—le dije—, ¿qué negocio tan urgente es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana?» «Una carta—respondió—que tengo que entregar en mano propia al señor don Matías y es preciso la lea cuanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y así, te ruego que me lleves a su cuarto.» Persuadido de que debía de ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir a despertar a mi amo. «Perdone vuestra señoría—le dije—si le vengo a interrumpir el sueño; pero la importancia...» «¿Qué diantres me quieres?», dijo enfadado. «Señor—dijo entonces el mozo que me acompañaba—, es una carta de don Lope de Velasco que debo entregar a usía.» Incorporóse don Matías, tomó el billete, leyóle y dijo con mucho sosiego al criado de don Lope: «Hijo, yo nunca me levanto hasta mediodía aunque me conviden para la mejor diversión del mundo. ¡Mira ahora si me levantaré a las seis de la mañana para ir a reñir! Díle a tu amo que, como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él; dale esta respuesta.» Y diciendo esto volvióse a echar y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa, diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir a la curiosidad de ver en lo que paraba aquel negocio. Fuime tras de él a lo largo hasta el prado de San Jerónimo, donde vi a lo lejos a don Lope de Velasco, que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto

pudiese observar a los dos, y vi que se juntaron y que un momento después comenzaron a reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por don Lope, quien de una estocada pasó de parte a parte a mi amo, dejándole tendido en tierra y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado a don Matías; halléle sin sentido y casi muerto, espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar a llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, había yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento no dejé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvíme al punto a casa sin hablar palabra a nadie. Hice mi hatillo, en el que, por inadvertencia, metí también algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevó a casa del barbero, donde tenía guardado el vestido que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que había sucedido, siendo yo testigo de ella. Contéla a quien me la quiso oír, pero sobre todo fuí a contársela a Rodríguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó a todos los criados de don Matías, mandóles que le siguiesen y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos a don Matías, que aun respiraba; llevámosle a casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del señor don Matías de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.

* * *

# Capítulo IX

Del amo a quien Gil Blas fué a servir después de la muerte de don Matías de Silva.

Hecho el entierro de don Matías, fueron, pasados unos días, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba a contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con más gusto y mayor libertad que en casa de Meléndez. Como me hallaba con algún dinerillo, no me di prisa a buscar nueva conveniencia; por otra parte, me había hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba de servir a gente común y plebeya, y aun entre la noble quería examinar bien antes el empleo que me querían dar. Aun el mejor no me parecía sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien había servido a un caballero rico, mozo y elegante.

Esperando a que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué no podía emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme a obsequiar a la bella Laura, a quien no había visto desde el día en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver a vestirme a lo don César de Ribera. Sería una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel traje, y más cuando mi propio vestido era

bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí a casa de Arsenia, y encontré a Laura sola en la misma sala donde en otra ocasión le había hablado. Exclamó luego que me vió: «¿Qué milagro es éste? ¿Eres tú? ¡Paréceme que sueño, porque te creí muerto o que te habías perdido! Hace siete u ocho días que te dije podías venir a verme; mas, a lo que veo, no abusas de la libertad que te conceden las damas.»

Disculpéme con la muerte de mi amo y con las ocupaciones a que dió lugar, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenía siempre muy presente en el corazón y en la memoria a mi amada Laura. «Siendo así—me dijo ella—, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que también te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de don Matías, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Días ha que oí decir a mi ama que se alegraría de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa, para ser su mayordomo y llevase razón del dinero que se le entregara para el gasto de ésta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serías el más a propósito para este empleo.» «También me parece a mí—respondí yo—que le desempeñaría a las mil maravillas. He leído las *Economías de Aristóteles*, y, por lo que toca a llevar una cuenta, ése ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mía—añadí—, una sola dificultad me impide entrar a servir a Arsenia.» «¿Qué dificultad?», replicó Laura. «He jurado—repuse—no servir jamás a gente común, y lo peor es que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió a violar este juramento, mira tú cuánto deberá respetarle un pobre criado.» «¿A quién llamas tú gente común?—replicó Laura con

mucho despego—. ¿Por quiénes tienes tú a las comediantas? ¿Parécete que son por ahí algunas abogadillas o algunas procuradoras? ¡Sábete, amigo mío, que las comediantas son nobles y archinobles por los enlaces que contraen con los primeros personajes de la Corte!» «Siendo así—le dije—, cuenta conmigo, hija mía, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade ni me haga valer menos de lo que soy.» «¡No tengas miedo de eso!—repuso Laura—. Pasar de la casa de un elegante a la de una heroína de teatro es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distinción; el mismo aparato de cuarto, la misma mesa, y, en realidad, es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto—añadió—, si se consideran bien un marqués y un comediante, en el discurso de un día vienen casi a ser una misma cosa. Si el marqués, en las tres cuartas partes del día, es superior al comediante, el comediante, en la otra cuarta parte, supera mucho más al marqués, porque representa el papel de emperador o de rey. Esta, a mi ver, es una compensación de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la Corte.» «Así es, por cierto—respondí—; sin duda que estáis a nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí, y me has metido en gana de servir a un gremio tan distinguido y tan honrado.» «Me alegro—repuso ella—, y no tienes mas que volver de aquí a dos días. Me tomo este tiempo para ir preparando a mi ama a fin de que te reciba. Le hablaré en tu favor; puedo algo con ella y me persuado que lograré que entres en casa.»

Di las gracias a Laura por su buena voluntad, asegurándole quedaba sumamente reconocido a sus finezas, con expresiones tales que no podía dudar de mi agradecimiento. Siguió después una larga conversación entre

los dos, la que interrumpió un lacayo que vino a decir a mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos, y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendría la fortuna de pasarlo a pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado. «Ya te estaba esperando—me dijo Laura—, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte a mi señora.» Diciendo esto, me llevó a una habitación compuesta de cinco o seis piezas a cual más rica y más soberbiamente alhajada.

¡Qué lujo! ¡Qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna virreina, o, por mejor decir, creí estar viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquélla. Lo cierto es que había en ella lo más rico de todas las naciones; tanto, que se podía definir a aquella habitación, con mucha propiedad, «el templo de una diosa a cuyas aras ofrecía todo caminante lo más raro y precioso de su país». Vi a la deidad majestuosamente sentada en un almohadón de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque había engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño y ocupaba sus lindas manos en componer un primoroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro. «Señora—le dijo la criada—, éste es el mayordomo de que tengo hablado, y puedo asegurar a usted sería difícil encontrar otro que fuese más a propósito.» Miróme Arsenia con particular atención y tuve la dicha de gustarle. «¿Cómo así, Laura?—exclamó ella—. ¿Quién te dió noticia de tan bello mozo? ¡Ya estoy viendo que me irá muy bien con él!» Y volviéndose a mí: «Querido—me dijo—, tú eres el que yo buscaba y el que verdaderamente me acomoda. Sólo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves

bien.» Respondíle que haría cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir a buscar mi hatillo y volver a tomar posesión de la nueva casa.

* * *

# Capítulo X

Entra Gil Blas a servir de mayordomo en casa de Arsenia; informes que le da Laura de los comediantes.

Era poco más o menos la hora de la comedia cuando mi nueva ama me dijo la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el vestuario, y allí, quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico para presentarse en la escena. Así que empezó la representación, me llevó Laura a un sitio desde donde podíamos oír y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le había oído a don Pompeyo. Con todo eso, fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenía Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacía un retrato satírico de cada uno. «Este—decía—es un atolondrado; aquél, un insolente; aquella melindrosa que ves, cuyo aire es más descarado que gracioso, se llama Rosarda y fué muy mala adquisición para la compañía. ¡Más valdría que se marchara con la que se está formando de orden del virrey de Nueva España y va a salir

inmediatamente para América! Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando a su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuído con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podría haber erigido una que llegase al tercer cielo.» En fin, a cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¡Qué mala lengua! ¡Ni aun a su misma ama perdonó!

Sin embargo de esto—confieso mi flaqueza—, estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenía de bueno. De todos decía mal, con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir a ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente, se entretenía tras del teatro a recoger los requiebros y lisonjas que le decían los hombres. Una vez la seguí para observarla y vi que tenía muchos conocidos. Noté que tres comediantes, uno en pos de otro, la detuvieron para hablarle, y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé a experimentar lo que eran los celos. Volvíme a mi sitio tan pensativo y melancólico que Laura lo echó de ver luego que volvió. «¿Qué tienes, Gil Blas?—me preguntó admirada—. ¿Qué negro humor se apoderó de ti desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío que no sé a qué atribuirlo.» «Y lo peor es, reina mía, que es con sobrada razón—le respondí—. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar a mí más que a ti mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes...» Al oír esto, dijo ella, soltando una grandísima carcajada: «¡Vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre! Pues qué, ¿de tan poco te espantas?

¡Eso es una friolera! Y si estás algún tiempo con nosotros verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mío, que te vayas haciendo a nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías ni mucho menos se usan celos. En la nación cómica, los celosos se llaman ridículos, y así, apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tíos, primos, todos son la gente más bien avenida del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.»

Después de haberme exhortado a no sospechar mal de ninguno y a no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que había encontrado el camino de su corazón, y me aseguró que me amaría siempre y a nadie más. Después de una seguridad como ésta, de la cual podía yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofrecí no espantarme de nada; y, con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la vi hablar a solas, reír y divertirse con varios, sin dárseme un bledo. Acabada la comedia, volvimos a casa con nuestra ama, y poco después llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venían a cenar en compañía de las dos. Además de Laura y yo, había en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas, ayudándola el marmitón. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa y yo cuidé de cubrir el aparador con la más bella vajilla de plata y algunos vasos de oro, votos ofrecidos a la deidad de aquel templo. Adornéle también con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia y figurándose ellas mismas

que eran señoras de la primera distinción. Lejos de dar a los señores el tratamiento de *excelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenían la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado a hacer el papel de héroe, los trataba también sin cumplimiento, brindaba a su salud y hacía los honores de la mesa. «¡A fe—dije entre mí—que cuando Laura me dijo que un marqués y un comediante eran iguales parte del día, pudo añadir que aun lo eran mucho más por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella!»

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos, y algo más, mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacía ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo—que, a la verdad, tenía muchos atractivos para un mozo de mi edad—cuando se sirvieron los postres. Entonces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes y me retiré a cenar con Laura, que me estaba esperando. «Y bien, Gil Blas—me dijo—, ¿qué te parece de esos señores que has visto?» «Sin duda—le respondí—, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda.» «Te engañas—replicó ella—; son unos viejos voluptuosos que galantean a todas sin fijarse en ninguna. Se contentan sólo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, a Dios gracias; hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos y que sean para sí solos todos los gustos de la casa, porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinión que una mujer

de juicio debe huir de todo lo que huele a empeño particular. ¿A qué fin sujetarse a ninguno que la domine? Más vale ganar poco a poco alhajas, que comprarlas de una vez a costa de tan impertinente sujeción.»

Cuando Laura estaba de humor de parlar, lo que le acontecía casi de continuo, nada le costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: «Toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen a comer cinco o seis de mis compañeros y compañeras; procura regalarnos bien.» «Señora—le respondí—, con diez doblones me atrevo a dar una suntuosa comida aunque sea a toda la cuadrilla cómica.» «¿Qué es eso de cuadrilla?—repuso ella—. ¡Mira cómo hablas! No se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos o de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores o de poetas, ¡pero guárdate de volver a decir cuadrilla de comediantes! La nuestra es compañía, y, sobre, todo, los actores de Madrid merecen bien que a su cuerpo se le dé este nombre.» Pedí perdón a mi ama de haber usado de una expresión tan poco respetuosa, suplicándole disculpase mi ignorancia y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente diría compañía y jamás cuadrilla.

* * *

# Capítulo XI

Del modo como vivían entre sí los comediantes y cómo trataban a los autores de comedias.

Al día siguiente, muy de mañana, salí a campaña, para dar principio a mi empleo de mayordomo. Era vigilia, y por orden de mi ama compré buenos pollos, conejos, perdices y otras frioleras de semejante especie. Como los señores cómicos no están contentos de los ritos de la Iglesia, con respecto a ellos no observan con mucha puntualidad sus mandamientos. Llevé a casa más comida de la que bastaría para alimentar a doce personas honradas los tres días de Carnestolendas. La cocinera tuvo bien en qué divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de aderezar la comida, se levantó Arsenia de la cama y se sentó al tocador, donde estuvo hasta mediodía. Llegaron entonces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A éstos se siguieron dos comediantas, Constanza y Leonor; un momento después se dejó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenía toda la traza de un caballero majo: el cabello peinado a la última moda, un sombrero con un ala levantada y su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, ropilla bordada con flores de oro y medio desabrochada, por donde se descubría una finísima camisa guarnecida de

ricos encajes, guantes y pañuelo de Cambray delicadísimo, metidos en la guarnición o cazoleta de la espada, capa larga terciada sobre el hombro con mucho garbo y bizarría.

Con todo eso, aunque de tan buena traza y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. «Es imposible—decía yo entre mí—que no sea un hombre raro este sujeto.» No me engañé en mi concepto, porque era un ente singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia, fué precipitadamente a abrazar a todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalbete más atronado. Comenzó a hablar y me confirmé en mi opinión. Se recalcaba sobre cada sílaba y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando y haciendo con los ojos aquellos movimientos que a su parecer estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar a Laura quién era aquel caballero. «Disculpo tu curiosidad—me respondió prontamente—. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Carlos Alfonso de la Ventolería. Voy a pintártele al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante; dejó el teatro por antojo y se arrepintió después mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? Pues sábete que es teñido, ni más ni menos que sus cejas y bigotes. Es más viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres cuando nació se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre más pagado de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una completa ignorancia, y para hacerse sabio encontró después un cierto preceptor que

le enseñó a deletrear en griego y en latín. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que a fuerza de repetirlos se ha llegado a persuadir de que son suyos efectivamente. Hácelos venir a la conversación aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que luce su entendimiento a costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un gran actor, y lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le oigo declamar aquí, y, entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciación tan afectada y con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridículo a su declamación.»

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrión honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal de un aspecto más orgulloso en todos los días de mi vida. Quería hacer también el chistoso y discreto, sacando de su mollera dos o tres cuentos que nos encajó en tono grave y bien estudiado. Por otra parte, las comediantas y comediantes, que ciertamente no habían venido a callar, tampoco estuvieron mudos. Comenzaron a hablar de sus camaradas ausentes a la verdad de un modo poco caritativo; pero esto es menester perdonárselo tanto a los comediantes como a los autores. Acaloróse un poco la conversación a expensas del prójimo. «¿Habéis sabido, amigas—dijo Casimiro—, el nuevo pasaje de nuestro compañero Cesarino? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encajes, haciendo después que un paje se los llevase al ensayo como de parte de cierta condesa.» «¡Qué bribonada!—exclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y mofadora—. En mi tiempo se usaba más realidad. Ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que aun las damas de mayor distinción nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas, pues tenían el capricho de

ir ellas mismas en persona a comprar lo que nos regalaban.» «¡Pardiez—repuso Ricardo en el mismo tono—, que ese capricho aun no se les ha pasado! Y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando tocan a personas de su posición.» «Señores—interrumpió Florimunda—, suplico a ustedes dejen a un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe, y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oído que se le ha escapado aquel señor que gastaba tanto con ella.» «Es muy cierto—respondió Constanza—; y aun diré más: también acaba de perder un rico mayordomo, a quien sin remedio hubiera dejado sin camisa. Lo sé originalmente. Su mensajero hizo un *quid pro quo*, llevando al señor un billete que era para el mayordomo y al mayordomo una carta que escribía al señor.» «Dos grandes pérdidas», añadió Florimunda. «¡Oh!—replicó prontamente Constanza—. Por lo que toca a la del señor, es poco importante, pues ya había consumido casi toda su hacienda; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No ha pasado aún por la aduana de las coquetas, y así, es una pérdida muy digna de llorarse.»

A esto, poco más o menos, se redujo la conversación antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaría yo si hubiese de referir cuantas especies se tocaron, todas de murmuración o de fatuidad, el lector llevará a bien que las suprima, para contarle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor que llegó a casa de Arsenia hacia el fin de la comida.

Entró nuestro lacayuelo donde estaban comiendo, y en voz alta dijo a mi ama: «Señora, ahí está un hombre con la camisa sucia y lleno de cazcarrias hasta el cogote, que, con perdón de ustedes, tiene traza de poeta,

y dice que desea hablar a usted.» «Hazle subir—respondió Arsenia—. ¡Nada de cumplimientos, señores—añadió—, que es un autor!» Efectivamente, era uno que había compuesto cierta tragedia admitida por la compañía y traía el papel que había de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar, hizo cinco o seis profundas cortesías a los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una simple inclinación de cabeza. Fuése acercando, pero siempre temblando y confuso; cayéronsele los guantes y el sombrero; levantólos y se acercó a mi ama, y presentándole un papel, más respetuosamente que un litigante presenta a su juez un memorial, «Dignaos, señora—le dijo—, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer a vuestros pies.» Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto aire de desprecio, sin dignarse ni aun de responder una sola palabra a su cumplimiento.

No por esto se acobardó nuestro autor, el cual, aprovechando aquella ocasión para distribuir otros papeles, dió uno a Casimiro y otro a Florimunda, quienes los tomaron sin más cortesías ni ceremonias que las que había usado Arsenia; antes por el contrario, el comediante, naturalmente muy cortés, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia y no se atrevió a volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase después su trágica composición. Retiróse sin decir palabra, pero, a mi parecer, vivamente picado del recibimiento que le habían hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dejaría de decir mil pestes de los comediantes, como merecían; y éstos, después que él salió, comenzaron a hablar de los autores con mucho respeto. «Paréceme—dijo Florimunda—que el señor

Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.» «Y bien, señora—interrumpió Casimiro—, ¿qué cuidado se os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atención los autores? Si los igualáramos a nosotros, ése sería el mejor medio para echarlos a perder. Tengo bien conocidos a esos pobres diablos y por eso mismo sé que si los tratáramos de otra manera presto se olvidarían de lo que son y nos perderían el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si, enfadados, se retiraren de nosotros algún tiempo, no durará mucho; la manía de escribir les hará presto volver a buscarnos, y darán gracias a Dios si nos dignamos de representar sus obras.» «Tienes mucha razón—dijo entonces Arsenia—; solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en paraje de que tengan que comer se dan a la ociosidad y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela y el público tiene menos que padecer.»

Aplaudieron todos este parecer y quedaron en que los autores, a pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenían. Así los abatían los histriones, haciéndolos inferiores a ellos y ciertamente no podían despreciarlos más.

* * *

# Capítulo XII

Toma Gil Blas inclinación al teatro, entrégase enteramente a los pasatiempos de la vida cómica y dentro de poco se disgusta de ella.

Los convidados se quedaron hablando sobremesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entonces marcharon todos a él. Seguílos y vi también la comedia que se representó aquel día, la que me gustó de manera que hice ánimo de no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando a los actores: a tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atención aquellos que hacían más gestos y daban más gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba menos agrado la discreción de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban; sobre todo aquellas en que se dejaban ver a un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales o los doce pares de Francia. Sabía de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome de que en dos días aprendí toda entera una comedia famosa, intitulada *La reina de las flores*. La rosa era la reina, que tenía por confidenta a la violeta y por escudero al jazmín. No había para mí obras mejores que las parecidas a éstas, persuadido de que daban mucho honor a nuestra nación.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos más selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que también me apliqué a perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto, escuchaba con la mayor atención el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba, y despreciaba todas aquellas de que les oía hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en piezas teatrales como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habían pronosticado que todos la silbarían. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa, y antes quise creer que el público carecía de gusto y discernimiento que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplauso aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto y, por el contrario, silbadas casi todas las que ellos más celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplares de algunas que habían desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamás lo que sucedió un día en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido a los comediantes fría y fastidiosa, adelantándose a pronosticar que el auditorio no la vería concluir. Con esta preocupación representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual fué aún más aplaudida que la primera. Y he aquí a todos mis pobres actores atónitos. «¡Cómo diablos es esto!—exclamaba Casimiro—. ¡Esta comedia adquiere fama!» Representaron la tercera, que fué sin comparación más celebrada que las otras dos. «¡Yo no lo entiendo!—dijo Ricardo—.

¡Cuando creíamos que esta pieza no lograría aceptación, todos la aplauden!» «Señores—dijo entonces un cómico ingenuamente—, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habíamos comprendido.»

Desde entonces dejé de tener a los comediantes por buenos jueces y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuánta razón la gente les afeaba varias ridiculeces. Veía yo claramente que los aplausos, nada merecidos, tenían echados a perder tanto a los cómicos como a las cómicas, los cuales, considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiración, estaban persuadidos de que hacían gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó a gustarme demasiado, y así, me vi metido de pies a cabeza en el desenfreno y en la disolución. Ni podía ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas a la juventud y nada veía en ellos que no contribuyese a estragarme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y las demás comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrían a ella varios elegantes y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habían menester para arruinarse. Alguna vez recibían también a ciertos agentes de quienes se servían, los cuales, en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban a ellas por que se dejaran servir.

Florimunda vivía pared por medio de Arsenia, y todos los días comían y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas, que causaba admiración a las gentes ver tanta armonía entre cortesanas y se creía que tarde o temprano

se rompería su amistad por algún obsequiante; pero conocían mal a tan perfectas amigas, porque era muy íntima su unión; en lugar de ser celosas, como las demás mujeres, hacían vida común. Gustaban más de repartir entre sí los despojos de los hombres que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, a ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba también el tiempo, no dejando malograr lo más florido de sus años. Habíame ella dicho que vería mil lindezas y no me engañó. Con todo eso, yo no hacía el celoso, por haberle prometido que procuraría adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algún tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sujetos con quienes la veía a solas en conversación; pero siempre me respondía que era un tío o un primo carnal suyo. ¡Oh y cuánta multitud de parientes tenía! Su familia debía de ser más numerosa que la del rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente a su infinita parentela: hacía también sus salidas fuera del árbol genealógico y no se olvidaba de ir de cuando en cuando a representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura—por dar al lector una idea cabal de su persona—era tan joven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que ésta divertía al pueblo públicamente y la criada sólo lo hacía en secreto. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué a todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentía atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educación, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolución de tan saludables remordimientos; al contrario, eran mayores cuanto más me abandonaba a mis desórdenes. Comenzaron éstos a causarme horror, gracias a mi natural complexión. «¡Ah,

desventurado!—me decía yo a mí mismo—. ¿Es esto lo que esperaba de ti tu familia? ¿No te bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de preceptor? El verte precisado a servir, ¿te dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Parécete que te puede servir de algún provecho vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; éstos se entregan a la intemperancia y a la pereza; aquéllos, al orgullo y a la insolencia. ¡Esto se acabó! ¡No quiero vivir más con los siete pecados capitales!»

FIN DEL TOMO PRIMERO

* * *

# Tomo II · Libro cuarto

# Capitulo primero

No pudiendo Gil Blas acomodarse a las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia y halla mejor conveniencia.

Un tantico de honor y de religión que conservaba todavía en medio de tan estragadas costumbres me obligó, no sólo a dejar a Arsenia, sino a romper toda comunicación con Laura, a quien, sin embargo, no podía menos de amar, aun conociendo que me hacía mil infidelidades. ¡Dichoso aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razón viene a turbar los ilícitos embelesos que la tienen obcecada! Amaneció, pues, una mañana, muy dichosa para mí, en la cual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que si se va a decir verdad casi nada me debía de mi salario, ni despedirme de mi querida Laura, salí de aquella casa en que sólo se respiraba libertinaje. Premióme inmediatamente el Cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo don Matías, le saludé, y él, conociéndome al instante, me preguntó a quién servía. Respondíle que había estado un mes en casa de Arsenia, cuyas costumbres desenvueltas no me cuadraban, y que en aquel mismo punto, voluntariamente, acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre escrupuloso, aprobó mi

delicadeza y me dijo que, pues yo era un mozo tan honrado, quería él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, y en aquel mismo día me acomodó con don Vicente de Guzmán, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podía entrar en mejor casa, y así, nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era don Vicente un caballero ya anciano y muy rico, que había muchos años vivía feliz, sin pleitos y sin mujer, porque los médicos le habían privado de la suya queriéndola curar de una tos que verosímilmente la dejaría vivir más largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamás en volverse a casar, dedicándose enteramente a la educación de Aurora, su hija única, que entraba entonces en los veintiséis y era una señorita completa. Juntaba a su hermosura poco común un entendimiento despejado y grande instrucción. Su padre era hombre de poco talento, pero tenía el de saber gobernar su casa. Sólo le hallaba yo un defecto, que a los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y batallas. Si por una desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego sonaba en su boca la trompeta heroica, y se tenían por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relación de tres batallas y dos sitios. Como había militado las dos terceras partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oían con el gusto con que él las relataba. A esto se añadía que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con lo cual sus relaciones se hacían en extremo desagradables. En lo demás, no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre de igual humor, nada testarudo ni caprichoso, cosa verdaderamente rara en un hombre de su clase. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba

muy decentemente. Componíase su familia de varios criados y de tres criadas, que servían a Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de don Matías me había colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme a conocer bien el terreno y a estudiar el genio e inclinación de todos, arreglé después mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y a todos mis compañeros.

Habíase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de don Vicente cuando se me figuró que su hija me distinguía entre los demás criados. Siempre que me miraba me parecía observar en sus ojos cierto agrado que no advertía en ella cuando miraba a los otros. A no haber tratado yo con elegantes y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginación que Aurora pensase en mí; pero me habían abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la más alta esfera. «Si hemos de dar crédito a algunos histriones—me decía yo a mí mismo—, tal vez suelen venir a las señoras más distinguidas ciertas fantasías de las cuales saben ellos aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no—añadía inmediatamente—, no puedo persuadirme de tal cosa; no es esta señorita una de aquellas Mesalinas que, olvidadas de la noble altivez que les infunde su nacimiento, se rinden a la indecencia de humillarse hasta el polvo y se deshonran a sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que, sin traspasar los límites que la virtud prescribe a su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar ni de sentir ellas mismas una pasión delicada que las entretiene sin peligro.»

Este era el juicio que yo formaba de mi ama, sin saber precisamente a

qué atenerme. Mientras tanto, siempre que me veía no dejaba de sonreírse y alegrarse, de manera que, sin pasar por necio, podía cualquiera creer tan bellas apariencias, y por lo mismo no hallé medio de impedir que me sedujesen. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé a considerarme como uno de aquellos criados afortunados a quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme en cierto modo menos indigno del bien que parecía querer proporcionarme la fortuna, empecé a cuidar del aseo de mi persona más de lo que había cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacía por la mañana, luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien y vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño a mi ama en caso de que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaría mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora había una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacía más de veinte años que servía en casa de don Vicente. Había criado a su hija y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no ejercía aquel penoso empleo. Por el contrario, en lugar de vigilar las acciones de Aurora, como lo hacía en otro tiempo, entonces sólo atendía a ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña ocasión de hablarme sin que nadie pudiese oírnos, me dijo en voz baja que si yo era prudente y callado bajase al jardín a media noche, donde sabría cosas que no me disgustarían. Respondíle, apretándole la mano, que sin falta alguna bajaría, y prontamente nos separamos para no ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el

objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacía en casa con extraordinaria lentitud. Y para aumento de mi fastidio, cuando don Vicente se retiró a su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso a repetirme sus campañas de Portugal, con que tanto me había machacado. Pero lo que jamás había hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habían hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada cual. No puedo ponderar cuánto padecí en estarle oyendo hasta que concluyó. Al fin acabó de hablar y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mía y del que se bajaba por una escalera secreta al jardín. Untéme de pomada todo el cuerpo, púseme una camisola limpia bien perfumada y nada omití de cuanto me pareció que podía contribuir a fomentar el capricho que me había figurado en mi ama, con lo que fuí al sitio de la cita.

No encontré en él a la Ortiz y juzgué que, cansada de esperarme, se había vuelto a su cuarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa a don Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, dió el reloj, conté las horas y vi que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya por lo menos la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora después volví a contar las diez de otro reloj. «¡Bravo!—dije entonces entre mí—. Todavía faltan dos horas enteras de poste o de centinela. ¡No culparán mi tardanza! Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos en este jardín y pensemos en el papel que debo hacer, que es para mí harto nuevo.

No estoy acostumbrado a las bizarrías de las damas de distinción; solamente sé lo que se practica con las comediantas y mujercillas. Se presenta uno a ellas con familiaridad y franqueza y les dice su atrevido pensamiento sin reparo; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester, a lo que me parece, que el galán sea cortés, complaciente, tierno y moderado, pero sin ser tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna; para lograrla debe esperar el momento favorable.»

Así discurría yo y así me proponía proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendría la dicha de verme a los pies de aquella amable persona y decirle mil cosas amorosas. Con este fin, traía a la memoria los pasajes de las comedias que me pareció podían servirme y darme gran lucimiento en nuestra conversación a solas. Lisonjeábame de que los aplicaría con oportunidad, y esperaba que, a ejemplo de algunos comediantes que yo conocía, pasaría por hombre de entendimiento, aunque no tuviese más que memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertían mi impaciencia con más gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. «¡Bueno!—dije entonces—. ¡Ya no me faltan mas que sesenta minutos que esperar! ¡Armémonos de paciencia!» Cobré ánimo y volvíme a recrear con las alegres fantasías de mi imaginación, parte paseándome y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el extremo del jardín. Llegó en fin la hora de mí tan deseada; es decir, las doce. Pocos instantes después se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. «Señor Gil Blas—me dijo al acercarse—, ¿cuánto ha que está usted aquí?» «Dos horas», le respondí. «En verdad—añadió ella riéndose—que es usted muy cumplido, y da

gusto darle citas para estas horas. Es cierto—prosiguió ya en tono serio—que eso y mucho más merece la dicha que le voy a anunciar. Mi ama quiere hablar a solas con usted y me ha mandado que le introduzca en su cuarto, en donde le espera. No tengo otra cosa que decirle; lo demás es un secreto que usted no debe saber sino de su propia boca. Sígame a donde le conduzca.» Y dicho esto, me cogió de la mano, y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenía la llave.

* * *

# Capítulo II

Cómo recibió Aurora a Gil Blas, y la conversación que con él tuvo.

Hallé a Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó. Saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hízome sentar junto a sí, repugnándolo yo, y lo que más me agradó fué que mandó a su embajadora se retirase a su cuarto y nos dejase solos. Después de este preludio, volviéndose hacia mí, me dijo: «Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos y te distingo entre todos los criados de mi padre; cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarlo este paso que ahora doy.»

No le di tiempo para que dijese más. Parecióme que, como hombre discreto, debía respetar su pudor y no darle lugar a mayor explicación. Levantéme enajenado, y arrojándome a sus pies como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, exclamé en tono declamatorio: «¡Ah, señora! ¿Me habré engañado? ¿Se dirigen a mí vuestras palabras? ¿Será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna y el desecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos?...» «¡Baja un poco la voz—me dijo sonriéndose mi ama—, por no despertar a

las criadas que duermen en el cuarto vecino! Levántate, vuelve a sentarte y escúchame hasta que acabe, sin interrumpirme. Sí, Gil Blas—prosiguió, volviendo a su afable serenidad—, es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy a fiarte un secreto, del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo a un caballerito mozo, galán, airoso y de ilustre nacimiento, llamado don Luis Pacheco. Le veo algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter y también cuáles son sus prendas, si buenas o malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero que, informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en ti con preferencia a los demás criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi más íntima confianza.»

Calló mi señorita para oír mi respuesta. Al principio me turbé algún tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presunción, bastaría por lo menos para que conociese que yo sabía enmendar muy bien una necedad. Pedíle no más que dos días de tiempo para poderle dar razón puntual de don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma a la Ortiz, ésta me volvió a conducir al jardín, diciéndome con cierto aire burlón al despedirse: «¡Buenas noches! No te volveré a encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu

puntualidad.»

Volvíme a mi cuarto, no sin algún pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso, tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenía más cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme también que esto podía hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo, reflexiones que me divirtieron y consolaron, y fuíme a acostar con firme resolución de obedecer y servir a mi ama en cuanto exigiese de mí. Levantéme al día siguiente y salí de casa a desempeñar mi encargo. No era difícil saber dónde vivía un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante informes de él en la vecindad; pero los sujetos a quienes me dirigí no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó a hacer nuevas averiguaciones el día siguiente, y fuí más afortunado que el anterior. Encontré casualmente en la calle a un mozo a quien yo conocía, detuvímonos a hablar, y en aquel punto se llegó a él uno de sus amigos y le dijo que le habían despedido de casa de don José Pacheco, padre de don Luis, por haberle acusado de que se había bebido un barril de vino. No perdí una ocasión tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí a fuerza de preguntas; de manera que volví a casa muy contento porque ya podía cumplir la palabra que había dado a mi señorita, con quien había quedado de acuerdo que volvería a verla en el mismo sitio y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en ésta tan inquieto como la primera; lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversación de sus combates. Esperé a que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podían oír desde casa.

Entonces bajé con mucho sosiego al jardín, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya a la fiel dueña en el sitio mismo, y la taimada me dijo con algo de socarronería: «En verdad, Gil Blas, que hoy ha rebajado mucho tu puntualidad.» No le respondí palabra, fingiendo que no la oía, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me había informado bien acerca de don Luis y si había averiguado muchas cosas. «Sí, señora—le respondí—, tengo con qué satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha a Salamanca a concluir sus estudios. Según lo que me han dicho, es un señorito lleno de honor y probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que, sin embargo, no puedo menos de deciros, es que vive algo demasiado a la moda de los señoritos modernos: quiero decir que es un grandísimo libertino. ¿Creerá usted que, siendo tan joven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas?» «¿Qué es lo que me dices?—exclamó Aurora—. ¡Dios mío y qué costumbres! Pero díme, Gil Blas, ¿estás cierto de que tiene una vida tan licenciosa?» «¿Cómo si estoy cierto?—le respondí—. No hay cosa más segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa que fué despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de don Alejo Seguier, de don Antonio Centelles y de don Fernando de Gamboa, prueba constante de su disolución.» «¡Basta, Gil Blas!—dijo suspirando mi pobre señorita—. En fuerza de tu informe comienzo desde ahora a combatir mi indigno amor.

Aunque había echado ya profundas raíces en mi corazón, no desconfío de arrancarle de él. Vete—prosiguió—, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostración de mi agradecimiento.» Al decir esto, me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío, añadiendo: «Sólo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado a tu silencio.»

Aseguréle que en este particular podía vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates de los criados confidentes. Dicho esto, me retiré, impacientísimo por saber lo que contenía el bolsillo. Abríle y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habría sido Aurora más liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia más agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le había causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado a los escribanos y alguaciles, que disfrazan a veces la verdad, y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podía producirme grandísimas utilidades, si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que había gastado tan sin venir al caso en pomadas y perfumes.

* * *

# Capítulo III

De la gran mutación que sobrevino en casa de don Vicente y de la extraña determinación que el amor hizo tomar a la bella Aurora.

Poco después de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse a los dos más famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andrés y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente, y después de una exacta observación, convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentación y movimiento. En solo esto fueron de un parecer y estuvieron discordes en todo lo demás. El uno quería que se purgara al enfermo aquel mismo día y el otro opinaba que la purga se dilatase. El doctor Andrés decía que, por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitación de flujo y reflujo, se los había de expeler aunque crudos con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba, por el contrario, que, estando todavía incoctos y crudos los humores, se debía esperar a que madurasen antes de recurrir a los purgantes. «Pero ese método—replicaba el otro—es directamente opuesto a lo que nos enseña el príncipe de la Medicina.

Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros días de la más ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitación.» «¡Oh! ¡En eso está vuestra equivocación!—repuso Oquendo—. Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitación violenta, sino más bien la madurez de los humores.»

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el texto griego y citó todos los autores que le explicaban como él. El otro se fiaba en la traducción latina, empeñándose con mayor calor y tomando el asunto en tono más alto. ¿A cuál de los dos se había de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestión; pero hallándose precisado a elegir una de las dos opiniones, adoptó la del que había echado al otro mundo más enfermos; quiero decir la del más viejo.

Viendo esto el doctor Andrés, que era el más mozo, se retiró, pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al más anciano sobre su *orgasmo*. Y he aquí que quedó triunfante Oquendo. Y como seguía los mismos principios que el doctor Sangredo, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle a que los humores estuviesen cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenía agarrada, impidió la cocción y se llevó a mi pobre amo. Tal fué el fin del señor don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabía el griego.

Después de haber hecho Aurora las exequias correspondientes a un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administración de todo lo que tocaba a la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados,

remunerándolos en proporción de su lealtad y méritos. Hecho esto, se retiró a una quinta que tenía a las márgenes del Tajo, entre Sacedón y Buendía. Yo fuí uno de los que permanecieron con ella y la siguieron a la aldea. No sólo eso, sino que también tuve la fortuna de que necesitase de mí. No obstante el fiel informe que yo le había dado de don Luis, todavía le amaba, o, por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se había dejado llevar de su impulso. Como ya no necesitase tomar precauciones para hablarme a solas, me dijo un día suspirando: «Gil Blas, yo no puedo olvidar a don Luis; por más que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante.» Enternecióse al decir estas palabras y no pudo reprimir algunas lágrimas. También a mí me faltó poco para llorar; tanto fué lo que me conmovió su llanto. Ni podía hacerle mejor la corte que mostrándome afligido de su pena. «Veo, amigo Gil Blas—continuó, enjugándose sus hermosos ojos—, veo tu buen corazón y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien. Nunca más que ahora me ha sido necesario tu auxilio. Voy a descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atención; sin duda te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto antes a Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero, bajo el nombre de don Félix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegue a ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de doña Aurora de Guzmán, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desee conocerla, aquí es donde yo le aguardo. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas; en una haré el papel de don Félix y en la otra el de doña Aurora; y dejándome

ver de don Luis, unas veces vestida de hombre y otras de mujer, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso—añadió ella misma—que es muy extraño mi proyecto, pero la pasión que me arrastra y la inocente intención con que camino acaban de cegarme sobre el paso a que me quiero arriesgar.»

Yo era del mismo parecer que Aurora en cuanto a la extravagancia del designio, que creía muy insensato. Sin embargo, aunque le tenía por tan contrario a la razón, me guardé muy bien de hacer el pedagogo; antes sí, comencé a dorar la píldora, y me esforcé a querer persuadirla que, en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invención de ingenio que no podía traer consecuencia. No me acuerdo yo cuánto dije para convencerla de esto, pero cedió a mis persuasiones, porque a los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus más locos desvaríos. En fin, convinimos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia burlesca inventada para divertirnos, en la cual sólo había de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre las gentes de casa y repartimos a cada cual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesión. A la señora Ortiz se lo encomendó el de tía de doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y había de llamarse doña Jimena de Guzmán. A mí me tocaba el de ayuda de cámara de doña Aurora, que había de disfrazarse de caballero; y una de las criadas, disfrazada de paje, le había de servir separadamente. Arreglados así los papeles, nos restituímos a Madrid, donde supimos se hallaba todavía don Luis, pero disponiendo su viaje a Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen cuanto antes los vestidos que habíamos menester, a fin de usar de ellos en tiempo y lugar, y

hechos que fueron, se doblaron y metieron en diferentes baúles, y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, marchó doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino de León, acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ibamos atravesando por Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche entre Avila y Villaflor, a trescientos o cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pie de una montaña. Veíamonos muy apurados, porque se acercaba la noche; pero un aldeano que acertó a pasar por allí nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal doña Elvira, viuda de don Pedro Pinares, y fué tanto el bien que dijo de aquella señora, que mi ama se determinó a enviarme a suplicarle de su parte se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió doña Elvira el informe del aldeano; bien es verdad que yo desempeñó mi comisión de tal modo, que la hubiera inclinado a recibirnos en su quinta aun cuando no hubiera sido la señora más agasajadora del mundo. Me recibió con mucha afabilidad y respondió a mi súplica en los términos que yo deseaba. Pasamos todos a la quinta, tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos a la puerta a la viuda de don Pedro, que salió cortesanamente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que ambas se hicieron; sólo diré que doña Elvira era una señora ya de edad avanzada, pero a quien ninguna mujer del mundo excedía en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Condujo a doña Aurora a un magnífico cuarto, donde, dejándola en libertad para que descansase, fué a dar disposiciones hasta sobre las cosas más menudas tocante a nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena mandó se sirviese en el cuarto de Aurora, donde

las dos se sentaron a la mesa. No era la viuda de don Pedro una de aquellas personas que no saben obsequiar en un convite, manteniéndose en él con un aire enfadosamente grave, silencioso y pensativo; antes bien, era de genio jovial y sabía mantener siempre grata la conversación. Explicábase noblemente con frases escogidas y adecuadas. Yo admiraba su talento y el modo fino y delicado con que expresaba sus pensamientos, lo que me tenía embelesado; y no menos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad y quedaron de acuerdo en mantenerla correspondiéndose por cartas. Nuestro coche no podía estar compuesto hasta el día siguiente y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel día en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió también una cena muy abundante, y así dormimos todos tan bien como habíamos cenado.

Al día siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversación de doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que había muchas pinturas, entre las cuales sobresalía una cuyas figuras estaban pintadas con la mayor propiedad y que ofrecía a la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecía que, aun después de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver, tendido también, el cadáver de una dama joven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho con una espada, y aun cuando se representaba exhalando el último aliento, tenía clavados los ojos en un joven que expresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel había representado en aquel lienzo otra figura que no llamaba menos la atención. Era un anciano de grave, hermoso y venerable aspecto, que, conmovido vivamente de los funestos objetos que

se le presentaban a la vista, no se manifestaba menos afligido que el joven. Podríase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseído de una profunda tristeza, parecía estar abatido enteramente de ella; mas en el mozo se echaba de ver el furor mezclado con la aflicción. Todos estos afectos estaban tan vivamente expresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel cuadro. Preguntó mi ama qué suceso o qué historia representaba aquella pintura. «Señora—le respondió doña Elvira—, es una pintura fiel de las desgracias de mi familia.» Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, y manifestó un deseo tan vehemente de saber más, que la viuda de don Pedro no pudo dispensarse de prometerle la satisfacción que deseaba. Esta promesa fué hecha a presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y mía; todos cuatro nos detuvimos en la sala después de la comida. Mi ama quiso que nos retirásemos; pero doña Elvira, que conoció nuestra gana de oír la explicación de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos, añadiendo que la historia que iba a referir no era de aquellas que pedían secreto. Un poco después principió su relación en los términos siguientes:

* * *

# Capítulo IV

El casamiento por venganza.

NOVELA

«Rogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelión, clemencia que sólo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no había perdonado la vida a su hermano sino para ejercer en él una venganza lenta e inhumana. Todos los demás, con mayor fundamento, atribuían a sola su hermana Matilde el duro trato que a Manfredo se le daba en la prisión. Con efecto, esta princesa siempre había aborrecido a aquel desgraciado príncipe y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco después de Manfredo y su temprana muerte se tuvo como un justo castigo de su desapiadado corazón.

»Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algún tiempo Rogerio sobre si les haría quitar la vida, temiendo que en edad más avanzada no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se había dado a

su padre, resucitando un partido que todavía se sentía con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el Estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro, quien, para disuadirle de aquel intento, se encargó de la educación del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del más joven, por nombre don Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio de que estos dos fieles ministros educarían a sus sobrinos con toda la sumisión que a él se le debía, los entregó a su lealtad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era ésta de la edad de Enrique e hija única de la princesa Matilde. Púsole maestros que la enseñasen y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educación.

»Tenía Sifredo una quinta, distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro a dar a Enrique una enseñanza por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe prendas tan amables, que se aficionó a él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, contaba un año menos que el príncipe y estaba dotada de singular hermosura; la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento había costado la vida a su madre, se hallaba aún en la cuna. Enamoráronse uno de otro, Blanca y Enrique, luego que fueron capaces de amar; pero no tenían libertad de hablarse a solas. Sin embargo, no dejaba el príncipe de lograr tal cual vez alguna ocasión para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir a la hija de Sifredo a que le permitiese poner por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de orden del rey, se vió precisado a hacer un viaje a una de las provincias más

remotas de la isla, y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera, tan ajustadas a la abertura y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguía de él ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, a quien el príncipe había confiado su proyecto, ejecutó esta obra, con tanta diligencia como secreto.

»Por esta puerta se introducía algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de doña Blanca, pero sin abusar jamás de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué, no obstante, confiada en las palabras que él le había dado de que nunca pretendería de ella sino los favores más inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo y que había despachado una estrecha orden a Sifredo de que pasase a la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver a Enrique ya en el trono y temía perderle cuando se viese en aquella elevación; este temor le causaba mucha inquietud. Tenía bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. «Señora—le dijo—, ¿qué novedad es ésta? ¿Cuál es el motivo de esa profunda tristeza?» «Señor—respondió ella—, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey vuestro tío dejará presto de vivir y vos ocuparéis su lugar. Cuando considero lo que va a alejaros de mí vuestra nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante, y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocía un poder superior al suyo, apenas le hace más que una ligera impresión en la

elevación del trono. Sea presentimiento, sea razón, siento en mi pecho movimientos que me agitan y que no alcanza a calmar toda la confianza a que me alienta vuestra bondad. No desconfío de vuestro amor; desconfío solamente de mi ventura.» «Adorable Blanca—replicó el príncipe—, oblíganme tus temores y ellos justifican mi pasión a tus atractivos; pero el exceso a que llevas tus desconfianzas ofende mi amor y—si me atrevo a decirlo—la estimación que me debes. ¡No, no! No pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree más bien que tú sola serás siempre mi alegría y mi felicidad. Destierra, pues, de ti ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos?» «¡Ah, señor—replicó la hija de Leoncio—, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga serie de reyes, cuyo brillante himeneo añada nuevos Estados a los vuestros, y tal vez, ¡ay!, vos corresponderéis a sus esperanzas aun a pesar de vuestras más firmes promesas!» «¿Y por qué—repuso Enrique, no sin alguna alteración—, por qué te anticipas a figurarte una idea triste de lo venidero? Si el Cielo dispusiera del rey mi tío, juro que te daré la mano en Palermo a presencia de toda mi corte. Así lo prometo, poniendo por testigo todo lo más sagrado que se conoce entre nosotros.»

»Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique, y lo restante de la conversación se redujo a hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazón. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tío, pudiendo más en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabía Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia a tiempo que ella salía del cuarto de su padre,

un día que él había venido a la quinta de Belmonte a negocios importantes, quedó ciegamente prendado de ella. Pidiósela a Sifredo al día siguiente y éste se la concedió; mas, sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que doña Blanca no había sido sabedora.

»Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto a Leoncio, seguido de doña Blanca. «Señor—le dijo aquel ministro—-, vengo a daros una noticia que sin duda os afligirá, pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rey vuestro tío, y por su muerte quedáis heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo encargado de ellos a recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y más sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos.» Al príncipe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecía el rey, que poco a poco iba acabando con él. Sin embargo, quedó suspenso algún tiempo; pero rompiendo después el silencio y volviéndose a Leoncio, le dijo estas palabras: «Prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como a padre y me alegraré de gobernarme por tus consejos; tú serás rey de Sicilia más que yo.» Dicho esto, se llegó a una mesa, donde había una escribanía, tomó un pliego de papel y echó en él su firma en blanco. «¿Qué hacéis, señor?», le interrumpió Sifredo. «Mostraros mi amor y mi gratitud», respondió Enrique; y en seguida presentó a Blanca aquel papel y firma, diciéndole: «Recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi voluntad.» Tomóla Blanca, cubriéndose su hermosa cara de

un honestísimo rubor, y respondió al príncipe: «Recibo con respeto la gracia de mi rey, pero estoy sujeta a un padre y espero que no llevaréis a mal ponga en sus manos vuestro papel, para que use de él como le aconsejare su prudencia.»

»Entregó efectivamente a su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto no había descubierto su penetración. Comprendió toda la intención del príncipe y le contestó diciendo: «Espero que vuestra majestad no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella.» «Amado Leoncio—interrumpió Enrique—, no temas que pueda llegar semejante caso; sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve a Palermo, dispón todo lo necesario para mi coronación y di a mis vasallos que voy prontamente a recibir el juramento de su fidelidad y a darles las mayores seguridades de mi amor.» Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo y marchó a Palermo, llevando consigo a doña Blanca.

»Pocas horas después partió también de Belmonte el mismo Enrique, pensando más en su amor que en el elevado puesto a que iba a ascender.

»Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronación. Encontró en él a la princesa Constanza, vestida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discreción, aunque con algo más de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca había querido mal a

este príncipe. Ocupó el rey el trono y la princesa se sentó a su lado, en una silla puesta un poco más abajo. Los magnates del reino se sentaron donde a cada uno, según su clase o empleo, le correspondía. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio a ella, leyéndolo en alta voz. Contenía en substancia que, hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condición de casarse con la princesa Constanza, y que si no quería darle la mano de esposo, quedase excluído de la corona de Sicilia y pasase ésta al infante don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condición.

»Quedó Enrique altamente sorprendido al oír esta cláusula. No se puede expresar la pena que le causó, pero creció hasta lo sumo cuando, acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el Consejo, dijo así: «Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposición del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano a su prima la princesa Constanza.» Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado: «¡Acordaos, Leoncio, del papel que Blanca!...» «Señor—respondió Sifredo, interrumpiéndole con precipitación, sin darle tiempo a que se explicase más—, ese papel es éste que presento al Consejo. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de vuestra majestad, la estimación que hace de la princesa y su ciega deferencia a las últimas disposiciones del difunto rey su tío.» Acabadas de decir estas palabras, comenzó a leer el papel en los términos en que él mismo le había llenado. En él prometía el nuevo monarca a sus pueblos, en la forma más auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio.

Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: «¡Viva el magnánimo rey Enrique!» Como era notoria a todos la aversión que este príncipe había tenido siempre a la princesa, temían, no sin razón, que, indignado de la condición del testamento, excitase movimientos en el reino y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oír, esta seguridad dió motivo a las aclamaciones universales, que despedazaban secretamente el corazón del nuevo rey.

»Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenía en todo esto más interés que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasión para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por más que el príncipe quiso disimular su turbación, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó a responderle con la cortesana atención que exigía de él. Rindióse al fin a la violencia que él se hacía, y llegándose al oído a Sifredo, que por razón de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja: «¿Qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fué para que usases de él de esa manera.» «Vos faltáis... ¡Acordaos, señor, de vuestra gloria!—le respondió Sifredo con entereza—. Si no dais la mano a Constanza y no cumplís la voluntad del rey vuestro tío, perdióse para vos el reino de Sicilia.» Apenas dijo esto, se separó del rey, para no darle lugar a que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiendo resolverse a abandonar a Blanca ni a dejar de partir con ella la majestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que había de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar a la hija de Sifredo sin verse precisado a la renuncia del trono. Aparentó quererse

sujetar a la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que, mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, granjearía a su favor con gracias a los grandes del reino y afianzaría su poder de manera que ninguno le pudiese obligar a cumplir la condición del testamento.

»Abrazado este designio, se sosegó un poco, y volviéndose a Constanza le confirmó lo que el gran canciller le había dicho en público; pero en el mismo punto en que hacía traición a su propio corazón, ofreciendo su fe a la princesa, entró Blanca en la sala del Consejo, adonde iba de orden de su padre a cumplimentar a la princesa, y llegaron a sus oídos las palabras que Enrique le decía. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola a Constanza: «Rinde, hija mía, tu fidelidad y respeto a la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo.» Golpe terrible que atravesó el corazón de la desgraciada Blanca. En vano se esforzó a disimular su pesar. Demudósele el semblante, encendiéndosele de repente y pasando en un momento de incendio a palidez, con un temblor o estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el desorden de sus palabras a la natural cortedad de una doncella criada lejos del trato de la Corte y poco acostumbrada a ella. No sucedió lo mismo con el rey, quien perdió toda su compostura y majestad a vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la pena que le atormentaba. No dudó que, creyendo las apariencias, ya en su corazón le tuviese por un traidor. No habría sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible a vista de toda la Sicilia, que tenía puestos los ojos en él? Por otra parte, el cruel Sifredo cerró la puerta a esta esperanza. Estuvo viendo este

ministro todo lo que pasaba en el corazón de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podía causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia a su hija y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto, por muchas razones, a casarla cuanto antes.

»Luego que llegaron a aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la había prometido al condestable. «¡Santo Cielo—exclamó transportada de un dolor que no bastó a contener la presencia de su padre—, y qué crueles suplicios tenías guardados para la desgraciada Blanca!» Fué tan violento su arrebato, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frío y pálido, cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de éste viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo firme en su primera determinación. Volvió Blanca en sí, más por la fuerza de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la prisa que se daba a socorrerla, «Señor—le dijo con voz casi apagada—, me avergüenzo de que hayáis visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin a mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada que sin vuestro consentimiento se atrevió a disponer de su corazón.» «No, amada Blanca—respondió Leoncio—, no morirás; antes bien, espero que tu virtud volverá presto a ejercer sobre ti su poder. La pretensión del condestable te da honor, pues bien sabes que es el primer hombre del Estado...» «Estimo su persona y su gran mérito—interrumpió Blanca—; pero, señor, el rey me había hecho esperar...» «Hija—dijo Sifredo interrumpiéndola—, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras a ese príncipe, y ciertamente que en otras

circunstancias, lejos de desaprobarlo, yo mismo procuraría con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interés de su gloria y el del Estado no le pusieran en precisión de dársela a Constanza. Con esta única e indispensable condición le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona a la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige. Con todo eso, supuesto que no podemos luchar contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver a todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea; fuera de que tu pasión al rey podía dar motivo a rumores poco favorables a tu decoro; y para evitarlos, el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono y da su mano a Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra; desempéñala tú, te ruego, y si para resolverte fuere necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.»

»Dichas estas palabras, la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que, después de haber pesado bien las razones de que se había valido para sostener su virtud contra la inclinación de su corazón, se determinaría por sí misma a dar la mano al condestable. No se engañó en esto; pero ¡cuánto costó a la infeliz Blanca tan dolorosa resolución! Hallábase en el estado más digno de lástima: el sentimiento de ver que habían pasado a ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique, y la precisión, no casándose con él, de entregarse a un hombre a quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de aflicción tan violentos que cada instante era un nuevo tormento para ella. «Si es cierta mi desgracia—exclamaba—, ¿cómo es posible que yo resista a ella sin costarme la vida? ¡Despiadada suerte! ¿A

qué fin me lisonjeabas con las más dulces esperanzas si habías de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas a otra cuando me prometes una fidelidad eterna! ¿Has podido tan pronto olvidarte de la fe que me juraste? ¡Permita el Cielo, en castigo de tu cruel engaño, que el lecho conyugal, que vas a manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen un veneno en tu fementido pecho y que tu himeneo sea tan funesto como el mío! ¡Sí, traidor! ¡Sí, falso! ¡Seré esposa del condestable, a quien no amo, para vengarme de mí misma y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasión! ¡Ya que la religión no me permite darme la muerte, quiero que los días que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias! ¡Si conservas todavía algún amor hacia mí, será vengarme también de ti el arrojarme a tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá a lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una mujer que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazón!»

»En esta dolorosa situación pasó la noche que precedió a su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del amor y del deber. El día siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta a su hija a obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa a no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo día al condestable a Belmonte y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh y qué día aquel para Blanca! No le bastaba renunciar a una corona, perder un amante amado y entregarse a un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia y disimular su angustia delante de un marido naturalmente celoso y que le profesaba un vehementísimo cariño. Lleno de júbilo el

esposo porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado y ni aun le dejaba el triste consuelo de llorar a solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que a la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando, habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle éste respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecía que estaba. Turbó esta pregunta a Blanca, quien fingió que se sentía indispuesta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenía inquieto el estado en que la veía, y la instaba a que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron a su imaginación la idea más amarga y cruel; tanto, que, no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso a sus suspiros y a sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entonces ya no puso duda en que en la aflicción de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaría reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció a llamar a sus criadas si juzgaba que su asistencia le podía servir de algún alivio. Respondió Blanca, serenada con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentía. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos y pasaron una noche muy diferente de la que conceden el amor y el himeneo a dos amantes apasionados.

»Mientras la hija de Sifredo se entregaba a su dolor, andaba el condestable considerando dentro de sí qué cosa podía ser la que llenaba de

amargura su matrimonio. Persuadíase que tenía algún competidor; pero cuando le quería descubrir, se enredaban y confundían sus ideas, y sabía solamente que él era el hombre más infeliz del mundo. Había pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche, cuando llegó a sus oídos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusión, acordándose de que él por sí había cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió, no obstante, la cortina de la cama, para informarse por sus propios ojos de la causa que podía haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que había quedado encendida en la chimenea, sólo pudo oír una voz débil y tenue que llamaba repetidamente a Blanca. Encendiéronse entonces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor. Sobresaltado su honor, le obligó a levantarse, y considerándose obligado a precaver una afrenta o a tomar venganza de ella, echó mano a la espada, y con ella desnuda acudió furioso hacia donde creía oír la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia a la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa y sucede al ruido el más profundo silencio. Busca a tientas por todos los rincones del cuarto al que parecía huir, y no le encuentra. Párase, escucha, y ya nada oye. ¿Qué encanto es éste? Acércase a la puerta que a su parecer había favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra, tienta el cerrojo y hállala cerrada como la había dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan extraño suceso, llama a los criados que estaban más cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela para que no se escapase el que buscaba.

»A sus repetidas voces acuden algunos criados, todos con luces. Toma

él mismo una y vuelve a examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla y no descubre ni aun el menor indicio de que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadían de su desgracia. Esto despertó en su fantasía gran confusión de pensamientos. Recurrir a Blanca para el desengaño parecía recurso inútil, igualmente que arriesgado, pues le importaba tanto ocultar la verdad que no se podía esperar de ella la más leve explicación. Adoptó, pues, el partido de ir a desahogar su corazón con Leoncio, después de haber mandado a los criados se fuesen, diciéndoles que creía haber oído algún ruido en el cuarto, pero que se había equivocado. Encontró a su suegro, que salía de su cuarto, habiéndole despertado el rumor que había oído, y le contó menudamente todo lo que le había pasado, con muestras de extraña agitación y de un profundo dolor.

»Sorprendióse Sifredo al oír el suceso y no dudó ni un solo momento de su verdad, por más que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasión del rey, pensamiento que le afligió vivamente. Pero lejos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oído y aquella espada que se figuraba haberse opuesto a la suya no podían ser sino fantasías de una imaginación engañada por los celos; que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija; que la tristeza que había advertido en ella podía ser efecto natural de alguna indisposición; que el honor nada tenía que ver con las alteraciones de la salud; que la mudanza de estado en

una doncella acostumbrada a vivir en la soledad y que se veía repentinamente entregada a un hombre, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podía muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella aflicción y de aquel amargo llanto; que el amor en el corazón de las doncellas de sangre noble sólo se encendía con el tiempo y con los obsequios, y que así, le aconsejaba calmase sus recelos y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco a poco a Blanca a mostrarse más cariñosa, y que le rogaba, en fin, volviese hacia ella, persuadido de que su desconfianza y turbación ofendían su virtud.

»Nada respondió el condestable a las razones de su suegro, o porque en efecto comenzó a creer que pudo haberle engañado la confusión en que estaba su espíritu, o porque le pareció más conveniente disimular que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su mujer, se volvió a la cama y procuró lograr algún descanso de sus penosas inquietudes a beneficio del sueño. Por lo que toca a Blanca, no estaba más tranquila que él, porque había oído claramente todo lo que oyó su esposo y no podía atribuir a ilusión un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto después de haber dado tan solemnemente su palabra a la princesa Constanza, y en vez de darse el parabién de este paso y de que le causase alguna alegría, lo conceptuó como un nuevo ultraje, que encendió en cólera su pecho.

»Mientras la hija de Sifredo, preocupada contra el joven rey, le juzgaba por el más pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, más prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle, para desengañarla contra

las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho más presto a Belmonte para este efecto a habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno o si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocía bien todas las entradas de un sitio donde se había criado y ningún obstáculo tenía para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba a los jardines. Por éstos llegó a su antiguo cuarto y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es de imaginar cuánta sería la admiración de este príncipe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salía al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenía atrevimiento de levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero la consideración que debía a la hija de Leoncio suspendió su resentimiento; se retiró por donde había entrado y, más turbado que antes, volvió a tomar el camino de Palermo. Llegó a la ciudad poco antes que despuntase el día y se encerró en su cuarto, tan agitado que no le fué posible lograr ningún descanso, y no pensó mas que en volver a Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor, le excitaban a que procurase saber sin dilación todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

»Apenas se levantó, dió orden de que se previniese el tren de caza, y, con pretexto de querer divertirse en ella, se fué al bosque de Belmonte, con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algún tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corría tras de los perros, él se separó y marchó solo a la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenía muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender a la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el

espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algún pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto a la hija de Sifredo, cuando, al atravesar un sendero que iba a dar a una de las puertas del parque, vió no lejos de sí a dos mujeres que estaban sentadas en conversación a la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algún sobresalto; pero su agitación llegó a lo sumo cuando, volviendo aquellas mujeres la cabeza al ruido que hacía el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Había salido de la quinta llevando consigo a Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

»Luego que Enrique la conoció, fué volando hacia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse a sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la más viva aflicción, le dijo enternecido: «Suspende, bella Blanca, los ímpetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable a tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respecto a ti, puede ser que lo que miras como delito te parezca una prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor.» Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecían capaces de mitigar la pena de Blanca, sólo sirvieron para exacerbarla más. Quiso responderle, pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada, prosiguió diciéndole: «Pues qué, señora, ¿es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza, yo que expongo mi corona y hasta mi vida por conservarme sólo para vos?» Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí misma para explicarse, le respondió: «Señor, ya llegan tarde vuestras promesas; no hay ya poder en el mundo para que en

adelante sea una misma la suerte de los dos.» «¡Ay, Blanca!—interrumpió el rey precipitadamente—. ¡Qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey, que reduciría a cenizas toda la Sicilia antes que sufrir que ninguno os robe a sus esperanzas?» «¡Inútil será, señor, todo vuestro poder—respondió con desmayada voz la hija de Sifredo—para allanar el invencible obstáculo que nos separa! Sabed que ya soy mujer del condestable.» «¡Mujer del condestable!», exclamó el rey dando algunos pasos atrás, y no pudo decir más: tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo y tan enajenado que sólo tenía libres los ojos para fijarlos en Blanca, de un modo tan tierno que desde luego la dejaba comprender cuánto le había afligido el infortunio que le anunciaba. Blanca, por su parte, le miraba también, con semblante tal que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazón a los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe, volviendo algún tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor, tomó de nuevo la palabra y dijo a Blanca, suspirando: «¿Qué habéis hecho, señora? ¡Vuestra credulidad me ha perdido a mí y os ha perdido a vos!»

»Resintióse Blanca de que el rey, a su parecer, la culpase, cuando ella vivía persuadida de que tenía de su parte las más poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo: «Qué, señor, ¿pretendéis por ventura añadir el disimulo a la infidelidad? ¿Queríais que desmintiese a mis ojos y a mis oídos y que a pesar de su testimonio os tuviese por inocente? No, señor;

confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia a mi razón.» «Sin embargo—dijo el rey—, esos testigos de que tanto os fiáis os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos y os han hecho traición. ¡Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable!» «Pues qué, señor—repuso Blanca—, ¿negaréis que yo misma os oí confirmar a Constanza el don de vuestra mano y de vuestro corazón? ¿No asegurasteis a los grandes del reino que os conformaríais con la voluntad del rey difunto y a la princesa que recibiría de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debían a una reina y esposa del príncipe Enrique? ¿Mis ojos estaban fascinados? ¡Confesad, confesad más bien, infiel, que no creísteis debía contrapesar el corazón de Blanca el interés de una corona, y sin abatiros a fingir lo que no sentís, ni quizá habéis sentido jamás, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza que con la hija de Leoncio! Al cabo, señor, tenéis razón: igualmente desmerecía yo ocupar un trono tan soberano como poseer el corazón de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar a la posesión de uno y otro; pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignoráis los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos y hubiera sido siempre vuestro mi corazón, ya que no podía serlo una mano que ningún otro pudiera jamás haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable, y por no exponerme a las consecuencias de una conversación que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla y para que deje a un príncipe a

quien ya no me es lícito escuchar.»

»Dicho esto, se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitía el estado en que se encontraba. «¡Aguardaos, señora!—clamaba Enrique—. ¡No desesperéis a un príncipe resuelto a dar en tierra con el trono que le echáis en cara haber preferido a vos, antes que corresponder a lo que esperan de él sus nuevos vasallos!» «Ya es inútil ese sacrificio—respondió Blanca—. Debierais haber impedido que diese la mano al condestable antes de abandonaros a tan generosos impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia quede reducida a pavesas ni que deis vuestra mano a quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazón, tendré a lo menos valor para sofocar sus movimientos y que vea el rey de Silicia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique.» Al decir estas palabras, se halló a la puerta del parque, entróse en él con precipitación, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu y dejó al rey traspasado de dolor. No podía menos de sentir él la profunda herida que había abierto en su corazón la noticia del matrimonio de Blanca. «¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel!—exclamaba—. ¿Es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras recíprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados. ¿Conque no fué mas que una ilusión la idea que yo me había formado de ser algún día el único dueño tuyo? ¡Ah, cruel y qué caro me cuesta el haber llegado a conseguir que mi amor fuese de ti correspondido!»

»Representósele entonces a la imaginación con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasión se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le

faltó poco para sacrificar a su resentimiento al condestable y aun al mismo Sifredo. Pero poco después entró la razón a calmar los ímpetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar a Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaría aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla a solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como a reo sospechoso en las circunstancias en que se hallaba el Estado. En este supuesto, dió la orden competente al capitán de sus guardias, el cual partió a Belmonte, se apoderó de su persona a la entrada de la noche y llevóle consigo al castillo de Palermo.

»Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto a responder al rey de la inocencia de su yerno y a representarle las funestas consecuencias de semejante prisión. Previendo bien el rey este paso que su ministro daría, y deseando lograr un rato de libre conversación con Blanca antes de dar libertad al condestable, había mandado expresamente que no se dejase entrar a nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, a pesar de esta prohibición, logró introducirse en la estancia del rey. «Señor—le dijo luego que se vió en su presencia—, si es permitido a un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su soberano, vengo a quejarme de vos a vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado vuestra majestad la eterna afrenta de que cubre a mi familia y las resultas de una prisión que puede alejar de su servicio a las personas que ocupan los primeros puestos del Estado?» «Tengo avisos ciertos—respondió el rey—de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante don Pedro.» «¡El condestable inteligencias

criminales!—interrumpió sorprendido Leoncio—. ¡Ah, señor! ¡No lo crea vuestra majestad! Sin duda, han abusado de vuestro magnánimo corazón. La traición nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mío para hallarse en este punto al abrigo de toda sospecha. El está inocente; otros motivos secretos son los que os han inducido a prenderle.» «Puesto que me hablas con tanta claridad—repuso el rey—, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿Y no podré yo también quejarme de tu crueldad? ¡Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situación, con tus cuidados oficiosos, de que envidie la suerte de los hombres más infelices! ¡No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas! ¡Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza!...» «¡Qué, señor!—interrumpió estremeciéndose Leoncio—. ¿Cómo será posible que no os caséis con la princesa, después de haberla lisonjeado con esta esperanza a vista de todo el reino?» «Si es que engaño su esperanza—repuso el monarca—, échate a ti solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precisión de ofrecer lo que no podía cumplir? ¿Quién te obligó a escribir el nombre de Constanza en un papel que se había hecho para tu hija? Sabías muy bien mi intención. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazón de Blanca, obligándola a casarse con un hombre a quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mío para disponer de él en favor de una princesa a quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de aquella cruel Matilde, que, atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo expirar a mi padre entre los hierros del más duro cautiverio? ¿Y a ésta querías tú que yo diese mi mano? ¡No, Sifredo, no aguardes de mí este paso! ¡Antes de ver

encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia y anegados de sangre sus campos!» «¡Qué es lo que escucho!—exclamó Leoncio—. ¡Qué terribles amenazas, qué funestos anuncios me hacéis! ¡Pero en vano me sobresalto!—continuó, mudando de tono—. ¡No, señor, nada de esto temo! Es demasiado el amor que profesáis a vuestros vasallos para acarrearles tan triste suerte. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razón. Echaríais un eterno borrón a vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres vulgares. Si yo di mi hija al condestable fué, señor, únicamente por granjear para vuestro servicio a un hombre valeroso que, con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene a su disposición, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe don Pedro. Parecióme que uniéndole a mi familia con lazos tan estrechos...» «¡Ah, que esos lazos—interrumpió Enrique—, esos funestos lazos son los que a mí me han perdido! ¡Cruel amigo! ¿Qué te había hecho yo para que descargases sobre mí tan duro e intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te di facultad para que esto fuese a costa de mi corazón? ¿Por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no tendría valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse a mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos, sabría yo muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos y que su primera obligación es la de mirar por la felicidad de sus pueblos; pero ¿han de ser esclavos de éstos los mismos soberanos, y esto desde el momento en que el Cielo los elige para gobernarlos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió a todos los hombres de ser dueños de sus afectos? ¡Ah, Leoncio, si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demás

hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste a costa de mi sosiego!» «Señor—replicó el ministro—, no puede ignorar vuestra majestad que el rey su tío sujetó la sucesión al trono a la preciosa condición del matrimonio con la princesa Constanza.» «¿Y quién dió autoridad al rey mi tío—repuso acalorado Enrique—para establecer tan violenta como injusta disposición? ¿Había recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey don Carlos cuando entró a sucederle? ¿Y por ventura debías tú tener la flaqueza de someterte a una condición tan inicua? Cierto que para un gran canciller estás poco enterado de nuestros usos. En una palabra, cuando prometí mi mano a Constanza fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve intención de cumplir. Si don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolución de no efectuar aquella palabra, no mezclemos a los pueblos en una contienda que haría derramar mucha sangre. La espada, entre nosotros solos, puede terminar la disputa y decidir cuál de los dos será el más digno de reinar.»

»No se atrevió Leoncio a apurarle más, y se contentó con pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió, diciéndole el rey: «Anda y restitúyete a Belmonte, que presto irá allá el condestable.» Retiróse el ministro, y marchó a su quinta, persuadido de que su yerno vendría luego a ella; pero engañóse, porque Enrique quería ver a Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el día siguiente la libertad de su esposo.

»Mientras tanto, entregado éste a sus tristes pensamientos, hacía dentro de sí crueles reflexiones. La prisión le había abierto los ojos y héchole conocer cuál era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente a la violencia de los celos, y olvidado de la lealtad que hasta allí le había hecho tan recomendable, sólo respiraba venganza. Persuadido de

que el rey no malograría la ocasión y no dejaría de ir aquella noche a visitar a doña Blanca, para sorprenderlos a entrambos, suplicó al gobernador del castillo de Palermo le dejase salir de la prisión por algunas horas, dándole palabra de honor de que antes de amanecer se restituiría a ella. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y más habiendo sabido ya que Sifredo había alcanzado del rey su libertad; y además de eso le dió un caballo para ir a Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató él caballo a un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña cuya llave tenía, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el cuarto de su mujer y se escondió tras un biombo que había en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir a Nise, que acababa de dejar a su ama y se retiraba a un cuarto inmediato, donde ella dormía.

»La hija de Sifredo, que fácilmente había penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volvería éste a Belmonte, aunque su padre le había dicho haberle el rey asegurado que le seguiría presto. Igualmente se presumió que el rey aprovecharía aquella ocasión para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una acción que para ella podía tener terribles consecuencias. Con efecto, poco tiempo después que Nise se había retirado se abrió la falsa puerta y apareció el rey, quien, arrojándose a los pies de Blanca, le dijo: «¡No me condenéis hasta haberme oído! Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por qué os negasteis a oírme esta mañana? Tardará poco en verse

libre vuestro esposo, y entonces, ¡ay de mí!, ya no tendré recurso para hablaros. Oídme, pues, por última vez. Si vuestro padre ocasiona mi desventurada suerte, al menos concededme el triste consuelo de participaros que yo no me he atraído este infortunio por mi infidelidad. Si ratifiqué a Constanza la promesa de mi mano fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo no podía hacer otra cosa. Erame preciso engañar a la princesa por vuestro interés y por el mío, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenía esperanza de conseguirlo y había tomado mis medidas para romper aquella obligación; pero vos destruisteis mi plan, y disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparasteis un eterno dolor a dos corazones que un entrañable amor hubiera hecho perpetuamente felices.»

»Dió fin a este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperación, que Blanca se enterneció, y ya no le quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio, pero un momento después fué en ella más vivo el dolor de su desgracia. «¡Ah, señor!»—dijo—. Después de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estáis inocente. ¿Qué es lo que he hecho, desdichada de mí? ¡Engañóme mi resentimiento! Juzgué que me habíais abandonado y, arrebatada de despecho, recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah, infeliz! ¡Yo fuí la delincuente y yo misma fabriqué nuestra desgracia! ¡Conque cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazón de que me habíais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompía los lazos que había jurado hacer indisolubles! ¡Vengaos ahora, señor, pues os toca hacerlo! ¡Aborreced a la ingrata Blanca! ¡Olvidad!...» «¿Y os parece que lo podré

hacer, señora?—interrumpió Enrique tristemente—. ¡Qué! ¿Será posible arrancar de mi corazón una pasión que ni aun vuestra injusticia podrá sofocar?» «Con todo eso, señor—dijo suspirando la hija de Sifredo—, es menester que os esforcéis para conseguirlo.» «Y vos, señora—replicó el rey—, ¿seréis capaz de hacer ese esfuerzo?» «No me prometo lograrlo—respondió Blanca—, pero nada omitiré para ello; lo intentaré cuanto pueda.» «¡Ah, cruel!—exclamó el rey—. ¡Fácilmente olvidaréis a Enrique, puesto que tenéis tal pensamiento!» «Y vos, señor, ¿qué es lo que pensáis?—repuso Blanca con entereza—. ¿Os lisonjeáis de que os tolere continuar en obsequiarme? ¡No tengáis tal esperanza! Si no quiso el Cielo que naciese para reina, tampoco me formó para que diese oídos a ningún amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima Casa de Anjou, y aun cuando lo que debo sólo a él no fuera un obstáculo invencible a vuestros amorosos servicios, mi honor jamás podría permitirlos. Suplico, pues, a vuestra majestad que se retire y que haga ánimo de no volverme a ver.» «¡Oh qué tiranía!—exclamó el rey—. ¿Es posible, Blanca, que me tratéis con tanto rigor? ¡Conque no basta para atormentarme el que yo os vea esposa del condestable, sino que queréis además privarme de vuestra vista, único consuelo que me queda!» «¡Huid cuanto antes, señor!—respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas—. ¡La vista de lo que se ha amado tiernamente deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerlo! ¡Adiós, señor; retiraos de mi presencia! Debéis este esfuerzo a vuestra gloria y a mi reputación. También os lo pido por mi reposo, porque al fin, aunque mi virtud no se altera con los movimientos de mi corazón, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles que me cuesta extraordinarios esfuerzos resistirlos.»

»Pronunció estas últimas palabras con tanta energía, que, sin advertirlo, dejó caer al suelo un candelero que estaba en una mesa detrás de ella. Apagóse la bujía, cógela Blanca a tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se había acostado. Vuelve con luz, y apenas la vió el rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró repentinamente el condestable, con la espada en la mano, en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que ella; se llega a Enrique, lleno del resentimiento que su furor le inspiraba, y le dice; «¡Ya es demasiado, tirano! ¡No me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que haces a mi honor!» «¡Ah, traidor!—respondió el rey desenvainando la espada para defenderse—. ¿Piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente?» Dicho esto, principian un combate, sobremanera fogoso para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen demasiado pronto a los gritos que daba doña Blanca y le estorbasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin cautela. Fuera de sí de furor, él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte a parte hasta la guarnición. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado, se detuvo.

»Al ver la hija de Leoncio a su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, a pesar de la repugnancia con que le miraba. El infeliz esposo, lleno de resentimiento contra ella, no se enterneció ni aun a vista de aquel testimonio que le daba de su dolor y de su compasión. La muerte, que tenía tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los celos. En aquellos últimos momentos sólo se acordó de la fortuna de su competidor; idea tan ingrata y espantosa que, alentando su espíritu y

dando un momentáneo vigor a las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenía en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su mujer, diciéndole: «¡Muere, esposa infiel, ya que los sagrados vínculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me juraste al pie de los altares! ¡Y tú, Enrique—prosiguió con voz desmayada—, no te gloríes ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia! ¡Con esto muero contento!» Dijo estas palabras y expiró, pero con un semblante que, aun entre las sombras de la muerte, dejaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecía a la vista un espectáculo bien diverso. Había caído mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y la sangre de esta inocente víctima se confundía con la de su homicida, cuya ejecución fué tan pronta e impensada que no dió lugar al rey para precaver su efecto.

»Prorrumpió este príncipe malaventurado en un lastimoso grito cuando vió caer a Blanca; y más herido que ella del golpe que le quitaba la vida, acudió a prestarle el mismo auxilio que ella misma había querido prestar a su marido y del cual había sido tan mal recompensada; pero Blanca le dijo con voz desfallecida: «¡Señor, vuestra diligencia es inútil! ¡Soy la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable! ¡Quiera el Cielo que ella aplaque su cólera y asegure la felicidad de vuestro reino!» Al acabar estas palabras, Leoncio, que había acudido al eco de sus lamentosos ayes, entró en el cuarto, y atónito de ver los objetos que se presentaban a sus ojos, quedó inmóvil. Blanca, que no le había visto, prosiguiendo su discurso con el rey, «¡Adiós, señor!—le dijo—. ¡Conservad afectuosamente mi memoria, pues mi amor y mis desgracias os obligan a ello! Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre.

Respetad sus canas, compadeceos de su pena y haced justicia a su celo. Sobre todo, manifestad a todo el mundo mi inocencia; esto es lo que más principalmente os encargo. ¡Adiós, amado Enrique!... ¡Yo me muero!... ¡Recibid mi postrer aliento!»

»A estas palabras, expiró. Quedóse suspenso el rey, guardando por algún tiempo un profundo silencio. Rompióle en fin, diciendo a Sifredo: «¡Mira, Leoncio, la obra de tus manos! ¡Contémplala bien y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso celo por mi servicio!» Nada respondió el anciano: tan penetrado estaba de dolor. Pero ¿a qué fin empeñarme en querer referir lo que no cabe en ninguna explicación? Basta decir que uno y otro prorrumpieron en las más tiernas quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los afectos interiores.

»El rey conservó toda su vida la más dulce memoria de su amante, sin poderse jamás resolver a dar la mano a Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento, pero se vieron precisados a ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mando, y aun de su misma patria, el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose a España con Porcia, la única hija que le había quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años a la muerte de Blanca. Tuvo el consuelo de casar a Porcia, antes de morir, con don Jerónimo de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es—prosiguió la viuda de don Pedro de Pinares—la historia de mi familia y una fiel relación de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase a la posteridad un monumento de este funesto suceso.»

* * *

# Capítulo V

De lo que hizo doña Aurora de Guzmán luego que llegó a Salamanca.

Después de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oído esta historia, nos salimos de la sala, donde dejamos solas a doña Aurora y doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del día en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra, y cuando partimos al día siguiente, fué tan dolorosa su separación como pudiera serlo la de dos íntimas amigas acostumbradas toda la vida a la más dulce y tierna compañía.

Llegamos, en fin, a Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Alquilamos luego una casa enteramente amueblada, y la dueña Ortiz, según lo que habíamos tratado, se comenzó a llamar doña Jimena de Guzmán. Como había sido dueña tanto tiempo, no podía menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un paje y se encaminaron a una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si había algún cuarto desocupado, y habiéndole respondido que sí, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, expresando que era para un sobrino suyo que iba de Toledo a estudiar a Salamanca y al que esperaba aquel día.

Después que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento se trasladaron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó de suerte que parecía un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado, y a no ser la cara, que era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacía sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le había de servir de paje, y todos nos persuadimos que también ésta representaría bien su papel, así porque no era de las más hermosas como por tener cierto airecillo descarado muy a propósito para el personaje que le tocaba hacer. Después de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchamos allá. Metímonos en un coche y llevamos los baúles y la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramírez, nos recibió con el mayor agasajo y nos condujo a nuestro cuarto, donde comenzamos a trabar conversación con ella. Convinimos en la comida que nos había de dar y en lo que habíamos de pagarle cada mes. Preguntámosle después si tenía muchos huéspedes. «Por ahora—respondió—no tengo ninguno. Nunca me faltarían si quisiera recibir a todo género de gentes, pero mi genio no lo lleva y en mi casa sólo admito personas de distinción. Esta misma noche espero a uno que viene de Madrid a concluir sus estudios. Llámase don Luis Pacheco, caballero de veinte años lo más, que acaso conocerán ustedes o habrán oído hablar de él.» «No—respondió Aurora—. No ignoro que es de una familia ilustre, pero no sé sus cualidades, y habiendo de vivir en su compañía en una misma casa tendría particular gusto de saber qué hombre es.» «Señor—repuso la huéspeda mirando al fingido caballero—,

es un caballerito de linda cara, ni más ni menos que la vuestra, y desde luego aseguro que ambos os avendréis bien. ¡Vive diez, que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos más galanes y airosos de toda España!» «Según eso—replicó mi ama—, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil galanteos.» «¡Oh! En cuanto a eso—respondió la vieja—, debo confesar que es un enamorado de profesión. Basta que se deje ver para llevarse de calle a cualquier mujer. Entre otras robó el corazón de una joven y bella como ella sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en cuanto a su cariño hacia don Luis, es aquello que se llama locura. Su nombre es doña Isabel.» «Pero dígame—le replicó Aurora con prontitud—, ¿y don Luis la corresponde igualmente?» «Que la amaba antes que volviese a Madrid—respondió la Ramírez—, no tiene duda; pero si ahora la quiere o no la quiere, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de mujer en mujer como lo hacen comúnmente todos los de su edad y de su clase.»

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos a la ventana y vimos dos hombres que se apeaban, que eran el mismo don Luis Pacheco, que llegaba de Madrid con su criado. Dejónos la vieja para ir a recibirlos y preparóse mi ama, no sin alguna conmoción, a representar su personaje de don Félix. Poco después vimos entrar en nuestro cuarto a don Luis, con botas y espuelas, en traje de camino. «Acabo de saber—dijo saludando a doña Aurora—que un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el gusto que tengo de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía.» Mientras respondía mi ama a este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver a un

caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamás había visto hombre tan galán ni tan bien plantado. Después de varios discursos, acompañados de mil recíprocos y cortesanos cumplimientos, se retiró don Luis al cuarto que se le había destinado.

Mientras se hacía quitar las botas y se mudaba de ropa, un paje que le buscaba para entregarle una carta encontró por casualidad a doña Aurora en la escalera, y teniéndola por don Luis, a quien no conocía, «Caballero—le dijo—, aunque no conozco al señor don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar a usted si lo es, y estoy persuadido de que no me engaño, según las señas que me han dado.» «No, amigo—respondió mi ama con gran serenidad—, ciertamente que no te engañas y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan; has adivinado muy bien que soy don Luis Pacheco. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta.» Marchóse el paje, y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo abrió la carta y nos leyó lo que sigue: «Acabo de saber vuestra llegada a Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amáis todavía a vuestra Isabel? Aseguradle cuanto antes de que no os habéis mudado. Morirá de contento si le dais el consuelo de haberle sido fiel.»

«En verdad que el papel es apasionado—dijo Aurora—y muestra un alma del todo enamorada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien, juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de don Luis, haciendo cuanto me sea dable para que él no la vuelva a ver. La empresa es algo ardua, lo confieso, mas no desconfío de salir con ella.» Paróse a pensar sobre este punto, y un momento después añadió: «Yo me obligo a ver enemistados a los dos en menos de

veinticuatro horas.» Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su cuarto, volvió a buscarnos al nuestro y renovó la conversación con Aurora antes de cenar. «Caballero—le dijo en tono de zumba—, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida a Salamanca y que les ha de causar harta inquietud; yo, por lo menos, ya comienzo a temer mucho por mis damas.» «Oiga usted—le respondió mi ama en el mismo tono—, su temor no está mal fundado. Don Félix de Mendoza es un poco temible; así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad y sé por experiencia que en ella no son insensibles las mujeres.» «¿Qué prueba tiene usted de ello?», interrumpió don Luis con presteza. «Una demostrativa—replicó la hija de don Vicente—. Habrá un mes que transité por esta ciudad, y, habiéndome detenido en ella no más que ocho días, en este breve tiempo—os lo digo en toda confianza—se apasionó ciegamente de mí la hija de un anciano doctor en leyes.»

Conocí que se había turbado don Luis al oír estas palabras. «¿Y se podrá saber, sin pasar por indiscreto—replicó—, el nombre de esa señora?» «¿Qué llama usted sin pasar por indiscreto?—repuso el fingido D. Félix—. ¿Pues qué motivo puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me tenéis por más callado que lo son en este punto los de mi edad? ¡No me hagáis esa injusticia! Además de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin sólo es una pobre particular, y los hombres de distinción no se emplean seriamente en estas gentes de poca posición, y aun creen que les hacen mucho honor en quitarles el crédito. Diréos, pues, sin reparo, que la hija del tal doctor se llama Isabel.» «Y el tal doctor—interrumpió, impaciente ya, Pacheco—, ¿se llama acaso el señor Marcos de la Llana?»

«¡Justamente!—respondió mi ama—. Lea usted este papel que acaba de enviarme; por él verá si me quiere bien la tal niña.» Pasó los ojos don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. «¡Qué veo!—prosiguió entonces Aurora con admiración—. ¡Parece que se os muda el color! Creo, ¡Dios me lo perdone!, que tomáis interés por esa dama. ¡Oh y cuánto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!» «Antes bien, os doy gracias por ello—replicó don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho—. ¡Ah, pérfida! ¡Ah, inconstante! ¡Oh, don Félix, y qué favor os merezco! ¡Me habéis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo! Creía que me amaba. ¿Qué digo amaba? ¡Me parecía que me adoraba Isabel! Yo miraba con algún aprecio a esta muchacha, pero ahora veo que es una mujer digna de mi mayor desprecio.» «Apruebo vuestro noble modo de pensar—dijo Aurora, manifestando también por su parte mucha indignación—. ¡La hija de un doctor en leyes debiera tenerse por muy dichosa en que la quisiese un caballerito de tanto mérito como vos! No puedo disculpar su veleidad, y, lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla, despreciando sus favores.» «Por lo que a mí toca—dijo Pacheco—, juro no volverla a ver en toda mi vida, y ésta será mi única venganza.» «Tenéis sobrada razón—respondió el fingido Mendoza—. Pero, con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, sería yo de parecer que los dos le escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos a nuestra satisfacción. Yo los cerraré y se los enviaré en respuesta a su carta; mas antes de llegar a este extremo será bien que lo consultéis con vuestro corazón, no sea que algún día os arrepintáis de haber roto la amistad con Isabel.» «¡No, no!—interrumpió don Luis—. No pienso tener jamás

semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar a esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.»

Sin perder tiempo fuí yo mismo a traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron a componer dos papeles muy gustosos para la hija del doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para expresar sus sentimientos; y así, hizo pedazos cinco o seis billetes por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y a la verdad tenía razón para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: «Aprende ya a conocerte, reina mía, y no tengas la presunción de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en ti el menor atractivo que merezca mi atención mas que por un momento. Solamente puedes aspirar a los inciensos que te tributarán las hopalandas más miserables de la Universidad.» Escribió, pues, esta agradable carta, y cuando Aurora acabó la suya, que no era menos ofensiva, las cerró entrambas bajo una cubierta, y entregándome el pliego, «Toma, Gil Blas—me dijo—, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. ¡Ya me entiendes!», añadió guiñándome un ojo, señal cuyo significado entendí perfectamente. «Sí, señor—le respondí—, será usted servido como desea.»

Responderle esto, hacerle una cortesía y salir de casa todo fué uno. Luego que me vi en la calle, me dije a mí mismo: «¿Conque, señor Gil Blas, parece que se hace prueba de vuestro talento y que representáis en esta comedia el importante papel de criado confidente? ¡Sí, señor! ¡Pues, amigo mío, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta! El señor don Félix se contentó con hacerte una seña; fióse de tu penetración. ¿Comprendiste bien lo que aquella guiñada quiso

decir? Sí, por cierto: quísome dar a entender que entregase solamente el billete de don Luis.» No significaba otra cosa aquella guiñadura. No tuve en esto la menor duda. Conque, diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco y la llevó a casa del doctor Marcos, habiéndome antes informado de dónde vivía. Encontré a la puerta al mismo pajecito a quien había visto en la posada de los caballeros. «Hermano—le dije—, ¿seréis vos, por fortuna, el criado de la hija del señor doctor Marcos de la Llana?» Respondióme que sí en tono de mozo experto en estos lances, y yo le añadí: «Tenéis una fisonomía tan honrada y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo a suplicaros entreguéis a vuestra ama ese papelito de cierto caballero conocido suyo.» «¿Y quién es ese caballero?», me preguntó el pajecillo; y apenas le respondí que era don Luis Pacheco cuando, todo regocijado, me respondió: «¡Ah! Si el papel es de ese señorito, sígueme, pues tengo orden de mi ama de introducirte en su cuarto, que quiere hablarte.» Seguíle, en efecto, y llegué a una sala, donde muy presto se dejó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura; tanto, que me pareció no haber visto facciones más lindas en mi vida. Tenía un aire tan delicado y aniñado, que parecía ser de edad de quince años, sin embargo de que había más de treinta que caminaba por sí misma sin necesidad de andadores. «Amigo—me preguntó con cara risueña—, ¿eres criado de don Luis Pacheco?» «Sí, señora—le respondí—; tres semanas ha que entré a servir a su merced.» Y diciendo esto le entregué respetuosamente el fatal papel que se me había encargado. Leyóle dos o tres veces, con semblante de dudar lo que sus mismos ojos veían. Con efecto, nada esperaba menos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo, mordíase los labios y todos sus indeliberados movimientos hacían patente

lo que pasaba dentro de su corazón. Volvióse después hacia mí y me dijo: «Amigo mío, ¿don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? No comprendo su modo de proceder. Díme, amigo, si lo sabes: ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ¿Qué demonio le tiene poseído? Si quiere romper conmigo, ¿no sabría hacerlo sin ultrajarme con una carta tan grosera?» «Señora—le respondí afectando un aire lleno de sinceridad—, es cierto que mi amo no ha tenido razón para eso; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me dais palabra de guardar el secreto, yo os descubriré todo el misterio.» «Te ofrezco guardarlo—me respondió ella prontamente—; no temas que te perjudique; y así, explícate con toda libertad.» «Pues, señora—continué yo—, he aquí el caso en dos palabras. Un momento después que mi amo recibió vuestro papel, entró en la posada una dama tapada con un manto de los más dobles; preguntó por el señor Pacheco; hablóle a solas, y de allí a algún tiempo, al fin de la conversación, le oí decir estas precisas palabras: «Me juráis que nunca la volveréis a ver, pero no me contento con esto; es menester que ahora mismo le escribáis un billete, que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.» Sujetóse don Luis a todo lo que deseaba aquella mujer, y entregándome después el billete, me dijo: «Toma este papel, averigua dónde vive el doctor Marcos de la Llana y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano a su hija Isabel.» De aquí inferiréis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra y, por consiguiente, que mi amo poca o ninguna culpa ha tenido en esta maniobra.» «¡Oh Cielos!—exclamó ella—. ¡Pues esto es todavía más de lo que yo pensaba! ¡Más me ofende su infidelidad que las indignas e injuriosas expresiones que se atrevió a escribir su mano! ¡Ah,

infiel! ¡Ha podido contraer otra amistad!» Pero, revistiéndose de repente de altivez, añadió despechada: «¡Abandónese en buen hora libremente a su nuevo amor, que yo no pienso impedirlo! Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme a dejar libre el campo a mi competidora y que desprecio demasiado a un amante tan voltario para tener el menor deseo de atraérmelo de nuevo.» Diciendo esto me despidió y se retiró muy enojada contra don Luis.

Yo salí de casa del doctor Marcos de la Llana muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si quería aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme a nuestra posada, donde encontré cenando juntos a los señores Mendoza y Pacheco y en conversación, con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no había desempeñado mal mi comisión. «¿Conque ya estás de vuelta, Gil Blas?—me dijo en tono festivo—. ¡Ea, danos cuenta de tu embajada!» Tuve, para responder, que recurrir a mi talento. Dije que había entregado el pliego en mano propia a Isabel, la que, después de haber leído los dos dulcísimos y tiernísimos papeles, prorrumpió en grandes carcajadas, como una loca, diciendo: «¡Por vida mía que los dos señoritos escriben con bellísimo estilo! ¡No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo!» «Eso—dijo mi ama—se llama sacar el caballo o salir del atolladero airosamente. ¡En verdad que la tal señora mía es una chula de prueba y muy diestra!» «Desconozco enteramente en esta ocasión a doña Isabel—interrumpió don Luis—; la tenía en muy distinto concepto.» «Yo también—replicó Aurora—había formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mujeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de

éstas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir; parecía la mujer más juiciosa y más honesta que había en todo el mundo.» «Así es—respondí yo introduciéndome en la conversación—; era capaz de engañar al más astuto, y aun a mí mismo me hubiera engañado.»

Dieron grandes carcajadas el fingido Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta suerte; y lejos de desaprobar el que yo me tomase la libertad de mezclarme en su conversación, me dirigían a menudo la palabra para divertirse con mis respuestas. Proseguimos nuestros razonamientos sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mujeres, y el resultado de nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesión. Don Luis protestó de nuevo que jamás la volvería a ver y, a ejemplo suyo, don Félix juró que siempre la miraría con el más alto desprecio. Acabadas estas protestas, estrecharon más su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrían reservada uno para otro; antes bien, que todas se las comunicarían recíprocamente. Sobremesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y después se separaron para irse a dormir cada cual a su cuarto. Yo acompañé a Aurora hasta el suyo, donde di fiel y verdadera cuenta de la conversación que había tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia más menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. «Querido Gil Blas—me dijo—, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasión en que es preciso recurrir a invenciones y estratagemas, es gran fortuna tener un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interés en nuestros asuntos. ¡Animo, pues, amigo mío! ¡Nos hemos sacudido de una

mujer que podía hacernos mal tercio! No me descontenta el principio, pero como los lances de amor están sujetos a varias revoluciones, soy de parecer que cuanto antes acometamos nuestra ideada empresa y que desde mañana empiece a representar su papel Aurora de Guzmán.» Aprobé el pensamiento y, dejando al señor don Félix con su paje, me retiré al cuarto donde tenía mi cama.

* * *

# Capítulo VI

De qué ardides se valió Aurora para que la amase don Luis Pacheco.

El primer cuidado de los dos buenos amigos fué reunirse al día siguiente, y comenzaron con abrazos, que Aurora se vió precisada a dar y recibir para hacer bien el personaje de don Félix. Fueron juntos a pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindrón, criado de don Luis. Parámonos a la puerta de la Universidad a leer varios carteles de libros que acababan de fijar a la puerta. Había también leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo que hacía crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atención y me persuadí también de que él creía merecer que le escuchasen. Parecía vano y hombre de tono decisivo, como lo suelen ser la mayor parte de las personas chiquitas. «Esa nueva traducción de Horacio que anuncia ese cartel con letras gordas—decía a los circunstantes—es una obra en prosa compuesta por un autor viejo del colegio, libro muy estimado de los escolares, que han agotado de él ya cuatro ediciones, sin que ningún inteligente haya comprado siquiera un ejemplar.» No era más favorable la crítica que hacía de los demás libros. Todos los motejaba sin caridad; probablemente sería algún autor. Yo de buena gana le hubiera

estado oyendo hasta que acabase de hablar, pero me fué preciso seguir a don Luis y a don Félix, que, fastidiados de aquel hombrecillo y no importándoles poco ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino, alejándose de él y de la Universidad.

Llegamos a la posada a la hora de comer. Sentóse mi ama a la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversación recayese sobre su familia. «Mi padre—dijo—es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo; mi madre es hermana carnal de doña Jimena de Guzmán, que hace pocos días vino a Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo a su sobrina doña Aurora, hija única de don Vicente de Guzmán, a quien quizá habrá usted conocido.» «No—respondió don Luis—, pero he oído hablar mucho de él, igualmente que de Aurora, vuestra prima. Decidme si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita; me han asegurado que es sin igual en hermosura y entendimiento.» «En cuanto a entendimiento—respondió don Félix—, es cierto que no le falta, y también lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto a hermosura no creo que sea tanta como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho.» «Siendo eso así—replicó prontamente don Luis—, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares; vuestra tez, muy delicada, y así, no puede menos de ser linda vuestra prima. Yo tendría mucho gusto en verla y hablar con ella.» «Desde luego me ofrezco a satisfacer vuestra curiosidad—repuso el fingido Mendoza—; hoy mismo, después de comer, iremos los dos a casa de mi tía.»

Mudó entonces de conversación mi ama y empezaron los dos a hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponían para ir a casa de

doña Jimena, me anticipé yo a prevenir a la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente a la posada para acompañar a don Félix, quien, finalmente, condujo al señor don Luis a casa de su tía. Apenas entraron en ella cuando se encontraron con doña Jimena, que les hizo seña de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja: «¡Paso, pasito! No despierten ustedes a mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que la pobre niña se retiró a descansar un poco.» «Siento mucho esa indisposición—dijo Mendoza aparentando sentimiento—, porque esperaba tener el gusto de que viésemos a mi prima, pues quería hacer este obsequio a mi amigo Pacheco.» «No es eso tan urgente—respondió la Ortiz sonriéndose—; pueden ustedes dejarlo para mañana.» Detuviéronse un rato los dos caballeritos con la vieja, y después de una breve conversación se retiraron.

Condújonos don Luis a casa de un amigo suyo, llamado don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del día; cenamos con él, y dos horas después de media noche volvimos a la posada. Habríamos andado como la mitad del camino cuando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creíamos que serían algunos infelices recién asesinados y nos paramos a socorrerlos, en caso de llegar a tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, cuanto lo podía permitir la obscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos y dió orden a sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinión, haciendo mejor juicio, luego que nos oyó hablar, y mucho más cuando, a la luz de una linterna sorda, descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco.. Mandó a los

alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser un licenciado gordo y su criado, atestados enteramente de vino y perfectamente borrachos. «Señores—exclamó un ministril—, conozco muy bien a este gran bebedor; es el señor licenciado Guiomar, rector de nuestra Universidad. Aquí donde ustedes le ven es un grande hombre, un talento extraordinario. No hay filósofo a quien no confunda en un argumento; tiene una facundia sin igual. ¡Lástima es que sea tan inclinado al vino, a pleitos y a mujeres! Ahora vendrá de cenar con su Isabelilla, en donde, por desgracia, él y el que le guía se habrán emborrachado, y ambos han caído en el arroyo. Antes que el buen licenciado fuese rector le sucedía esto con bastante frecuencia. Los honores, como ustedes ven, no siempre mudan las costumbres.» Nosotros dejamos a los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos a casa, y nos fuimos a la nuestra, donde cada uno trató de irse a dormir.

Don Félix y don Luis se levantaron al día siguiente a eso del mediodía, y vueltos a reunir, su primera conversación fué de doña Aurora de Guzmán. «Gil Blas—me dijo mi ama—, vé a casa de mi tía doña Jimena y pregúntale de mi parte si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy a ver a mi prima.» Partí al punto a desempeñar mi comisión, o, por mejor decir, a quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habíamos de gobernar, y después que tomamos nuestras medidas puntuales volví con la respuesta al fingido Mendoza y le dije: «Vuestra prima Aurora está muy buena; ella misma me ha encargado os asegure que vuestra visita le será del mayor agrado, y doña Jimena me encomendó afirmase al señor Pacheco que siempre será muy bien recibido en su casa por vuestra recomendación.»

Conocí que estas últimas palabras habían gustado mucho a don Luis. También lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un dichoso presagio. Poco antes de comer vino a la posada el criado de doña Jimena y dijo a don Félix: «Señor, un hombre de Toledo fué a preguntar por su merced en casa de su señora tía y dejó en ella este billete.» Abrióle el fingido Mendoza y leyó en él estas cláusulas, en voz que las pudiesen oír todos: «Si queréis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leído éste venid prontamente al mesón del *Caballo Negro*, cerca de la Universidad.» «Tengo grandes deseos de saber cuanto antes estas noticias que tanto me interesan para no satisfacer mi curiosidad al momento. ¡Hasta luego, Pacheco!—continuó—. Si no volviere dentro de dos horas, podéis ir vos solo a casa de mi tía, adonde concurriré yo también después de comer. Ya sabéis el recado que os dió Gil Blas de parte de doña Jimena; en virtud de él podéis con franqueza hacer esta visita.» Diciendo esto, salió de casa, mandándome le siguiese.

Ya se deja discurrir que en vez de tomar el camino del mesón del *Caballo Negro* nos fuimos derechitos a casa de la Ortiz y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos rubios, lavóse y restregóse muy bien las cejas, vistióse de mujer y quedó como naturalmente era: una trigueña hermosa. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que doña Aurora y don Félix parecían dos personas diferentes; y aun en traje de mujer parecía más alta que vestida de hombre; bien es verdad que los grandes tacones aumentaban la estatura. Luego que a su hermosura añadió los demás auxilios que el arte podía prestarle, esperó a don Luis, con una agitación mezclada de recelo y de esperanza. Unas veces confiaba en su talento y en su hermosura y otras temía que le saliese mal aquella

tentativa. La Ortiz se dispuso por su parte lo mejor que pudo para ayudar a su ama. Por lo que hace a mí, como no convenía que Pacheco me viese en aquella casa, y como—a semejanza de aquellos actores que sólo aparecen en el teatro cuando está para concluirse la comedia—no debía parecer en ella hasta el fin de la visita, salí así que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido cuando llegó don Luis. Recibióle doña Jimena con el mayor agrado y tuvo con Aurora una conversación que duró de dos a tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome a don Luis, le dije: «Caballero, mi amo don Félix suplica a usted se sirva perdonarle si hoy no puede venir, porque está con tres hombres de Toledo de quienes no puede desembarazarse.» «¡Ah libertinillo!—exclamó doña Jimena—. ¡Sin duda estará de jarana!» «No, señora—repliqué yo prontamente—; está en realidad con aquellos hombres, tratando de negocios muy serios. Es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí, y me ha encargado decíroslo, igualmente que a doña Aurora.» «¡Oh! ¡Yo no admito sus disculpas!—repuso mi ama chanceándose—. Sabiendo que he estado indispuesta, debía mostrar más atención con las personas que le son tan allegadas. ¡En castigo de esta falta no quiero verle en dos semanas!» «¡Ah, señora—dijo entonces don Luis—, no toméis tan cruel resolución! Sóbrale a don Félix por castigo el no haberos visto hoy.»

Después de haberse chanceado algún tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de traje y volvióse a poner su vestido de caballero. Trasladóse a la posada lo más breve que le fué posible, y apenas entró dijo a don Luis: «Perdonadme, amigo, si no pude ir a buscaros a casa de mi tía. Halléme con unas gentes tan pesadas

que no pude, por más que hice, desenredarme de ellas. Lo único que me consuela es que, a lo menos, habéis tenido lugar para satisfacer vuestra curiosidad y vuestros deseos. Y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? Decídmelo ingenuamente.» «¿Qué me ha de parecer?—respondió Pacheco—. ¡Me ha hechizado! Tenéis razón en decir que los dos sois muy parecidos. ¡En mi vida he visto facciones más semejantes! ¡El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca y hasta el mismo eco de voz! No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo más alta; es trigueña, y vos rubio; sois festivo, y ella seria. Eso únicamente os diferencia uno de otro. En cuanto a entendimiento—continuó—, no cabe más. ¡En una palabra: es una dama de mérito extremado!»

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas palabras, que don Félix le dijo sonriéndose: «Pésame, amigo, de haberos proporcionado este conocimiento con doña Jimena, y si queréis creerme, no volváis más a su casa; os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzmán podría insensiblemente quitaros el sosiego e inspiraros una pasión.» «¡No necesito volverla a ver—interrumpió don Luis—para estar ya ciegamente prendado de ella! El mal, si lo hay, está hecho.» «Tanto peor para vos—replicó el fingido Mendoza—, porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es doña Isabel. Os hablo claro, como amigo; no es mujer capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real.» «*¿Por el camino real?*—repitió don Luis—. ¿Y puede irse por otro hacia una señorita de su calidad? ¡Es agraviarme el creerme capaz de mirarla con ojos profanos! ¡Conocedme mejor, mi querido Mendoza! ¡Ah! ¡Yo me tendría por el más dichoso de todos los hombres si aprobara mi solicitud y quisiera unir su suerte con la mía!» «¡Oh don

Luis!—repuso don Félix—. Supuesto que pensáis de ese modo, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio a ellos, procurando ganar a mi tía, que tiene mucho ascendiente sobre mi prima.»

Pacheco dió mil gracias al caballero que le hacía una oferta tan apreciable, y mi ama y yo vimos con gusto que no podía dirigirse mejor nuestra estratagema. El día siguiente añadimos algunos grados más al amor de don Luis con otra invención. Pasó Aurora a su cuarto después de suponer que había ido a hablar con doña Jimena como para interesarla en su favor, y le dijo así: «Hablé a mi tía, y no me costó poco reducirla a que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos. Yo no sé quién le había metido en la cabeza que erais un libertino; lo cierto es que alguno le ha dado una idea poco favorable de vuestras costumbres. Por fortuna, tomé vuestro partido con tal tesón, que logré por último desimpresionarla del todo. No obstante—prosiguió Aurora—, a mayor abundamiento, quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tía, para asegurarnos más de su favor y de su apoyo.» Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto antes con doña Jimena, y don Félix procuró que lograse esta satisfacción la mañana del día siguiente, bastante temprano. Condújole él mismo a la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversación, en la cual dió muy bien don Luis a conocer el mucho terreno que el amor había ganado en su corazón en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna afición que mostraba a su sobrina y le ofreció hacer cuanto estuviese de su parte para persuadirla a que le diese su mano. Arrojóse Pacheco a los pies de tan buena tía y le rindió mil gracias. A este tiempo preguntó don Félix si su

prima se había levantado. «No—respondió la dueña—; todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan ustedes esta tarde y le hablarán cuanto quieran.» Respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de don Luis, a quien se le hizo eterno el resto de aquella mañana. Restituyóse, pues, a su posada, en compañía del fingido Mendoza, quien tenía la mayor complacencia en observar todos sus movimientos y en descubrir en ellos todas las señales de un amor verdadero.

Toda la conversación fué acerca de Aurora. Acabada la comida, dijo don Félix a Pacheco: «Ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que yo me adelante un poco a casa de mi tía para hablar a solas a mi prima y averiguar, si puedo, el estado de su corazón en orden a vuestra persona.» Aprobó don Luis esta idea; dejó salir primero a su amigo y él le siguió una hora después. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que cuando llegó su amante ya estaba vestida de mujer. Después de haber saludado a doña Aurora y a su tía, dijo don Luis: «Yo creí encontrar aquí a don Félix.» «Está escribiendo en mi gabinete—respondió doña Jimena—y presto saldrá.» Quedó satisfecho don Luis con esta respuesta y empezó a entablar conversación con las dos. Sin embargo, a pesar de la presencia del objeto amado, notó que las horas pasaban sin que Mendoza saliese, y no pudo ya don Luis disimular más su extrañeza. Aurora mudó de repente de tono, echóse a reír y dijo: «¿Es posible, señor don Luis, que no hayáis aún sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? Pues qué, ¿unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayáis dejado engañar hasta ese punto? Desengañaos, caballero—prosiguió volviendo a su natural

seriedad—; acabad de conocer que don Félix de Mendoza y doña Aurora de Guzmán son una misma persona.»

No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó también la flaqueza de su pasión y todos los pasos que esta misma le había sugerido para reducirle al estado en que le veía. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que oía y veía. Echóse a los pies de mi ama y, lleno de gozo, le dijo: «¡Ah, bella Aurora! ¿Puedo creer con efecto que yo soy el hombre dichoso que ha merecido a tu bondad tan finas demostraciones? ¿Qué puedo hacer para agradecerlas? ¡Un amor eterno no sería suficiente para pagarlas!» A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas expresiones, después de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debían tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente a Madrid, donde se desenlazaría nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince días se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentación y un sinnúmero de diversiones.

* * *

# Capítulo VII

Muda Gil Blas de acomodo, pasando a servir a don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas después de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo: «Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que don Gonzalo Pacheco, tío de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de ti, que me ha pedido te persuada a que vayas a servirle. Es un señor ya de días, pero de bellísimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.»

Di mil gracias a Aurora por sus favores, y como ya no necesitaba de mí, acepté con tanto más gusto el partido que me proporcionaba cuanto que yo no salía de entre la familia. Fuí, pues, una mañana, de parte de la recién casada, a casa del señor don Gonzalo, que todavía estaba en la cama, aunque era cerca de mediodía. Entré en su cuarto y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un paje. Tenía el buen viejo los bigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos y casi amortiguados, un rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que, habiendo sido muy libertinos en la mocedad, no son más contenidos en la vejez. Recibióme con agrado y me dijo que si le quería servir con el mismo celo

con que había servido a su sobrina podía contar con que me haría feliz. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligación en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Heme aquí, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurrección de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo alto y tan seco que si se le viese en cueros sería a propósito para aprender la osteología; las piernas eran tan chupadas que, aun después de tres o cuatro pares de medias que se puso, me parecían delgadísimas. Además de eso, esta momia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate, y mandando después que le trajesen papel y tinta, escribió un billete, que cerró y entregó al paje que le había servido el caldo, para que le llevase a su destino. Apenas partió éste cuando, volviéndose a mí, me dijo: «Amigo Gil Blas, de aquí en adelante pienso que seas tú confidente de mis encargos, particularmente los respectivos a doña Eufrasia, que es una joven a quien amo y de quien soy tiernamente correspondido.»

«¡Santo Dios!—dije prontamente para mi capote—. ¿Y cómo podrán los mozos dejar de creer que los aman, cuando este viejo chocho está persuadido de que le idolatran?» «Hoy mismo—prosiguió él—irás conmigo a casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy lejos de imitar a aquellas loquillas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, es ya de un entendimiento claro y de un juicio maduro; no busca en los hombres sino el buen modo de pensar y prefiere a la belleza del rostro una persona que sepa amar.» No limitó a sólo esto el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme de que era un compendio de

todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Después de haber cursado en la escuela de las comediantas y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí—por complacerle únicamente—que le creía; y aun hice más, pues no sólo alabé la discreción y el buen gusto de doña Eufrasia, sino que me adelanté a decir que ella tampoco podría encontrar otro sujeto más amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; antes por el contrario tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular a los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas más desmedidas.

Después de esta conversación, comenzó el viejo a arrancarse con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba; se lavó los ojos, que estaban llenos de legañas; lo mismo hizo con los oídos, manos y cara; y concluídas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador más tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en desmentir el estrago de los años. No bien había acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demás. Este traía sus venerables canas descubiertas, se apoyaba en un bastón y, en vez de querer parecer joven, mostraba hacer alarde de su ancianidad. «Amigo Pacheco—dijo luego que entró—, vengo a comer contigo.» «¡Bien venido, conde!», le respondió mi amo. Y al mismo tiempo se abrazaron y pusieron a hablar mientras se hacía hora de sentarse a la mesa. Al principio fué la conversación sobre una corrida de toros que pocos días antes se había celebrado, y hablaron de los picadores que habían mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto, el viejo conde, a manera de aquel otro Néstor, a quien todas las cosas presentes le servían de

ocasión para alabar las pasadas, dijo suspirando: «¡Ya no se hallan hoy los hombres que se veían en otros tiempos! Ni los toros ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacían en nuestra mocedad.»

Yo me reía interiormente de la ridícula preocupación del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente a los toros y a los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa dijo, mirando unos excelentes melocotones que se habían puesto en ella: «En mi tiempo eran mucho mayores los melocotones de lo que son ahora. ¡La Naturaleza se debilita cada día!» «¡Según eso—dije yo entonces para mí sonriéndome—, los melocotones en tiempo de Adán debían ser de enorme tamaño!»

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que éste se desembarazó de él, salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuimos derechos a la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecía una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo menos a los treinta. Podía pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras, sobresalían en ella el juicio, la modestia y la penetración. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decía. Consideréla yo con no poca admiración y dije: «¡Oh Cielos! ¿Es posible que pueda ser disoluta una mujer al parecer tan modesta?» Y es que vivía yo persuadido de que necesariamente había de ser desenvuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse a todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus

manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con éstos serán intrépidas y casi locas; si agrada a otros el sosiego y compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color según el genio y el humor de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas; antes se le hacían insufribles, y para que le agradase una mujer era menester que tuviese cierto aire de modestia. Así, Eufrasia, gobernándose por esta idea, hacía ver que había más comediantas que las que representan en los teatros. Dejé a mi amo con su ninfa y pasé a una sala, donde me encontré con una ama de gobierno, vieja, que yo había conocido cuando era criada de una comedianta. Ella también me conoció inmediatamente y representamos una escena de reconocimiento digna de una comedia. «¿Aquí estás, amigo Gil Blas?—me dijo llena de alegría,—. ¿Según eso, has salido de casa de Arsenia, como yo de la de Constanza?» «Así es—respondí yo—; mucho tiempo ha que la dejé, y después entré a servir a una señora de distinción, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir a Arsenia ni una palabra.» «Hiciste muy bien—me respondió la vieja, que se llamaba Beatriz—, y poco más o menos lo hice con Constanza. Una mañana le di mi cuenta, luego que me levanté; ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos; como dicen, a la francesa.» «Mucho celebro—repuse yo—que tú y yo nos hallemos en casa más honorífica. Doña Eufrasia me parece señora de distinción y la creo de muy buen carácter.» «No te engañas en eso—respondió Beatriz—. Mi ama es una mujer bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al

genio, será difícil hallar otra más sosegada ni más apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran qué decir, gritan sin cesar, mortifican a todos los criados y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no la he oído reñir siquiera una vez: tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no le gusta, me lo reprende sin enfado y sin prorrumpir en aquellos dicterios de que tanto usan las mujeres soberbias.» «También mi amo—repliqué yo—es un señor muy afable; se familiariza conmigo y me trata como a un igual más bien que como a un criado. En una palabra, es el caballero mejor del mundo; en cuanto a esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas.» «¡Mil veces mejor!—repuso Beatriz—. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo así que la de entonces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra más hombre que el señor don Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo a otro que a ti, de lo que me alegro mucho. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y más de una vez tuve envidia a Laura porque eras tan amigo suyo. Pero, en fin, no desconfío de ser tan dichosa como ella, pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en recompensa, detesto la volubilidad, cuya prenda ningún hombre puede remunerar suficientemente; en punto a fidelidad, soy una tortolilla.»

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas a brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretendería, no tuve la menor tentación de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiera recelar que la despreciaba; antes bien, tuve la advertencia de hablarle en términos que no perdiese la esperanza de reducirme a corresponderla. Yo me imaginaba haber conquistado a una criada vieja, pero también me engañé

miserablemente en esta ocasión. Galanteábame ella no sólo por mi linda cara, sino para granjearme a favor de los intereses de su ama, a quien tenía tanto amor que ningún medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí a entregar a doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme con agrado y me dijo mil cosas cariñosas, y la criada dió también su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomía; otra hallaba en mí cierto aire de moderación y de prudencia. Al oír a las dos, mi amo poseía un tesoro en mi persona. En una palabra, me alabaron tanto que desconfié de sus elogios. Desde luego penetré el fin de ellos, pero los oía con una aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé a aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

«Escucha, Gil Blas—me dijo doña Eufrasia—: en ti consiste hacer tu fortuna. Procedamos todos de acuerdo, amigo mío. Don Gonzalo es viejo; su salud, muy delicada; una calenturilla, ayudada de un buen médico, basta para echarle a la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le restan y gobernémonos de modo que me deje a mí la mejor parte de sus bienes. A ti te tocará una buena porción; así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid.» «Señora—le respondí—, disponga usted a su arbitrio de este su fiel servidor; solamente le suplico me diga lo que debo hacer, y lo demás déjelo por mi cuenta, que espero se dará por bien servida.» «Pues, ahora bien—repuso ella—, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente a tu amo y darme razón puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él, procura con arte introducir la conversación sobre las mujeres, y toma de aquí ocasión para, con destreza y

maña, decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia, en cuanto te sea posible. Espía con sagacidad si algún pariente suyo le hace la corte con la mira a su herencia y avísame sin perder un instante, que yo los echaré a pique. No te pido más. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo; sé el modo de hacerlos ridículos a los ojos de éste, y ya he desconceptuado en su ánimo a sus primos y sobrinos.»

Por esta instrucción, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mujeres que sólo se dedican a complacer a viejos generosos. Pocos días antes había obligado a don Gonzalo a vender una posesión, cuyo precio le regaló. Todos los días le chupaba algo, y además de eso esperaba que no la olvidaría en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedía; mas, por no disimular nada, confieso que cuando volvía a casa iba muy dudoso sobre si contribuiría a engañar a mi amo o a apartarle de su querida. Este último partido me parecía más honrado que el otro, y me sentía más inclinado a cumplir con mi obligación que a faltar a ella. Consideraba por otra parte que, en suma, nada de positivo me había ofrecido Eufrasia, y quizá por esto, más que por otro motivo, no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con celo a don Gonzalo, persuadido de que si lograba arrancarle del lado de su ídolo sería mejor recompensado por una acción buena que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me había propuesto, fingí dedicarme enteramente a servir a doña Eufrasia. Hícele creer que continuamente estaba hablando de ella a mi amo, y sobre este supuesto, le embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos evangelios; artificio con el

cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el más ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento, aparenté también estar enamorado de Beatriz, la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos cuadros diferentes, pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo, seco y amarillo, como ya le he retratado, parecía un moribundo en la agonía cuando miraba a su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conocíase que había cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez y mueren cargadas de los despojos de dos o tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los días a casa de Eufrasia; muchas veces iba solo, particularmente de día; y a cualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella a hombre, ni menos a mujer alguna, que me diese malas sospechas o modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiración, porque no acertaba a comprender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel a don Gonzalo una mujer joven y hermosa.

Pero en esta admiración no había juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, como pronto veremos, para hacer más tolerable el tiempo que tardaba en heredar a don Gonzalo, se había provisto de un amante más proporcionado a sus años.

Cierta mañana, muy temprano, fuí a entregar un billete a la tal niña de parte de mi amo, según la costumbre diaria. Hízome entrar en su cuarto y divisé en él los pies de un hombre que estaba escondido detrás de un tapiz. No di la más mínima señal de que le veía, y así que desempeñé mi encargo me salí, sin dar a entender que hubiese notado cosa alguna; pero aunque no debía sorprenderme este objeto, y más cuando en nada me perjudicaba a mí, no dejó, con todo, de inquietarme mucho. «¡Ah, malvada!—decía yo con enfado—. ¡Ah, traidora Eufrasia! ¡No te contentas con engañar a un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas a otro amante para hacer más abominable tu villana traición!» Pero, bien mirado, era yo muy necio en discurrir de esta suerte. Antes debía reírme de aquella aventura y mirarla como una compensación del fastidio y de los malos ratos que Eufrasia sufría con el trato de mi amo. A lo menos hubiera hecho mejor en no hablar palabra que en valerme de esta ocasión para acreditarme de buen criado. Pero en vez de moderar mi celo, abracé con mayor calor los intereses de don Gonzalo y le hice puntual relación de lo que había visto, añadiendo que doña Eufrasia había solicitado corromper mi fidelidad, y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me había dicho, de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que decía; pero mis respuestas fueron tales que le quitaron la satisfacción de poder dudarlo. Quedó atónito y asombrado de lo que había oído, y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó a su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podía parecer presagio de que Eufrasia pagaría su infidelidad. «¡Basta, Gil Blas!—me dijo—. Estoy sumamente agradecido al celo y amor que me muestras; me agrada infinito tu honrada

lealtad. Ahora mismo voy a casa de Eufrasia a llenarla de reconvenciones y a romper para siempre la amistad con esta ingrata.» Diciendo esto, salió efectivamente, y se fué en derechura a su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que había de hacer si me hallaba presente a la averiguación de aquellos hechos.

Mientras tanto, quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que, a vista de tan poderosos motivos para quejarse de su ninfa, volvería desviado de sus atractivos, o cuando menos resuelto a una eterna separación. Con este alegre pensamiento me daba a mí mismo el parabién de mi obra; me representaba el placer que tendrían los herederos legítimos de don Gonzalo cuando supiesen que su pariente ya no era juguete de una pasión tan contraria a sus intereses; me figuraba que todos se me confesarían obligados, y, en fin, que iba yo a distinguirme de los demás criados, más dispuestos por lo común a mantener a sus amos en sus desórdenes que a retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor y me lisonjeaba de que me tendrían por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas después, porque volvió mi amo y me dijo: «Amigo Gil Blas, acabo de tener una conversación muy acalorada con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve; llenéla de improperios; pero ¿sabes lo que me respondió? Que hacía mal en dar crédito a criados. Sostiene con empeño que me has hecho una relación falsa. Si he de creerla, tú no eres más que un impostor, un criado vendido a mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarías medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la vi derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas. Me ha jurado por cuanto hay de más sagrado que ni te había hecho la más mínima proposición ni ve a ningún hombre. Lo mismo me aseguró

Beatriz, que me parece mujer honrada e incapaz de mentir; de modo que, contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.» «¿Pues qué, señor—interrumpí yo con sentimiento—, dudáis de mi sinceridad, desconfiáis de...?» «No, hijo mío—repuso él—. Te hago justicia; no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos; estoy persuadido de que sólo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver, y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido a Eufrasia tu acusación. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de amarla. Así lo quiere mi estrella; y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que exige de mi amor; este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas—continuó—, y te aseguro que no he consentido en ello sin aflicción; mas no puedo pasar por otro punto; compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que ya he pensado colocarte con una señora amiga mía, en cuya casa lo pasarás perfectamente.»

Quedé mortificadísimo al ver que mi celo había redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces a Eufrasia y lamenté la flaqueza de don Gonzalo en haberse dejado dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa sólo por complacer a su dama no hacía la acción más honrosa. Para cohonestar su poco espíritu y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la píldora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el día siguiente a casa de la marquesa de Chaves. Díjole en mi presencia que era yo un mozo de buenas prendas y que él me quería mucho, pero que por ciertos respetos de familia se veía precisado a su pesar a quedarse sin mí, y le suplicaba con el mayor

encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me vi de repente con nueva ama y en nueva casa.

* * *

# Capítulo VIII

Carácter de la marquesa de Chaves, y personas que ordinariamente la visitaban.

Era la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta y bien proporcionada. No tenía hijos y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca vi mujer más seria ni que menos hablase. Con todo eso, era celebrada en Madrid y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuía más que todo a esta universal reputación era la concurrencia a su casa de los primeros personajes de la corte, así en nobleza como en literatura; problema que yo no me atreveré a decidir. Sólo diré que bastaba oír su nombre para conceptuar que el que allí concurría era de un gran talento, y que su casa la llamaban por excelencia el *tribunal de las obras ingeniosas*.

Con efecto, todos los días se leían en ella, ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada a toda composición jocosa. La mejor comedia o la novela más ingeniosa y más alegre no se miraba sino como una pueril y ligera producción que no merecía alabanza alguna. Por el contrario, la más mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga, pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio

humano. Pero sucedía tal vez que el público no se conformaba con la decisión del *tribunal*; antes bien, censuraba sin reparo las obras que habían sido en él muy aplaudidas.

La marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo almohadones para las damas, sillas para los caballeros y cada cosa en su respectivo sitio, quedándome después en la antesala para anunciar e introducir a los que llegaban. El primer día, conforme yo los iba introduciendo, el ayo de pajes, que casualmente se hallaba entonces conmigo en la antesala, me los pintaba graciosamente. Llamábase Andrés de Molina el tal ayo, y aunque era naturalmente aéreo y burlón, no le faltaba entendimiento. El primero que se presentó fué un obispo. Anuncié su venida, y después que hubo entrado, me dijo el maestro de pajes: «Ese prelado es de un carácter bastante gracioso. Tiene algún valimiento en la Corte, mas no tanto como quiere persuadir. Ofrécese a servir a todos y a ninguno sirve. Encontróle un día en la antecámara del rey un caballero, que le saludó. Detúvole el obispo, hízole mil cumplimientos, le cogió la mano, apretósela, y le dijo: «Soy todo de vuestra señoría. No me niegue el favor de acreditarle mi amistad, pues no moriré contento si no logro alguna ocasión de servirle.» Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se habían separado cuando el obispo, volviéndose a uno de los que iban a su lado, le dijo: «Quiero conocer a este hombre y no me acuerdo quién es; sólo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte.»

Poco después del obispo se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, a quien hice entrar inmediatamente en el cuarto de mi ama. Así que entró,

me dijo el señor Molina: «Este señorito es también un ente raro. Va a una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversación con él una o dos horas y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto a que había ido.» A este tiempo, viendo el ayo de los pajes llegar a dos señoras, añadió: «Ve aquí a doña Angela de Peñafiel y a doña Margarita de Montalván. Estas dos señoras en nada se parecen una a otra; doña Margarita presume de filósofa, se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca y ninguno la ha visto ceder jamás a sus argumentos; doña Angela, por el contrario, aunque es verdaderamente instruída, nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos; sus discursos, sólidos, y sus expresiones, delicadas, nobles y naturales.» «Este segundo carácter—le respondí yo—es un carácter muy amable; pero el otro me parece que cae muy mal en el bello sexo.» «¿Qué dice usted *muy mal en el bello sexo*?—replicó Molina prontamente—. Es tan fastidioso aun en los hombres, que a muchos hace ridículos. También nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia, pero se disputará mucho.»

Al acabar estas palabras, vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. «Este es—me dijo—uno de aquellos entes serios que quieren pasar por hombres de gran talento a favor de su silencio o de algunas sentencias de Séneca y que, examinados de cerca, no son más que unos pobres mentecatos.» Tras de éste entró un caballerito de bastante buena presencia, pero con aire de hombre pagado de sí mismo. Pregunté a Molina quién era, y me respondió: «Es un poeta dramático, el cual ha compuesto cien mil versos en su vida, que no le han valido cuatro cuartos; pero, en recompensa, con

sólo seis renglones en prosa acaba de formarse una buena renta.»

Iba a decirle que me explicase en qué había consistido el haber logrado a tan poca costa aquella fortuna, cuando oí un gran rumor en la escalera. «¡Bravo!—exclamó el maestro de pajes—. ¡Aquí tenemos al licenciado Campanario, que se deja oír mucho antes que se le vea! Comienza a hablar en voz alta desde la puerta de la calle y no lo deja hasta que vuelve a salir por ella.» Con efecto, resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanario, que al fin se presentó en la antesala con un bachiller amigo suyo, y no cesó de hablar mientras duró su visita. «Este licenciado—dije a Molina—parece hombre de ingenio.» «Sí lo es—me respondió—. Tiene ocurrencias muy chistosas; se explica con gracia y agudeza; es muy divertida su conversación; pero además de ser un hablador molestísimo, repite siempre sus dichos y cuentos. En suma, para no estimar las cosas más de lo que valen, estoy persuadido de que su mayor mérito consiste en aquel aire cómico y festivo con que sazona lo que dice; y así, no creo que le haría mucho honor una colección de sus agudezas y sus gracias.»

Fueron entrando después otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones, sin olvidar la pintura de la marquesa, que fué de mi gusto. «Esta—me dijo—tiene un talento regular, en medio de su filosofía. Su carácter no es impertinente y da poco que hacer a los que la sirven. Entre las personas distinguidas es de las más racionales que conozco. No se le advierte pasión alguna; ni el juego ni los galanteos le gustan; sólo le agrada la conversación, y, en una palabra, su vida sería intolerable para la mayor parte de las damas.» Este elogio del maestro de pajes me hizo formar un concepto ventajoso de mi ama. Sin embargo, pocos días después no pudo menos de sospechar que no era tan enemiga

del amor, y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombrecillo como de cuarenta años, pero de malísima figura, más mugriento que el autor Pedro de Moya, y, a mayor abundamiento, muy corcovado. Díjome que deseaba hablar a la marquesa, y preguntándole yo de parte de quién, «¡De la mía!—me respondió arrogante—. Diga usted a la señora que soy aquel caballero del cual estuvo hablando ayer con doña Ana de Velasco.» Apenas se lo dije a mi ama cuando, toda enajenada de alegría, me mandó le hiciese entrar. No sólo le recibió con extrañas demostraciones de aprecio, sino que mandó salir a todas las criadas, de modo que el corcovadillo, más afortunado que una persona de provecho, se quedó a solas con ella. Las criadas y yo nos reímos un poco de esta visita tan graciosa, que duró una hora, al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanas expresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto, que por la noche me llamó aparte y me dijo: «Gil Blas, cuando venga el corcovado, hazle entrar en mi gabinete lo más secretamente que puedas.» Cuyo encargo confieso que me dió mucho en qué sospechar. Sin embargo, obedeciendo la orden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué a la mañana siguiente, le introduje por una escalera excusada hasta el gabinete de la señora. Caritativamente hice lo mismo por dos o tres veces, de lo cual inferí o que la marquesa tenía estrafalarias inclinaciones o que el corcovadillo le servía de tercero.

Poseído yo de esta idea me decía: «Si mi ama se ha enamorado de un buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no

puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado.» ¡Pero cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia, y como se ponderaba su ciencia a la marquesa, que creía gustosa en los prestigios de los saltimbanquis, tenía conversaciones a solas con él. Hacía ver los objetos en un vaso, enseñaba a dar vueltas al cedazo y revelaba por dinero todos los misterios de la cábala, o bien—para hablar con más exactitud—era un bribón que subsistía a expensas de las personas demasiado crédulas y se decía que a ello contribuían muchas señoras de distinción.

* * *

# Capítulo IX

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Chaves y cuál fué su paradero.

Seis meses había que yo servía a la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme más tiempo en su casa ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fué el lance que voy a contar.

Entre las criadas de la marquesa había una, llamada Porcia, que, sobre ser joven y hermosa, era de un carácter tan bueno que me captó la voluntad, sin saber que me sería necesario disputar su corazón. El secretario de la marquesa, hombre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apenas advirtió mi amor cuando, sin procurar informarse si Porcia me correspondía, resolvió que nos midiésemos la espada, y me citó una mañana para un paraje retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba a los hombros, me pareció enemigo poco temible, y lleno de confianza acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presunción. El secretarillo, que había aprendido dos o tres años la esgrima, me desarmó como a un niño, y poniéndome al pecho

la punta de la espada, me dijo: «¡Prepárate para morir, o dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Chaves, sin pensar más en Porcia.» Prometíselo así y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa después de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho más de presentarme ante la hermosa Elena, inocente ocasión de nuestro desafío. No volví, pues, a casa sino para recoger mi ropa y dinero, y el mismo día me encaminé a Toledo, con la bolsa bastante provista y cargado con toda mi ropa puesta en un lío. Aunque por ningún caso me había obligado a salir de Madrid, juzgué me convendría mucho alejarme de aquella villa, a lo menos por algunos años, y así, tomé la determinación de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. «Con el dinero que tengo—me decía—, gastándolo con discreción, tendré para correr gran parte del reino; y cuando se haya acabado, me pondré de nuevo a servir, pues un mozo como yo hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad buscarlos, y no tendré mas que escoger.»

Como tenía particulares deseos de ver a Toledo, llegué allí al cabo de tres días, y fuí a tomar posada en un buen mesón, en donde me tuvieron por un caballero de importancia, con el auxilio de mi vestido de aventuras amorosas, que no dejé de ponerme; y con el aire que tomé de elegante, podía fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivían en la vecindad; pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, después de haber visto todo lo que había de curioso en Toledo, salí de allí un día al amanecer y tomé el camino de Cuenca, con

ánimo de pasar al reino de Aragón. Al segundo día de jornada me metí en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba a refrescarme, entró una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y mientras estaban bebiendo, les oí hacer mención de las señas de un joven a quien llevaban orden de prender. «El caballero—decía uno de ellos—no tiene mas que veintitrés años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña, y monta un caballo castaño.»

Estúvelos yo escuchando sin mostrar atención a lo que decían, y en realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta y proseguí mi camino; pero no había andado aún medio cuarto de legua cuando encontré a un mocito muy galán que iba en un caballo castaño. «¡Vive diez—dije para mí—, que o yo me engaño mucho, o éste es el sujeto a quien buscan los cuadrilleros! Tiene el pelo largo y negro y la nariz aguileña. Seguramente él es a quien quieren atrapar y he de hacerle un buen servicio. Señor—le dije—, permítame usted que le pregunte si le ha sucedido algún pesado lance de honor.» El joven, sin responderme, fijó los ojos en mí y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguréle que ésta no nacía de pura curiosidad, y quedó bien convencido de ello luego que le conté todo lo que había oído a los ministros en la venta. «Generoso desconocido—me respondió—, no puedo ocultaros que tengo motivo para creer ser efectivamente yo a quien busca esa gente, y, por lo mismo, voy a tomar otro camino para no caer en sus manos.» «Yo sería de parecer—repuse entonces—que buscásemos por aquí un sitio retirado, donde usted estuviese seguro y ambos a cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando.» Al decir esto, descubrimos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al

pie de una montaña, donde encontramos una ermita.

Era ésta una grande y profunda gruta que el tiempo había socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un corral que había fabricado el arte, cuyas paredes se componían de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo, para mayor defensa, de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato, y cerca de la misma gruta se descubría una hendedura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua que corría a dilatarse por una pradería. A la entrada de esta cueva solitaria había un buen ermitaño, que parecía un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda con unas largas orejeras, y su barba, más blanca que la nieve, le bajaba hasta la cintura. Acercámonos a él y yo le dije: «Padre mío, ¿nos da licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros?» «Venid, hijos míos—respondió el anacoreta después de haberme mirado con atención—; mi pobre gruta está a vuestra disposición y podréis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. El caballo—añadió—le podéis meter en aquel corral—señalándolo con la mano—, donde creo que estará bien acomodado.» Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando cayó una copiosa lluvia mezclada de relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de San Pacomio, que estaba pegada a la pared, y nosotros

hicimos lo mismo a ejemplo suyo. Cesó la tempestad y cesaron también nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavía seguía lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño: «Yo, hijos míos, no os aconsejaré que os pongáis en camino con este temporal, y más estando tan cerca la noche, a no obligaros a ello algún negocio grave y urgente.» Respondímosle que ninguna cosa nos impedía el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que, a no ser éste, antes le suplicaríamos nos permitiese pasar allí la noche. «La incomodidad será para vosotros—respondió cortesanamente el anacoreta—; tendréis mala cama y peor cena, porque sólo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.»

En esto, nos hizo sentar a una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos y un jarro de agua. «Esta—dijo—es mi comida y cena ordinarias; pero hoy es razón hacer algún exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados.» Dijo, y marchó luego a traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenía mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño y dijo: «Veo que estáis acostumbrados a mesas más regaladas que la mía, o, por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo también he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares más delicados ni los guisados más exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituído la pureza al paladar. Ahora sólo me gustan las raíces, la leche, las frutas y, en una palabra, todo aquello que servía de alimento a nuestros primeros padres.»

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enajenado en una profunda cavilación. Notólo el viejo y le dijo: «Hijo

mío, vos tenéis atravesado el corazón con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave aflicción que os atormenta? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve a este deseo la curiosidad; la caridad es la única causa que a ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algún buen consejo, y vos me parecéis estar en una situación que necesita bien de él.» «Sí, padre mío—respondió el caballerito, arrancando del pecho un doloroso suspiro—, es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo, y pues vos me ofrecéis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme a un hombre como vos.» «No, hijo—replicó el ermitaño—, no tenéis que temer; soy hombre a quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere.» Entonces el caballero habló de esta manera.

* * *

# Capítulo X

Historia de don Alfonso y de la bella Serafina.

«Nada, padre mío, os ocultaré, como ni tampoco a este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él a vista de la generosa acción que usó conmigo. Voy, pues, a contaros mis desgracias.

»Nací en Madrid y mi origen fué el que voy a referir. Un oficial de la guardia alemana, llamado el barón de Steinbach, entrando una noche en su casa se halló, al pie de la escalera, con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su mujer, desenvolvióle y encontraron un niño recién nacido envuelto en pañales muy aseados y finos, y un billete que decía ser hijo de padres distinguidos, que a su tiempo se darían a conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este desgraciado niño soy yo y esto es todo cuanto sé. Víctima del honor o de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso únicamente para ocultar algunos vergonzosos amores o si, seducida por un amanto perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

»Como quiera que sea, al barón y a su mujer les enterneció mucho mi desgracia, y como no tenían sucesión resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de don Alfonso. Al paso que crecía

yo en edad crecía el amor en ellos hacia mí. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educación. Buscáronme maestros de todas materias. Lejos de esperar con impaciencia a que se descubriesen mis padres, parecía, por el contrario, que deseaban no se manifestasen jamás. Luego que el barón me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó a servir al rey. Consiguióme una bandera y mandó hacerme un pequeño equipaje. Para animarme a buscar ocasión de adquirir gloria y darme a conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta a todo el mundo y que en la guerra podría hacer mi nombre tanto más glorioso cuanto sólo sería deudor a mi valor y a mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me había callado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenía por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podía pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos a quienes le había debido.

»Pasé a servir en los Países Bajos, donde se hizo la paz poco después que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restituí a Madrid, y el barón y su mujer me recibieron con nuevas demostraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, cuando una mañana entró en mi cuarto un pajecillo y me entregó en las manos un billete concebido poco más o menos en estos términos: «No soy fea ni contrahecha, y, con todo eso, usted me ve todos los días a mi balcón con grande indiferencia: frialdad muy ajena de un mozo tan galán. Estoy tan ofendida de este

proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazón de hielo.»

»Así que leí este billete me persuadí, sin la menor duda, de que era de una viudita llamada Leonor, que vivía enfrente de mi casa y tenía fama de ser alegre de cascos. Examiné sobre este punto al pajecillo, que por algún breve rato quiso hacer el callado; pero a costa de un ducado que le di, satisfizo mi curiosidad y se encargó de llevar a su ama mi respuesta. Decíale en ella que conocía y confesaba mi delito, del cual estaba ya medio vengada, según lo que yo sentía en mí.

»Con efecto, no dejó de hacerme impresión esta graciosa manera de granjear la voluntad. No salí de casa en todo aquel día, asomándome frecuentemente al balcón para observar a la señora, que tampoco se descuidó de dejarse ver al suyo. Hícele señas, a las cuales correspondió, y el día siguiente me envió a decir por el mismo pajecito que si entre once y doce de aquella noche quería yo hallarme en nuestra calle, podíamos hablarnos a la reja de un cuarto bajo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo, no dejé de responderle muy apasionadamente, y, a la verdad, esperé a que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara mucho. Luego que fué de noche, salí a pasearme al Prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita; y apenas entré en el paseo cuando, acercándose a mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño, «Caballero—me dijo—, ¿no sois vos el hijo del barón de Steinbach?» «El mismo», le respondí. «¿Luego vos sois el citado—prosiguió él—para dar esta noche conversación a Leonor en su reja? He visto sus billetes y vuestras respuestas, que me mostró el pajecillo.

Os he venido siguiendo hasta aquí desde que salisteis de casa, para advertiros que tenéis un competidor cuya vanidad se indigna de disputar el corazón de una dama con un hombre como vos. Me parece que no necesito deciros más, y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas, a menos de que vos, por evitar el castigo que preparo a vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicación con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que tenéis, o en este mismo punto os quito la vida.» «Ese sacrificio—respondí—se había de pedir y no exigirse. Lo hubiera podido conceder a vuestros ruegos, pero lo niego a vuestras amenazas.» «Pues riñamos—dijo él, atando el caballo a un árbol—, porque es indecoroso a una persona de mi esfera bajarse a suplicar a un hombre de la vuestra, y aun la mayor parte de mis iguales, puestos en mi lugar, se vengarían de vos de un modo menos honroso.» Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él había sacado la espada saqué yo también la mía. Reñimos con tanto empeño, que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, o sea que yo fuese más diestro que él, le di desde luego una estocada mortal que le hizo primero titubear y después caer en tierra. Entonces no pensé mas que en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo tomé el camino de Toledo. No volví a casa del barón de Steinbach, pareciéndome que la relación de mi lance sólo serviría para afligirle; y cuando consideraba el peligro en que me hallaba, veía que no debía perder un momento en alejarme de Madrid.

»Poseído enteramente de amarguísimas reflexiones, anduve toda la noche y la mañana del día siguiente; pero a eso del mediodía me vi precisado a detenerme, para que el caballo descansara y se mitigase el calor, que cada instante era más inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea

hasta puesto el Sol, y continué luego mi camino, con ánimo de no apearme hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas más allá de Illescas cuando, a eso de media noche, me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante a la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme a las tapias de un jardín que vi a pocos pasos de mí, y no hallando abrigo más cómodo me arrimé con mi caballo lo mejor que pude a una puerta pequeña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca, sobre la cual había un balcón. Apoyándome en la puerta vi que no la habían cerrado, y discurrí que esto habría sido culpa de los criados. Me apeé, y no tanto por curiosidad como por resguardarme más del agua, que no dejaba de incomodarme mucho debajo del balcón, me entré en aquella habitación baja, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

»Durante la tempestad procuré reconocer aquel sitio, y aunque sólo podía registrarle a favor de los relámpagos, juzgué que era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino; pero habiendo visto a lo lejos una gran luz, mudé de parecer. Dejé resguardado el caballo en aquella pieza, cuidando de cerrar la puerta, y fuíme acercando hacia la luz, presumiendo que estaban todavía levantados en la casa, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Después de haber atravesado algunos corredores, me hallé en una sala cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su suntuosidad a beneficio de una magnífica araña con varias bujías, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algún gran personaje. El pavimento era de mármol; el friso, pintado y dorado con arte; la cornisa, primorosamente trabajada, y el techo me pareció obra de los más diestros pintores; pero lo que más me llevó la atención fué una

multitud de bustos de héroes españoles, puestos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salón. Tuve bastante tiempo para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oído para ver si sentía rumor no llegué a percibir ninguno ni a ver persona alguna.

»A un lado del salón había una puerta entornada; la entreabrí y noté una crujía de cuartos, en el último de los cuales había luz. Consulté conmigo mismo lo que debía hacer: si volverme por donde había venido o animarme a penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido más acertado era el de retirarme; pero pudo más en mí la curiosidad que la prudencia, o, por mejor decir, fué más poderosa la fuerza del destino que me arrastraba. Llevé, pues, mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué a la última, donde ardía, sobre una mesa de mármol, una bujía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hacia una cama cuyas cortinas estaban entreabiertas a causa del calor, vi un objeto que me robó toda la atención. Era una joven que, a pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormía profundamente. Acerquéme a ella con el mayor silencio, y a favor de la luz de la bujía descubrí una tez tan delicada y un rostro tan hermoso, que verdaderamente me encantaron. Al verla, toda mi máquina se conmovió; me sentí enteramente enajenado. Pero por más agitado que me tuviesen mis impulsos, el concepto que hice de la nobleza de su sangre me impidió formar ningún pensamiento temerario, pudiendo más el respeto que la pasión. Mientras estaba yo embelesado en contemplarla se despertó.

»Fácil es de imaginar cuánto la sobresaltaría el ver a un hombre

desconocido, a media noche, en su cuarto y al pie de su misma cama. Toda asustada y estremecida dió un gran grito. Hice cuanto pude para aquietarla; hinqué una rodilla en tierra y, lleno de respeto, le dije: «No temáis, señora, que yo no he entrado aquí con ánimo de ofenderos.» Iba a proseguir, pero ella, atemorizada, no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó a llamar a grandes voces a sus criadas, y como ninguna le respondiese, cogió a toda prisa una bata ligera, que estaba al pie de la cama, cubrióse con ella, saltó acelerada al suelo, agarró la bujía y atravesó corriendo toda la crujía de cuartos, llamando sin cesar a sus doncellas y a una hermana suya menor, que vivía en la misma quinta bajo su custodia. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia y que, sin merecerlo ni oírme, me tratasen mal; pero quiso mi fortuna que, por más gritos que dió, nadie pareció, sino un criado viejo, que de poco le hubiera servido si algo tuviera que temer. No obstante, con la presencia del buen viejo, alentándose algún tanto, me preguntó con altivez quién era yo, por dónde y a qué fin había tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comencé a justificarme; pero apenas le dije que había entrado por la puerta del cuarto del jardín, que había hallado abierta, cuando exclamó al instante diciendo: «¡Justo Cielo y qué sospechas me vienen ahora al pensamiento!»

En esto va con la luz a registrar todos los cuartos de la quinta, y no encuentra a ninguna de sus criadas ni a su hermana; antes sí ve que éstas se habían llevado cada una sus ropas. Pareciéndole que se habían verificado sobradamente sus sospechas, se volvió a donde yo había quedado, y articulando mal las palabras con la cólera, «¡Infame!—me dijo—. ¡No añadas la mentira a la traición! No te ha traído a esta quinta la casualidad

ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de don Fernando de Leiva y cómplice en su delito. ¡Pero no esperes huir de mi venganza, pues tengo aún bastante gente en casa que te prenda!» «Señora—le dije—, no me confundáis, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco a don Fernando de Leiva ni sé todavía quién sois vos. Yo soy un desgraciado a quien cierto lance de honor ha obligado a ausentarse de Madrid, y os juro por cuanto hay de más sagrado que, a no haberme precisado a ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, formar mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida de que estoy prontísimo a vengaros.» Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, la tranquilizaron; de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como a enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo, pero entró a ocupar su lugar el más acerbo dolor. Comenzó a llorar amargamente, y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me sentí menos afligido que ella, aun cuando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto, sino que, deseoso de vengar su afrenta, me entró una especie de furor. «Señora—exclamé entre lastimado y colérico—, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿Y qué especie de ultraje ha sido el vuestro? ¡Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mías! ¿Queréis que busque a don Fernando y que le atraviese de parte a parte el corazón? Nombradme todos aquellos que queréis que os sacrifique. Mandad y seréis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, a quien habéis mirado como enemigo, se expondrá, por amor de vos, a cualquier riesgo.»

»Quedóse suspensa aquella señora a vista de un arrebato tan

inesperado, y enjugando sus lágrimas me dijo: «Perdonad, señor, mi temeraria sospecha a la infeliz situación en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado a la desgraciada Serafina, y me quitan además hasta el natural rubor que me acusa el que un extraño sea testigo de una afrenta hecha a mi noble sangre. Sí, generoso desconocido, reconozco mi error y admito vuestras ofertas, pero no quiero la muerte de don Fernando.» «Bien está, señora—repliqué—; pero ¿en qué deseáis que os sirva?» «Señor—respondió Serafina—, el motivo de mi pesar es el siguiente: don Fernando de Leiva se enamoró de mi hermana Julia, a quien vió en Toledo, donde vivimos de ordinario. Pidiósela a mi padre, que es el conde de Polán, quien se la negó por antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apenas tiene quince años, se habrá dejado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por don Fernando, y noticioso éste de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasión para robar a la malaconsejada Julia. Yo sólo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplícoos, pues, señor, que os toméis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo y de averiguar, si fuese posible, a dónde ha ido a parar aquella pobre muchacha, diligencia a que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.»

»No tenía presente aquella señora que el encargo que me daba no convenía a un hombre a quien importaba tanto salir cuanto antes de los términos y jurisdicción de Castilla. Pero ¿qué mucho que no hiciese ella esta reflexión cuando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasión de servir a una persona tan amable, admití gustoso la comisión, ofreciendo desempeñarla con el mayor celo y

diligencia. Con efecto, no esperé a que amaneciese para ir a cumplir lo prometido. Dejé al punto a Serafina, suplicándole me perdonase el susto que inocentemente le había dado y asegurándole que presto sabría de mí. Salíme, pues, por donde había entrado en la quinta, pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente advertí estaba del todo prendado de ella, y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud e impaciencia con que me apresuraba a complacerla y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imaginación. Parecíame que Serafina, aun en medio de su sentimiento, había echado bien de ver los primeros fuegos de mi amor y que no le había quizá desagradado. Lisonjeábame de que si lograba averiguar lo que tanto deseaba sería mía toda la gloria.»

Al llegar aquí, cortó don Alfonso el hilo de su historia y dijo al ermitaño: «Perdonadme, padre, si poseído de mi pasión me detengo en menudencias que tal vez os fastidiarán.» «No, hijo—respondió el anacoreta—, de ningún modo me cansan; antes bien, deseo saber hasta dónde llegó el amor que te inspiró doña Serafina, para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.»

«Encendida la fantasía con tan lisonjeras imágenes—prosiguió el caballerito—, busqué inútilmente por espacio de dos días al robador de Julia, y, frustradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos, volví a presencia de Serafina, a quien discurría hallar en el estado más inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré más tranquila de lo que yo pensaba. Díjome que había sido más venturosa que yo, pues ya sabía dónde se hallaba su hermana; que había recibido una carta de don Fernando, en que le decía que, después de haberse casado de secreto con Julia, la había

depositado en un convento de Toledo. «Envié su carta a mi padre—prosiguió Serafina—, no sin esperanza de que la cosa acabe bien y que un solemne matrimonio sea el iris de paz que dé fin a la inveterada discordia de las dos casas.»

»Luego que me informó del paradero de su hermana, me habló del trabajo que me había ocasionado, y, sobre todo—añadió ella misma—, los peligros a que os expuso mi imprudencia en seguir a un robador, sin acordarme de que me habíais confiado que andabais fugitivo por cierto lance de honor, de lo cual me pidió mil perdones en los términos más atentos. Conociendo que estaba falto de reposo, me condujo a la sala, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetán blanco con listas negras, y cubría su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumaje negro, lo que me hizo juzgar que podía ser viuda, aunque, por otra parte, parecía de tan pocos años que no sabía yo qué discurrir.

»Si era grande mi deseo de saber quién ella era, no era menos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando—dijo—, a vista de mi noble aire, y aún más de la generosa piedad que me había hecho abrazar con tanto empeño sus intereses, la nobleza de mi nacimiento. Dejóme perplejo la pregunta; encendióseme el rostro, me turbé, y confieso que, teniendo menos rubor en mentir que en decir la verdad, respondí que era hijo del barón de Steinbach, oficial de la guardia alemana. «Decidme también—replicó la dama—por qué habéis salido de Madrid, pues desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme

despreció su propia vida». Ninguna dificultad tuve en referirle por menor todas las circunstancias de nuestro desafío. Ella misma echó toda la culpa al caballero que me había injuriado, y me volvió a ofrecer que interesaría a su familia en mi favor.

»Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé a suplicarle contentase la mía, y le pregunté si era o no libre. «Tres años ha—respondió—que mi padre me obligó a casarme con don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda.» «Pues ¿qué desgracia, señora—le pregunté—, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo?» «Voy, señor, a responderos—repuso ella—y corresponder a la confianza a que me confieso deudora. Don Diego de Lara era un caballero muy bien apersonado. Amábame ciegamente, y aunque empleaba cuanta diligencia puede emplear el más tierno amante para hacerse agradable al objeto amado, y aunque tenía mil bellas cualidades, nunca pudo granjearse mi cariño. El amor no siempre es efecto del anhelo ni del mérito conocido. ¡Ah!—añadió ella suspirando—. ¡Muchas veces nos cautiva a la primera vista una persona que no conocemos! No me era posible amarle. Más avergonzada que prendada de las continuas muestras de su amor, y forzada a corresponder a ellas sin inclinación, si me acusaba a mí misma interiormente de ingratitud, también me contemplaba muy digna de compasión. Por desgracia de ambos, él tenía todavía más delicadeza que amor. En mis acciones y palabras descubría claramente mis más ocultos pensamientos. Leía cuanto pasaba en lo más íntimo de mi alma; quejábase a cada paso de mi indiferencia, y le era tanto más sensible el no poder conquistar mi corazón cuanto más seguro estaba de que ningún otro rival se lo disputaba, no contando yo apenas diez y seis años y habiendo sabido,

antes de ofrecerme su mano, por mis criadas, todas parciales suyas, que ningún hombre se le había anticipado a llevarse mi atención. «Sí, Serafina—me decía muchas veces—, me alegraría mucho de que estuvieses encaprichada a favor de otro y de que ésta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaría entonces que tu virtud y mi constancia triunfarían al cabo de esa tibieza; pero ya desespero de vencer un corazón que no se ha rendido a tantos y tan convincentes testimonios de mi extremado amor.» Cansada de oírle repetir tantas veces la misma queja, le dije un día que, en vez de turbar su reposo y el mío mostrando tanta delicadeza, haría mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, yo me hallaba entonces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasión tan fogosa, y éste era el prudente partido que don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se había pasado un año entero sin haber adelantado más que el primer día, perdió la paciencia, o por mejor decir el juicio, y fingiendo que le llamaba a la corte no sé qué negocio de importancia, marchó a los Países Bajos a servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metía; es decir, el fin de la vida y el de sus pesares.»

»Concluída esta relación, todo el resto de la conversación que tuvimos Serafina y yo fué acerca del singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo, que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polán. Pidióme licencia para abrirla, y observé que conforme la iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al cielo, dió un gran suspiro y empezó a correr por su rostro un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena, me turbé, y como si hubiera ya

presentido el terrible golpe que iba a llevar, me cogió un mortal terror que me heló toda la sangre. «Señora—le dije con voz desfallecida—, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta?» «Tomadla, señor—me respondió tristemente—, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí, que su contenido os interesa demasiado!»

»Estremecíme al oír estas palabras; tomé temblando la carta y vi que decía lo siguiente: «Tu hermano don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual ha muerto hoy, declarando al morir que el caballero que le mató fué el hijo del barón de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Para mayor desgracia, el matador escapó, sin saberse dónde se ha escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la Tierra, se harán todas las diligencias posibles para hallarle. Hoy se despachan requisitorias a varias justicias, que no dejarán de arrestarle como ponga los pies en algún lugar de su jurisdicción, y voy también a practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos.—*El conde de Polán.*»

»Figuraos el trastorno que la lectura de esta carta causaría en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento, se me representó con la mayor viveza todo lo que la muerte de don Gaspar tenía de cruel para mi amor. Al momento caigo en una furiosa desesperación. Arrojéme a los pies de Serafina, y presentándole la espada desnuda, «¡Señora—le dije—, excusad al conde de Polán la molesta fatiga de buscar a un hombre que podría burlar sus más activas diligencias! ¡Vengad vos misma a vuestro hermano! ¡Sacrificadle por vuestra bella mano su homicida! Qué, ¿os detenéis? ¡Descargad el golpe, y sea fatal a su enemigo el mismo acero que a él le

quitó la vida!» «Señor—respondió Serafina, enternecida algún tanto de ver mi acción—, yo quería a don Gaspar, y aunque vos le matasteis como caballero y él mismo fué a buscar su desgracia, al fin soy su hermana y no puedo menos de tomar su partido. Sí, don Alfonso, ya soy enemiga vuestra y haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden pretender de mí, pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohibe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables; según ellas, no puedo corresponder con un vil asesinato al generoso servicio que me habéis hecho. ¡Huid, escapad y burlad, si pudiereis, nuestras más vivas pesquisas; poneos a cubierto del rigor de las leyes y libraos del inminente peligro que os amenaza!» «Pues qué, señora—le repliqué—, estando en vuestra mano la venganza, ¿la dejáis a la severidad de las leyes, que pueden quedar desairadas? ¡Ah, señora, atravesad vos misma con esta espada el pecho de un malvado que verdaderamente no merece le perdonéis! ¡No, señora, no uséis de un proceder tan noble y tan generoso con un hombre como yo! ¿Sabéis quién soy? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del barón de Steinbach, no soy mas que un desgraciado a quien ha criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro a quiénes debo el ser.» «¡No importa eso!—interrumpió Serafina precipitadamente, como si le hubieran causado nueva pena mis últimas palabras—. Aunque fuerais vos el hombre más vil del mundo, haría siempre lo que me dicta mi honor.» «¡Bien está, señora!—repliqué—. Ya que la muerte de un hermano no ha bastado a persuadiros que derraméis mi sangre, voy a cometer otro delito, haciéndoos una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonaréis. Sabed,

señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que vi vuestra hermosura quedé hechizado y que, a pesar de la obscuridad de mi nacimiento, no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, o, por mejor decir, llegaba a un punto mi vanidad, que me lisonjeaba de que algún día descubriría el Cielo mi origen y que éste sería tal que sin vergüenza podría manifestaros mi nombre. Después de una declaración que tanto os ultraja, ¿será posible que todavía no os resolváis a castigarme?» «Esa temeraria declaración—replicó la dama—, en otro tiempo sin duda me ofendería; pero la perdono a la turbación en que os veo, fuera de que ni la situación en que yo misma me hallo me permite dar oídos a las expresiones que proferís. Vuelvo a deciros, don Alfonso—añadió derramando algunas lágrimas—, que partáis luego de aquí y os alejéis de una casa que estáis llenando de dolor; cada instante que os detenéis aumenta mis penas.» «Ya no resisto, señora—repliqué levantándome—. Voy a alejarme de vos, pero no penséis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya a buscar un asilo para defenderla. ¡No, no; yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme a vuestro dolor! Parto a Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparéis, y, entregándome a vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.»

»Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo y partí en derechura a Toledo, donde me detuve de intento ocho días, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé cómo no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polán, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacía intolerable mi propia libertad, y sin fijarme ni

aun proponerme destino ninguno determinado, llegué a esta ermita, con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, padre mío, los cuidados que me ocupan al presente, y ruégoos que me ayudéis con vuestros consejos.»

* * *

# Capítulo XI

Quién era el viejo ermitaño y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos.

Luego que don Alfonso acabó la triste relación de sus infortunios, le dijo el ermitaño: «Hijo mío, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habéis contado, y vuestro amor a Serafina me parece una verdadera locura. Creedme a mí: no os ceguéis. Es menester olvidar a esa joven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente a los grandes estorbos que os desvían de ella y entregaos a vuestra estrella, la cual, según todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis alguna bella joven que hará en vos la misma impresión, sin que hayáis quitado la vida a ninguno de sus hermanos.»

Iba a decirle muchas cosas para exhortarle a la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita a otro ermitaño, cargado con unas alforjas bien llenas. Venía de Cuenca, donde había recogido una limosna muy copiosa. Parecía más mozo que su compañero; su barba era roja, espesa y bien poblada. «Bien venido, hermano Antonio—le dijo el viejo anacoreta—. ¿Qué noticias nos traes de la ciudad?» «¡Bien malas!—respondió el hermano

barbirrojo—. Ese papel os las dirá.» Y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y después de haberle leído con toda la atención que merecía su contenido, exclamó: «¡Loado sea Dios! ¡Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir! Mudemos de estilo—prosiguió, dirigiendo la palabra al joven caballero—. En mí tenéis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aquí, me escriben que han informado mal de mí a la justicia, cuyos ministros deben venir mañana a prenderme en esta ermita; pero no encontrarán la liebre en la cama. No es la primera vez que me veo en este apuro, y, gracias a Dios, casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy a presentarme en otra nueva figura, porque habéis de saber que, tal cual me veis, no soy ermitaño ni viejo.»

Diciendo y haciendo, se desnudó del saco grosero que le llegaba hasta los pies y dejóse ver con una jaquetilla o capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desató un sutil cordón que sostenía su gran barba postiza y ofreció a los ojos de los circunstantes un mozo de veintiocho a treinta años. El hermano Antonio, a su imitación, hizo lo mismo; quitóse el hábito y la barba eremítica y sacó de un arca vieja y carcomida una raída sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. Pero ¿quién podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al señor don Rafael y en el hermano Antonio a mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? «¡Vive diez—exclamé al punto sin poderme contener—, que estoy en tierra amiga!» «Así es, señor Gil Blas—dijo riendo don Rafael—. Sin saber cómo ni cuándo te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algún motivo para estar quejoso de nosotros, pero ¡pelitos a la mar!

Olvidemos lo pasado y demos gracias a Dios de que nos ha vuelto a juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros a ninguno hacemos mal, a ninguno apaleamos, a ninguno asesinamos y solamente queremos vivir a costa ajena. Agrégate a nosotros dos y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay más divertida, como se tenga un poco de prudencia. No es esto decir que, a pesar de ella, el encadenamiento de las causas segundas no sea tal a veces que nos acarree muy pesadas aventuras; pero en cambio hallamos las buenas mejores y ya estamos acostumbrados a la inconstancia de los tiempos y a las vicisitudes de la fortuna. Señor caballero—prosiguió el fingido ermitaño volviéndose a don Alfonso—, la misma proposición os hacemos a vos, que me parece no debéis despreciar en el estado en que presumo os halláis, porque, además de la precisión de andar siempre fugitivo y escondido, tengo para mí que no estáis muy sobrado de dinero.» «Así es—dijo don Alfonso—, y eso es lo que aumenta mi pesadumbre.» «¡Ea, pues—repuso don Rafael—, buen ánimo! No nos separaremos los cuatro; éste es el mejor partido que podéis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía y nosotros sabremos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos recorrido toda España y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos segurísimos contra las brutalidades de la justicia.» Agradecióles don Alfonso su buena voluntad, y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso determinó ir en su compañía, y también yo tomé igual partido, por no dejar a aquel joven, a quien había cobrado ya grande inclinación.

Convinimos, pues, todos cuatro en andar juntos y no separarnos.

Tratóse entonces sobre si marcharíamos en aquel mismo punto o nos detendríamos primero a dar un tiento a una bota llena de exquisito vino que el día anterior había traído de Cuenca el hermano Antonio; pero don Rafael, como más experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debía pensar en ponernos a salvo, y que así, era de sentir que camináse mos toda la noche para llegar a un bosque muy espeso que había entre Villar del Saz y Almodóvar, donde haríamos alto y, libres de toda zozobra, descansaríamos el día siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demás provisiones en dos envoltorios, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron los cargaron en el caballo de don Alfonso.

Anduvimos toda la noche, y cuando estábamos ya muy rendidos del cansancio, al despuntar el día descubrimos el bosque adonde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegra y da vigor a los marineros fatigados de una larga navegación; cobramos ánimo y llegamos por fin al fin de nuestra carrera antes de salir el Sol. Penetramos hasta lo interior del bosque, donde, haciendo alto en un delicioso sitio, nos echamos sobre la verde hierba de un espacioso prado rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas ramas, entretejiéndose unas con otras, negaban la entrada a los rayos del Sol. Descargamos el caballo, quitámosle la brida y echámosle a pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio algunos zoquetes de pan, muchos pedazos de carne asada, y como unos perros hambrientos nos abalanzamos a ellos, compitiendo unos con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso, obligábamos al hambre a que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dábamos a la bota, que en movimiento poco

menos que continuo estaba casi siempre en el aire, pasando de unas manos a otras.

Acabado el almuerzo, dijo don Rafael a don Alfonso: «Caballero, a vista de la confianza que usted me ha hecho, justo será también que yo cuente la historia de mi vida con la misma sinceridad.» «Gran gusto me daréis en eso», respondió el joven. «Y a mí, grandísimo—añadí yo—, porque tengo ansia de saber vuestras aventuras, que no dudo serán dignas de oírse.» «¡Y como que lo son!—replicó don Rafael—. Lo han sido tanto, que pienso algún día escribirlas. Con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque en el día todavía soy mozo y quiero añadir materiales para aumentar el volumen. Pero ahora estamos fatigados; recuperémonos con algunas horas de sueño. Mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa, que después dormirá él y nosotros estaremos de escucha, pues aunque pienso que aquí nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaución.» Dicho esto, se tendió a la larga sobre la hierba; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité a los dos y Lamela comenzó a hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus desgracias. Por lo que toca a don Rafael, se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos a oírle dijo a Lamela: «Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir a descansar.» «¡No, no!—respondió Lamela—. Ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesión, que tendré especial gusto en oírlos contar otra vez.» Así, pues, comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes:

* * *

# Tomo II · Libro quinto

# Capitulo primero

Historia de don Rafael.

«Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad, pero mucho más por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto a mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podía muy bien decir quién era el sujeto de distinción que cortejaba a mi madre al tiempo que yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el ser. Las personas de la clase de mi madre son, por lo común, tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran más inclinadas a un señor le tienen ya prevenido algún substituto por su dinero.

»No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme a criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogía de la mano y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella ni de las falsas risitas que causaba sólo el verme. En fin, yo era su ídolo y la diversión de cuantos venían a casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecía sino que en todos ellos hablaba la sangre a favor mío.

»Dejáronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron a leer y escribir, y mucho

menos la doctrina cristiana. Solamente aprendí a cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducía todo mi saber cuando el marqués de Leganés me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco más o menos de mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto, y entonces fué el tiempo en que comencé a ocuparme en alguna cosa seria. El tal caballerito estaba tan adelantado como yo, y, fuera de eso, no parecía haber nacido para las ciencias. Apenas conocía una letra del abecedario, sin embargo que hacía quince meses que tenía para esto un preceptor. Los demás maestros sacaban el mismo partido de sus lecciones, de modo que a todos les tenía apurada la paciencia. Es verdad que a ninguno le era lícito castigarle; antes bien, a todos les estaba mandado expresamente le enseñasen sin mortificarle, orden que, unida a la mala disposición del señorito para el estudio, hacía inútil la enseñanza que se le daba.

»Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discípulo sin contravenir a la orden de su padre. Este medio fué azotarme a mí siempre que aquél lo merecía. No me gustó el tal arbitrio, y así, me escapé y fuí a quejarme a mi madre de una cosa tan injusta; pero ella, aunque me quería mucho, tuvo valor para resistir a mis lágrimas, y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marqués, me volvió a ella inmediatamente; y héteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como éste había observado que su invención había producido buen efecto, prosiguió azotándome en lugar de hacerlo al señorito, y para que el castigo hiciese más impresión en él me sacudía de firme, de modo que estaba seguro de pagar diariamente por el joven Leganés, pudiendo yo decir con toda verdad que ninguna letra del alfabeto

aprendió el hijo del marqués que no me costase a mí cien azotes. Echen ustedes la cuenta del número a que ascenderían éstos.

»No eran solamente los azotes lo que tenía que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocía, los criados inferiores, hasta los mismos maritornes, me echaban en cara a cada paso mi nacimiento. Esto llegó a aburrirme tanto que un día huí, después de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenía, el cual podía ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me había favorecido, y creo que no podía tomar otra que le fuera más sensible. Este juego de manos lo supe hacer con tanto primor y sutileza, que, aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas cuantas pesquisas se hicieron en dos días para saber quién había sido el raterillo. Salí de Madrid y llegué a Toledo sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

»Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, sin sujeción a nadie y dueño de sí mismo! Hice presto conocimiento con dos mozuelos, que me hicieron listo y ayudaron a comer mis cien ducados. Juntéme también con ciertos caballeros de la garra, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo llegué a ser uno de los más ricos caballeros de su orden.

»Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dejé a mis cofrades, y queriendo dar principio a mis caravanas por Extremadura, me dirigí a Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasión de ejercitar mis talentos y no la dejé escapar. Como caminaba a pie y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba

a ratos a descansar a la sombra de los árboles que estaban a orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos mozos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban en alegre conversación, al fresco, en un verde prado. Saludélos con mucha cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversación. El de más edad no llegaba a quince años, y ambos eran muy sencillos. «Señor caminante—me dijo el más joven—, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos entró un gran deseo de ver el reino de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones a su padre. Caminamos a pie para que nos dure más el dinero y podamos así ver más provincias. ¿Qué le parece a usted?» «Si yo tuviera tanta plata—les respondí—, ¡Dios sabe a dónde iría a dar conmigo! Recorrería con él las cuatro partes del mundo. ¡Adónde vamos a parar! ¡Doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo tenéis a bien, hijos míos—añadí—, yo os acompañaré hasta la villa de Almoharín, adonde voy a recibir la herencia de un tío mío, que murió después de haber vivido allí el espacio de veinte años.» Respondiéronme los dos mozos que tendrían el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, después de haber descansado un poco todos tres, marchamos todos juntos a Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

»Alojámonos todos en un mesón, pedimos un cuarto y nos dieron uno donde había un armario que se cerraba con llave. Dijimos que se nos dispusiese de cenar, y mientras, propuse a mis compañeritos si gustaban que saliésemos a dar una vuelta por el pueblo. Agradóles mucho la proposición. Guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslo y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salimos del mesón,

fuimos a ver algunas iglesias, y estando en la principal, fingí de pronto que me había ocurrido un negocio de importancia, y así, dije: «Queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras a un mercader que vive cerca de esta iglesia; esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento.» Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo a la posada, voime derecho al armario, quebranto la cerradura, registro sus mochilas y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto, salí prontamente del pueblo y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirían ni harían las inocentes criaturas.

»Púsome este lance en estado de poder caminar con más comodidad. Aunque tenía pocos años, me sentía capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba suficientemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta y empecé a hacerme algo más el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino a un hombre que iba cantando vísperas a grandes voces. Desde luego conocí que era algún sochantre. «¡Animo—le dije—, señor bachiller, y vaya usted adelante, que lo canta de pasmo.» «Caballero—me respondió—, soy cantor de una iglesia y quiero ejercitar la voz.»

»De esta manera entramos en conversación, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendría como de veinticuatro a veinticinco años, y como él iba a pie y yo a caballo, de propósito refrenaba la mula para ir a su paso, por el gusto de oírle. Hablamos, entre otras cosas, de Toledo. «Tengo bien conocida aquella ciudad—me dijo el cantor—; he estado en ella muchos años y tengo allí

algunos amigos.» «¿Y en qué calle vivía usted?», le interrumpí. «En la calle Nueva—respondió—, donde vivía con don Vicente de Buenagarra y don Matías del Cordel y otros dos o tres honrados caballeros. Habitábamos y comíamos juntos y lo pasábamos alegremente.» Sorprendíme al oírle estas palabras, porque los sujetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habían recibido en su nobilísima orden. «Señor cantor—exclamé entonces—, esos ilustrísimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma calle Nueva.» «¡Ya os entiendo!—me respondió sonriéndose—. Eso es decir que entrasteis en la orden tres años después que yo salí de ella.» «Dejé la compañía de aquellos caballeros—proseguí—porque se me puso en la cabeza el viajar y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré más cuando tenga más experiencia.» «¡Acertado pensamiento!—dijo el cantor—. Para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razón dejé yo a Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. ¡Gracias a Dios, que me ha dado a conocer a un caballero de mi orden cuando menos lo pensaba! Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.»

»Díjome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposición. En el mismo punto granjeó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho; contóme su historia y yo le dije mis aventuras. Confióme que venía de Portalegre, de donde le había hecho salir cierto lance malogrado por un contratiempo, obligándole a ponerse en salvo precipitadamente bajo el traje de sopista en que le veía. Luego que me

informó de todos sus asuntos, determinamos dirigirnos a Mérida, a probar fortuna y ver si podíamos dar allí un golpe maestro, y después marchar a otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales—así se llamaba mi nuevo compañero—no se hallaba en muy brillante situación. Todo su haber consistía en cinco o seis ducados y en alguna ropa que llevaba en la mochila; pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa, él estaba mucho más adelantado que yo en el arte de engañar a los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegamos en fin a Mérida.

»Apeámonos en un mesón del arrabal. Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuimos a andar por la ciudad para descubrir terreno y ver si se nos presentaba algún buen lance. Considerábamos muy atentamente cuantos objetos se ofrecían a nuestra vista. Nos parecíamos, como hubiera dicho Homero, a dos milanos que desde lo más alto de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos, en fin, esperando a que la casualidad nos trajese a la mano alguna ocasión de ejercitar nuestra habilidad, cuando vimos en la calle un caballero, bastante canoso, el cual, firme con la espada en la mano, se defendía contra tres que le llevaban a mal traer. Chocóme infinito la desigualdad del combate, y como soy naturalmente espadachín, acudí corriendo con mi espada a ponerme al lado del caballero, cuyo ejemplo imitó Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga a los tres enemigos que tan villanamente le habían acometido.

»Diónos el anciano un millón de gracias. Respondímosle cortésmente que habíamos celebrado en extremo la dichosa casualidad que tan

oportunamente nos había proporcionado aquella ocasión de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habían tenido aquellos hombres para querer asesinarle. «Señores—nos respondió—, estoy muy agradecido a vuestra generosa acción y no puedo negarme a satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Jerónimo Miajadas; soy vecino de esta ciudad, donde vivo de mi hacienda. Uno de los tres asesinos de que ustedes me han librado está enamorado de mi hija y me la pidió por medio de otro sujeto, y porque no le di mi consentimiento vino a vengarse de mí con espada en mano.» «¿Y se podrá saber—le repliqué yo—por qué razón negó usted su hija al tal caballero?» «Vóisela a decir a usted—me respondió—. Tenía yo un hermano, comerciante en esta ciudad, llamado Agustín, que hace dos meses estaba en Calatrava, alojado en casa de Juan Vélez de la Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Vélez mi única hija, Florentina, para su hijo, con el fin de estrechar más y más la unión e intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando, por el cariño que nos teníamos los dos, que yo ratificaría su promesa. Así lo hice, porque apenas volvió Agustín a Mérida y me propuso esta boda, cuando consentí en ella por darle gusto y no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina a Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociación porque se lo llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir me pidió encarecidamente que no casase a mi hija con otro que con el hijo de su corresponsal. Ofrecíselo así, y éste es el motivo por que se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra; por instantes estoy esperando al hijo de Juan Vélez de la Membrilla para que sea yerno mío, aunque jamás le he visto a él ni a su padre. Perdonen ustedes si les he cansado con relación

tan prolija, lo que no hubiera hecho a no haber querido ustedes mismos saberla.»

»Escuchéle con la mayor atención, y adoptando el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afectó quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hacia el buen viejo le dije en tono patético: «¿Es posible, señor Jerónimo Miajadas, que al momento de entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida a mi venerado suegro?» Estas palabras causaron en el viejo grande admiración, y no fué menor la que produjeron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió a entender que yo le parecía un gran tunante. «¿Qué es lo que me dices?—respondió lleno de gozo el aturdido viejo—. ¿Es posible que tú seas el hijo del corresponsal de mi hermano?» «¡Sí, señor!», le respondí con desembarazo; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: «¡Sí, señor, yo soy el dichoso mortal para quien está destinada la amable Florentina! Pero antes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del señor Agustín, vuestro hermano; sería yo el hombre más ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel a quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida.» Dicho esto, volví a dar un abrazo al buen Jerónimo, saqué el pañuelo e hice como que me enjugaba las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podía valer aquel embuste, quiso también ayudarme por su parte. Fingióse criado mío y comenzó a dar muestras de mayor sentimiento que el que yo había mostrado por la muerte del señor Agustín, diciendo muy lastimado: «¡Ah, señor Jerónimo, y qué pérdida ha hecho usted perdiendo a su querido

hermano! ¡Era un hombre muy de bien; el fénix de los comerciantes; un mercader desinteresado; un mercader de buena fe; un mercader de aquellos que no se ven hoy!»

»Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo, que, lejos de sospechar que le engañábamos, él mismo nos ayudaba a llevar adelante nuestro enredo. «Y bien—me preguntó—, ¿y por qué no viniste derechamente a apearte a mi casa? ¿A qué fin irte a meter en un mesón? Entre nosotros ya están de más los cumplimientos.» «Señor—respondió Morales, tomando la palabra por mí—, mi amo es algo ceremonioso; tiene ese defecto, y me disculpará que yo se lo afee; fuera de que en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido a presentarse en vuestra casa en el traje en que le veis. Nos han robado en el camino, y los ladrones nos dejaron despojados de toda la ropa.» «Dice la verdad este mozo, señor de Miajadas—le interrumpí yo—; ése es el motivo por que no me fuí en derechura a vuestra casa. Tenía vergüenza de presentarme en tan pobre equipaje ante una señorita a quien jamás había visto, y para hacerlo con la decencia que era razón estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado a Calatrava.» «¡No admito la excusa!—repuso el viejo—. Ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa, y desde aquí mismo quiero que vayas a ser dueño de ella.»

»Diciendo esto, él mismo me cogió de la mano para guiarme, y por el camino fuimos hablando del robo; y dije que todo ello me importaba un bledo y que sólo había sentido me quitasen el retrato de mi amada señorita Florentina. Respondióme el señor Jerónimo, sonriéndose, que presto me consolaría de esta pérdida, porque el original valía más que la copia. Con efecto, luego que llegamos a su casa hizo llamar a la hija, que sólo contaba

diez y seis años y podía pasar por una persona perfecta. «Aquí tenéis—me dijo—a la persona que os prometió su tío, mi difunto hermano.» «¡Ah, señor!—exclamé yo entonces en aire de apasionado—. ¡No hay necesidad de decirme que es la amable señorita Florentina! ¡Sus hechiceras facciones están grabadas en mi memoria y mucho más en mi amante corazón! Si el retrato que perdí, y era sólo un bosquejo de sus más que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, ¡figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo a la vista el original!» «Señor—me dijo Florentina—, son demasiado lisonjeras vuestras expresiones y no soy tan vana que crea merecerlas.» «¡No hagas caso de lo que dice mi hija—le interrumpió su padre—y vé adelante con esos bellos cumplimientos!» Diciendo esto, me dejó solo con su hija, y asiendo de la mano a Morales, se fué a otro cuarto con él y le dijo: «¿Conque al fin os robaron toda vuestra ropa? Y con ella es cosa muy natural que también se llevasen todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan.» «Sí, señor—respondió mi camarada—. Asaltónos una cuadrilla de bandoleros junto a Castilblancov y no nos dejó mas que el vestido que traemos a cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio para equiparnos con la decencia que es razón.» «Entre tanto que vienen esas letras—replicó el anciano sacando un bolsillo y alargándoselo—, ahí van esos cien doblones, de que podréis disponer.» «¡Jesús, señor!—replicó Morales—. Perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo y quizá me despedirá. ¡Santo Dios! ¡Todavía no le conoce usted bien! Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos a tomar de todas manos; no le gusta, a pesar de sus pocos años, contraer deudas, y antes pedirá

limosna que tomar prestado ni un solo maravedí.» «¡Tanto mejor!—dijo el buen hombre—. ¡Ahora le estimo mucho más! Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas; eso se deja para los caballeros, los cuales están ya en antigua posesión de contraerlas. Por tanto, yo no quiero estrechar a tu amo, y si le desazona el que le ofrezcan dinero, no se hable más del asunto.» Diciendo esto, quiso volver a meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo: «Tenga usted, señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene una grandísima repugnancia a tomar dinero ajeno, pero no desconfío de hacerle admitir vuestros cien doblones; todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado a los extraños y otra es recibirle cuando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia y sabe muy bien pedir dinero a su padre cuando lo ha menester. Es un mozo que, como usted ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera a su merced como a su segundo padre.»

»Con estas y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo, alargó el bolsillo a Morales y volvió a donde estábamos su hija y yo, haciéndonos cumplimientos, con lo que interrumpió nuestra conversación. Informó a su hija de lo muy obligado que me estaba, y sobre esto se desahogó en expresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. No malogré tan favorable ocasión y le dije que la mayor prueba de agradecimiento que podía darme era el acelerar mi unión con su hija. Rindióse con el mayor agrado a mi impaciencia y me empeñó su palabra de que, a más tardar, dentro de tres días sería esposo de Florentina; y aun añadió que, en lugar de los seis mil ducados que había ofrecido por su dote, daría diez mil, para manifestarme lo agradecido que estaba al

servicio que le había hecho.

»Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Jerónimo Miajadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba, sin embargo, algún tanto esta alegría el recelo de que dentro de aquellos tres días podía parecer el verdadero hijo de Juan Vélez de la Membrilla y dar en tierra con nuestra soñada felicidad. El resultado acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

»Llegó al día siguiente a casa del padre de Florentina una especie de aldeano que traía una maleta. No me hallaba yo en casa a la sazón, pero estaba en ella Morales. «Señor—dijo el hombre al buen viejo—, soy criado del caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno; quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aquí dentro de un momento; yo me he adelantado para avisárselo a su merced.» Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo y turbó algo a Morales.

»Este señor novio, que era un mozo airoso y de los más bien formados, dirigió la palabra al padre de Florentina; pero el buen señor no le dejó acabar su salutación. Antes, volviéndose a mi compañero, le dijo: «Y bien, ¿qué quiere decir esto?» Entonces Morales, a quien ninguna persona del mundo aventajaba en descaro, tomando un aire desembarazado, respondió prontamente al viejo: «Señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino real. Conózcolos a entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo del señor Juan Vélez de la Membrilla.» El

viejo creyó sin dudar a Morales, y persuadido de que los dos forasteros eran unos bribones, les dijo: «Señores, ustedes ya llegan muy tarde, porque hay quien se ha anticipado; el señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer.» «¡Mire usted lo que dice!—le replicó el mozo de Calatrava—. ¡Sepa que le engañan y que tiene en su casa a un impostor! Mi padre, el señor Juan Vélez de la Membrilla, no tiene más hijo que yo.» «¡A otro perro con ese hueso!—respondió el viejo—. ¡Yo sé muy bien quién eres tú! ¿No conoces este mozo—señalando a Morales—, a cuyo amo robaste en el camino de Calatrava?» «¡Cómo robar!—repuso Pedro—. ¡A no estar en vuestra casa, le cortaría las orejas a ese desvergonzado, que tiene la insolencia de tratarme de ladrón! ¡Agradézcalo a vuestra presencia, cuyo respeto reprime mi justa ira! Señor—continuó él—, vuelvo a deciros que os engañan; yo soy el mozo a quien el señor Agustín, su hermano, prometió la hija de usted. ¿Quiere que le enseñe todas las cartas que él escribió a mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¿Creerá usted al retrato de Florentina, que me envió él poco antes de su muerte?» «No—replicó el viejo—; el retrato no me hará más fuerza que las cartas. Estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo más caritativo que te puedo dar es que cuanto antes salgas de Mérida, para librarte del castigo que merecen tus semejantes.» «¡Eso es ya demasiado!—interrumpió el ultrajado mozo—. ¡No aguantaré jamás que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que me hagan pasar por salteador de caminos! Conozco a varios sujetos de esta ciudad; voy a buscarlos, y volveré con ellos a confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí.» Dicho esto, se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió a Jerónimo de Miajadas a

determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, a cuyo fin salió a hacer las diligencias.

»Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable a nuestro intento, con todo, no las tenía todas consigo. Temía las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razón, no dejaría el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije: «¿Qué tienes, amigo? Paréceme que tu imaginación está ocupada en grandes cosas.» «¡Y como que lo está!—me respondió; y al mismo tiempo me refirió todo lo que había pasado, añadiendo al fin—: Mira ahora si tenía fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero, según todas las señales, tendrá mal fin, y soy de parecer que antes que se descubra el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos arrancado del ala de este buen pavo.» «Señor Morales—le repliqué—, no hay que apresurarnos; usted cede fácilmente a las dificultades y hace muy poco honor a don Matías del Cordel y a los demás caballeros de la orden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las huellas de estos héroes y acreditar que soy digno discípulo de su escuela, hago frente a ese obstáculo que tanto te espanta y me obligo a desvanecerle.» «Si lo consigues—repuso mi camarada—, desde luego declararé que superas a todos los barones ilustres de Plutarco.»

»Al acabar de hablar Morales entró Jerónimo de Miajadas y me dijo: «Acabo de disponerlo todo para tu boda; esta noche serás ya yerno mío.

Tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribón que me quería embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano?» Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldría yo de este aprieto, y no quedó poco sorprendido de oírme cuando, mirando tristemente a Miajadas, le respondí con la mayor sinceridad: «Señor, de mí dependería manteneros en vuestro error y aprovecharme de él. Pero conozco que no he nacido para sostener una mentira, y así, quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Vélez de la Membrilla.» «¡Qué es lo que oigo!—interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido—. Pues qué, ¿no sois vos el mozo a quien mi hermano?...» «Sosiéguese usted, señor—le interrumpí yo también—, y ya que empecé una narración fiel y sincera, sírvase oírme con paciencia hasta concluirla. Ocho días ha que amo ciegamente a vuestra hija y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, después que acudí a vuestra defensa, pensaba pedírosla por esposa, pero me tapasteis la boca con decirme que estaba ya prometida a otro. Al mismo tiempo, me dijisteis que al morir vuestro hermano os había encargado eficazmente que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que así se lo ofrecisteis y que, en fin, erais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oíros, y reducido mi amor a la desesperación, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré, sin embargo, que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadí de que vos mismo me la perdonaríais luego que llegaseis a saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los suizos, el Milanés y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprendería agradablemente cuando os revelase mi nacimiento, y desde entonces me recreaba en pensar el gozo que

causaría a Florentina el saber, después de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le había dado. ¡El Cielo no quiere—proseguí, mudando de tono—que yo tenga tanto placer! Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla; debo restituirle su nombre, cuésteme lo que me costare. Vuestra promesa os obliga a recibirle por yerno. Lo siento, sin poder quejarme, pues debéis preferirle a mí, sin reparar en mi alta clase ni en la cruel situación a que vais a reducirme. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tío de Florentina y que vos sois su padre, que parece más puesto en razón corresponder a la obligación que me tenéis que hacer punto en cumplir otra, la cual a la verdad os liga muy levemente.» «¿Qué duda tiene eso?—exclamó el buen Jerónimo de Miajadas—. ¡Es una cosa muy clara! Y así, estoy muy lejos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustín, él mismo desaprobaría que prefiriese el tal Pedro a un hombre que me salvó la vida y que, además de eso, es un príncipe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. ¡Sería preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna o hubiese perdido el juicio para que os negase mi hija y no solicitase todo lo posible la más pronta ejecución de este matrimonio!» «Con todo eso, señor—repliqué yo—, no quisiera que usted partiese con precipitación. No haga nada sin deliberarlo con madurez; atienda sólo a sus intereses y sin respeto a la nobleza de mi sangre...» «¡Os burláis de mí!—interrumpió Miajadas—. ¿Debo vacilar un momento? ¡No, príncipe mío, y os ruego que desde esta misma noche os dignéis honrar con vuestra mano a la dichosa Florentina!» «¡Enhorabuena!—le respondí—. Id vos mismo a darle esta noticia y a informarla de su venturosa suerte.»

»Mientras el buen hombre iba a dar parte a su hija de la conquista que había hecho su hermosura, no menos que de un gran príncipe, Morales, que había estado oyendo toda la conversación, se arrodilló de repente delante de mí y me dijo: «¡Señor príncipe italiano, hijo del soberano de los valles que están entre los suizos, el Milanés y la Saboya! ¡Permítame vuestra alteza que me arroje a sus pies para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiración! ¡A fe de bribón que eres un prodigio! Teníame yo por el mayor hombre del mundo; pero, hablando francamente, arrío bandera a vista de tu pabellón, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo.» «Según eso—le respondí—, ¿ya no tienes miedo?» «¡Cierto que no!—replicó él—. No temo ya al señor Pedro. ¡Que venga ahora su merced cuando quisiere!» Y hétenos aquí a Morales y a mí más firmes en nuestros estribos. Comenzamos a discurrir sobre el camino que habíamos de tomar así que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con más seguridad que si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo, todavía no la habíamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien a nuestra confianza.

»Poco tiempo después vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil, tan respetable por sus bigotes y su tez amulatada como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. «Señor Miajadas—le dijo el tal mozo—, aquí os traigo a estos tres hombres de bien, que me conocen y pueden decir quién soy.» «Sí por cierto—dijo el alguacil—; y declaro ante quien convenga cómo yo te conozco muy bien; te llamas Pedro y eres hijo único de Juan Vélez de la Membrilla. ¡Cualquiera que se atreva a decir lo contrario es un solemnísimo embustero!» «Señor alguacil—dijo entonces el buen

Jerónimo Miajadas—, yo le creo a usted; para mí es tan sagrado vuestro testimonio como el de los señores mercaderes que vienen en vuestra compañía. Estoy del todo convencido de que este caballerito que los ha conducido a mi casa es hijo del corresponsal de mi difunto hermano. Pero ¿qué me importa? He mudado de dictamen y ya no pienso darle mi hija.» «¡Oh, eso es otra cosa!—dijo el alguacil—. Yo sólo he venido a vuestra casa para aseguraros que conocía a este hombre. Por lo que toca a vuestra hija, vos sois su padre y ninguno os puede obligar a casarla contra vuestra voluntad!» «Tampoco pretendo yo—interrumpió Pedro—forzar la voluntad del señor Miajadas, que puede disponer de su hija como tenga por conveniente; pero desearía saber por qué razón ha variado de parecer. ¿Tiene algún motivo para quejarse de mí? ¡Ah, ya que pierdo la dulce esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mía!» «No tengo la menor queja de vos—respondió el viejo—; antes bien, os confesaré que siento verme obligado a faltar a mi palabra y os pido mil perdones. Vos sois tan generoso, que me persuado no llevaréis a mal que yo haya preferido a vos un pretendiente a quien debo la vida. Este es el caballero que veis aquí. Este señor—prosiguió, señalándome—es el que me salvó de un gran peligro, y para mayor disculpa mía debo añadir que es un príncipe italiano que, a pesar de la desigualdad de nuestra clase, se digna enlazar con Florentina, de la cual está enamorado.»

»Al oír esto, Pedro se quedó mudo y confuso, y los dos mercaderes, abriendo tanto ojo, quedaron como absortos; pero el alguacil, como acostumbrado a mirar las cosas por el mal lado, sospechó que detrás de aquella extraordinaria aventura se ocultaba algún enredo que le podía valer

algunos cuartos. Empezó a mirarme con la más escrupulosa atención, y como mis facciones, que nunca había visto, ayudaban poco a su buena voluntad, se volvió a examinar a mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi alteza, conoció a Morales, y acordándose de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real, «¡Ah! ¡Ah!—exclamó sin poderse contener—. ¡He aquí uno de nuestros parroquianos! ¡Me acuerdo de este caballero y os le doy por uno de los mayores bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos!» «¡Poco a poco, señor alguacil—dijo Jerónimo Miajadas—, que ese pobre mozo, de quien hacéis tan mal retrato, es un criado del señor príncipe!» «¡Sea en buen hora!—respondió—. ¡Eso me basta para saber lo que debo creer! ¡Por el criado saco yo lo que será el amo! ¡No me queda la menor duda de que estos dos señores son dos pícaros de marca que se han unido para burlarse de vos! Soy muy práctico en conocer esta casta de pájaros, y para haceros ver que son dos lindas ganzúas, en el mismo punto voy a llevarlos a la cárcel. ¡Quiero que se aboquen con el señor corregidor para que tengan con él una conversación reservada y sepan de la boca de su señoría que todavía se usan por acá penques y rebenques!» «¡Alto ahí, señor ministro!—replicó el viejo—. ¡No hay que llevar tan adelante el negocio! Los del hábito de usted no tienen reparo en mortificar a una persona honrada. ¿No podrá ser este criado un bribón sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva ver bribones al servicio de los príncipes?» «¡Usted se chancea con sus príncipes!—repuso el alguacil—. Este mozo, vuelvo a decir, es un tunante, y así, desde ahora les intimo a los dos que se den *presos al rey*. Si rehusan ir voluntariamente a la cárcel, veinte hombres tengo a la puerta que los llevarán por fuerza. ¡Vamos, príncipe mío—me dijo en seguida—; vamos andando!»

»Al oír estas palabras quedé todo fuera de mí, y lo mismo sucedió a Morales; y nuestra turbación nos hizo sospechosos a Jerónimo Miajadas, o, por mejor decir, nos perdió enteramente en su concepto. Bien se persuadió de que habíamos querido engañarle, y con todo eso tomó en esta ocasión el partido que debe tomar una persona delicada. «Señor ministro—dijo al alguacil—, vuestras sospechas pueden ser falsas y también verdaderas; pero sean lo que fueren, no apuremos más la materia. Os suplico que no impidáis que estos caballeros salgan y se retiren a donde mejor les pareciere. Es una gracia que os pido para cumplir con la obligación que les debo.» «La mía—interrumpió el alguacil—sería llevarlos a la cárcel sin atención a vuestros ruegos. Sin embargo, por respeto vuestro, quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, con la condición de que en este mismo momento han de salir de la ciudad. ¡Porque si mañana los veo en ella, les aseguro por quien soy que han de ver lo que les pasa!»

»Cuando Morales y yo oímos decir que estábamos libres, volvimos a respirar. Quisimos hablar con resolución y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil, con una mirada de soslayo, nos impuso silencio. No sé por qué esta gente tiene ascendiente sobre nosotros. Vímonos, pues, precisados a ceder Florentina y la dote a Pedro de la Membrilla, que verosímilmente pasó a ser yerno de Jerónimo de Miajadas.

»Retiréme con mi camarada y tomamos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber a lo menos ganado cien doblones en esta aventura. Una hora antes de anochecer pasábamos por una aldea, con ánimo de ir a hacer noche más adelante, y vimos en ella un mesón de bastante buena apariencia para aquel lugar. Estaban el mesonero y la mesonera sentados a la puerta, en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en días,

estaba rascando una guitarra para divertir a su mujer, que mostraba oírle con gusto. Viendo el mesonero que pasábamos de largo, «¡Señores—nos gritó—, aconsejo a ustedes que hagan alto en este lugar! Hay tres leguas mortales a la primera posada, y créanme que no lo pasarán tan bien como aquí. ¡Entren ustedes en mi casa, que serán bien tratados y por poco dinero!» Dejámonos persuadir. Acercámonos más al mesonero y a la mesonera, saludámoslos, y habiéndonos sentado junto a ellos, nos pusimos todos cuatro a hablar de cosas indiferentes. El mesonero decía que era cuadrillero de la Santa Hermandad, y la mesonera tenía pinta de ser una buena pieza que sabía vender bien sus agujetas.

»Interrumpió nuestra conversación la llegada de doce o quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. «¡Oh cuántos huéspedes!—exclamó el mesonero—. ¿Dónde podré yo alojar a tanta gente?» En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Había, por fortuna, una espaciosa granja cerca del mesón, en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del mesón y del lugar. Los hombres pensaron menos en dónde habían de dormir que en mandar disponer una buena cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada, dando fin de todas las aves del corral. Con esto, y un guisado de conejo y de gato y una abundante sopa de coles, hecha con carnero, hubo para toda la comitiva.

»Morales y yo mirábamos a aquellos caballeros, los cuales también nos miraban a nosotros de cuando en cuando. En fin, trabamos conversación y les dijimos que si lo tenían a bien cenaríamos en compañía; y habiéndonos respondido que tendrían en ello particular gusto, nos sentamos todos

juntos a la mesa. Entre ellos había uno que parecía mandaba a los demás, y aunque éstos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo, se conocía que le miraban con algún respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar más distinguido, que hablaba alto, que algunas veces contradecía a los otros sin reparo y que, lejos de hacer lo mismo con él, más bien parecía que todos se adherían a su dictamen. La conversación recayó casualmente sobre Andalucía, y como Morales comenzase a alabar mucho a Sevilla, el hombre de quien voy hablando le dijo: «Caballero, usted hace el elogio de la ciudad donde yo nací, o a lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió a luz en el arrabal de Mairena.» «En el mismo me parió la mía—respondió Morales—, y no es posible que yo deje de conocer a los parientes de usted, conociendo desde el alcalde hasta la última persona del arrabal. ¿Quién fué su señor padre?» «Un honrado escribano—respondió el caballero—llamado Martín Morales.» «¡Martín Morales!—exclamó mi compañero, no menos alegre que sorprendido—. ¡A fe mía que la aventura es bien extraña! Según eso, sois mi hermano mayor, Manuel Morales.» «Justamente—respondió el otro—, y, por consiguiente, tú eres mi hermanico Luis, a quien dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna.» «Ese es mi nombre», replicó mi camarada; y dicho esto, se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose después el señor Manuel a todos los que estábamos presentes, dijo: «Señores, este suceso tiene algo de maravilloso. La casualidad dispone que encuentre y reconozca a un hermano a quien ha por lo menos más de veinte años que no he visto; dadme licencia para que os lo presente.» Entonces todos los caballeros, que por cortesía estaban en pie, saludaron al hermano menor de Morales y le dieron repetidos abrazos. Después de esto, nos volvimos a la mesa, la que

no dejamos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto a otro y estuvieron hablando en voz baja de las cosas de su familia, mientras los demás convidados bebíamos y nos alegrábamos.

»Tuvo Luis una larga conversación con su hermano Manuel, y concluída, me llamó aparte y me dijo: «Todos estos caballeros son criados del conde de Montaños, a quien el rey acaba de nombrar virrey de Mallorca. Conducen el equipaje de su amo a Alicante, donde deben embarcarse. Mi hermano, que es el mayordomo de Su Excelencia, me ha propuesto llevarme consigo, y a vista de la repugnancia que le mostré de dejar tu compañía, me dijo que si tú quieres venir con nosotros te facilitará un buen empleo. Caro amigo—continuó él—, te aconsejo que no desprecies este partido. Vamos juntos a Mallorca; si allí lo pasamos bien, nos quedaremos, y si no nos tuviere cuenta nos volveremos a España.»

»Admití con gusto la propuesta; incorporámonos el joven Morales y yo con la familia del conde y partimos del mesón antes del amanecer del día siguiente. Pusímonos en camino para Alicante, yendo a largas jornadas. Luego que llegamos, compré una guitarra y me mandé hacer un vestido decente antes de embarcarme. Ya no pensaba yo sino en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedía a mi camarada Morales. Parecía que ambos habíamos renunciado para siempre a la vida bribona. Es preciso decir la verdad: uno y otro queríamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenía. En fin, nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos con la esperanza de llegar presto a Mallorca; pero no bien habíamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡Qué ocasión tan buena era ésta para hacer ahora una bellísima descripción de la tempestad, pintándoos el aire todo inflamado, la

viva luz de los relámpagos, el estampido de los truenos, la rápida caída de los rayos, el silbido de los vientos y la hinchazón de las olas, etc.! Pero dejando a un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fué tan recia la tormenta, que nos obligó a ancorar en la punta de la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortín, cuya guarnición consistía entonces en cinco o seis soldados y un oficial, que nos recibió con mucho agasajo.

»Como nos veíamos precisados a detenernos allí muchos días para componer nuestro velamen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones para evitar el fastidio. Siguiendo cada uno su inclinación, unos jugaban a los naipes; otros, a la pelota, etc.; yo me iba a pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubría en él un palmo de tierra. Un día que considerando aquellos lugares áridos y secos estábamos admirando los caprichos de la Naturaleza, que es fecunda o estéril donde le da la gana, sentimos todos de repente un olor muy grato que nos dejó sorprendidos. Lo quedamos mucho más cuando volviéndonos hacia el Oriente, de donde venía aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreselva, más hermosa y odorífera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos a aquellos bellísimos arbustos, que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que cercaban la entrada de una caverna muy profunda. Era ésta ancha y poco sombría; bajamos a ella por una escalera o caracol de piedra adornado de flores que primorosamente guarnecían sus lados. Cuando estuvimos abajo, vimos serpentear, sobre un suelo de arena más roja que el oro, varios arroyuelos, formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos y se

perdían en la misma arena. Parecíonos tan clara y cristalina el agua, que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver a este lugar al día siguiente, llevando con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos de que lo beberíamos allí con gusto.

»Dejamos con sentimiento un sitio tan delicioso, y cuando nos restituímos al fuerte ponderamos a nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dijo que nos advertía en amistad que por ningún caso volviésemos a la cueva de que tan enamorados habíamos quedado. «¿Y eso por qué?—le pregunté yo—. ¿Hay por ventura algo que temer?» «Y mucho—me respondió—. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces a esta isla y hacen aguada en ese paraje, y uno de estos días sorprendieron en él a dos soldados y los llevaron esclavos.» Por más seriedad con que nos lo decía el oficial, no le quisimos creer. Parecíanos que se zumbaba, y al día siguiente volví yo a la caverna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teníamos el más mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

»Bajamos al hondo de la cueva como el día anterior y pusimos a refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos a la boca de la caverna muchos hombres con bigotes, turbantes y vestidos a la turca. Juzgamos al pronto que eran algunos del navío, que juntamente con el comandante se habían disfrazado para chasquearnos. Creídos de esto nos echamos a reír y dejamos bajar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedamos

tristemente desengañados viendo ser un pirata que venía con su gente a esclavizarnos. «¡Rendíos, perros—nos dijo en lengua castellana—, o aquí moriréis todos!» Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venían y que a la menor resistencia las hubieran disparado. Preferimos la esclavitud a la muerte y entregamos las espadas al pirata. Nos hizo cargar de cadenas, nos llevaron a su buque, que no estaba muy distante, levaron anclas, hiciéronse a la vela y singlaron hacia Argel.

»De este modo fuimos justamente castigados del poco aprecio que hicimos del aviso del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos y quitarnos cuanto dinero llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Jerónimo Miajadas había dado a Morales, y que por desgracia llevaba yo conmigo, todo lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos. En suma, el pirata hizo una buena pesca, de lo que estaba muy contento; y el grandísimo bergante, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó a insultarnos con bufonadas, que no eran mucho menos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Después de mil impertinentes truhanadas, y para mofarse de nosotros de otro modo, mandó traer las botellas que habíamos puesto a refrescar y comenzó a vaciarlas todas, ayudándole sus gentes y repitiendo a nuestra salud muchos brindis por irrisión.

»Durante este tiempo mis camaradas mostraban un semblante que daba a entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacía tanto más doloroso el cautiverio cuanto más alegre era la idea de ir a la isla de Mallorca. Por lo que a mí toca, tuve valor para tomar desde luego mi

determinación, y menos apesadumbrado que los otros, no sólo trabé conversación con nuestro capitán mofador, sino que le ayudé yo mismo a llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. «Oye, mozo—me dijo—, me gusta tu buen humor y tu genio; y si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, lo mejor es armarse de paciencia y acomodarse con el tiempo. Tócanos una buena tocata—añadió, viendo que yo llevaba una guitarra—; veamos a lo que llega tu habilidad.» Mandó que me desatasen los brazos, y al punto comencé a tocar, de tal modo que merecí sus aplausos; bien es verdad que yo no manejaba mal este instrumento. También me hizo cantar, y no quedó menos satisfecho de mi voz; todos los turcos que había en el bajel mostraron con gestos de admiración el placer con que me habían oído, por lo que conocí que en materia de música no carecían de gusto. El pirata se arrimó a mí y me dijo al oído que sería un esclavo afortunado y que podía estar cierto de que mis talentos me proporcionarían un destino que haría muy llevadera la esclavitud.

»Estas palabras me consolaron algo; pero, por más halagüeñas que fuesen, no dejaba de inquietarme el empleo que el pirata me había pronosticado y temía que no fuese de mi aceptación. Al llegar al puerto de Argel vimos una multitud de personas que había acudido para vernos, y sin que aún hubiésemos saltado en tierra hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba a éstos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente y que causaban un estruendo desentonado más que una música apacible. Aquella extraordinaria algazara nacía de la falsa noticia que se había esparcido por la ciudad de que el renegado Mahometo—que así se llamaba nuestro pirata—había muerto peleando con una gruesa embarcación

genovesa, y todos sus parientes y amigos, informados de su regreso, acudían a darle muestras de su regocijo.

»Luego que desembarcamos, a mí y a mis compañeros nos llevaron al palacio del bajá Solimán, donde un escribano cristiano nos examinó a cada uno en particular, preguntándonos el nombre, edad, patria, religión y habilidad. Entonces Mahometo, mostrándome al bajá, le ponderó mi voz y mi destreza en tocar la guitarra. No hubo menester más Solimán para determinarse a tomarme a su servicio, y desde aquel punto quedé reservado para su serrallo, adonde me condujeron para instalarme en el empleo que me estaba destinado. Los demás cautivos fueron llevados a la plaza mayor y vendidos según costumbre. Verificóse lo que Mahometo me había pronosticado en el bajel, porque, ciertamente, fuí muy afortunado. No me entregaron a las guardias de las mazmorras ni me destinaron a trabajar en las obras públicas; antes bien, mandó Solimán, por aprecio particular, que me agregasen en cierto sitio privado a cinco o seis esclavos de distinción, cuyo rescate se esperaba presto y a quienes no se empleaba sino en trabajos ligeros, y se me encargó el cuidado de regar en los jardines las flores y los naranjos. No podía tener yo una ocupación más suave, y por eso di gracias a mi estrella, presintiendo, sin saber por qué, que no sería desgraciado al servicio de Solimán.

»Este bajá—porque es necesario que haga su retrato—era un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento, y aun muy galán para turco. Tenía por favorita una cachemiriana que por su talento y hermosura se había hecho dueña de él. Idolatraba en ella y no pasaba día en que no la festejase con alguna diversión nueva; unas veces era un concierto de voces y de instrumentos; otras, una comedia a la turca, es decir, unos dramas en los

cuales no se tenía más respeto al pudor y al decoro que a las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farrukhnaz, era apasionadísima a semejantes espectáculos, y aun algunas veces mandaba a sus criadas representar piezas árabes en presencia del bajá. Ella misma solía también hacer su papel, y lo ejecutaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba a todos los espectadores. Un día en que yo asistí a una de estas funciones mezclado entre los músicos me mandó Solimán que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de darle tanto gusto, que no sólo me aplaudió con palmadas, sino de viva voz, y la favorita, a lo que me pareció, me miró con ojos favorables.

»El día siguiente por la mañana, estando yo regando los naranjos en los jardines, pasó junto a mí un eunuco que, sin detenerse ni hablar palabra, dejó caer a mis pies un billete. Recogíle prontamente, con una turbación mezclada de alegría y de temor; echéme a la larga en el suelo, por que no me viesen desde las ventanas del serrallo, y ocultándome detrás de los naranjos le abrí presuroso. Hallé dentro de él un preciosísimo brillante y escritas en buen castellano estas palabras: «Joven cristiano, da mil gracias al Cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna la harán feliz; el amor, si te muestras sensible a los atractivos de una persona hermosa; y la fortuna, si tienes valor para arrostrar todo género de peligros.»

»No dudé ni un solo momento que el billete era de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadían. Además de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido de la dama de un gran príncipe, y sobre todo la esperanza de conseguir de ella cuatro veces más dinero del que me era menester para mi rescate, me determinaron a tentar esta nueva aventura, a costa de cualquier riesgo. Proseguí, pues, en mi ocupación,

pensando siempre en el modo que podría tener para introducirme en el cuarto de Farrukhnaz, o, por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriría para abrirme este camino, pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaría con lo hecho y que ella misma se adelantaría a librarme de este cuidado. Con efecto, no me engañé; de allí a una hora volvió a pasar junto a mí el mismo eunuco de antes y me dijo: «Cristiano, ¿has hecho tus reflexiones? ¿Tendrás valor para seguirme?» Respondíle que sí. «Pues bien—añadió él—, el Cielo te guarde. Mañana por la mañana te volveré a ver; está dispuesto para dejarte conducir.» Y dicho esto, se retiró. Efectivamente, al día siguiente, a cosa de las ocho de la mañana, se dejó ver y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo a una sala donde había un gran rollo de lienzo pintado, que acababan de traer él y otro eunuco para llevarlo a la cámara de la sultana y había de servir para la decoración de una comedia árabe que ella tenía dispuesta para divertir al bajá.

»Los dos eunucos, viéndome dispuesto a hacer todo lo que quisiesen, no perdieron tiempo. Desarrollaron el telón, hiciéronme tender a la larga en medio de él y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome dentro del mismo con peligro de sofocarme. Cogiéronlo cada uno de un extremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormía la bella cachemiriana. Estaba sola con una esclava vieja enteramente dedicada a darle gusto. Desenvolvieron ambas el telón, y Farrukhnaz, luego que me vió, mostró una alegría que manifestaba bien el carácter de las mujeres de su país. En medio de mi natural intrepidez, confieso que, cuando me vi de repente transportado al cuarto secreto de las mujeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo:

«No temas, cristiano, porque Solimán acaba de marchar a su casa de recreo, donde se detendrá todo el día, y nosotros hablaremos aquí libremente.»

»Animáronme estas palabras y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona. «Esclavo—me dijo—, tu persona me ha agradado y quiero hacerte más suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinación que te he tomado. Aunque te veo en el traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galán que me obliga a creer no eres persona común. Háblame con toda confianza y díme quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condición para que les cueste menos el rescate, pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofendería mucho semejante precaución, pues que te prometo tu libertad. Sé, pues, sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales.» «Con efecto, señora—le respondí—, correspondería ruinmente a vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio. Ya que tenéis empeño en que os descubra quién soy, voy a obedeceros. Soy hijo de un grande de España.» Quizá decía en esto la verdad; por lo menos la sultana así lo creyó, y dándose a sí misma el parabién de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haría todo lo posible para que los dos nos viésemos a solas con frecuencia. Tuvimos una larga conversación. En mi vida he tratado con mujer de mayor talento y atractivo. Sabía muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran cestón de juncos, cubierto con un repostero de seda trabajado por su misma mano, y llamando a los mismos eunucos que me habían introducido les entregó aquella carga, como un

regalo que ella enviaba al bajá, lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mujeres que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

»Hallamos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos, y la amable sultana poco a poco me fué inspirando tanto amor hacia ella como ella me lo tenía a mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo a los ojos de tantos Argos; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas y mudó enteramente de aspecto mi fortuna. Un día en que entré en el cuarto de la sultana metido dentro de un dragón artificial que se había hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella, creído de que Solimán se hallaba aún fuera, entró éste tan de repente en el cuarto de su favorita, que la esclava no tuvo tiempo de avisarnos, y mucho menos yo para ocultarme, y así, fuí el primero que se ofreció a los ojos del bajá.

»Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio; y sucediendo en un momento la ira a la admiración, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignación y furor. Consideré entonces que era llegada la última hora de mi vida y me imaginaba ya en medio de los más crueles tormentos. Por lo que toca a Farrukhnaz, conocí que también estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito y pedir perdón de él, dijo a Solimán: «Señor, suplícoos no me condenéis antes de oírme. Confieso que todas las apariencias me condenan y me representan infiel y traidora a vos, y, por consiguiente, merecedora de los más horrorosos castigos. Yo misma hice venir a mi cuarto a este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, a pesar de todas

estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle a que dejase su secta y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio, encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.»

»Confieso que era obligación mía desmentir a la favorita, sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razón en aquel lance y acobardado el espíritu a vista del riesgo que corría mi vida y la de una dama a quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Solimán por mi silencio de que era verdad cuanto había dicho la sultana, depuso su ira y le dijo: «Quiero creer que no me has ofendido y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te movió a arriesgarte a una acción tan delicada. Por eso te disculpo tu imprudencia, con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto.» Inmediatamente hizo venir a su presencia un morabito. Vistiéronme a la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron sin la menor resistencia, o, por mejor decir, ni yo mismo sabía lo que me hacían en aquella turbación de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sido tan cobardes como yo en esta ocasión!

»Concluída la ceremonia, salí del serrallo, con el nombre de Sidy Haly, a tomar posesión de un empleo de poca monta a que Solimán me destinó. No volví a ver a la sultana, pero uno de sus eunucos vino a buscarme cierto día y de su parte me entregó una porción de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos de oro*, y juntamente un billete, en que me aseguraba que jamás olvidaría la generosa complacencia con que me había hecho

mahometano por salvarle la vida. Con efecto, además de los regalos que había recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediación otro empleo de más importancia que el primero, de manera que en menos de seis a siete años me hallé el renegado más rico de todo Argel.

»Ya habrán conocido ustedes que si yo concurría a las oraciones que hacían los musulmanes en sus mezquitas y practicaba las demás ceremonias de su ley, era todo una mera ficción. Por lo demás, estaba firmemente resuelto a volver a entrar en el seno de la Iglesia, para lo que pensaba retirarme algún día a España o Italia con las riquezas que hubiese juntado. Mientras tanto, vivía muy alegremente. Estaba alojado en una hermosa casa, tenía jardines magníficos, multitud de esclavos y un serrallo bien abastecido de mujeres bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra a los mahometanos, sin embargo, pocos moros dejan de beberlo secretamente. Yo, por lo menos, lo bebía sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

»Acuérdome que me acompañaban comúnmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivía con ellos sin reserva. Convidélos una noche a cenar, y aquel día se me había muerto un perro que yo quería mucho. Lavamos el cuerpo y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbran los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos, ciertamente, por burlarnos de la religión de Mahoma, sino sólo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

»Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada acción me

perdiese enteramente. El día siguiente se presentó en mi casa un hombre, que me dijo: «Señor Sidy Haly, vengo a buscar a usted para cierto asunto de importancia. El señor cadí tiene precisión de hablarle; sírvase tomar el trabajo de llegarse a su casa inmediatamente.» «Decidme, os suplico—le pregunté—, qué es lo que me quiere.» «El mismo os lo dirá—respondió el moro—; todo lo que puedo deciros es que un mercader que ayer cenó con usted le ha dado parte de no sé qué impía o irreligiosa acción que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio que comparezcáis hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no cumpliéndose así se procederá criminalmente contra vuestra persona.» Dijo, y sin aguardar respuesta me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenía el árabe la más mínima razón para estar quejoso de mí ni yo podía comprender por qué me había jugado una pieza tan ruin. Sin embargo, la cosa era muy digna de atención. Yo tenía bien conocido al cadí por hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro* y fuí derecho a presentarme a él. Hízome entrar en su despacho y luego me dijo en tono colérico y furioso: «¡Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable! ¡Habéis dado sepultura a un perro como si fuera un musulmán! ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanación! ¿Es éste el respeto que profesáis a las más venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias más sagradas de nuestro Alcorán?» «Señor cadí—le respondí—, el árabe que vino a haceros una relación tan alterada o tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura a un doméstico fiel, a un inocente animal que tenía mil

bellas cualidades. Amaba tanto a las personas de mérito y distinción, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimación y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando a unas veinte escudos, a otras treinta, etc.; y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos *sultaninos de oro* que hallaréis en este bolsillo.» Y dicho esto, le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cadí toda su gravedad cuando me oyó decir esto, sin poder contener la risa, y como estábamos solos, tomó francamente el bolsillo y me despidió, diciendo: «¡Id en paz, Sidy Haly! ¡Hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor a un perro que hacía tanto aprecio de los sujetos de mérito!»

»Salí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo más cuerdo, a lo menos me enseñó a ser más circunspecto. No volví a tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas a un caballero de Liorna, que era esclavo mío, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan a los cautivos cristianos peor que a los mismos turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decían les costaba más suspiros el miedo de pasar a servir a otro amo que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible a todos los que gimen en cautiverio.

»Volvieron un día los jabeques de Solimán cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Solimán para sí un cortísimo número y los demás fueron puestos a la venta. Fuí a la plaza donde ésta se celebraba y compré una muchacha

española de diez a doce años. Lloraba la pobrecita amargamente y se desesperaba. Admirado yo de verla afligirse así en tan tierna edad, me llegué a ella, y le dije en lengua castellana que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que había caído en manos de un amo que, aunque llevaba turbante, era de corazón humano. La joven, poseída enteramente de su dolor, ni siquiera atendía a mis palabras. Gemía, suspiraba y se deshacía en lágrimas inconsolables, prorrumpiendo de cuando en cuando en esta exclamación: «¡Ay, madre mía, y por qué me habrán separado de ti! ¡Todo lo llevaría en paciencia como estuviéramos juntas!» Mientras decía estas palabras, tenía puestos los ojos en una mujer de cuarenta y cinco a cincuenta años, distante pocos pasos, la cual, muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando a que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella mujer a quien miraba. «Sí, señor—me respondió con tierno sentimiento—. ¡Por amor de Dios, haga su merced que jamás me separen de ella!» «Bien está, hija mía—le dije—. Si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada.» Al mismo tiempo me acerqué a la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella, con la conmoción que podéis imaginar, todas las facciones y demás señales de Lucinda. «¡Cielos!—exclamé dentro de mí mismo—. ¿Qué es lo que veo? ¡Esta es mi madre; no puedo dudarlo!» Pero ella, o ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no le dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, o ya fuese porque el traje mahometano me hacía parecer otro, o bien que en el espacio de doce años que no me había visto me hubiese desfigurado, el hecho es que realmente ella no me conoció. En fin, yo la compré y me la llevé a mi casa.

»No quise dilatarle el gusto de que me conociese. «Señora—le dije—, ¿es posible que no os acordéis de haber visto nunca esta cara? Pues qué, ¿unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte que os impidan conocer a vuestro hijo Rafael»? Volvió en sí al oír estas palabras; miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose a mí con los brazos abiertos nos estrechamos tiernamente. Con igual ternura abracé después a su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenía un hermano como yo ajeno de tener una hermana. «Confesad—dije entonces a mi madre—que en todas vuestras comedias no habéis tenido un encuentro y reconocimiento tan positivo como éste.» «Hijo—me respondió suspirando—, grandísima alegría he tenido en volverte a ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mío! ¡En qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me sería mil veces menos sensible que ese traje odioso...» «A fe, madre—le respondí sonriéndome—, que me admiro de vuestra delicadeza; por cierto que no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de la que erais si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, miradme como a un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulmán como lo era en España, y en la realidad permanezco siempre en mi religión. Cuando sepáis todas las aventuras que me han acontecido en este país me disculparéis. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué a esta deidad. En esto me parezco algo a vos; fuera de que hay aún otra razón que debe templar vuestro dolor de verme en la situación en que me veis. Temíais experimentar en Argel una dura esclavitud y habéis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso y bastante rico para que viváis con regalo y con quietud en esta ciudad hasta

que se nos proporcione ocasión oportuna para que todos podamos seguramente volver a España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *No hay mal que por bien no venga*.» «Hijo mío—me dijo Lucinda—, una vez que estás resuelto a restituirte a tu patria y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entonces irá con nosotros tu hermana Beatriz y tendré el gusto de volverla a ver sana y salva en Castilla.» «Sí, señora—le respondí—, espero que le tendréis, pues lo más presto que sea posible iremos todos tres a juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habréis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad.» «No, hijo—repuso mi madre—, no he tenido más hijos que a vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio de los más legítimos.» «Pero, señora—repliqué—, ¿qué razón tuvisteis para conceder a mi hermanita esa preeminencia que me negasteis a mí? ¿Y cómo os habéis resuelto a casaros? Acuérdome haberos oído decir mil veces en mi niñez que nunca perdonaríais a una mujer joven y linda el sujetarse a un marido.» «*¡Otros tiempos, otras costumbres!*—respondió ella—. Si los hombres más firmes en sus propósitos están más sujetos a mudar, ¿qué razón habrá para pretender que las mujeres sean invariables en los suyos? Voy a contarte—continuó—la historia de mi vida desde que saliste de Madrid.» Hízome después la siguiente relación, que jamás olvidaré, y de la cual no quiero privaros, porque es curiosísima:

«Hará cosa de trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo, el duque de Medinaceli me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señalóme el día, esperéle, vino y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podía tener, y se lo concedí, con la esperanza de que me lo pagaría bien, y así lo ejecutó.

Al día siguiente me envió varios regalos, a que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temía yo que no duraría largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevación; y lo temía con tanto mayor fundamento cuanto no ignoraba que se había escapado de otras en que le habían aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo había sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disgustarse, cada día parecía más embelesado de mi condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármele y de impedir que su corazón, naturalmente voluble, se dejase arrastrar de su nativa propensión.

»Tres meses hacía que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño sería durable, cuando cierto día una amiga mía y yo concurrimos a una casa donde se hallaba la duquesa esposa del duque, y habíamos ido a ella convidadas para oír un concierto de música de voces e instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detrás de la duquesa, la cual llevó muy a mal que yo me hubiese dejado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme a decir por una criada que me suplicaba me saliese de allí al instante. Respondí a la criada con mucha grosería, de lo que, irritada la duquesa, se quejó a su esposo, el cual vino a mí y me dijo: «Lucinda, sal prontamente de aquí. Cuando los grandes señores se inclinan a mozuelas como tú, no deben éstas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos a vosotras más que a nuestras mujeres, siempre las respetamos a éstas mucho más que a vosotras, y siempre que tengáis la insolencia de pretender igualaros con ellas seréis tratadas con la indignidad que merecéis.»

»Por fortuna que el duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia por el desaire que había recibido. Para mayor pesar mío,

los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé cómo, todo lo que me había pasado. ¡No parece sino que hay algún diablillo acechador y cizañero que se divierte en descubrir a unos lo que sucede a otros! Hace, por ejemplo, un comediante en una francachela alguna extravagancia, acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galán y adinerado: toda la compañía inmediatamente sabe hasta la más ridícula menudencia. Así supieron mis compañeros cuanto me había pasado en el concierto, y sabe Dios cuánto se divirtieron a mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo no hice caso de sus habladurías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, que no volvió a parecer por mi casa, y luego supe había tomado amistad con una cantarina.

»Mientras una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca le faltan amantes, y el amor de un gran señor, aunque no dure más que tres días, siempre añade nuevos realces a su mérito. Yo me vi sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de que el duque me había dejado. Los mismos competidores que yo le había sacrificado, más enamorados de mis hechizos que antes, volvieron a porfía a galantearme. Fuera de éstos, recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció más ansioso que un alemán gordo, gentilhombre del duque de Osuna. Su figura no era muy apreciable, pero se mereció mi atención con mil doblones que había juntado en casa de su amo y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fué bien recibido; pero apenas se le apuró la bolsa halló la puerta cerrada.

Enfadado de este proceder mío me fué a buscar a la comedia, dióme sus quejas, y porque me reí de él a sus hocicos, arrebatado de cólera, me sacudió un bofetón a la tudesca. Di un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia y, dirigiéndome al duque, que estaba en su aposento con su esposa la duquesa, me quejé a él en alta voz de los modales tudescos con que me había tratado su gentilhombre. Mandó el duque seguir la comedia, diciendo que después de ella oiría a las partes. Acabada la representación, me presenté muy alterada al duque, exponiendo mi queja con vehemencia. El alemán despachó su defensa en dos palabras, diciendo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre para repetirlo. El duque de Osuna, oídas las partes y volviéndose al alemán, sentenció de esta manera: «Brutandorff, te despido de mi casa y te prohibo que te presentes más delante de mí, no porque has dado un bofetón a una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido a tus amos y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.»

»Esta sentencia me atravesó el alma. Apoderóse de mí una ira rabiosa y un inexplicable furor al ver que no habían despedido al alemán por la ofensa que me había hecho. Creía yo que un oprobio como aquél, cometido contra una comedianta, debía castigarse como un delito de lesa majestad y contaba con que el tudesco padecería una pena aflictiva. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro, en términos que desde aquel punto resolví dejarlo e irme a vivir lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* a ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas, caudal que me parecía bastante para

mantenerme con decencia el resto de mis días, pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña y no recibí más familia que una criada y un paje, para quienes era tan desconocida como para todas las demás del vecindario. Fingí ser viuda de un empleado de la Real Casa y que había escogido para mi retiro la ciudad de Valencia por haber oído que su temple era uno de los más benignos y su terreno uno de los más deliciosos de España. Trataba con muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada que a ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo, y a pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivía en una quinta propia, cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto y como de treinta y cinco a cuarenta años, pero un noble muy adeudado, lo que no es más raro en el reino de Valencia que en otros muchos países.

»Habiendo agradado mi persona a este hidalgo, quiso saber si en lo demás podría yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso y, además de eso, bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que había menester, y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja, que me dijo de su parte que, prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecía su mano, y que ratificaría esta oferta si merecía la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres días de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las cualidades de aquel hidalgo, y por el mucho bien que me dijeron de él, aunque sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos días.

»Don Manuel de Jérica—éste era el nombre de mi esposo—me condujo luego a su hacienda. La casa tenía cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacía mucha vanidad el dueño. Decía que la había hecho edificar uno de sus progenitores, y de la vejez de la fábrica deducía que la familia de Jérica era la más antigua de toda España. Pero el tiempo había maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que por que no viniese a tierra lo habían apuntalado. ¡Qué dicha para don Manuel la de haberse casado conmigo! Gastóse en reparos la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el país; y héteme aquí en un nuevo mundo, por decirlo así, y convertida de repente en señora de aldea y de hacienda. ¡Qué transformación! Era yo muy buena actriz para no saber representar y sostener el esplendor que correspondía a mi nuevo estado. Revestíame en todo de ciertos modales teatrales de nobleza, de majestad y desembarazo, que hacían formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh, cuánto se hubieran divertido a costa mía si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos y cuánto hubieran rebajado los respetuosos obsequios que me tributaban las demás gentes!

»Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de don Manuel, al cabo de los cuales se lo llevó Dios. Dejóme bastantes negocios que desenredar y por fruto de nuestro matrimonio a tu hermana Beatriz, que a la sazón contaba cuatro años de edad cumplidos. Nuestra quinta, que era a lo que estaban reducidos nuestros bienes, se hallaba, por desgracia, empeñada para seguridad de muchos acreedores, el principal de los cuales se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenía perfectamente. Ejercía en Valencia el oficio de procurador, que

desempeñaba como hombre consumado en todas las trampas de los pleitos; y a mayor abundamiento, había estudiado leyes para saber mejor hacer injusticias. ¡Oh qué terrible acreedor! Una quinta entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que una paloma en las garras de un milano. Por tanto, el señor Astuto, apenas supo la muerte de mi marido puso sitio a mi pobre quinta. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas que las supercherías legales comenzaban a formar si mi fortuna o mi estrella no la hubiera salvado. Quiso ésta que de enemigo se convirtiese en esclavo mío. Enamoróse de mí en una conversación que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleito. Confieso que de mi parte hice cuanto pude para inspirarle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesión a probar con él todos aquellos artificios que me habían salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi destreza creía no poder enganchar al procurador, tan embebecido en su oficio que parecía incapaz de admitir ninguna impresión amorosa. Con todo, aquel socarrón, aquel marrajo, aquel empuerca-papel me miraba con mayor complacencia de la que yo pensaba. «Señora—me dijo un día—, yo no entiendo de enamorar; dedicado siempre a mi profesión, nunca he cuidado de aprender las reglas, los usos ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de eso, no ignoro lo esencial, y para ahorrar palabras sólo diré que si usted quiere casarse conmigo quemaremos al instante el proceso y alejaré a los demás acreedores que se han reunido conmigo para hacer vender su hacienda; usted será dueña del usufructo y su hija de la propiedad.» El interés de Beatriz y el mío no me dejaron vacilar ni un solo punto. Acepté al instante la proposición. El procurador cumplió su palabra: volvió sus armas contra los otros acreedores y aseguróme en la posesión de mi quinta. Quizá fué

ésta la primera vez que supo servir bien a la viuda y al huérfano.

»Llegué, pues, a verme procuradora, sin dejar por eso de ser señora de aldea, aunque este matrimonio me perdió en el concepto de la nobleza valenciana. Las señoras de la primera distinción me miraron como a una mujer que se había envilecido y no quisieron visitarme más. Vime precisada a tratar solamente con las aldeanas o con señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me había acostumbrado por espacio de seis años a tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque tomé conocimiento con una escribana y dos procuradoras, cada una de un carácter muy digno de risa. Yo me divertía infinito de ver su ridiculez. Estas medio señoras se tenían por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocían a sí mismas, mas veo que ésta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es más que su vecino. En este particular, toco ahora que tan locas son las hidalgas de aldea como las damas de teatro. Para castigarlas, quisiera yo que se las obligase a conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, y apuesto cualquiera cosa a que no los colocarían en los sitios más visibles.

»A los cuatro años de matrimonio cayó enfermo el señor Astuto, y murió sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dejó a lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal me tenían. En virtud de esta fama, comenzó a obsequiarme un caballero siciliano, llamado Colifichini, resuelto a ser mi amante para arruinarme o ser desde luego mi marido, dejando a mi arbitrio la elección. Había venido de Palermo para ver la España, y después de haber satisfecho su curiosidad, estaba en Valencia esperando, según decía, ocasión de embarcarse para restituirse a

Sicilia. Tenía veinticinco años; era, aunque pequeño de cuerpo, bien plantado, y, en fin, me agradaba su figura. Halló modo de hablarme a solas, y—te confieso la verdad—desde la primera conversación quedé loca perdida por él. No quedó él menos enamorado de mí, y creo—¡Dios me lo perdone!—que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado si la muerte del procurador, que aun estaba muy reciente, me hubiera permitido hacer tan presto otra boda, porque desde que comencé a tomar inclinación a los matrimonios respetaba los estímulos del mundo.

»Convinimos, pues, en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Mientras tanto, Colifichini proseguía obsequiándome, y lejos de entibiarse en su amor se mostraba más vehemente cada día. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero; conocílo y procuré que nunca le faltase. Además de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de haber hecho contribuir a los hombres en la flor de mis años y miraba lo que daba como una especie de restitución en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible a que pasase el tiempo que prescribe a las viudas el ceremonial del respeto humano para pasar a otras nupcias. Apenas llegó, cuando fuimos a la iglesia a unirnos con aquel estrecho lazo que sólo puede desatar la muerte. Retirámonos después a mi quinta, donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos tiernos amantes. Pero, ¡ay, que no nos habíamos unido para que nuestra dicha fuese duradera! Al cabo de esto breve tiempo, un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.»

»Aquí no pude menos de interrumpir a mi madre diciéndole: «Pues qué, señora, ¿también murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que sólo puede tomarse a costa de la vida de sus conquistadores.»

«Hijo mío, ¡cómo ha de ser!—me respondió ella—. ¿Por ventura puedo yo alargar los días que el Cielo tiene contados? Si he perdido tres maridos, ¿cómo lo he de remediar? A dos los lloré mucho; el que menos lágrimas me costó fué el procurador. Como me casé con él puramente por el interés, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo a Colifichini, te diré que algunos meses después de muerto, deseando yo ver una casa de campo junto a Palermo, que me había señalado para mi viudedad en nuestro contrato matrimonial, y tomar posesión de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viaje fuimos apresadas por los corsarios del bajá de Argel. Condujéronnos a esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto, hubiéramos caído en manos de un amo despiadado, que nos hubiera maltratado y bajo cuya dura esclavitud quizá habríamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oído hablar nunca de nosotras.»

»Tal fué, señores, la relación que mi madre me hizo. Coloquéla después en el mejor cuarto de mi casa, con la libertad de vivir como mejor le pareciese, cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado tanto en ella el hábito de amar, en virtud de tan repetidos actos, que no le era posible estar sin un amante o sin un marido. Anduvo vagueando por algún tiempo, poniendo los ojos en algunos de mis esclavos, hasta que finalmente llamó toda su atención Haly Pegelín, renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróle éste un amor mucho más vivo que el que había tenido a Colifichini, y era tan diestra en agradar a los hombres que halló el secreto de encantar también a éste. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando sólo en el modo de restituirme a España. Habíame dado licencia el bajá para armar

una embarcación, a fin de ir en corso a ejercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho días antes que se acabase dije a Lucinda: «Madre, presto saldremos de Argel y dejaremos para siempre un lugar que tanto aborrecéis.»

»Mudósele el color al oír estas palabras y guardó un profundo silencio. Sorprendióme esto extrañamente y le dije admirado: «¿Qué es esto, señora? ¿Qué novedad veo en vuestro semblante? Parece que os aflijo en vez de causaros alegría. Creía daros una noticia agradable participándoos que todo lo tengo dispuesto para nuestro viaje. ¿No desearíais acaso restituiros a España?» «No, hijo mío—me respondió—, confieso que ya no lo deseo. Tuve allí tantos disgustos, que he renunciado a ella para siempre.» «¡Qué es lo que oigo!—exclamé penetrado de dolor—. ¡Ah señora! ¡Decid más bien que el amor es quien os hace odiosa vuestra patria! ¡Santos Cielos y qué mudanza! Cuando llegasteis a esta ciudad, todo cuanto se os ponía delante os causaba horror; pero Haly Pegelín os hace mirar las cosas con otros ojos.» «No lo niego—respondió Lucinda—; es cierto que amo a este renegado y quiero que sea mi cuarto marido.» «¿Qué proyecto es el vuestro?—interrumpí todo horrorizado—. ¡Vos casaros con un musulmán! Sin duda habéis olvidado que sois cristiana, o, por mejor decir, solamente lo habéis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah madre mía, y qué de cosas estoy viendo ya! ¡Habéis resuelto perderos para siempre porque vais a hacer por vuestro gusto lo que yo no hice sino por necesidad!»

»Otras muchas cosas le dije para disuadirla de aquel intento, pero fué predicar en desierto, porque se había cerrado en ello. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinación, dejándome a mí por entregarse a

un renegado, quiso llevarse consigo a Beatriz; pero a esto me opuse fuertemente. ¡Ah infeliz Lucinda!—le dije—. ¡Si nada es capaz de conteneros, a lo menos abandonaos sola al furor que os posee y no queráis conducir a una inocente al precipicio en que os apresuráis a caer!» Lucinda se marchó sin replicar, quizá por algún vislumbre de luz que por entonces rayó en ella y le impidió obstinarse en pedir su hija. Así lo creía yo, pero conocía muy mal a mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos días después: «Señor, mirad por vos. Un cautivo de Pegelín acaba de confiarme un secreto que no debo ocultaros, para que no perdáis tiempo en aprovecharos de él. Vuestra madre ha mudado de religión, y para vengarse de vos por haberle negado su hija está determinada a dar parte al bajá de vuestra próxima fuga.» No tuve la menor duda de que Lucinda era capaz de hacer todo lo que mi esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho y estaba persuadido de que, a fuerza de representar papeles trágicos en el teatro, se había familiarizado tanto con el crimen que muy bien me hubiera hecho quemar vivo, y no le conmovería más mi muerte que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

»Por tanto, no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco y tomé, según costumbre de los corsarios argelinos que van a corso, algunos turcos conmigo, pero solamente los que eran necesarios para no hacerme sospechoso, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes de que no me olvidaría de llevar al mismo tiempo todo el dinero y alhajas que había en mi casa y podía importar hasta unos seis mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los turcos, a quienes encadenamos fácilmente, por ser

mucho mayor el número de mis esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo arribamos a las costas de Italia; entramos en el puerto de Liorna con la mayor facilidad, y toda la ciudad, a lo que creo, acudió a nuestro desembarco. Entre los que concurrieron a él estaba por casualidad o por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente a todos mis cautivos conforme iban desembarcando; y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenía de encontrarlas. Pero ¡qué júbilo, qué abrazos se dieron padre e hijo después de haberse reconocido! Luego que Azarini le informó de quién era yo y del motivo que me llevaba a Liorna, me obligó el buen viejo a que fuese a alojarme a su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relación de mil cosas que me fué preciso practicar para volver a reconciliarme con el gremio de la Iglesia, y sólo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le había abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi bajel y di libertad a todos los esclavos. Por lo que toca a los turcos, se los aseguró en las cárceles de Liorna para canjearlos a su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis, padre e hijo, usaron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz, partido que a la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero y heredera de la hacienda de Jérica, cuya administración había dejado mi madre a cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar a Sicilia.

»Después de haberme detenido en Liorna algún tiempo, marché a Florencia, deseoso de ver aquella ciudad. Llevé conmigo algunas cartas de recomendación que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos en la corte del gran duque, a quienes me recomendaba como un caballero

español pariente suyo. Yo añadí el don a mi nombre de bautismo, a imitación de no pocos paisanos míos plebeyos, que sin tenerlo y por honrarse se lo ponen a sí mismos en los países extranjeros. Hacíame, pues, llamar con descaro don Rafael, y como había traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta nobleza, me presenté en la Corte con brillantez. Los caballeros a quienes me había recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era un sujeto de distinción, y como no lo desmentían los modales caballerescos, que había estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

»Supe introducirme muy presto con los primeros señores de la Corte, los cuales me presentaron al gran duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme a hacerle la corte y a estudiarle el genio. Oía para esto con atención lo que decían de él los cortesanos más viejos y experimentados. Observé, entre otras cosas, que le gustaban mucho los cuentos graciosos traídos con oportunidad y los dichos agudos. Esto me sirvió de regla, y todas las mañanas escribía en mi libro de memoria los cuentos que quería contarle durante el día. Sabía tan gran número de ellos, que parecía tener un saco lleno, y aunque procuré gastarlos con economía, poco a poco se fué apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado a repetirlos o a hacer ver que había concluído mis apotegmas, si mi talento, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia, de manera que yo mismo compuse cuentos galantes o cómicos que divirtieron mucho al gran duque, y, lo que sucede muchas veces a los ingeniosos y agudos de profesión, por la mañana apuntaba en mi libro de memoria las agudezas que había de decir por la tarde, vendiéndolas como ocurridas de repente.

»Metíme también a poeta y consagré mi musa a las alabanzas del príncipe. Confieso de buena fe que mis versos no valían mucho, y por eso nadie los criticó; pero aun cuando hubieran sido mejores, dudo que el duque los hubiera celebrado más; el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependería de los asuntos que yo elegía. Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí que llegué a causar celos a los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo, pero no lo consiguieron, y sólo llegaron a descubrir que había sido renegado. No dejaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero, lejos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran duque me obligase un día a que le hiciese una fiel relación de mi cautiverio en Argel. Obedecíle, y mis aventuras le divirtieron infinito.

»Luego que la acabé, me dijo: «Don Rafael, yo te estimo mucho y quiero darte de ello una prueba tal que no te deje género de duda. Voy a hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesión de confidente mío, te digo que amo con pasión a la mujer de uno de mis ministros. Es la señora más linda de mi corte, pero al mismo tiempo la más virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora lo celebrada que es en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de conquistar su corazón. En medio de eso, esta deidad, inaccesible a los amantes, alguna vez me ha oído suspirar por ella; he hallado medios de hablarle a solas; conoce mis sentimientos interiores, mas no por eso me lisonjeo de haberle inspirado amor, no habiéndome dado ningún motivo para formarme una idea tan lisonjera. Sin embargo, no desconfío de que llegue a serle grata mi constancia y la misteriosa conducta

que observo. La pasión que abrigo en mi pecho a esta dama, ella sola la conoce. En vez de dejarme llevar de mi inclinación sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado es ocultar a todo el mundo el conocimiento de mi amor. Paréceme deber esta atención a Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y celo con que me sirve, sus servicios y su probidad me obligan a proceder con el mayor secreto y circunspección. No quiero clavar un puñal en el pecho de este marido infeliz declarándome amante de su mujer. Quisiera que ignorase siempre, si posible fuera, el fuego que me abrasa, porque estoy persuadido de que moriría de pena si llegase a saber lo que ahora te confío. Por esto le oculto todos los pasos que doy y he pensado valerme de ti para que manifiestes a Lucrecia lo mucho que me hace padecer la violencia a que me condeno yo mismo; tú serás el que le declares mis amorosos afectos, no dudando que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Traba conversación con Mascarini, procura granjear su amistad, introdúcete en su casa y logra la libertad de hablar a su mujer. Esto es lo que espero de ti y lo que estoy seguro harás con toda la destreza y discreción que pide un encargo tan delicado.»

»Habiendo prometido al gran duque hacer todo lo posible para corresponder a su confianza y contribuir a la satisfacción de sus deseos, cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano tan bienquisto del príncipe, me ahorró la mitad del camino. Franqueóme su casa, tuve libre la entrada en el cuarto de su mujer, y me atreveré a decir que, en vista de mi cauto proceder, no tuvo la menor sospecha de la negociación de que estaba encargado. Es

verdad que como era poco celoso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y, encerrándose en su despacho, me dejaba muchos ratos solo con Lucrecia. Dejando desde luego a un lado los rodeos, le hablé del amor del gran duque y le declaré que yo iba a su casa precisamente a tratar de este asunto. Parecióme que no le tenía grande inclinación, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad le hacía oír con gusto su pretensión y se complacía en oírla sin querer corresponder a ella. Era verdaderamente mujer juiciosa y muy prudente, pero al fin era mujer, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose a la lisonjera idea de tener aprisionado a un soberano. En conclusión, el príncipe podía con fundamento esperar que, sin renovar la violencia de Tarquino, vería a esta Lucrecia esclava de su amor. Sin embargo, un lance impensado desvaneció sus esperanzas, como ahora oirán ustedes.

»Soy naturalmente atrevido con las mujeres, costumbre que contraje entre los turcos. Lucrecia era hermosa, y olvidándome de que con ella solamente debía hacer el papel de negociador, le hablé por mí en lugar de hablarle por el gran duque. Ofrecíle mis obsequios lo más cortésmente que pude, y en vez de ofenderse de mi osadía y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose: «Confesad, don Rafael, que el gran duque ha tenido grande acierto en elegir un agente muy fiel y muy celoso, pues le servís con una lealtad que no hay palabras para encarecerla.» «Señora—le respondí en el mismo tono—, las cosas no se han de examina con tanto escrúpulo. Suplícoos que dejemos a un lado las reflexiones, que conozco no me favorecen mucho; yo solamente sigo lo que me dicta el corazón. Sobre todo, no creo ser el primer confidente de un príncipe que en punto a galanteo ha sido traidor a su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes

señores hallar en sus Mercurios unos rivales peligrosos.» «Bien puede ser así—replicó Lucrecia—; pero yo soy altiva y sólo un príncipe sería capaz de mover mi inclinación. Arreglaos por este principio—prosiguió ella, volviendo a revestirse de su natural seriedad—y mudemos de conversación. Quiero olvidar lo que me acabáis de decir, con la condición de que jamás os suceda volver a tocar semejante asunto, pues de lo contrario podréis arrepentiros.»

»Aunque éste era un *aviso al lector* de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí, no obstante, en hablar de mi pasión a la mujer de Mascarini, y aun la importuné con más eficacia que antes a que correspondiese a mi cariño, llevando a tal extremo mi temeridad que quise tomarme algunas libertades. Ofendida entonces la dama de mis expresiones y de mis modales musulmanes, se llenó de cólera contra mí, amenazándome de que no tardaría el gran duque en saber mi insolencia y que le suplicaría me castigase como merecía. Díme yo también por ofendido de sus amenazas, y, convirtiéndose en odio mi amor, determiné tomar venganza del desprecio con que me había tratado. Fuíme a ver con su marido, y, después de haberle hecho jurar que no me descubriría, le informé de la inteligencia que reinaba entre su mujer y el príncipe, pintándola muy enamorada para dar más interés a la relación. Lo primero que hizo el ministro, para precaver todo accidente, fué encerrar sin más ceremonia en un cuarto reservado a su esposa, encargando a personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Mientras ella estaba cercada de vigilantes Argos que la observaban y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque noticias suyas, yo me presenté a este príncipe con rostro triste y le dije que no debía pensar más en Lucrecia,

porque Mascarini sin duda había descubierto todo nuestro enredo, puesto que había comenzado a guardar a su mujer; que yo no sabía por dónde pudiese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre había yo usado del mayor disimulo y maña; que quizá la misma Lucrecia habría informado de todo a su esposo y, de acuerdo con él, se habría dejado encerrar para librarse de solicitaciones que ponían en sobresalto su virtud. Mostróse el príncipe muy afligido de oírme; entonces me compadeció mucho su sentimiento, y más de una vez me pesó de lo que había dicho, pero ya no tenía remedio. Por otra parte, confieso que experimentaba un maligno placer cuando consideraba el estado a que había reducido a una mujer orgullosa que había despreciado mis suspiros.

»Yo gozaba impunemente del placer de la venganza, cuando un día, estando en presencia del gran duque con cinco o seis señores de su corte, nos preguntó a todos: «¿Qué castigo os parece merecería un hombre que hubiese abusado de la confianza de su príncipe e intentado robarle su dama?» «Merecería—respondió uno de los cortesanos—ser descuartizado vivo.» Otro opinó que debía ser apaleado hasta que expirase; el menos cruel de estos italianos, y el que se mostró más favorable al delincuente, dijo que él se contentaría con hacerle arrojar de lo alto de una torre. «Y don Rafael—replicó entonces el gran duque—, ¿de qué parecer es? Porque estoy persuadido de que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes ocasiones.»

»Conocí bien, como se puede discurrir, que Mascarini había violado su juramento o que su mujer había hallado medio de informar al gran duque de cuanto había pasado entre los dos. En mi rostro se echaba de ver la turbación que me agitaba; pero a pesar de ella respondí con entereza al

gran duque: «Señor, los españoles son más generosos. En igual lance, perdonarían al confidente, y con este rasgo de bondad producirían en su alma un eterno arrepentimiento de haberle sido traidor.» «Pues bien—me dijo el duque—: yo me contemplo capaz de esa generosidad y perdono al traidor, reconociendo que sólo debo culparme a mí mismo por haberme fiado de un hombre a quien no conocía y de quien tenía motivos de desconfiar en razón de lo que me habían contado de él. Don Rafael—añadió—, la venganza que tomo de vos es que salgáis inmediatamente de todos mis Estados y no volváis a poneros en mi presencia.» Retiréme en el mismo punto, menos afligido de mi desgracia que gozoso de haber escapado de este apuro a tan poca costa. Al día siguiente me embarqué en un buque catalán que salió del puerto de Liorna para Barcelona.»

Cuando llegó don Rafael a este punto de su historia, no me pude contener en decirle: «Para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis a Mascarini el amor del príncipe hacia Lucrecia. Debíais tener por cierto que tardaría poco el gran duque en saber vuestra traición.» «Convengo en ello—respondió el hijo de Lucinda—, y por lo mismo había pensado huir cuanto antes, a pesar del juramento que me hizo el ministro de no exponerme al resentimiento del príncipe. Llegué a Barcelona—continuó—con lo que me había quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte había disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto antes a Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo más presto que me fué

posible. Luego que llegué a la corte, me apeé por casualidad en una de las posadas de caballeros, en donde vivía una dama llamada Camila, que, aunque había salido ya de la menor edad, era una mujer muy salada; testigo, el señor Gil Blas, que por aquel mismo tiempo, poco más o menos, la vió en Valladolid. Aun era más discreta que hermosa, y ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca a sus redes; pero no se parecía a aquellas ninfas que se aprovechan del agradecimiento de sus galanes. Si acababa de despojar a algún mayordomo de un gran señor, inmediatamente repartía los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

»Apenas nos vimos los dos cuando nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente que presto pasó a hacer comunes nuestros bienes. A la verdad, no eran éstos muy considerables, y así, los comimos en poco tiempo. Por nuestra desgracia, sólo pensábamos uno y otro en agradarnos, sin valemos de las disposiciones que ambos teníamos para vivir a costa ajena. La miseria, en fin, despertó nuestro ingenio, que el placer tenía aletargado. «Querido Rafael—me dijo un día Camila—, pongamos treguas a nuestro amor; dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina. Tú puedes embobar a alguna viuda rica y yo pescar a algún viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno a otro, ve ahí dos fortunas perdidas.» «Hermosa Camila—respondí yo prontamente—, me ganas por la mano, pues iba a hacerte la misma propuesta; vengo en ello, reina mía. Sí, por cierto; para la mejor conservación de nuestro amor es menester intentar conquistas útiles. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.»

»Ajustado este tratado, salimos a campaña. Al principio, por más

diligencias que hicimos, no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban pisaverdes, es decir, amantes que no tienen un cuarto, y a mí sólo se me ofrecían aquellas mujeres que más quieren imponer contribuciones que pagarlas. Como el amor se negaba a socorrer nuestras necesidades, apelamos a enredos y bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el corregidor llegó a saberlas, y este juez, en extremo severo, dió orden a un alguacil para que nos prendiese; pero éste, que era tan bueno como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que le dimos. Tomamos el camino de Valladolid e hicimos pie en aquella ciudad. Alquilé una casa, donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo pasaba por hermana mía. Al principio nos contuvimos en ejercer nuestra habilidad, y comenzamos a tantear y conocer bien el terreno antes de acometer ninguna empresa.

»Un día se llegó a mí en la calle un hombre y, saludándome muy cortésmente, me dijo: «Señor don Rafael, ¿no me conoce usted?» Respondíle que no. «Pues yo—me replicó—conozco a usted mucho, por haberle visto en la Corte de Toscana, donde servía yo en las guardias del gran duque. Pocos meses ha que dejé el servicio de aquel príncipe, y me vine a España con un italiano de los más astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha y vivimos en compañía de un castellano y de un gallego, mozos los dos seguramente muy honrados, y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos opíparamente y nos divertimos como unos príncipes. Si usted quiere agregarse a nosotros, será muy bien recibido de mis compañeros, porque siempre le he tenido a usted por un hombre muy de bien, naturalmente poco escrupuloso y caballero profeso

en nuestra orden.»

»La franqueza con que me habló aquel bribón me estimuló a responderle del mismo modo. «Ya que te has franqueado conmigo con tanta sinceridad—le respondí—, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesión, y si la modestia me permitiera referirte mis proezas, verías que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dejando a un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco.» Apenas dije a aquel ambidextro que consentía en aumentar el número de sus camaradas, cuando me condujo a donde éstos estaban, y desde el mismo punto me dió a conocer a todos. Allí fué donde vi por primera vez al ilustre Ambrosio de Lamela. Examináronme aquellos señores sobre el arte de apropiarse sutilmente de lo ajeno. Quisieron saber si tenía principios de la facultad, y descubríles tantas tretas nuevas para ellos que se quedaron admirados; pero mucho más se pasmaron cuando, despreciando yo la sutileza de mis manos como una cosa muy ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes magistrales de hurtar que pedían ingenio, y para persuadirlos que era verdad les conté la aventura de Jerónimo de Miajadas, y bastó la sencilla relación de aquel suceso para que me reconociesen por un talento superior y todos a una me nombrasen por jefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su elección en una multitud de bribonerías que hicimos, de todas las cuales fuí yo, por decirlo así, la llave maestra. Cuando necesitábamos alguna actriz para forjar mejor algún enredo, echábamos mano de Camila, que representaba con primor cuantos papeles se le encargaban.

«Dióle por aquel tiempo a nuestro cofrade Ambrosio la tentación de ir a su país, y, con efecto, marchó a Galicia, asegurándonos de su vuelta. Después que satisfizo sus deseos, volvió por Burgos, sin duda para dar algún golpe de maestro, en donde un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien. Usted, señor Gil Blas—prosiguió, dirigiéndome la palabra—, se acordará, sin duda, del modo con que le desvalijamos en la posada de caballeros de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó usted que su criado Ambrosio había sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que le sobró la razón para sospecharlo. Luego que llegó a Valladolid, vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demás; pero no sabrá usted las resultas de aquel pasaje y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con la valija y, montados en vuestras mulas, tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demás camaradas, los cuales se admirarían tanto como vos de ver que no parecíamos al día siguiente.

»A la segunda jornada mudamos de pensamiento: en vez de ir a Madrid, de donde no había salido sin motivo, pasamos por Cebreros y continuamos nuestro camino hasta Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos muy decentemente, y luego, vendiéndonos por dos hermanos gallegos que viajaban por curiosidad, en poco tiempo hicimos conocimiento con mucha gente de distinción. Estaba yo tan acostumbrado a los modales cortesanos y caballerescos que fácilmente se engañaron cuantos me vieron y trataron. A esto se añadía que como en un país desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen y por el lucimiento con que se portan, ofuscábamos a

todos con magníficos festines que empezamos a dar a las damas. Entre las que yo visitaba encontré con una que me gustó, pareciéndome más linda y joven que Camila. Quise saber quién era, y me dijeron se llamaba Violante, mujer de un caballero que, cansado ya de sus caricias, galanteaba a una cortesana que se había apoderado de su corazón. No necesité saber más para determinarme a hacer a doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

»Tardó poco ella misma en conocer la adquisición que había hecho. Comencé a seguirla a todas partes y a hacer mil locuras para persuadirla de que no aspiraba yo a otra cosa que a consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mis intenciones. Recibí, en fin, un billete de ella en respuesta a muchos que yo le había escrito por medio de una de aquellas viejas que en España e Italia son tan cómodas. Decíame la dama en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga y que hasta muy tarde no volvía a la suya. Desde luego comprendí lo que me quería decir con esto. Aquella misma noche fuí a hablar por la reja con doña Violante y tuve con ella una conversación de las más tiernas. Antes de separamos quedamos de acuerdo en que todas las noches a la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de las demás galanterías que nos fuese permitido practicar por el día.

»Hasta entonces don Baltasar—que así se llamaba el marido de Violante—podía darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fuí una noche al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podía vivir si no lograba hablarle a solas en un lugar más conveniente al exceso de mi amor, fineza que aun no había podido conseguir de ella. Apenas llegué

cerca de la reja, cuando vi venir por la calle a un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de doña Violante, que aquella noche se retiraba a casa algo temprano, y viendo parado allí a un hombre, comenzó él mismo a pasearse por la calle. Dudé algún tiempo lo que debía hacer; pero al fin me determiné a llegarme a don Baltasar, sin conocerle ni que él me conociese a mí, y le dije: «Caballero, suplico a usted que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasión le serviré yo a usted.» «Señor—me respondió—, la misma súplica iba yo a hacerle a usted. Yo cortejo a una señorita que vive a veinte pasos de aquí, a la cual un hermano suyo hace guardar con la mayor vigilancia, por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle.» «Espere usted—repliqué—, que ahora me ocurre un modo para que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa—mostrándole la propia suya—. Usted puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en ésta y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido.» «Convengo en ello—repuso él—; voy a ocupar mi sitio, usted quédese en el suyo y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad.» Diciendo esto, se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, lo que podía hacer sin riesgo, porque la noche estaba obscura.

»Acercándome entonces sin recelo a la reja de Violante, no tardó ésta en venir y comenzamos a hablar. No me olvidé de instar a mi reina para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistióse un poco a mis ruegos para hacer más apreciable el favor; pero después, echándome un papel que ya traía prevenido en el bolsillo, «Ahí va—me dijo—lo que deseáis, y veréis bien despachadas vuestras súplicas.» Al decir esto se retiró, por cuanto iba ya viniendo la hora en que acostumbraba a

recogerse a casa su marido; pero éste, que había conocido muy bien ser su mujer el ídolo a quien yo sacrificaba, me salió al encuentro y, con un fingido gozo, me preguntó: «Y bien, caballero, ¿está usted contento de su buena fortuna?» «Tengo motivos para estarlo—le respondí—; y a usted ¿cómo le fué con la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable?» «¡Oh, no!—me respondió con despecho—. ¡El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un día antes de lo que habíamos pensado, y este contratiempo ha aguado el contento con que yo me había lisonjeado!»

»Hicímonos don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad y nos citamos para vernos en la plaza Mayor la mañana siguiente. Después que nos separamos, se fué don Baltasar derecho a su casa, donde no mostró a su mujer el menor indicio de las noticias que tenía de ella, y al otro día acudió a la plaza, según lo acordado, y de allí a un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mía. Hízome el artificioso don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me había hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que había forjado, todo con el siniestro fin de obligarme a corresponderle contándole yo el modo con que había hecho conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me había sucedido; y no contento con esto, le enseñé el papel que había recibido, y aun le leí también su contexto, que era el siguiente: «Mañana iré a comer en casa de doña Inés; ya sabéis dónde vive. Allí hablaremos a solas. No puedo negaros por más largo tiempo un favor que juzgo merecéis.»

«Ese es un papel—dijo don Baltasar—que le promete a usted el merecido premio de sus amorosos suspiros. Doile a usted de antemano la

enhorabuena de la dicha que le aguarda.» No dejó de parecer algo turbado mientras hablaba de esta manera, pero fácilmente me deslumbró ocultando a mis ojos su conmoción y enojo. Estaba tan embelesado en mis halagüeñas esperanzas, que no me paraba en observar a mi confidente, aunque éste se vió precisado a dejarme, sin duda por temor de que conociese su agitación. Partió luego a contar a su cuñado esta aventura, e ignoro lo que pasó entre los dos; sólo sé que don Baltasar vino a casa de doña Inés a tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí, se aquietaron las dos mujeres, que se habían asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habían escondido o hecho pasadizo. Lo que dijo a doña Inés y a su mujer no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

»Entre tanto, no acabando todavía de conocer que don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones y me fuí derecho a la plaza, donde había dicho a Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribón tenía también su poco de trapillo, y con suerte más dichosa que la mía. Mientras le esperaba, vi a mi falso confidente venir hacia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó a mí, me preguntó cómo me había ido con mi ninfa en casa de doña Inés. «No sé qué demonio—le respondí—, envidioso de mis gustos, me vino a echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba a solas con ella, instando y suplicando, llamó a la puerta su maldito marido, a quien lleve Barrabás. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así, me marché por una puerta excusada,

dando mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre a desbaratar mis designios.» «A la verdad, lo siento—repuso don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado—. Ese es un marido molesto, que no merece se le dé cuartel.» «¡Oh! ¡En cuanto a eso—repliqué yo—, no dudéis que seguiré vuestro consejo! Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su mujer, al separamos, me dijo que fuese adelante con mi empeño y no abandonase la empresa por tan poca cosa; que prosiguiese en acudir a su ventana a la hora acostumbrada, porque estaba resuelta a introducirme ella misma en su casa, pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos o tres camaradas, para que en cualquier lance me hallase bien prevenido.» «¡Oh qué prudente es esa dama!—me respondió él—. Yo me ofrezco desde luego a acompañaros.» «¡Oh querido amigo—repliqué yo, fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello—, y de cuántas finezas os soy deudor!» «Aun haré más por vos—repuso él—. Yo conozco a un mozo que es un Alejandro; éste nos acompañará, y con tal escolta podréis divertiros a vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.»

»No encontraba voces para explicar mi agradecimiento a los favores de aquel nuevo amigo; tan encantado me tenía su celo. Acepté, en fin, el auxilio que me ofrecía, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante a la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué a buscar a su cuñado, que era el Alejandro de quien me había hablado, y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó también en la red como yo había caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una

simplicidad tan garrafal no se podía perdonar a unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme a la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos a ella, bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre que nos esperaba a pie firme. Llegóse a mí don Baltasar y me dijo: «Este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre usted en casa de esa señora y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.»

»Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé a la puerta de mi ninfa y vino a abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba a mis espaldas y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores, que me siguieron hasta dentro de la casa, habían entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entonces, y ya podéis imaginar el apuro en que yo me vería. Bien se deja conocer que fué forzoso entonces llegar a las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí, dándoles tanto que hacer que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas más seguras para la venganza. Pasé de parte a parte al marido, y el cuñado, viéndole en aquel estado, tomó la puerta, que Violante y la dueña habían dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñíamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que, no habiendo podido sacar ni una sola palabra a las dos mujeres que había visto ir huyendo, no sabía precisamente a qué atribuir el rumor que acababa de oír. Volvimos a la posada, y, recogiendo lo mejor que teníamos, montamos en nuestras mulas y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

»Conocimos muy bien que el lance podía tener malas resultas y que se

harían en Toledo pesquisas contra las cuales sería imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarrubia, en un mesón, en donde a poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba a Segorbe. Cenamos con él y nos contó el trágico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ajeno de sospecharnos reos de él que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. «Señores—nos dijo—, el caso lo supe esta mañana al ir a montar a caballo. Se hacen grandes diligencias para encontrar a Violante y me han asegurado que, siendo el corregidor pariente de don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno para descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.»

»Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante, tomé desde luego la determinación de salir cuanto antes de Castilla la Nueva, haciéndome cargo de que si encontraban a Violante confesaría ésta cuanto había pasado y daría tales señas de mi persona que la justicia despacharía rápidamente varias gentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones, resolvimos desviamos del camino real desde el día siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela había corrido las tres partes de España y tenía bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podíamos pasar con seguridad a Aragón. En vez de irnos derechos a Cuenca, nos metimos en las montañas que están antes de llegar a la ciudad, y por senderos muy practicados por mi conductor llegamos a una gruta que tenía toda la apariencia de ermita. Con efecto, era la misma adonde ayer noche llegaron ustedes a pedirme los recogiese.

»Mientras estaba yo examinando sus contornos, que me representaban un país deliciosísimo, me dijo mi compañero: «Seis años ha que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y

venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenía. Era un santo varón, y me dijo cosas tan santas y tan buenas que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavía y quiero ver si es así.» Dicho esto, se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, después de haberse detenido en ella algunos momentos, salió, diciéndome: «Apeaos, don Rafael, y venid a ver un espectáculo muy tierno.» Eché pie a tierra inmediatamente, y, atando nuestras mulas a un árbol, seguí a Lamela hasta la gruta, donde entré, y vi tendido en una vil tarima a un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendía de su venerable rostro una blanca barba, tan poblada y larga que le llegaba hasta la cintura, y tenía en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos a él entreabrió los ojos, que la muerte había comenzado ya a cerrar, y después de habernos mirado un momento nos dijo: «Hermanos míos, seáis quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se ofrece a vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo y sesenta en esta soledad. ¡Ah y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué a mis deleites, y, al contrario, qué corto el que he consagrado a la penitencia! ¡Ah! ¡Mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para expiar los pecados del licenciado don Juan de Solís.»

»Apenas dijo estas palabras, cuando expiró, y los dos nos quedamos atónitos a vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresión hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmoción, porque olvidamos presto lo que acababa de decirnos. Comenzamos a hacer inventario de todo lo que había en la ermita, en lo que no tardamos mucho tiempo, pues todos los muebles consistían en lo que habéis podido ver en ella. No sólo la tenía el hermano Juan mal

amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducían a unas pocas avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que a la cuenta no habían podido mascar las despobladas encías del santo varón; digo despobladas porque observamos que se le había caído la dentadura. Todo lo que contenía esta morada solitaria y todo lo que veíamos nos hacía mirar a este buen anacoreta como a un santo. Una sola cosa nos llamó la atención: hallamos un papel plegado en forma de carta, que el difunto había dejado sobre la mesa, en el cual encargaba a quien le leyese que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabamos de entender con qué intención había podido aquel nuevo padre del desierto desear que se hiciese a su obispo semejante regalo. Olíanos esto a falta de humildad o a cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¡quién sabe si sólo fué un si es no es de tontería! Es punto que no me meteré a decidir.

»Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió a aquél un extraño pensamiento. «Quedémonos—me dijo—en esta ermita y disfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él, y yo, con el nombre de hermano Antonio, iré a pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no sólo estaremos a cubierto de las pesquisas del corregidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca.» Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de extravagancia y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura a treinta o cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella modestamente al anacoreta, después de haberle despojado de su hábito,

que consistía en una túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos también la barba, para hacerme con ella a mí una postiza; en fin, hechos los funerales, tomamos posesión de la ermita.

»Pasámoslo muy mal el primer día, viéndonos precisados a mantenernos solamente de la triste provisión que nos había dejado el difunto; pero el día siguiente, antes de amanecer, salió Lamela a campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que había comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica o hábito de paño pardo y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecía natural. No hay en el mundo mozo más mañoso que él. Arregló también la barba del hermano Juan, ajustándomela a la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana obscura, que contribuía mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipaje, de manera que no podíamos mirarnos sin reírnos, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenía. Con la túnica del hermano Juan heredé también su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

»Hacía tres días que estábamos en la ermita, sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos, que traían al difunto, creyendo que estuviese todavía vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los vi, me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podían distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras había oído: de manera que los pobres hombres no

tuvieron la menor sospecha de aquella superchería, y sí sólo mostraron alguna admiración de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo, el socarrón de Lamela les dijo con cierto aire hipocritón: «No os admiréis, hermanos, de verme a mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragón y la he dejado por venir a acompañar al venerable y discreto hermano Juan y asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendría en ella de este alivio.» Los aldeanos prorrumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heroica caridad y dándose a sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su país.

»Había comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez a dar principio a la demanda en la ciudad de Cuenca, que sólo dista una legua corta de la ermita. Como la Naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, y además de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer, no dejó de mover el corazón de las personas caritativas a darle limosna, y así, en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad. «Amigo Ambrosio—le dije cuando volvió a la ermita—, te doy el parabién del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. ¡Vive diez, que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante capuchino!» «Algo más he hecho—me respondió—que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado a cierta ninfa, llamada Bárbara, que fué algo mía en otro tiempo. La he hallado bien mudada, pues se ha dado, como nosotros, a la devoción. Vive con otras dos o tres beatas que edifican el mundo en público y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció; tanto, que me vi obligado a decirle: «¿Cómo así, señora

Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcáis a uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio?» «¡Por vida mía, amigo Lamela—respondió Bárbara—, que jamás podía soñar el verte vestido con ese traje! ¿Por qué diablos de aventuras has venido a parar en ermitaño?» «Eso es cosa larga—le respondí—, y ahora no puedo detenerme a contárosla; pero mañana a la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. También vendrá conmigo mi compañero, el hermano Juan.» «¿Qué hermano Juan?—replicó ella—. ¿Aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? ¡Tú no sabes lo que te dices, pues se asegura que tiene más de cien años!» «Es verdad—le respondí—que en otro tiempo tuvo esa edad, pero de pocos días a esta parte se ha remozado tanto que no soy yo más mozo que él.» «Pues bien—respondió Bárbara—, siendo así, que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algún misterio.»

»No dejamos de ir al día siguiente, luego que fué noche, a casa de aquellas santurronas, que para recibirnos mejor nos tenían prevenida una gran cena. Así que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas y el hábito eremítico, y sin ceremonia nos presentamos a estas princesas tales cuales éramos; y ellas, por no parecer menos francas que nosotros, nos mostraron de cuánto son capaces las falsas devotas cuando arriman a un lado las gazmoñerías de la aparente devoción. Pasamos casi toda la noche a la mesa y no nos retiramos a nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetimos presto la visita, o por mejor decir seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con aquellas ninfas más de los dos tercios de nuestro caudal; pero cierto celoso lo ha descubierto todo, dando parte a la justicia, la cual debía hoy ir a la ermita a echarnos mano. Ayer,

mientras Ambrosio hacía su demanda en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole: «Una amiga mía me escribe esta carta, que iba a enviaros con un propio. Muéstresela al hermano Juan y tomen sus medidas en informándose de su contenido.» Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia y el que nos obligó a abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitación.»

* * *

# Capítulo II

De la conferencia que tuvieron don Rafael y sus oyentes y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo por cortesía que verdaderamente le había divertido mucho. Después de este cumplido, tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas le dijo: «Don Rafael, el sol está ya para ponerse y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar.» «Dices bien—respondió su camarada—; es menester pensar a dónde hemos de ir.» «Yo—continuó Lamela—soy de parecer que, sin perder tiempo, nos pongamos en camino y procuremos llegar esta noche a Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazón no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales.» Don Rafael, que sobre estos asuntos tenía gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego a su opinión. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos

dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana y después cargamos el caballo con la bota de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habíamos andado cien pasos cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en que pensar. «¿Qué significa aquella luz?—preguntó don Rafael—. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, y que creyéndonos en este bosque nos vendrán a buscar en él?» «No lo pienso—dijo Ambrosio—; antes bien, serán algunos pasajeros que, por haberles cogido la noche, se habrán refugiado aquí hasta que amanezca. Pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir a reconocerlos; mientras tanto quedaos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento.» Diciendo esto, se fué acercando poco a poco a donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo mirando con toda la atención que a su parecer merecía el caso: vió, sentados sobre la hierba y alrededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra, a cuatro hombres, que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió a un hombre y a una mujer atados a dos árboles, y algo más allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debían de ser ladrones, y por la conversación que les oyó acabó de conocer que no había sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre de quién había de ser la dama que había caído en sus manos y trataban de sortearla. Enterado plenamente, Lamela volvió a

donde estábamos y nos informó menudamente de todo lo que había visto y oído.

«Señores—dijo entonces don Alfonso—, la mujer y el hombre que tienen atados a los árboles los ladrones quizá serán una señora y un caballero de distinción. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctimas a la barbarie y a la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre estos bandidos y mueran todos a nuestras manos.» «Consiento en ello—dijo D. Rafael—; yo estoy tan pronto a hacer una buena acción como una mala.» Ambrosio, por su parte, protestó que sólo deseaba concurrir a una empresa tan loable, de la cual preveía que seríamos bien recompensados, según su modo de pensar. «Y aun me atrevo a decir—añadió—que en esta ocasión el peligro no me amedrenta y que ningún caballero andante se manifestó nunca más pronto al servicio de las damas.» Pero si se han de decir las cosas sin faltar a la verdad, el riesgo no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio a diez o doce pasos de ellos, no nos fué muy difícil ejecutar nuestra resolución. Atamos, pues, a un árbol el caballo y nos fuimos acercando con silencio y a paso lento a los ladrones. Acalorados éstos con el vino, hablaban todos, metiendo un ruido confuso que favorecía mucho el golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellos a boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos sobre el suelo.

Durante esta expedición se apagó la luz y nos quedamos en la obscuridad; sin embargo de esto, acudimos inmediatamente a desatar el hombre y la mujer, que estaban tan poseídos de terror que no tuvieron aliento para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles.

Verdad es que ignoraban aún si debían mirarnos como a bienhechores o como a nuevos bandidos, que los habían librado de los otros quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos asegurándoles que los íbamos a conducir a una venta que, según decía Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrían tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad a donde se dirigían. Después de que los hubimos animado, los metimos en su coche y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida a visitar las faltriqueras de los vencidos; después fuimos a desatar el caballo de don Alfonso, y nos apoderamos también de los que eran de los ladrones, que estaban atados a varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio, que había montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo a la venta, y tardamos dos horas en llegar a ella, aunque el señor Lamela nos había dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamamos a la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse y vistiéronse de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que los hubiesen despertado a lo mejor del sueño cuando vieron una comitiva que prometía hacer mucho más gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano a la señora y al caballero para ayudarlos a bajar del coche, sirviéndoles como de gentileshombres hasta el cuarto a donde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos, y quedamos muy admirados cuando llegamos a saber que los personajes a quienes acabábamos de libertar eran el conde de Polán y su

hija Serafina. Pero ¿quién podrá describir el asombro de esta señora y de D. Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasaje, porque estaba distraído en otras cosas. Púsose a contarnos menudamente el modo como les habían asaltado los ladrones y se habían apoderado de su hija y de él después de haber muerto al postillón, a un paje y a un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido, y que si queríamos ir a Toledo, donde estaría de vuelta dentro de un mes, nos daría pruebas que bastasen a hacernos conocer si era ingrato o reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos también mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado don Rafael y yo que gustaría don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato a solas con aquella viuda joven, lo dispusimos prontamente entreteniendo al conde de Polán. «Serafina—le dijo don Alfonso en voz muy baja—, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga a vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho.» «Pues qué—le respondió ella suspirando—, ¿sois vos el que me habéis salvado la vida y el honor? ¿Sois vos a quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah don Alfonso! ¡Por qué fuisteis vos quien dió muerte a mi hermano!» No le dijo más; pero él comprendió bastante, por sus palabras y por el tono en que las dijo, que si amaba con extremo a Serafina no era menos amado de ella.

* * *

# Tomo II · Libro sexto

# Capitulo primero

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros después que se separaron del conde de Polán; del importante proyecto que formó Ambrosio y cómo se ejecutó.

Después de haber pasado el conde de Polán la mitad de la noche en darnos gracias y asegurarnos que podíamos contar con su eterno agradecimiento, llamó al ventero, para consultar con él de qué modo llegaría con seguridad a Turis, adonde tenía ánimo de ir. Dejamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta, siguiendo el camino que Lamela quiso escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció ya cerca de Campillo. Llegamos prontamente a las montañas que hay entre aquella villa y Requena, y allí pasamos el día en descansar y en contar nuestro caudal, que se había aumentado mucho con el dinero que habíamos cogido a los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron más de trescientos doblones en diferentes monedas. Al entrar de la noche nos volvimos a poner en camino, y el día siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos, emboscámonos en él y llegamos a un sitio por donde corría un arroyuelo de agua cristalina que iba

lentamente a juntarse con las del Guadalaviar. La sombra con que nos convidaban los árboles y la abundante hierba que el campo ofrecía para los caballos nos hubieran determinado a hacer alto en aquel paraje, aun cuando no estuviéramos ya resueltos a descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y hacíamos ánimo de pasar allí aquel día alegremente; pero cuando fuimos a almorzar nos hallamos con poquísimos víveres. Empezaba a faltarnos el pan y nuestra bota se había convertido en un cuerpo sin alma. «Señores—dijo entonces Ambrosio—, sin Ceres y sin Baco a ninguno agrada el sitio más delicioso. Soy de parecer que renovemos nuestras provisiones, y así, marcho a este fin a Chelva, que es una linda villa, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viaje.» Dicho esto, cargó en el caballo la bota y las alforjas, montó, y partió del bosque a tan buen paso que nos prometimos sería muy pronta su vuelta; mas, sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho más del mediodía cuando vimos a nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba a damos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venía provisto. No sólo traía la bota llena de exquisito vino y atestadas las alforjas de carnes asadas, sino que reparamos un gran fardo acomodado a las ancas del caballo, que se llevó nuestra atención. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose: «Apuesto yo a don Rafael y a todos los más diestros del mundo que no son capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado todo este envoltorio de ropa.» Diciendo esto, lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro y una sotana del mismo color, dos chupas y dos pares de calzones, un tintero de cuerno, con su salvadera y cañón para meter las plumas, una mano de papel fino, un sello grande y

un candado, juntamente con una barreta de lacre verde. «¡Pardiez, señor Ambrosio—exclamó zumbándose D. Rafael luego que vió todas aquellas baratijas—, que habéis empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches?» «Un uso admirable—respondió Lamela—. Todas estas cosas no me han costado sino diez doblones, y estoy persuadido de que nos han de valer más de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles. Y para haceros ver que no he comprado a tontas y a locas, voy a daros parte de un proyecto que he formado, un proyecto que sin disputa es de los más ingeniosos que puede concebir el entendimiento humano. Vais a oírlo, y estoy seguro que quedaréis atónitos al saberlo. ¡Estadme atentos! Después de haber hecho mi provisión de pan, me entré en una pastelería y mandé que me asasen seis perdices, otras tantas pollas e igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba asando, entró en la pastelería un hombre encendido en cólera, quejándose agriamente de la injuria que le había hecho un mercader del pueblo, y le dijo al pastelero: «¡Por Santiago Apóstol, que Samuel Simón es el mercader más ruin que hay en todo Chelva! Acaba de afrentarme públicamente en su tienda, pues no me ha querido fiar el grandísimo ladrón seis varas de paño, sabiendo como sabe que soy un artesano que cumplo bien y que a ninguno he quedado jamás a deber un cuarto. ¿No os admiráis de semejante bruto? El fía sin reparo a los caballeros, cuando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un ochavo, y no quiere fiar a un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último maravedí. ¡Qué manía! ¡Maldito judío! ¡Ojalá le engañen! ¡Puede ser que se me cumpla algún día este deseo y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.» Oyendo yo

hablar de este modo a aquel pobre menestral, que dijo además otras muchas cosas, de repente me asaltó el deseo de vengarle y de hacer una pesada burla al señor Samuel Simón. «Amigo—pregunté a aquel hombre—, ¿no me diréis qué carácter tiene ese mercader?» «El peor que se puede discurrir—me respondió con enfado—. Es un desenfrenado usurero, aunque en su exterior aparenta ser un hombre virtuoso; es un judío que se volvió católico, pero en el fondo de su alma es todavía tan judío como Pilatos, porque se asegura haber abjurado por interés.» No perdí palabra de todo lo que me dijo el irritado menestral, y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simón. Enseñómela un hombre. Paréme a ver su tienda, examinéla toda, y mi imaginación, siempre pronta a favorecerme, me sugiere un enredo que abrazo con presteza, pareciéndome digno del criado del señor Gil Blas. Fuíme derecho a una ropería y compré los vestidos que veis; uno, para hacer el papel de comisario del Santo Oficio; otro, para representar el de secretario, y el tercero, para fingir el de alguacil. Ved ahí, señores, lo que hice y lo que fué la causa de mi tardanza.»

«¡Ah querido Ambrosio—interrumpió D. Rafael arrebatado de gozo—, y qué admirable idea! ¡Qué plan tan asombroso! ¡Envidio tu sutilísima invención! ¡Daría yo los mayores enredos de mi vida por que se me hubiese ofrecido éste tan ingenioso! ¡Sí, amigo Lamela—prosiguió—, penetro bien todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en que el éxito será dichoso! Sólo has menester dos buenos actores que no echen a perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes a mano. Tú tienes un aspecto devoto y harás muy bien de comisario del Santo Oficio; yo representaré el secretario y el

señor Gil Blas, si gusta, hará de alguacil. Ya están repartidos los papeles; mañana representaremos la comedia, y yo respondo del buen éxito, a menos que sobrevenga alguno de aquellos lances imprevistos que dan en tierra con los designios más bien combinados.»

Por lo que a mí toca, sólo comprendí en confuso el proyecto que D. Rafael alabó tanto; pero durante la cena me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Después que hubimos despachado gran parte de la provisión y hecho a la bota copiosas sangrías, nos tendimos sobre la hierba y tardamos poco en dormirnos. Pero no fué largo nuestro sueño, porque una hora después le interrumpió el despiadado Ambrosio gritando antes del día: «*¡En pie! ¡En pie!* ¡Los que traen entre manos grandes empresas que ejecutar no han de ser perezosos!» «¡Maldito sea el señor comisario—le dijo D. Rafael entre despierto y dormido—, y lo que su señoría ha madrugado! ¡En verdad que el judiazo de Samuel Simón dará a todos los diablos tanta vigilancia!» «Convengo en ello—respondió Lamela—, y os diré de más a más—añadió riéndose—que esta noche soñé que yo le estaba arrancando pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel?» Con estas y otras mil cuchufletas que se dijeron nos pusimos todos de muy buen humor. Almorzamos alegremente y luego nos dispusimos para representar cada uno su papel. Ambrosio se echó a cuestas las hopalandas, de manera que tenía toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestimos de modo que parecíamos perfectamente un secretario y un alguacil. Empleamos bastante tiempo en disfrazarnos y en ensayar lo que habíamos de hacer; tanto, que eran ya más de las dos de la tarde cuando salimos del bosque para encaminamos a Chelva. Es verdad que ninguna

cosa nos apuraba; antes bien, era del caso no dejarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo, caminamos poco a poco, y aun tuvimos que detenernos casi a las puertas del pueblo, dando tiempo a que obscureciese enteramente.

Cuando nos pareció tiempo, dejamos los caballos en aquel sitio, a cargo de D. Alfonso, que se alegró mucho de no tener que hacer otro papel. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos en derechura a la puerta de Samuel Simón. El mismo salió a abrirla, y quedó extrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho más luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dijo en tono imperioso: «Señor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entreguéis la llave de vuestro despacho. Quiero ver si hallo en él con que justificar las delaciones y acusaciones que se nos han presentado contra vos.»

El mercader, a quien habían turbado estas palabras, retrocedió dos pasos, y lejos de sospechar en nosotros alguna superchería, creyó de buena fe que algún enemigo oculto le había delatado al Santo Oficio, o también es muy posible que, no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese haber dado motivo para alguna secreta información. Sea lo que fuere, nunca vi hombre más confuso. Obedeció sin resistencia y con todo el respeto que corresponde a un hombre que teme a la Inquisición. El mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio: «Señor Samuel, a lo menos recibís con sumisión las órdenes del Santo Oficio; pero—añadió—retiraos a otro cuarto y dejadme practicar libremente mi empleo.» Samuel no fué menos obediente a esta segunda orden que lo había sido a la primera; retiróse a su tienda, y nosotros tres entramos en su

despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos a buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y menos tiempo encontrar, porque estaba en un cofre abierto, donde había más del que podíamos llevar. Consistía en gran número de talegos puestos unos sobre otros y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido más que fuese en oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones y, en fin, todo aquello donde lo podíamos encajar, de suerte que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias a la destreza de Ambrosio y de don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salimos del cuarto después de haber hecho nuestro negocio, y, por una razón que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado, que quiso echar por su misma mano a la puerta; plantóle el sello y luego dijo a Simón: «Maese Samuel, de parte del Tribunal os prohibo que lleguéis a este candado, ni tampoco a este sello, que debéis respetar, pues que es el sello del Santo Oficio. Mañana volveré a esta misma hora a quitarlo y a daros órdenes.» Hecho esto, mandó abrir la puerta de la calle, por la cual fuimos todos desfilando alegremente; y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos, comenzamos a caminar con tal ligereza que apenas tocábamos con el pie en tierra, sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y, volviendo a montar en nuestros caballos, tomamos el camino de Segorbe, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.

* * *

# Capítulo II

De la resolución que tomaron don Alfonso y Gil Blas después de esta aventura.

Anduvimos toda la noche, según nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos a la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorbe. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrimos al pie de una colina a cosa de unos mil o mil doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacían una apacible sombra y que les bañaba el pie un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del día, nos apeamos, quitamos los frenos a los caballos para que pudiesen pacer, nos echamos sobre la verde hierba, y después de haber reposado un poco acabamos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos a contar el dinero que habíamos robado a Samuel Simón, y hallamos que ascendía a tres mil ducados, con cuya cantidad y el caudal que ya teníamos podíamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habían acabado nuestras provisiones y era menester

pensar en hacer otras, Ambrosio y don Rafael, que ya se habían quitado los disfraces, dijeron que querían tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les había avivado el gusto de las aventuras y tenían gana de ir a Segorbe a ver si se les presentaba alguna ocasión de emprender otra nueva hazaña. «Vosotros—dijo el hijo de Lucinda—no tenéis mas que esperarnos a la sombra de estos sauces, que pronto estaremos de vuelta.» «Señor don Rafael—respondí yo sonriéndome—, no sea que la ida de ustedes sea como la del humo; temo que si una vez se van tarde nos juntaremos.» «Esa sospecha—replicó Ambrosio—es muy ofensiva a nuestro honor y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que tenéis de nosotros acordándoos de lo que hicimos en Valladolid y de creer que no haríamos más escrúpulo de abandonaros que a los compañeros que dejamos en aquella ciudad. Sin embargo, os engañáis enormemente. Aquellos camaradas a quienes vendimos eran de un perverso carácter y ya no podíamos aguantar más su compañía. Es menester hacer justicia a los de nuestra profesión, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interés dé menos motivo a la división; pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la unión, como en todos los demás gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico a usted y al señor don Alfonso que tengan más confianza en nosotros y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que don Rafael y yo tenemos de ir a Segorbe.» «Es muy fácil—dijo entonces el hijo de Lucinda—librarlos de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve usted, señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedaréis así

resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausentéis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendréis todavía dificultad en fiaros de nosotros?» «No por cierto —respondí yo—; y así, podéis ahora hacer todo lo que os pareciere.» Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome a la sombra de los sauces con don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron: «Señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aquí con esos bribones. No os puedo decir cuántos millares de veces me he arrepentido ya de ello. Ayer noche, mientras me quedé guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazón. Consideré que era muy ajeno de un joven que nació con honra vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia—como muy fácilmente puede suceder—llegase a ser tal algún día el resultado de una de estas maldades que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladrón y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginación estas funestas ideas, y así, os confieso que estoy resuelto a separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice en los delitos que cometan. Tengo por cierto—añadió—que no desaprobaréis este pensamiento.» «Cierto es que no—le respondí—. Aunque usted me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simón, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto. El Cielo me es testigo de que mientras estaba representando tan distinguido papel me dije a mí mismo: ¡A fe, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora a echarte la mano, sin duda merecerías bien el salario que te tocase! Así que, señor don Alfonso, no

estoy más dispuesto que usted a continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré, si es que me lo permite, a cualquier parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores les suplicaremos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, o esta misma noche, nos despediremos de ellos para siempre.»

Aprobó mi proposición el amante de la bella Serafina y me dijo: «Iremos a Valencia y nos embarcaremos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la República de Venecia. ¿No vale más seguir la carrera de las armas que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquélla podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero además de que la necesidad me obliga a ello, protesto resarcir a Samuel Simón el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra.» Aseguré a don Alfonso que yo tenía la misma intención, y quedamos de acuerdo en que el día siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar a la tentación de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habían hecho de nosotros dejándonos dueños de él ni aun nos permitió que nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caída de la tarde volvieron de Segorbe Ambrosio y don Rafael. La primera cosa que nos dijeron fué que habían hecho un viaje muy feliz y que dejaban echados los cimientos de una aventura que, según todas las señales, sería sin comparación de mucho más producto que la del día anterior. Comenzó a explicamos el plan el hijo de Lucinda, pero don Alfonso le atajó diciéndole cortésmente que él estaba resuelto a separarse

de la compañía, y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolución. Por más que hicieron para movernos a que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos, después de haber repartido por iguales partes el dinero, y los dos tomamos el camino de Valencia.

* * *

# Capítulo III

Cómo don Alfonso se halla en el colmo de su alegría y la aventura por la cual se vió de repente Gil Blas en un estado dichoso.

Caminamos felizmente hasta Buñol, donde, por desgracia, fué preciso detenernos. Sintióse malo don Alfonso. Dióle una calentura tan ardiente que le creí en el mayor riesgo. Quiso la fortuna que no hubiese médico en el lugar y salimos a poca costa de aquel susto, pues sólo nos costó el miedo. Al tercer día se halló el enfermo enteramente limpio de calentura, a lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido a lo que había hecho por él, y como era recíproca la inclinación del uno al otro, nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viaje, firmes siempre en la resolución de embarcamos para Italia a la primera ocasión que se ofreciera así que llegásemos a Valencia; pero el Cielo, que nos preparaba una suerte feliz, dispuso las cosas de otro modo. Vimos a la puerta de una hermosa quinta que había en el camino mucha gente aldeana de ambos sexos que bailaban formando corro. Acercámonos a ver la fiesta, y D. Alfonso, que estaba muy ajeno de hallar el objeto que se le presentó, se quedó sorprendido de ver entre los circunstantes al barón de Steinbach. Este, que también reconoció

a D. Alfonso, corrió luego hacia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: «¡Ah querido don Alfonso! ¡Vos aquí! ¡Qué agradable encuentro! ¡Cuando por todas partes os andan buscando, una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!»

Apeóse al instante mi compañero y fué precipitado a dar mil abrazos al barón, cuya alegría me pareció excesiva. «¡Ven, hijo mío—le dijo el buen viejo—; presto sabrás quién eres y mejorarás mucho de fortuna!» Diciendo esto, le condujo a la habitación, adonde yo también fuí, habiéndome apeado y atado a un árbol los caballos. El primero a quien encontramos fué al dueño de la misma quinta, que mostraba ser de edad de cincuenta años y tenía bellísimo aspecto. «¡Señor—le dijo el barón de Steinbach presentando a don Alfonso—, aquí tenéis a vuestro hijo!» A estas palabras, don César de Leiva, que así se llamaba aquel caballero, echó los brazos al cuello a don Alfonso y le dijo llorando de gozo: «¡Reconoce, hijo mío, al padre que te dió el ser! Si te he dejado ignorar tanto tiempo quién eres, cree que ha sido a costa de hacerme a mí mismo una cruel violencia. Mil veces he suspirado de pena, pero no podía proceder de otra manera. Caséme con tu madre llevado sólo de amor, porque su nacimiento era muy inferior al mío; vivía yo bajo la autoridad de un padre de genio duro, que me redujo a tener secreto un matrimonio contraído sin su consentimiento. El barón de Steinbach era el único depositario de mi confianza, y de acuerdo conmigo se encargó de criarte. En fin, ya no vive mi padre y puedo manifestar al mundo que tú eres mi único heredero. No es esto lo más—añadió—: pienso casarte con una señora cuya nobleza es igual a la mía.» «¡Señor—le interrumpió D. Alfonso—, no me hagáis pagar sobrado cara la dicha que me anunciáis! ¿No puedo saber que tengo

el honor de ser hijo vuestro sin que esta noticia venga acompañada de otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah señor, no queráis ser más cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos! Si éste no aprobó vuestros amores, a lo menos tampoco os obligó a recibir una esposa escogida por él.» «Hijo mío—respondió D. César—, ni yo pretendo tampoco tiranizar tus deseos; todo lo que exijo de tu sumisión es que tengas la condescendencia de ver a la que te tengo destinada, antes de resolverte a tomar otro partido. Aunque es hermosa y tu enlace con ella muy ventajoso para ti, no por eso te haré violencia para que la tomes por esposa. No está lejos: hállase actualmente en esta misma casa. Ven, y confesarás que no hay un objeto más amable.» Diciendo esto, condujo a don Alfonso a un magnífico cuarto, adonde los acompañamos el barón de Steinbach y yo.

Estaban en él el conde de Polán con sus dos hijas, Serafina y Julia, con don Fernando de Leiva, su yerno, el cual era sobrino de don César, y con otras muchas señoras y caballeros. Don Fernando, que, según se ha dicho, había sacado a Julia de su casa, acababa de casarse con ella, y con motivo de la boda habían concurrido a aquella celebridad los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver don Alfonso y que su padre le presentó a toda la concurrencia, se levantó el conde de Polán y corrió exhalado a abrazarle, diciendo a gritos: «¡Sea bien venido mi libertador! Don Alfonso—prosiguió el conde—, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida a mi hijo, también salvaste la mía. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor libraste también. Este es el desempeño de la obligación en que me constituyó tu valor y tu

generosidad.» El hijo de don César correspondió con las más vivas expresiones de agradecimiento al cumplido que le hacía el conde de Polán, no siendo fácil discernir cuál de los dos afectos disputaba la preferencia en su agitado corazón, si el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento o la dicha tan cercana de lograr por esposa a Serafina. Con efecto, pocos días después se celebró el matrimonio, con el mayor regocijo y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo había sido uno de los que acudieron a libertar al conde de Polán, éste me conoció y me dijo que mi fortuna corría de su cuenta. Yo le di muchas gracias por su generosidad y no quise separarme de D. Alfonso, el cual me hizo mayordomo de su casa, honrándome con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se había hecho a Samuel Simón, me envió a llevar a este comerciante todo el dinero que le habíamos robado, esto es, a hacer una restitución, lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debía acabar.

* * *

# Tomo II · Libro séptimo

# Capitulo primero

De los amores de Gil Blas y de la señora Lorenza Séfora.

Fuí, pues, a Chelva, a llevar al buen Simón los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos, para dar con tan buenos auspicios principio a mi mayordomía, lo que podía hacer sin riesgo, bastando para ello viajar cinco o seis días y volverme como si hubiera cumplido con el encargo. Don Alfonso y su padre me tenían en muy buen concepto para sospechar de mi fidelidad; todo me favorecía. Sin embargo, resistí a la tentación, y la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se había acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que sólo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos, y si no díganlo aquellos depositarios que sin peligro de perder su fama pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitución, que no esperaba el mercader, volví a la quinta de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polán, que con Julia y don Fernando habían marchado a Toledo. Hallé a mi nuevo amo más prendado que nunca de su Serafina; a ésta, cada día más enamorada de su esposo, y a don César, contentísimo de tener consigo a ambos. Dediquéme a ganar la

voluntad de este amoroso padre y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa. Todo lo gobernaba: recibía el dinero de los arrendadores, corría con el gasto y tenía una autoridad despótica sobre los criados; pero, lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedía a los que me disgustaban ni exigía de los demás una ciega subordinación. Si acudían a don César o a su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de estorbarlo, hablaba en su favor. Por otra parte, la estimación que continuamente me mostraban mis amos avivaba mi celo en servirlos, sin atender a otra cosa que a sus intereses. Administré con manos muy limpias y fuí un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba más contento con mi suerte, envidioso el amor de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que a él también tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazón de la señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinación al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada había cumplido los cincuenta, pero la frescura de su tez, su rostro agradable y dos hermosos ojos, que sabía manejar con destreza, podían hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado de un poco más color, porque estaba muy descolorida, pero esto lo atribuí a la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo, en lugar de corresponder a ellas, aparentaba no conocer sus designios; me tuvo por novato en el amor y no le desagradó mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho a quien creía menos instruído de lo que estaba, y así, en su primera conversación se me declaró en términos formales, a fin de que no lo dudase. Se manejó como mujer práctica, hizo

como que se turbaba, y después de haberme dicho a su satisfacción cuanto quiso, se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme; mostréme muy afecto a sus cariños, no tanto por amor como por vanidad. Hice el apasionado y aun afecté quererla con tal ardor que se vió precisada a reñirme; pero esto fué con tanta blandura que cuando me encargaba procurase contenerme no parecía disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado a más el caso si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan fácil la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversación, persuadida ella de que su aparente resistencia la haría pasar en mi concepto por un modelo de recato, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado en que me hallaba, cuando un lacayo de don César vino a aguar mi contento con una mala nueva. Era éste uno de aquellos criados que se dedican a saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacía la corte y todos los días me traía alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento, que me comunicaría en confianza, pero con la condición de guardar secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enojo temía. Fué tanta la curiosidad en que me puso, que le ofrecí el mayor sigilo; procuré no manifestar que en ello tenía el más leve interés, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva. «Es—me dijo—que la señora Lorenza introduce de oculto en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado, y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato—prosiguió con tono socarrón—que esta acción sea muy inocente;

pero usted convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una soltera da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.»

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras. Procuré ocultar mi inquietud y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, diciendo dos mil desatinos y me puse a discurrir el partido que podría tomar. Ya despreciaba a Lorenza y me proponía abandonarla sin dignarme oír sus descargos, y ya, creyendo era punto mío escarmentar al cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última determinación. Escondíme al anochecer, y, en efecto, le vi entrar en el cuarto de mi dueña de un modo sospechoso. Sólo esto faltaba para encender mi ira, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa y me aposté junto al camino por donde el galán debía marcharse. Le esperaba a pie firme y cada momento avivaba otro tanto el deseo que tenía de llegar con él a las manos. En fin, dejóse ver mi enemigo; salíle al encuentro con aire de matón; pero yo no sé cómo diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio de mi camino y tan turbado como Paris cuando se presentó a combatir con Menelao. Púseme a mirar a mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacía en mí su efecto; pero fuese la negra honrilla u otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacían todavía mayor, a pesar de mi miedo, que me aguijoneaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona e irme derecho al cirujano.

Sorprendióle mi acción. «¿Qué es esto, señor Gil Blas?—exclamó—.

¿Qué significan esas demostraciones de caballero andante? ¿Usted sin duda tiene gana de chancearse?» «¡No, señor barbero—le respondí—, no! ¡Es cosa muy seria! Quiero saber si es usted tan valiente como galán. ¡No crea usted que le hayan de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa!» «¡Por San Cosme—repuso el cirujano dando una gran carcajada de risa—, que es buen chasco! ¡Las apariencias, vive diez, son harto engañosas!» Por estas palabras presumí que tenía tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser más audaz. «¡A otro perro con ese hueso!—le repliqué—. ¡A otro con esa, amigo mío! ¡Yo no soy hombre a quien satisface la simple negativa!» «Ya veo—prosiguió—que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder a vos o a mí. Voy, pues, a revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesión deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy a curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea usted el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese de aquí en adelante sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaración y quiere absolutamente que riñamos, dígalo y manos a la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo.» Habiendo dicho estas palabras, sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me anunciaba. «¡Basta!—le dije, envainando mi espada—. Yo no soy tan bárbaro que no ceda a la razón. Por lo que usted me ha dicho, veo que no es mi enemigo. ¡Abracémonos!» Mis palabras le dieron a entender que yo no era tan temible como le parecí al principio; envainó con risa la espada, me abrazó y nos separamos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento, Séfora se presentaba a mi imaginación como la cosa más desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarle a solas, y mi cuidado y estudio en huir de ella le hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande, quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme a solas, me dijo: «Señor mayordomo, dígame usted, si gusta, el por qué evita hasta mis miradas y por qué en lugar de buscar, como otras veces, proporción de hablarme, se extraña tanto de mí. Es verdad que yo di los primeros pasos, pero usted me correspondió. Acuérdese, si no lo lleva a mal, de la conversación que tuvimos solos; entonces era usted todo fuego y ahora no es mas que un hielo. ¿Qué significa esta mudanza?» La pregunta era muy delicada para un hombre sincero, y, a la verdad, me quedé muy perplejo. No tengo presente lo que respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Séfora parecía un cordero por su semblante afable y modesto, pero cuando se encolerizaba era una tigre. «¡Creía—me dijo echándome una mirada llena de despecho y rabia—, creía honrar mucho a un hombrecillo como él manifestándole un afecto que caballeros y personas muy nobles harían gran vanidad de haber merecido! ¡Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero!»

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso a poca costa; pero su lengua furiosa me dijo mil apodos a cual peor. Bien conozco que debí recibirlos a sangre fría y reflexionar que despreciando el triunfo de una virtud que yo había tentado cometía un delito que las mujeres no perdonan jamás. Un hombre sensato, en mi lugar, se hubiera reído de estas injurias; pero yo era tan vivo que no podía sufrirlas y perdí la paciencia. «Señora—le dije—, a nadie despreciemos: si esos caballeros de quienes

usted habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado adelante.» Apenas hube disparado esta saeta, cuando la enfurecida dueña me pegó la más grande bofetada que jamás ha dado mujer colérica. Para no recibir otra y evitar la granizada de golpes que hubieran caído sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Di mil gracias al Cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenía que temer, pues la dama se había vengado, y me parecía que por su propia estimación debía callar este lance. En efecto, pasaron quince días sin saber nada de ella, y principiaba a olvidarla, cuando supe que estaba mala. Confieso que tuve la flaqueza de afligirme. Me dió lástima, imaginando que, no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado, se habría rendido a su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad, y ya que no podía amarla, a lo menos la compadecía. Pero ¡cuánto me engañaba! Su ternura, convertida en odio, no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con don Alfonso, noté que se hallaba triste y pensativo; preguntéle con respeto qué tenía. «Tengo pesadumbre—me dijo—de ver a Serafina tan débil, ingrata e injusta. Tú te admiras—añadió, observando mi suspensión—; pues cree que es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso a Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar que habrá resistido a los impulsos de este aborrecimiento, con los cuales no puede condescender sin ser desagradecida e injusta; pero al fin es mujer, y ama con extremo a Séfora, que la ha criado. La quiere como si fuera su madre y creería ser causa de su muerte si no le daba gusto. Por lo que hace a mí, aunque quiero tanto a

Serafina, no pienso del mismo modo y no consentiré te apartes de mí aunque pereciesen todas las dueñas de España, pues te miro no como a un criado, sino como a hermano.»

Luego que acabó de hablar don Alfonso, le dije: «Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba que cesaría de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometía una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto.» «¡No, no!—exclamó el generoso hijo de don César—. ¡Déjame, yo convenceré a Serafina! ¡No se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña! ¡Demasiado la contemplamos en otras cosas!» «Pero, señor—repliqué—, irritaréis más a Serafina si la resistís. Más bien quiero retirarme que exponerme, permaneciendo en casa, a causar desazón entre dos esposos tan perfectos; si esta desgracia sucediese, jamás hallaría yo consuelo.» Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le vi tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecía, considerando que si revelaba su flaqueza hería mortalmente a una infeliz de cuya desgracia era yo la causa y a quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debía restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al día siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y sólo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administración.

* * *

# Capítulo II

De lo que le sucedió a Gil Blas después de dejar la casa de Leiva y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

Yo tenía un buen caballo y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos y de los mil ducados que robamos a Samuel Simón, porque don Alfonso había restituído generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me había tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entonces tenía se confía mucho en el propio mérito, y fuera de esto, con mi dinero nada creía debía temer en adelante. Por otra parte, Toledo me ofrecía un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polán tendría mucho gusto en recibir en su casa a uno de sus libertadores. Pero este recurso debía ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada, que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde, prosiguiendo mi viaje, fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecía que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me

había jugado, quería en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sujetos que encontré en las calles de Granada fué el señor don Fernando de Leiva, yerno, como don Alfonso, del conde de Polán. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. «¿Qué es esto, Gil Blas?—me dijo—. ¿Tú en Granada? ¿Qué es lo que aquí te trae?» «Señor—le dije—, si usted se admira de verme en este país, con mucha más razón se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado a dejar la casa del señor don César y su hijo.» En seguida le conté cuanto me había pasado con Séfora, sin callarle nada. Causóle gran risa el lance, y ya sosegado, me dijo seriamente: «Amigo, voy a tomar por mi cuenta este negocio. Escribiré a mi cuñada...» «¡No, no, señor!—interrumpí—. ¡Suplico a usted no haga tal cosa! No he salido de la casa de Leiva para volver a ella. Si usted gusta, puede emplear de otro modo el favor que le debo. Ruego a usted que si alguno de sus amigos necesita un secretario o un mayordomo me presente y recomiende, que doy a usted palabra de no desairar su informe.» «Con mucho gusto—respondió—. Mi venida a Granada ha sido a visitar a una tía mía, ya anciana, que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva a mi quinta de Lorque, en donde ha quedado Julia. En aquella casa vivo—prosiguió, señalándome una suntuosa que estaba a cien pasos de nosotros—; venme a ver pasados algunos días, que quizá te habré ya buscado un acomodo.»

Efectivamente, la primera vez que nos vimos me dijo: «El señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un grande escritor, necesita de un hombre instruído y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los días compone, homilías que predica con

mucho aplauso. Como te contemplo a propósito para el caso, te he recomendado y me ha prometido admitirte. Vé y preséntate de mi parte; por el modo con que te reciba conocerás el buen informe que le he dado.»

La conveniencia me pareció tal como la podía desear, y así, habiéndome compuesto lo mejor que pude, fuí una mañana a presentarme a este prelado. Si yo hubiera de imitar a los autores de novelas, haría aquí una descripción pomposa del palacio arzobispal de Granada, me extendería sobre la estructura del edificio, celebraría la riqueza de sus muebles, hablaría de sus estatuas y pinturas y no dejaría de contar al lector la menor de todas las historias que en ella se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Vi en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de Su Ilustrísima, limosneros, gentileshombres, escuderos o ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos; tanto, que más parecían de señores que de criados. Se mostraban altivos y hacían el papel de hombres de importancia. Al ver su afectación, no pude menos de reírme y burlarme interiormente de ellos. «¡Pardiez—me decía entre mí—, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre, porque al fin, si lo sintieran, me parece que debían ostentar menos altanería!» Acerquéme a un personaje grave y grueso que estaba a la puerta de la cámara del arzobispo para abrirla y cerrarla cuando era necesario, y le pregunté con mucha cortesía si podría hablar a Su Ilustrísima. «Espérese usted—me dijo secamente—, que Su Ilustrísima va a salir a oír misa y al paso le oirá a usted.» No respondí palabra. Arméme de paciencia e hice por trabar conversación con algunos de los sirvientes, pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se

entretuvieron en examinarme de pies a cabeza, y después, mirándose unos a otros, se sonrieron con orgullo de la libertad que había tenido de mezclarme en su conversación.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no había vuelto de mi confusión cuando se abrió la puerta del estudio y salió el arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio; dejaron sus modales insolentes y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendría el prelado unos sesenta y nueve años y casi se semejaba a mi tío Gil Pérez, el canónigo; es decir, que era pequeño y grueso, y además muy patiestevado, y tan calvo que sólo tenía un mechón de pelo hacia el cogote, por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubría las orejas. Con todo, noté en él un aire de caballero, sin duda porque yo sabía que lo era. La gente común miramos a los grandes con una cierta preocupación, que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la Naturaleza les ha negado. Luego que me vió, el arzobispo se vino a mí y me preguntó con mucha dulzura qué era lo que se me ofrecía. Le dije era el recomendado del señor don Fernando de Leiva. «¡Ah!—exclamó—. ¿Eres tú el que me ha alabado tanto? ¡Ya estás recibido! ¡Me alegro de tan buen hallazgo! Quédate desde luego en casa.» Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oído a algunos eclesiásticos que llegaron a hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera, cuando vinieron a saludarme los mismos que poco antes habían despreciado mi conversación; me rodean, me agasajan y muestran la mayor alegría de verme comensal del arzobispo. Habían oído lo que me había dicho mi amo y deseaban con ansia saber qué empleo debía tener cerca de Su Señoría Ilustrísima; pero para vengarme del

desprecio que me habían hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver Su Señoría Ilustrísima, y me hizo entrar en su estudio para hablarme a solas. Yo pensé bien que su intención era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las Humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal y hacerle ver que conocía bastante los autores griegos y latinos. Examinóme después de dialéctica, y cabalmente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien cimentado en ella y me dijo con cierta admiración: «Se conoce que has tenido buena educación. Veamos ahora tu letra.» Saqué de la faltriquera una muestra que había llevado expresamente para este caso, la que no desagradó a mi prelado. «Me alegro de que tengas tan buena forma—exclamó—, y todavía más de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias a mi sobrino don Fernando porque me ha proporcionado un joven tan de provecho. ¡A la verdad, que me ha hecho un buen presente!»

Interrumpió nuestra conversación la llegada de algunos caballeros granadinos que iban a comer con Su Ilustrísima. Dejélos y me retiré a donde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no examiné menos las suyas. ¡Qué modestia guardaban los eclesiásticos! Todos me parecieron unos santos; tanto era el respeto que me había infundido el palacio arzobispal. No me pasó por la imaginación que aquello podría ser gazmoñería, como si fuera imposible que ésta se hallase en casa de los príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, quien tenía cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atención, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho. «Señor caballero—me dijo en voz baja luego que acabamos de comer—, quisiera hablar con usted a solas.» Y diciendo esto, me llevó a un sitio de palacio en donde nadie podía oírnos y allí me tuvo este razonamiento: «Hijo mío, desde el instante que te vi te cobré inclinación, de cuya verdad voy a darte una prueba confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos virtuosos con los falsos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo, y voy a excusarte un estudio tan largo y desagradable pintándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno. No será malo—prosiguió—dar principio por Su Ilustrísima. Es un prelado muy piadoso, ocupado continuamente en edificar al pueblo y en encaminarle a la virtud con admirables sermones morales, que él mismo compone. Veinte años hace que dejó la corte para dedicarse enteramente a conducir su rebaño; es un sabio y un grande orador, que tiene puesto su conato en predicar, y el pueblo le oye con mucho gusto. Tal vez tendrá en esto su poco de vanidad; pero además de que no toca a los hombres el penetrar los corazones, no pareciera bien que me pusiese yo a escudriñar los defectos de una persona cuyo pan como. Si me fuera permitido reprender alguna cosa en mi amo, vituperaría su severidad, porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlas con piedad. Sobre todo, persigue sin misericordia a los que, fiados en su inocencia, piensan justificarse jurídicamente desatendiendo su autoridad. Tiene también otro defecto, que es común a muchas personas grandes: aunque ama a sus

criados, atiende poco a sus servicios; los dejará envejecer en su casa sin pensar en proporcionarles algún acomodo. Si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos, pues por lo que hace a Su Ilustrísima, jamás se acordaría de hacerles el menor bien.»

Esto me dijo de su amo el ayuda de cámara, y siguió dándome razón del carácter de los eclesiásticos con quienes habíamos comido. Me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban; es verdad que no me dijo que eran gentes infames, pero sí bastante malos sacerdotes. No obstante, exceptuó a algunos cuya virtud alabó mucho. Con esta lección aprendí el modo de portarme con estos señores, y aquella misma noche, en la cena, me revestí como ellos de un exterior compuesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, cuando nada cuesta el serlo.

* * *

# Capítulo III

Llega Gil Blas a ser el privado del arzobispo de Granada y el conducto de sus gracias.

Mientras la siesta, había yo sacado de la posada mi maleta y caballo y vuelto después a cenar a palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El día siguiente me hizo llamar Su Ilustrísima muy de mañana para darme a copiar una homilía, encargándome mucho lo hiciera con toda la exactitud posible. Ejecutélo así, sin omitir acento, punto ni coma, de lo que manifestó el prelado un gran placer mezclado de sorpresa. Luego que recorrió todas las hojas de mi copia, exclamó admirado: «¡Eterno Dios! ¿Puede darse una cosa más correcta? Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfacción, amigo mío: ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? ¿Algún descuido en el estilo o algún término impropio? Es muy fácil se me haya escapado algo de esto en el calor de la composición.» «¡Oh, señor—respondí modestamente—, no tengo tanta instrucción que pueda meterme a crítico! Y aun cuando la tuviera, estoy cierto de que las obras de Su Ilustrísima no caerían bajo mi censura.» Sonrióse con mi respuesta y nada me replicó, pero en medio de toda su piedad se traslucía que amaba

con pasión sus escritos.

Acabé de granjear su amistad con esta adulación. Cada día me quería más; tanto, que don Fernando, que visitaba frecuentemente a mi amo, me aseguró había de tal modo ganado su voluntad que podía dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo después con la ocasión siguiente. Habiendo relatado con vehemencia una tarde en su estudio delante de mí una homilía que había de predicar en la catedral al otro día, no se contentó con preguntarme en general qué me había parecido, sino que me obligó a decirle los pasajes que más habían llamado mi atención, y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba más satisfecho y que eran sus favoritos; esto me hizo pasar en el concepto de Su Ilustrísima por un conocedor delicado de las verdaderas bellezas de una obra. «¡Eso es—exclamó—lo que se llama tener gusto y finura! ¡Sí, querido, te aseguro que no es tu oído oreja de asno!» En fin, quedó tan contento de mí que me dijo con mucha expresión: «Gil Blas, no tengas ya cuidado, que tu fortuna corre de mi cuenta, y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero que seas mi confidente.»

Al oír estas palabras, me eché a los pies de Su Ilustrísima, penetrado de reconocimiento. Abracé gustosamente sus piernas torcidas y creíme ya un hombre que estaba en camino de llegar a ser rico. «Sí, hijo mío—prosiguió el arzobispo, cuyo discurso había interrumpido mi acción—, quiero hacerte depositario de mis más ocultos pensamientos. Escucha atentamente lo que voy a decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilías, porque mueven a los pecadores, les hacen volver en sí y recurrir a la penitencia. Tengo la satisfacción de ver a un avaro, atemorizado con las imágenes que presento a su codicia, abrir sus tesoros y

distribuirlos con mano pródiga; a un lascivo, huir de sus torpezas; a los ambiciosos, retirarse a las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones a una esposa a quien hacía titubear un amante seductor. Estas conversiones, que son frecuentes, deberían por sí solas excitarme al trabajo. Pero te confieso mi flaqueza: todavía me mueve otro premio, premio de que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; éste es el aprecio que hace el público de las obras bien acabadas. La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes, pero no querría caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y sí conservar toda mi reputación. En este supuesto, mi amado Gil Blas—continuó el prelado—, exijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fío de mí mismo, porque el amor propio podría cegarme. Esta observación necesita de un entendimiento imparcial, y así, elijo el tuyo, que contemplo a propósito, y desde luego abrazaré tu dictamen.» «Señor—le dije—, Su Ilustrísima está todavía muy distante de ese tiempo, a Dios gracias; además de que un ingenio como el de Su Ilustrísima se conservará más bien que los de otro temple, o para hablar con propiedad, Su Ilustrísima será siempre el mismo. Yo miro a Su Ilustrísima como un segundo cardenal Jiménez, cuyo superior talento parecía recibir nuevas fuerzas de los años en lugar de debilitarse con ellos.» «¡Déjate de alabanzas, amigo mío!—respondió mi amo—. Yo sé que puedo declinar de un momento a otro; en la edad en que me hallo, ya se empiezan a sentir los achaques, y los males del cuerpo alteran el entendimiento. De nuevo te lo encargo, Gil Blas: no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas que mi cabeza se debilita.

No temas hablarme con franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte, va en ello tu interés, pues si, por desgracia tuya, supiese que se decía en la ciudad que mis sermones habían decaído de su ordinaria elevación y que podía ya dar de mano a mis tareas, perderías no sólo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con claridad: esto sacarías de tu necio silencio.»

Aquí acabó la exhortación de mi amo, para oír mi respuesta, que se redujo a prometerle cuanto deseaba. Desde aquel punto, nada tuvo secreto para mí y vine a ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver cómo trataban los gentileshombres y escuderos al confidente de Su Ilustrísima; no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus bajezas me hacían dudar que fuesen españoles. Aunque conocía que los guiaba el interés, y nunca me engañaron sus lisonjas, no dejé por eso de servirlos. Mis buenos oficios movieron a Su Ilustrísima a proporcionarles empleos. A uno le hizo dar una compañía y le puso en estado de lucir en el ejército; a otro envió a Méjico con un grande destino, y no olvidando a mi amigo Melchor, logré para él una buena gratificación. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, a lo menos rara vez negaba lo que se le pedía.

Pero me parece que debo referir con más extensión lo que hice por un eclesiástico. Un día nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis García, hombre todavía mozo y de buena presencia, y me dijo: «Señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos. Ha sido capellán de unas monjas, pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con Su Ilustrísima que le ha suspendido, y no quiere escuchar ninguna solicitud a favor suyo.

Nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.» «Señores—les dije—, este negocio se ha gobernado mal y hubiera sido mejor no haber empeñado a nadie; por hacerle bien al señor licenciado, le han hecho mucho daño. Yo conozco a Su Ilustrísima y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir a él mismo que a cuantas más personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto más aumenta el escándalo y tanto más severo es para con él.» «¡Malo es eso!—dijo el mayordomo—. Y mi amigo se vería muy apurado si no tuviera tan buena letra; pero, por fortuna, escribe primorosamente, y con esta habilidad se ingenia para mantenerse.» Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mía. El licenciado me manifestó una muestra que traía prevenida, la cual me admiró, pues me parecía una de las que dan los maestros de escuela. Mientras miraba tan bella forma de letra me ocurrió una idea, y pedí a García me dejase el papel, diciéndole que acaso le sería útil; que no podía decirle más por entonces, pero que al otro día hablaríamos largamente. El licenciado, a quien el mayordomo había, según presumo, celebrado mi ingenio, se retiró tan satisfecho como si ya le hubiesen restituído a sus funciones.

A la verdad, yo deseaba servirle, y desde aquel día trabajó en ello del modo que voy a decir. Estando solo con el arzobispo, le enseñé la letra de García, que le gustó infinito, y aprovechándome entonces de la ocasión, le dije: «Señor, una vez que Su Ilustrísima no quiere imprimir sus homilías, a lo menos desearía yo que se escribiesen de esta letra.»

El prelado me respondió: «Aunque me agrada la tuya, te confieso que no me disgustaría tener copiadas mis obras de esta mano.» «No se necesita

más—proseguí—que el consentimiento de Vuestra Ilustrísima. El que tiene esta habilidad es un licenciado conocido mío, y se alegrará tanto más de servir a Su Ilustrísima cuanto que por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.» «¿Cómo se llama este licenciado?», me preguntó. «Luis García—le dije—, y está lleno de amargura por haber caído en la desgracia de Su Ilustrísima.» «Ese García—interrumpió—, si no me engaño, ha sido capellán de un convento de monjas y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él. Sus costumbres no son muy buenas.» «Señor—dije—, no pretendo justificarle, pero sé que tiene enemigos y asegura que sus acusadores han tirado más a hacerle daño que a decir la verdad.» «Bien puede ser—replicó el arzobispo—, porque en el mundo hay ánimos muy perversos; pero aun suponiendo que su conducta no haya sido siempre irreprensible, acaso se habrá arrepentido, y, sobre todo, a gran pecado gran misericordia. Tráeme ese licenciado, a quien desde luego levanto las censuras.»

He aquí cómo los hombres más rígidos templan su severidad cuando media el interés propio. El arzobispo concedió sin dificultad a la vana complacencia de ver sus obras bien escritas lo que había negado a los más poderosos empeños. Al instante di esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó a su amigo García. Al día siguiente vino a darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté a mi amo, quien, contentándose con una ligera reprensión, le dió algunas homilías para que las pusiera en limpio. García lo desempeñó tan perfectamente que Su Ilustrísima le restableció en su ministerio y aun le dió el curato de Gabia, lugar grande inmediato a Granada, lo que prueba

muy bien que los beneficios no siempre se confieren a la virtud.

* * *

# Capítulo IV

Dale un accidente de apoplejía al arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas y del modo con que salió de él.

Mientras yo me ocupaba en servir de este modo a unos y a otros, don Fernando de Leiva se disponía para dejar a Granada. Visité a este señor antes de su partida para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me había proporcionado. Viéndome tan gustoso, me dijo: «Mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tío el arzobispo.» «Estoy contentísimo—le respondí—con este gran prelado, y debo estarlo porque, además de ser un señor muy amable, nunca podré agradecer bastante los favores que le merezco. Pero todo esto necesitaba para consolarme de la separación del señor don César y de su hijo.» «No creo que ellos la hayan sentido menos—dijo don Fernando—, pero puede ser que no os hayáis separado para siempre y que la fortuna vuelva a reuniros algún día.» Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar. Entonces conocí que mi amor a don Alfonso era tanto que hubiera dejado con gusto al arzobispo y cuanto podía esperar de su privanza por volverme a la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado el obstáculo que me había alejado de ella, don Fernando advirtió mi ternura,

y le agradó tanto que me abrazó, diciendo que toda su familia se interesaría siempre en mi bienestar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y cuando me veía yo más favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al arzobispo una apoplejía, pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios que sanó a muy pocos días, aunque quedó algo tocado de la cabeza. Al primer sermón que compuso, bien lo eché de ver; pero no hallando bastante perceptible la diferencia que había entre éste y los antecedentes para inferir que el orador empezaba a decaer, aguardé a que predicase otro para decidir. Hízolo y no fué menester esperar más: el buen prelado unas veces se rozaba y repetía; otras, se remontaba hasta las nubes o se abatía hasta el suelo. En fin, su oración fué difusa: una arenga de catedrático cansado o un sermón de misión sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó, sino que casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decían al oído: «¡Este sermón huele a apoplejía!» «¡Vamos, señor censor y árbitro de las homilías—me dije a mí mismo—, prepárese usted para hacer su oficio! Ya ve usted que Su Ilustrísima declina; usted está en obligación de advertírselo, no sólo como depositario de sus confianzas, sino también por temor de que alguno de sus enemigos se os anticipe. Si llegara este caso, sabe usted muy bien sus consecuencias: sería usted borrado de su testamento, en el cual sin duda le tiene señalado una manda mejor que la biblioteca del licenciado Cedillo.»

A estas reflexiones seguían otras enteramente contrarias, porque me parecía muy expuesto dar un aviso tan desagradable, que yo juzgaba no recibiría con gusto un autor encaprichado por sus obras. Luego,

desechando esta idea, miraba como imposible que desaprobase mi libertad habiéndomelo inculcado con tanto empeño. Añádase a esto que yo pensaba decírselo con maña y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome que arriesgaba más en callar que en hablar, me determiné a romper el silencio.

Sólo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversación. Por fortuna, el orador mismo me sacó de este cuidado preguntándome qué se decía de él en el público y si había gustado su último sermón. Respondí que sus homilías siempre admiraban, pero que, a mi parecer, la última no había movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo?—respondió sobresaltado—. ¿Habrá encontrado algún Aristarco?» «No, señor ilustrísimo—le dije—, no son obras las de Su Ilustrísima que haya quien se atreva a censurarlas; antes todos las celebran. Pero como Su Ilustrísima me tiene mandado que le hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tener la solidez de los precedentes. ¿Piensa Su Ilustrísima de otro modo?» A estas palabras mudó de color mi amo y con una sonrisa forzada me dijo: «Señor Gil Blas, ¿conque esta composición no es del agrado de usted?» «No digo eso, señor ilustrísimo—interrumpí todo turbado—; es excelente, aunque un poco inferior a las otras obras de Su Ilustrísima.» «¡Ya entiendo!—replicó—. Te parece que voy bajando, ¿no es eso? ¡Acorta de razones! Tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme.» «Jamás—le contesté—hubiera yo hablado a Su Ilustrísima con tanta claridad si expresamente no me lo hubiera mandado, y pues en esto no hago mas que obedecer a Su Ilustrísima, le suplico rendidamente no lleve a mal mi atrevimiento.» «¡No permita Dios—interrumpió

precipitadamente—, no permita Dios que os reprenda tal cosa! En eso sería yo muy injusto. No me desagrada el que me digas tu dictamen, sino que me desagrada tu dictamen mismo. Yo me engañé extremadamente en haberme sometido a tu limitada capacidad.»

Aunque estaba tan turbado, procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar a un autor irritado, y más si está acostumbrado a no escuchar sino alabanzas. «No hablemos más del asunto, hijo mío—me dijo—. Tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso. Has de saber que en mi vida he compuesto mejor homilía que la que tiene la desgracia de no merecer tu aprobación. Gracias al Cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes; quiero otros más capaces de decidir que tú. ¡Anda—prosiguió, empujándome para que saliera de su estudio—y díle a mi tesorero que te entregue cien ducados y anda bendito de Dios con ellos! ¡Adiós, señor Gil Blas, me alegraré logre usted todo género de prosperidades con algo más de gusto!»

* * *

# Capítulo V

Partido que tomó Gil Blas después que le despidió el arzobispo; su casual encuentro con el licenciado García y cómo le manifestó éste su agradecimiento.

Salí del estudio maldiciendo el capricho o, por mejor decir, la flaqueza del arzobispo, y todavía más irritado contra él que afligido de haber perdido su favor. Y aun dudé por algún tiempo si iría a tomar mis cien ducados; pero después de haberlo reflexionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificación no me privaría del derecho de poner en ridículo a mi buen prelado, lo que me proponía hacer siempre que se hablase en mi presencia de sus homilías.

Fuí, pues, a pedir al tesorero cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que acababa de pasar entre mi amo y yo. Después me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me quería tanto que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba sentimiento. No obstante el respeto que debía al arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta; pero como en mi enojo juré que el prelado me las había de pagar y que a su costa había yo de divertir a toda la ciudad, el prudente Melchor me dijo:

«Créeme, amado Gil Blas, pásate tu pena y calla. Los hombres plebeyos deben respetar siempre a las personas distinguidas, por más motivo que tengan para quejarse de ellas. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atención alguna, pero al fin pueden hacer daño y es preciso temerlos.»

Agradecí al antiguo ayuda de cámara su buen consejo y le prometí aprovecharme de él. Después de esto me dijo: «Si vas a Madrid, procura ver a José Navarro, mi sobrino, que es jefe de la repostería del señor don Baltasar de Zúñiga, y me atrevo a decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo, servicial y amigo de hacer bien sin interés. Yo quisiera que fuerais amigos.» Le respondí que no dejaría de verle luego que llegase a Madrid, adonde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal, con ánimo de no poner más en él los pies. Tal vez hubiera marchado al instante a Toledo si hubiese conservado mi caballo; pero le había vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaría. Resolví tomar un cuarto amueblado, formando mi plan de permanecer todavía un mes en Granada y de irme en seguida a casa del conde de Polán.

Como se acercaba la hora de comer, pregunté a mi huéspeda si habría por allí cerca alguna hostería, y me respondió que a dos pasos de su casa había una excelente, en donde daban bien de comer y a la cual concurrían muchas gentes de forma. Hice que me la enseñasen y fuí inmediatamente a ella. Entré en una gran sala, bastante parecida a un refectorio. Había sentadas a una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, unas diez o doce personas, que estaban en conversación al mismo tiempo que iban despachando su pitanza. Trajéronme la mía, que en otra ocasión sin duda

me habría hecho sentir la mesa que acababa de perder; pero como estaba entonces tan picado contra el arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecía preferible a la abundancia de su palacio. Vituperaba la variedad y multitud de manjares que se sirven en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo siendo médico en Valladolid, decía: «¡Desgraciados los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago! Por poco que se coma, ¿no se come siempre bastante?» Mi mal humor me hacía alabar los aforismos que antes había despreciado.

Cuando iba rematando mi ración, sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis García, aquel capellán de monjas que logró el curato de Gabia del modo que dejo referido. Al instante que me vió vino a saludarme precipitadamente, como un hombre arrebatado de alegría; me abrazó y me vi precisado a aguantar un nuevo y muy largo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le había hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse a mi lado diciendo: «¡Oh! ¡Vive Dios, mi amado bienhechor, que, pues he tenido la fortuna de encontraros, no nos hemos de despedir sin beber un trago! Pero como no vale nada el vino de esta posada, si usted gusta, en acabando de comer iremos a cierta parte en donde he de regalar a usted con una botella de vino más seco de Lucena y un exquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo; suplico a usted que no me niegue este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver a usted a lo menos por algunos días en mi curato de Gabia! Allí obsequiaría a usted como a un Mecenas generoso, a quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.»

Mientras me hablaba le trajeron su ración. Empezó a comer, pero sin cesar de decirme de cuando en cuando alguna lisonja. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifestó sin misterio mi salida de la casa arzobispal y le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atención. A vista de tanto como acababa de decirme, ¿quién no hubiera creído oírle, lleno de un sentimiento producido por la gratitud, declamar contra el arzobispo? Pues no lo hizo así; antes al contrario, bajó la cabeza, estuvo frío y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar más palabra, y después, levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podía yo serle útil, ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándole con todo el desprecio que merecía, le dije bien alto para que me oyese: «¡Hola! ¡Hola! ¡Prudente capellán de monjas, vaya usted a refrescar ese exquisito vino de Lucena con que me ha convidado!»

* * *

# Capítulo VI

Va Gil Blas a ver representar a los cómicos de Granada; de la admiración que le causó el ver a una actriz y de lo que le pasó con ella.

Todavía no había salido García de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien portados, que vinieron a sentarse junto a mí. Principiaron a hablar de los cómicos de la compañía de Granada y de una comedia nueva que se representaba entonces. De su conversación inferí que aquella pieza era muy aplaudida y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre había estado en el palacio, en donde estaba anatematizada esta clase de recreo, no había visto comedia alguna desde que vivía en Granada y toda mi diversión se había reducido a las homilías.

Luego que fué hora me marché al teatro, en donde hallé un gran concurso. Oí alrededor de mí diferentes conversaciones sobre la pieza antes que se empezase y observé que todos se metían a dar su voto sobre ella, declarándose unos en pro, otros en contra. Decían a mi derecha: «¿Se ha visto jamás una obra mejor escrita?» Y a mi izquierda exclamaban: «¡Qué estilo tan miserable!» En verdad, se debe convenir en que si abundan los malos autores, abundan más los peores críticos. Cuando pienso en los disgustos que los poetas dramáticos tienen que sufrir, me admiro de que

haya algunos tan atrevidos que hagan frente a la ignorancia del vulgo y a la censura peligrosa de los sabios superficiales, que corrompen algunas veces el juicio del público.

En fin, el gracioso se presentó para dar principio a la escena; por todas partes sonó un palmoteo general, lo que me dió a conocer que era uno de aquellos actores consentidos a quienes el vulgo todo se lo disimula. Efectivamente, este cómico no decía palabra ni hacía gesto que no le atrajesen aplausos; y como se le manifestaba demasiado el gusto con que se le veía, por eso abusaba de él, pues noté que algunas veces se propasaba tanto sobre la escena que era necesaria toda la aceptación con que se le oía para que no perdiese su reputación. Si en lugar de aplaudirle le hubieran silbado, frecuentemente se le hubiera hecho justicia.

Palmotearon también del mismo modo a otros comediantes, pero particularmente a una actriz que hacía el papel de graciosa. Miréla con cuidado y me faltan términos para expresar la sorpresa con que reconocí en ella a Laura, a mi querida Laura, a quien suponía todavía en Madrid al lado de Arsenia. No podía dudar que fuese ella, porque su estatura, sus facciones y su metal de voz, todo me aseguraba que yo no me equivocaba. Sin embargo, como si desconfiara de mis ojos y de mis oídos, pregunté su nombre a un caballero que estaba a mi lado. «Pues ¿de qué tierra viene usted?—me dijo—. Sin duda usted acaba de llegar, cuando no conoce a la hermosa Estela.»

La semejanza era demasiado perfecta para que pudiese equivocarme y desde luego comprendí bien que Laura, al mudar de estado, había también mudado de nombre; y deseoso de saber noticias de ella—porque el público jamás ignora las de los cómicos—me informé del mismo sujeto si esta

Estela tenía algún cortejo de importancia. Respondióme que un gran señor portugués, llamado el marqués de Marialba, que dos meses había se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Más me hubiera dicho a no haber temido cansarle con mis preguntas. Pensé más en la noticia que este caballero acababa de darme que en la comedia; y si al salir alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela y me determiné a visitarla en su casa al otro día. No dejaba de inquietarme el cómo me recibiría. Tenía fundamento para pensar que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y aun de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme, por vengarse de un hombre del cual tenía, ciertamente, motivos de estar sentida; pero nada de esto me desanimó. Después de una cena ligera—pues en mi posada no se hacían de otra clase—me retiré a mi cuarto, con mucha impaciencia de hallarme ya en el día siguiente.

Dormí poco y me levanté al amanecer; mas pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaría ver tan de mañana, antes de ir a su casa gasté tres o cuatro horas en componerme, afeitarme, peinarme y perfumarme, porque quería presentarme a ella en tal aparato que no se avergonzase de verme. Salí a cosa de las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivía y pasé a la suya. Vivía en un cuarto principal de una casa grande. Abrióme la puerta una criada, a quien le dije pasase recado de que un joven deseaba hablar a la señora Estela. Entró con él e inmediatamente oí que su ama gritó: «¿Quién es ese joven? ¿Qué me quiere? ¡Que entre!»

Discurrí haber llegado en mala ocasión, pues estaría su portugués con ella al tocador, y que para hacerle creer no era mujer que recibía recados

sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el marqués de Marialba, que pasaba con ella casi todas las mañanas. Por tanto, esperaba yo un mal recibimiento, cuando aquella actriz original, viéndome entrar, se arrojó a mí con los brazos abiertos, exclamando como fuera de sí: «¡Ay hermano mío! ¿Eres tú?» Diciendo esto, me abrazó muchas veces, y volviéndose después hacia el portugués, le dijo: «Señor, perdonad si en vuestra presencia cedo a los impulsos de la sangre. Después de tres años de ausencia, no puedo volver a ver a un hermano a quien amo tiernamente sin darle pruebas de mi afecto. Díme, pues, mi amado Gil Blas—continuó, dirigiéndose a mí—, díme algo de nuestra familia. ¿Cómo ha quedado?»

Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intención de Laura, y, apoyando su artificio, le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos a representar: «Nuestros padres están buenos, gracias a Dios, querida hermana.» «Tú te maravillarás de verme cómica en Granada—interrumpió—; pero no me condenes sin oírme. Bien sabes que hace tres años mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitán don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias a Madrid, su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor, ocasionado de su genio violento, y mató a un caballero que me había mostrado alguna atención. Era el muerto de familia muy ilustre y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenía, se salvó huyendo a Cataluña, con todo cuanto encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó a Italia, se alistó bajo las banderas de los venecianos y al fin perdió la vida en la Morea, en una batalla contra los turcos. En este tiempo fué confiscada una posesión que era el único bien que poseíamos, y vine a

quedar reducida a unas asistencias escasísimas. ¿Y qué partido podía tomar en situación tan crítica? Una viuda joven y de honor se halla en mucho compromiso; yo carecía de medios para restituirme a Asturias. ¿Y qué haría allí? El solo consuelo que hubiera recibido de mi familia hubiera sido compadecerse de mi desgracia. Por otra parte, yo había recibido muy buena educación para resolverme a abrazar una vida licenciosa. ¿Pues qué arbitrio me quedaba? El de hacerme cómica para conservar mi reputación.»

Al oír a Laura finalizar así su novela, fué tal el impulso de risa que me dió que apenas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí y le dije con mucha gravedad: «Hermana mía, apruebo tu proceder y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.»

El marqués de Marialba, que no había perdido una palabra de nuestra conversación, tomó al pie de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar a la viuda de don Antonio. También se mezcló en la conversación, preguntándome si tenía algún empleo en Granada o en otra parte. Dudé un momento si mentiría, pero me pareció no había necesidad de ello y le dije lo cierto, contándole punto por punto cómo había entrado en casa del arzobispo y cómo había salido, lo que divirtió infinito al señor portugués. Es verdad que, a pesar de lo que había prometido a Melchor, me divertí un poco a costa del arzobispo. Lo más gracioso fué que, imaginando Laura que ésta era una novela como la suya, daba unas carcajadas que hubiera excusado a haber sabido que era realidad.

Después de haber acabado mi relación, que concluí hablando del cuarto que había tomado alquilado, avisaron para comer. Quise al momento retirarme para ir a comer a mi hostería, pero Laura me detuvo. «¿En qué piensas, hermano mío?—me dijo—. Has de quedarte a comer

conmigo. Tampoco consentiré estés más tiempo en una posada. Mi intención es que vivas y comas en mi casa, y así, haz traer tu equipaje hoy mismo, que aquí hay una cama para ti.»

El señor portugués, a quien tal vez no agradaba esta hospitalidad, dijo a Laura: «No, Estela; no tienes aquí comodidad para recibir a nadie. Tu hermano—añadió—me parece un buen mozo, y con la recomendación de ser cosa tan tuya me intereso por él. Quiero tomarle a mi servicio; será a quien más quiera de mis secretarios y le haré depositario de mis confianzas. Que no deje ir de desde esta noche a dormir a casa y yo mandaré le pongan un cuarto. Le señalo cuatrocientos ducados de sueldo, y si en adelante tengo motivo, como lo espero, para estar contento de él, le pondré en estado de consolarse de haber sido demasiado sincero con su arzobispo.»

A las gracias que di por esto al marqués añadió Laura otras más expresivas. «¡No hablemos más de ello!—interrumpió el marqués—. ¡Es negocio concluído!» Al acabar estas palabras, se despidió de su princesa de teatro y se marchó. Laura me hizo pasar al momento a un cuarto retirado, en donde, viéndose sola conmigo, dijo: «¡Hubiera reventado si hubiese contenido más tiempo la risa!» Y dejándose caer en un sillón y apretándose los ijares empezó a reír como una loca. Yo no pude menos de hacer lo mismo; y cuando nos hubimos cansado, me dijo: «Confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; pero yo no esperaba tuviese tan buen fin. Mi ánimo solamente era proporcionarte la mesa y cuarto en casa, y para ofrecértelo con decoro fingí que eras mi hermano. Me alegro que la casualidad te haya facilitado tan buen acomodo. El marqués de Marialba es un caballero muy generoso, que hará por ti aún más de lo que ha prometido. Otra que yo—continuó ella—acaso no hubiera recibido

con tan buen semblante a un hombre que deja sus amigos sin despedirse de ellos; pero soy de aquellas chicas de buena pasta que vuelven a ver siempre con agrado al picarillo a quien amaron.»

Confesé de buena fe mi desatención y le pedí me la perdonase, después de lo cual me llevó a un comedor muy aseado. Nos sentamos a la mesa, y como teníamos de testigos una doncella y un lacayo, nos tratamos de hermanos. Luego que acabamos de comer volvimos al mismo cuarto en donde habíamos estado en conversación, y allí mi incomparable Laura, entregándose a su alegría natural, me pidió cuenta de lo que me había sucedido desde nuestra última visita. Hícele de ello una fiel narración, y cuando hube satisfecho su curiosidad, ella contentó la mía relatándome su historia en estos términos.

* * *

# Capítulo VII

Historia de Laura.

«Voy a contarte lo más compendiosamente que pueda por qué casualidad abracé la profesión cómica. Después que tan honradamente me dejaste, sucedieron grandes acontecimientos. Mi ama Arsenia, más de cansada que de disgustada del mundo, abjuró el teatro y me llevó consigo a una hermosa hacienda que acababa de comprar cerca de Zamora con monedas extranjeras. Bien presto hicimos conocimientos en esta ciudad, a la que íbamos con frecuencia y en donde nos deteníamos uno o dos días.

»En uno de estos viajecillos, don Félix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente y le caí en gracia. Buscó ocasión de hablarme a solas, y, por no ocultarte nada, yo contribuí algo para hacérsela hallar. Este caballero no tenía veinte años; era hermoso como un sol; su persona, muy bien formada, y encantaba más todavía con sus modales amables y generosos que con su cara. Me ofreció con tan buena voluntad y tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirle. Estaba muy gustosa y vana con un galán tan amable; pero ¡qué mal hacen las mozuelas ordinarias en prendarse de los hijos de familia cuyos padres tienen autoridad! El corregidor, que era el más severo

de los de su clase, advertido de nuestro trato, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una cuadrilla de esbirros, que a pesar de mis gritos me llevaron al hospicio de la Caridad.

»Allí, sin más forma de proceso, la superiora me hizo despojar de mi anillo y vestidos y poner un largo saco de sarga ceniciento, ceñido por la cintura con una ancha correa negra de cuero, de la que pendía un rosario de cuentas gordas, que me llegaba hasta los talones. Después me llevaron a una sala, en donde encontré un fraile viejo, de no sé qué Orden, que principió a exhortarme a la penitencia, del mismo modo, poco más o menos, que la señora Leonarda te exhortó a ti a la paciencia en el sótano. Me dijo debía estar muy agradecida a las personas que me mandaban encerrar allí, pues que me hacían un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales estaba infelizmente enredada. Te confieso francamente mi ingratitud: muy lejos de ser agradecida a los que me habían hecho este favor, les echaba mil maldiciones.

»Ocho días pasé sin hallar consuelo, pero a los nueve—porque yo contaba hasta los minutos—mi suerte pareció querer mudar de aspecto. Al atravesar un patio pequeño encontré al mayordomo de la casa, que todo lo mandaba y hasta la superiora le obedecía. No daba las cuentas de su administración sino al corregidor, de quien únicamente dependía y que tenía una entera confianza en él. Figúrate un hombre alto, pálido, descarnado y de buena catadura, propia para modelo de una pintura del Buen Ladrón. Parecía que ni aun miraba a las hermanas. Cara tan hipócrita no la habrás visto, aunque hayas estado en el palacio arzobispal.

»Encontré, pues—continuó ella—, al señor Zendono, que me detuvo diciéndome: «¡Consuélate, hija mía, estoy compadecido de tus

desgracias!» Nada más me dijo y continuó su camino, dejando a mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo le tenía por un hombre de bien, me imaginaba fácilmente que se había tomado el trabajo de examinar la causa de mi encierro y que, no hallándome bastante culpable para merecer que se me tratara tan indignamente, quería empeñarse en mi favor con el corregidor. Pero conocía mal al vizcaíno; sus intenciones eran otras. Había proyectado en su mente hacer un viaje, del que me dió parte algunos días después. «Amada Laura mía—me dijo—, es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto poner fin a ellos. No ignoro que esto es querer perderme, pero ya no soy mío ni puedo vivir mas que para ti. La situación en que te veo me atraviesa el alma, y así, intento sacarte mañana de tu encierro y llevarte yo mismo a Madrid, sacrificándolo todo al placer de ser tu libertador.» Poco me faltó para morir de gozo al oír a Zendono, el cual, juzgando por mis extremos que lo que yo más deseaba era escaparme, tuvo al día siguiente la osadía de robarme a vista de todos, del modo que voy a contar. Dijo a la superiora que tenía orden para llevarme a presencia del corregidor, que se hallaba en una casa de recreo a dos leguas de la ciudad, y me hizo con todo descaro subir con él en una silla de posta, tirada por dos buenas mulas que había comprado para el caso. No llevábamos con nosotros mas que un criado, que conducía la silla y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Comenzamos a caminar, no como yo creía, hacia Madrid, sino hacia las fronteras de Portugal, adonde llegamos en menos tiempo del que necesitaba el corregidor de Zamora para saber nuestra fuga y despachar en nuestro seguimiento sus galgos. Antes de entrar en Braganza, el vizcaíno me hizo poner un vestido de hombre, que llevaba prevenido, y

contándome ya por suya me dijo en la hostería donde nos alojamos: «Bella Laura, no tomes a mal que te haya traído a Portugal. El corregidor de Zamora nos hará buscar en nuestra patria como a dos criminales a quienes la España no debe dar ningún asilo; pero—añadió él—podemos ponernos a cubierto de su resentimiento en este reino tan extraño, aunque en el día esté sujeto al dominio español; a lo menos, estaremos aquí más seguros que en nuestro país. Déjate, pues, persuadir, ángel mío; sigue a un hombre que te adora. Vamos a vivir a Coimbra; allí pasaremos sin temor nuestros días en medio de unos pacíficos placeres.»

»Una propuesta tan eficaz me hizo ver que trataba con un caballero a quien no gustaba servir de conductor a las princesas por la gloria de la caballería. Comprendí que contaba mucho con mi agradecimiento y aun más con mi miseria. Sin embargo, aunque estos dos motivos me hablaban en su favor, me negué resueltamente a lo que me proponía. Es verdad que por mi parte tenía dos razones poderosas para mostrarme tan reservada, pues no era de mi gusto ni le creía rico. Pero cuando, volviendo a estrecharme, ofreció ante todas cosas casarse conmigo y me hizo ver palpablemente que su administración le había suministrado caudal para mucho tiempo, no lo oculto: comencé a escucharle. Me deslumbró el oro y la pedrería que me enseñó, y entonces experimenté que el interés sabe hacer transformaciones tan bien como el amor. Mi vizcaíno fué poco a poco haciéndose otro hombre a mis ojos: su cuerpo alto y seco se me representó de una estatura fina y delicada; su palidez, una blancura hermosa, y hasta su aspecto hipócrita me mereció un nombre favorable. Entonces acepté sin repugnancia su mano a presencia del Cielo, a quien tomó por testigo de nuestra unión. Después de esto ya no tuvo que

experimentar ninguna contradicción por mi parte, y, siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra recibió dentro de sus muros a un nuevo matrimonio.

»Mi marido me compró muy buenos vestidos de mujer y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de don Félix Maldonado. No necesité más para adivinar de dónde venían todas las piezas preciosas que yo había visto, y para persuadirme de que no me había casado con un rígido observador del séptimo artículo del Decálogo; pero considerándome como la causa primera de sus juegos de manos, se los perdonaba. Una mujer disculpa hasta las malas acciones que hace cometer su hermosura, y a no ser esto, ¡qué mal hombre me hubiera parecido!

»Dos o tres meses pasé con él bastante gustosa, porque me hacía mil cariños y parecía amarme tiernamente. Sin embargo, las pruebas de amistad que me daba no eran mas que falsas apariencias. El bribón me engañaba y me preparaba el trato que toda soltera seducida por un hombre infame debe esperar de él. Un día, a mi vuelta de misa, no encontré en la casa mas que las paredes. Los muebles y hasta mis ropas habían desaparecido. Zendono y su fiel criado habían tomado tan bien sus medidas que en menos de una hora se había ejecutado completamente el despojo de mi casa, de modo que con el solo vestido que llevaba puesto y la sortija de don Félix, que por fortuna tenía en el dedo, me vi como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Pero te aseguro que no me entretuve en hacer elegías sobre mi infortunio; antes bien, di gracias al Cielo por haberme librado de un perverso que no podía menos de caer tarde o temprano en manos de la justicia. Miré el tiempo que habíamos pasado juntos como un tiempo perdido, que yo no tardaría en reparar. Si hubiera querido

permanecer en Portugal y entrar al servicio de alguna señora ilustre, las habría tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenía a mi país, o ya fuese arrastrada por la fuerza de mi estrella, que me preparaba allí mejor suerte, sólo pensé en volver a España. Vendí el diamante a un joyero, que me dió su importe en monedas de oro, y salí con una señora española, ya anciana, que iba a Sevilla en una silla volante.

»Esta señora, llamada Dorotea, venía de ver a una parienta suya que vivía en Coimbra, y se volvía a Sevilla, en donde tenía su casa. Congeniamos ambas de tal modo que desde la primera jornada trabamos amistad, la que se estrechó tanto en el camino que cuando llegamos a Sevilla no me permitió alojar sino en su casa. No tuve motivo para arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento, pues no he visto jamás mujer de mejor carácter. Todavía se descubría en sus facciones y en la viveza de sus ojos que en su mocedad habría hecho puntear a sus rejas bastantes guitarras, y por eso sin duda había tenido muchos maridos nobles y vivía honradamente con lo que le dejaron.

»Entre otras excelentes prendas, tenía la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando le conté mis infortunios, tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones a Zendono. «¡Ah perros!—dijo en un tono que parecía haber encontrado en su viaje algún mayordomo—. ¡Miserables! ¡En el mundo hay bribones que, como éste, se deleitan en engañar a las mujeres! Lo que me consuela, querida hija mía, es que, según tu relación, no estás ligada con el pérfido vizcaíno. Si tu casamiento con él es bastante bueno para servirte de disculpa, en recompensa es bastante malo para permitirte contraer otro mejor cuando halles ocasión para ello.»

»Todos los días salía con Dorotea para ir a la iglesia o a visitar a alguna

amiga, que es el medio seguro de encontrar prontamente alguna aventura. Me atraje las miradas de muchos caballeros, entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano a mi vieja patrona, pero los unos no tenían con qué soportar los gastos de un menaje y los restantes todavía eran unos babosos, lo que bastaba para quitarme la gana de escucharlos, sabiendo por mi experiencia las consecuencias de ello. Un día nos ocurrió ir a ver representar los cómicos de Sevilla, que habían anunciado en los carteles la representación de la comedia famosa *El embajador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

»Entre las actrices que se presentaron en el teatro vi a una de mis antiguas amigas, a Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda y con quien cenaste algunas veces en casa de Arsenia. Sabía yo muy bien que Fenicia hacía más de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Era tal la impaciencia que tenía de abrazarla que me pareció larguísima la pieza. Quizá tenían también la culpa los que la representaban, que no lo hacían ni tan bien ni tan mal que me divirtieran, porque te confieso que, como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno excelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos a Fenicia, que hacía la desdeñosa escuchando con melindres el dulce gorjeo de un tierno pajarito que al parecer se había dejado coger con la liga de su declamación. Luego que me vió se despidió de él cortésmente, vino a mí con los brazos abiertos y me dió todas las muestras de amistad imaginables. Por mi parte, la abracé con el mayor agrado. Mutuamente nos manifestamos el placer que teníamos en volvemos a ver; pero no

permitiéndonos el tiempo ni el sitio meternos en una larga conversación, dejamos para el día inmediato el hablar en su casa más extensamente.

»El gusto de hablar es una de las pasiones más vivas de las mujeres y particularmente la mía. No pude pegar los ojos en toda la noche: tal era el deseo que tenía de verme con Fenicia y hacerle preguntas sobre preguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme e ir a donde me había dicho que vivía. Estaba alojada con toda la compañía en un gran mesón. Una criada que encontré al entrar, y a quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me hizo subir a un corredor, a lo largo del cual había diez o doce cuartos pequeños, separados solamente por unos tabiques de madera y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó a una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua rabiaba tanto como la mía por hablar. Apenas nos tomamos el tiempo de sentarnos, nos pusimos en disposición de parlar sin cesar. Teníamos que preguntarnos sobre tantas cosas que se atropellaban las preguntas y las respuestas de un modo extraordinario.

»Después de haber contado mutuamente nuestras aventuras, e instruidas del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia qué partido quería tomar. «Porque al fin—me dijo—es preciso hacer alguna cosa, no estando bien visto en una persona de tu edad el ser inútil a la sociedad.» Respondíle que había resuelto, hasta encontrar mejor fortuna, colocarme con alguna señorita distinguida. «¡Quítate allá!—exclamó mi amiga—. ¡No pienses en ello! ¿Es posible, amiga mía, que aun no te hayas cansado de servir? ¿No te has fastidiado de estar sujeta a la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oír que te regañan y, en una palabra, ser esclava? ¿Por qué no abrazas, como yo, la vida de cómica? Ninguna cosa es más conveniente para las personas de talento que carecen de posibles y de

lucida cuna. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe; una condición libre y desembarazada de las etiquetas más incómodas de la vida civil. Nuestras rentas nos las paga en moneda contante el público, que es el poseedor de sus fondos. En una palabra, siempre vivimos alegres y gastamos nuestro dinero del mismo modo que lo ganamos. El teatro—prosiguió—favorece sobre todo a las mujeres. Todavía me salen los colores al rostro siempre que me acuerdo de que cuando servía a Florimunda no oía sino a los criados de la compañía del Príncipe y que ningún hombre de suposición me miraba a la cara. ¿De qué nacía esto? De que yo no hacía allí papel; por buena que sea una pintura, no se celebra si no se expone a la vista pública. Pero después que me puse en chapines, esto es, que parecí en las tablas, ¡qué mudanza! Traigo al retortero a los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. Una cómica tiene cierto atractivo en su oficio. Si es discreta—quiero decir, que no favorece mas que a un solo amante—, esto le hace un honor distinguido, se celebra su moderación; y cuando muda de galán la miran como a una verdadera viuda que se vuelve a casar. Y aun a una viuda se la mira con desprecio si contrae terceras nupcias, porque no parece sino que esto hiere la delicadeza de los hombres, al paso que una dama parece hacerse más apreciable a medida que aumenta el número de sus favorecidos, pues todavía, después de haber tenido cien cortejos, es un manjar apetitoso.» «¿A quién cuentas eso?—interrumpí yo al llegar aquí—. ¿Piensas tú que ignoro esas ventajas? Las he considerado muchas veces, y, hablándote sin ningún disimulo, te digo que lisonjean sobrado a una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinación a la vida cómica, pero esto no basta, pues se requiere talento y yo no tengo ninguno. Algunas veces me he puesto a recitar

relaciones de comedia delante de Arsenia y no ha quedado satisfecha de mí, lo que me ha hecho no gustar del arte.» «No es extraño que le hayas disgustado—replicó Fenicia—. ¿Ignoras que esas grandes actrices son por lo común envidiosas? A pesar de su vanidad, temen se les presenten personas que las desluzcan. En fin, yo, sobre este asunto, no me atendría solamente al voto de Arsenia; su decisión no ha sido sincera. Dígote sin lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, acción despejada y muy graciosa, un metal de voz suave, buen pecho y, sobre todo, un buen palmito de cara. ¡Ah picaruela, a cuántos encantarás si te haces comedianta!»

»A esto añadió otras expresiones seductoras, y me hizo declamar algunos versos para convencerme a mí misma de la excelente disposición que tenía para el teatro, y habiéndome oído fueron mayores sus elogios, hasta decirme que me aventajaba a todas las actrices de Madrid. En vista de esto, no debía ya dudar de mi mérito ni dejar de acusar a Arsenia de envidiosa y de mala fe. Me fué preciso convenir en que mi persona valía mucho. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómicos que entraron en aquella sazón, los que se quedaron pasmados; y cuando volvieron de su admiración fué para colmarme de alabanzas. Hablando seriamente, te aseguro que aunque los tres hubieran ido a porfía sobre quién me había de elogiar más, no hubieran empleado más hipérboles. Mi modestia tuvo poco que padecer con tantos elogios. Principié a creer que valía algo y heme aquí resuelta a abrazar la profesión cómica.

»No hablemos más, querida mía—dije a Fenicia—. Está hecho; quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía si no hay inconveniente.» A esto, mi amiga, arrebatada toda de gozo, me abrazó, y sus dos compañeros no

manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinación. Quedamos en que al día siguiente por la mañana iría al teatro y repetiría delante de toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia adquirí una opinión ventajosa, todavía fué más favorable la de los comediantes después que recité en su presencia sólo unos veinte versos, y así, me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entonces puse mi atención sólo en el modo con que había de salir la primera vez en las tablas. Para que fuese con más lucimiento, gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija, y si no me presenté con ostentación, a lo menos hallé el arte de suplir la falta de magnificencia con un gusto delicado. Presentéme, en fin, por la primera vez en la escena. ¡Qué palmadas! ¡Qué aplausos! No faltaré, amigo mío, a la modestia si te digo que arrebaté la atención de los espectadores. Era preciso haber presenciado la celebridad que adquirí en Sevilla para creerla. Fuí el objeto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió a bandadas a la comedia, de modo que la compañía, con esta novedad, atrajo al público, que ya empezaba a desampararla. Me presenté de un modo que hechicé a todos, lo que fué publicar que me vendía al que más diera. Una infinidad de sujetos de todas edades y condiciones vinieron a ofrecerme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escogido al más joven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interés y a la ambición cuando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro, por cuya razón mereció la preferencia don Ambrosio de Nisaña, hombre ya viejo y de muy rara figura, pero rico, generoso y uno de los señores más poderosos de Andalucía. Es verdad que le costó caro. Tomó para mí una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos lacayos, una doncella, y me señaló para el gasto mil ducados mensuales.

Añade a esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nunca llegó a un estado tan brillante.

»¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podía comprenderla ni me conocía a mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde las sacó el capricho de algún poderoso. Te confieso ingenuamente que los aplausos del público, las expresiones lisonjeras que oía por todas partes y la pasión de don Ambrosio me infundieron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza y tomé el aire de señora. Ya escaseaba tanto las miradas cariñosas cuanto las había prodigado antes, de suerte que me puse en el pie de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

»El señor de Nisaña, con algunos de sus amigos, venía todas las noches a cenar a casa; yo por mi parte procuraba juntar las cómicas más divertidas y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reír. Una vida tan agradable me acomodaba mucho, pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serían más amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar a Sevilla, con muchas gracias y el talento suficiente para hacerlas valer. Mi aflicción no duró mas que veinticuatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veintidós años, llamado don Luis de Alcacer, tan bello mozo que pocos podían comparársele. Con razón me preguntarás por qué elegí a un señor tan joven sabiendo que el trato con esta clase de gentes es peligroso, y yo te diré que don Luis ni tenía padre ni madre y que ya disponía de su hacienda. Además, que este trato sólo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras. Las mujeres de nuestra profesión son

personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestros atractivos. ¡Desgraciadas las familias a cuyos herederos hemos desplumado!

»Nos apasionamos tan extremadamente uno de otro Alcacer y yo que dudo haya habido jamás amor como el nuestro. Nos amábamos con tanto ardor que no parecía sino que estábamos hechizados. Los que sabían nuestra pasión nos creían los amantes más dichosos del mundo, y tal vez éramos los más infelices. Don Luis era amable por su rostro, pero tan celoso que me atormentaba a cada instante con injustos recelos. Por más que yo procurase no mirar a hombre alguno para acomodarme a su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en la escena, le parecía que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente a algún joven y me llenaba de reconvenciones. En una palabra, nuestras más tiernas conversaciones estaban siempre mezcladas de quejas. No pudimos aguantar más; a ambos nos faltó la paciencia y nos separamos amigablemente. ¿Creerás tú que el último día de nuestra amistad fué el más gustoso que habíamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habíamos padecido, nos despedimos con la mayor alegría, semejantes a dos miserables cautivos que recobran su libertad después de una dura esclavitud.

»Desde entonces he procurado precaverme del amor y no quiero más amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demás mujeres ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasión cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

»Entre tanto mi fama iba alcanzando más vuelo, publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Tanta nombradía movió a los

comediantes de Granada a que me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable, me enviaron una razón del importe de sus últimas entradas y de sus caudales, por lo cual, pareciéndome un partido ventajoso, lo acepté, aunque en lo íntimo de mi corazón sentía dejar a Fenicia y a Dorotea, a quienes amaba tanto cuanto una mujer es capaz de amar a otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo que por vanidad quería tener por cortejo a una comedianta. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con éste salí para Granada.

»Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla e inmediatamente me vi rodeada de amantes; pero como no quería favorecer sino a quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servía y que no me era natural, pensaba declararme a favor de un oidor joven, de nacimiento plebeyo, quien, por razón de su empleo, de una buena mesa y de arrastrar coche, hacía el papel de señor, cuando vi por primera vez al marqués de Marialba. El señor portugués, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué a la comedia y aquel día no representé yo. Miró con mucha atención a las actrices que se presentaron, halló una que le gustó y desde el día siguiente empezó a tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugués no pensó mas que en mí, y, a decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera había agradado a este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha

aborrecido, pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mujeres es natural esta ambición y que las más íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.»

* * *

# Capítulo VIII

Del recibimiento que hicieron a Gil Blas los cómicos de Granada y de la persona a quien reconoció en el vestuario.

En el punto mismo que Laura acababa de contar su historia llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venía a sacarla para ir a la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotis. Mi hermana no dejó de presentar su hermano a esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo a la viuda del mayordomo que iría a buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa a casa del marqués, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenía alquilado, pagué a mi huéspeda, di a un mozo mi maleta y fuí con él a una gran posada, en donde estaba alojado mi amo. Encontré a la puerta a su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo: «Pues sea usted muy bien venido, caballero. El marqués de Marialba, de quien tengo honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo. Se le ha preparado a usted un cuarto; si usted gusta, yo se lo enseñaré.» Me subió a lo último de la casa y me introdujo en un aposento tan pequeño que sólo cabía una cama muy estrecha, un armario y dos

sillas; tal era mi habitación. «Usted no estará aquí muy a sus anchuras—me dijo mi conductor—; pero en recompensa prometo a usted que en Lisboa estará soberbiamente alojado.» Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté a qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comúnmente fuera y que daba a cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas y conocí que los criados del marqués eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversación dejé al mayordomo y fuí a buscar a Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué a la puerta de la casa de comedias y dije que era hermano de Estela, todo se me franqueó. ¡Hubierais visto las centinelas hacerme paso a porfía, como si yo fuera uno de los principales personajes de Granada! Todos los dependientes del teatro que encontré en el tránsito me hicieron profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector es el recibimiento que, con una seriedad cómica, me hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya y pronta a principiar. Los comediantes y comediantas, a quienes Laura me presentó, se agolparon hacia mí. Los hombres me confundieron a abrazos, y las mujeres en seguida, aplicando sus rostros pintados al mío, lo llenaron de arrebol y blanquete. Ninguno quería ser el último a cumplimentarme y todos se pusieron a hablarme a un tiempo. No bastaba yo a responderles; pero mi hermana vino a mi socorro, y como tenía ejercitada la lengua, cumplió con todos por mí.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices; fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despabilador y

sotadespabilador; en fin, de todos los dependientes del teatro, que al rumor de mi llegada vinieron corriendo a examinar mi persona. No parecía sino que estas gentes eran todas de la Inclusa, que jamás habían visto hermanos.

Entre tanto empezó la comedia. Algunos caballeros que estaban en el vestuario se retiraron a tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversación con los actores que no representaban. Entre éstos había uno a quien llamaron, y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó, y habiendo mirado atentamente al sujeto a quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él y vi que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua que, como dije en el libro segundo de mi historia, estaba mojando mendrugos de pan en una fuente.

Al instante le llamé aparte y le dije: «Si no me engaño, usted es el señor Melchor, con quien tuve la honra de almorzar un día a la orilla de una clara fuente entre Valladolid y Segovia. Iba yo con un mancebo de barbero, juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de usted y compusimos entre los tres una comida escasa que se sazonó con mil conversaciones agradables.» Zapata se quedó como pensativo algunos instantes y después me respondió: «Usted me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entonces venía de Madrid, en donde había salido para prueba en aquel teatro, y me volvía a Zamora. También me acuerdo que mis negocios andaban de mala data.» «Y yo, por esas señas—le dije—, vengo en conocimiento de que usted llevaba un jubón forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que usted se quejaba en aquel tiempo de que tenía una mujer muy honesta.» «¡Oh! ¡Por esa parte ya no me quejo!—dijo Zapata con precipitación—. ¡Vive diez que la buena mujer se ha enmendado en esto, y así, mi jubón va mejor forrado!»

Al ir a darle la enhorabuena de tan feliz mudanza tuvo precisión de dejarme para salir a la escena. Con el deseo de conocer a su mujer, me acerqué a un comediante y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciendo: «Véala usted, esa es Narcisa, la más linda de nuestras damas después de la hermana de usted.» Juzgué que esta actriz debía de ser aquella a quien se había aficionado el marqués de Marialba antes de haber visto a su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia, acompañé a Laura a su casa, en donde vi muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena. «Aquí puedes cenar», me dijo ella. «Nada menos que eso—le respondí—: el marqués querrá quizá estar solo contigo.» «No—respondió ella—; ahora vendrá con dos amigos suyos y uno de nuestros compañeros, y si tú quieres, serás la sexta persona. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos.» «Es verdad—le dije—, pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos; para obtener este cargo honorífico debo antes emplearme en alguna comisión de confianza.» Diciendo esto, dejé a Laura y fuí a mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los días, porque mi amo no tenía casa.

* * *

# Capítulo IX

Del hombre extraordinario con quien Gil Blas cenó aquella noche y de lo que pasó entre ellos.

Advertí que en un rincón de la sala estaba cenando solo un fraile viejo vestido de paño pardo, y por curiosidad me senté enfrente de él. Saludéle con mucha urbanidad y él no se mostró menos cortés que yo. Trajéronme mi pitanza, que principié a despachar con buenas ganas, y mientras comía sin decir una palabra miraba frecuentemente a este raro personaje y siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afán en mirarme, le hablé en estos términos: «Padre, ¿nos habremos visto tal vez en otra parte fuera de aquí? Usted me está observando como a un hombre que no le es enteramente desconocido.»

Respondióme con mucha gravedad: «Si os miro con esta atención sólo es para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en las rayas de vuestro rostro.» «A lo que veo—le dije con un aire burlón—, vuestra reverencia sabe la metoposcopia.» «Bien podría lisonjearme de poseerla—dijo el fraile—y de haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido. No sé menos la quiromancia, y me atrevo a decir que mis oráculos son infalibles cuando he comparado la inspección de la mano con

la del rostro.»

Aunque aquel viejo tenía todo el aspecto de hombre sabio, me pareció tan loco que no pude dejar de reírme en su cara; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía se sonrió de ella, y después de haber paseado su vista por la sala y asegurádose de que nadie nos oía, continuó hablando de esta manera: «No me espanto de veros opuesto a estas dos ciencias, que en el día se tienen por frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima a todos los sabios, que, despechados de no haberlas podido adquirir, las abandonan y desacreditan. Por lo que hace a mí, no me ha acobardado la obscuridad en que están envueltas ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagación de los secretos químicos y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro. Pero no presumo—prosiguió, habiendo tomado nuevo aliento—que hablo con un joven que conceptúe de sueños mis pensamientos. Una leve prueba de mi habilidad os dispondrá a juzgar más favorablemente de mí que todo cuanto pudiera deciros.» Dicho esto, sacó del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado y prosiguió diciendo: «Vea usted aquí un elixir que he compuesto esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique; porque, a imitación de Demócrito, he empleado casi toda mi vida en descubrir las propiedades de los simples y de los minerales. Usted va a experimentar su virtud. El vino que estamos bebiendo es muy malo: pues va a ser exquisito.» Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixir en mi botella, que volvieron mi vino más delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginación, el juicio se extravía. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido de

que era menester ser poco menos que diablo para haberlo hallado, exclamé lleno de admiración: «¡Oh padre mío, suplico a usted me perdone si antes le he tenido por un viejo loco! Ahora le hago a usted justicia; no necesito ver más para estar convencido de que si quisiera podría hacer en un instante un tejo de oro de una barra de hierro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esa admirable ciencia!» «¡El Cielo os libre de tenerla jamás!—interrumpió el viejo dando un profundo suspiro—. ¡Tú no sabes, hijo mío, lo que deseas! En lugar de envidiarme, tenme más bien lástima de haber tomado tanto trabajo para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto; temo ser descubierto y que una prisión perpetua sea el premio de todos mis afanes. Con este temor paso una vida errante, disfrazado unas veces de clérigo o de fraile, otras de caballero o paisano. ¿Y te parece que será ventajoso el saber hacer oro a ese precio? Y las riquezas, ¿no son un verdadero suplicio para aquellos que no las disfrutan con quietud?» «Ese discurso me parece muy sensato—dije entonces al filósofo—. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego; usted me hace mirar con desprecio la piedra filosofal. Yo os estimaría que me vaticinaseis lo que me ha de acontecer.» «De muy buena gana, hijo mío—me respondió—. Ya he observado vuestra fisonomía; mostrad vuestra mano.» Presentésela con una confianza que no me hará honor en el ánimo de algunos lectores que en mi lugar acaso habrían hecho otro tanto. La examinó muy atentamente y al momento exclamó: «¡Ah, y qué de tránsitos de la aflicción a la alegría y de la alegría a la aflicción! ¡Qué serie azarosa de desgracias y de prosperidades! Mas ya habéis experimentado una gran parte de estas alternativas de la fortuna y no os restan más desgracias que probar; un señor os dará un buen destino que no estará sujeto a mutaciones.»

Después de haberme afirmado que podía estar seguro de su pronóstico, se despidió de mí, saliendo de la hostería, donde quedé muy pensativo de lo que acababa de oír.

No dudaba yo que fuese el marqués de Marialba el tal señor, y, por consiguiente, nada me parecía más posible que el cumplimiento del vaticinio. Pero cuando yo no hubiese visto la menor apariencia de ello, no me hubiera impedido eso dar al fraile entero crédito: tanta era la autoridad que por su elixir había cobrado en mi ánimo.

Por mi parte, para acelerar la felicidad que me había predicho, determiné servir al marqués con más afecto que lo había hecho a ninguno de los otros amos. Con esta resolución, me retiró a nuestra posada con una alegría imponderable, cual nunca sacó una mujer de casa de las decidoras de la buenaventura.

* * *

# Capítulo X

De la comisión que el marqués de Marialba dió a Gil Blas y cómo la desempeñó este fiel secretario.

Todavía no había vuelto el marqués de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré a los ayudas de cámara, que jugaban a los naipes esperando su venida. Me introduje con ellos y nos entretuvimos alegremente hasta las dos de la madrugada, en que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme y me dijo con una afabilidad que daba a entender volvía contento de su visita: «Gil Blas, ¿por qué no te has acostado?» Yo le respondí que quería saber antes si tenía alguna cosa que mandarme. «Puede ser—dijo—te encargue por la mañana un asunto y entonces te daré mis órdenes. Vé a descansar y sabe que te dispenso de esperarme, pues me bastan los ayudas de cámara.» Después de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me excusaba la sujeción, que algunas veces hubiera llevado con disgusto, dejé al marqués en su cuarto y me retiré a mi buhardilla. Me acosté; pero, no pudiendo dormir, seguí el consejo de Pitágoras, de traer a la memoria por la noche lo que hemos hecho en el día, para aplaudir nuestras buenas acciones o vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber apoyado la mentira de Laura. Por más que yo me decía para disculparme de que no había podido decentemente desmentir a una muchacha que no había tenido otra mira que la de mi bien y que en algún modo me había visto en la precisión de ser cómplice de su engaño, poco satisfecho de esta excusa, yo mismo me respondía que no debía llevar tan adelante el embuste y que era demasiado descaro el querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, después de un severo examen, convine en que, si no era un bribón, me faltaba poco.

Pasando de aquí a las consecuencias, reflexioné que aventuraba mucho en engañar a un hombre de distinción, quien por mis pecados acaso tardaría poco en descubrir el enredo. Una reflexión tan juiciosa aterró algún tanto mi espíritu; pero bien presto desvanecieron mi temor las ideas del contento y del interés. Por otra parte, la profecía del hombre del elixir hubiera bastado para tranquilizarme; y así, me entregué a imágenes muy risueñas. Me puse a hacer cuentas de aritmética y a calcular para conmigo mismo la suma a que ascenderían mis salarios al cabo de diez años de servicio. A esto añadí las gratificaciones que recibiría de mi amo; y midiéndolas por su carácter liberal, o más bien según mis deseos, tenía una intemperancia de imaginación, si puede hablarse de este modo, que no ponía límites a mi fortuna. Tanta felicidad me concilió poco a poco el sueño y me quedé dormido haciendo castillos en el aire.

Por la mañana me levanté a cosa de las nueve para ir a recibir las órdenes de mi amo, pero al abrir mi puerta para salir me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: «Gil Blas, al despedirme anoche de tu hermana le ofrecí pasar a su casa esta mañana; pero un

negocio de importancia no me permite cumplirlo. Vé y díle de mi parte cuánto siento este contratiempo y asegúrale que aún cenaré esta noche con ella. No es esto lo más—añadió, entregándome una bolsa con una cajita de zapa guarnecida de piedras—: llévale mi retrato y toma para ti esta bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la amistad que ya te he cobrado.» Con una mano tomé el retrato y con la otra la bolsa, de mí tan poco merecida. Fuí corriendo al momento a casa de Laura, diciendo en medio del exceso de alegría que me enajenaba: «¡Bueno! ¡Bueno! ¡La predicción se verifica visiblemente! ¡Qué fortuna es ser hermano de una buena moza que admite galanteos! ¡Es lástima que no haya en esto tanta honra como provecho y utilidad!»

Laura, contra la costumbre de las personas de su profesión, solía madrugar. Halléla al tocador, en donde, esperando a su portugués, añadía a su hermosura natural todos los atractivos auxiliares que el arte podía prestarle. «Amable Estela—le dije al entrar—, imán de los extranjeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me da esta prerrogativa, el cual vengo a evacuar. Dice que no puede tener el gusto de verte esta mañana, como lo había pensado; pero para consolarte de esto cenará esta noche contigo. Y te envía su retrato, con lo que me parece quedarás algo más consolada.»

Entreguéla la caja, que, con el vivo resplandor de los brillantes de que estaba guarnecida, alegró infinito su vista. Abrióla, y habiéndola cerrado después de haber considerado la pintura por mero cumplimiento, volvió a mirar las piedras. Celebró su hermosura y me dijo con sonrisa: «Ve aquí unas copias que las damas de teatro estiman mucho más que los originales.» Díjele en seguida que el generoso portugués, al darme el

retrato, me había regalado cincuenta doblones. «Me alegro infinito—me dijo ella—. Este señor principia por donde aún raras veces acaban otros.» «A ti es, mi querida—respondí yo—, a quien debo este regalo, que el marqués me hizo a causa de fraternidad.» «Yo quisiera—dijo ella—te hiciera otros como ese todos los días. ¡No puedo ponderarte cuánto te amo! Desde el instante en que te vi te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta unión. Cuando te eché de menos en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como a un hombre que volvía a su centro. En una palabra, amigo mío, el Cielo nos ha destinado el uno para el otro. Tú serás mi marido, pero antes es preciso enriquecemos. La prudencia exige que comencemos por aquí. Todavía quiero tener tres o cuatro cortejos para ponerte en una situación aventajada.»

Díle cortésmente las gracias por el trabajo que quería tomarse por mí e insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversación que duró hasta el mediodía. Entonces me retiré para ir a dar cuenta a mi amo del modo con que había sido recibido su regalo. Aunque Laura no me había dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué a la posada me dijeron que el marqués acababa de salir; y estaba decretado que no volvería a verle más, como puede leerse en el capítulo siguiente.

* * *

# Capítulo XI

De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él.

Fuíme a mi posada, en donde encontré dos sujetos, con quienes comí y con cuya gustosa conversación me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir a sus quehaceres y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso que yo tenía motivo para estar de buen humor, porque la alegría había reinado en la conversación que acababa de tener con estos caballeros, mostrándoseme además propicia la fortuna; pero con todo, sentía una tristeza que no estaba en mi mano desechar. A vista de esto, no se diga que no se presienten las desgracias que nos amenazan.

Al entrar en el vestuario se acercó a mí Melchor Zapata y me dijo en voz baja que le siguiera. Me llevó a un sitio excusado y me dijo lo siguiente: «Señor mío, miro como un deber dar a usted un aviso muy importante. Usted no ignora que el marqués de Marialba se enamoró primero de Narcisa, mi esposa, y aun había elegido día para venir a picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela halló medio de desconcertar la partida y de traer a su casa a este señor portugués. Bien conoce usted que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi mujer está muy resentida de esto;

nada es capaz de omitir para vengarse, y, por desgracia de usted, se le presenta para ello una ocasión favorable. Ayer, si usted hace memoria, todos nuestros dependientes acudieron a verle. El sotadespabilador dijo a algunas personas de la compañía que conocía a usted y que de ningún modo era hermano de Estela. Esta noticia—añadió Melchor—ha llegado a oídos de Narcisa, que no ha dejado de preguntársela al que la ha dado, y éste se la ha repetido. Dice conoció a usted de criado de Arsenia, cuando Estela, bajo el nombre de Laura, la servía en Madrid. Mi esposa, contentísima con este descubrimiento, se lo participará al marqués de Marialba, que ha de venir esta tarde a la comedia. Camine usted en esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo, como amigo, y por nuestro antiguo conocimiento, que se ponga en salvo. Narcisa, que no busca mas que una víctima, me ha permitido se lo advierta a usted para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.»

Me hubiera sido inútil saber más. Di gracias por este aviso al histrión, que conoció muy bien por mi sobresalto que yo no estaba en el caso de desmentir al sotadespabilador. Como realmente no tenía intención de llevar hasta este punto la desvergüenza, ni aun fuí a despedirme de Laura, temiendo no quisiese obligarme a que siguiera el enredo. Bien sabía yo que ella era buena comedianta para salir con facilidad de este berenjenal; pero yo no veía mas que un castigo infalible que me amenazaba y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné, pues, poner tierra por medio, cargando con mis dioses penates, es decir, con mi ropa, y en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí del coliseo, y en un momento hice sacar y trasladar mi maleta a la posada de un arriero que al día siguiente, a las tres de la mañana, debía salir para Toledo. Hubiera deseado estar ya con el

conde de Polán, cuya casa me parecía el único asilo que había seguro para mí; pero no hallándome aún en ella, no podía pensar sin inquietud en el tiempo que me restaba que pasar en una ciudad en donde temía me buscasen aquella misma noche.

No dejé de ir a cenar a mi hostería, a pesar de estar tan zozobroso como un deudor que sabe andan en seguimiento suyo los alguaciles; pero no creo que la cena hizo en mi estómago un excelente quilo. Miserable juguete del miedo, miraba con cuidado a todas las personas que entraban en la sala y temblaba como un azogado siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura, cosa que no es rara en tales parajes. Después de haber cenado en medio de continuos sobresaltos, me levanté de la mesa y me volví a la posada del ordinario, en donde me eché sobre paja fresca hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante este tiempo ejercité bien mi paciencia. Mil tristes pensamientos vinieron a asaltarme; si algún instante me quedaba traspuesto, soñaba que veía furioso al marqués, lastimando a golpes el hermoso rostro de Laura y haciendo pedazos cuanto había en su casa, o ya que le oía mandar a sus criados que me matasen a palos. Despertaba despavorido, y siendo tan gustoso despertar después de haber soñado cosas funestas, para mí era esto más cruel que el mismo sueño.

Por fortuna, me sacó de esta angustia el arriero viniendo a avisarme que estaban prontas las mulas. Inmediatamente me levanté, y, gracias al Cielo, me puse en camino curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada iba mi espíritu recobrando su serenidad. Empecé a trabar conversación con el arriero, el cual me contó algunas historias divertidas que me hicieron reír y fuí perdiendo

insensiblemente mi temor. Dormí con sosiego en Ubeda, donde hicimos noche a la primera jornada, y a la cuarta llegamos a Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polán, y persuadido de que no consentiría me alojase en otra, fuí allá. Pero yo había hecho la cuenta sin la huéspeda, pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo había salido el día antes para la quinta de Leiva, de donde le habían escrito que Serafina estaba enferma de peligro.

Yo no había contado con la ausencia del conde, que disminuyó el gusto que tenía de estar en Toledo y fué causa de que tomase otra determinación. Viéndome tan cerca de Madrid, me resolví a ir allá, discurriendo que en la corte podría hacer fortuna, pues, según había oído decir, no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Al día siguiente me aproveché de un caballo de retorno, que me llevó a esta capital de la España, adonde la buena suerte me conducía para que hiciese papeles más brillantes que los que hasta entonces me había hecho representar.

* * *

# Capítulo XII

Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitán Chinchilla; qué clase de hombre era este oficial y qué negocio le había llevado a Madrid.

Así que llegué a Madrid establecí mi habitación en una posada de caballeros, en donde, entre otras personas, vivía un capitán viejo, que desde lo último de Castilla la Nueva había venido a la corte a pretender una pensión que creía tener bien merecida. Llamábase don Aníbal de Chinchilla. No sin espanto le vi la primera vez; era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca y sumamente flaco. Tenía unos bigotes poblados, que subían, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienes; además de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetán verde, y casi todo su rostro estaba lleno de cicatrices. En lo demás era como otro cualquiera. No carecía de entendimiento y aun menos de gravedad. En cuanto a sus costumbres, era muy rígido y se preciaba sobre todo de ser delicado en punto de honor.

A las dos o tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza y supe todos sus asuntos. Me contó en qué ocasiones se había dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los

Países Bajos. Admiré, en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba, en recompensa de la otra que había perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentía a par de su alma haber disipado una considerable hacienda en sus campañas, de suerte que no le habían quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenía para aliñar sus bigotes, pagar su alojamiento y dar a copiar sus memoriales. «Porque, en fin, señor caballero—añadió encogiéndose de hombros—, todos los días, a Dios gracias, los presento, sin que se haga el más mínimo caso de ellos. Si usted lo presenciara, no diría sino que apostábamos el ministro y yo sobre cuál había de cansarse antes, si yo en darlos o él en recibirlos. También tengo la honra de presentárselos al mismo rey, pero tan lindo es Pedro como su amo; y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparo.» «No pierda usted las esperanzas—dije al capitán—. Usted sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará usted hoy en vísperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios.» «No debo lisonjearme con esa esperanza—respondió D. Aníbal—; aun no hace tres días que hablé a uno de los secretarios del ministro, y si he de dar crédito a sus palabras, es preciso prestar paciencia.» «¿Y qué le dijo a usted, señor oficial?—le respondí—. ¿Tal vez el estado en que usted se halla no le parece digno de recompensa?» «Usted lo verá—respondió Chinchilla—. Este secretario me ha dicho claramente: «Señor hidalgo, no pondere usted tanto su celo y su fidelidad, porque en

haberse expuesto a los peligros por su patria no ha hecho usted mas que cumplir con su obligación. La gloria que resulta de las acciones heroicas es suficiente paga y debe bastar, principalmente a un español. Desengáñese usted si mira como deuda la gratificación que solicita: en caso de que se os conceda esta gracia, la deberéis únicamente a la bondad del rey, que se contempla deudor a los vasallos que han servido bien al Estado.» Infiera usted de ahí—siguió el capitán—lo que podré esperar, y que al cabo habré de volverme como he venido.» Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado cuando se le ve padecer. Le exhorté a que se mantuviera firme, me ofrecí a ponerle de balde en limpio sus memoriales y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiera de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien, se mostró muy pundonoroso y me dió las gracias. Después de esto me dijo que, por no cansar a nadie, se había acostumbrado poco a poco a vivir con tanta sobriedad que el menor alimento bastaba para su subsistencia, lo que era muy cierto. No se mantenía de otra cosa que de cebollas y ajos, y así, estaba en los huesos. Para que nadie viese sus malas comidas, se encerraba en su cuarto a la hora de ellas. No obstante, a fuerza de súplicas conseguí que cenásemos y comiésemos juntos. Y engañando su vanidad con una compasión ingeniosa, hice que me trajesen mucha más comida y bebida de la que yo necesitaba. Instéle a comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió a mis instancias, y tomando insensiblemente más confianza, él mismo me ayudaba a dejar limpio mi plato y desocupada mi botella.

Luego que hubo bebido cuatro o cinco tragos y recuperado su estómago con un buen alimento, me dijo en tono alegre: «En verdad,

señor Gil Blas, que sois muy seductor, pues hacéis de mí lo que queréis. Tenéis un modo tan atractivo que desvanece hasta el temor de abusar de vuestra generosidad.» Me pareció que mi capitán había ya perdido tanto la cortedad que si en aquel instante le hubiera ofrecido dinero no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba y me contenté con hacerle mi comensal y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle a componerlos. Con el ejercicio de copiar homilías, había aprendido a variar de frases y aun llegado a ser medio autor. El viejo oficial, por su parte, se preciaba de poner bien un papel, de modo que, trabajando los dos a competencia, componíamos trozos de elocuencia dignos de los más célebres catedráticos de Salamanca. Pero por más que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque más ponderásemos los méritos de don Aníbal, la Corte ningún aprecio hacía de ellos, lo que no excitaba a este inválido a elogiar a los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien, maldecía con su mal humor a su estrella y daba al diablo a Nápoles, Lombardía y los Países Bajos.

Para mayor mortificación suya aconteció que habiendo cierto día recitado en presencia del rey un soneto sobre el nacimiento de una infanta un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pensión de quinientos ducados. Creo que el mutilado capitán se habría vuelto loco si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de sí, le dije: «¿Qué es lo que usted tiene? Nada de esto debía usted extrañar. ¿No están de tiempo inmemorial los poetas en posesión de hacer a los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado a alguno de estos señores; y, hablando aquí entre

nosotros, las pensiones dadas a los poetas transmiten a la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen a su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿Cuántas pensiones concedió de que no tenemos noticia? Pero la posteridad más remota sabrá como nosotros que Virgilio recibió de este emperador más de doscientos mil escudos de gratificación.»

Por más que dijese a don Aníbal, no pudo digerir el fruto del soneto, que se le había sentado en el estómago, y así, resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso envidar el resto presentando un memorial al duque de Lerma. Para este efecto fuimos los dos a casa del primer ministro. Allí encontramos a un joven, quien, después de haber saludado al capitán, le dijo con cariño: «Mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea a usted aquí? ¿Qué negocio le trae a casa de su excelencia? Si necesita de alguna persona de valimiento, no deje usted de mandarme; yo le ofrezco mis facultades.» «Perico—dijo el oficial—, pues qué, ¿tienes algún empleo bueno en la casa?» «A lo menos—respondió el joven—es bastante para servir a un hidalgo como usted.» «Siendo así—prosiguió, sonriéndose, el capitán—, recurro a tu protección.» «Desde luego se la concedo a usted—repitió Perico—. Dígame usted su asunto y prometo sacar raja del primer ministro.»

No bien habíamos enterado de él a este joven tan lleno de buen deseo, cuando preguntó dónde vivía don Aníbal. Nos dió palabra de que el día siguiente se vería con nosotros y se despidió, sin decirnos lo que quería hacer ni aun si era o no criado del duque de Lerma. La agudeza del tal Perico excitó mi curiosidad y quise saber quién era. «Es—me dijo el capitán—un muchacho que me servía algunos años hace y que,

habiéndome visto en la indigencia, me dejó por buscar mejor acomodo. No se lo tomé a mal, porque, como se suele decir, por mejoría mi casa dejaría. Es un lagarto que no carece de talento e intrigante como todos los diablos; pero a pesar de toda su habilidad no me fío mucho del celo que acaba de manifestarme.» «Puede ser—le dije—que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales dependientes del duque, podrá servir a usted de mucho, pues no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cábala; que éstos tienen en su servidumbre favoritos que los gobiernan y éstos igualmente son gobernados por sus criados.»

A la mañana siguiente vino Perico a nuestra posada y nos dijo: «Señores, si ayer no declaré los medios que tenía para servir al capitán Chinchilla fué porque no estábamos en paraje propio para explicarlos; fuera de que quería tentar el vado antes de franquearme con ustedes. Sepan, pues, que yo soy el lacayo de confianza del señor don Rodrigo Calderón, primer secretario del duque de Lerma. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches a cenar con un ruiseñor de Aragón que tiene enjaulado en el barrio de Palacio. Es una muchacha muy bonita, de Albarracín, discreta y que canta con primor, y por esto le llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas le llevo un billete amoroso, vengo ahora de verla, y le he propuesto que haga pasar al señor don Aníbal por tío suyo y que con este engaño empeñe a su galán a protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque, además de tal cual provecho que juzga le puede resultar, le es de mucha satisfacción el que la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.»

El señor Chinchilla puso mal gesto y mostró repugnancia a hacerse

cómplice de una falsedad, y todavía más a permitir que una aventurera le deshonrase diciendo ser parienta suya; lo que sentía no solamente por sí, sino porque creía que esta ignominia retrocedía a sus abuelos. Tanta delicadeza chocó a Perico, pareciéndole inoportuna. «¿Se burla usted?—exclamó—. ¡Vea usted aquí lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce a una vanidad ridícula! ¿No se admira usted—prosiguió, dirigiéndose a mí—de esta escrupulosidad? ¡Voto a bríos! ¡En la corte no se debe parar en esas delicadezas! ¡Venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla!»

Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al capitán que, a pesar suyo, le hicimos se fingiese tío de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el ministro, que después de revisto, aumentado y corregido lo puse en limpio, y Perico se lo llevó a la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Calderón, hablándole con tal empeño que este secretario, creyéndola verdaderamente sobrina del capitán, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vimos a pocos días. Perico volvió con aire victorioso a nuestra posada. «¡Buenas nuevas tenemos!—dijo a Chinchilla—. El rey hará una distribución de encomiendas, beneficios y pensiones en las que no será usted olvidado, y así se me ha encargado os lo asegure; pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte a usted qué hace ánimo de regalar a Sirena. Por lo que respecta a mí, digo que nada quiero, porque prefiero a todo el oro del mundo el gusto de haber contribuído a mejorar la fortuna de mi amo antiguo. Pero no es lo mismo nuestra ninfa de Albarracín. Es algo interesada cuando se trata de servir al prójimo; tiene esa pequeña falta; y siendo capaz de tomar dinero de su

mismo padre, vea usted si rehusará el de un tío postizo.» «Diga cuánto quiere—dijo don Aníbal—. Si quiere todos los años la tercera parte de la pensión que me han de dar, se la prometo, y me parece que es bastante dádiva, aun cuando se tratara de todas las rentas de Su Majestad Católica.» «Yo, por mí, me fiaría de la palabra de usted—replicó el mensajero de don Rodrigo—, pues sé que no faltará a ella; pero se trata con una niña naturalmente muy desconfiada. Por otra parte, ella apetecerá mucho más que usted le dé una vez por todas las dos terceras partes con anticipación y en dinero contante.» ¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque?—interrumpió ásperamente el oficial—. ¡Ella debe creerme algún contador mayor! Sin duda que tú no la has enterado de mi situación.» «Perdone usted—repuso Perico—. Sabe muy bien que usted está más miserable que Job; no puede ignorarlo después de lo que le tengo dicho; pero pierda usted cuidado, que tengo arbitrios para todo. Conozco a un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento. Usted le hará ante escribano cesión de la pensión del primer año en paga de igual suma que recibirá usted, deducido el interés. En orden a la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla, tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.»

El capitán aseguró que siempre que lograse la fortuna de participar de las gracias que habían de concederse el día siguiente aceptaría estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pensión de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió cuantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos y se volvió a su país, con algunos doblones que le habían quedado.

* * *

# Capítulo XIII

Encuentra Gil Blas en la corte a su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A dónde fueron los dos, y de la curiosa conversación que tuvieron.

Me había acostumbrado a ir todas las mañanas a palacio, en donde pasaba dos o tres horas enteras en ver entrar y salir a los grandes, quienes allí me parecían desnudos de aquel resplandor que en otras partes los rodea.

Un día que me paseaba contoneándome por aquellas galerías, haciendo, como otros muchos, un papel bastante ridículo, vi a Fabricio, a quien había dejado en Valladolid sirviendo a un administrador del hospital. Lo que me admiró en extremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marqués de Santa Cruz. A mi parecer, estos dos señores gustaban de oírle; además de esto, él iba vestido como un caballero. «¿Si me engañaré?—me decía a mí mismo—. ¿Será aquél el hijo del barbero Núñez? Puede que sea algún joven cortesano que se le parezca.» No tardé mucho en salir de la duda. Idos los señores, me acerqué a Fabricio, que, conociéndome inmediatamente, me agarró de la mano y, después de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir

de las galerías, me dijo, abrazándome: «¡Mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte! ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algún empleo en la corte? ¿En qué estado tienes tus asuntos? Dame cuenta de todo lo que te ha sucedido después de tu salida precipitada de Valladolid.» «Muchas cosas me preguntas a un tiempo—le respondí—, y el lugar donde estamos no es a propósito para contar aventuras.» «Tienes razón—me dijo—; mejor estaremos en mi casa. Vente conmigo, que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen paraje y con muy buenos muebles; vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.»

Acepté el partido y acompañé a Fabricio, quien me detuvo al llegar a una casa de bella fachada, en la que me dijo vivía. Atravesamos un patio, que tenía por un lado una gran escalera que conducía a unos aposentos soberbios y por el otro una subida tan obscura como estrecha, por donde fuimos a la vivienda que me había ponderado, la cual se reducía a una sala, de la que mi ingenioso amigo había hecho cuatro, separadas con tablas de pino, sirviendo la primera de antesala a la segunda, en donde dormía, la tercera de despacho y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas y papeles de conclusiones de filosofía, y los trastos que correspondían a la colgadura consistían en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de sarga amarilla, guarnecidas con una franja de seda de Granada del mismo color; una mesa con pies dorados, cubierta de un cordobán que parecía haber sido encarnado y ribeteado con una franja de oro falso, que se había vuelto negro con el tiempo, y un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. En su despacho tenía por escritorio una mesita, y su biblioteca se componía de algunos libros y muchos legajos de papeles, que tenía en tablas puestas unas sobre

otras a lo largo de la pared. La cocina, que no deslucía a lo demás, contenía vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, después de haberme dado tiempo de mirar bien su habitación, me dijo: «¿Qué juicio formas de mi equipaje y de mi vivienda? ¿No te ha encantado verla?» «¡A fe mía que sí!—le respondí sonriéndome—. Debes de hacer bien tu negocio en Madrid para estar tan bien provisto. Sin duda tienes algún buen empleo.» «¡El Cielo me guarde de eso!—me replicó—. El partido que he tomado es superior a todos los empleos. Un sujeto de distinción, de quien es esta casa, me ha dejado una sala, de la que he hecho cuatro piezas, que he alhajado como ves; a mí nada me falta y sólo me ocupo en lo que me agrada.» «Háblame con más claridad—le dije—, porque avivas mi deseo de saber lo que haces.» «Pues bien—me dijo—, voy a complacerte. Me he metido a ser autor, me he dedicado a la literatura, escribo en verso y prosa y hago a pluma y a pelo.» «¡Tú favorito de Apolo!—exclamé riéndome—. Eso es lo que jamás hubiera adivinado; menos me sorprendería verte dedicado a otra cualquiera cosa. ¿Y qué atractivo has podido hallar en la profesión de poeta? Porque me parece que a semejantes gentes las desprecian en la vida civil y que no son las más ricas.» «¡Oh, quítate allá!—replicó—. Eso es bueno para aquellos miserables autores cuyas obras son el desecho de los libreros y de los cómicos. ¿Será de extrañar que no se estimen semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mío, están en el mundo en otro concepto y yo puedo decir sin vanidad que soy de este número.» «No lo dudo—le dije—. Tú eres un mozo de gran talento, y así, tus composiciones no pueden ser malas. Pero lo único que deseo saber, y me parece digno de mi curiosidad, es cómo te ha dado la manía de escribir.» «Tu admiración

es fundada—dijo Núñez—. Estaba tan contento con mi suerte en casa del señor Manuel Ordóñez, que no deseaba otra; pero haciéndose mi ingenio superior poco a poco, como el de Plauto, a la servidumbre, compuse una comedia, que hice representar a unos cómicos que estaban en Valladolid. Aunque no valía un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexión y la locura de componer nuevas piezas me hicieron dejar el hospital. El amor a la poesía me quitó el de las riquezas, y para adquirir buen gusto determiné venir a Madrid, como a centro de los ingenios. Me despedí del administrador, que, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolución, y me dijo: «Fabricio, ¿por qué quieres dejarme? ¿Acaso te habré dado, sin pensarlo, algún motivo de disgusto?» «No, señor—le respondí—, usted es el mejor de todos los amos y estoy muy agradecido a sus favores; pero bien sabe que cada uno debe seguir su estrella. Me contemplo nacido para eternizar mi nombre con obras de ingenio.» «¡Qué locura!—me replicó aquel buen amo—. Ya estás connaturalizado con el hospital y eres la cantera de donde se sacan los mayordomos y aun los administradores. Si quieres dejar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías, el mal es para ti, hijo mío.» Viendo el administrador cuán inútilmente combatía mi designio, me pagó mi salario y, en reconocimiento de mis servicios, me dió de guantes cincuenta ducados; de modo que con esto y lo que había podido juntar en las pequeñas comisiones que se habían encargado a mi integridad me vi en estado de presentarme decentemente en Madrid, lo que no dejé de hacer, aunque los escritores de nuestra nación no cuidan mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes

Saavedra y los demás célebres autores; pero, con preferencia a estos dos grandes hombres, elegí para preceptor mío a un joven bachiller cordobés, al incomparable D. Luis de Góngora, el ingenio más brillante que jamás produjo España, el cual no quiere que sus obras se impriman mientras viva y se contenta con leérselas a sus amigos. Lo que hay de particular es que la Naturaleza le ha dotado del raro talento de manejar con acierto todo género de poesías; sobresale principalmente en las composiciones satíricas, que son su fuerte. No es, como Lucilio, un torrente turbio que arrastra consigo mucho cieno, sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.» «Tan buena pintura me haces de ese bachiller—le dije a Fabricio—que no dudo que una persona de tanto mérito tenga muchos envidiosos.» «Todos los autores—respondió él—, tanto buenos como malos, le muerden; unos dicen que le gusta el estilo hinchado, los conceptillos, las metáforas y las transposiciones. Sus versos—dice otro—se parecen en lo obscuro a los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, y que nadie entendía. También hay quien le censura de que tan presto hace sonetos o romances y tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir a los mejores escritores en todo género de poesía. Pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando contra una musa apreciada de grandes y pequeños. Tal es el maestro con quien hice mi aprendizaje, y me atrevo a decir sin vanidad que le imito; habiéndome bebido de tal modo su espíritu, que ya compongo trozos sublimes que no los juzgaría indignos de sí. A ejemplo suyo, voy a vender mi mercancía a las casas de los grandes, en las cuales soy muy bien recibido y en donde hallo gentes que no son muy descontentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es halagüeño, lo que

no daña a mis composiciones. En fin, muchos señores me estiman, y, sobre todo, vivo con el duque de Medinasidonia, como Horacio vivía con Mecenas. He aquí de qué modo me he transformado en autor; nada más tengo que contarte; a ti te toca ahora cantar tus victorias.»

Entonces tomé la palabra y, suprimiendo todo aquello que me pareció no ser del caso, le hice la relación que me pedía, después de la cual se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino exquisito, y nos sentamos a la mesa con aquella alegría propia de dos amigos que vuelven a encontrarse después de una larga separación. «Ya ves—me dijo—mi vida, libre e independiente. Si quisiera seguir el ejemplo de mis compañeros, iría a comer todos los días en casa de las personas distinguidas; pero además de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Arístipo, pues tan contento estoy con el trato de gentes como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.»

Nos supo tan bien el vino que fué menester sacar otra botella del armario. De sobremesa le di a entender tendría gusto en ver algunas de sus producciones, y al instante buscó entre sus papeles un soneto, que me leyó con énfasis; pero, a pesar del sainete de la lectura, me pareció tan obscuro que nada pude comprender. Conociólo y me dijo: «Este soneto no te ha parecido muy claro, ¿no es así?» Le confesé que hubiera querido algo más de claridad; echóse a reír de mí y prosiguió: «Lo mejor que tiene este soneto, amigo mío, es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las demás obras que piden sublimidad no quieren estilo sencillo y natural; antes bien, en la obscuridad consiste todo su mérito. Conque el poeta crea entenderlo, es bastante.» «Tú te burlas de mí—interrumpí yo—. Todas las poesías,

sean de la naturaleza que fueren, piden juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con más claridad que tú, te confieso que decae mucho en mi opinión; es un poeta que, cuando más, no puede engañar sino a su siglo. Veamos ahora tu prosa.»

Enseñóme un prólogo que me dijo pensaba poner al frente de una colección de comedias que estaba imprimiendo, y me preguntó qué me había parecido. «No me gusta más tu prosa—le dije—que tus versos. El soneto es una algarabía; en el prólogo hay expresiones demasiado estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y, en una palabra, tu estilo es muy extravagante y muy ajeno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores.» «¡Pobre ignorante!—exclamó Fabricio—. ¿No sabes tú que todo escritor en prosa que aspira hoy a la reputación de pluma delicada afecta esta singularidad de estilo, estas expresiones equívocas que tanto chocan? Nos hemos aunado cinco o seis novadores animosos, que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir, a pesar de Lope de Vega, de Solís, de Cervantes y de todos los demás ingenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte gran número de sujetos distinguidos, y hasta teólogos contamos en nuestro partido. Sobre todo—continuó—, nuestro designio es loable, y, fuera de preocupaciones, nosotros somos más apreciables que aquellos escritores sencillos que se explican en el lenguaje común de los hombres. No sé por qué merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso sería bueno en Atenas y en Roma, en donde todos se confundían, por lo que Sócrates dijo a Alcibíades que el pueblo era un maestro excelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa. Aquí tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se explican de un

modo diferente que el pueblo. En fin, desengáñate que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardía de nuestra dicción a la bajeza de la suya. Ellos dirían, por ejemplo, llanamente: *los intermedios hermosean una comedia*. Y nosotros, con más gracia, decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia*. Observa bien este *hacer hermosura*. ¿Percibes tú toda la brillantez, la delicadeza y gracia que esto contiene?»

Habiendo interrumpido a mi novador con una carcajada, le dije: «¡Vete al diablo, Fabricio, con tu lenguaje culto! ¡Tú eres un estrafalario!» «Y tú, con tu estilo natural—repuso él—, eres un gran bestia. ¡Vé—prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada—: *Díle a mi tesorero que te entregue cien ducados y anda bendito de Dios con ellos! ¡Adiós, señor Gil Blas! ¡Me alegraré logre usted todo género de prosperidades con algo más de gusto!*» Repetí mis carcajadas al oír esta pulla, y Fabricio, sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que había hablado de sus escritos. Después de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir a pasearnos al Prado, pero al pasar por delante de un café nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrían regularmente gentes de forma. Vi en dos salas diferentes a algunos caballeros que se divertían de varios modos. En la una jugaban a los naipes y al ajedrez, y en la otra había diez o doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para oír que el asunto de la contienda era un punto de Metafísica; porque era tal el calor y vehemencia con que hablaban que no parecían sino dos energúmenos. Yo pienso que si se les

hubiera aplicado el anillo de Eleázaro se hubieran visto salir demonios de sus narices. «¡Válgame Dios!—dije a mi compañero—. ¡Qué fogosidad! ¡Qué pulmones! ¡No parece sino que aquellos disputadores habían nacido para pregoneros! ¡La mayor parte de los hombres yerran su vocación!» «Así es la verdad—respondió—. Estas gentes descienden, al parecer, de Novio, aquel banquero romano cuya voz sobresalía por entre el ruido de los carreteros; pero lo que más me disgusta de sus altercaciones es que atolondran los oídos infructuosamente.» Dejamos a estos metafísicos gritadores, y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habían causado. Nos fuimos a un rincón de otra sala, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos a examinar a los que entraban y salían. Como Núñez los conocía casi a todos, dijo: «¡Por vida mía, que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato! Pero a bien que llega tropa de refresco: estos tres que entran van a tomar parte en la disputa. Pero ¿ves esos dos sujetos originales que salen? Pues la personilla morena, seca y cuyos cabellos lacios y largos le caen en partes iguales por detrás y delante se llama don Julián de Villanuño. Es un togado nuevo que la echa del elegante. El otro día fuimos un amigo y yo a comer con él y le sorprendimos en una ocupación muy singular: se divertía en su estudio tirando y haciendo traer por un gran lebrel los legajos de un pleito que está defendiendo, los que su perro desgarraba a grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama don Querubín Tonto, es canónigo de la iglesia de Toledo y el hombre más negado del mundo. No obstante, al ver su aire placentero, la viveza de sus ojos, su risa fingida y maliciosa, le tendrán por sabio y de gran perspicacia. Cuando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda pone la mayor

atención, como si penetrara su asunto, pero maldita la cosa que entiende. Este fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dijeron mil chistes y agudezas, sin que a mi don Querubín se le oyese el metal de la voz; pero, en recompensa, los gestos y demostraciones con que aplaudía nuestros chistes daban una aprobación superior al mérito de nuestras gracias.»

«¿Conoces—dije a Núñez—a aquellos dos desgreñados que están de codos sobre una mesa en el rincón, hablando tan bajo y de cerca que parece que se besan?» «No—me respondió—, no los he visto en mi vida; pero, según todas las apariencias, serán políticos de café que murmuran del Gobierno. ¿Ves a ese caballerete galán que, silbando, se pasea por la sala, sosteniéndose ya sobre un pie y ya sobre otro? Pues es don Agustín Moreto, poeta mozo que muestra gran talento, pero a quien los aduladores y los ignorantes le han llenado los cascos de vanidad. Aquel a quien se acerca es uno de sus compañeros, que compone versos prosaicos o prosa en rimas y a quien también sopla la musa. Todavía hay más autores—prosiguió, señalándome dos hombres que entraban con espada—. ¡No parece sino que se han citado para venir a pasar revista delante de ti! Ve allí a don Bernardo Deslenguado y a don Sebastián de Villaviciosa. El primero es un sujeto de mala índole, un autor que parece ha nacido bajo el signo de Saturno, un mortal maléfico, que se complace en aborrecer a todo el mundo y a quien nadie ama. Por lo que hace a don Sebastián, es un mozo de buena fe, autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una comedia, que ha gustado en extremo, y por no abusar más tiempo de la estimación del público la ha hecho imprimir.»

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar

explicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teníamos a la vista, cuando vino a interrumpirle un gentilhombre del duque de Medinasidonia diciéndole: «Señor don Fabricio, vengo en busca de usted para decirle que el duque mi señor quisiera hablarle y espera a usted en su casa.» Sabiendo Núñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay prisa que baste, me dejó al momento por ir a ver lo que le quería su Mecenas, y yo quedé muy admirado de haber oído tratarle de *don* y de mirarle así convertido en noble, a pesar de ser su padre maese Crisóstomo el barbero.

* * *

# Capítulo XIV

Fabricio coloca a Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver a Fabricio me llevó bien de mañana a su casa. «¡Buenos días—le dije al entrar—, señor don Fabricio, flor y nata de la nobleza asturiana!» Al oírme se echó a reír. «¿Conque has notado—me dijo—que me han tratado de don?» «Sí, caballero mío—le respondí—, y permíteme te diga que ayer, cuando me contaste tu transformación, te olvidaste de lo mejor.» «Ciertamente—respondió—; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor no es tanto por satisfacer mi vanidad como por acomodarme a la de los otros. Tú conoces a los españoles; maldito el caso que hacen de un hombre honrado si tiene la desgracia de ser pobre o plebeyo; y aun te diré que veo tantas gentes—¡y Dios sabe qué clase de gentes!—que hacen les llamen don Francisco, don Gabriel, don Pedro o don como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la Nobleza es una cosa muy común y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse a ella. Pero mudemos de conversación—añadió—. Anoche, durante la cena en casa del duque de Medinasidonia, en donde, entre otros convidados, se hallaba el conde Galiano, título de Sicilia, se tocó la conversación sobre los ridículos efectos

del amor propio. Yo me alegró de hallar ocasión de divertir a la concurrencia sobre el mismo punto y le conté la historia de las homilías. Puedes imaginar cuánto reirían y qué apodos no se darían a tu arzobispo. Lo que no te ha venido mal, porque se han compadecido de ti, y después de haberme hecho el conde Galiano muchas preguntas acerca de tu persona, a las cuales puedes creer respondí como debía, me encargó que te presente a él, y para este fin iba ahora mismo a buscarte. Según parece, quiere nombrarte por uno de sus secretarios, y te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico y hace en Madrid un gasto de embajador. Dicen ha venido a la corte a tratar con el duque de Lerma sobre ciertas haciendas de la Corona que este ministro piensa enajenar en Sicilia. En fin, el conde, aunque siciliano, parece generoso, lleno de rectitud y de ingenuidad. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor, porque probablemente es el que debe hacerte rico, según lo que te pronosticaron en Granada.»

«Había resuelto—dije a Núñez—pasearme y divertirme algún tiempo antes de ponerme a servir; pero me hablas del conde siciliano de un modo que me hace mudar de intenciones. ¡Ya quisiera estar con él!» «Pronto estarás—me dijo—, o yo me engaño mucho.» Entonces salimos ambos para ir a ver al conde, que ocupaba la casa de D. Sancho de Avila, su amigo, quien estaba entonces en una hacienda de campo.

Encontramos en el patio muchos pajes y lacayos con libreas primorosas, y en la antesala muchos escuderos, gentileshombres y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, los rostros eran tan extravagantes que se me figuraron una manada de monos vestidos a la española. Puede afirmarse que hay caras de hombres y mujeres a las que el arte no puede dar

hermosura.

Habiendo D. Fabricio hecho pasar recado, fué admitido inmediatamente en la sala, adonde le seguí. Estaba el conde en bata, sentado en un sofá y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del más profundo respeto, y él nos correspondió inclinando la cabeza y con un aspecto tan afable que le cobré grande inclinación; efecto admirable y ordinario que causa comúnmente en nosotros la favorable acogida de los grandes. Preciso es que nos reciban muy mal para que nos desagraden.

Después que tomó el chocolate se divirtió algún tiempo en juguetear con un gran mono, al que llamaba *Cupido*. Ignoro por qué pusieron el nombre de este dios a aquel animal, a no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no le parecía; pero tal cual era, su amo tenía puesto todo su cariño en él, y estaba tan prendado de sus gracias que no le soltaba de sus brazos. Aunque nos divertían poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació mucho al siciliano, quien suspendió el gusto que tenía en aquel pasatiempo para decirme: «En mano de usted estará, amigo mío, ser uno de mis secretarios. Si le conviene a usted el partido, le daré doscientos doblones al año; basta que don Fabricio sea quien presente a usted y responda de su conducta.» «Sí, señor—exclamó Núñez—. Soy más arrogante que Platón, que no se atrevió a salir por fiador de un amigo suyo que enviaba a Dionisio el tirano; pero no temo merecer reconvenciones.»

Agradecí con una reverencia al poeta de Asturias su fina arrogancia, y después, dirigiéndome al amo, le aseguré de mi celo y fidelidad. Apenas vió aquel señor que yo aceptaba su propuesta, hizo llamar a su mayordomo, a

quien habló en secreto, y en seguida me dijo: «Gil Blas, luego te diré en lo que pienso emplearte; entre tanto vé con mi mayordomo, que ya le he dado orden de lo que ha de hacer de ti.» Obedecí, dejando a Fabricio con el conde y *Cupido*.

El mayordomo, que era un mesinés de los más diestros, me llevó a su cuarto, llenándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa y le mandó hacerme prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró. «En cuanto a vuestra habitación—me dijo el mesinés—, os he destinado una que os gustará. Ahora bien—prosiguió—: ¿os habéis desayunado?» Respondíle que no. «¡Qué pobre mozo sois!—me dijo—. ¿Por qué no habláis? Estáis en una casa en donde no hay mas que decir lo que se quiere para tenerlo. Venid conmigo, que voy a llevaros a un paraje en donde, a Dios gracias, nada falta.»

Dicho esto, me hizo bajar a la despensa, en la que hallamos al repostero, que era un napolitano que valía tanto como el mesinés, de modo que pudiera decirse de ambos que eran a cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco o seis amigos suyos atracándose de jamón, lenguas de vaca y otras carnes saladas que les hacían menudear los tragos. Entramos en el corro y ayudamos a apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la repostería, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero también obsequiaba a tres o cuatro conocidos suyos, quienes no bebían menos vino que nosotros y se hartaban de empanadas de perdices y conejos. Hasta los marmitones se regalaban con lo que podían pescar. Yo pensé estar en el puerto de Arrebatacapas y en una casa entregada al pillaje; pero cuanto estaba viendo era nada en comparación de

lo que no veía.

* * *

# Capítulo XV

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa a Gil Blas.

Habiendo salido a hacer llevar el equipaje a mi nueva habitación, encontré a la vuelta al conde en la mesa con muchos señores y el poeta Núñez, que con aire desembarazado se hacía servir como uno de tantos y se mezclaba en la conversación. Al mismo tiempo observé que no decía palabra que no cayese en gracia a los circunstantes. ¡Viva el talento! ¡El que lo tiene puede hacer cuantos papeles quiera!

Por lo que a mí toca, comí con los criados mayores, que fueron servidos con corta diferencia como el amo. Acabada la comida, me retiré a mi cuarto, en donde, reflexionando sobre mi condición, me dije a mí mismo: «Ahora bien, Gil Blas: ya estás sirviendo a un conde siciliano cuyo carácter no conoces. Si se ha de juzgar por las apariencias, estarás en su casa como el pez en el agua; pero de nada se puede estar seguro, y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Además de esto, ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretarios y mayordomo. ¿En qué querrá que tú le sirvas? Siempre querrá que lleves el caduceo, es decir, que seas su confidente secreto. ¡Pues sea enhorabuena! No se podría entrar bajo mejor pie en casa de un señor para andar mucho

en poco tiempo. Sirviendo empleos más honrosos se camina lentamente, y aun con eso no siempre se consigue el fin.»

En medio de estas bellas reflexiones vino un lacayo a decirme que todos los caballeros que habían comido en casa se habían marchado y que su señoría me llamaba. Fuí volando a su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta y con su mono al lado. «Acércate, Gil Blas—me dijo—; toma una silla y escúchame.» Obedecíle y me habló en estos términos: «Me ha dicho don Fabricio que, entre otras buenas cualidades, tienes la de amar a tus amos y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado a recibirte para mi servicio. Necesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses y ponga todo su conato en conservar mis bienes. Es verdad que soy rico, pero mis gastos exceden todos los años a mis rentas. ¿Y por qué? Porque me roban, porque me saquean y vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones. Sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo, y si no me engaño, ve aquí más de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo bribones por qué no los despido; pero ¿en dónde hallaré otros que sean formados de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vigile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A ti, Gil Blas, he elegido para el desempeño de esta comisión. Si la evacuas bien, ten por cierto que no servirás a un ingrato. Cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.»

Después de haberme hablado de esta manera me despidió, y aquella misma noche, delante de todos los criados, fuí proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al mesinés y al napolitano, porque yo les parecía un picarillo fácil de ganar

y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrían libertad para continuar su rumbo; pero al día siguiente se hallaron muy chasqueados cuando les manifesté que yo era enemigo de toda malversación. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones, visité el depósito de los vinos, registré lo que había en la repostería, quiero decir, la vajilla y mantelería, y después los exhorté a mirar por el caudal del amo, a usar de economía en el gasto, y acabé mi exhortación con asegurarles que daría cuenta a su señoría de cuanto malo viese hacer en su casa.

No me contenté con esto, sino que quise tener un espía para averiguar si había alguna inteligencia entre ellos, y a este fin me valí de un marmitón que, engolosinado con mis promesas, dijo que no podía haber escogido otro más a propósito que él para saber lo que pasaba en casa; que el mayordomo y el repostero estaban aunados y cada uno hurtaba por su parte; que todos los días enviaban fuera la mitad de las provisiones que se compraban para el gasto de la casa; que el napolitano mantenía a una dama que vivía enfrente del colegio de Santo Tomás y el mesinés a otra en la Puerta del Sol; que estos dos caballeros hacían llevar todas las mañanas a casa de sus ninfas toda especie de provisiones; que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos a una viuda que conocía en la vecindad, y que, en agradecimiento de los servicios que hacía a los otros dos, disponía como ellos de los vinos del depósito. Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacía en casa del señor conde. «Si usted no me cree—añadió el marmitón—, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana, a eso de las siete, cerca del Colegio de Santo Tomás, y me verá cargado con un esportón, que le hará ver que no miento.» «Según eso—le dije—, ¿eres el mandadero de esos galanes proveedores?» «Yo

soy—respondió—el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.»

Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El día siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomás a la hora señalada. No tuve que aguardar mucho a mi espía, pues bien pronto le vi llegar con un gran esportón lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas y las apunté en mi libro de memoria, que fuí a mostrar al amo, después de haber dicho al marmitón que cumpliese como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés; pero, después de haberlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí, por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco después de su creación, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con propiedad, éste no era mas que un empleo honorífico de espía, un destino que nada tenía de sólido, siendo así que llegando a ser mayordomo tenía a mi disposición la caja del dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado de más suposición en casa de un señor, y son tantos los gajes anejos a la mayordomía que podría enriquecerse sin faltar a la hombría de bien.

El bellaco del napolitano no dejó por eso sus malas mañas, y advirtiendo que yo tenía un celo riguroso y que así no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las extraviaba; pero el tunante continuó haciendo traer cada día la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa, que de derecho le pertenecía, halló medio de enviar la carne cocida a su queridita, ya que no podía cruda. Aquel diablo nada perdía y el conde nada había adelantado con tener en su casa al fénix de los mayordomos. La

excesiva abundancia que vi reinar en las comidas me hizo adivinar este nuevo ardid, e inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo superfluo, lo que, sin embargo, hice con tanta prudencia que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que continuaba siempre la misma profusión, y, sin embargo, no dejé de disminuir con esta economía considerablemente el gasto, que era lo que el amo deseaba; quería ahorrar sin parecer menos espléndido, de suerte que su avaricia se sujetaba a su ostentación.

No pararon aquí mis providencias, porque también reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que había también trampa por este lado. Efectivamente: si, por ejemplo, había doce a la mesa de su señoría, se bebían cincuenta, y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podía menos de causarme admiración. Consulté sobre esto a mi oráculo, es decir, a mi marmitón, con quien yo tenía algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decía y hacía en la cocina, en donde nadie se recelaba de él. Me dijo que el desperdicio de que yo me quejaba procedía de una nueva liga que se había formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servían el vino a la mesa, que éstos se llevaban las botellas medio llenas y las distribuían después entre los confederados. Reñí a los lacayos y les amenacé con echarlos a la calle si volvían a reincidir, y esto bastó para que se enmendasen. Tenía gran cuidado de informar a mi amo de las menores cosas que hacía en su beneficio, con lo que me llenaba de alabanzas y cada día me cobraba más afecto. Por mi parte, recompensé al marmitón que me hacía tan buenos oficios, haciéndole ayudante de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las casas principales.

El napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él, y lo que sentía más vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar me tomé la molestia de ir a los mercados e informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevención. Y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le rechazaba vigorosamente, bien persuadido de que me maldeciría cien veces al día; pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen. No sé cómo podía resistir a mis pesquisas ni cómo continuaba sirviendo al señor siciliano; sin duda que él, a pesar de todo esto, hacía su agosto.

Contaba a Fabricio, a quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le hallaba más propenso a vituperar mi conducta que a aprobarla. «¡Quiera Dios—me dijo un día—que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés! Pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrías más bien librado si no te estrellases tanto con el repostero.» «Pues qué—le respondí—, ¿este ladrón ha de tener la osadía de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó más que cuatro? ¿Y quieres tú que yo pase esta partida?» «¿Y por qué no?—replicó serenamente—. Que te dé la mitad del aumento y hará las cosas en forma. A fe mía, amigo—continuó, meneando la cabeza—, que no te sabes gobernar. Tú, a la verdad, echas a perder las cosas, y tienes traza de servir mucho tiempo, pues no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Has de saber que la fortuna es semejante a aquellas damiselas vivas y veleidosas a quienes no pueden sujetar los galanes tímidos.» Reíme de las expresiones de Núñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello había sido sólo una chanza: se avergonzaba de haberme dado

inútilmente un mal consejo. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome a asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré a mi amo por lo menos tres mil ducados.

* * *

# Capítulo XVI

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano y de la pena que causó a este señor. Cómo Gil Blas cayó enfermo y cuáles fueron las resultas de su enfermedad.

El sosiego que reinaba en la casa le turbó extrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela, pero que, no obstante, llegó a ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. *Cupido*, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un día de una ventana a otra tomó tan mal sus medidas que cayó al patio y se dislocó una pata. Apenas supo el conde esta desgracia, cuando empezó a dar gritos como una mujer, y en el exceso de su sentimiento echó la culpa a sus criados, sin excepción, y faltó poco para que los echara a todos a la calle. No obstante, limitó su indignación a maldecir nuestro descuido y darnos mil epítetos con palabras descomedidas. Inmediatamente hizo llamar a los cirujanos más hábiles de Madrid en fracturas y dislocaciones de huesos. Reconocieron la pata del herido, repusieron el hueso en su lugar y la vendaron; pero por más que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo no retuviese a uno de ellos para que permaneciera al lado del animal hasta su perfecta curación.

Haría mal si pasara en silencio las penas e inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Se creerá que no se apartaba en todo el día de su *Cupido*? Estaba presente cuando le curaban y de noche se levantaba dos o tres veces a verle. Lo más penoso era que con precisión habían de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para acudir pronto a lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caída, volvió a sus saltos y volteretas ordinarias. A vista de esto, bien podemos dar crédito a la narración de Suetonio cuando dice que Calígula amaba tanto a su caballo que le puso una casa ricamente alhajada, con criados para servirle, y que también quería hacerle cónsul. Mi amo no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera nombrado corregidor.

Por desgracia mía, yo me distinguí más que todos los criados en complacer al amo, y trabajé tanto en cuidar de su *Cupido* que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura, que se agravó de modo que perdí el sentido. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince días que estuve a la muerte, y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y tal vez contra los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él fué observar que estaba en un cuarto diferente del mío. Quise saber por qué, y se lo pregunté a una vieja que me asistía; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo había prohibido expresamente. Cuando estamos buenos, ordinariamente nos burlamos de estos doctores; pero en estando malos nos sometemos con docilidad a sus preceptos.

Aunque más desease hablar con mi asistenta, tomé la determinación de

callar; y estaba pensando en esto a tiempo que entraron dos como elegantes muy desembarazados, con vestidos de terciopelo y ricas camisolas guarnecidas de encaje. Me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, que por atención a él me venían a ver, y en esta inteligencia hice un esfuerzo para incorporarme, y por política me quité el gorro; pero mi asistenta me volvió a tender a la larga, diciéndome que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistían.

El doctor se acercó a mí, me tomó el pulso, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curación, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que sólo faltaba tomase una purga para acabar su obra, y que en vista de esto bien podía alabarse de haber hecho una buena curación. Después de haber hablado de esta suerte dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo a un espejo, atusándose el pelo y haciendo tales gestos que no pude dejar de reírme a pesar del estado en que me hallaba. Hízome una cortesía y se marchó, pensando más en su cara que en las drogas que había recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué a mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no se daría buena maña, o sea por hacer valer más el género, quiso operar por sí mismo; pero, a pesar de su destreza, apenas me había disparado la carga cuando, sin saber cómo, la rechacé sobre el manipulante, poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adehala del oficio. Tomó una toalla, se limpió sin decir palabra y se fué, bien resuelto a hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas, a quien sin duda tuvo precisión de enviar su vestido.

A la mañana siguiente volvió, vestido más llanamente, aunque nada tenía que aventurar ya, y me trajo la purga que el doctor había recetado el día antes. Yo me sentía por momentos mejor; pero, fuera de eso, había cobrado tanta aversión desde el día anterior a los médicos y boticarios que maldecía hasta las Universidades en donde a estos señores se les da la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposición, declaré, enfadado, que no quería más remedios y que fueran a los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, a quien maldita de Dios la cosa se le daba de que yo diera el destino que quisiera a su medicina con tal que se la pagase, la dejó sobre la mesa y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el cual había formado tal aprensión que habría creído beber veneno si lo hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio y dije con entereza a la que me cuidaba que lo que positivamente quería era me diese noticias de mi amo. La vieja, que temía excitar en mí una alteración peligrosa si me respondía, o, por el contrario, que si dejaba de satisfacerme irritaría mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con tal empeño que al fin me respondió: «Caballero, usted no tiene más amo que a usted mismo. El conde Galiano se ha vuelto a Sicilia.»

Me parecía increíble lo que oía; pero nada era más cierto. Este señor, desde el segundo día de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar, con lo poco que tenía, a una posada, en donde me dejó abandonado sin más ni más a la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo orden de la Corte para restituirse a Sicilia, y se marchó tan aceleradamente que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos o ya porque las personas de distinción

suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dijo que ella era la que había buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡Adiós mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡Adiós mis más dulces esperanzas! «Cuando os suceda alguna desgracia—dice un Papa—, examinaos bien y encontraréis que siempre habéis tenido alguna parte de culpa.» Con perdón de este Santo Padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuído a mi fatalidad en aquella ocasión.

Cuando vi desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me había llenado la cabeza, lo primero que me ocupó el pensamiento fué mi maleta, que hice traer a mi cama para registrarla. Al verla abierta, suspiré. «¡Ay mi amada maleta—exclamé—, único consuelo mío! ¡A lo que veo, has estado a merced de manos ajenas!» «¡No, no, señor Gil Blas—me dijo entonces la vieja—; crea usted que nada le han robado! He guardado su maleta lo mismo que mi honra.»

Encontré el vestido que llevaba cuando entré a servir al conde, pero busqué en vano el que me mandó hacer el mesinés. Mi amo no había tenido por conveniente dejármelo o alguno se lo había apropiado. Todo lo restante de mi ajuar estaba allí, y también una bolsa grande de cuero donde tenía mi dinero. Lo conté dos veces, porque a la primera, no hallando mas que cincuenta doblones, no creí quedasen tan pocos de doscientos sesenta que dejé en ella antes de mi enfermedad. «¿Qué es esto, buena mujer?—dije a mi asistenta—. Mi caudal se ha disminuído mucho.» «Nadie ha llegado a él—respondió la vieja—, y he gastado lo menos que me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho; es necesario

estar siempre dando dinero. Vea usted—añadió la buena económica sacando de la faltriquera un legajo de papeles—, vea usted una cuenta del gasto, tan cabal como el oro y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.»

Recorrí la cuenta, que bien tendría sus quince o veinte hojas. ¡Dios misericordioso, qué de aves se habían comprado mientras yo estuve sin sentido! Solamente en caldos ascendería la suma por lo menos a doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes a ésta. No es decible lo que había gastado en carbón, en luz, en agua, en escobas, etc. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas a treinta doblones, y, por consiguiente, debían quedar todavía doscientos treinta. Díjeselo; pero la vieja, con un aire de sencillez, empezó a poner por testigos a todos los santos de que en la bolsa no había mas que ochenta doblones cuando el mayordomo del conde le había entregado mi maleta. «¿Qué dice usted, buena mujer?—le interrumpí con precipitación—. ¿Fué el mayordomo quien dió a usted mi ropa?» «El fué realmente—me respondió—; por más señas, que al dármela me dijo: «Tome usted, buena mujer; cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite no deje usted de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con qué hacerle las honras.»

«¡Ah maldito napolitano!—exclamé entonces—. ¡Ya no necesito saber en dónde para el dinero que me falta! ¡Tú lo has llevado, para desquitarte de lo que te he impedido hurtases!» Después de esta invectiva, di gracias al Cielo de que el bribón no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenía motivo para imputarle el hurto, no dejé de discurrir que acaso podía haberlo hecho mi asistenta. Mis sospechas tan presto recaían sobre el

uno como sobre el otro, mas para mí siempre era lo mismo. Nada dije a la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo a pagarla y despedirla de allí a tres días.

Me imagino que al salir de mi casa fué a avisar al boticario de que yo la había despedido y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de Villadiego sin pagarle, porque le vi venir de allí a poco que apenas podía echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venían los supuestos remedios que me había suministrado cuando estaba yo sin sentido, puestos con unos nombres que no entendí, aunque había sido médico. Esta se podía llamar propiamente cuenta de boticario, y así, cuando llegó el caso de la paga, altercamos bastante, pretendiendo yo que rebajase la mitad y él porfiando que no bajaría un maravedí: pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las había con un mozo que en el día podía marcharse de Madrid, tomó a bien contentarse con lo que le ofrecía, es decir, con tres partes más de lo que valían sus medicinas, por no exponerse a perderlo todo. Con mucho sentimiento mío le aflojé el dinero, con lo que se retiró, bien vengado de la desazoncilla que le causé el día de la lavativa.

El médico llegó casi al punto, porque estos animales van siempre uno tras otro. Le satisfice el importe de sus visitas, que habían sido frecuentes, y se marchó contento. Mas, para acreditarme que había ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que había precavido en mi enfermedad, lo cual hizo en términos muy elegantes y con un aspecto agradable; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que salí de él me juzgué ya libre de todos los familiares de las Parcas; pero me engañaba, porque vino también un cirujano, a quien en mi vida

había visto. Saludóme muy cortésmente y manifestó mucho gusto de hallarme fuera del peligro en que me había visto, atribuyendo este beneficio—decía él—a dos copiosas sangrías que me había hecho y a unas ventosas que había tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía; me fué preciso asimismo pagar al cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo que se podía decir era un cuerpo aniquilado y que ni aun le quedaba el húmedo radical.

Al verme otra vez abismado en tan miserable situación, empecé a desanimarme. En casa de mis últimos amos me había aficionado de suerte a las comodidades de la vida que no podía ya, como en otro tiempo, considerar la indigencia del modo que un filósofo cínico. A la verdad, no debía entristecerme, teniendo repetidas experiencias de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvía a levantar; antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasión de inmediata prosperidad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

* * *

# Tomo III · Libro octavo

# Capitulo primero

**Gil Blas adquiere un buen conocimiento y logra un buen empleo, que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de don Valerio de Luna.**

Como en todo este tiempo no había oído hablar de Núñez, discurrí había ido a divertirse a algún lugar. Luego que pude andar fuí a su casa, y supe que, en efecto, hacía tres semanas estaba en Andalucía con el duque de Medinasidonia.

Al despertarme una mañana me ocurrió a la memoria Melchor de la Ronda y me acordé que le había ofrecido en Granada ir a ver a su sobrino si algún día volvía a Madrid, y queriendo cumplir mi promesa aquel mismo día, me informé de la casa de don Baltasar de Zúñiga y pasé a ella. Pregunté por el señor José Navarro, que no tardó en presentarse. Habiéndole saludado y díchole quién era, me recibió atentamente, pero con frialdad, de suerte que no podía conciliar aquel recibimiento indiferente con el retrato que me habían hecho de este repostero. Iba a retirarme, con ánimo de no volver a hacerle otra visita, cuando, mostrándome de repente un semblante apacible y risueño, me dijo con mucha expresión: «¡Ah, señor Gil Blas de Santillana! Suplico a usted me

perdone el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto a favor de usted; se me había olvidado su nombre, y ya no pensaba en el caballero que me recomendaban en una carta que recibí de Granada hace más de cuatro meses. ¡Permitidme que os abrace!—añadió, estrechándome lleno de gozo—. Mi tío Melchor, a quien estimo y venero como a mi propio padre, me encarga encarecidamente que, si por acaso tengo la honra de ver a usted, le trate como si fuera usted su hijo y emplee en caso necesario mi valimiento y el de mis amigos en obsequio de usted. Me hace un elogio del buen corazón y talento de usted en tales términos que, aun cuando no me moviera a ello su recomendación, me empeñaría en servirle. Míreme usted, pues, le suplico, como a un hombre a quien mi tío por su carta ha comunicado toda la inclinación que le profesa. Franqueo a usted mi amistad; no me niegue la suya.»

Respondí con el agradecimiento debido a la cortesía de José, y en el mismo instante contrajimos una estrecha amistad, siendo ambos francos y sinceros. No dudé descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó cuando me dijo: «Me encargo del cuidado de acomodar a usted, y entre tanto no deje usted de venir a comer conmigo todos los días, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.»

La oferta halagaba demasiado a un convaleciente escaso de dinero y enseñado a los buenos bocados para que yo la desechase; aceptéla, pues, y me repuse tanto en aquella casa, que a los quince días tenía ya una cara de monje bernardo. Parecióme que el sobrino de Melchor hacía en aquella casa su agosto. Pero ¿cómo no lo haría, teniendo a un mismo tiempo tres empleos, pues era jefe de la repostería, de la cueva y de la despensa?

Además, y sin perjuicio de nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo estaban muy bien avenidos.

Ya estaba yo perfectamente restablecido, cuando viéndome un día mi amigo José llegar a casa de Zúñiga para comer, según mi costumbre, me salió a recibir y me dijo con alegría: «Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno; sepa usted que el duque de Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del Estado confía el cuidado de los suyos a dos personas; para recaudar sus rentas ha escogido a don Diego de Monteser y ha encargado la cuenta del gasto de su casa a don Rodrigo Calderón. Estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta y sin depender uno de otro. Don Diego tiene regularmente a sus órdenes dos administradores, que hacen las cobranzas, y como supe esta mañana que había despedido a uno de ellos, fuí a pedir su plaza para usted. El señor de Monteser, que me conoce, y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de usted, y hoy, después de comer, iremos a su casa.»

Así lo hicimos; fuí recibido con mucho agrado y colocado en el empleo del administrador que había sido despedido, el cual consistía en visitar nuestras granjas, repararlas, cobrar sus arrendamientos; en una palabra, mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas a don Diego, quien, a pesar de todo el bien que le había dicho mi amigo de mí, las examinaba con mucha atención; pero esto era lo que yo quería, porque aunque mi rectitud había sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto a conservarla siempre.

Supimos un día que se había pegado fuego a la quinta de Lerma y reducido a cenizas más de la mitad, y con esta noticia inmediatamente pasé a ella a reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una extensa relación de ellas, que Monteser manifestó al duque de Lerma. El ministro, a pesar del sentimiento que tenía de saber tan mala nueva, admiró la relación y no pudo menos de preguntar quién era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan a favor mío que pasados seis meses se acordó su excelencia de esto con motivo de una historia que voy a contar y sin la cual puede ser que jamás hubiera yo logrado empleo en la corte. Esta historia es la siguiente:

En la calle de las Infantas vivía entonces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla, cuyo nacimiento no se sabía a punto fijo; unos decían era hija de un guitarrero y otros de un comendador de la Orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la Naturaleza le había concedido el singular privilegio de hechizar a los hombres durante el curso de su vida, que subsistía aún después de quince lustros cumplidos. Había sido el ídolo de los señores de la corte antigua y se veía adorada de los de la nueva. El tiempo, que no respeta la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya; la marchitaba, sí, pero no le quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador y muchas gracias naturales le hacían excitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, caballero de veinticinco años y uno de los secretarios del duque de Lerma, visitaba a Inesilla y quedó enamorado de ella. Declaróle su pasión y siguió la fiebre con todo el ardor que el amor y la juventud son capaces de inspirar. La señora, que tenía sus motivos para no

querer condescender con sus deseos, no sabía qué hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un día haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al joven a su gabinete, donde, enseñándole un reloj que estaba sobre una mesa, le dijo: «Ved la hora que es; hoy hace setenta y cinco años que nací a la misma. ¡A fe que me caerían bien los amores en esta edad! ¡Volved, hijo mío, en vos mismo y ahogad unos sentimientos que no convienen ni a vos ni a mí!» A esta reconvención juiciosa, el caballero, a quien no hacía fuerza la razón, respondió a la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseído de los movimientos que le agitaban: «Cruel Inés, ¿por qué recurrís a esos frívolos artificios? ¿Pensáis que pueden haceros otra a mis ojos? No os lisonjeéis con una esperanza tan engañosa; ya seáis tal cual os veo, o ya mi vista padezca alguna ilusión, yo no he de cesar de amaros.» «Pues bien—replicó ella—, una vez que con tanta porfía queréis continuar con vuestra pretensión, hallaréis de aquí en adelante cerrada mi puerta, y así, os prohibo y os mando que jamás os presentéis a mi vista.»

Acaso se creerá que en virtud de esto, turbado y confuso don Valerio de lo que acababa de oír, se retiró cortésmente; pero sucedió todo lo contrario, pues se hizo más importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos. El caballero suplicó, suspiró, y pasando repentinamente de los ruegos a la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podía obtener de otro modo; pero la señora, rechazándole con valor, le dijo irritada: «¡Detente, temerario! Voy a refrenar tu loco amor: sabe que eres hijo mío.»

Atónito don Valerio de oír semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurriendo que Inesilla decía aquello para librarse de su solicitud, le respondió: «¡Vos inventáis esa fábula para huir de mis

deseos!» «¡No, no!—interrumpió ella—. Te revelo un secreto que siempre te hubiera ocultado si no me hubieras reducido a la necesidad de declarártelo. Veintiséis años hace que amaba a don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros amores. Te reconoció, te hizo criar con cuidado, y además de que no tenía otro hijo, tus buenas prendas le estimularon a dejarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado; luego que te vi ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte a mi casa para inspirarte aquellos modales corteses que son tan necesarios en una persona fina y que sólo las mujeres pueden enseñar a los caballeros mozos. Y aun he hecho más: he empleado todo mi valimiento para colocarte en casa del primer ministro; en fin, me he interesado por ti como debía hacerlo por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas; si puedes purificar tus sentimientos y mirarme sólo como a una madre, no te echaré de mi presencia y te amaré tan tiernamente como hasta aquí; pero si no eres capaz de hacer este esfuerzo, que la razón y la naturaleza exigen de ti, huye al momento y líbrame del horror de verte.»

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba don Valerio un triste silencio. Nadie hubiera dicho sino que llamaba en su auxilio a la virtud para vencerse a sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio y preparaba a su madre un espectáculo muy diverso, porque viendo que era insuperable el obstáculo que se oponía a su felicidad, se rindió cobardemente a la desesperación, y sacando la espada se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al tebano le cegó el dolor de haber consumado el crimen, y el castellano, al contrario, se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado don Valerio no murió al instante; tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al Cielo perdón de haberse quitado la vida a sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no había echado en olvido la relación que escribí del incendio ni el elogio que de mí se le había hecho, me eligió para substituir a este joven.

* * *

# Capítulo II

**Presentan a Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer y queda gustoso de él.**

Monteser me participó esta agradable noticia, diciéndome: «Amigo Gil Blas, siento os separéis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seáis sucesor de don Valerio. Haréis fortuna si seguís dos consejos que voy a daros: el primero es que os mostréis tan adicto a su excelencia que no dude que le profesáis el mayor afecto, y el segundo, que hagáis la corte a don Rodrigo Calderón, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si tenéis la dicha de agradar a este secretario favorito, me atrevo a aseguraros con certidumbre que subiréis mucho en poco tiempo.»

Di las gracias a don Diego por sus saludables consejos y le dije: «Hágame usted el favor de explicarme el carácter de don Rodrigo, porque he oído decir que es un sujeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fío de las pinturas que suele hacer de las personas que están en el candelero. Sírvase usted, pues, decirme lo que piensa del señor Calderón.» «Asunto es delicado—me respondió el

apoderado con una sonrisa maligna—. A cualquier otro le diría sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podría decir sino bien; pero con vos quiero ser franco, porque, además de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de don Rodrigo, pues os he avisado que debéis guardarle miramientos; de otro modo, no haría mas que serviros a medias. Ya sabéis, pues—prosiguió—, que era un simple criado de su excelencia cuando todavía no era éste más que don Francisco de Sandoval y que por grados ha llegado a ser su primer secretario. No se ha visto nunca hombre más vano. Jamás corresponde a las cortesías que se le hacen, a no precisarle a ello razones muy poderosas. En una palabra, él se considera como un compañero del duque de Lerma, y en realidad podría decirse que participa de la autoridad del primer ministro, pues que le hace conferir los gobiernos y los empleos a quien se le antoja. El público, frecuentemente, murmura de ello, mas él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, le importa muy poco la censura pública. Por lo que acabo de decir conoceréis—añadió don Diego—cómo debéis portaros con un hombre tan altanero.» «¡Oh! ¡Bien está! ¡Déjeme usted a mí! ¡Muy mal han de andar las cosas para que no me estime! Cuando se conoce el flaco de un hombre a quien se intenta agradar es preciso ser poco diestro para no conseguirlo.» «Siendo así—repuso Monteser—, voy a presentaros ahora mismo al duque de Lerma.»

Al instante pasamos a casa del ministro, a quien encontramos dando audiencia en una gran sala, en donde había más gente que en palacio. Allí vi comendadores y caballeros de Santiago y de Calatrava, que solicitaban gobiernos y virreinatos; obispos que, siendo sus diócesis contrarias a su salud, querían ser arzobispos nada más que por mudar de aires; y también

muy buenos religiosos, dominicos y franciscanos, que pedían con toda humildad mitras; vi también oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitán Chinchilla, esto es, que se consumían esperando una pensión. Si el duque no satisfacía los deseos de todos, recibía a lo menos con agrado sus memoriales, y advertí que respondía muy cortésmente a los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara a todos los pretendientes. Entonces don Diego le dijo: «Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, a quien vuestra excelencia ha elegido para ocupar el empleo de don Valerio.» Miróme el duque y me dijo con mucha afabilidad que lo tenía merecido por los servicios que le había hecho. Me hizo después entrar en su despacho para hablarme a solas, o más bien para formar juicio de mi talento por mi conversación. Quiso saber quién era yo y la historia de mi vida, diciéndome se la contase fielmente. ¡Qué relación tan larga la que se me pedía! Mentir a un primer ministro de España no era regular, y, por otra parte, había tantos pasajes que podían ajar mi vanidad, que no sabía cómo resolverme a hacer una confesión general. ¿Cómo salir de este apuro? Adopté el partido de disimular la verdad en aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de decirla desnuda; pero a pesar de todo mi artificio no dejó de percibirla. «Señor de Santillana—me dijo sonriéndose al fin de mi narración—, a lo que veo, usted ha sido un si es no es travieso.» «Señor—le respondí sonrojado—, vuestra excelencia me ha mandado sea sincero y le he obedecido.» «Yo te lo agradezco—replicó—. Veo, hijo mío, que te has librado de los peligros a poca costa; extraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente. ¡Cuántos hombres de bien se pervertirían si la fortuna los pusiera a semejantes pruebas! Amigo Santillana—continuó

el ministro—, no te acuerdes más de lo pasado; piensa solamente en que ahora sirves al rey y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme, que voy a decirte en qué te has de ocupar.» Dicho esto, el duque me llevó a un cuarto inmediato a su despacho, donde tenía sobre varios estantes unos veinte libros de registro en folio muy gruesos. «Aquí—me dijo—has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reinos y principados de la Monarquía española. Cada libro contiene, por orden alfabético, un resumen de la historia de todos los hidalgos del reino, en la que se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al Estado, como también los lances de honor que les han ocurrido. También se hace mención de sus bienes, de sus costumbres, y, en una palabra, de todas sus buenas o malas cualidades; de modo que cuando piden algunas gracias al Gobierno, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo sujetos asalariados en todas partes, que procuran averiguarlo e instruirme enviándome sus informes; pero como éstos son difusos y están llenos de modismos provinciales, es necesario extractarlos y pulirlos, porque el rey quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.»

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un informe, que me entregó, y me dejó en mi cuarto para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el papel, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino también de encono, no obstante ser su autor un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, denigraba sin piedad a una familia catalana, y sabe Dios si decía la verdad. Juzgué leer un libelo infamatorio, y, por tanto, escrupulicé trabajar en él.

Temía hacerme cómplice de una calumnia. No obstante, aunque recién introducido en la corte, pasé por alto el mal o bien obrar del religioso, y dejando a su cargo toda la iniquidad, si la había, principié a deshonrar en bellas frases castellanas a dos o tres generaciones que acaso serían muy honradas. Ya había compuesto cuatro o cinco páginas, cuando, deseoso el duque de saber qué tal me portaba, volvió y me dijo: «Santillana, enséñame lo que has hecho, que quiero verlo.» Al mismo tiempo pasó la vista por mi escrito y leyó el principio con mucha atención. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. «Aunque estaba tan inclinado a tu favor—me dijo—, te confieso que has excedido a lo que esperaba de ti. No solamente escribes con toda la propiedad y precisión que yo quiero, sino que además encuentro tu estilo fluido y festivo. Bien me acreditas el acierto que he tenido en escoger tu pluma y me consuelas de la pérdida de tu predecesor.» El ministro no hubiera limitado a esto mi elogio si a este tiempo no hubiera venido a interrumpirle su sobrino el conde de Lemos. Su excelencia le dió muchos abrazos y le recibió de un modo que me hizo entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para tratar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré y del que estaba el duque entonces más ocupado que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí dar las doce. Como sabía que los secretarios y covachuelistas dejaban a esta hora el bufete para ir a comer adonde querían, dejé en aquel estado mi ensayo y salí para ir, no a casa de Monteser, porque ya me había pagado mis salarios y despedido, sino a la más famosa hostería del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenía a mi persona. *¡Piensa que ahora sirves al rey!* Estas palabras, que el duque me había dicho, se me venían sin cesar a la memoria y eran otras

tantas semillas de ambición que fermentaban por momentos en mi ánimo.

*  *  *

# Capítulo III

**Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva y de la conducta que se vió obligado a guardar.**

Al entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hostelero que era yo un secretario del primer ministro, y, como tal, no sabía qué mandarle que me trajese de comer. Temía pedir cosa que oliese a estrechez, y así, le dije me diese lo que le pareciera. Me regaló muy bien y me hizo servir como a persona de distinción, lo que me llenó más que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblón y cedí a los criados lo que debían volverme, que sería a lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad y tiesura, en ademán de un joven muy pagado de su persona.

A veinte pasos había una gran posada de caballeros, en donde de ordinario se hospedaban señores extranjeros. Alquilé un aposento de cinco o seis piezas, con buenos muebles, como si ya tuviese dos o tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Después de esto volví a mi tarea y empleé toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata a la mía estaban otros dos secretarios; pero éstos no hacían más que poner en limpio lo que el mismo duque les

daba a copiar. Desde la misma tarde, al retirarnos, me hice amigo de ellos, y para granjear mejor su amistad los llevé a casa de mi hostelero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecía la estación y los vinos más delicados y estimados en España.

Sentámonos a la mesa y empezamos a conversar con más alegría que entendimiento, porque, sin hacer agravio a mis convidados, conocí desde luego que no debían a sus talentos los empleos que ocupaban en su secretaría. Eran hábiles, a la verdad, en hacer hermosa letra redonda y bastardilla, pero no tenían la menor tintura de las que se enseñan en las Universidades.

En recompensa, sabían con primor lo que les tenía cuenta, y me dieron a entender que no estaban tan embriagados con el honor de estar en casa del primer ministro, que no se quejasen de su estado. «Cinco meses ha que servimos—decía uno—a nuestra costa. No nos pagan el sueldo, y lo peor es que está por arreglar y no sabemos bajo qué pie estamos.» «Por lo que hace a mí—decía el otro—, quisiera haber recibido veinte zurriagazos en lugar de sueldo, con tal que me dejasen la libertad de tomar otro destino, porque después de las cosas secretas que he escrito no me atrevería a retirarme de mi propio motivo ni a pedir licencia para ello. ¡Bien puede ser que fuese a ver la torre de Segovia o el castillo de Alicante!»

«Pues ¿cómo hacen ustedes para mantenerse?—les dije—. Sin duda tendrán hacienda.» Me respondieron que muy poca, pero que, por fortuna, vivían en casa de una viuda honrada, que les fiaba y daba de comer a cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversación, de la cual no perdí palabra, bajó al punto mis humos altaneros. Me figuré que seguramente no se tendría conmigo más atención que con los otros; que,

por consiguiente, no debía estar tan satisfecho de mi empleo, que era menos sólido de lo que yo había creído, y que, en fin, debía economizar mucho el bolsillo. Estas reflexiones me sanaron de la furia de gastar. Principié a arrepentirme de haber convidado a aquellos secretarios y a desear se acabase la comida, y cuando llegó el caso de pagar la cuenta tuve una disputa con el hostelero sobre su importe.

Separámonos a media noche, porque no les insté a que bebieran más. Ellos se marcharon a casa de su viuda y yo me retiré a mi soberbia habitación, lleno de rabia de haberla alquilado y prometiendo de veras dejarla al fin del mes. A pesar de que me acosté en una buena cama, mi desazón me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no servir de balde al rey, y me atuve sobre este particular a los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir a cumplimentar a don Rodrigo Calderón, hallándome entonces en la mejor disposición para presentarme a un hombre tan altivo y de cuyo favor bien conocía yo que necesitaba; y, con efecto, pasé a casa de este secretario.

Su vivienda tenía comunicación con la del duque de Lerma y era igual a ella en magnificencia. No hubiera sido fácil distinguir por los muebles al amo del criado. Dije le entrasen recado de que estaba allí el sucesor de don Valerio, pero esto no impidió me hiciesen esperar más de una hora en la antesala. «¡Señor nuevo secretario—me decía yo en este tiempo—, tenga usted paciencia si gusta! ¡A usted le harán morder el ajo antes que usted se lo haga morder a otros!»

Al fin abrieron la puerta del cuarto. Entré y me acerqué a don Rodrigo, que acababa de escribir un billete amoroso a su sirena encantadora y se lo estaba entregando en aquel momento a Perico. No me había presentado al

arzobispo de Granada, al conde Galiano ni aun al primer ministro con tanto respeto como ante el señor Calderón. Le saludé bajando la cabeza hasta el suelo y le pedí su protección en términos de que no puedo acordarme sin rubor; tan llenos estaban de sumisión. En el ánimo de otro menos vano que él no me hubiera hecho ningún favor mi bajeza; pero a él le agradaron mucho mis rastreros rendimientos y me respondió con bastante cortesía que no malograría ninguna ocasión en que pudiera servirme.

Sobre esto le di gracias con grandes demostraciones de celo por la inclinación favorable que me manifestaba y le aseguré de mi eterno reconocimiento; después, temiendo incomodarle, salí, suplicándole me perdonase si había interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que di este paso tan indecoroso me retiré a mi despacho y concluí la obra que se me había encargado. El duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio, me dijo: «Esto está muy bueno. Escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña y, concluído, toma de la bolsa otro informe, que pondrás en orden del mismo modo.» Tuve una conversación bastante larga con su excelencia, cuyo modo afable y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia entre él y Calderón! Eran dos personas que contrastaban singularmente.

Aquel día me fuí a una hostería en donde se comía a precio fijo, y resolví ir allí de incógnito todos los días hasta ver el efecto que producían mi respeto y sumisión. Tenía yo dinero para tres meses a lo más y me prescribí este término para trabajar a costa de quien hubiese lugar, proponiéndome (siendo las locuras más cortas las mejores) abandonar,

pasado este término, la corte y su oropel si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al señor Calderón; pero hizo tan poco caso de todo lo que yo practicaba para conseguirlo, que perdí las esperanzas. Mudé de conducta con respecto a él, cesé de hacerle la corte y sólo pensé en aprovecharme de los momentos de conversación con el duque.

* * *

# Capítulo IV

**Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confía un secreto de importancia.**

Aunque su excelencia me veía todos los días por un instante, sin embargo pude granjearle insensiblemente la voluntad en tales términos que un día, después de comer, me dijo: «Escucha, Gil Blas, sabe que me agrada tu ingenio y que te estimo. Eres un mozo celoso, fiel, muy inteligente y callado, y así, me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza.» A estas palabras me arrojé a sus pies, y después de haberle besado respetuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le respondí: «¡Es posible que se digne vuestra excelencia honrarme con un favor tan grande! ¡Cuántos enemigos secretos me van a suscitar vuestras bondades! Pero sólo temo el rencor de una persona, que es don Rodrigo Calderón.» «Nada tienes que temer de él—respondió el duque—. Yo le conozco; desde su niñez me ha querido, y puedo decir que sus sentimientos son tan conformes con los míos, que quiere todo lo que me gusta, así como aborrece todo cuanto me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversión, debes, al contrario, contar con su amistad.» Por aquí conocí lo astuto que era el señor don Rodrigo, que había conquistado el

ánimo de su excelencia, y que yo debía procurar estar muy bien con él.

«Para principiar—prosiguió el duque—a ponerte en posesión de mi confianza, voy a descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él a fin de que procures desempeñar los encargos que pienso darte en adelante. Hace mucho tiempo que veo mi autoridad generalmente respetada, que mis órdenes se obedecen ciegamente y que dispongo a mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, virreinatos, beneficios, y aun me atrevo a decir que reino en España. Mi fortuna no puede llegar a más; pero quisiera preservarla de las borrascas que empiezan a amenazarla, y a este efecto desearía me sucediese en el ministerio el conde de Lemos, mi sobrino.»

Habiendo advertido el ministro que este último punto me había sorprendido en extremo, me dijo: «Veo bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino a mi propio hijo el duque de Uceda; pero has de saber que éste es de cortísimos alcances para ocupar mi puesto y que además soy su enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agradar al rey y que éste quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece a la posesión de una mujer a quien se adora; es ésta una felicidad tan envidiable, que nadie quiere que un rival tenga parte en ella, por más que le unan a él los lazos de la sangre y de la amistad. En esto te manifiesto—continuó—lo íntimo de mi corazón. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del rey al duque de Uceda, y no habiendo podido conseguirlo, he levantado otra batería: quiero que el conde de Lemos, por su parte, se granjee la estimación del príncipe de España. Siendo gentilhombre de cámara con destino a su cuarto, tiene ocasión de hablarle a cada paso, y además de que tiene talento, yo sé un

medio de hacerle lograr esta empresa. Con esta estratagema, contraponiendo mi hijo a mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que los obligará a ambos a buscar mi apoyo, y esta necesidad que tendrán de mí hará me estén uno y otro sumisos. Ve aquí cuál es mi proyecto—añadió—, y tu mediación no me será inútil en él. Te enviaré a hablar secretamente al conde de Lemos, y me contarás de su parte lo que tenga que participarme.»

Después de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. «¡En fin—decía yo—, heme aquí colocado en una situación que me promete montes de oro! Porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la Monarquía española no se halle bien presto colmado de riquezas.» Poseído de tan dulce esperanza, veía con indiferencia apurarse mi pobre bolsillo.

* * *

# Capítulo V

**En el que se verá a Gil Blas lleno de gozo, de honra y de miseria.**

Bien presto se echó de ver el favor que yo merecía al ministro, y él mismo lo daba a entender públicamente entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba antes llevar su excelencia mismo cuando iba a despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, excitó la envidia de muchos y me atrajo bastantes cumplimientos de corte. Los dos oficiales, mis inmediatos, no fueron los últimos a felicitarme sobre mi próxima elevación y me convidaron a cenar en casa de su viuda, no tanto por correspondencia cuanto con la mira de tenerme obligado a su favor para en adelante. Me veía obsequiado por todas partes, y hasta el orgulloso Calderón mudó de modales conmigo. Ya me llamaba *señor de Santillana*, cuando hasta entonces me había tratado siempre de vos, sin haber empleado jamás el tratamiento de *usted*. Se me mostraba muy propicio, especialmente cuando pensaba que nuestro favorecedor podía notarlo, pero aseguro que no trataba con ningún tonto. Yo correspondía a sus atenciones con tanta más urbanidad cuanto más le aborrecía. No se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

También acompañaba al duque mi señor cuando iba a palacio, que por

lo regular era tres veces al día; por la mañana entraba en el cuarto de su majestad cuando ya estaba despierto, se ponía de rodillas junto a la cabecera de su cama, hablábale de lo que había su majestad de hacer en el día y le dictaba las cosas que había de decir, con lo que se retiraba. Después de comer volvía, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres; le divertía contándole todos los lances graciosos que ocurrían en Madrid, los cuales era siempre el primero que los sabía, porque tenía personas pagadas a este efecto; y, en fin, iba por la noche la tercera vez a ver al rey, le daba cuenta como le parecía de lo que había hecho en el día y le pedía por ceremonia sus órdenes para el día siguiente. Mientras estaba con su majestad, yo me quedaba en la antecámara, en donde había personas distinguidas dedicadas a solicitar la protección de la Corte, que anhelaban mi conversación y se vanagloriaban de que yo me dignara concedérsela. En vista de esto, ¿cómo podría yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la corte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un día tuve mayor motivo para envanecerme. El rey, a quien el duque había hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. Su excelencia me hizo tomar el registro de Cataluña, llevóme a presencia del monarca y me mandó leyese el primer extracto que había formado. Si la presencia del soberano me turbó al pronto, la del ministro me animó inmediatamente, y leí mi obra, que su majestad oyó con agrado y tuvo la bondad de asegurar que estaba satisfecho de mí y aun la de encargar a su ministro cuidase de mis ascensos, todo lo cual en nada disminuyó el orgullo de que yo ya estaba poseído, y la conversación que tuve pocos días después con el conde de Lemos acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fuí un día a buscar a este señor de parte de su tío al cuarto del príncipe y le presenté una carta credencial, en la que el duque le aseguraba podía hablarme con confianza, como que estaba enterado del asunto que tenía entre manos y escogido para mensajero de ambos. El conde, así que leyó la esquela me condujo a un cuarto, donde nos encerramos solos, y allí aquel caballero joven me habló en estos términos: «Supuesto que usted ha logrado la confianza del duque de Lerma, no dudo que la merecerá ni tengo dificultad en hacer a usted depositario de la mía. Sabrá usted, pues, que las cosas van a pedir de boca; el príncipe de España me distingue entre todos los señores de su servidumbre que estudian el modo de agradarle. Esta mañana he tenido una conferencia con su alteza, en la que me ha parecido estar disgustado de verse, por la mezquindad del rey, sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazón y aun de hacer un gasto correspondiente a un príncipe. Yo le he manifestado cuánto lo sentía, y aprovechándome de la ocasión, he ofrecido llevarle mañana, cuando se levante, mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré sin tardanza. Mi oferta le ha complacido mucho y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id—añadió—, noticiad a mi tío estos pormenores y volved esta tarde a decirme su sentir acerca de ello.»

Luego que concluyó, me despedí de él y pasé a dar parte al duque de Lerma, quien, oído mi recado, envió a pedir a Calderón mil doblones, de que me hice cargo aquella tarde y fuí a llevárselos al conde, diciendo entre mí: «¡Bueno, bueno! ¡Ahora veo claramente cuál es el medio infalible de que se vale el ministro para salir con su intento! ¡Pardiez que tiene razón, y según todas las señales, estas prodigalidades no le arruinarán! Fácilmente

adivino de qué cofre saca estos hermosos doblones; pero bien considerado, ¿no es razón que el padre sea quien mantenga al hijo?» Al separarme del conde de Lemos me dijo en voz baja: «¡Adiós, nuestro amado confidente! El príncipe de España es un poco inclinado a las damas y será necesario que tú y yo tratemos de este punto en la primera ocasión, porque preveo que muy presto necesitaré de tu ministerio.» Me retiré reflexionando en estas palabras, que a la verdad no eran ambiguas y que me llenaban de satisfacción. «¿Cómo diablos es esto?—decía yo—. ¿Si estaré próximo a ser el Mercurio del heredero de la Monarquía?» Yo no examinaba si esto era bueno o malo, porque la claridad del galán ofuscaba mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser agente de los placeres de un gran príncipe! «¡Oh! ¡Poco a poco, señor Gil Blas!—se me dirá—. No se trataba en cuanto a vos más que de haceros un agente subalterno.» Convengo en ello; pero en substancia, estos dos empleos son de tanto honor uno como otro. Solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantando más de día en día en la gracia del primer ministro y con tan lisonjeras esperanzas, ¡qué feliz no habría yo sido si la ambición me hubiera preservado del hambre! Ya hacía más de dos meses que había dejado mi aposento magnífico y ocupaba un cuarto pequeño en una de las posadas de caballeros más económicas. Aunque esto me causaba sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salía de madrugada y no volvía hasta la noche a la hora de acostarme. Todo el día estaba en mi teatro, es decir, en casa del duque, en donde hacía el papel de señor; pero cuando me retiraba a mi cuartito desaparecía el señor y sólo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero y, lo peor de todo, sin tener de qué hacerle. Además de que yo era demasiado orgulloso para descubrir a

alguno mis necesidades, a nadie conocía que pudiese socorrerme sino a Navarro, a quien no me atrevía a recurrir por haber hecho poco caso de él desde que me había introducido en la Corte. Me vi precisado a vender mis vestidos uno a uno, sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba, y ya no iba a la hostería por no tener con qué pagar mi manutención. Mas ¿qué hacía yo para subsistir? Voy a decirlo. Todas las mañanas nos traían a la oficina para desayunarnos un panecillo y un traguito de vino; esto era cuanto nos hacía dar el ministro. Yo no comía más en todo el día y comúnmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte y que debía causar más lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir a mi miseria, me determiné por último a descubrírsela con maña al duque de Lerma si encontraba ocasión. Por fortuna, se presentó ésta en El Escorial, adonde el rey y el príncipe de España fueron algunos días después.

* * *

# Capítulo VI

**Qué modo tuvo Gil Blas de dar a conocer su pobreza al duque de Lerma y cómo se portó con él este ministro.**

Cuando el rey estaba en El Escorial mantenía a toda la comitiva, de modo que allí no sentía yo el peso de la miseria. Dormía en una recámara cerca del cuarto del duque. Una mañana, habiéndose levantado el ministro, según su costumbre, al romper el día, me hizo tomar algunos papeles con recado de escribir y me dijo le siguiese a los jardines de palacio. Nos sentamos debajo de unos árboles, en donde, por orden suya, me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y su excelencia aparentaba leer un papel que tenía en la mano. Desde lejos parecía que estábamos ocupados en negocios muy graves, y, a la verdad, sólo hablábamos de bagatelas, porque a su excelencia no le disgustaban.

Ya hacía más de una hora que le divertía con todas las agudezas que me sugería mi humor jocoso, cuando vinieron a plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrían con su sombra. Comenzaron a charlar con tanta algazara que nos llamaron la atención. «Estas aves—dijo el duque—parece que riñen, y me alegraría saber el asunto de su pendencia.» «Señor—le dije—, la curiosidad de vuestra excelencia me trae a la memoria una fábula

indiana que leí en Pilpai o en otro autor fabulista.» El ministro me preguntó qué fábula era ésta y se la conté en estos términos:

«En cierto tiempo reinaba en Persia un buen monarca que, no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus Estados, dejaba este cuidado a su gran visir. Este ministro, llamado Atalmuc, tenía un gran talento. Sostenía sin fatiga el peso de aquella vasta Monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseía también el arte de hacer amable y respetable la autoridad real en términos que los vasallos hallaban un padre afectuoso en un visir fiel a su monarca. Atalmuc tenía entre sus secretarios un joven cachemiriano llamado Zangir, a quien estimaba más que a los otros y con cuya conversación se complacía, llevándole consigo a la caza y descubriéndole hasta sus más íntimos secretos. Un día que andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo a su secretario: «Me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua.» «Señor—le respondió el cachemiriano—, vuestros deseos se pueden satisfacer.» «¿Y cómo?», dijo Atalmuc. «Habéis de saber, señor—respondió Zangir—, que un dervís cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseáis, yo escucharé a estos cuervos y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oído.»

»Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano a los cuervos y haciendo como que los escuchaba atentamente, volvió después a su amo y le dijo: «Señor, ¿podríais creerlo? Nosotros somos el asunto de su conversación.» «¡Eso no es posible!—exclamó el ministro persiano—. ¿Pues qué dicen de nosotros?» «Uno de ellos—replicó el secretario—ha dicho: «Ve aquí al mismo gran visir, a esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido y que se desvela sin cesar por su conservación.

Para descansar de sus penosas tareas, viene a cazar a este bosque con su fiel Zangir. ¡Qué dichoso es este secretario en servir a un amo que le hace mil favores!». «¡Poco a poco!—interrumpió el otro cuervo—. ¡Poco a poco! ¡No ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano! Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza, y tampoco pongo duda en que tendrá intención de darle algún día un empleo importante, pero entretanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo más necesario; en una palabra, pasa una vida miserable, sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir no cuida de saber si tiene o no con qué vivir, y, contentándose con tenerle afecto, le deja entregado a la miseria.»

Aquí cesé de hablar, para ver cómo se explicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose qué impresión había hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc y si aquel gran visir se había ofendido del atrevimiento de su secretario. «No, señor—le respondí, algo turbado de su pregunta—; la fábula dice, al contrario, que le colmó de beneficios.» «Fué fortuna—replicó el duque con seriedad—, porque hay ministros que no llevarían a bien se les diesen semejantes lecciones. Pero—añadió, cortando la conversación y levantándose—creo que el rey no tardará mucho en despertar. Mi obligación me llama a su lado.» Dicho esto, se encaminó muy de prisa hacia palacio, sin hablarme más, y, a lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguíle hasta la puerta del cuarto de su majestad y después fuí a poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los había tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes, que

también habían ido a la jornada. «¿Qué tiene usted, señor de Santillana?—dijeron al verme—. ¡Usted está muy demudado! ¡A usted le ha sucedido algún lance pesaroso!»

Yo estaba demasiado impresionado del mal efecto de mi apólogo para ocultarles la causa de mi aflicción, y así, les conté las cosas que había dicho al duque y se manifestaron sensibles a la gran pesadumbre de que les parecí poseído. «Tiene usted razón para estar desazonado—me dijo uno de ellos—. Su excelencia toma algunas veces las cosas al revés.» «Esa es mucha verdad—dijo el otro—. ¡Quiera Dios que sea usted mejor tratado que lo fué un secretario del cardenal Espinosa, que, cansado de no haber recibido nada en quince meses que le tenía empleado su eminencia, se tomó un día la libertad de manifestarle sus necesidades y de pedir algún dinero para mantenerse! Razón es—le dijo el ministro—que se os pague. Tomad—prosiguió, dándole una libranza de mil ducados—, id a la Tesorería real a recibir este dinero; pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido a vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado de ser despedido si después de recibir los mil ducados le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal le prendió un alguacil y le condujo a la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.»

Este hecho histórico aumentó mi temor de modo que me contemplé perdido, y no hallando consuelo, empecé a reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. «¡Ay de mí!—decía—. ¿Para qué me habré yo aventurado a relatar aquella desgraciada fábula que ha desagradado al ministro? Acaso iría ya a sacarme de mi apuro y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que

asombran. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debía haber mirado que hay grandes que no gustan se les advierta nada y que hasta las más leves cosas que tienen obligación de dar quieren sean recibidas como gracias. ¡Mejor me hubiera estado continuar con mi dieta, sin manifestar nada al duque, y aun dejarme morir de hambre, para echarle a él toda la culpa!»

Aunque hubiera conservado alguna esperanza, mi amo, a quien vi por la siesta, me la habría desvanecido enteramente. Su excelencia se mostró, contra su costumbre, muy serio conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del día me causó una inquietud mortal, sin que en la noche estuviese más tranquilo. La desazón de ver desaparecerse mis agradables ilusiones y el temor de aumentar el número de los presos de Estado sólo me permitieron suspirar y lamentarme.

El día siguiente fué el día de crisis. El duque me hizo llamar aquella mañana. Entré en su cuarto más azorado que un reo que va a ser juzgado. «Santillana—me dijo alargándome un papel que tenía en la mano—, toma esta libranza...» Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre mí: «¡Oh, Cielos, aquí tenemos al cardenal Espinosa! ¡El carruaje está prevenido para Segovia!» El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal, que interrumpí al ministro y, arrojándome a sus pies, le dije anegado en llanto: «¡Señor, suplico a vuestra excelencia muy humildemente perdone mi atrevimiento! ¡La necesidad me obliga a dar a entender a vuestra excelencia mi miseria!»

El duque no pudo dejar de reírse al ver mi turbación. «Consuélate, Gil Blas—me respondió—, y óyeme. Aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tomo a mal, amigo

mío; antes bien, me atribuyo el mal a mí mismo por no haberte preguntado de qué te mantenías. Mas para empezar a enmendar este descuido, te doy una libranza de mil quinientos ducados, los cuales te entregarán a la vista en la Tesorería real. No es esto solo: lo mismo te prometo todos los años, y además te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu protección.»

En el impulso de gozo que me causaron estas palabras, besé los pies al ministro, quien, habiéndome mandado levantar, siguió hablando conmigo familiarmente. Por mi parte, quise recobrar mi buen humor, pero no me fué posible pasar con tanta rapidez de la pena a la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que oye gritar perdón en el instante que creía recibir el golpe mortal. Mi amo atribuyó mi agitación a sólo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prisión perpetua no tuvo en ello menos parte, y me confesó que había aparentado tibieza para ver si yo sentía mucho su mudanza; que mi sentimiento le había hecho conocer la inclinación que le tenía, por lo que él también me apreciaba más.

* * *

# Capítulo VII

**De lo bien que empleó sus mil quinientos ducados; del primer negocio en que medió y del provecho que sacó de él.**

El rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el día siguiente a Madrid. Fuí volando a la Tesorería real, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libramiento. Es de admirar que no se le trastorne el juicio a un mendigo que pasa prontamente de la miseria a la opulencia. Yo mudé así que varié de suerte y no escuché más que a mi ambición y a mi vanidad. Dejé mi miserable posada de caballeros para los secretarios que aun no habían aprendido el lenguaje de los pájaros, y por segunda vez alquilé mi hermosa vivienda, que por fortuna estaba desocupada. Envié a buscar un sastre famoso que vestía a casi todos los elegantes; me tomó la medida y me llevó a casa de un mercader, de donde sacó seis varas de paño que decía se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Seis varas de paño para un vestido a la española! ¡Adónde vamos a parar! Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres afamados siempre necesitan más que los otros. Compré además ropa blanca, que me hacía gran falta, medias de seda y un sombrero de castor con galón de oro.

Después de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué a

Vicente Foreto, mi huésped, me buscase uno de su satisfacción. Los más de los extranjeros que alojaban en su casa solían, luego que llegaban a Madrid, recibir criados españoles, lo que atraía a aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una fisonomía tan apacible y tan devota que no le quise; me parecía ver en él a Ambrosio de Lamela. «Yo no quiero—dije a Foreto—criados que tengan un aspecto tan virtuoso, porque estoy escarmentado de ellos.» Apenas despaché a éste, cuando llegó otro, que me parecía muy despierto, más arriscado que un paje cortesano y, además, un si es no es taimado. Este me agradó. Hícele algunas preguntas, a las que respondió con despejo. Conocí que era travieso y como de molde para mis asuntos. Le recibí y no me pesó de mi elección, antes advertí bien presto que había hecho un buen hallazgo. Como el duque me había permitido le hablase a favor de las personas a quienes deseara servir, y yo estaba en ánimo de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza, es decir, de un hombre astuto que tuviese maña y pudiera escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Cabalmente ésta era la habilidad de Escipión—que así se llamaba mi lacayo—, que había servido a doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en cuya casa la había ejercitado, siendo esta señora una de aquellas que, mirándose con algún valimiento en la Corte, quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté a Escipión que me era posible obtener gracias del rey, salió a campaña, y el mismo día me dijo: «Señor, he hecho un gran descubrimiento: acaba de llegar a Madrid un mozo, caballero granadino, llamado don Rogerio de Rada. Desea la protección de usted para con el duque de Lerma en un negocio de honor y pagará bien el favor que se le

haga. Me he visto con él y quería dirigirse a don Rodrigo, cuyo poder le han ponderado, pero se lo he quitado de la cabeza, haciéndole saber que el secretario vendía sus buenos oficios a peso de oro, en vez de que usted se contentaba con una decente demostración de agradecimiento y que aun haría usted el empeño de balde si su situación le permitiese seguir su inclinación generosa y desinteresada. En fin, le he hablado de modo que mañana por la mañana le tendrá usted aquí de madrugada.» «¡Cómo, pues—le dije—, señor Escipión, usted ha andado ya mucho camino! Conozco que no es usted novicio en materia de manejos y extraño que no esté usted más rico.» «Esto es lo que no debe sorprender a usted—me respondió—; yo no atesoro y quiero que circule el dinero.»

Efectivamente, vino a verme don Rogerio de Rada, a quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad. «Señor mío—le dije—, antes de tomar cartas por usted, quiero saber el negocio de honor que le trae a la corte, porque podría ser tal que no me atreviera a hablar de él al primer ministro. Hágame usted, pues, si gusta, una fiel relación, y crea que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos a su cargo un hombre honrado.» «Con mucho gusto—respondió el granadino—; voy a contar a usted mi historia sinceramente.» Y fué de esta suerte.

* * *

# Capítulo VIII

**Historia de don Rogerio de Rada.**

«Don Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivía dichoso en la ciudad de Antequera con doña Estefanía, su esposa, la que, además de su genio afable y extremada hermosura, poseía una sólida virtud. Si amaba tiernamente a su marido, él la correspondía con extremo. Pero era muy celoso, y aunque no tenía motivo para dudar de la fidelidad de su mujer, no dejaba de vivir inquieto. Temía que algún enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacía desconfiar de sus amigos, menos de don Huberto de Hordales, que entraba libremente en su casa, como primo de Estefanía, siendo a la verdad éste el único hombre de quien debía recelar.

»Efectivamente, don Huberto, sin atender al parentesco que los unía ni a la amistad particular que don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima y tuvo atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento, que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió con suavidad a su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla y deshonrar a su marido y le dijo muy seriamente que no debía esperar el logro de sus designios.

»Esta moderación sólo sirvió para inflamar más al caballero, el cual, imaginando que era necesario arriesgarlo todo con una mujer de este carácter, principió a usar con ella de modales poco atentos, y un día tuvo la avilantez de estrecharla a que satisficiese sus deseos. Ella le rechazó con severidad y le amenazó con que haría que don Anastasio castigase su arrojo. Espantado de la amenaza, el galán ofreció no hablarle más de amor, y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

»Don Huberto, que naturalmente era de mala índole, no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocía a don Anastasio por hombre celoso y capaz de creer todo cuanto él quisiera infundirle; este conocimiento le bastó para idear el más horrible designio que pueda caber en el corazón más malvado. Una tarde que se paseaba sólo con éste débil esposo, le dijo con semblante muy melancólico: «Mi amado amigo, yo no puedo estar más tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os importa más vuestro honor que vuestro reposo; vuestro pundonor y el mío, en punto de ofensas, no me permitan ocultaros lo que pasa en vuestra casa. Preparaos a oír una noticia que os causará tanta aflicción como asombro, porque voy a heriros en la parte más sensible.»

«¡Ya os entiendo—interrumpió don Anastasio todo turbado—, vuestra prima me es infiel!» «¡Yo no la reconozco por prima!—repuso Hordales con aspecto irritado—. ¡La desconozco! ¡Es indigna de teneros por marido!» «¡Eso es demasiado hacerme padecer!—exclamó don Anastasio—. ¡Hablad! ¿Qué ha hecho Estefanía?» «¡Os ha vendido!—prosiguió don Huberto—. Tenéis un rival, a quien recibe de oculto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero, a favor de una

noche obscura, se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña, y de ello estoy seguro. El interés que debo tomar en este asunto os afianza la verdad de mi narración. Cuando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad. Es inútil—continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba—, es ocioso deciros más. Advierto estáis indignado de la ingratitud con que se atreve a pagar vuestro amor y que meditáis una justa venganza; yo no me opondré a ella. No os paréis a considerar cuál es la víctima que vais a sacrificar; mostrad a toda la ciudad que nada hay que no podáis inmolar a vuestro honor.»

»De este modo excitaba el traidor a un esposo demasiado crédulo contra una mujer inocente; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubría si dejaba la ofensa sin castigo, que llegó a encender en cólera a don Anastasio, el cual, perdido el juicio, pareciendo que las furias le agitaban, vuelve a su casa resuelto a dar de puñaladas a su desgraciada esposa. La encuentra que iba a meterse en la cama. Al pronto se contiene, esperando que los criados se retiren. Entonces, sin contenerle el temor de la ira del Cielo ni el deshonor que podría resultar a una honrada familia, ni aun el amor natural que debía tener a la criatura de seis meses de que su mujer estaba embarazada, se acercó a su víctima, y lleno de furor, le dijo: «¡Es preciso que mueras, malvada, y sólo te queda un instante de vida, que mi bondad te deja para que pidas perdón al Cielo del ultraje que me has hecho! ¡No quiero que pierdas tu alma como has perdido el honor!»

»Dicho esto, sacó un puñal. Su acción y expresiones sobresaltaron a Estefanía, la que, echándose a sus pies, le dijo con las manos cruzadas y fuera de sí: «¿Qué tenéis, señor? ¿Qué motivo de disgusto os he dado, por

desgracia mía, para que lleguéis a tal extremo? ¿Por qué queréis quitar la vida a vuestra esposa? ¡Si sospecháis que no os ha sido fiel, mirad que os engañáis!»

«¡No, no!—repuso el irritado celoso—. ¡Estoy muy cierto de vuestra traición! Las personas que me lo han dicho son de todo crédito. Don Huberto...» «¡Ah señor!—interrumpió ella con precipitación—. ¡No debéis fiaros de don Huberto, que no es tan amigo vuestro como pensáis! Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no debéis creerle.» «¡Callad, infame!—replicó don Anastasio—. Vos misma acreditáis mis sospechas con querer poner mal conmigo a Hordales! ¡No penséis desvanecerlas! Si me lo queréis hacer sospechoso es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisierais destruir su testimonio, pero semejante artificio es inútil y aumenta en mí el deseo que tengo de castigaros.» «¡Amado esposo mío—repitió la inocente Estefanía llorando amargamente—, temed vuestra ciega cólera! ¡Si seguís sus movimientos, cometeréis una acción de que no podréis consolaros cuando reconozcáis la injusticia! ¡Por amor de Dios, aplacad vuestro enojo! A lo menos, esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entonces haréis más justicia a una mujer que no es culpable.»

»A otro que a don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía se hubiera enternecido más con la aflicción de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de ablandarse, le dijo segunda vez que se encomendara a Dios y alzó el brazo para herirla. «¡Detente, bárbaro!—gritó—. ¡Si el amor que me has tenido se ha extinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no alcanzan a hacerte desistir de tu execrable

intento, respeta siquiera a tu propia sangre! ¡No armes tu mano furiosa contra un inocente que aun no ha visto la luz! ¡Tú no puedes ser verdugo sin ofender al Cielo y a la Tierra! ¡Por lo que a mí toca, te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un atentado tan horrible!»

»Por muy determinado que estuviese don Anastasio a no hacer caso de las disculpas de Estefanía, las imágenes espantosas que ofrecieron a su espíritu estas últimas palabras no dejaron de suspenderle, y así, como si hubiese temido que esta emoción paralizase su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba y atravesó con el puñal el costado derecho de su mujer, que, cayendo al punto en tierra, él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa y desapareció de Antequera.

»Entre tanto, aquella desgraciada esposa quedó tan turbada del golpe que había recibido, que permaneció algunos instantes tendida en tierra sin dar señales de vida; pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó a quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servía. Luego que esta buena mujer vió a su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó a los demás criados y a los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes, habiendo registrado la herida, no la tuvieron por peligrosa, sin que errasen en su concepto. Curaron en poquísimo tiempo a Estefanía, quien dió felizmente a luz un hijo tres meses después de aquel cruel suceso; y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

»Aunque la murmuración en ninguna manera reserva la virtud de las mujeres, respetó, no obstante, la de mi madre, y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como arrojo de un marido celoso. Es verdad que mi

padre estaba reputado por hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razón que su prima presumiría que él con sus chismes había trastornado el ánimo de don Anastasio, y satisfecho de haberse a lo menos vengado, cesó de visitarla. Por no cansar a vuestra señoría no me detendré en contar la educación que tuve; solamente diré que mi madre se dedicó principalmente a hacerme enseñar el arte de la esgrima y que me ejercité mucho tiempo en las más célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba mi madre con impaciencia que yo tuviese edad para medir mi espada con la de don Huberto, para enterarme entonces del motivo que tenía para quejarse de él, y viéndome, en fin, ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas y penetrada de un amargo dolor. ¡Qué impresión no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente a Hordales, le conduje a un sitio retirado, en donde, después de un largo combate, le di tres estocadas y cayó en tierra.

»Sintiéndose don Huberto mortalmente herido, fijó en mí sus últimas miradas y me dijo que recibía la muerte de mi mano como justo castigo del delito que había cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que por vengarse del rigor con que le había despreciado tomó la resolución de perderla, y luego expiró, pidiendo perdón de su culpa al Cielo, a don Anastasio, a Estefanía y a mí. No juzgué acertado volver a casa a informar a mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dejé a la fama. Pasé la sierra y llegué a la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salía del puerto, quien, conceptuando que no me faltaba valor, consintió gustoso en que me uniese a los voluntarios que tenía a bordo.

»No tardamos mucho en hallar ocasión de distinguirnos. En las

cercanías de las islas de Alborán encontramos un corsario de Melilla, que volvía hacia las costas de Africa con una embarcación española ricamente cargada, que había apresado en las aguas de Cartagena. Acometimos intrépidamente al africano y nos apoderamos de sus dos bajeles, en los cuales iban ochenta cristianos que conducía esclavos a Berbería, y aprovechando un viento que se levantó y nos era favorable para acercamos a la costa de Granada, llegamos en breve tiempo a Punta de Elena.

»Preguntamos a los cautivos a quienes habíamos libertado de qué parajes eran, y yo hice esta pregunta a un hombre de muy buen aspecto, que podía tener cincuenta años cumplidos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió, sin saber por qué, y también advertí que se turbaba. Díjele: «Yo soy paisano vuestro. ¿Podremos saber vuestra familia?» «¡Ah!—me dijo. ¡No me instéis a que satisfaga vuestra curiosidad si no queréis renovar mi dolor! Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mí sin horror. Usted habrá quizá oído muchas veces hablar de mí. Me llamo don Anastasio de Rada...» «¡Válgame Dios!—exclamé—. ¿Debo creer lo que oigo? ¿Conque usted es don Anastasio? ¿Es, pues, mi padre el que veo?» «¡Qué decís, joven!—exclamó mirándome atónito—. ¿Será posible seáis aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrifiqué a mi furor?» «Sí, padre mío—le dije—, yo soy a quien la virtuosa Estefanía parió tres meses después de la funesta noche en que la dejasteis anegada en su sangre.»

Don Anastasio no esperó a que acabase estas palabras para abrazarme estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos más que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Después de habernos entregado a los tiernos

afectos que semejante encuentro debía inspirar, alzó mi padre los ojos al Cielo para darle gracias de haber salvado la vida a Estefanía; pero, pasado un momento, como si temiese dárselas sin motivo, se dirigió a mí y me preguntó de qué manera se había averiguado la inocencia de su mujer. «Señor—le respondí—, nadie ha dudado jamás de ella sino vos. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que don Huberto fué quien os engañó.» Y entonces le conté toda la perfidia de este pariente, cómo me había vengado de él y lo que me había confesado a morir.

»A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad como el oír las nuevas que le anunciaba. Colmado de alegría, volvió a abrazarme tiernamente y no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. «¡Vamos, hijo mío—me dijo—, tomemos presto el camino de Antequera! ¡No tendré sosiego hasta echarme a los pies de una esposa a quien tan indignamente he tratado, porque, después de conocida mi injusticia, siento crueles remordimientos que despedazan mi corazón!» Deseando yo reunir estas dos personas para mí tan amables, no quise se alargase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no quería exponerse a los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que escuché con aquella atención ansiosa que prestó el príncipe de Itaca a la narración de las del rey su padre. En fin, después de muchas jornadas llegamos al pie del monte más inmediato a Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

»Imagine vuestra señoría la sorpresa de mi madre al ver a un marido

que creía perdido para siempre; y todavía la admiraba más el modo milagroso con que puede decirse le había sido restituído. Pidióle mi padre perdón de su barbarie, con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento que, enternecida mi madre, en lugar de mirarle como a un asesino, vió en él un hombre a quien el Cielo la había sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una mujer virtuosa. Estefanía sintió en extremo mi fuga y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazón. Una hermana de Hordales procedía criminalmente contra el matador de su hermano y me hacía buscar por todas partes, de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó a partir aquella misma noche para la corte, adonde vengo, señor, a solicitar el perdón que espero obtener, puesto que vuestra señoría quiere hablar a mi favor al primer ministro y apoyarme con todo su valimiento.»

El valiente hijo de don Anastasio dió fin aquí a su narración, y yo con mucha gravedad le dije: «¡Basta, señor don Rogerio! El caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto a su excelencia y me atrevo a prometeros su protección.» Sobre esto, el granadino me dió mil gracias, que por un oído me hubiera entrado y por otro salido a no haberme asegurado se seguiría la gratificación al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo día conté este suceso al duque, quien, habiéndome permitido le presentara al caballero, le dijo: «Don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae a la corte. Santillana me ha dicho todas sus circunstancias. Sosegaos. Vuestra acción es disculpable y su majestad gusta de perdonar a los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura fórmula estéis preso, pero vivid seguro de que no lo estaréis largo

tiempo. En Santillana tenéis un buen amigo, que se encargará de lo demás; él acelerará vuestra libertad.»

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué a la cárcel. Su carta de perdón se le expidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez días envié a este nuevo Telémaco a reunirse con su Ulises y su Penélope, en vez de que, si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prisión. De todo esto no saqué más que cien doblones. No fué este lance muy provechoso, pero yo no era todavía un don Rodrigo Calderón para despreciarlo.

* * *

# Capítulo IX

**Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna y de cómo tomó el aire de persona de importancia.**

El asunto que acabo de referir me engolosinó, y diez doblones que di a Escipión por su corretaje le animaron a hacer nuevas investigaciones. Ya dejo celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podía dar el nombre de Escipión el Grande. El segundo penitente que me llevó fué un impresor de libros de caballerías que se había enriquecido a despecho del sano juicio. Este impresor había reimpreso una obra de uno de sus compañeros y le habían embargado la edición. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspección del primer ministro, su excelencia quiso a mi ruego interponer su autoridad. Después del impresor, me trajo a las manos un mercader, y el negocio era el siguiente: un navío portugués había sido apresado por un corsario berberisco y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecían a un mercader de Lisboa, que, habiéndolas reclamado inútilmente, venía a la corte de España a buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por

él y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: «¡Animo, señor de Santillana! ¡Cálcese usted las botas, pues está en camino de adelantar su fortuna!» ¡Oh, no dejaré de hacerlo! Si no me engaño, veo llegar a mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipión. Escuchémosle. «Señor—me dice—, permítame usted le presente a este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la Monarquía de España, con exclusión de cualesquiera otros; es decir, que se prohiba a las personas de su profesión establecerse en los lugares donde esté. Por vía de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio.» Yo dije al charlatán, tomando el aspecto de un protector: «¡Id, amigo mío; vuestra solicitud corre de mi cuenta!» En efecto, pocos días después le saqué un privilegio que le permitía engañar al pueblo exclusivamente en todos los reinos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refrán que dice que «el comer y el rascar todo es empezar». Pero además de que advertía que la codicia iba creciendo en mí a medida que iba adquiriendo riquezas, había logrado de su excelencia con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedirle la quinta. Esta fué el Gobierno de la ciudad de Vera, en la costa de Granada, para un caballero de Calatrava que me ofrecía mil doblones. El ministro se echó a reír viéndome caminar tan de prisa. «¡Vive diez, amigo Gil Blas!—me dijo—. ¡Cómo apretáis! ¡Deseáis vivamente hacer bien al prójimo! Mirad: cuando no se trate más que de bagatelas, no repararé en ello; pero cuando me pidáis Gobiernos u otras

cosas de importancia, os quedaréis enhorabuena con la mitad del provecho y a mí me daréis la otra. No podéis pensar—continuó—el gasto que tengo precisión de hacer ni cuántos arbitrios necesito para mantener la dignidad de mi empleo, porque, a pesar del desinterés que aparento a los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera abandonar mis intereses propios. Sirvaos esto de gobierno.»

Con esta advertencia me quitó mi amo el temor de importunarle, o más bien me excitó a que prosiguiese con mayor empeño, y me sentí aún más sediento de riquezas que antes. Hubiera yo entonces con gusto hecho fijar un cartel que dijese que todos aquellos que quisieran conseguir gracias en la corte no tenían mas que acudir a mí; yo iba por un lado y Escipión por otro buscando ocasiones de servir por dinero. Mi caballero de Calatrava alcanzó el Gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio a un caballero de Santiago. No contento con nombrar gobernadores, concedí hábitos de las Ordenes militares, transformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con famosos títulos de nobleza; quise también que la clerecía participase de mis favores, y así, conferí beneficios cortos, canonjías y algunas dignidades eclesiásticas. En orden a los obispados y arzobispados era el colador de ellos el señor don Rodrigo Calderón, quien además nombraba para las togas, encomiendas y virreinatos, lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los sujetos a quienes nosotros elegíamos para ocupar los puestos de que hacíamos un tráfico tan honorífico no eran siempre los más hábiles ni los más honrados. Sabíamos muy bien que los burlones de Madrid se divertían en este punto a costa nuestra, pero nosotros parecíamos a los avaros, que se consuelan de las

murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razón a la intemperancia y a la locura *compañeras inseparables de los ricos*. Cuando me vi dueño de treinta mil ducados y en disposición de ganar quizá diez tantos más, juzgué me tocaba hacer un papel digno de un confidente del primer ministro; alquilé una casa entera, que hice adornar lujosamente; compré el coche de un escribano, que lo había echado por ostentación y que se deshizo de él por consejo de su panadero. Recibí un cochero, tres lacayos, y como es regular promover a los criados antiguos, ascendí a Escipión al triple honor de mi ayuda de cámara, mi secretario y mayordomo mío. Pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el ministro tuviese a bien que mis criados llevasen su librea. Con esto perdí lo que me restaba de juicio; no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro cuando, a fuerza de haber bebido agua de cominos, se pusieron tan pálidos como su maestro, imaginándose tan sabios como él. Poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Lerma. Se me puso en la cabeza pasaría por tal, y quizá por uno de sus hijos bastardos, cosa que me lisonjeaba extremadamente.

Añádase a esto que quise, como su excelencia, tener mesa de estado, y a este efecto encargué a Escipión me buscase un cocinero, y me trajo uno que podía casi compararse con el del romano Nomentano, de golosa memoria. Abastecí mi cueva de vinos exquisitos, y después de haber hecho las demás provisiones necesarias, principié a convidar gentes. Todas las noches venían a cenar a mi casa algunos de los principales covachuelistas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de Estado. Les tenía muy buena comida y siempre iban bien bebidos. Escipión por su parte—porque tal amo tal criado—también daba mesa en

el tinelo, en donde a costa mía regalaba a sus conocidos. Pero además de que yo quería a este mozo, como él contribuía a hacerme ganar dinero, me parecía tenía derecho para ayudarme a gastarlo, fuera de que yo miraba estas disposiciones como un joven que no reflexiona el daño que se le sigue y sólo considera el honor que le resulta de ellas. Había asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino, con lo que mi caudal se aumentaba cada día, y yo creía tener clavada la rueda de la fortuna.

Sólo faltaba a mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habría ya vuelto de Andalucía, quise tener el gusto de sorprenderle, y a este fin le envié un papel anónimo, en el que le decía que un señor siciliano, amigo suyo, le esperaba a cenar, señalándole día, hora y lugar adonde debía acudir; la cita era en mi casa. Núñez vino a ella y se quedó sumamente admirado cuando supo que yo era el señor extranjero que le había convidado. «¡Sí—le dije—, amigo mío, yo soy el dueño de esta casa! ¡Tengo coche, buena mesa y sobre todo un gran caudal!» «¡Es posible—exclamó con viveza—que te encuentre nadando en la opulencia! ¡Cuánto me alegro de haberte colocado con el conde Galiano! ¡Bien te decía yo que aquel señor era generoso y que no tardaría en acomodarte! Sin duda—añadió—que seguiste el sabio consejo que te di de aflojar algo la rienda al repostero. ¡Sea enhorabuena! Con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.»

Dejé a Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado a casa del conde Galiano, y después, para moderar la alegría que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dije sin omitir circunstancias las señales de agradecimiento con que este señor había pagado lo que le había

servido; pero percibiendo que mi poeta mientras yo le refería estos pormenores cantaba interiormente la palinodia, le dije: «Yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando aquí entre los dos, más motivo tengo de darme el parabién que de lamentarme. Si el conde no se hubiera portado mal conmigo, le habría seguido a Sicilia, en donde todavía le estaría sirviendo esperanzado de un acomodo incierto. En una palabra, no sería confidente del duque de Lerma.»

Estas últimas palabras dejaron tan atónito a Núñez, que por el pronto no pudo desplegar los labios; pero luego, rompiendo de golpe el silencio, me dijo: «¿Es verdad lo que oigo? ¡Que lográis de la confianza del primer ministro!» «La divido—le respondí—con don Rodrigo Calderón, y según las apariencias llegaré más lejos.» «Es verdad, señor de Santillana—replicó—, que me causáis admiración. ¡Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos! ¡Qué talentos se unen en vos! O más bien, para servirme de una expresión a nuestro modo, poseéis un talento universal, es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor—prosiguió—, me alegro mucho de la prosperidad de vuestra señoría.» «¡Oh qué diablos!—interrumpí yo—. ¡Señor Núñez, nada de señor ni señoría! ¡Dejaos de esos tratamientos y vivamos siempre con familiaridad!» «Tienes razón—repitió—. Aunque te hayas enriquecido, no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero—añadió—te confieso mi flaqueza: al oír tu fortuna me ofusqué. Gracias a Dios, pasado mi alucinamiento, no veo en ti más que a mi amigo Gil Blas.»

Nuestra conversación fué interrumpida por cuatro o cinco covachuelistas que llegaron. «Señores—les dije mostrándoles a Núñez—,

ustedes cenarán con el señor don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa y que escribe en prosa como nadie escribe.» Por desgracia, yo hablaba con gentes que hacían tan poco caso de la poesía que dejaron cortado al poeta; apenas se dignaron mirarle. Por más que dijo cosas muy agudas para atraerse su atención, no le escucharon; lo que le picó tanto que, tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada y se sentaron a la mesa sin preguntar siquiera qué se había hecho.

Al siguiente día por la mañana, cuando yo me acababa de vestir y me disponía a salir de casa, el poeta de las Asturias entró en mi gabinete. «Perdóname, amigo mío—me dijo—, si he ofendido a tus covachuelistas; pero, hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Son para mí muy fastidiosos unos hombres tan presumidos y almidonados. ¡No alcanzo cómo tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte a convidados tan estúpidos! Yo quiero desde hoy traerte otros más listos.» «Tendré—le dije—mucha satisfacción en eso, y para ello me fío de tu gusto.» «¡Con razón!—me respondió—. Yo te prometo talentos superiores y de los más entretenidos. Voy de aquí a una casa de vinos generosos, adonde van a reunirse dentro de poco; los apalabraré para que no se comprometan con otro, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.»

Dicho esto me dejó, y por la noche, a la hora de cenar, volvió, acompañado de sólo seis autores, que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos grandes ingenios sobrepujaban a los de Grecia y de Italia, y sus obras—decía él—merecían imprimirse en letras de oro. Recibí a aquellos señores muy atentamente y

aun afecté llenarlos de atenciones, porque la nación de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado a Escipión que la cena fuese abundante, como él sabía la clase de gentes a que debía obsequiar en aquel día, la había dispuesto con profusión.

En fin, nos sentamos a la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron a hablar de sí propios y a alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes y las señoras a quienes agradaba su musa; otro, vituperando la elección que una academia de literatos acababa de hacer de dos sujetos, decía modestamente que debían haberle elegido; los demás discurrían con la misma presunción. Mientras comían, me fastidiaron con trozos de versos y de prosa. Cada uno de ellos recitaba por turno algún pasaje de sus escritos; uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el cuarto, leyendo a su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traducción defiende lo contrario y se arma una disputa, en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas; los disputantes se acaloran y llegan a las injurias. Todo esto era tolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa y andan a cachetes. Fabricio, Escipión, mi cochero, mis lacayos y yo, ¡en qué nos vimos para ponerlos en paz! Cuando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningún perdón de su impolítica.

Núñez, sobre cuya palabra había yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance. «Y bien—le dije—, amigo, ¿me elogiaréis todavía a vuestros convidados? ¡A fe mía que me habéis traído unas gentes bien despreciables! Aténgome a mis covachuelistas. ¡No me

hables más de autores!» «Yo no pienso—me respondió—presentarte otros, pues acabas de ver a los más juiciosos.»

* * *

# Capítulo X

**Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la Corte; del encargo que le dió el conde de Lemos y de la intriga en que este señor y él se metieron.**

Luego que se llegó a saber que yo era privado del duque de Lerma, empecé a tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, a quien daba audiencia al levantarme. Venían a mi casa dos clases de personas: unas, interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras a moverme con súplicas para conseguirles *gratis* lo que pretendían. Las primeras tenían seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En orden a las segundas, me desembarazaba prontamente con excusas, o les entretenía tanto tiempo que les hacía perder la paciencia. Antes de hacer papel en la Corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice más duro que un pedernal, y, de consiguiente, perdí también el cariño a mis amigos y me desnudé de todo el afecto que les tenía. En prueba de esta verdad voy a contar cómo traté en una ocasión a José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenía que agradecer y quien—para decirlo de una vez—era la causa primordial de mi fortuna, vino un día a mi

casa. Después de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sujeto por quien se interesaba era un mozo muy amable y de gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. «No dudo—añadió José—que siendo usted tan bueno y amigo de hacer un favor tendrá gusto en hacer bien a un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de usted. Tengo la seguridad de que me daréis las gracias, porque os proporciono ocasión de ejercer vuestra condición caritativa.» Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba propicio a servirle. «Me alegro—respondí a Navarro—de tener esta ocasión en que poder manifestar a usted mi vivo agradecimiento a cuanto usted ha hecho por mí; me basta que usted se interese por cualquiera y no necesita otra recomendación para decidirme a servirle. Su amigo de usted tendrá el empleo que desea; cuente usted con ello. Este es asunto mío y no de usted.»

Con estas expresiones, José se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, su recomendado se quedó sin empleo, porque lo hice dar a otro por mil ducados que metí en mi gaveta. Preferí tomar este dinero a los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, a quien, con un modo pesaroso, dije cuando nos volvimos a ver: «¡Ah, mi amado Navarro! Usted me habló tarde. Calderón se me anticipó a dar el empleo que usted sabe. Siento en extremo no dar a usted mejor noticia.»

José me creyó de buena fe y nos separamos más amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad, porque no volvió a parecer por

mi casa. En vez de sentir algunos remordimientos de haberme portado tan mal con un amigo verdadero y a quien tanto debía, quedé muy contento. Además de que ya me pesaban los favores que me había hecho, no me pareció conveniente tratar con reposteros en la categoría en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Lemos, de quien hace tiempo no he hablado y al que visitaba algunas veces. Le había llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por orden del duque su tío, del dinero que yo tenía de su excelencia. En este día fué cuando el conde quiso tener una larga conversación conmigo, en la cual me manifestó que al fin había logrado su intento y que enteramente gozaba del favor del príncipe de España, de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, para el cual ya me tenía destinado. «¡Amigo Santillana—me dijo—, vamos, manos a la obra! ¡No dejéis de hacer cuanto podáis para descubrir alguna beldad digna de divertir a este príncipe galán! Entendimiento tenéis; nada más os digo. ¡Id, corred, investigad, y cuando hayáis descubierto una cosa buena, decídmelo!» Ofrecí al conde no omitir diligencia para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy difícil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado a este género de averiguaciones, pero no dudaba que Escipión sería también admirable para el caso. Luego que volví a casa, le llamé y le dije a solas: «Hijo mío, tengo que hacerte un encargo importante. En medio de tanto como sabes me favorece la fortuna, conozco que me falta alguna cosa.» «Fácilmente adivino lo que es—interrumpió sin dejarme acabar lo que quería decirle—; usted necesita una ninfa agradable que le distraiga un poco y le divierta, y, en efecto, es de

maravillar que usted, en la flor de sus días, no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella.» «¡Admiro tu perspicacia!—le dije sonriéndome—. Sí, amigo mío, necesito una dama, pero la quiero venida de tu mano. Mas advierte que soy muy delicado en este negocio; quiero una persona linda y que no tenga malas costumbres.» «Lo que usted desea—interrumpió Escipión sonriéndose—es algo raro; no obstante, estamos, a Dios gracias, en un pueblo en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que usted pretende.»

Efectivamente, a los tres días me dijo: «He descubierto un tesoro: una señorita joven, llamada Catalina, de buena familia y de indecible hermosura. Vive a la sombra de una tía suya, en una casita, en donde subsisten ambas muy decentemente con sus haberes, que no son considerables. La criada que las sirve es conocida mía y acaba de asegurarme que, aunque no dan entrada a nadie, no sería difícil la hallase un galán rico y espléndido, con tal que, para no escandalizar, entrase en su casa sólo de noche y con todo sigilo. En esta inteligencia, le he pintado a usted como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado a la criada se lo proponga a las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como también ir mañana a un sitio determinado a darme la respuesta.» «¡Bravo va el negocio!—le respondí—. Pero temo te engañe la criada.» «¡No, no!—replicó—. ¡No me dejo yo engañar tan fácilmente! He preguntado ya a los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como usted la puede desear; es decir, una Dánae, de quien usted puede ser el Júpiter enviando una lluvia de doblones.»

Sin embargo de la desconfianza que tenía de esta clase de hallazgos, no dejé de aceptar éste, y como la criada al día siguiente avisase a Escipión que

podía presentarme aquella misma noche en casa de sus amas, entre once y doce me entré en ella con mucho sigilo. La criada me recibió a obscuras, me cogió de la mano y me llevó a una sala decente, en donde encontré a las dos señoras airosamente vestidas y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron y me saludaron con tanta finura que me parecieron personas distinguidas. La tía, que se llamaba la señora Mencía, aunque todavía de buen parecer, no atrajo mi atención. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, que me pareció una diosa, y aunque examinada rigurosamente podía decirse que no era una hermosura perfecta, tenía, con todo, tantas gracias, que, añadidas a un rostro atractivo y voluptuoso, ofuscaban y hacían imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos. Olvidé que iba como emisario; hablé en mi propio y privado nombre y me manifesté apasionado. La señorita, cuyo entendimiento yo juzgaba tres veces mayor de lo que realmente era—tan bien me había parecido—, acabó de enamorarme con sus respuestas. Ya principiaba yo a estar fuera de mí, cuando, para moderar la tía mis impulsos, tomó la palabra y me dijo: «Señor de Santillana, voy a hablar a vuestra señoría francamente. Por lo mucho bien que me han dicho de vuestra señoría le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el gran favor que le hago en ello; pero no crea vuestra señoría por eso que ha adelantado algo; hasta ahora he criado a mi sobrina con recato, y vos sois, por decirlo así, el primer caballero a quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré el mayor gusto en que ella logre este honor; ved si a este precio os conviene, pues a otro no la conseguiréis.»

Este tiro a quemarropa ahuyentó el Amor, que me iba a disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan a secas me

hizo entrar en mí mismo, y volviendo de repente a ser fiel agente del conde de Lemos, mudé de tono y respondí a la señora Mencía: «Señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la corte, no basta éste para merecer a la sin igual Catalina; le tengo reservado un partido más brillante: la destino para el príncipe de España.» «Me parece—respondió la tía fríamente—que bastaba despreciar a mi sobrina, sin que fuera necesario acompañar el desprecio con la burla.» «No me burlo, señora—exclamé—, hablo seriamente. Tengo orden de buscar una persona de mérito a quien pueda honrar con sus visitas secretas el príncipe de España, y en casa de usted he hallado lo que buscaba.»

Esta declaración sorprendió en gran manera a la señora Mencía, a quien conocí no le había desagradado. Sin embargo, creyendo que debía hacer la reservada, me replicó en estos términos: «Aun cuando tomara al pie de la letra lo que vuestra señoría me dice, ha de saber que no soy de carácter que haga vanidad del infame honor de ver a mi sobrina ser dama de un príncipe; mi decoro se ofende con la idea...» «¡Qué bendita es usted—le interrumpí—con su virtud! Usted piensa como una simple aldeana y se chancea si mira estas cosas con tanto escrúpulo. ¡Eso es quitarles lo que tienen de bueno! Es necesario mirarlas con mejores ojos. Considerad a los pies de la dichosa Catalina al heredero de la Monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad, en fin, que quizá puede nacer de ella un héroe que inmortalice el nombre de su madre con el suyo.»

Fingió la tía no saber a qué resolverse, aunque estaba determinada a aceptar mi propuesta, y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, aparentó la mayor indiferencia, por lo que tuve que hacer nuevos

esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía, viéndome ya cansado y en disposición de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulación que contenía los artículos siguientes: *Primero*: Que si por los informes que diese yo al príncipe de las gracias de Catalina gustaba de ella y determinaba hacerle una visita nocturna, sería de mi cargo advertir de ella a las señoras, como igualmente de la noche que eligiese para este efecto. *Segundo*: Que el príncipe había de entrar en casa de dichas señoras como un galán cualquiera y acompañado sólo de mí y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tía y sobrina. Empezaron a tratarme familiarmente, con lo que me aventuré a algunas llanezas, que no fueron muy mal recibidas, y cuando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. ¡Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mujeres que lo necesitan! Al verme salir de allí tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo había sido más dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Lemos tuvo suma alegría cuando le dije que había hecho un descubrimiento cual podía apetecerlo. Le hablé de Catalina en tales términos que le entraron deseos de verla. Le conduje la noche siguiente, y me confesó que había hecho muy buen hallazgo. Dijo a las señoras que no dudaba que el príncipe quedase muy complacido de ver a la señorita que yo le había elegido y que ésta por su parte no quedaría descontenta de tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, les ofreció que le conducirían dentro de algunos días del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió y yo me retiré

con él para ir a tomar el coche en que habíamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Después me llevó a mi casa y me encargó enterase al día siguiente a su tío de esta principiada aventura y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al día siguiente fuí a dar puntual cuenta de cuanto había pasado al duque de Lerma, callando la parte que había tenido Escipión en el negocio para pasar yo por autor del descubrimiento de Catalina, porque de todo hace uno mérito para con los grandes.

Y así fué que se me dieron gracias de ello. «Señor Gil Blas—me dijo el ministro con aire burlón—, me alegro que usted una a sus demás talentos el de descubrir las hermosuras halagüeñas, y no extrañará que cuando yo necesite alguna acuda a usted.» «Señor—le respondí en el mismo tono—, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaría si proporcionase esta clase de placeres a vuestra excelencia, porque hace tanto tiempo que el señor don Rodrigo está en posesión de ese empleo, que se le haría una injusticia en despojarle de él.» El duque se sonrió de mi respuesta y, mudando de conversación, me preguntó si su sobrino pedía dinero para esta empresa. «Perdonad—le dije—, él suplica a vuestra excelencia le envíe mil doblones.» «Está bien—respondió el ministro—, no tienes más que llevárselos. Dile que no los escasee y que aplauda todos los gastos que el príncipe quiera hacer.»

* * *

# Capítulo XI

**De la visita secreta y de los regalos que el príncipe hizo a Catalina.**

En aquel mismo punto llevé los mil doblones al conde de Lemos. «¡No podíais venir más a tiempo!—me dijo este señor—. He hablado al príncipe, quien ha caído en el lazo y desea con impaciencia ver a Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de palacio para ir a su casa. Las medidas están ya tomadas. Díselo así a las señoras y dales el dinero que me traes. Es necesario manifestarles que el que va a verlas no es un amante común; fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder a sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo—prosiguió—, hállate esta noche en palacio a la hora de acostarse. También será preciso que tu coche, porque me parece del caso servirnos de él, nos espere a media noche cerca de Palacio.»

Me fuí inmediatamente a casa de las señoras, en la que no vi a Catalina, por estar, según se me dijo, acostada, y sólo hablé con la señora Mencía. «Perdone usted, señora—le dije—, si vengo de día a su casa, porque no puedo hacer otra cosa; me es preciso avisar a usted que el príncipe vendrá aquí esta noche; y reciba usted—añadí entregándole el talego en donde llevaba el dinero—, reciba usted una ofrenda que envía al templo de

Citerea para que le sean propicias sus deidades. Ya ve usted que no les he proporcionado una mala conveniencia.» «Doy a usted las gracias—me respondió—. Pero dígame, señor de Santillana, si al príncipe le gusta la música.» «¡Con extremo!—le contesté—. Ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un laúd tocado con destreza.» «¡Mucho mejor!—exclamó ella enajenada de alegría—. Lo que usted dice me llena de gozo, porque mi sobrina tiene la garganta de un ruiseñor, tañe maravillosamente el laúd y también baila con perfección.» «¡Vive diez—exclamé—, esas son muchas habilidades, tía mía! No necesita tantas una señorita para hacer fortuna; una sola de esas gracias le basta.»

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el príncipe solía acostarse. Llegada ésta, di mis órdenes al cochero y me reuní al conde de Lemos, quien me dijo que el príncipe, para quedarse solo antes de tiempo, iba a fingir una ligera indisposición, y aun acostarse, a fin de hacer creer mejor que estaba malo, pero que de allí a una hora se levantaría y por una puerta falsa tomaría una escalera excusada que iba a dar a los patios. Luego que me enteró de lo que ambos habían concertado, me apostó en un sitio por donde me aseguró había de pasar. Duró tanto el poste, que comencé a creer que nuestro galán había tomado otro camino o perdido el deseo de ver a Catalina, como si los príncipes abandonaran estos antojos antes de haberlos satisfecho. En fin, cuando creía que me habían olvidado, se llegaron a mí dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y los conduje a mi coche, en el cual subimos ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarle y le hice parar a cincuenta pasos de donde vivían las señoras. Di la mano al príncipe y a su compañero para ayudarles a bajar y marchamos a la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos y volvieron a

cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas en que yo me vi la primera vez, aunque por distinción habían puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan escasa que solamente la percibíamos, sin que ella nos alumbrara. Todo esto servía para hacer la aventura más agradable a su héroe, el cual quedó vivamente sorprendido a vista de las señoras, que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sinnúmero de bujías recompensó la obscuridad que había en el patio. La tía y la sobrina se presentaron en gracioso traje de casa, seductoramente descuidado, y con aire tan atractivo que no se podían mirar sin embelesamiento. Nuestro príncipe, si no hubiera tenido que escoger, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero dió la preferencia, como era razón, a las gracias de la joven Catalina.

«Y bien, príncipe mío—le dijo el conde—, ¿podíamos haber proporcionado a vuestra alteza el gusto de ver dos personas más bonitas?» «Ambas me embelesan—respondió el príncipe—. No pienso sacar libre de aquí mi corazón, pues si faltara la sobrina no se escaparía de la tía.»

Después de este cumplimiento, tan agradable para una tía, dijo mil cosas lisonjeras a Catalina, a las que ésta respondió con mucha discreción. Como les es permitido a las gentes honradas que hacen el personaje que yo en esta ocasión mezclarse en la conversación de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galán que su ninfa cantaba y tocaba a las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades y le suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió a sus instancias, y, tomando un laúd bien templado, tocó sonatas tiernas y cantó de un modo tan expresivo, que el príncipe se echó a sus pies enajenado de amor y de

placer. Pero dejemos a un lado esta pintura y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se había sepultado el heredero de la Monarquía hizo que las horas le pareciesen momentos y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa cuando ya se acercaba el día. Los señores agentes le condujeron prontamente a palacio y le dejaron en su aposento. Después se volvieron a su casa, tan contentos de haberle unido con una aventurera como si le hubiesen casado con una princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al duque de Lerma, porque todo lo quería saber, y al concluir mi narración llegó el conde de Lemos y nos dijo: «El príncipe de España está tan prendado de Catalina y le ha gustado tanto, que piensa ir a verla con frecuencia y no aficionarse a otra. Quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Ha acudido a mí y me ha dicho: «Mi amado Lemos, es preciso me busques al momento esta cantidad. Sé que te incomodo, que apuro tu bolsillo, y por tanto mi corazón te está muy agradecido, y si en algún tiempo me hallo en estado de serte reconocido de otro modo que por el agradecimiento a todo lo que has hecho por mí, no te arrepentirás de haberme servido.» Yo le respondí, separándome de él inmediatamente: «Príncipe mío, tengo amigos y crédito; voy a buscar lo que vuestra alteza desea.» «No es difícil satisfacerle—dijo entonces el duque a su sobrino—. Santillana va a traeros ese dinero, o, si queréis, él mismo comprará las joyas, porque es muy inteligente en pedrerías, y sobre todo en rubíes. ¿No es verdad, Gil Blas?», añadió mirándome con un aire taimado. «¡Qué malicioso sois, señor!—le respondí—. Veo que vuestra excelencia quiere hacer reír a costa mía al señor Conde.» Y así sucedió. El sobrino preguntó qué misterio encerraba aquello. «¡Ninguno!—replicó el tío riéndose—. Es que un día Santillana

quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no redundó ni en honor ni en provecho suyo.»

Hubiera salido bien librado si el ministro no hubiera dicho más, pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y don Rafael me habían jugado en la posada de caballeros y se extendió particularmente en las circunstancias que yo más sentía. Después de haberse divertido bien su excelencia, me mandó acompañar al conde de Lemos, quien me llevó a casa de un joyero, en donde escogimos las joyas, que fuimos a enseñar al príncipe de España, las cuales se me confiaron para que se las entregase a Catalina, y después fuí a mi casa a tomar dos mil doblones del dinero del duque para irlas a pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente me recibieron con agrado las señoras cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistían en un bello par de rosetas de diamantes para la tía y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Enajenadas una y otra con estas demostraciones de amor y generosidad del príncipe, empezaron a charlar como dos cotorras y a darme gracias porque les había agenciado tan buen conocimiento, y con el exceso de su alegría dieron a entender lo que eran. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo había facilitado una bribona al hijo de nuestro gran monarca. Para averiguar con certeza si yo había sido autor de tan buena obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Escipión.

* * *

# Capítulo XII

**Quién era Catalina; perplejidad de Gil Blas, su inquietud y la precaución que tomó para tranquilizar su ánimo.**

Al entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa, me dijeron que Escipión tenía aquella noche a cenar a seis amigos suyos. Cantaban cuanto más alto podían y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena, a la verdad, no era el banquete de los siete sabios.

El que daba el festín, luego que supo mi llegada, dijo a sus convidados: «Señores, no es nada. Es el amo que ha vuelto; no os inquietéis por eso; continuad divirtiéndoos. Voy a decirle dos palabras y al instante vuelvo.» Dicho esto se vino a mí. «¿Qué gritería es esa?—le dije—. ¿A qué clase de personajes festejas allá abajo? ¿Son poetas?» «¡Perdone usted!—me respondió—. Sería lástima dar a beber vuestro vino a semejantes sujetos; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un joven muy rico, que quiere lograr un empleo por vuestra mediación y por su dinero, y a causa suya se hace la fiesta. A cada trago que bebe aumenta diez doblones a lo que ha de tocaros, y quiero hacerle beber hasta el amanecer.» «En ese supuesto—le respondí—, vuélvete a la mesa y no escasees el vino de mi cueva.»

No juzgué oportuno hablarle entonces de Catalina, dejándolo para la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte: «Amigo Escipión, tú sabes de qué modo vivimos los dos. Yo te trato más como a compañero que como a criado, y, por consiguiente, harás muy mal en engañarme como a amo. Entre nosotros no ha de haber secreto. Voy a decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás lo que piensas de las dos mujeres que me has dado a conocer. Hablando los dos en satisfacción, sospecho que son dos taimadas, tanto más astutas cuanto más sencillez aparentan. Si les hago justicia, no tiene el príncipe de España gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado a casa de Catalina y se ha enamorado de ella.» «Señor—me respondió Escipión—, usted se porta demasiado bien conmigo para que yo le falte a la sinceridad. Ayer tuve una conversación a solas con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida. Voy a haceros sucintamente relación de ella, y no sentiréis haberla oído. Catalina—prosiguió—es hija de un hidalguillo aragonés. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, dió oídos a un comendador anciano, quien la llevó a Toledo, donde murió a los seis meses, después de haberle servido más de padre que de esposo. Recogió ella su herencia, que consistía en algunas ropas y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego a vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenía de buen ver, aunque ya iba cuesta abajo. Estas dos buenas amigas permanecieron juntas y principiaron a tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó a las señoras, quienes, por enfado o por otra causa, dejaron prontamente a Toledo y vinieron a Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratarse con ninguna

señora de la vecindad. Pero oiga usted lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas, separadas solamente por un tabique, pudiéndose pasar de una a otra por una escalera de comunicación que hay en los sótanos. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, a quien hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tía como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina, y cuando de nieta, Sirena.»

Al oír el nombre de Sirena interrumpí todo asustado a Escipión: «¿Qué me dices? ¡Me haces temblar! ¡Ay de mí! ¡Temo que esa maldita aragonesa sea la querida de Calderón!» «Cabalito—respondió—, la misma es. Yo quería dar a usted un gran gusto participándole esta noticia.» «Pues no lo creas—repliqué—; más me causa disgusto que alegría. ¿No prevés tú las consecuencias?» «No, a fe mía—replicó Escipión—. ¿Qué mal puede venir de ahí? Don Rodrigo no ha de descubrir precisamente lo que pasa, y si usted teme que se lo digan, prevéngaselo al primer ministro, contándole el caso sencillamente. El conocerá la buena fe de usted; y si después quisiese Calderón ponerle a mal con su excelencia, el duque verá que no trata de perjudicarle sino por espíritu de venganza.»

Con estas palabras me desvaneció Escipión el miedo. Seguí su consejo y di parte al duque de Lerma de este fatal descubrimiento, y también aparenté contárselo con aire triste, para persuadirle de que sentía haber inocentemente dado al príncipe la dama de don Rodrigo. Pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, se burló de ello. Después me dijo que siguiera en mi comisión y que, sobre todo, era gran gloria para Calderón amar a la misma que el príncipe de España y recibir la misma acogida que

él. Instruí en los mismos términos al conde de Lemos, quien me aseguró su protección si el primer secretario descubría la trama y quería ponerme a mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber salvado la nave de mi fortuna del peligro de encallar y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe a casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenía la destreza de encontrar pretextos para apartar de su casa a don Rodrigo y ocultarle las noches que ella tenía precisión de dedicar a su ilustre rival.

* * *

# Capítulo XIII

**Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor; tiene noticias de su familia; impresión que le hicieron; se descompadra con Fabricio.**

Ya llevo dicho que por las mañanas tenía comúnmente en mi antesala muchas gentes que venían a proponerme varios asuntos; pero yo no quería que me los propusiesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, o por mejor decir, para hacer más de persona, decía a todo pretendiente: «Tráigame usted un memorial.» Y me había acostumbrado tanto a esto, que un día respondí así a mi casero cuando vino a recordarme que le debía un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar a que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Escipión, que era un vivo retrato mío, hacía lo mismo con los que acudían a él para que se empeñase conmigo a su favor.

Yo tenía otra ridiculez que no pienso perdonarme: había dado en la fatuidad de hablar de los grandes como si yo fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenía que citar al duque de Alba, al duque de Osuna o al de Medinasidonia, decía con llaneza: *Alba*, *Osuna*, *Medinasidonia*. En una palabra, me había puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña y pobre escudero, ni pensaba en vosotros ni

había tenido cuidado alguno de informarme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del río Leteo, que nos hace olvidar de nuestros parientes y amigos si se hallan en infeliz estado.

Cuando más olvidada tenía a mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo que me dijo deseaba hablarme a solas un momento. Le hice entrar en mi despacho, en donde, sin decirle se sentase, por parecerme hombre ordinario, le pregunté qué me quería. «Señor Gil Blas—me dijo—, pues qué, ¿no me conoce usted?» Por más que le miré con atención, tuve que responderle que no caía en quién era. «Yo soy—me replicó—un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo e hijo de Beltrán Moscada, el especiero, vecino de vuestro tío el canónigo. Yo os reconozco muy bien. Hemos jugado mil veces los dos a la gallina ciega.»

«De los juegos de mi niñez—le respondí—sólo conservo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado después me los han borrado de la memoria.» «He venido a Madrid—me dijo—a ajustar cuentas con el corresponsal de mi padre. He oído hablar de usted y me han dicho que está en un gran puesto en la corte y ya tan rico como un judío, de lo que le doy a usted la enhorabuena, y ofrezco, a mi vuelta al país, llenar de gozo a su familia dándole una nueva tan gustosa.»

Aunque no fuera mas que por cumplimiento, no podía menos de preguntar cómo estaban mis padres y tío; pero lo hice con tal frialdad que no di motivo a mi buen especiero para admirar la fuerza de la sangre. Bien me lo dió a entender, pues se manifestó sorprendido de la indiferencia que yo mostraba hacia unas personas a quienes debía profesar sumo cariño, y, como era mozo franco y grosero, «Yo creía—me dijo desabridamente—que tuvieseis más amor y afición a vuestros parientes.

No parece sino que los habéis olvidado, según la frialdad con que me preguntáis por ellos. ¿Ignoráis cuál es su situación? Pues sabed que vuestro padre y vuestra madre están todavía sirviendo y que el buen canónigo Gil Pérez, agobiado de vejez y de achaques, está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazón—prosiguió—, y supuesto que os halláis en estado de socorrer a vuestros padres, os aconsejo como amigo les enviéis todos los años doscientos doblones. Este socorro les proporcionará sin menoscabo vuestro una vida cómoda y dichosa.»

En lugar de enternecerme la pintura que hacía de mi familia, me incomodó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se lo rogase. Quizá con más maña me hubiera persuadido; pero su franqueza sólo sirvió para irritarme. El lo conoció bien por el ceñudo silencio que guardé, y continuando su exhortación con menos caridad que malicia, me impacientó. «¡Oh, eso es ya demasiado!—respondí lleno de cólera—. ¡Vaya usted, señor de Moscada, no se meta en negocios ajenos! ¡Vaya y busque al corresponsal de su padre y ajuste sus cuentas con él! ¿Quién es usted para enseñarme mi obligación? ¡Sé mejor que usted lo que he de hacer en este caso!» Dicho esto, eché de mi despacho al especiero y le envié a Oviedo a vender azafrán y pimienta.

No dejé de reflexionar en lo que acababa de decirme, y acusándome a mí mismo de ser un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traje a la memoria los afanes que había costado a mis padres mi niñez y mi educación. Me representé lo que les debía, y a mis reflexiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que, no obstante, de nada sirvieron. Mi ingratitud sofocó bien pronto estos afectos y a ellos sucedió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambición de que estaba poseído mudaron del todo mi carácter. Perdí toda mi alegría y andaba siempre distraído y pensativo; en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna y tan indiferente con él, no venía a mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un día: «En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir a la corte siempre tenías el ánimo tranquilo, y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto más adquieres más deseas. Además—¿me atreveré a decirlo?—ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazón, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario, me tratas con reserva y ocultas lo íntimo de tu alma. También observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocía.»

«Tú sin duda te chanceas—le respondí con frialdad—; yo ninguna mutación percibo en mí.» «Tienes fascinados los ojos—replicó—y no debes preguntárselo a ellos. Créeme: eres otro del que eras. Dilo, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba a tu puerta, venías tú mismo a abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumplimiento; pero hoy, ¡qué diferencia!, tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Después de esto, ¿cómo me recibes? Con una fría política y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian a incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade a un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningún modo me conviene. Adiós, separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú

de un censor de tus acciones y yo de un nuevo rico que se desconoce a sí propio.»

Me sentí más exasperado que conmovido de sus reprensiones y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase aflicción en el estado en que me hallaba. Además, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de palacio con quienes, por la semejanza de carácter, había recientemente contraído estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sujetos cuya mayor parte venía de no sé dónde y a quienes su dichosa estrella había conducido a sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo estos miserables sólo a su mérito los beneficios que el rey se había dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos, y todos nos creíamos unos personajes muy respetables. ¡Oh, Fortuna, ve ahí cómo dispensas los favores las más veces! ¡Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una joven ilustre que se entrega a criados!

* * *

# Tomo III · Libro noveno

# Capitulo primero

**Escipión quiere casar a Gil Blas y le propone la hija de un rico y famoso platero; de los pasos que se dieron a este fin.**

Una noche, después de haber despedido a la concurrencia que había ido a cenar conmigo, viéndome solo con Escipión, le pregunté qué había hecho aquel día. «Dar un golpe de maestro—me respondió—; proporcionar a usted un rico establecimiento, pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mío.» «¡Hija de un platero!—exclamé con aire desdeñoso—. ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito y se está en la corte en cierta altura, me parece que se deben tener ideas más elevadas.» «¡Ah, señor—repitió Escipión—, no lo creáis así! Pensad que el varón es quien ennoblece y no seáis más delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe usted bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados a lo menos? ¿No es éste un buen trozo de platería?» Cuando oí hablar de una suma tan grande, me hice más tratable. «Desde luego cedo al dictamen de mi secretario; la dote me determina. ¿Cuándo quieres tú que la reciba?» «¡Vamos despacio, señor!—me respondió—. ¡Un poco de paciencia! Es menester que trate yo antes del asunto con el padre y que le haga venir en ello.»

«¡Bueno!—respondí riendo a carcajadas—. ¿Todavía estás ahí? ¡Ve, por cierto, un casamiento bien adelantado!» «Más de lo que usted piensa—replicó—; sólo quiero una hora de conversación con el platero y respondo de su consentimiento. Pero antes de ir más lejos, capitulemos, si usted gusta. Suponiendo que yo haga recibir a usted cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán a mí?» «Veinte mil», le respondí. «¡Alabado sea Dios!—dijo—. Yo limitaba vuestro agradecimiento a diez mil. Usted es la mitad más generoso que yo. ¡Vamos! Desde mañana me emplearé en esta negociación y puede usted contar con que se conseguirá o yo no soy sino un bestia.»

Efectivamente, a los dos días me dijo: «He hablado con el señor Gabriel de Salero—que éste era el nombre del padre de la niña—, y es tanto lo que le he ponderado vuestro valimiento y mérito, que dió oídos a la propuesta que le hice de recibiros por yerno. Será vuestra su hija, con cien mil ducados, siempre que le hagáis ver claramente que sois valido del ministro.» «Si no consiste más que en eso—dije entonces a Escipión—, presto estaré casado. Pero tratando de la muchacha, ¿la has visto? ¿Es hermosa?» «No tanto como la dote—respondió—. Hablando aquí para los dos, esta rica heredera no es muy bonita; pero, por fortuna, a usted ningún cuidado le da esto.» «A fe mía que no, hijo mío—le respondí—. Nosotros los cortesanos nos casamos solamente por casarnos y buscamos la hermosura en las mujeres de nuestros amigos; y si por acaso se halla en las nuestras, la miramos con tanta indiferencia, que es bien merecido el que por ello nos castiguen.»

«Todavía no lo he dicho todo—repitió Escipión—. El señor Gabriel convida a usted a cenar esta noche, y hemos quedado en que no le ha de

hablar usted del casamiento proyectado. Debe convidar a muchos mercaderes amigos suyos a esta cena, a la cual ha de asistir usted como un simple convidado, y mañana vendrá él a cenar con usted del mismo modo; en esto conocerá usted que este hombre quiere experimentarle antes de pasar adelante. Convendrá que usted se contenga un poco delante de él.» «¡Oh! ¡Pardiez!—interrumpí con aire de confianza—. ¡Aunque examine lo que quiera, no puedo menos de salir ganancioso en este examen!»

Todo se ejecutó puntualmente. Hice me condujeran a casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era de tan buena pasta que, como solemos decir, se pasaba de cortés. Me presentó la señora Eugenia, su mujer, y la joven Gabriela, su hija; yo les hice mil cumplimientos, sin contravenir a lo tratado, y le dije mil tonterías en muy bellos términos y frases de corte.

Gabriela, a pesar de cuanto me había dicho de ella mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta o ya porque no la mirase sino al través de la dote. ¡Qué buena casa tenía el señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que había allí. Este metal se ofrecía a la vista por todas partes en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro, para hacer más lucido el convite, había convidado a cinco o seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas, que sólo hablaron de comercio, y puede decirse que su conversación más bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve a cenar en mi casa al platero, y como no podía deslumbrarle con mi vajilla, recurrí a otra ilusión. Convidé a cenar a aquellos amigos míos que hacían mayor figura en la corte y que yo sabía ser

unos ambiciosos que no ponían límites a sus deseos. No hablaron de otra cosa más que de las grandezas y de los empleos brillantes y lucrativos a que aspiraban, lo cual produjo su efecto. Aturdido el buen Gabriel de oír sus grandes ideas, se tenía, a pesar de su riqueza, por un mísero mortal en comparación de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderación, dije me contentaría con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas exclamaron diciendo que haría mal y que, siendo tan querido como era del primer ministro, no debía contentarme con tan poco. El suegro no perdió ni una de estas palabras, y creí advertir al retirarse que iba muy satisfecho.

Escipión no dejó de ir a verle el día siguiente por la mañana para preguntarle si yo le había gustado. «He quedado muy prendado—le respondió—; tanto, que me ha robado el corazón. Pero, señor Escipión—añadió—, suplico a usted por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como usted sabe, tenemos nuestro flaco; dígame usted cuál es el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Cuál es su inclinación viciosa? Suplico a usted no me la oculte.» «¡Usted me ofende, señor Gabriel, con semejante pregunta!—replicó el medianero—. Me intereso más por usted que por mi amo, y si tuviera algún vicio capaz de hacer a su hija desgraciada, ¿se lo hubiera propuesto por yerno? ¡Juro a bríos que no! Yo soy muy servidor de usted; pero, en satisfacción, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para joven, es muy juicioso.» «¡Otro tanto oro!—respondió el platero—. Eso me agrada. Vaya usted, amigo mío; puede asegurar que logrará la mano de mi hija y que se la daría aun cuando no fuera querido del ministro.»

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversación, fuí al

momento a casa del Salero a darle las gracias de la disposición favorable en que estaba hacia mí. A este tiempo ya había declarado su voluntad a su mujer y a su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia a ella. Después de haber prevenido la noche antes al duque de Lerma, le presenté el suegro. Su excelencia le recibió con mucho agasajo y le manifestó la satisfacción que tenía en que hubiese elegido para yerno a un hombre a quien estimaba mucho y a quien quería ascender. Después siguió haciendo el elogio de mis buenas prendas, y dijo tanto bien de mí, que el pobre Gabriel creyó haber encontrado en mi señoría el mejor partido de España para su hija. Estaba tan gozoso, que las lágrimas se le asomaban. Al despedirnos me estrechó entre sus brazos y me dijo: «Hijo mío, es tanta la impaciencia que tengo de veros esposo de Gabriela, que dentro de ocho días a más tardar lo seréis.»

* * *

# Capítulo II

**Por qué casualidad se acordó Gil Blas de don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.**

Dejemos en este estado mi casamiento, porque así lo exige el orden de mi historia, y quiere que cuente el servicio que hice a don Alfonso, mi antiguo amo. Yo había olvidado a este caballero enteramente y ahora diré por qué causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el Gobierno de la ciudad de Valencia y, habiéndolo sabido, pensé en don Alfonso de Leiva. Consideré que este empleo le vendría perfectamente, y, quizá menos por amistad que por ostentación, determiné pedirlo para él, haciéndome cargo de que, si lo obtenía, me daría este paso un honor excesivo. Me dirigí, pues, al duque de Lerma, y le dije que había sido mayordomo de don Alfonso de Leiva y de su hijo y que, teniendo grandes motivos para vivirles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar a su excelencia concediese al uno o al otro el Gobierno de Valencia. El ministro me respondió: «Con mucho gusto, Gil Blas; yo me alegro de que seas reconocido y generoso. Por otra parte, me hablas de una familia a quien estimo. Los Leivas son buenos servidores del rey y merecen bien este empleo. Puedes disponer de él a tu arbitrio; yo te lo

doy por regalo de la boda.»

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fuí sin perder instante a casa de Calderón a hacerle extender el despacho para don Alfonso. Había allí un crecido número de personas que, con respetuoso silencio, aguardaban a que les diese audiencia don Rodrigo. Atravesé por entre aquella gente y me presenté a la puerta del gabinete, que me fué abierta, y en él encontré no sé cuántos caballeros comendadores y otros sujetos distinguidos, a quienes Calderón oía por su orden. Era de admirar el diferente modo con que los recibía. Se contentaba con hacer a éstos una ligera inclinación de cabeza; honraba a aquéllos con una cortesía, y los conducía hasta la puerta de su gabinete, graduando, por decirlo así, el aprecio con que los distinguía por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte, vi a algunos de aquellos sujetos que, ofendidos del poco caso que de ellos hacía, maldecían en su corazón la necesidad que los obligaba a humillarse en su presencia. Otros vi que, por el contrario, se reían entre sí mismos de su aire fantástico y presumido. Por más que hacía estas observaciones no me hallaba en estado de aprovecharme de ellas, pues me portaba en iguales términos en mi casa, y ningún cuidado me daba el que se aprobasen o se vituperasen mis modales orgullosos con tal que me los respetasen.

Habiéndome atisbado casualmente don Rodrigo, dejó precipitadamente a un hidalgo que le hablaba y vino a abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. «¡Ah, amado compañero mío!—exclamó—. ¿Qué asunto es el que me proporciona el gusto de ver a usted aquí? ¿En qué puedo servir a usted?» Díjele a lo que iba y en seguida me aseguró en los términos más políticos que el día

siguiente a la misma hora se expediría el despacho que yo solicitaba. Su atención no paró aquí, pues me acompañó hasta la puerta de la antesala, lo que jamás hacía sino con los grandes señores, y allí me volvió a abrazar. «¿Qué significan estos obsequios?—decía yo en el camino—. ¿Qué me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina o, previendo que declina su favor, querrá granjear mi amistad y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo?» No sabía a cuál de estas conjeturas quedarme. Cuando volví al día siguiente me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó en el recibimiento que hizo a otras personas que se presentaron a hablarle, porque a unas trató groseramente, a otras habló con frialdad y a casi todas descontentó; pero quedaron suficientemente vengadas con un lance que ocurrió, y que no debo pasar en silencio, el cual servirá de lección a los covachuelistas y secretarios que lo lean.

Habiéndose llegado a Calderón un hombre vestido llanamente y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decía haber presentado al duque de Lerma. Don Rodrigo no sólo no miró al caballero, sino que le dijo ásperamente: «¿Cómo se llama usted, amigo?» «En mi niñez me llamaban Frasquito—le respondió con serenidad el tal—, después me han llamado don Francisco de Zúñiga y hoy me llamo el conde de Pedrosa.» Sorprendido de esto Calderón, y viendo que trataba con un hombre de la primera distinción, quiso disculparse y dijo: «Señor, perdone vuestra excelencia si, no conociéndole...» «¡Yo no necesito de tus excusas!—interrumpió con altivez Frasquito—. ¡Las desprecio tanto como tus modales groseros! Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortésmente a toda clase de personas. Sé, si quieres, tan fantástico que te

mires como el sustituto de tu amo; pero no te olvides de que no eres mas que un criado suyo.»

Este pasaje mortificó infinito al soberbio don Rodrigo, quien, no obstante, nada se enmendó. Por lo que hace a mí, saqué fruto del caso. Resolví mirar con quién hablaba en mis audiencias y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de don Alfonso estaba ya expedido, lo recogí y se lo envié por un correo extraordinario a este señor con carta del duque de Lerma, en la que su excelencia le avisaba que el rey le había nombrado para el Gobierno de Valencia. No le di parte de la que tenía en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenía gusto de decírselo de boca y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese a la corte a prestar el juramento.

* * *

# Capítulo III

**De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas y del grande acontecimiento que los inutilizó.**

Volvamos a mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho días había de celebrar mi matrimonio. Por ambas partes se hacían preparativos para esta ceremonia. Salero compró ricos trajes para la novia, y yo le busqué una doncella, un lacayo y un escudero anciano, todo lo cual eligió Escipión, que esperaba todavía con más impaciencia que yo el día en que habían de entregarme la dote.

La víspera de este día tan deseado cené en casa del suegro con tíos, tías, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita; mostréme muy obsequioso con el platero y su mujer; fingíme apasionado de Gabriela; agasajé a toda la familia, cuyas conversaciones y expresiones majaderas y toscas escuché con paciencia, y así, en premio de ella, tuve la dicha de agradar a todos los parientes, que se alegraron de mi enlace con ellos.

Acabada la comida, pasaron los convidados a una gran sala, en donde había dispuesta una música de voces e instrumentos, que no se ejecutó mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid.

Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron, que empezamos a bailar. Dios sabe con qué primor, pues me tuvieron por discípulo de Terpsícore, aunque no tenía más principios de este arte que dos o tres lecciones que en casa de la marquesa de Chaves me había dado un maestro de baile que iba a enseñar a los pajes. Después de habernos divertido bastante pensamos en retirarnos, y entonces prodigué las cortesías y cumplimientos. «¡Adiós, mi amado hijo!—me dijo Salero abrazándome—. Mañana por la mañana iré a tu casa a llevar el dote en buena moneda de oro.» «Será usted bien recibido—respondí—, amado padre mío.» Luego, habiéndome despedido de la familia, subí en mi coche, que me esperaba a la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas había andado doscientos pasos, cuando quince o veinte hombres, unos a pie y otros a caballo, armados todos de espadas y carabinas, rodearon mi coche y lo detuvieron gritando: *¡Favor al rey!* Hiciéronme bajar aceleradamente y me metieron en una silla de posta, adonde el principal de ellos subió conmigo y dijo al cochero que tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba a mi lado era algún honrado alguacil; y habiéndole preguntado el motivo de mi prisión, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir brutalmente, que no tenía necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije que quizá se equivocaba. «¡No, no!—respondió—. Estoy seguro de que no he errado el golpe; usted es el señor de Santillana; a usted es a quien tengo orden de conducir adonde le llevo.» No teniendo nada que replicar a esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos por la orilla del río Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos a la caída de la tarde a Segovia, en cuya torre me

encerraron.

* * *

# Capítulo IV

**De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia y de cómo supo la causa de su prisión.**

Lo primero fué meterme en un encierro, sin más cama que un jergón de paja, como si fuese un reo digno del último suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavía no conocía todo mi mal, sino repasando en mi imaginación qué sería lo que había acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra de Calderón; sin embargo, por más que lo sospechase, no comprendía cómo hubiese podido conseguir que el duque de Lerma me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habrían preso sin noticia de su excelencia, y otras, que este señor mismo me habría hecho arrestar por alguna razón política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Agitado con estas varias conjeturas, vi, a favor de una luz que entraba por una rendija pequeña, lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me afligí entonces en extremo, y mis ojos fueron dos raudales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacía inagotables. Cuando estaba en la mayor aflicción entró en el encierro un carcelero, que me traía para aquel día un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que tenía el rostro

bañado en lágrimas, aunque carcelero se movió a compasión y me dijo: «¡No se desanime usted, señor preso! ¡Las desgracias de la vida se han de sufrir con resignación! Usted es joven y tras de este tiempo vendrá otro. Entre tanto, coma usted con gusto el pan del rey.»

Diciendo esto, se retiró mi consolador, a quien sólo respondí con suspiros. Todo el día lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en comer nada de mi ración, que en el estado en que me hallaba más me parecía un efecto de la indignación del rey que un presente de su bondad, pues servía más bien para prolongar la pena de los desgraciados que para mitigarla.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llamó la atención. Abrieron la puerta del calabozo y entró un hombre con una bujía en la mano, el que, llegándose a mí, me dijo: «Señor Gil Blas, vea usted a uno de sus amigos antiguos. Yo soy aquel don Andrés de Tordesillas que vivía con usted en Granada y era gentilhombre del arzobispo cuando usted gozaba del favor de aquel prelado. Usted le pidió, si hace memoria, que me diese un empleo en Méjico, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitán del castillo, y por una serie de sucesos que contaré a usted luego, he venido a ser alcaide de la torre de Segovia. Usted ha tenido la fortuna—continuó—de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prisión. Tengo orden expresa de que no deje a usted hablar con nadie, que le haga dormir sobre paja y que no le dé más alimento que pan y agua; pero además de que soy caritativo y no había de dejar de compadecerme de sus males, usted me ha servido, y mi agradecimiento puede más que las órdenes que he recibido. Lejos de servir

de instrumento para la crueldad que se quiere usar con usted, mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese usted y véngase conmigo.»

Mi ánimo estaba tan turbado que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus expresiones merecían tanta gratitud. Le seguí. Me hizo atravesar un patio y subir por una escalera muy estrecha a una pequeña pieza que había en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella, me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardían en candeleros de cobre y dos cubiertos bastante limpios. «Inmediatamente—me dijo Tordesillas—van a traer de comer a usted; ambos cenaremos aquí. Le he destinado para su habitación este cuartito, en donde estará mejor que en el encierro, pues verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma y el valle delicioso que desde el pie de las montañas que separan las dos Castillas se extiende hasta Coca. No dudo que al principio no le hará ninguna impresión una vista tan agradable, pero cuando el tiempo haya hecho suceder una dulce melancolía a la amargura de su dolor, tendrá gusto en recrear la vista con unos objetos tan deleitables. Además de esto, cuente usted con que no faltará ropa blanca ni las demás cosas que necesita un hombre amigo del aseo. Sobre todo, tendrá usted buena cama, estará bien mantenido y le proporcionaré los libros que quiera y, en una palabra, todas las comodidades de que puede disfrutar un preso.»

Con tan corteses ofertas me sentí algo aliviado, cobré ánimo y di mil gracias a mi carcelero. Le dije que su generoso proceder me restituía la vida y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud. «¿Pues por qué no habría de volver usted a verse en su primer estado?—me respondió—. ¿Cree usted haber perdido para siempre la libertad? Se

engaña si así lo juzga y me atrevo a asegurarle que con algunos meses de prisión habrá usted pagado.» «¿Qué dice usted, señor don Andrés?—exclamé—. Parece que usted sabe el motivo de mi desgracia.» «Confieso—me dijo—que no lo ignoro. El alguacil que ha conducido a usted aquí me ha confiado este secreto y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que, informado el rey de que usted y el conde de Lemos habían llevado de noche al príncipe de España a casa de una dama sospechosa, acababa, para castigaros de ello, de desterrar al conde, y enviaba a usted a esta torre para ser tratado en ella con todo el rigor que ha experimentado desde que vino.» «¿Pues cómo—le dije—ha llegado a saber esto el rey?» «Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente y esto es—respondió—lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil y lo que, a la cuenta, ni aun él mismo sabe.»

En este punto de nuestra conversación, entraron muchos criados que traían la cena. Pusieron en la mesa pan, dos tazas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venía un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafrán; en la otra, una olla podrida, y en la tercera un pavipollo con salsa de tomate. Luego que vió Tordesillas que nos habían servido lo necesario, despachó a sus criados para que no oyesen nuestra conversación. Cerró la puerta y nos sentamos el uno enfrente del otro. «Empecemos—me dijo—por lo más urgente. Después de dos días de dieta, es preciso que usted tenga buen apetito.» Y diciendo esto, me hizo un buen plato. Creía servir a un hambriento, y, efectivamente, tenía motivo para pensar que yo me atracaría de sus manjares. Sin embargo, engañé sus esperanzas, pues, por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos; tan

oprimido tenía el corazón a causa de mi estado actual. En vano mi alcaide, para alejar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligían, me excitaba a beber y celebraba lo exquisito de su vino, pues aun cuando me hubiera dado néctar le hubiera bebido entonces sin gusto. El lo conoció, y, tomando otro rumbo, se puso a contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero con esto todavía consiguió menos el fin. Escuché su relación tan distraído, que cuando la concluyó no hubiera podido decir lo que acababa de contarme. Juzgó que era demasiada empresa querer entretener por aquella noche mis penas. Después de concluída la cena se levantó de la mesa y me dijo: «Señor de Santillana, voy a dejar a usted descansar, o más bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duración. El rey es naturalmente bueno, y cuando se le haya pasado el enfado y considere la deplorable situación en que cree a usted, le parecerá que está bastante castigado.» Dicho esto, el señor alcaide bajó o hizo que subiesen los criados a quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces y yo me acosté a la escasa luz de un candil colgado en la pared.

* * *

# Capítulo V

**De lo que reflexionó antes de dormirse y del ruido que le despertó.**

Dos horas por lo menos se me pasaron en reflexionar sobre lo que me había dicho Tordesillas. «¿Conque aquí me estoy—decía—por haber contribuído a los placeres del heredero de la Corona? ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas a un príncipe tan joven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey, en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reído si fuese de más edad. Pero ¿quién habrá dado semejante aviso al monarca sin haber temido el resentimiento del príncipe y el del duque de Lerma? Sin duda, éste querrá vengar al conde de Lemos, su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es cómo el rey ha podido descubrirlo.»

Siempre volvía a pensar en esto. Sin embargo, lo que más me afligía, más me desesperaba y lo que no podía desechar de mi imaginación era el saqueo que temía habrían padecido todos mis efectos. «¡Tesoro mío!—exclamé—. ¿Dónde estás? ¡Amadas riquezas mías! ¿Qué ha sido de vosotras? ¿En qué manos habéis caído? ¡Ay de mí! ¡Os he perdido en menos tiempo del que os gané!» Me representaba el desorden que habría en mi casa, y sobre esto hacía reflexiones a cuál más tristes. La confusión de

tantos pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza que me fué provechosa, pues cogí el sueño, que la noche antes no había podido conciliar. También contribuyeron a ello la buena cama, la fatiga que había padecido y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y, según las señales, me hubiera amanecido así a no haberme despertado de improviso un ruido bastante extraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra y a un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atención, pero ya nada oí. Creí que era un sueño, pero de allí a un instante volví a oír el mismo instrumento y que cantaban los versos siguientes:

¡Ay de mí! ¡Un año felice
parece un soplo ligero;
pero, sin dicha, un instante
es un siglo de tormento!

Esta copla, que parecía se había compuesto de intento para mí, aumentó mis pesares. «La verdad de estas palabras—me decía yo—harto la experimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado bien pronto y que hace un siglo que estoy preso.» Volví a sepultarme en una terrible melancolía y a desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche, y los primeros rayos del sol que alumbraron mi estancia calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté a abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo a la memoria la bella descripción que el señor alcaide me había hecho de él, pero no encontré objetos con que acreditar la verdad de lo que me había dicho. El Eresma, que yo creía a lo menos igual al Tajo, me pareció sólo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus

*riberas floridas*, y el supuesto *valle delicioso* no ofreció a mi vista sino tierras la mayor parte incultas. Al parecer, todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debía representarme las cosas de otro modo de como las veía entonces.

Estaba a medio vestir cuando llegó Tordesillas acompañado de una criada anciana que me traía camisas y toallas. «Señor Gil Blas—me dijo—, aquí tiene usted ropa blanca; use usted de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra. Y bien—añadió—, ¿cómo ha pasado usted la noche? ¿Ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes?» «Puede ser—respondí—que durmiera todavía si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra.» «El caballero que ha turbado su reposo—respondió—es un reo de Estado que está en un cuarto inmediato al de usted. Es un caballero de la Orden de Calatrava, y de muy buena presencia, que se llama don Gastón de Cogollos. Si ustedes quieren, pueden tratarse y comer juntos, y así, en sus conversaciones se consolarán mutuamente y para ambos será esto de mucha satisfacción.» Manifesté a don Andrés que agradecía infinito la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero, y como diese a entender mi vivo deseo de conocer a aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo día me proporcionó este gusto. Comí con don Gastón, cuyo bello aspecto y gentileza me cautivaron. ¿Cuál sería su hermosura, cuando deslumbró mis ojos, acostumbrados a ver la juventud más bella de la corte? Imagínese un hombre que parecía una miniatura, uno de aquellos héroes de novela que para desvelar a las princesas no necesitaba mas que presentarse; añádase a esto que la Naturaleza, que comúnmente distribuye con desigualdad sus dones, había dotado a Cogollos de mucho valor y

entendimiento y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió a hacerlo, temiendo incomodarme. Dos personas a quienes aflige una mala suerte se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada día más. La libertad que teníamos de hablar cuando queríamos nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente a llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto a tiempo que se preparaba a tocar la guitarra. Para oírle más cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenía, y él sobre su cama. Tocó una sonata tierna y cantó después unas coplas que explicaban la desesperación a que reducía a un amante la crueldad de su dama. Así que acabó le dije sonriéndome: «Caballero, nunca necesitará usted emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mujeres esquivas.» «Usted me favorece—respondió—. Los versos que usted acaba de oír los compuse para ablandar un corazón que yo creía de diamante, para enternecer a una dama que me trataba con un rigor extremado. Es preciso cuente a usted esta historia y al mismo tiempo sabrá usted la de mis desgracias.»

* * *

# Capítulo VI

**Historia de don Gastón de Cogollos y de doña Elena de Galisteo.**

«Presto hará cuatro años que salí de Madrid para Coria a ver a mi tía doña Leonor de Lajarilla, una de las más ricas viudas de Castilla la Vieja y de quien soy único heredero. Apenas llegué a su casa, cuando el amor vino a turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto cuyas ventanas daban enfrente de las celosías de una señora a quien fácilmente podía ver, pues eran muy claras y la calle estrecha. No desprecié esta proporción, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente, con miradas tan vivas que no podían equivocarse. Ella lo conoció, pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observación, y todavía correspondió menos a mis señas.

»Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba doña Elena, que era hija única de don Jorge de Galisteo, que poseía a algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto; que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos, con la mira de casarla con don Agustín de la Higuera, su sobrino, el que, con la esperanza de este casamiento, tenía libertad de ver y hablar todos los

días a su prima. No me desalenté por eso; antes bien, se aumentó en mí el amor, y el orgulloso placer de desbancar a un rival, amado quizá, me excitó más que mi amor a llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente a mi Elena. Envié también emisarios a Felicia, su criada, para solicitar su mediación. Hice igualmente hablar por señas a mis dedos. Pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama: ambas se mostraron duras e inaccesibles.

»Viendo que rehusaban responder al lenguaje de mis ojos, recurrí a otros intérpretes. Puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenía algún conocimiento en la ciudad, y llegué a saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia, busqué a Teodora, a quien obligué con dádivas a servirme. Se interesó por mí y me ofreció facilitarme en su casa una conversación secreta con su amiga, promesa que cumplió al día siguiente.

«Ya dejo de ser desgraciado—dije a Felicia—, pues mis penas han excitado tu piedad. ¿Qué no debo a tu amiga por haberte inclinado a que me des la satisfacción de hablarte?» «Señor—me respondió—, Teodora es dueña de mi voluntad. Me ha hablado por usted, y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiría sus deseos; pero, con toda esta buena voluntad, no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear a usted; su empresa es muy difícil. Usted ha puesto los ojos en una señorita cuyo corazón es de otro. ¡Y qué señorita! Es tan disimulada y altiva, que si usted con su constancia y obsequios consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfacción de demostrárselo.» «¡Ah mi amada Felicia!—prorrumpí con dolor—. ¿Para qué me expresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el

alma. ¡Engáñame y no me desesperes!» Dicho esto, y cogiéndole una mano, le puse en el dedo un diamante de trescientos doblones, diciéndole al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

»La persuadieron tanto mis palabras y quedó tan contenta con mi generosidad, que no quiso dejarme sin consuelo, y allanando un poco las dificultades me dijo: «Señor, lo que acabo de decir a usted no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene a casa a ver con libertad a su prima; le habla cuando quiere, y esto es lo que favorece a usted. La costumbre que tienen de estar ambos juntos todos los días entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena y se vuelven a ver sin gusto. Se podría decir que están ya casados. En una palabra, no parece que mi ama tiene una ciega pasión a don Agustín. Por otra parte, hay mucha diferencia de sus prendas personales a las de usted, y esta particularidad no la observará inútilmente una señorita de tan delicado gusto como doña Elena. No se acobarde usted; continúe su galanteo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasión de hacer valer a mi ama lo que usted se esmera en agradarle y, por más que disimule, descubriré su interior al través de sus disimulos.»

»Después de esta conversación, Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno de otro. Yo me dispuse de nuevo a obsequiar en secreto a la hija de don Jorge; díle una música, en la cual una bella voz cantó los versos que usted ha oído. Acabado el concierto, la criada, para sondear a su ama, le preguntó si se había divertido. «La voz—dijo doña Elena—me ha gustado.» «Y las palabras que ha cantado, ¿no son muy expresivas?» «De eso es—dijo la señora—de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo sólo al canto; ni se me da nada el saber quién me ha dado esta música.»

«Según eso—exclamó la criada—, el pobre don Gastón de Cogollos está muy lejos de merecer la atención de usted, y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías.» «Puede ser que no sea él—dijo el ama fríamente—, sino algún otro caballero que con este concierto ha querido declararme su pasión.» «Perdone usted—respondió Felicia—. Está usted muy engañada; es el mismo don Gastón, porque esta mañana ha llegado a mí en la calle y suplicado diga a usted de su parte que le adora a pesar de los rigores con que paga su amor, y que, en fin, se tendrá por el hombre más feliz si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas expresiones—continuó—denotan bien que no me engaño.»

»La hija de don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con aire severo a su criada le dijo: «¿Cómo tienes atrevimiento para propasarte a contarme esa necia conversación? ¡No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias! ¡Y si ese temerario tiene todavía la osadía de hablarte, te mando le digas se dirija a otra persona que haga más caso de sus galanteos y que elija un pasatiempo más decente que el de estar todo el día a la ventana observando lo que hago en mi cuarto!»

»La segunda vez que vi a Felicia me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversación, y para persuadirme de que mi pretensión no podía ir mejor, aseguraba que aquellas palabras no se debían tomar al pie de la letra. Por lo que a mí toca, que procedía sencillamente y no creía se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacía. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta a su amiga y me dijo: «Señor mío, escriba usted prontamente a doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus penas y sobre todo laméntese de la prohibición de asomarse a la ventana. Prométale usted que

obedecerá su precepto, pero asegúrele que le costará la vida; pinte usted esto tan lindamente como ustedes los caballeros saben hacerlo, y lo demás queda a mi cuidado. Espero que las resultas harán a mi penetración más honor del que usted le hace.»

»Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan oportuna ocasión de escribir a su dama la hubiera desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé a Felicia, quien, después de haberla leído, se sonrió, y me dijo que si las mujeres sabían el arte de encaprichar a los hombres, en recompensa, no ignoraban ellos el de embobar a las mujeres. La criada tomó el billete, asegurándome que si no producía buen efecto no sería culpa de ella; me encargó mucho tuviese gran cuidado de no dejarme ver a la ventana por algunos días y se volvió al momento a casa de don Jorge.

«Señora—dijo a doña Elena cuando llegó—, he encontrado a don Gastón. Ha venido a hablarme y me ha tenido una conversación muy lisonjera. Me ha preguntado temblando, y como un reo que va a oír su sentencia, si había hablado a usted de su parte. Yo, por no faltar a vuestras órdenes, no le he dejado proseguir y le he hartado de injurias y le he dejado aturdido de ver mi enojo.» «Me alegro—respondió doña Elena—que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no había necesidad de hablarle descortésmente. Siempre es preciso que una doncella tenga agrado.» «Señora—replicó la criada—, a un amante apasionado no se le aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gastón, por ejemplo, no se ha desanimado. Después de haberle llenado de improperios, como he dicho, fuí a casa de vuestra parienta, adonde me habéis enviado. Esta señora, por mi desgracia, me ha

detenido mucho tiempo; digo mucho tiempo, porque a la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle más, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en ésta pronunciar una palabra.» «Pero y entretanto, ¿qué ha hecho él?» «Aprovechándose de mi silencio, o más bien de mi turbación, me ha metido en la mano un papel, que he guardado sin saber lo que me hacía, y desapareció al momento.»

»Dicho esto sacó del seno mi carta y se la entregó en tono de chanza a su ama, quien la tomó como por diversión, la leyó con todo y después hizo la reservada. «En verdad, Felicia—dijo seriamente a su criada—, que eres una loca en haber recibido este billete. ¿Qué podrá pensar de esto don Gastón y qué debo creer yo misma? Tú me das motivo con tu conducta para que desconfíe de tu fidelidad y a él para que sospeche que correspondo a su inclinación. ¡Ay de mí! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus expresiones. ¡Ve aquí a qué afrenta expones mi altivez!» «De ninguna manera, señora—le respondió la criada—; él no puede pensar de esta suerte, y, caso que así fuese, pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea que he enseñado a usted su carta, que usted la ha mirado con la mayor indiferencia y que sin leerla la ha hecho usted pedazos con un frío desprecio.» «Libremente puedes afirmarle—repuso doña Elena—que yo no la he leído, porque me hallaría muy apurada si tuviera que decir dos palabras.» La hija de don Jorge no se contentó con hablar en estos términos, sino que aun rasgó mi billete y prohibió a su criada hablarle jamás de mí.

»Como yo había prometido no galantearla desde mis ventanas, porque mi vista desagradaba, las tuve cerradas muchos días para que mi obediencia

mereciese más aprecio; pero en desquite de mis señas, que me estaban prohibidas, me dispuse a dar músicas a mi cruel Elena. Fuíme una noche debajo de su balcón con los músicos, cuando un caballero con espada en mano turbó el concierto dando de golpes a los instrumentistas, quienes inmediatamente huyeron. El coraje que animaba a este atrevido despertó el mío, y arrojándome a él para castigarle, principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por las celosías y ven dos hombres que riñen. Dan grandes gritos; obligan a don Jorge y a sus criados a que se levanten inmediatamente y acuden con muchos vecinos a separar a los combatientes; pero ya llegaron tarde. Sólo encontraron en el sitio a un caballero nadando en su sangre y casi sin vida y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron a casa de mi tía y se llamaron los cirujanos más hábiles de la ciudad.

»Todo el mundo se compadeció de mí, y especialmente doña Elena, que entonces descubrió el interior de su corazón. Su disimulo se rindió al sentimiento y ya—¿lo creerá usted?—no era aquella señora que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios, sino una tierna amante que se entregaba sin reserva a su dolor, y así, el resto de la noche lo pasó llorando con su criada y maldiciendo a su primo don Agustín de la Higuera, a quien ellas creían autor de sus lágrimas, como en efecto él era quien había interrumpido la música tan funestamente. Tan disimulado como su prima, había conocido mi intención y nada había dicho de ella, e imaginando que Elena me correspondía había hecho esta acción tan violenta para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo después por la alegría que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó a

salvo. Todavía no salía yo, cuando doña Leonor, mi tía, fué a verse con don Jorge y le propuso mi casamiento con doña Elena. Consintió en este enlace, tanto más gustoso cuanto que entonces miraba a don Agustín como a un hombre a quien quizá no volvería a ver más. El buen viejo recelaba que su hija tendría repugnancia a casarse conmigo a causa de que el primo la Higuera había tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para granjear su cariño; pero se mostró tan dispuesta a obedecer en este punto a su padre, que de aquí podemos inferir que en España, como en todas partes, es afortunado con las mujeres el último que llega.

»Luego que pude hablar a solas con Felicia, supe hasta qué extremo había afligido a su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo que, no dudando ya ser el Paris de mi Elena, bendecía yo mi herida, pues había tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del señor don Jorge para hablar a su hija en presencia de la criada. ¡Qué gustosa fué esta conversación para mí! Tanto supliqué y de tal manera insté a la señorita a que me dijese si su padre violentaba su inclinación concediéndome su mano, que me confesó que no la debía solamente a su obediencia. A vista de esta halagüeña declaración, sólo pensé en agradar y en inventar galanteos mientras llegaba el día de la boda, que había de celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaban para lucirlo.

»Di con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenía mi tía cerca de la ciudad del lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se había dispuesto por mi orden un concierto de voces e instrumentos y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Cuando

estábamos a mitad de la comedia, entraron a decirme que estaba en la antesala un hombre que quería hablarme de un negocio muy interesante para mí. Me levanté de la mesa para ir a ver quién era y me encontré con un desconocido, que me pareció ser un ayuda de cámara, el que me entregó un billete, que abrí, y contenía estas palabras: «Si estimáis el honor como debe un caballero de vuestra Orden, no dejéis mañana por la mañana de ir a la llanura de Monroy, en donde encontraréis a un sujeto que quiere daros satisfacción de la ofensa que os ha hecho y poneros, si puede, fuera de estado de casaros con doña Elena.—*Don Agustín de la Higuera.*»

»Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el pundonor tiene todavía más. No pude leer el billete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de don Agustín se encendió en mis venas un fuego que casi me hizo olvidar las obligaciones indispensables de aquel día. Tuve tentaciones de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante, me contuve, temiendo turbar la función, y dije al que me había traído la carta: «Amigo mío, podéis decir al caballero que os envía que deseo demasiado renovar con él el combate para no hallarme mañana, antes que salga el sol, en el sitio que me señala.»

»Después de haber despachado al mensajero con la respuesta volví a reunirme con mis convidados y me senté a la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba, y lo restante del día aparenté estar entretenido como los otros con la diversión de la fiesta, la cual se acabó a media noche. La concurrencia se separó y todos se retiraron a la ciudad del mismo modo que habían venido, menos yo, que me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente, pero no era por otro motivo sino para acudir más pronto al sitio de la cita. En lugar de

acostarme, aguardé con impaciencia a que amaneciera, e inmediatamente monté en el mejor caballo que tenía y partí solo, como para pasearme en el campo. Caminé hacia Monroy, en cuya llanura descubrí a un hombre a caballo que venía a mí a rienda suelta; yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y así, bien presto nos encontramos y vi que era mi rival. «Caballero—me dijo con insolencia—, vengo, a pesar mío, a pelear segunda vez con usted; pero la culpa es vuestra. Después del lance de la música debió usted renunciar voluntariamente a la hija de don Jorge o saber que si usted persistía en el designio de obsequiarla nuestros debates no habían cesado.» «Usted se ha ensoberbecido—le respondí—del logro de una ventaja que quizá debió menos a su destreza que a la obscuridad de la noche. Usted se olvida de que las victorias no son siempre de uno.» «Siempre son mías—replicó con arrogancia—, y voy a hacer ver a usted que así de día como de noche sé castigar a los atrevidos que estorban mis intentos.»

»A estas altaneras palabras sólo respondí echando pie a tierra, lo cual hizo también don Agustín. Atamos los caballos a un árbol y principiamos a reñir con igual denuedo. Confieso ingenuamente que tenía que pelear con un enemigo que sabía manejar las armas con más destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima, y así, no podía exponer yo mi vida a mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al más fuerte le venza el más débil, mi rival recibió una estocada en el corazón, a pesar de su destreza, y cayó muerto.

»Volví al instante a la casa de recreo, en donde conté lo que había pasado a mi criado, cuya fidelidad conocía. Díjele después: «Mi amado Ramiro, antes que la justicia sepa el caso, toma un buen caballo y ve a

informar a mi tía del suceso; pídele de mi parte dinero y joyas para mi viaje y ven a buscarme a Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la ciudad, me encontrarás.»

»Ramiro evacuó su comisión con tanta presteza que llegó a Plasencia tres horas después que yo. Díjome que doña Leonor se había alegrado más que no afligido de un combate que reparaba la afrenta que había yo recibido en el primero y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenía para que viajara cómodamente por países extranjeros mientras ella componía mi asunto.

»Para omitir las circunstancias superfluas, diré que atravesé por Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia a embarcarme en Denia. Pasé a Italia, en donde me puse en estado de recorrer las cortes y presentarme en ellas con decencia.

»Mientras que lejos de mi Elena pensaba yo en engañar mi amor y tristezas lo más que me era posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su familia contra mí por la muerte de la Higuera, deseaba, al contrario, cesasen por una pronta compostura y acelerasen mi regreso. Ya habían pasado seis meses, y creo que su constancia habría vencido siempre al tiempo si sólo hubiera tenido que luchar con éste, pero tenía todavía enemigos más poderosos. Don Blas de Cambados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, pasó a Coria a recoger una rica herencia que le había disputado en vano don Miguel de Caprara, su primo, y se avecindó allí por haberle parecido aquel país más agradable que el suyo. Cambados era bien plantado, parecía afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad y supo

los asuntos de unos y de otros.

»No estuvo mucho tiempo sin saber que don Jorge tenía una hija cuya peligrosa hermosura parecía no inflamar a los hombres sino para su desgracia, cosa que excitó su curiosidad. Quiso ver a una señora tan temible, y habiendo buscado a este efecto la amistad de su padre, consiguió ganarla tan bien, que el viejo, mirándole ya como a yerno, le dió entrada en su casa, con permiso de hablar en su presencia a doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse de ella; esto era inevitable. Se declaró con don Jorge, quien le dijo que accedía a su pretensión, pero que no quería precisar a su hija, y que así, la dejaba dueña de la elección. En seguida se valió don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agradarla; pero estaba tan prendada de mí, que no le dió oídos. Felicia, sin embargo, se había interesado por aquel caballero, habiéndola obligado éste con regalos a contribuir a su amor, y así, empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte, el padre ayudaba a la criada con reconvenciones, y, con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar a doña Elena, sin poder reducirla a olvidarme.

»Viendo Cambados que don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él, les propuso un arbitrio para vencer la obstinación de una amante tan apasionada. «Ved aquí—les dijo—lo que he pensado: fingiremos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la que, después de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: «Poco tiempo hace que llegó a la corte de Parma un caballero español, llamado don Gastón de Cogollos. Dice ser sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria, llamada doña Leonor de Lajarilla, y pretende casarse con la hija de un señor poderoso, pero no

quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo a usted. Dígame, le suplico, si conoce a este don Gastón y en qué consisten los bienes de su tía. La respuesta de usted decidirá este enlace.—Parma, etc.»

»Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados; la criada, aún menos escrupulosa que el buen hombre, la aplaudió mucho. La ficción les pareció tanto mejor cuanto que conocían la altivez de Elena, la cual, como no llegara a sospechar el fraude, era una mujer capaz de resolverse a abrazar el partido que le proponían. Don Jorge tomó a su cargo el anunciarle por sí mismo mi inconstancia, y, para que pareciera la cosa más natural, hacerle hablar al mercader que había recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habían formado. El padre, alterado y aparentando enojo y despecho, le dijo: «Hija mía Elena, nada más te diré sino que nuestros parientes todos los días claman sobre que jamás permita entre en nuestra familia al homicida de don Agustín, y hoy tengo otra razón más poderosa para alejarte de don Gastón. ¡Avergüénzate de serle tan fiel! Es un voltario, un pérfido, y ve aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia.» Asustada Elena, tomó el fingido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus expresiones y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura le hizo después verter algunas lágrimas; pero recobrando presto su orgullo, las enjugó y dijo con entereza a su padre: «Señor, usted que ha sido testigo de mi flaqueza séalo también de la victoria que voy a conseguir sobre mí. ¡Ya se acabó! Don Gastón es ya despreciable a mis ojos; en él sólo veo al hombre más indigno de este mundo. ¡No hablemos más de él! ¡Vamos, nada me detiene ya! Dispuesta

estoy a dar la mano a don Blas. ¡Ojalá que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor!» Don Jorge, enajenado de alegría al oír estas palabras, abrazó a su hija, alabó la esforzada resolución que tomaba y, aplaudiéndose del feliz éxito de la estratagema, se dió prisa a cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron a doña Elena, la que se entregó precipitadamente a Cambados, sin querer escuchar al amor que le hablaba por mí en su corazón ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una amante. Impelida de su orgullo, sólo dió oídos a su vanidad, y el resentimiento de la injuria que imaginaba había yo hecho a su hermosura superó al interés de su amor. Sin embargo, pasados algunos días después de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado. Se le previno entonces que la carta del mercader podía haber sido fingida, y esta sospecha la inquietó; pero el enamorado don Blas no daba lugar a que su mujer alimentase ideas contrarias a su reposo y no pensaba mas que en divertirla, lo que conseguía con repetidos placeres que tenía arte para inventar.

»Ella parecía vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso y reinaba entre ambos una perfecta unión, cuando mi tía compuso mi asunto con los parientes de don Agustín, de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio, en la Calabria Ulterior. Pasé a Sicilia, de allí a España, y, llevado en alas del amor, llegué en fin a Coria. Doña Leonor, que no me había escrito el casamiento de la hija de don Jorge, me lo notició a mi llegada, y viendo que me afligía, dijo: «Haces mal, sobrino mío, de mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Créeme: destierra del corazón y de la memoria a una persona que ya no es digna de ocuparlos.»

»Como mi tía ignoraba que habían engañado a doña Elena, tenía razón para hablarme así y no podía darme un consejo más discreto, por lo que me prometí seguirlo, o a lo menos aparentar un aire indiferente si no era capaz de vencer mi pasión. Sin embargo, no pude resistir al deseo de saber de qué modo se había concertado este casamiento y, para enterarme, resolví ver a la amiga de Felicia, es decir, a la señora Teodora, de quien ya os he hablado. Fuí a su casa, en donde casualmente encontré a Felicia, la cual, estando muy ajena de verme, se turbó y quiso retirarse por evitar la averiguación que juzgó querría yo hacer. La detuve y le dije: «¿Por qué huís de mí? ¿No está contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Os ha prohibido escuchar mis quejas? ¿O tratáis solamente de evitar mi presencia por haceros un mérito con la ingrata de haberos negado a oírlas?»

«Señor—me respondió la criada—, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo veros sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido y yo he tenido la desgracia de ser cómplice en la seducción. A vista de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme a usted?» «¡Oh cielos!—repliqué yo con sorpresa—. ¿Qué me dices? ¡Explícate con más claridad!» Entonces la criada me contó punto por punto la estratagema de que se había valido Cambados para robarme a doña Elena, y advirtiendo que su narración me atravesaba el alma, se esforzó a consolarme. Me ofreció sus buenos oficios para con su ama; me prometió desengañarla y pintarle mi desesperación; en una palabra, no omitir nada para suavizar el rigor de mi suerte; en fin, me dió esperanzas que mitigaron algún tanto mis penas.

»Dejando a un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de

parte de doña Elena para que consintiera en verme, al fin pudo conseguirlo y resolvieron entre ellas que me introducirían secretamente en casa de don Blas la primera vez que éste saliese para una hacienda, adonde iba de tiempo en tiempo a cazar y en la que se detenía por lo común un día o dos. Este designio no tardó en ejecutarse; el marido se ausentó, de lo que advertido yo, fuí introducido en el cuarto de su mujer.

»Quise principiar la conversación con reconvenciones, pero ella me hizo callar diciéndome: «Es inútil traer a la memoria lo pasado; aquí no se trata de enternecernos uno y otro, y os engañáis si me creéis dispuesta a halagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado mi consentimiento para esta secreta entrevista ni he cedido a las instancias que se me han hecho sino para deciros de viva voz que en adelante no debéis pensar mas que en olvidarme. Quizá viviría yo más satisfecha de mi suerte si ésta se hubiese unido a la vuestra; pero ya que el Cielo lo ha dispuesto de otra manera, quiero obedecer sus decretos.»

«Pues qué, señora—le respondí—, ¿no basta el haberos perdido? ¿No basta ver al dichoso don Blas poseer pacíficamente la única persona que soy capaz de amar, sino que también debo desterraros de mi pensamiento? ¡Queréis privarme de mi amor y quitarme el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensáis que sea posible que un hombre a quien robasteis el corazón vuelva a recobrarle? ¡Conoceos más bien que os conocéis y dejaos de exhortarme en vano a que os borre de mi memoria!» «Está bien—replicó ella con precipitación—; pues cesad vos también de esperar que yo corresponda a vuestra pasión con algún agradecimiento. Sólo una palabra tengo que deciros: la esposa de don Blas no será la amante de don Gastón. Caminad sobre este supuesto. Retiraos—añadió—y acabemos

prontamente una conversación de que me reprendo a mí misma, a pesar de la pureza de mis intenciones, y que miraría como un crimen si la prolongase.»

»Al oír estas palabras, que me privaban de toda esperanza, me arrojé a los pies de doña Elena; habléle con la mayor ternura y empleé hasta lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de excitar acaso algunos afectos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar y que sacrificó a su deber. Después de haber apurado infructuosamente las expresiones amorosas, los ruegos y las lágrimas, mi cariño se convirtió de repente en furor y saqué la espada con intento de atravesarme con ella a presencia de la inexorable Elena, que apenas advirtió mi acción cuando se arrojó a mí para precaver sus consecuencias. «¡Deteneos, Cogollos!—me dijo—. ¿Es este el modo que tenéis de mirar por mi reputación? Quitándoos así la vida, vais a deshonrarme y hacer pasar a mi marido por un asesino.»

»En la desesperación de que estaba dominado, muy lejos de atender a estas palabras como debía, no pensaba mas que en burlar los esfuerzos que hacían el ama y la criada para salvarme de mi funesta mano. Sin duda hubiera conseguido demasiado pronto mi intento si don Blas, que estaba avisado de nuestra entrevista y que en lugar de ir a su hacienda se había escondido detrás de un tapiz para oír nuestra conversación, no hubiera acudido corriendo a unirse a ellas. «¡Señor don Gastón—exclamó, deteniéndome el brazo—, recóbrese usted y no se rinda cobardemente al furioso enajenamiento que le agita!»

»Yo interrumpí a Cambados diciéndole: «¿Es usted quien me impide ejecutar mi resolución, cuando debiera atravesar mi pecho con un puñal?

Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿No basta que me sorprendáis de noche en el cuarto de vuestra esposa? ¿Se necesita más para excitar vuestra venganza? ¡Traspasadme para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar a doña Elena sino cesando de vivir!» «En vano—me respondió don Blas—procura usted interesar mi honor para que le dé la muerte. Bastante castigado queda usted de su temeridad, y yo agradezco tanto a mi esposa sus sentimientos virtuosos, que le perdono la ocasión en que los ha manifestado. Creedme, Cogollos—añadió—, no os desesperéis como un débil amante; someteos con valor a la necesidad.»

»El prudente gallego, con estas y otras semejantes expresiones, calmó poco a poco mi arrebato y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de alejarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos días después me volví a Madrid, en donde, no queriendo ya ocuparme sino en el cuidado de mi fortuna, comencé a presentarme en la corte y a ganar en ella amigos. Pero he tenido la desgracia de contraer una estrecha amistad con el marqués de Villarreal, gran señor portugués, el cual, por haberse sospechado de él que pensaba en libertar a Portugal del dominio de los españoles, está hoy en el castillo de Alicante. Como el duque de Lerma ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor, me ha hecho también prender y conducir aquí. Este ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto, ultraje que es más sensible para un hombre noble y castellano.»

Aquí cesó de hablar don Gastón y yo le consolé diciendo: «Caballero, el honor de usted no puede recibir lesión alguna en esta desgracia, la cual en adelante sin duda será a usted de provecho. Cuando el duque de Lerma se entere de su inocencia, no dejará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinión de un caballero acusado injustamente de

traición.»

* * *

# Capítulo VII

**Escipión va a la torre de Segovia a ver a Gil Blas y le da muchas noticias.**

Tordesillas, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversación diciéndome: «Señor Gil Blas, acabo de hablar con un mozo que se ha presentado a la puerta de esta prisión y preguntado si estaba usted preso; y no habiéndole querido dar respuesta, me dijo llorando: «¡Noble alcaide, no desprecie usted mi humilde súplica; dígame si el señor Santillana está aquí! Soy su principal criado, y si me permite verle hará en ello una obra de caridad. En Segovia está usted tenido por un hidalgo compasivo, y así, espero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es más infeliz que culpado.» En fin—continuó don Andrés—, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver a usted, que le he prometido darle a la noche este gusto.»

Aseguré a Tordesillas que el mayor placer que podía darme era traerme aquel joven, quien probablemente tendría que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver a mi fiel Escipión, porque no dudaba fuese él, y, a la verdad, no me engañaba. A la caída del día se le dió entrada en la torre, y su gozo, que solamente podía igualarse con el mío, se mostró al verme con arrebatos extraordinarios. Yo, con el

júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfacción que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté a Escipión en qué estado había dejado mi casa. «Ya no tiene usted casa—me respondió—, y para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas voy a decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Vuestros muebles han sido saqueados, tanto por los ministros como por los criados de usted, los cuales, mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado a cuenta de sus salarios cuanto han podido llevar. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos grandes talegos de doblones de a ocho que saqué del cofre y puse en salvo. Salero, a quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá cuando salgáis de la torre, en donde no creo estéis mucho tiempo a expensas de su majestad, pues habéis sido preso sin conocimiento del duque de Lerma.»

Pregunté a Escipión de dónde sabía que su excelencia no tenía parte en mi desgracia. «¡Ah! Ciertamente—me respondió—, de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mío, confidente del duque de Uceda, me ha contado todas las particularidades de vuestra prisión. Me ha dicho que, habiendo descubierto Calderón por medio de un criado que la señora Sirena, usando de otro nombre, recibía de noche al príncipe de España, y que el conde de Lemos manejaba esta trama valiéndose del señor de Santillana, había resuelto vengarse de ellos y de su querida, para cuyo logro, dirigiéndose secretamente al duque de Uceda, se lo descubrió todo, y que alegre éste de que se le hubiese presentado tan bella ocasión de perder a su enemigo, no dejó de aprovecharla, informando al rey de lo que había

sabido y haciéndole presente con eficacia los peligros a que el príncipe se había expuesto. Indignado su majestad de esta noticia, mandó poner en la casa de las Recogidas a Sirena, desterró al conde de Lemos y condenó a Gil Blas a una prisión perpetua. Vea usted aquí—prosiguió Escipión—lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve usted que su desgracia es obra del duque de Uceda, o más bien de don Rodrigo Calderón.»

Esta relación me hizo creer que con el tiempo podrían componerse mis asuntos y que el duque de Lerma, resentido del destierro de su sobrino, todo lo pondría en movimiento para hacerle volver a la corte, y me lisonjeaba de que su excelencia no me olvidaría. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pérdida de mis efectos y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prisión como una habitación desdichada, en donde quizá había de acabar mis días, me pareció un medio de que se valía la Fortuna para elevarme a un gran puesto. Mi fantasía discurría del modo siguiente: los allegados del primer ministro son don Fernando de Borja, el padre Jerónimo de Florencia y sobre todo fray Luis de Aliaga, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el favor de estos poderosos amigos, su excelencia destruirá sus enemigos, o, por otra parte, el Estado acaso mudará presto de semblante. Su Majestad está muy achacoso, y así que muera, la primera cosa que hará el príncipe su hijo será llamar al conde de Lemos, quien me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al monarca, el que, para compensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado así con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentía los males presentes. Creo también que los dos talegos de doblones que mi secretario había depositado en casa del platero contribuyeron tanto como

la esperanza para consolarme prontamente.

El celo e integridad de Escipión me habían agradado mucho y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que había salvado del pillaje, lo que rehusó. «Espero de usted—me dijo—otra señal de reconocimiento.» Admirado tanto de sus palabras como de que rehusara la oferta, le pregunté qué podía hacer por él. «No nos separemos—me respondió—; permita usted que una mi fortuna con la suya. Jamás he tenido a ningún amo el amor que tengo a usted.» «Y yo, hijo mío—le dije—, puedo asegurarte que no amas a un ingrato. Desde el punto en que te presentaste para servirme, gusté de ti; posible es que ambos hayamos nacido bajo los signos de Libra o Géminis, que, según dicen, son las dos constelaciones que unen a los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones, y para dar principio a ella voy a pedir al señor alcaide te encierre conmigo en esta torre.» «Eso es lo que quiero—exclamó—; usted me ha adivinado el pensamiento e iba a suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio más vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir a Madrid a adquirir noticias a la covachuela y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda serle a usted favorable, de modo que en mí tendrá usted a un mismo tiempo un confidente, un correo y un espía.»

Estas ventajas eran demasiado considerables para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo a un hombre tan útil, con licencia del generoso alcaide, que no me quiso negar tan dulce consuelo.

* * *

# Capítulo VIII

**Del primer viaje que hizo Escipión a Madrid; cuál fué el motivo y éxito de él. Dale a Gil Blas una enfermedad y resultas que tuvo.**

Aunque comúnmente decimos que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda en que, cuando nos son fieles y afectos, son nuestros mejores amigos. La inclinación que Escipión me había manifestado me hacía mirarle como a mi misma persona. Así, ya no hubo subordinación ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiendo y durmiendo juntos.

La conversación de Escipión era muy divertida, y con razón se le podía haber llamado el hombre de buen humor. Además era discreto y me iba bien con sus consejos. Un día le dije: «Amigo mío, me parece no sería malo que yo escribiese al duque de Lerma; esto no puede producir mal efecto. ¿Qué te parece a ti?» «Ya estoy—respondió—; pero los grandes se mudan tanto de un instante a otro, que no sé cómo recibirá vuestra carta. No obstante, soy de dictamen que no se pierde nada en que escribáis, pero con maña. Aunque el ministro os estima, no fiéis por eso en que se acordará de vos. Esta suerte de protectores fácilmente olvida a aquellos de quienes ya no oyen hablar.»

«Aunque eso es muy cierto—le repliqué—, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido de que se compadece de mis penas y que siempre las tiene presentes. A la cuenta, espera para sacarme de la prisión que se aplaque la cólera del rey.» «Sea enhorabuena—respondió—; yo me alegraré que el juicio que usted hace de su excelencia sea verdadero. Implore usted su patrocinio por medio de una carta muy expresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia mano.» Pedí papel y tintero y compuse un trozo de elocuencia que a Escipión le pareció patético y Tordesillas juzgó superior a las mismas homilías del arzobispo de Granada.

Yo me lisonjeaba de que el duque de Lerma se compadecería al leer la triste pintura que le hacía del miserable estado en que no estaba, y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apenas llegó a Madrid cuando fué a casa del ministro. Encontró a uno de mis amigos, ayuda de cámara, que le facilitó ocasión de hablar al duque, a quien dijo, presentándole el pliego que llevaba: «Señor, uno de los más fieles criados de su excelencia, el cual duerme sobre paja en un obscuro calabozo de la torre de Segovia, le suplica muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros.» El ministro la abrió y leyó; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazón más duro, lejos de mostrarse compadecido, levantó la voz y dijo al correo delante de algunas personas que podían oírlo: «Amigo, diga usted a Santillana que es mucha osadía el recurrir a mí después de la acción perversa que ha cometido y por la cual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno, que ya no debe contar con mi apoyo y a quien abandono al resentimiento del rey.»

Escipión, sin embargo de su desahogo, se quedó turbado de oír hablar de esta suerte al ministro; pero, a pesar de su turbación, no dejó de interceder por mí. «Señor—replicó—, aquel pobre preso morirá de dolor cuando sepa la respuesta de vuestra excelencia.» El duque no respondió a mi intercesor sino mirándole de sobre ojo y volviéndole la espalda. Así me trataba este ministro para disimular mejor la parte que había tenido en la amorosa intriga del príncipe de España, y esto es lo que deben esperar todos los agentes inferiores de quienes se valen los grandes señores en sus secretos y peligrosos manejos.

Cuando mi secretario volvió a Segovia y me contó el resultado de su comisión, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer día de mi prisión y aun me creí más desgraciado faltándome la protección del duque de Lerma. Decaí de ánimo, y por más que me dijeron para consolarme, todo fué inútil; atormentáronme otra vez los pesares, de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor alcaide, que se interesaba en mi salud, creído de que para recobrarla era lo mejor llamar médicos, me trajo dos que tenían traza de ser unos celosos servidores de la diosa Libitina. «Señor Gil Blas—me dijo al presentármelos—, vea usted aquí dos Hipócrates que vienen a visitarle y que dentro de poco le pondrán bueno.» Era tal la oposición que tenía yo a estos doctores, que seguramente los habría recibido muy mal si me hubiera quedado algún apego a la vida; pero me sentía tan cansado de ella, que agradecí a Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

«Caballero—me dijo uno de los médicos—, es necesario ante todas cosas que usted tenga confianza en nosotros.» «La tengo muy grande—le respondí—, pues estoy cierto de que con la asistencia de ustedes quedaré

curado de todos mis males en pocos días.» «Sí—respondió—, lo quedará usted mediante Dios, y nosotros haremos a lo menos lo que esté de nuestra parte para ello.» En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que a ojos vistas me iban llevando a la sepultura. Desconfiado ya don Andrés de mi curación, hizo venir un religioso de San Francisco para que me ayudase a bien morir. El buen padre, después de haber hecho su deber, se retiró, y yo, viéndome en mi última hora, hice señas a Escipión para que se acercara a mi cama. «Amado amigo mío—le dije con una voz casi apagada; tal era la debilidad que las medicinas y sangrías me habían causado—, de los dos talegos que hay en casa de Gabriel, te dejo uno y te suplico lleves el otro a Asturias a mis padres, quienes, si todavía viven, estarán necesitados. Pero, ¡ay de mí, temo mucho que no han de haber podido sobrevivir a mi ingratitud! Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el Cielo los ha conservado a pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el talego de doblones, suplicándoles me perdonen mi mala correspondencia, y si han muerto te encargo emplees el dinero en pedir al Cielo por el descanso de sus almas y la mía.» Diciendo esto, le alargué una mano, que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra; tal era la aflicción que tenía el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba, pues, experimentar el trance de la muerte, y, no obstante, me engañé. Habiéndome desahuciado mis doctores y dejado campo libre a la naturaleza, ésta fué la que me sacó del peligro. La calentura, que, según su pronóstico, debía llevarme al otro mundo, quiso desmentirlos y me dejó. Poco a poco me restablecí con la mayor felicidad y un perfecto sosiego de

espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entonces no necesité de consuelo; antes bien, miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte, y, vuelto en mí mismo, bendecía mi desgracia y daba gracias al Cielo, como si me hubiese hecho un favor particular, e hice firme propósito de no volver más a la corte, aun cuando el duque de Lerma quisiese llamarme a ella, con ánimo, si salía de la prisión, de comprar una casa de campo y vivir en ella como un filósofo.

Escipión aprobó mi pensamiento y me dijo que, para que tuviese efecto cuanto antes, pensaba volver a Madrid a solicitar mi soltura. «Me ha ocurrido una cosa—añadió—. Conozco a una persona que podrá servirnos, y es la criada favorita del ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento. Voy a que hable a su ama y a poner todos los medios imaginables para sacar a usted de esta torre, en donde, aunque se le dé el mejor trato, siempre es prisión.» «Dices bien—le respondí—. Vé, amigo mío, sin perder tiempo, a dar principio a esa diligencia. ¡Pluguiese al Cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro!»

* * *

# Capítulo IX

**Escipión vuelve a Madrid; cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas; adónde fueron los dos después de haber salido de la torre de Segovia y conversación que tuvieron.**

Salió, pues, Escipión para Madrid, y yo, ínterin volvía, me dediqué a la lectura. Tordesillas me suministraba más libros de los que yo quería, los que le prestaba un comendador viejo que no sabía leer, pero que, queriendo hacer ostentación de hombre sabio, tenía una gran librería. Sobre todo me agradaban las buenas obras morales, porque encontraba en ellas a cada momento pasajes que lisonjeaban mi aversión a la corte y la afición que había cobrado a la soledad.

Tres semanas estuve sin oír hablar de mi agente, el cual volvió en fin y me dijo muy contento: «¡Ahora sí, señor de Santillana, que traigo a usted buenas nuevas! La señora ama ha tomado cartas por usted. Su criada, a mis ruegos, y mediante cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla a que pida al príncipe solicite vuestra soltura, y éste, que, como otras veces he dicho a usted, nada le niega, ha prometido hablar al rey su padre a fin de conseguirla. He venido a toda prisa a decíroslo y con la misma vuelvo a dar la última mano a mi obra.» Diciendo esto me dejó y

volvió a tomar el camino de la corte.

No fué largo su tercer viaje. Al cabo de ocho días estuvo de vuelta y me dijo que el príncipe había, aunque no sin trabajo, obtenido del rey mi libertad, lo cual en el mismo día me confirmó el señor alcaide, quien vino a decirme abrazándome: «Mi amado Gil Blas, gracias al Cielo, usted ya está libre y tiene abiertas las puertas de esta prisión; pero las dos condiciones con que se le concede a usted esta libertad quizá le darán mucha pena y siento verme en la obligación de hacérselas saber. Su Majestad prohibe a usted se presente en la corte y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de gran mortificación el que se le prohiba a usted ir a la corte.» «Pues yo estoy muy contento—le respondí—. ¡Bien sabe Dios lo que pienso de ella! Sólo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.»

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos el día siguiente mi confidente y yo, después de haberme despedido de Cogollos y dado mil gracias a Tordesillas por todos los favores que me había hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales había quinientos doblones de a ocho. En el camino me dijo mi compañero: «Si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, a lo menos habrá para una mediana.» «Yo me daría por feliz—le respondí—aun cuando no tuviese mas que una choza; en ella estaría contento con mi suerte. Aunque apenas he llegado a la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que sólo quiero vivir para mí. Además de esto, te digo que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea que me embelesa y hace que los goce con anticipación. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que

oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos; que unas veces creo divertirme en la caza y otras en la pesca. Imagínate, amigo mío, los diferentes recreos que nos esperan en la soledad y tendrás tanta complacencia como yo. En orden a nuestro sustento, el más simple será el mejor; un pedazo de pan podrá satisfacernos cuando nos atormente el hambre, y el apetito con que lo comamos nos le hará parecer muy sabroso. El deleite no consiste en la bondad de los alimentos exquisitos, sino en nosotros, y esto es tanta verdad como que mis comidas más delicadas no son aquellas en que veo reinar el arte y la abundancia. La frugalidad es una fuente de delicias maravillosa para conservar la salud.»

«Con el permiso de usted, señor Gil Blas—me interrumpió mi secretario—, yo no soy enteramente de su opinión sobre la supuesta frugalidad con que usted quiere obsequiarme. ¿Por qué nos hemos de mantener como unos Diógenes? Aun cuando comamos bien, no caeremos enfermos por eso. Créame usted: ya que tenemos, gracias a Dios, con qué vivir cómodamente en nuestro retiro, no le hagamos la mansión del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una hacienda, será preciso abastecerla de buenos vinos y de todas las demás provisiones convenientes a personas de entendimiento, que no dejan el trato humano para renunciar a las comodidades de la vida, sino más bien para gozarlas con más quietud. *Lo que cada uno tiene en su casa*—dice Hesíodo—*no daña, en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale más—añade—tener uno en su casa las cosas necesarias que desear tenerlas.*»

«¡Qué diablos es eso, señor Escipión!—interrumpí—. ¿Usted ha manejado los poetas griegos? ¡Hola! ¿En dónde leyó usted a Hesíodo?» «En casa de un sabio—respondió—. Serví algún tiempo en Salamanca a

un pedante que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos componía un grueso volumen recopilando pasajes hebreos, griegos y latinos, que extractaba de los libros de su biblioteca y traducía al castellano. Como yo era su amanuense, he retenido no sé cuántas sentencias, todas tan notables como las que acabo de citar.» «Siendo así—le repliqué—, tienes la memoria bien adornada. Pero, viniendo a nuestro proyecto, ¿en qué reino de España te parece del caso que fijemos nuestra residencia filosófica?» «Yo opino por Aragón—respondió mi confidente—; allí encontraremos sitios muy amenos, en donde podremos pasar una vida deleitosa.» «Está bien—le dije—, sea así. Detengámonos en Aragón; consiento en ello. ¡Ojalá descubramos una morada que me proporcione todos los placeres con que se recrea mi imaginación!»

* * *

# Capítulo X

**De lo que hicieron al llegar a Madrid; a quién encontró Gil Blas en la calle, y de lo que siguió a este encuentro.**

Luego que llegamos a Madrid fuimos a apearnos a una pequeña posada, en la cual se había alojado Escipión en sus viajes. Lo primero que hicimos fué ir a casa de Salero a recoger nuestros doblones. Recibiónos muy bien; me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad. «Aseguro a usted—añadió—que he sentido mucho su desgracia, la cual me ha disgustado de la amistad de las gentes de la Corte, cuyas fortunas están muy en el aire. He casado a mi hija Gabriela con un rico mercader.» «Usted ha obrado con juicio—le respondí—. Además de que este partido es más sólido, un plebeyo que llega a ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.»

Después, mudando de conversación y viniendo a nuestro asunto, proseguí: «Señor Gabriel, háganos usted el favor, si gusta, de entregarnos los dos mil doblones que...» «Vuestro dinero está pronto—interrumpió el platero, el cual, habiéndonos hecho pasar a su gabinete, nos mostró dos talegos en los cuales había unos rótulos que decían: «Estos talegos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana.»—. Ved aquí—me dijo—el

depósito tal como se me confió.»

Di gracias a Salero del favor que me había hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos a la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cincuenta doblones que se habían gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensamos mas que en disponernos para ir a Aragón. Mi secretario tomó a su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo a estas compras encontré al barón de Steinbach, aquel oficial de la guardia alemana en cuya casa se había criado don Alfonso.

Saludé a este caballero alemán, quien, habiéndome también conocido, se vino a mí y me abrazó. «Me alegro en extremo—le dije—de ver a su señoría en tan buena salud y al mismo tiempo de tener ocasión de saber de mis amados señores don César y don Alfonso de Leiva.» «Puedo dar a usted noticias suyas muy ciertas—me respondió—, pues ambos están actualmente en Madrid y en mi casa. Tres meses hace que vinieron a la corte a dar gracias al rey de un empleo que su majestad ha conferido a don Alfonso en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al Estado; le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que le haya pedido este cargo ni solicitándolo por otra persona. No se ha hecho una gracia más espontánea, lo cual prueba que nuestro monarca gusta de recompensar el valor.»

Aunque yo sabía mejor que Steinbach el origen de esto, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba y sí un deseo tan vivo de saludar a mis antiguos amos, que para satisfacerlo me condujo inmediatamente a su casa. Yo quería probar a don Alfonso y juzgar por su recibimiento si me

estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dejó el juego y se vino a mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos me dijo en un tono que manifestaba una ingenua alegría: «¡Santillana! ¡Conque al fin vuelvo a verte! ¡Estoy loco de contento! No ha estado en mi mano el que no hayamos permanecido siempre juntos; yo te rogué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mis ruegos. No obstante, no te lo imputo a delito; antes bien, te agradezco el motivo de tu ida; pero desde entonces debieras haberme escrito y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado don Fernando me había escrito que estabas. Después de esta ligera reconvención—continuó—, dime qué haces en Madrid. Regularmente tendrás aquí algún empleo. Ten por cierto que me intereso ahora más que nunca en tu bien.» «Señor—le respondí—, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto de bastante consideración. Tenía la honra de ser secretario y confidente del duque de Lerma.» «¡Es posible!—exclamó don Alfonso con grande asombro—. ¡Qué! ¿Has merecido tú la confianza de este primer ministro?» «Logré su favor—respondí—y le perdí del modo que voy a decir.» Entonces le conté toda esta historia y concluí mi narrativa exponiéndole la determinación que había tomado de comprar, con lo poco que me quedaba de mi prosperidad pasada, una pobre choza para pasar en ella una vida retirada.

El hijo de don César, después de haberme oído con mucha atención, me dijo: «Mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido y ahora más que nunca. Pues el Cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero que no seas más tiempo juguete de la fortuna. Para

libertarte de su poder, te quiero dar una hacienda que no podrá quitarte, y pues estás determinado a vivir en el campo, te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria, distante cuatro leguas de Valencia, que ya has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin incomodarnos, y me atrevo a asegurar que mi padre no desaprobará esta determinación y que Serafina recibirá en ello gran contento.»

Me arrojé a los pies de don Alfonso, quien al momento me hizo levantar; le besé la mano y, más enamorado de su buen corazón que de su beneficio, le dije: «Señor, vuestras finezas me cautivan. El don que me hacéis me es tanto más agradable cuanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho a ustedes y más bien quiero deberlo a su generosidad que a su gratitud.» Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oía y no pudo menos de preguntarme de qué favor le hablaba. Díjeselo con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiración. Estaba muy lejos de pensar, como el barón de Steinbach, que el Gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediación mía. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dijo: «Gil Blas, pues que te debo mi empleo, no quiero darte sólo la pequeña hacienda de Liria: quiero agregar a ella dos mil ducados de renta al año.»

«¡Alto ahí, señor don Alfonso!—interrumpí—. ¡No despierte usted mi codicia! Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como harto lo tengo experimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo. Por otra parte, esto me es suficiente, y, lejos de desear más, primero consentiré en perder todo lo que hay de superfluo en lo que poseo. Las riquezas son una carga en un retiro en donde sólo se busca la tranquilidad.»

Don César llegó cuando estábamos en esta conversación. No manifestó al verme menos alegría que su hijo, y cuando supo el motivo del agradecimiento a que me estaba obligada su familia, se empeñó en que había de aceptar yo la renta, lo cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me condujeron a casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donación, que ambos firmaron con más gusto que si fuera un instrumento a favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya y que fuese cuando quisiese a tomar posesión de ella. Después se volvieron a casa del barón de Steinbach y yo fuí volando a la posada, en donde dejé pasmado a mi secretario cuando le dije que teníamos una hacienda en el reino de Valencia y le conté el modo como acababa de adquirirla. «¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad?», me dijo. «Quinientos ducados de renta—le respondí—, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto, por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada a la orilla del Guadalaviar, en una aldea de cinco o seis vecinos y en un país hermosísimo.»

«Lo que me gusta mucho—exclamó Escipión—es que tendremos allí caza, vino de Benicarló y excelente moscatel. ¡Vamos, amo mío, démonos prisa a dejar el mundo y llegar a nuestra ermita!» «No tengo menos deseo que tú—le respondí—de estar allá; pero antes es preciso hacer un viaje a Asturias, porque mis padres no deben de hallarse en buen estado. Quiero ir a verlos y llevármelos a Liria, en donde pasarán sus últimos días con descanso. Acaso me habrá el Cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaría.» Escipión apoyó mucho mi determinación y aun me excitó a ejecutarla. «No perdamos tiempo—me

dijo—; ya tengo carruaje. Compremos prontamente mulas y tomemos el camino de Oviedo.» «Sí, amigo mío—le respondí—, marchemos cuanto antes. Me es indispensable repartir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos versos latinos:

Inveni portum: Spes et Fortuna, valete:
Sat me ludistis; ludite nunc alios[1].»

* * *

Notas

1. Hallé ya el puerto. ¡Adiós, Esperanza y Fortuna! ¡Bastante me burlasteis! ¡Burlaos ya de otros!

# Tomo III · Libro decimo

# Capitulo primero

**Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita a su amo antiguo, el doctor Sangredo, y se encuentra casualmente con el señor Manuel Ordóñez, administrador del hospital.**

Cuando me estaba disponiendo a salir de Madrid con Escipión para ir a Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Queriendo este Papa establecer la Inquisición en el reino de Nápoles, honró con el capelo a este ministro para empeñarle a hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocían perfectamente a este nuevo miembro del Sacro Colegio les pareció, como a mí, que la Iglesia acababa de hacer una excelente adquisición.

Escipión, que hubiera querido más volver a verme en un puesto brillante de la corte que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal. «Puede ser—me dijo—que su eminencia, viéndole a usted fuera de la prisión por orden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra usted y podrá admitirle de nuevo a su servicio.» «Señor Escipión—le respondí—, usted ha olvidado sin duda que sólo conseguí la libertad bajo condición de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te

lo he dicho, y te lo vuelvo a repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese a su gracia y me ofreciese el mismo puesto que ocupa don Rodrigo Calderón, lo renunciaría. Mi determinación está tomada. Quiero ir a Oviedo a buscar a mis padres y retirarme con ellos a las cercanías de la ciudad de Valencia. En cuanto a ti, amigo mío, si estás arrepentido de unir tu suerte con la mía, no tienes mas que decirlo, que estoy pronto a darte la mitad del dinero que tengo y te quedarás en Madrid, en donde adelantarás tu fortuna hasta donde pudieres.»

«¿Cómo así?—replicó mi secretario, algo resentido de estas expresiones—. ¿Es posible que usted sospeche que sea yo capaz de tener repugnancia a seguirle a su retiro? Esa sospecha ofende mi celo y mi inclinación. Pues qué, Escipión, aquel fiel criado que por tomar parte en sus penas hubiera pasado con gusto el resto de sus días con usted en el alcázar de Segovia, ¿tendría ahora repugnancia en acompañarle en una mansión donde espera gozar mil delicias? ¡No, señor, no! Ninguna gana tengo de disuadir a usted de su resolución; pero quiero confesarle mi malicia: si le aconsejé que se presentase al duque de Lerma fué únicamente para sondearle y ver si todavía le quedaban algunas reliquias de ambición. ¡Ea, pues; ya que se halla usted tan desprendido de las grandezas, abandonemos prontamente la corte para ir a disfrutar de aquellos inocentes y deliciosos placeres de que nos formamos una idea tan risueña!»

Con efecto, poco después salimos de Madrid en una silla tirada de dos buenas mulas, guiadas por un mozo que tuve por conveniente agregar a mi comitiva. Dormimos el primer día en Galapagar, al pie de Guadarrama; el segundo, en Segovia, de donde salí sin detenerme a visitar al generoso alcaide Tordesillas; pasé por Portillo y llegué al día siguiente a Valladolid. Al

descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundo suspiro, que habiéndolo oído mi compañero, me preguntó la causa. «Hijo mío—le dije—, es la de que ejercí mucho tiempo en Valladolid la Medicina, y sobre este punto me están atormentando los remordimientos secretos de mi conciencia, pues me parece que todos aquellos que maté salen de sus sepulcros para venir a despedazarme.» «¡Qué imaginación!—dijo mi secretario—. ¡Sin duda, señor de Santillana, que es usted un pobre hombre! ¿Por qué se arrepiente usted de haber hecho su oficio? ¿Por ventura los doctores ancianos sienten los mismos remordimientos? No, señor; llevan la suya adelante con el mayor sosiego del mundo, imputando a la Naturaleza los accidentes funestos y atribuyéndose a ellos solamente los felices.»

«En verdad—repuse—que el doctor Sangredo, cuyo método seguía yo fielmente, era de este carácter. Aunque viese morir cada día veinte enfermos entre sus manos, vivía tan persuadido de la excelencia de la sangría del brazo y de la bebida frecuente, a las cuales llamaba sus dos específicos para todo género de enfermedades, que si morían los pacientes lo achacaba siempre a haber bebido poco y a que no los habían sangrado bastante.» «¡Vive diez—exclamó Escipión dando una carcajada—, que me cita usted un sujeto original!» «Si tienes curiosidad de verle y oírle—repuse yo—, mañana la podrás satisfacer, como no haya muerto y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, porque ya era viejo cuando le dejé y desde entonces acá se han pasado bastantes años.»

Lo primero que hicimos así que llegamos al mesón adonde fuimos a apearnos fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aun no se había muerto, pero que, no pudiendo ya visitar ni hacer mucho movimiento a

causa de su gran vejez, había abandonado el campo a otros tres o cuatro doctores, que habían adquirido gran fama por otro nuevo método de curar que no valía más que el suyo. Resolvimos hacer parada el día siguiente, tanto para que descansasen las mulas como por ver al doctor Sangredo. A cosa de las diez de la mañana fuimos a su casa y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hacia nosotros con paso muy firme para un setentón, y nos preguntó qué le queríamos. «Pues qué, señor doctor—le respondí—, ¿es posible que ya no me conozca usted, siendo así que tuve la fortuna de haber sido uno de sus discípulos? ¿No se acuerda usted de un cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal y su sustituto?» «¿Cómo así?—me replicó dándome un abrazo—. ¿Eres tú Santillana? Cierto que no te había conocido y me alegro infinito de volverte a ver. ¿Qué has hecho después que nos separamos? Sin duda, habrás ejercido siempre la Medicina.» «Teníale—le respondí—mucha inclinación, pero razones poderosas me apartaron de ella.»

«¡Peor para ti!—replicó Sangredo—. Con los principios que aprendiste de mí hubieras llegado a ser un médico hábil, con tal que el Cielo te hubiera hecho la gracia de preservarte del peligroso amor a la química. ¡Ah hijo mío!—exclamó arrancando un doloroso suspiro—. ¡Qué novedades se han introducido en la Medicina de algunos años a esta parte! A esta arte se le quita el honor y la dignidad; esta arte, que en todos tiempos ha respetado la vida de los hombres, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presunción y de la impericia, porque los hechos hablan y presto alzarán el grito hasta las piedras contra el desorden de los nuevos prácticos: *lapides clamabunt*. Se ven en esta ciudad algunos médicos, o que

se llaman tales, que se han uncido al carro de triunfo del antimonio: *carrus triumphalis antimonii*; unos desertores de la escuela de Paracelso, adoradores del *quermes* y curanderos de casualidad, que hacen consistir toda la ciencia médica en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué más te diré? En su método todo está desconocido: la sangría del pie, por ejemplo, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy es la única que se usa; los purgantes, antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y en quermes. Ya todo no es mas que un caos en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja y traspasa los límites del orden y de la sabiduría que nuestros primitivos maestros señalaron.»

Aunque estaba reventando por reír al oír una declamación tan cómica, pude contenerme. Y aun hice más: declamé contra el quermes, sin saber lo que era, y di al diablo sin más reflexión a los que lo habían inventado. Advirtiendo Escipión lo mucho que me divertía esta escena, quiso contribuir también por su parte a ella. «Yo, señor doctor—dijo a Sangredo—, soy sobrino de un médico de la escuela antigua, y como tal, pido a usted licencia para declararme enemigo de los remedios químicos. Mi difunto tío, que santa gloria haya, era tan ciego partidario de Hipócrates, que se batió muchas veces con los empíricos que no hablaban con el debido respeto de este rey de la Medicina. La razón no quiere fuerza. ¡De buena gana sería yo el verdugo de esos ignorantes novadores, de quienes usted se queja con tanta justicia como elocuencia! ¿Qué trastorno no causan en la sociedad civil esos miserables?»

«Ese desorden—replicó el doctor—va todavía más lejos de lo que usted piensa. De nada me ha servido publicar un libro contra esos asesinos de la Medicina; antes al contrario, cada día van en aumento. Los cirujanos,

cuyo gran hipo es querer hacer de médicos, se creen capaces de serlo cuando sólo se trata de recetar quermes y emético, añadiendo sangrías del pie a su antojo. Llegan hasta el punto de mezclar el quermes en las pócimas y cocimientos cordiales, y cátate que ya se juzgan iguales a los grandes médicos. Este contagio ha cundido hasta dentro de los claustros. Hay entre los frailes ciertos legos que son a un mismo tiempo boticarios y cirujanos. Estos monos médicos se aplican a la química y hacen drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus padres reverendos. En fin, en Valladolid se cuentan más de sesenta conventos de frailes y monjas; contemple usted ahora el destrozo que hacen en ellos el quermes junto con el emético y la sangría del pie.» «Señor Sangredo—dije yo entonces—es muy justa la indignación de usted contra esos envenenadores; yo me lamento de lo mismo y entro a la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan diferente del de usted. Mucho temo que la química no sea algún día la ruina de la Medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. ¡Quiera el Cielo que este día fatal no esté cerca de llegar!»

Aquí llegaba nuestra conversación cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja, que le traía en una bandeja un panecillo tierno, un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino. Luego que comió un bocado echó un trago, en el cual, ciertamente, había mezclado dos terceras partes de agua; pero esto no le libró de las reconvenciones que me daba motivo para hacerle. «¡Hola, hola, señor doctor!—le dije—. ¡Le he cogido a usted en el garlito! ¡Usted beber vino, cuando siempre se ha declarado contra esta bebida y cuando en las tres cuartas partes de su vida no ha bebido sino agua! ¿De cuándo acá se ha contrariado usted a sí

mismo? No puede servirle de excusa su edad avanzada, pues en un lugar de sus escritos define la vejez diciendo que es *una tisis natural que poco a poco nos va disecando y consumiendo*, y, en fuerza de esta definición, lamenta usted la ignorancia de aquellos que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué me dirá usted ahora en su defensa?»

«Digo—me respondió el viejo—que me reconvienes sin razón. Si yo bebiera vino puro, tendrías motivo para mirarme como a un infiel observador de mi propia doctrina; pero ya has visto que el vino que he bebido estaba muy aguado.» «Otra condición—le repliqué yo—, mi querido maestro: acuérdese usted de que llevaba muy a mal que el canónigo Cedillo bebiese vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese usted de buena fe que al cabo ha reconocido su error y que el vino no es un licor tan funesto como usted lo sentó en sus obras, con tal que se beba con moderación.»

Hallóse nuestro doctor algo atarugado con esta réplica. No podía negar que en sus libros había prohibido el uso del vino; pero como la vergüenza y la vanidad le impedían confesar que yo le hacía una justa reconvención, no sabía qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversación, y poco después me despedí de él, exhortándole a que se mantuviese siempre firme contra los nuevos médicos. «¡Animo, señor Sangredo!—le dije—. ¡No se canse usted de desacreditar el quermes y persiga a sangre y fuego la sangría del pie! Si a pesar de su celo y amor a la ortodoxia médica esa raza empírica logra arruinar la rigidez antigua, por lo menos tendrá usted el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para sostenerla!»

Al retirarnos mi secretario y yo a nuestro mesón, hablando del gracioso

y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la calle un hombre como de cincuenta y cinco a sesenta años, que caminaba con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente y sin dificultad conocí que era el señor Manuel Ordóñez, aquel buen administrador del hospital de quien se hizo tan honorífica mención en el capítulo XVII del libro primero de mi historia. Lleguéme a él con grandes muestras de respeto y le dije: «¡Salud al venerable y discreto señor Manuel Ordóñez, el hombre más a propósito del mundo para conservar la hacienda de los pobres!» Al oír estas palabras me miró con mucha atención y me respondió que mi fisonomía no le era desconocida, pero que no podía acordarse en dónde me había visto. «Yo iba—le respondí—a casa de usted en tiempo que le servía un amigo mío llamado Fabricio Núñez.» «¡Ah, ya me acuerdo!—repuso el administrador con una sonrisa maligna—. Por señas, que los dos erais muy buenas alhajas e hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él, me tienen con cuidado sus asuntillos.»

«Me he tomado la libertad de detener a usted en la calle—dije al señor Manuel—precisamente para darle noticias suyas. Sepa usted que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas.» «¿A qué llamas obras misceláneas?», me replicó. «Quiero decir—le contesté—que escribe en prosa y en verso; compone comedias y novelas; en suma, es un mozo de ingenio y es bien recibido en las casas distinguidas.» «¿Y cómo lo pasa con su panadero?», me preguntó el administrador. «No tan bien—le respondí—como con las personas de calidad; porque, aquí para los dos, creo que está tan pobre como Job.» «¡Oh, en eso no tengo la menor duda!—repuso Ordóñez—. Haga la corte a los grandes todo lo que

quisiere; sus complacencias, sus lisonjas y sus vergonzosas bajezas le producirán todavía menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algún día le veréis en el hospital.»

«Esto no me causará novedad—dije yo—, porque la poesía ha llevado a él a otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido a la sombra de usted, que a la hora de ésta estaría nadando en oro.» «A lo menos nada le faltaría—respondió Ordóñez—. Yo le quería bien y poco a poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia, que hizo representar por los comediantes que a la sazón se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público a las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne para correr tras la sombra; no pude detener a este loco, a quien arrastraba el furor de escribir. ¡No conocía su felicidad!—añadió—. Buena prueba es de esto el criado que recibí después que él me dejó; más juicioso que Fabricio, y con menos talento que él, se aplicó únicamente a desempeñar bien los encargos que le hago y a darme gusto. Por eso le he adelantado como merecía y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es más que suficiente para sustentar a un hombre de bien cargado de una numerosa familia.»

* * *

# Capítulo II

**Prosigue Gil Blas su viaje y llega felizmente a Oviedo; en qué estado halla a su familia; muerte de su padre, y sus consecuencias.**

Desde Valladolid nos pusimos en seis días en Oviedo, adonde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viaje, a pesar del refrán que dice: *Huelen de lejos los bandoleros el dinero de los pasajeros*. A la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrían errado el golpe, y sólo dos habitantes de una cueva habrían bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no había aprendido a ser valiente, y Beltrán, mi mozo de mulas, no parecía tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo; sólo Escipión era un poco espadachín.

Ya era de noche cuando llegamos a la ciudad. Nos apeamos en un mesón poco distante de la casa de mi tío el canónigo Gil Pérez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme a ellos; y para saberlo no podía dirigirme a quien me informase mejor que al mesonero y la mesonera, que sabía ser personas que no podrían ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, después de haberme mirado el mesonero con la mayor atención, me conoció y exclamó fuera de sí: «¡Por San Antonio de Padua, que éste es el hijo del buen escudero Blas

de Santillana!» «¡Sí, por cierto—añadió la mesonera—; él mismo es! Y apenas se ha mudado; es aquel despabiladillo Gil Blas, que tenía más talento que cuerpo. ¡Paréceme que le estoy viendo cuando venía aquí con la botella por vino para cenar su tío!»

«Señora—dije a la mesonera—, no se puede negar que tiene usted una memoria feliz. Pero deme usted, le ruego, noticias de mi familia; sin duda que mis padres no deben de estar en una situación agradable.» «Demasiado cierto es—respondió la mesonera—. Por triste que sea el estado en que usted pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas más dignas de compasión que ellos. El buen señor Gil Pérez está baldado de la mitad del cuerpo, y, naturalmente, vivirá muy poco. Su padre de usted, que de algún tiempo a esta parte vive con el canónigo, padece una opresión de pecho, o por mejor decir, se halla actualmente entre la vida y la muerte, y su madre de usted, que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada a servir de asistenta a los dos enfermos.»

Así que oí esta relación, que me hizo conocer que era hijo, dejé a Beltrán en el mesón en guarda de mi equipaje, y acompañado de mi secretario Escipión, que no quiso apartarse de mi lado, pasé a casa de mi tío. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmoción que sintió en su interior le hizo conocer quién yo era, aun antes de tener tiempo para examinar las facciones de mi rostro. «¡Hijo mío—me dijo tristemente echándome los brazos al cuello—, ven a ver morir a tu padre; a tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo!» Diciendo esto, me llevó a un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya a los

últimos. Sin embargo, aunque cercado de las sombras de la muerte, todavía conservaba algún conocimiento. «Amado esposo—le dijo mi madre—, aquí tienes a tu hijo Gil Blas, que te pide perdón de todos los disgustos que te ha causado y te ruega le eches tu bendición.» Al oír esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban a cerrarse para siempre; fijólos en mí, y observando, a pesar de la postración en que se hallaba, que yo lloraba su pérdida, se enterneció de mi dolor. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la bañaba en lágrimas, sin poder proferir una palabra, exhaló el último aliento, como si sólo hubiera esperado a que yo llegase para expirar.

Mi madre tenía demasiado consentida esta muerte para afligirse desmedidamente; quizá me afligí yo más que ella, sin embargo de que mi padre en su vida me había dado la menor demostración de cariño. Además de que bastaba ser hijo suyo para llorarle, me acusaba a mí mismo de no haberle socorrido, y, acordándome de haber tenido esta insensibilidad, me consideraba como un monstruo de ingratitud, o por mejor decir, como un parricida. Mi tío, a quien vi después postrado en otra cama poco menos pobre y en un estado lastimoso, me hizo experimentar nuevos remordimientos. «¡Hijo desnaturalizado!—me dije a mí mismo—. ¡Considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes! Si los hubieras socorrido con parte de lo que te sobraba de los bienes que poseías antes de estar preso, les hubieras proporcionado las comodidades a que no podía alcanzar la renta de la prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida a tu padre.»

El desdichado Gil Pérez estaba ya lelo; había perdido la memoria y el juicio. De nada me sirvió estrecharle entre mis brazos y darle muestras de

mi ternura, porque ninguna impresión le hicieron. Por más que mi madre le decía que yo era su sobrino Gil Blas, no hacía mas que mirarme con un aire imbécil, sin responder nada. Aun cuando la sangre y el agradecimiento no me hubieran obligado a compadecerme de un tío a quien tanto debía, no hubiera podido menos de hacerlo viéndole en una situación tan digna de lástima.

Durante este tiempo Escipión guardaba un profundo silencio, me acompañaba en mi pena y mezclaba por amistad sus suspiros con los míos. Pareciéndome que después de tan larga ausencia tendría mi madre muchas cosas reservadas que decirme y que podía detenerla la presencia de un hombre a quien no conocía, le llamé aparte y le dije: «Vete, hijo mío, a descansar al mesón y déjame aquí con mi madre, que acaso te creería de más en una conversación que no recaerá sino sobre asuntos de familia.» Retiróse Escipión por no incomodarnos, y, efectivamente, mi madre y yo estuvimos hablando toda la noche. Nos dimos recíprocamente fiel cuenta de todo lo que a uno y otro nos había sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo extensa relación de todas las desazones que había tenido en las varias casas donde había servido de dueña, confiándome en el asunto muchas cosas que no me hubiera alegrado las hubiese oído mi secretario, sin embargo de no tener yo nada reservado para él. Con todo el respeto que debo a la memoria de mi madre, diré que la buena señora era algo prolija en sus relaciones, y me hubiera ahorrado las tres cuartas partes de su historia si hubiese suprimido las circunstancias inútiles de ella.

Acabó por fin su relación y yo di principio a la mía. Conté por encima todas mis aventuras; pero cuando llegué a la visita que me había hecho en Madrid el hijo de Beltrán Moscada, el especiero de Oviedo, me extendí un

poco sobre este pasaje. «Confieso, señora—dije a mi madre—, que recibí con despego al tal mozo, el cual, por vengarse de ello, no habrá dejado de hablaros muy mal de mí.» «Así es—me respondió—; díjonos que te había encontrado tan engreído con el favor del primer ministro de la Monarquía, que apenas te habías dignado conocerle, y que cuando te pintó nuestras miserias le oíste con mucha frialdad. Pero como los padres y las madres—añadió ella—-procuran siempre disculpar a sus hijos, no pudimos creer tuvieses tan mal corazón. Tu venida a Oviedo acredita la buena opinión que teníamos de ti y el sentimiento de que te veo lleno lo acaba de confirmar.»

«Me hace mucho favor—respondí—ese buen concepto que a usted debo, pero lo cierto es que en la relación del hijo de Moscada hay alguna verdad. Cuando me vino a ver estaba yo embriagado con mi fortuna, y la ambición que me dominaba no me permitía pensar en mis parientes. De consiguiente, hallándome en semejante disposición, no es de admirar que recibiese mal a un hombre que, acercándose a mí de un modo grosero, me dijo brutalmente que, habiendo sabido que yo estaba más rico que un judío, iba a aconsejarme que enviase a ustedes algún dinero, respecto a que se veían en grande necesidad, y aun me echó en cara en términos nada comedidos mi indiferencia hacia mi gente. Me incomodó su llaneza, y, perdiendo la paciencia, le eché a empujones de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasión, que debí reflexionar no era culpa vuestra la falta de atención del especiero y que su consejo merecía seguirse, aunque había sido grosero el modo de dármelo. Esto fué lo que me ocurrió al pensamiento un momento después que había despedido a Moscada. La sangre hizo en mí su oficio, y, acordándome de mis obligaciones hacia mis

padres, me avergoncé de haberlas cumplido tan mal y sentí remordimientos, de los cuales no puedo, sin embargo, hacer mérito con usted, puesto que fueron sofocados inmediatamente por la avaricia y por la ambición. Pero después fuí encerrado por orden del rey en el alcázar de Segovia, en donde caí gravemente enfermo, y esta dichosa enfermedad es la que a usted le restituye su hijo. Sí, por cierto; mi enfermedad y mi prisión fueron las que hicieron recobrar a la Naturaleza todos sus derechos y las que me han desprendido enteramente de la Corte. Hoy sólo suspiro por la soledad y he venido a Asturias con el fin únicamente de suplicar a usted se venga conmigo a que disfrutemos juntos las dulzuras de una vida retirada. Si usted admite mi oferta, la conduciré a una posesión que tengo en el reino de Valencia, en donde espero que pasaremos una vida muy cómoda. Bien podrá usted conocer que mi ánimo era llevar también a mi padre; pero ya que el Cielo ha dispuesto otra cosa, logre yo a lo menos la satisfacción de tener en mi compañía a mi madre y pueda reparar con todas las posibles atenciones el tiempo que pasé sin servirle de nada.»

«Quedo muy agradecida de tus buenas intenciones—me dijo entonces mi madre—. Sin duda alguna me iría contigo a no impedírmelo algunas dificultades. En primer lugar, no puedo desamparar a tu tío y mi hermano en el estado en que se halla; después de eso, estoy muy connaturalizada con este país para que yo le deje. Sin embargo, como esto merece examinarse con madurez, quiero meditarlo despacio; por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre.» «Ese cuidado—le respondí—se lo encargaremos a ese mozo que usted ha visto conmigo, que es mi secretario; tiene talento y celo y podemos descuidar en él.»

No bien había pronunciado estas palabras cuando entró Escipión,

porque era ya día claro. Preguntónos si podía servirnos de algo en el apuro en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba muy a tiempo para recibir una orden importante que pensaba darle. Luego que se impuso de lo que se trataba, «¡Basta!—dijo—. Ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia y ustedes podrán fiarse de mí.» «Pero guardaos bien—añadió mi madre—de pensar en un funeral que tenga la menor apariencia de ostentación; por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi esposo, a quien toda la ciudad ha conocido por un escudero de los más pobres.» «Señora—respondió Escipión—, aunque hubiera sido mucho más infeliz, no por eso rebajaré dos maravedís. Sólo debo tener presente las circunstancias de mi amo: habiendo sido favorito del duque de Lerma, a su padre debe enterrársele con grandeza.»

Aprobé el designio de mi secretario y aun le encargué que no economizase el dinero; un resto de vanidad que yo conservaba todavía se despertó en esta ocasión. Me lisonjeé de que, haciendo este dispendio por un padre que ninguna herencia me dejaba, admirarían todos mi porte generoso. Mi madre por su parte, a pesar de la gran modestia que aparentaba, no dejaba de alegrarse de que su marido fuese enterrado con pompa. Dimos, pues, amplias facultades a Escipión, que sin perder tiempo marchó a dar las disposiciones necesarias para un suntuoso entierro.

Saliéronle muy bien; celebróse un funeral tan magnífico que irritó contra mí a la ciudad y arrabales; a todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi ostentación. «¡Este ministro de la noche a la mañana—decía uno—tiene dinero para enterrar a su padre y no lo tuvo para mantenerle!» «¡Mejor hubiera sido—decía otro—haber tenido más amor a su padre vivo que hacerle tantas honras después de

muerto!» En fin, ninguna lengua pecó de corta; cada una disparó su saeta. No se contentaron con esto: cuando salimos de la iglesia, así a mí como a Escipión y a Beltrán nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y gritos de los muchachos, los cuales llevaron a Beltrán a pedradas hasta el mesón. Para disipar la canalla que se había agolpado delante de la casa de mi tío fué menester que mi madre se asomase a la ventana y asegurase a todos que no tenía queja ninguna de mí. Otros hubo que fueron corriendo al mesón donde estaba mi silla, para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos ánimos furiosos y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, que eran otros tantos efectos de lo que había hablado de mí el mozo especiero de la ciudad, me inspiraron tal aversión hacia mis paisanos, que determiné salir cuanto antes de Oviedo, en donde, a no haber sido esto, tal vez me hubiera detenido algún tiempo más. Díjeselo a mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me había recibido mi país, no se opuso a mi resolución. Sólo se trató del modo de portarme con ella en adelante. «Madre—le dije—, ya que usted no puede abandonar a mi tío, no debo insistir en que se venga usted conmigo; pero como, según todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus días, deme usted palabra de venir a vivir en mi compañía luego que él fallezca.»

«Esa palabra, hijo mío, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos días que me quedan de vida y con total independencia.» «Pues qué, señora—le repliqué—, ¿no será usted dueña absoluta en mi casa?» «No lo sé, hijo mío—me respondió—. Tal vez te enamorarás de alguna niña linda

y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra y no podremos vivir juntas.» «Usted—le dije—prevé los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algún tiempo tuviese esta idea, esté usted cierta de que mandaré a mi mujer que en todo y por todo esté sujeta a la voluntad de usted.» «Te obligas temerariamente a una cosa—repuso mi madre—que nunca podrás cumplir; antes bien, no me atrevería yo a afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases a favor de tu mujer antes que al mío, por grande que fuese su sinrazón.»

«Señora, habla usted como un oráculo—dijo mi secretario metiéndose en la conversación—. Yo pienso, como usted, que las nueras dóciles son muy contadas. Así, pues, para que usted y mi amo queden contentos, ya que quiere usted decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones, que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro a doscientas leguas de distancia.» Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo el día siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como a San Esteban. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. ¡Admirable lección para aquellas personas de humilde nacimiento que, habiéndose enriquecido fuera de su país, quieran volver a él para hacer de personas de importancia!

* * *

# Capítulo III

**Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia y llega en fin a Liria; descripción de su quinta, cómo fué recibido en ella y qué gentes encontró allí.**

Tomamos el camino de León, después el de Palencia, y, siguiendo nuestro viaje a cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte días a Segorbe, y al día siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que sólo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando mi secretario observaba con la mayor atención todas las quintas que a diestra y siniestra se le ofrecían a la vista. Luego que descubría alguna de grande apariencia, me decía enseñándomela con el dedo: «Me alegrara que fuera aquél nuestro retiro.»

«No sé, amigo mío—le dije—, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginación se ría después de ti, represéntate aquella casa campestre que Mecenas regaló a Horacio, situada en el país de los Sabinos, cerca de Tívoli. Haz cuenta que don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante a aquél.» «Según eso—replicó Escipión—, sólo debemos esperar que

tendremos por albergue una cabaña.» «Acuérdate—repuse yo—que siempre te hice una descripción muy modesta de ella, y si quieres juzgar por ti mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hacia el río Guadalaviar y mira sobre su orilla, junto a aquella aldehuela de nueve a diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que ésa es mi quinta.»

«¡Diantre!—exclamó entonces asombrado mi secretario—. ¡Aquel edificio es una preciosidad! Además del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construído y rodeado de cercanías más deliciosas que los contornos de Sevilla, llamados por excelencia «el paraíso terrenal». El sitio no podía ser más de mi gusto, aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un río con sus aguas y un espeso bosque está brindando con su sombra al que quiera pasearse aun en la mitad del día. ¡Oh qué amable soledad! ¡Ah mi querido amo, todas las trazas son de que permaneceremos en él largo tiempo!» «Me alegro mucho—le respondí—de que te agrade tanto nuestro retiro, del cual aun no conoces todas las conveniencias.»

Divertidos en esta conversación llegamos finalmente a la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas al punto que dijo Escipión que era yo el señor Gil Blas de Santillana, que iba a tomar posesión de su quinta. Al oír un nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la silla en un espacioso patio, donde al punto me apeé. Apoyándome gravemente de Escipión y haciendo de personaje, pasé a una sala, en la que inmediatamente se me presentaron siete u ocho criados, diciendo que venían a ofrecerme sus reverentes obsequios como a su nuevo señor, habiéndolos don César y don Alfonso escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pinche de la misma, otro

de portero y los demás de lacayos, con prohibición a todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querían corriesen de su cuenta todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba maestro Joaquín. Díjome había hecho una buena provisión de los mejores vinos de España y que, por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del señor arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que excitasen mi apetito. «Voy a disponerme—añadió—para dar a vuestra señoría una prueba de mi habilidad. Mientras llega la hora de comer, podrá vuestra señoría dar un paseo y visitar su quinta, para reconocer si se halla en estado de ser habitada por vuestra señoría.» Ya se puede considerar que yo no dejaría de hacer esta visita; y Escipión, aun más curioso de hacerla que yo, me fué conduciendo de pieza en pieza. Recorrimos toda la casa de arriba abajo, sin que ningún rincón se escapase a nuestra curiosidad, por lo menos así nos lo pareció, y por todas partes hallé motivos para admirar la gran bondad que don César y su hijo tenían para conmigo. Entre otras cosas llamaron mi atención dos aposentos adornados con unos muebles que, sin llegar a ser magníficos, eran de buen gusto. Estaba el uno colgado de tapicería de los Países Bajos, y en él una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo bien conservado, a pesar de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. De igual gusto eran los muebles del otro aposento: cubría sus paredes una colgadura antigua de damasco genovés, de color de caña, con una cama y sillas de la misma tela guarnecidas de franjas de seda azul. Todos estos efectos, que en un inventario hubieran sido poco apreciados, parecían allí ostentosos.

Después de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos a la sala, en la que estaba ya puesta una mesa con dos cubiertos. Sentámonos a ella y al punto se nos sirvió una olla podrida, tan delicada que nos dió lástima de que el arzobispo de Valencia no tuviese ya al cocinero que la había sazonado. Verdad es que teníamos buenas ganas y esto contribuía a que no nos supiese mal. A cada bocado que comíamos, mis lacayos de nueva fecha nos presentaban unos grandes vasos, que llenaban hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Escipión a dejar ver delante de ellos la satisfacción interior que experimentaba, me la daba a entender con miradas expresivas, y yo le manifestaba con las mías que estaba tan contento como él. Un plato de asado, compuesto de dos codornices gordas que acompañaban a un lebratillo de exquisito gusto, nos hizo dejar la olla podrida y acabó de saciarnos. Luego que hubimos comido como dos hambrientos y bebido a proporción, nos levantamos de la mesa para ir al jardín a dormir voluptuosamente la siesta en algún sitio fresco y agradable.

Si mi secretario se había mostrado hasta entonces muy satisfecho de cuanto había visto, aún lo quedó más cuando vió el jardín, que le pareció comparable con el parterre del Escorial. Bien es verdad que don César, que de cuando en cuando venía a Liria, tenía gusto en hacerlo cultivar y hermosear. Todas las calles estaban bien cubiertas de arena y enfiladas de naranjos; un gran estanque de mármol blanco, en cuyo centro un león de bronce arrojaba copiosos chorros de agua, la hermosura de las flores y la diversidad de frutas, todos estos objetos embelesaron a Escipión. Pero lo que más le encantó fué una prolongada calle de árboles que bajaban en declive continuando hasta la habitación del arrendatario, cubierta con un

espeso follaje de unos frondosos árboles. Haciendo el elogio de un sitio tan a propósito para preservarse del calor, nos detuvimos en él y nos sentamos al pie de un olmo, adonde el sueño acudió presto a apoderarse de dos hombres algo alegrillos que acababan de comer bien.

Dos horas después despertamos despavoridos al ruido de muchos escopetazos disparados tan cerca de nosotros que nos asustaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos de lo que era fuimos a la casa del arrendatario, y allí encontramos ocho o diez aldeanos, todos vecinos del lugar, que disparaban y quitaban el orín de sus escopetas para celebrar mi venida, que acababan de saber. La mayor parte de ellos me conocían ya por haberme visto algunas veces en aquella quinta ejercer el empleo de mayordomo. Apenas me vieron, gritaron todos a un mismo tiempo: «¡Viva nuestro señor! ¡Sea bien venido a Liria!» Diciendo esto, volvieron a cargar sus escopetas y me obsequiaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fué posible, pero guardando siempre gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi protección y les di además como unos veinte doblones, expresión que, según creo, no fué la que menos les agradó. Retiréme después con mi secretario, dejándoles la libertad de echar todavía más pólvora al aire, y nos fuimos al bosque, en donde nos estuvimos paseando hasta la noche, sin que nos cansase la vista de los árboles; tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesión.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante ni el galopín. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior a la comida; tanto, que cuando volvimos del paseo y entramos en la sala donde

habíamos comido, quedamos muy admirados de ver poner en la mesa cuatro perdigones asados, un guisado de conejo a un lado y un capón en pepitoria al otro, sirviendo después de intermedio orejas de puerco, pollos en escabeche y crema de chocolate. Bebimos abundantemente vino de Lucena y otros muchos excelentes. Cuando conocimos que ya no podíamos beber más sin exponer nuestra salud, pensamos en irnos a acostar. Mis criados tomaron entonces luces y me condujeron al mejor cuarto, en donde me desnudaron con mucha oficiosidad; pero luego que me dieron mi bata de noche y mi gorro de dormir, los despedí diciéndoles en tono de amo: «Retiraos, que ya no os necesito para lo demás.»

Habiéndolos despachado a todos, me quedé solo con Escipión para conversar un poco con él. Preguntéle qué juicio formaba del trato que se me daba por orden de los señores de Leiva. «¡Por vida mía—me respondió—, que me parece no puede dárseos mejor y solamente deseo que esto dure mucho!» «Pues yo no lo deseo—le repliqué—. No debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto sería abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me acomoda servirme de criados asalariados por otro, porque creería no hallarme en mi casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aquí para vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos, Beltrán, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo.» Sin embargo de que a mi secretario no le pesaría vivir siempre a costa del gobernador de Valencia, no se opuso a mi delicadeza en este punto; antes bien, conformándose con mi dictamen, aprobó la reforma que yo quería hacer. Decidido esto, se salió él de mi cuarto para retirarse al suyo.

* * *

# Capítulo IV

**Marcha Gil Blas a Valencia y visita a los señores de Leiva; de la conversación que tuvo con ellos y de la buena acogida que le hizo doña Serafina.**

Acabé de desnudarme y me acosté; pero viendo que no podía quedarme dormido, me abandoné a mis reflexiones. Se me representó la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinación que yo les tenía, y, sumamente agradecido a las nuevas señales que de ello me daban, resolví marchar el día siguiente a visitarlos para satisfacer la impaciencia que tenía de manifestarles mi gratitud. Ya me complacía anticipadamente la idea de volver a ver pronto a Serafina; pero este placer no era del todo completo, porque no podía pensar sin pesadumbre en que al mismo tiempo tenía que soportar la presencia de la señora Lorenza Séfora, que, pudiéndose acordar todavía del lance del bofetón, no se alegraría mucho de verme. Cansada la imaginación con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que empezó a dejarse ver el sol.

Me levanté con prontitud, y, enteramente puesto el pensamiento en el viaje que meditaba, tardé poco en vestirme. Al acabar entró mi secretario en mi cuarto. «Escipión—le dije—, aquí tienes a un hombre que se

dispone para ir a Valencia. No puedo menos de ir inmediatamente a visitar a unos señores a quienes debo mi buena fortuna, y cada instante de tardanza en el cumplimiento de este deber parece acusarme de ingratitud. A ti, amigo mío, te dispenso de acompañarme; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho días.» «Id, señor—respondió—, y cumplid con don Alfonso y su padre, que me parece agradecen el celo que se les manifiesta y que están muy reconocidos a los servicios que se les han hecho; son tan raras las personas distinguidas que tienen ese carácter, que no están por demás cualesquiera consideraciones que se les manifiesten.» Di orden a Beltrán para que se dispusiese a partir, y mientras que él preparaba las mulas tomé yo el chocolate. En seguida monté en mi silla, dejando mandado a mis criados que mirasen a mi secretario como a mi misma persona y que obedeciesen sus órdenes como las mías.

En menos de cuatro horas llegué a Valencia y fuí en derechura a apearme a las caballerizas del gobernador. Dejando allí mi carruaje, hice me condujesen al cuarto de este señor, en donde se hallaba a la sazón con su padre don César. Abrí sin ceremonia la puerta y, acercándome a los dos, «Los criados—les dije—no envían recado delante para presentarse a sus amos; aquí está un antiguo criado de vuestras señorías, que viene a ofrecerles sus respetos.» Diciendo esto, quise arrodillarme en su presencia; pero ellos no lo permitieron, y ambos me estrecharon entre su brazos con todas las demostraciones de una verdadera amistad. «Y bien, mi querido Santillana—me dijo don Alfonso—, ¿has ido ya a Liria a tomar posesión de tu hacienda?» «Sí, señor—le respondí—, y suplico a vuestra señoría se sirva permitirme que se la devuelva.» «¿Pues por qué?—me replicó—. ¿Has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode?» «¡Nada de

eso!—respondí—. Por lo que toca a la posesión me agrada infinito; pero lo que no me acomoda es tener en ella cocineros de arzobispo y tres veces más criados de los que he menester, ocasionando a vuestra señoría un gasto tan crecido como superfluo.»

«Si hubieras aceptado—dijo don César—la pensión de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos limitado a regalarte esa quinta alhajada como está; pero no habiéndola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debíamos hacer lo que hicimos.» «Eso es demasiado—le respondí—; basta que vuestras señorías me favorezcan con la hacienda, que es suficiente para colmar todos mis deseos. Además de lo mucho que cuesta a vuestras señorías mantener tanta gente, aseguro que una familia tan numerosa me incomoda y me causa gran sujeción. En suma, señores—añadí—, o vuestras señorías recobran su finca o dígnense dejármela gozar a mi modo.» Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza, que padre e hijo, que de ningún modo querían violentarme, me permitieron al fin disponer de la quinta como mejor me pareciese.

Les repetía mil gracias por haberme concedido esta libertad, sin la cual yo no podía ser dichoso, cuando don Alfonso me interrumpió diciendo: «Mi querido Gil Blas, quiero presentarte a una dama que tendrá singular gusto de verte.» Y hablando de este modo me tomó de la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual así que me vió prorrumpió en un grito de alegría. «Señora—le dijo el gobernador—, creo que la llegada de nuestro amigo Santillana a Valencia no os será menos gustosa que a mí.» «De eso—respondió ella—el mismo Santillana debe estar muy persuadido. No ha sido capaz el tiempo de borrar de mi memoria el favor que me hizo, y añado al agradecimiento que me merece el que debo a un hombre a

quien vos sois deudor.» Respondí a mi señora la gobernadora que me consideraba más que suficientemente pagado del peligro que yo había corrido juntamente con los demás que me ayudaron a librarla, exponiendo mi vida por conservar la suya, y después de muchos cumplimientos recíprocos don Alfonso me sacó fuera del cuarto de Serafina y fuimos a reunimos con don César, a quien hallamos en una sala acompañado de muchos caballeros que estaban aquel día convidados a comer.

Saludáronme todos con mucha cortesanía, y me hicieron tantos más acatamientos cuanto que supieron por don César que yo había sido uno de los principales secretarios del duque de Lerma. Y aun quizá no ignorarían la mayor parte de ellos que don Alfonso había obtenido a influjo mío el Gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega a saber. Como quiera que sea, desde que nos sentamos a la mesa sólo se habló del nuevo cardenal; unos hacían, o aparentaban hacer, grandes elogios de él, y otros le ensalzaban, pero entre dientes y, como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que con esto querían incitarme a que hablase extensamente sobre su eminencia y que los divirtiese a costa suya. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba de él, pero contuve la lengua, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo muy discreto.

Concluída la comida, se retiraron los convidados a sus casas a dormir la siesta. Don César y su hijo, instados del mismo deseo, se encerraron en sus cuartos. Yo, lleno de impaciencia por ver cuanto antes una ciudad que tanto había oído alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré a la puerta un hombre que se acercó a mí y me dijo: «¿Me dará licencia el señor de Santillana para que le salude?» Preguntéle quién era y me respondió: «Soy el ayuda de cámara del señor

don César y era uno de sus lacayos cuando usted estaba de mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de usted, que siempre me hacía mil favores, y le informaba de todo lo que pasaba en casa. ¿No se acuerda usted que un día le dije que el cirujano de la aldea de Leiva entraba secretamente en el cuarto de la señora Lorenza Séfora?» «De eso me acuerdo muy bien—le respondí—. Y ahora que se habla de esa dueña, ¿qué se ha hecho?» «¡Ah!—repuso él—. Luego que usted se ausentó, la pobre mujer cayó mala de pasión de ánimo, y al cabo murió más llorada del ama que del amo.»

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora me pidió perdón de lo que me había detenido y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar acordándome de aquella desdichada dueña, y, compadeciéndome de su suerte, me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debía atribuirse más bien a su cáncer que al mérito mío de que se había prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecía digno de ser notado en la ciudad. El palacio arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la Lonja; pero lo que me llevó toda la atención fué una gran casa que vi a lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme a ella para saber por qué acudía allí un concurso tan crecido de hombres y mujeres, y presto salí de mi curiosidad leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los representantes*. Leí también los carteles en los cuales los cómicos ofrecían por la primera vez aquel día la representación de una tragedia nueva de don Gabriel Triaquero.

* * *

# Capítulo V

**Va Gil Blas a la comedia y ve representar una tragedia nueva; qué éxito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia.**

Detúveme algunos momentos a la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Vi caballeros de buena traza y ricamente vestidos y gentualla de tan mala catadura como traje. Vi varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir a ocupar los aposentos que habían mandado tomar y algunas aventureras que iban a caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponía a tomar billete, cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre y, habiéndome mandado llamar, me llevaron a su palco, en donde me senté detrás de los dos, de modo que podía hablar cómodamente con ambos. Estaba el salón lleno de gente de alto a bajo; el patio, muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres Ordenes militares. «¡Grande entrada!», dije a don Alfonso. «No hay que admirarse de eso—me respondió—, porque la tragedia que se va a representar está compuesta por don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda*. Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composición

suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento; hombres y mujeres no saben hablar de otra cosa; todos los palcos se abonan, y el día de la primera representación se estropean las gentes a la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, a quien siempre se respeta demasiado por temor de que se altere.» «Sin duda—dije entonces al gobernador—que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que tiene por oír todas las composiciones nuevas de don Gabriel me dan una idea ventajosa del ingenio de ese poeta.»

Al llegar aquí nuestra conversación se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oírlos con atención. Desde el principio comenzaron los aplausos; a cada verso se repetían, y al fin de cada jornada había un palmoteo que parecía venirse al suelo el teatro. Concluída la representación, me mostraron al autor, el cual iba modestamente por los aposentos a recoger los aplausos de que caballeros y damas le llenaban a competencia.

Nosotros volvimos al palacio del gobernador, adonde poco después llegaron tres o cuatro caballeros cruzados y dos autores antiguos muy apreciables en su clase, acompañados de un caballero de Madrid, sujeto de talento y de gusto. Todos habían estado en la comedia, y durante la cena no se habló sino de la nueva pieza. «¿Qué les parece a ustedes de la tragedia?—preguntó un caballero de Santiago—. ¿No es esto lo que se llama una obra perfecta? Pensamientos sublimes, expresiones tiernas, versificación vigorosa; nada le falta. En una palabra, es un poema compuesto para los inteligentes.» «No creo—respondió un caballero de Alcántara—que nadie pueda pensar de él de otra manera. Esta pieza tiene algunos trozos que parecen dictados por el mismo Apolo, y ciertos lances

manejados con destreza; dígalo si no el señor—añadió, dirigiendo la palabra al caballero castellano—, que me parece entendido, y apuesto a que es de mi opinión.» «No apueste usted, caballero—le respondió el de Madrid con cierta risita falsa—. Yo no soy de este país; en Madrid no acostumbramos a decidir con tanta facilidad. Lejos de juzgar del mérito de una pieza que oímos por la primera vez, desconfiamos de sus bellezas cuando solamente la escuchamos en boca de los actores, y por mucha impresión que nos haga suspendemos el juicio hasta haberla leído, porque en la realidad no siempre nos causa en el papel el mismo placer que nos ha causado en la escena. Por eso antes de calificar un poema—prosiguió—lo examinamos escrupulosamente, y por grande que pueda ser la fama de un autor, no puede deslumbrarnos. Cuando Lope de Vega y Calderón ofrecían composiciones nuevas, hallaban jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron a la cumbre de la gloria hasta después de haber juzgado que eran dignos de ella.»

«¡Oh! Por cierto—interrumpió el caballero de Santiago—, nosotros no somos tan tímidos como ustedes; no esperamos para decidir a que se imprima una pieza. A la primera representación conocemos todo su mérito. Ni aun para eso nos es necesario oírla con la mayor atención, sino que nos basta saber que es producción de don Gabriel para persuadirnos de que no tiene ningún defecto. Las obras de este poeta deben servir de época al nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones no eran mas que unos aprendices en comparación de este gran maestro del teatro.» El madrileño, que miraba a Lope y a Calderón como a los Sófocles y Eurípides de los españoles, indignado con este discurso temerario, exclamó: «¡Qué sacrilegio dramático! Supuesto, señores, que ustedes me obligan a

juzgar como acostumbran por la primera representación, les diré que no me ha gustado la tragedia de su don Gabriel. Es un drama zurcido de rasgos más brillantes que sólidos. Las tres cuartas partes de los versos son malos, o sin buena rima; los caracteres, mal formados o mal sostenidos, y los conceptos, frecuentemente muy obscuros.»

Los dos autores que estaban a la mesa, y que por una moderación tan loable como rara no habían dicho nada por que no se les sospechase de envidiosos, no pudieron menos de aprobar con los ojos la opinión de este caballero, lo que me hizo creer que su silencio era menos un efecto de la perfección de la obra que de su política. En cuanto a los caballeros cruzados, comenzaron de nuevo a elogiar a don Gabriel, y aun le colocaron entre los dioses. Esa extravagante apoteosis y ciega idolatría impacientaron al castellano, que, alzando las manos al cielo, exclamó repentinamente entusiasmado: «¡Oh divino Lope de Vega, raro y sublime ingenio que dejaste un inmenso espacio entre ti y todos los Gabrieles que quieran igualarte! ¡Y tú, melifluo Calderón, cuya suavidad elegante y purgada de epicismo es inimitable! ¡No temáis uno ni otro que vuestros altares sean derribados por este hijo novel de las Musas! Muy afortunado será si la posteridad, cuya delicia formaréis así como formáis la nuestra, hace mención de él.»

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba, hizo reír a toda la concurrencia, con lo cual se levantó de la mesa y se retiró. A mí me condujeron por orden de don Alfonso al cuarto que me tenía dispuesto. Encontré en él una buena cama, en la que, habiéndose acostado mi señoría, se durmió, compadeciéndome tanto como el caballero castellano de la injusticia que los ignorantes hacían a Lope y a Calderón.

* * *

# Capítulo VI

**Gil Blas, paseándose por las calles de Valencia, encuentra a un religioso a quien le parece conocer; qué hombre era este religioso.**

Como no había podido ver toda la ciudad el día anterior, me levanté y salí al siguiente para acabar de examinarla. Divisé en la calle a un cartujo, que sin duda iba a negocios de su comunidad. Caminaba con los ojos bajos y con un aspecto tan devoto que se llevaba la atención de todos. Pasó muy cerca de mí; miréle atentamente y me pareció ver en él a don Rafael, aquel aventurero que ocupa tan honorífico lugar en varios capítulos de esta historia.

Me quedé tan asombrado y conmovido de este inesperado encuentro, que en vez de acercarme al monje permanecí inmóvil por algunos momentos, lo que le dió tiempo para alejarse de mí. «¡Justo Cielo!—dije—. ¿Se habrán visto jamás dos rostros más parecidos? ¿Qué deberé pensar? ¿Creeré que éste es Rafael? Pero ¿puedo imaginar que no lo sea?» Tuve demasiada curiosidad de saber la verdad para no pasar adelante.

Hice que me enseñasen el camino de la Cartuja, adonde fuí al momento con la esperanza de volver a ver al tal hombre cuando se restituyese al monasterio, y resuelto a detenerle para hablarle; pero no tuve

necesidad de aguardarle para quedar enterado de todo. Al llegar a la puerta del monasterio otra cara que yo conocía trocó mi duda en certidumbre, y reconocí en el lego portero a Ambrosio Lamela, mi antiguo criado.

Fué igual la sorpresa de ambos de encontrarnos allí. «¿Será acaso una ilusión?—le dije al saludarle—. ¿Es realmente un amigo mío el que tengo a la vista?» Al pronto no me conoció, o acaso fingió no conocerme; pero considerando que era inútil la ficción y haciendo como quien de repente se acuerda de una cosa olvidada, «¡Ah, señor Gil Blas!—exclamó—. ¡Perdone usted si no le conocí tan prontamente! Desde que vivo en este santo lugar y me dedico a cumplir con los deberes que prescriben nuestras reglas, voy perdiendo insensiblemente la memoria de lo que he visto en el mundo.»

«Tengo un verdadero gozo—le dije—de volverte a ver después de diez años con un traje tan respetable.» «Y yo—respondió—me avergüenzo de presentarme con él a un hombre que ha sido testigo de mi mala vida; este hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah!—añadió dando un suspiro—. ¡Para ser digno de llevarle debiera haber vivido siempre en la inocencia!» «Por ese modo de hablar, que me causa sumo placer—le repliqué—, se ve claramente, mi caro hermano, que el dedo del Señor os ha tocado. Vuelvo a deciros que me lleno de gozo y estoy impaciente por saber de qué modo milagroso entrasteis en el buen camino vos y don Rafael, porque estoy persuadido de que es él a quien acabo de encontrar en la ciudad en hábito de cartujo. Me ha pesado de no haberle detenido en la calle para hablarle y le espero aquí para reparar mi falta cuando se retire al monasterio.»

«No se engañó usted—me dijo Lamela—; el mismo don Rafael es a quien usted ha visto. Y en cuanto a la relación que usted me pide, es la

siguiente: Después de habernos separado de usted cerca de Segorbe, el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia, con ánimo de hacer allí alguna de las nuestras. Quiso la casualidad que entrásemos en la iglesia de cartujos a tiempo que los religiosos estaban rezando en el coro; detuvímonos a considerarlos y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos no pueden menos de venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que rezaban, de aquel aire penitente y desasido de los placeres del siglo y de la serenidad que se dejaba ver en sus semblantes y que manifestaba tan bien la quietud de su conciencia. Haciendo estas observaciones caímos en una meditación que nos fué saludable. Comparamos nuestras costumbres con las de estos buenos religiosos, y la diferencia que hallamos entre unas y otras nos llenó de turbación y de inquietud. «Lamela—me dijo don Rafael luego que salimos de la iglesia—, ¿qué impresión ha causado en ti lo que acabamos de ver? Por lo que a mí toca, no puedo ocultártelo: no tengo el ánimo sosegado, me agitan unos movimientos que me son desconocidos y por la primera vez de mi vida me acuso de mis iniquidades.» «En igual disposición me hallo yo—le respondí—. Las malas acciones que he cometido se levantan en este instante contra mí, y mi corazón, que jamás había sentido remordimientos, está en la actualidad despedazado por ellos.» «¡Ah, querido Ambrosio—continuó mi compañero—, somos dos ovejas descarriadas que el Padre celestial quiere por su piedad volver al aprisco! El es, amigo mío. El es quien nos llama. No seamos sordos a su voz: renunciemos a nuestras iniquidades, dejemos la disolución en que vivimos y comencemos desde hoy a trabajar seriamente en el grande negocio de nuestra salvación. Debemos pasar el resto de nuestra vida en este monasterio y consagrarla a

la penitencia.» Aprobé el pensamiento de Rafael—prosiguió el hermano Ambrosio—y tomamos la generosa resolución de meternos cartujos. Para ponerla por obra recurrimos al padre prior, que apenas supo nuestro designio cuando, para probar nuestra vocación, mandó se nos diesen celdas y se nos tratase como a religiosos durante un año entero. Observamos las reglas con tanta exactitud y constancia, que fuimos recibidos de novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado y tan llenos de fervor, que sufrimos valerosamente los trabajos del noviciado, y en seguida se nos admitió a la profesión. Poco después de ella, habiendo mostrado don Rafael un talento a propósito para el manejo de negocios, le nombraron para aliviar a un padre anciano que era entonces procurador. Más hubiera querido el hijo de Lucinda emplear todo el tiempo en la oración, pero se vió obligado a sacrificar este gusto a la necesidad que se tenía de él. Adquirió un conocimiento tan completo de los intereses de la casa, que le juzgaron capaz de substituir al anciano procurador, muerto tres años después. Y así está ejerciendo en la actualidad este cargo y puede decirse que le desempeña con grande satisfacción de los padres, que alaban mucho su conducta en la administración de los bienes temporales. Pero lo que más me admira es que, a pesar del cuidado que se le confió de recaudar nuestras rentas, no parece ocupado sino en la vida eterna. Si los negocios le dejan un momento de reposo, se abisma en profundas meditaciones; en una palabra, es uno de los mejores individuos de este monasterio.»

Interrumpí a Lamela cuando llegaba aquí con un grande movimiento de gozo que manifesté al ver a Rafael, que a este punto se dejó ver de nosotros. «¡He aquí—exclamé—, he aquí el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia!» Y al mismo tiempo corrí hacia él

y le di un abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la más leve muestra de que mi visita le hubiese causado la menor alteración, «¡Sea Dios loado, señor de Santillana!—me dijo con una voz llena de dulzura—. ¡Dios sea loado por el placer que me causa el veros!» «Verdaderamente—le dije—, mi querido Rafael, yo tomo toda la parte posible en vuestra felicidad. Fray Ambrosio me ha contado la historia de vuestra conversión y confieso que su relación me ha encantado. ¡Qué ventura la vuestra, amados amigos míos, la de poder lisonjearos de ser de aquel corto número de escogidos que deben gozar de una bienaventuranza eterna!»

«Dos miserables como nosotros—respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda—no podían concebir semejante esperanza; pero el arrepentimiento de los pecados les hizo hallar gracia ante el Padre de las misericordias. Y usted, señor Gil Blas—añadió—, ¿no piensa también en merecer que el Señor le perdone las culpas que contra él ha cometido? ¿Qué asuntos le han traído a usted a Valencia? ¿Ejerce, por desgracia, algún empleo peligroso?» «No, a Dios gracias—les respondí—; desde que salí de la corte hago una vida honrada. Unas veces gozo de la inocente diversión del campo, en una hacienda que tengo distante pocas leguas de esta ciudad, y otras vengo a recrearme algunos días con mi amigo el señor gobernador, a quien ustedes dos conocen muy bien.»

Entonces les conté la historia de don Alfonso de Leiva, que oyeron con atención, y cuando les dije que yo había llevado de parte de este señor a Samuel Simón los tres mil ducados que le habíamos hurtado, Lamela me interrumpió, y dirigiendo la palabra a Rafael le dijo: «Según eso, padre Hilario, el buen mercader ya no debe quejarse de un robo que se le ha restituído con usura, y nosotros dos debemos tener la conciencia bien

tranquila sobre este punto.» «Con efecto—dijo el procurador—, antes que el hermano Ambrosio y yo tomásemos el hábito hicimos entregar secretamente a Samuel Simón mil quinientos ducados por mano de un honrado eclesiástico que quiso tomarse el trabajo de ir a Chelva a hacer esta restitución secreta. Tanto peor para Samuel si fué capaz de embolsarse esta cantidad después de haber sido reintegrado por el señor de Santillana.» «Pero esos mil quinientos ducados—repliqué yo—, ¿se le entregaron fielmente?» «Sin duda alguna—contestó don Rafael—; yo respondería de la integridad del eclesiástico como de la mía.» «Y yo también la abonaría—dijo Lamela—, especialmente después que ganó dos pleitos que le suscitaron por depósitos que se le habían confiado y en los que fueron condenados en costas sus acusadores.»

Nuestra conversación duró todavía algún tiempo y luego nos separamos, ellos exhortándome a que tuviese siempre presente el santo temor de Dios y yo recomendándome a sus buenas oraciones. Fuí al momento a verme con don Alfonso y le dije: «Nunca acertaría vuestra señoría con quién acabo de tener una larga conversación. No hago más que separarme de dos venerables cartujos que vuestra señoría conoce: el uno se llama el padre Hilario y el otro el hermano Ambrosio.» «Te equivocas—me respondió don Alfonso—, porque no conozco a ningún cartujo.» «Perdone vuestra señoría—le repliqué—, pues conoció en Chelva al hermano Ambrosio, comisario de la Inquisición, y al padre Hilario, secretario.» «¡Oh cielos!—exclamó sorprendido el gobernador—. ¿Será posible que Rafael y Lamela se hayan metido cartujos?» «Es positivo—le respondí—, y años ha que profesaron. El primero es procurador de la casa, y el segundo, portero.»

Quedó pensativo algunos momentos el hijo de don César y luego, meneando la cabeza, dijo: «¡Harto será que el señor comisario de la Inquisición y su secretario no estén representando aquí una nueva comedia!» «Usía—repuse yo—juzga de lo presente por el tiempo pasado; pero yo, que vengo de hablarles, juzgo más benignamente. Es verdad que no se ve en el fondo de los corazones, mas, según todas las apariencias, éstos son dos bribones convertidos.» «Bien puede ser—respondió don Alfonso—, porque hay muchos libertinos que después de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes se encierran en los claustros para hacer una rigurosa penitencia. Me alegraría mucho de que nuestros dos monjes fueran de estos libertinos.»

«¿Y por qué no lo serían?—le dije—. Ellos han abrazado voluntariamente la vida monástica muchos años ha y se portan en ella con la mayor edificación.» «Di todo lo que quisieres—me contestó el gobernador—, pero a mí nada me gusta que los caudales del monasterio estén en poder del padre Hilario, de quien no podría menos de desconfiar. Cuando me acuerdo de la donosa relación que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero suponer, como tú, que haya tomado el hábito con muy buena intención, pero el manejo del dinero puede despertar su codicia. A ningún borracho que ha dejado el vino se le debe fiar la llave de la bodega.»

Pocos días después se verificó no ser infundada la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador y el portero con el dinero del monasterio, noticia que no dejó de dar que reír a los burlones, que celebran siempre las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y a mí, nos compadecimos de los

cartujos, sin hacer alarde de que conocíamos a los apóstatas.

* * *

# Capítulo VII

**Gil Blas se restituye a su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipión le dió y de la reforma que hicieron en su familia.**

Ocho días fueron los que me detuve en Valencia, gozando del mundo y viviendo como los condes y marqueses, entretenido en ver comedias y concurrir a bailes, conciertos, banquetes y tertulias de damas, proporcionándome todas estas diversiones tanto el señor gobernador como la señora gobernadora, a quienes hice la corte tan cumplidamente que ambos sintieron mi regreso a Liria y aun me obligaron antes de marchar a que les prometiera repartir el tiempo entre ellos y mi soledad. Convinimos en que permanecería en la ciudad el invierno y el verano en mi quinta. Con esta condición me dejaron libertad mis bienhechores para que me fuese a gozar de sus beneficios.

Escipión, que deseaba con ansia mi vuelta, se alegró infinito de ella, aumentándose su gozo con la relación que le hice de mi viaje. «Y tú, amigo mío—le pregunté—, ¿qué te has hecho aquí durante mi ausencia? ¿Te has divertido mucho?» «Cuanto puede hacerlo—me respondió—un criado fiel que nada ama tanto como la presencia de su amo. He paseado por todos los puntos de nuestros pequeños Estados, y sentándome unas veces

junto a la fuente que está en el bosque, contemplaba con particular gusto la claridad de sus aguas, tan puras y cristalinas como las de aquella sagrada fuente cuyo estruendo hacía resonar el espacioso bosque de Albunea, y recostado otras al pie de un árbol oía cantar a los ruiseñores y jilgueros. En fin, he cazado, he pescado; pero lo que me ha gustado aún más que todos estos pasatiempos ha sido la lectura de muchos libros tan útiles como entretenidos.»

Interrumpí con precipitación a mi secretario preguntándole dónde había hallado aquellos libros. «Los he encontrado—me respondió—en una selecta librería que hay en casa, que me ha enseñado el maestro Joaquín.» «Pero ¿en qué parte está esta librería?—le volví a preguntar—. ¿No registramos toda la casa el día que llegamos?» «Así le pareció a usted—me respondió—; pero sepa que solamente recorrimos tres distritos, olvidándosenos el cuarto, y allí es donde don César, cuando venía a Liria, empleaba una parte de su tiempo en la lectura. Hay en esta librería muy buenos libros, que se nos han dejado como un recurso seguro contra el tedio para cuando nuestros jardines despojados de flores y nuestro bosque de hoja no puedan preservarnos de él. Los señores de Leiva no han hecho las cosas a medias, sino que han cuidado tanto del alimento espiritual como del corporal.»

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Hice que me enseñasen el cuarto distrito, en el cual se me ofreció un espectáculo muy agradable. Halléme en una vivienda que desde luego destiné para mi morada, como don César la había escogido para sí. La cama de dicho señor estaba allí todavía con todos los adornos, es a saber: una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé a un gabinete que tenía

estantes bajos alrededor llenos de libros y sobre la estantería los retratos de todos nuestros reyes. Había también en él, al lado de una ventana que tenía vistas a una campiña deliciosa, un escritorio de ébano delante de un gran sofá de tafilete negro; pero lo que principalmente llamó mi atención fué la librería. Componíase de obras de filósofos, poetas, historiadores y gran número de libros de caballerías. Conocí que don César gustaba de éstos en vista de los muchos que de esta clase había juntado. Confieso, no sin rubor, que yo no era menos aficionado a estas producciones, a pesar de las extravagancias de que están atestadas, ya porque no fuese entonces un lector delicado, ya porque lo maravilloso hace a los españoles muy indulgentes. Con todo eso, diré en abono mío que hallaba más deleite en los libros de moral recreativa y que Luciano, Horacio y Erasmo eran mis autores favoritos.

«Amigo mío—dije a Escipión luego que pasé la vista por mi librería—, aquí sí que tenemos en qué divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar nuestra familia.» «Ya le he ahorrado a usted—me respondió—la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia he estudiado bien a sus criados y me atrevo a decir que los conozco perfectamente. Comencemos por el maestro Joaquín: creo que es un bribón completo, y no pongo la menor duda en que le habrán despedido de casa del arzobispo por algunos errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. No obstante, es necesario conservarle, por dos razones: la primera, porque es buen cocinero, y la segunda, porque yo no le perderé de vista, espiaré todas sus acciones y en verdad que ha de ser muy diestro para podérmela pegar. Ya le he dicho que usted estaba en ánimo de despedir las tres partes de sus criados, noticia que le turbó y apesadumbró mucho; tanto, que llegó a

decirme que teniendo, como tenía, tanta inclinación a servir a usted, se contentaría con la mitad del salario que goza al presente, sólo por no salir de casa, lo que me hace sospechar que hay en la aldea alguna muchachuela de quien no quisiera alejarse. Por lo que toca al ayudante de cocina—prosiguió—, es un borracho, y el portero un insolente que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de éste le podré yo desempeñar muy bien, como se lo haré ver a usted mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municiones. Entre los lacayos sólo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Nos quedaremos con él y echaremos a los demás, que son unas malas cabezas, pues a ninguno de ellos tendría yo en casa aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.»

Después de haber tratado largamente sobre todos estos puntos resolvimos quedarnos con el cocinero, con el mozo de cocina y con el aragonés y despedir con buen modo a todos los demás. Así se ejecutó en aquel mismo día, regalándoles Escipión en nombre mío, además de su salario, algunos doblones que sacó del arca del dinero. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto orden en la quinta, arreglando las obligaciones que correspondían a cada criado y comenzando desde entonces a mantenernos a nuestra costa. Yo me hubiera contentado con un trato frugal; pero mi secretario, que apetecía los buenos bocados y platos regalados, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del maestro Joaquín. La ejercitó tan bien, que nuestras comidas y cenas eran abundantes y delicadas.

* * *

# Capítulo VIII

**Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.**

Dos días después de mi vuelta de Valencia a Liria, el labrador Basilio, mi arrendatario, vino al tiempo en que me estaba vistiendo a pedirme el permiso para presentarme a su hija Antonia, que deseaba, decía él, tener el honor de saludar a su nuevo amo. Habiéndole respondido que en eso me daría mucho gusto, se salió, y volvió inmediatamente a entrar con la hermosa Antonia. Creo deber dar este epíteto a una joven de diez y seis a diez y ocho años, que, además de unas facciones regulares, tenía unos colores muy hermosos y los mejores ojos del mundo. Sólo estaba vestida de sarga; pero su garboso talle, su aire majestuoso y unas gracias que no siempre acompañan a la juventud, daban realce a la sencillez de su traje. Tenía la cabeza descubierta, el pelo recogido atrás y un ramillo de flores encima, imitando la sencillez de las lacedemonias.

Cuando la vi entrar en mi cuarto me quedé tan suspenso de ver su hermosura como los paladines de Carlo Magno cuando vieron a la bella Angélica. En vez de recibir a Antonia con jovial desembarazo y decirle algunas cosas lisonjeras, en vez de congratular a su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, quedé admirado, turbado, suspenso y

sin poder pronunciar palabra. Escipión, que conoció mi turbación, tomó la palabra por mí e hizo la costa de las alabanzas que yo debía a aquella amable persona. Ella, a quien no deslumbró mi persona en bata y gorro, me saludó sin cortarse y me hizo un cumplido que, aunque de los más comunes, me acabó de encantar. Entre tanto que mi secretario, Basilio y su hija se hacían recíprocos cumplimientos, yo volví en mí, y como si quisiera compensar el estúpido silencio que había guardado hasta entonces, pasé de un extremo a otro, extendiéndome en discursos obsequiosos y hablando con tanta fogosidad que Basilio entró en cuidado, y considerándome ya como un hombre que iba a poner en ejecución cuanto le fuese dable para seducir a Antonia, se apresuró a salir con ella de mi cuarto, resuelto quizá a apartarla de mi vista para siempre.

Así que Escipión se halló a solas conmigo me dijo sonriéndose: «Otro remedio tenéis contra el fastidio de la soledad. No sabía yo que vuestro arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la vi, aunque estuve dos veces en su casa. Debe de cuidar de guardarla, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso; pero—añadió—esto creo que no es necesario decírselo a usted, porque a la primera vista le deslumbró.» «No te lo niego—respondí—. ¡Ah hijo mío! He creído ver una diosa en aquella criatura; me ha dejado de repente abrasado en amor. El rayo tarda más en herir que la flecha con que ella ha atravesado mi corazón.»

«Mucho gozo me causa usted—replicó mi secretario—en confesarme que al fin ha llegado a enamorarse. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba otra cosa. ¡Ahora sí que, gracias a Dios, tiene usted todo lo que ha menester! Bien sé—continuó—que nos costará algún

trabajo burlar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y he de hacer que antes de tres días logre usted tener una secreta conversación con Antonia.» «Señor Escipión—le respondí—, quizá no podría usted cumplir esa palabra, fuera de que no quiero hacer experiencia de ello. Estoy muy distante de querer tentar la virtud de esa doncella, cuyo recato me parece merecer otras consideraciones. Y así, lejos de exigir de tu celo me ayudes a deshonrarla, sólo deseo que emplees tu mediación en facilitar mi casamiento con ella, con tal que su corazón no esté ya prendado de otro.» «No esperaba yo, ciertamente—me respondió—, que usted tomase tan de golpe semejante resolución. En verdad que no todos los señores de aldea, si se hallasen en igual caso que usted, procederían con tanta honradez ni se dirigirían a solicitar a Antonia por medios legítimos sino después de haber tentado otros inútilmente. Por lo demás—añadió—, no crea usted que desapruebo su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues, al contrario, confieso que la hija del arrendatario es merecedora del honor que usted quiere hacerle, siempre que pueda entregar a usted un corazón intacto y agradecido. Eso es lo que hoy mismo sabré por la conversación que pienso tener con su padre y quizá con ella misma.»

Mi confidente era un hombre puntualísimo en cumplir lo que prometía. Fué a verse secretamente con Basilio y por la tarde vino a mi gabinete, donde yo le estaba esperando entre la impaciencia y el temor. Observé que volvía muy alegre, lo que me hizo pronosticar desde luego que me traía buenas nuevas. «Si he de creer a tu risueña cara—le dije—, estoy en que vienes a anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos.» «Así es—me respondió—, mi querido amo. Todo le sale a usted a medida de su deseo. He hablado a Basilio y a su hija del designio de usted. El padre

está lleno de gozo de saber que usted quiere ser su yerno y puedo asegurar que sois del gusto de Antonia.» «¡Oh Cielo!—interrumpí todo enajenado de gozo—. ¡Conque he tenido la dicha de parecer bien a tan amable criatura!» «No lo dude usted—me respondió—; ella os ama ya, y en verdad que esta confesión no la he oído de su boca, sino que la he inferido de la alegría que ha manifestado al saber vuestro designio. Sin embargo—prosiguió—, usted tiene un rival.» «¡Un rival!», exclamé poniéndome pálido. «No os inquietéis por eso—me dijo—; este rival no os robará el corazón de vuestra dama. Ese tal es el maestro Joaquín, vuestro cocinero.» «¡Ah ladrón!—dije entonces, soltando una gran carcajada—. ¡Ve ahí por qué ha mostrado tal repugnancia a dejar mi servicio!» «Cabalmente—añadió Escipión—, días pasados pidió en matrimonio a Antonia, que le fué negada cortésmente.» «Salvo tu mejor parecer, creo que convendrá—le repliqué yo—deshacernos de ese pícaro antes que llegue a saber que quiero casarme con la hija de Basilio. Un cocinero, como sabes, es un rival peligroso.» «Tiene usted razón—respondió mi confidente—; se le debe echar de casa. Mañana por la mañana le despediré antes que se ponga a disponer la comida, y con eso usted ya no tendrá nada que temer de sus salsas ni de su amor. Sin embargo—continuó Escipión—, no deja de dolerme el perder tan buen cocinero; pero sacrifico mi golosina a la seguridad de usted.» «No debes—le dije—sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable. Voy a hacer venir de Valencia a un cocinero que valga tanto como él.» En efecto, inmediatamente escribí a don Alfonso diciéndole que necesitaba un cocinero, y al día siguiente me envió uno que consoló a Escipión.

Aunque este celoso secretario me había dicho haber advertido que

Antonia allá en su interior se alegraba mucho de haber hecho la conquista de su señor, no me atrevía a fiarme de su relación, temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para cerciorarme de ello resolví hablar yo mismo a la hermosa Antonia, y a este efecto me fuí a casa de Basilio, a quien confirmé cuanto le había dicho mi embajador. Este buen labrador, hombre sencillo y franco, después de haberme escuchado, me aseguró que me concedía su hija con una indecible satisfacción. «Pero no piense vuestra señoría—añadió—que se la doy porque es señor de este lugar; aun cuando no fuera vuestra señoría más que mayordomo de don César y de don Alfonso le preferiría a todos los demás amantes que se presentasen, porque siempre le he tenido grande inclinación, y lo que más siento es que mi Antonia no tenga una dote considerable que ofrecerle.» «No le pido ninguna—le dije—; su persona es el único bien a que aspiro.» «Doy a vuestra señoría mil gracias—exclamó—, pero no es esa mi cuenta. Yo no soy ningún descamisado para casar así a mi hija. Basilio de Buentrigo tiene, a Dios gracias, con qué dotarla, y quiero que ella dé a vuestra señoría de cenar si vuestra señoría le da de comer. En una palabra, las rentas de esta quinta no exceden de quinientos ducados y yo haré que lleguen a mil en gracia de este matrimonio.»

«Pasaré por cuanto quisieres, mi amigo Basilio—le respondí—, y nunca reñiremos por materia de intereses. Supuesto que los dos estamos de acuerdo, sólo se trata de obtener el consentimiento de tu hija.» «Usía tiene ya el mío—me dijo—; ¿y éste no basta?» «No—le respondí—. Si el tuyo me es necesario, el de ella lo es también.» «El suyo depende del mío—repuso él—, y no se atreverá a resollar en mi presencia.» «Antonia—le repliqué—, sumisa a la autoridad paternal, sin duda estará

pronta a obedecerte ciegamente, mas no sé si en esta ocasión lo hará sin repugnancia, y por poca que tuviese nunca me consolaría de haber sido causa de su desgracia. En fin, no me basta que me des su mano, sino que es necesario que su corazón no lo sienta.» «¡Qué diantre!—dijo Basilio—. Yo no entiendo todas esas filosofías; hable vuestra señoría mismo con Antonia y verá, si mucho no me engaño, que nada apetece más que ser vuestra esposa.» Dicho esto, llamó a su hija y me dejó un momento a solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fuí desde luego al asunto. «Bella Antonia—le dije—, decide de mi suerte. Aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que quiero valerme de él para violentar tu gusto. Por dulce que me sea tu posesión, yo la renuncio si me dices que no la he de deber sino solamente a tu obediencia.» «Eso es, señor—me respondió ella—, lo que nunca os diré. Vuestra solicitud es para mí tan grata, que jamás podrá causarme pena, y en vez de oponerme al consentimiento de mi padre, apruebo su elección. No sé—prosiguió—si hago bien o mal en hablaros de este modo; pero si no me hubierais agradado sería bastante franca para decíroslo. ¿Pues por qué no podré declararos lo contrario con la misma libertad?»

Al oír estas palabras, que no pude escuchar sin quedar enajenado, hinqué una rodilla en tierra delante de Antonia, y en el exceso de mi alegría, tomándole una de sus hermosas manos, se la besé con ademán tierno y apasionado. «Mi amada Antonia—le dije—, tu franqueza me hechiza. ¡Continúa! ¡No te violentes por nada, pues hablas a tu esposo! ¡Lea yo en tus ojos lo que pasa en tu corazón, para que pueda lisonjearme de que no verás sin complacencia estrecharse tu suerte con la mía.» A esta

sazón entró Basilio y no pude proseguir. Deseoso éste de saber lo que su hija me había respondido, y dispuesto a reñirla si me hubiese manifestado la menor aversión, volvió prontamente a reunirse conmigo. «Y bien—me dijo—, ¿está vuestra señoría contento con la respuesta de Antonia?» «Lo estoy tanto—le respondí—, que desde este momento voy a ocuparme en los preparativos de mi casamiento.» Y dicho esto dejé a padre e hija para ir a celebrar consejo sobre el asunto con mi secretario.

* * *

# Capítulo IX

**Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo; qué personas asistieron a él y fiestas con que se celebró.**

Aunque no necesitaba permiso de los señores de Leiva para casarme, juzgamos Escipión y yo que no podría excusarme, sin faltar a la gratitud, de participarles mi designio de unirme con la hija de Basilio y aun de pedirles su consentimiento por política.

Marchó al momento a Valencia, donde todos se quedaron tan sorprendidos de verme como de saber el motivo de mi viaje. Don César y don Alfonso, que conocían a Antonia por haberla visto varias veces, me dieron mil enhorabuenas de haberla elegido por esposa. Sobre todo don César me hizo un cumplimiento tan expresivo, que, a no estar yo persuadido de que aquel señor había dejado del todo ciertos pasatiempos, sospecharía que más de una vez había ido a Liria no tanto por ver su quinta como a la hija de su arrendador. Serafina, por su parte, después de haberme asegurado que siempre tomaría mucho interés en mis satisfacciones, me dijo que había oído hacer mil elogios de Antonia. «Pero—añadió con algo de malicia, y como para zaherirme sobre la indiferencia con que había correspondido al amor de Séfora—, aunque no me hubieran ponderado su

hermosura, jamás hubiera dudado de tu buen gusto, porque sé lo delicado que es.»

No se contentaron don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta. «Vuelve—me dijeron—a tomar el camino de Liria y no salgas de allí hasta que oigas hablar de nosotros, ni hagas preparativo alguno para la boda, que ese es cuidado nuestro.»

Por condescender con la voluntad de aquellos señores, me volví a mi quinta. Comuniqué a Basilio y a su hija las intenciones de nuestros protectores, y estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible noticias suyas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho días, pero al noveno vimos llegar un coche de cuatro mulas con costureras dentro, que traían hermosas telas de seda para vestir a la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados en mulas. Uno de ellos me entregó una carta de parte de don Alfonso, en que me decía este señor que el día siguiente estaría en Liria con su padre y su esposa y que al otro celebraría la ceremonia del matrimonio el provisor de Valencia. Con efecto, al otro día llegaron a mi quinta don César, su hijo, Serafina y el provisor, todos cuatro en un coche de seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venían las criadas de Serafina, y seguido de la guardia del gobernador.

Luego que la gobernadora entró en la quinta, mostró vivos deseos de ver a Antonia, la cual, así que supo la llegada de Serafina, acudió a saludarla y besarle la mano, lo que ejecutó con tanta gracia que dejó admirada a la comitiva. «Y bien, Serafina—preguntó don César a su nuera—, ¿qué os parece Antonia? ¿Podía Santillana hacer una elección mejor?» «No—respondió Serafina—; parece que nacieron el uno para el otro, y no

dudo que su enlace será muy feliz.» En fin, todos alabaron mi novia, y si les pareció bien con su vestido de sarga, quedaron aún más encantados de ella cuando se presentó con traje ostentoso, pues, según la nobleza y desembarazo de su persona, parecía no haber usado otros en su vida.

Llegado el momento en que un dulce himeneo había de unir para siempre nuestra suerte, don Alfonso me tomó de la mano para conducirme al altar y Serafina hizo el mismo honor a la novia. En este orden nos dirigimos a la iglesia de la aldea, en donde nos estaba esperando el provisor para casarnos, ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los habitantes de Liria y de los labradores ricos del contorno a quienes había convidado Basilio a la boda de Antonia, los cuales llevaban consigo a sus hijas adornadas de cintas y de flores y con panderetas en la mano. Nos volvimos en seguida a la quinta, en donde, por disposición de Escipión, director del festín, había prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para su comitiva, y la tercera, que era la mayor, para todos los demás convidados. Antonia se sentó a la primera, porque así lo quiso la gobernadora; yo hice los honores de la segunda y Basilio asistió a la de los aldeanos. Escipión a ninguna se sentó; no hacía más que ir y venir de una a otra, cuidando de que las mesas estuviesen bien servidas y todos contentos.

Los cocineros del gobernador eran los que habían dispuesto la comida, y ya se deja entender que nada faltaría en ella. Los exquisitos vinos de que el maestro Joaquín había hecho provisión para mí se gastaron con profusión. Los convidados comenzaban a acalorarse, y reinaba una alegría general, cuando fué turbada de repente por un acontecimiento que me sobresaltó. Habiendo entrado mi secretario en la sala donde yo comía con los principales criados de don Alfonso y las criadas de Serafina, cayó de

repente desmayado, perdiendo el conocimiento. Levantéme prontamente a socorrerle, y mientras estaba ocupado en hacerle volver en sí, una de las criadas se desmayó también. Todos nos persuadimos que estos dos desmayos encerraban algún misterio. Y en efecto, ocultaban uno que tardó poco en aclararse, porque, recobrando de allí a poco Escipión el uso de los sentidos, me dijo en voz baja: «¡El día más alegre para usted había de ser para mí el más infausto! ¡Ninguno puede evitar su desgracia!—añadió—. ¡Acabo de encontrar a mi mujer en una de las criadas de Serafina!»

«¡Qué es lo que oigo!—exclamé—. ¡No puede ser! ¿Cómo? ¿Serías acaso el marido de esa mujer que acaba de desmayarse al mismo tiempo que tú?» «Sí, señor—me respondió—, soy su marido, y juro a usted que no podía la fortuna jugarme una pieza más ruin que presentarla a mis ojos.» «Ignoro, amigo mío—repliqué—, las razones que tienes para quejarte de tu esposa; pero sea el que fuere el motivo que haya dado para ello, te ruego que te reprimas. Si me amas, no turbes la fiesta haciendo público tu resentimiento.» «Señor—repuso Escipión—, quedaréis satisfecho de mí. Vais a ver si sé disimular perfectamente.»

Hablando de este modo, se acercó hacia su mujer, a quien sus compañeras también habían hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura como si efectivamente hubiera estado lleno de gozo por volverla a ver, «¡Ah mi querida Beatriz!—le dijo—¡Conque al fin el Cielo nos vuelve a juntar al cabo de diez años de separación! ¡Oh dulce momento para mí!» «Yo no sé—le respondió su mujer—si experimentas realmente algún placer en volverme a encontrar; pero a lo menos estoy bien persuadida de que no te di ningún motivo justo para abandonarme. Porque me encontraste una noche con el señor don Fernando de Leiva, que estaba enamorado de mi

ama Julia, y a cuya pasión favorecía yo, se te figuró a ti que yo le daba oídos a costa de tu honor y del mío; al momento te trastornan la cabeza los celos, dejas a Toledo y huyes de mí como de un monstruo, sin dignarte siquiera pedirme satisfacción y escuchar mis descargos. Dime ahora, si gustas, ¿cuál de los dos tiene más derecho para quejarse?» «Tú, sin duda», le replicó Escipión. «Ciertamente que sí—continuó ella—. Don Fernando, luego que partiste de Toledo, se casó con Julia, a la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero después que una muerte temprana nos la arrebató, me tomó a su servicio su hermana mi señora, y tanto ella como todas sus criadas te podrán informar de la pureza de mis costumbres.»

No teniendo qué replicar mi secretario a estas razones, pues no podía probar fuesen falsas, cedió gustoso a la fuerza de ellas y dijo a su esposa: «Vuelvo a repetir que reconozco mi culpa y te pido perdón de ella a vista de este respetable concurso.» Entonces, intercediendo por él, rogué a Beatriz olvidase lo pasado, asegurándole que su marido no pensaría en adelante más que en tratarla con el mayor cariño. Rindióse a mi súplica; todos los circunstantes celebraron la reunión de estos dos esposos, y para solemnizarla mejor se les hizo sentar a una mesa juntos. Se repitieron a porfía los brindis por la salud de entrambos, y más parecía que el festín se había dispuesto para celebrar aquella reconciliación que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los aldeanos para formar bailes con las jóvenes aldeanas, que con el ruido de sus panderetas atrajeron bien pronto a los convidados de las otras mesas y les inspiraron el deseo de seguir su ejemplo. Todos se pusieron en movimiento; los dependientes del gobernador bailaron con las criadas de la

gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina y don César otra con Antonia, la cual vino después a buscarme para que bailase con ella, y en verdad que no lo hizo mal para una persona que no tenía mas que algunos principios de baile que había aprendido en casa de una parienta suya avecindada en Albarracín. Yo, que, como ya he dicho, me había enseñado a bailar en casa de la marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarín. Beatriz y Escipión prefirieron al baile una conversación entre los dos para darse recíproca cuenta de lo que les había sucedido mientras habían estado separados; pero fué interrumpido su coloquio por Serafina, que, informada de su encuentro, los hizo llamar para manifestarles lo mucho que de ello se alegraba. «Hijos míos—les dijo—, en este día de regocijo se acrecienta mi satisfacción viéndoos restituídos uno a otro. Amigo Escipión—añadió—, ahí te entrego a tu esposa, asegurándote que su conducta ha sido siempre irreprensible. Vive aquí con ella en perfecta armonía. Y tú, Beatriz, dedícate al servicio de Antonia y no le seas menos afecta que tu marido lo es al señor de Santillana.» Escipión, no pudiendo ya a vista de esto mirar a su mujer sino como a otra Penélope, prometió tratarla con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse los aldeanos y aldeanas a sus casas después de haber estado bailando toda la tarde; pero continuó la fiesta en la quinta. Sirvióse una magnífica cena, y cuando se trató de irse todos a recoger, el provisor bendijo el lecho nupcial. Serafina desnudó a la novia y los señores de Leiva me hicieron la misma honra. Lo más gracioso fué que los dependientes de don Alfonso y las criadas de la gobernadora quisieron para divertirse practicar la misma ceremonia: desnudaron a Beatriz y a Escipión, los

cuales, para hacer más cómica la escena, se dejaron desnudar y acostar, guardando gran gravedad.

* * *

# Capítulo X

**Lo que sucedió después de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipión.**

Al día siguiente de mi boda los señores de Leiva regresaron a Valencia, después de haberme dado otras mil señales de amistad, de tal modo que mi buen secretario y yo nos quedamos solos en la quinta con nuestras mujeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en agradar a nuestras esposas no fué inútil, pues en poco tiempo inspiré yo a la mía tanto amor como le profesaba, y Escipión hizo olvidar a la suya los disgustos que le había causado. Beatriz, que era de carácter dócil y afable, se granjeó fácilmente el cariño de su nueva ama y ganó su confianza. En fin, todos cuatro nos avinimos perfectamente y comenzamos a gozar de una suerte envidiable, pasando la vida en los más dulces entretenimientos. Antonia era bastante seria; pero Beatriz y yo éramos muy alegres, y aun cuando no lo fuéramos, nos bastaría estar con Escipión para no conocer la melancolía, porque era un hombre sin igual para la sociedad, una de aquellas personas festivas que sólo con presentarse divierten a la concurrencia.

Un día que después de comer se nos antojó ir a dormir la siesta al sitio

más apacible del bosque, mi secretario estaba de tan buen humor que nos quitó a todos el sueño con sus graciosas ocurrencias. «¡Calla esa boca—le dije—, amigo mío; o si quieres que no durmamos, cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atención!» «Con mucho gusto, señor—me respondió—. ¿Quiere usted que le cuente la historia del rey don Pelayo?» «De mejor gana oiría la tuya—le repliqué—; pero este gusto nunca me lo has querido dar desde que vivimos juntos, ni espero que jamás me lo des. ¿De qué proviene esto?» «Si no he contado a usted la historia de mi vida ha consistido en que jamás me ha manifestado el menor deseo de saberla; por consiguiente, no tengo yo la culpa de que usted ignore mis aventuras, y por poca curiosidad que tenga de oírlas estoy pronto a satisfacérsela.» Antonia, Beatriz y yo le cogimos la palabra y nos dispusimos a escuchar su relación, que no podía menos de causar en nosotros un buen efecto, ya divirtiéndonos o ya excitándonos al sueño.

«Yo—comenzó a decir Escipión—sería hijo de un grande de España de primera clase, o cuando menos de un caballero del hábito de Santiago o de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escoger padre, han de saber ustedes que el mío, llamado Toribio Escipión, fué un honrado cuadrillero de la Santa Hermandad. Como iba y venía por los caminos reales, por donde su profesión le obligaba a andar casi siempre, cierto día encontró casualmente entre Cuenca y Toledo a una gitanilla que le pareció muy linda. Caminaba sola a pie y llevaba consigo todo su ajuar en una especie de mochila echada al hombro. «¿Adonde vas así, prenda mía?», le dijo, suavizando cuanto pudo la voz, que era naturalmente bronca. «Caballero—contestó ella—, voy a Toledo, donde de un modo o de otro espero ganar de comer, viviendo honradamente.»

«Tu intención es muy loable—replicó él—, y no dudo que para eso tendrás varios arbitrios.» «Sí, gracias a Dios—respondió la gitanilla—, tengo varias habilidades; sé hacer pomadas y quintas esencias muy útiles para las damas, digo la buenaventura, sé dar vueltas al cedazo para hacer que se encuentren las cosas perdidas y muestro cuanto se quiere ver en una redoma o en un espejo.»

»Pareciéndole a Toribio que una joven como ésta era un partido muy ventajoso para un hombre como él, a quien su empleo apenas le producía para mantenerse, sin embargo de saber desempeñarlo con la mayor exactitud, le propuso si quería ser su esposa. Aceptó la niña la propuesta; se fueron ambos inmediatamente a Toledo, en donde se casaron, y en mí ven ustedes el digno fruto de este noble matrimonio. Fijaron su residencia en un arrabal, en donde mi madre comenzó a vender pomadas y quintas esencias; pero viendo que este trato producía poco, comenzó a hacer de adivina. Entonces fué cuando se vieron llover en su casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de ambos sexos pusieron bien pronto en auge la fama de Coscolina, que así se llamaba la gitana. No pasaba día sin que viniese alguno a ocuparla en su ministerio; ya llegaba un sobrino pobre que quería saber cuándo su tío, de quien era único heredero, partiría para la otra vida; ya llegaba una doncella que deseaba con ansia averiguar si un caballero mozo que le había dado palabra de casamiento se la cumpliría.

»Persuádome de que ustedes darán por supuesto que los vaticinios de mi madre siempre eran favorables a las personas a quienes los hacía; si se cumplían, enhorabuena; pero si alguna vez venían a reconvenirla por haber sucedido lo contrario de lo que había pronosticado, contestaba frescamente que debía echarse la culpa al diablo, que, a pesar de la fuerza

de los conjuros que ella empleaba para obligarle a que le revelase lo futuro, tenía algunas veces la malicia de engañarla.

»Cuando mi madre, por honor al oficio, creía deber hacer visible al diablo en sus operaciones, entonces era Toribio Escipión quien hacía el papel del diablo, y lo desempeñaba con perfección, porque la aspereza de su voz y la fealdad de su rostro cuadraban a maravilla con lo que representaba. Poca credulidad era menester para espantarse al aspecto de mi padre; pero un día vino, por desgracia, cierto capitán majadero que quiso ver a diablo, y le atravesó de parte a parte con la espada. Informada la Inquisición de la muerte del diablo, despachó sus ministros contra la Coscolina, a quien prendieron, embargando al mismo tiempo todos sus efectos, y a mí, que a la sazón sólo tenía siete años, me metieron en el hospicio de los niños huérfanos. Había en esta casa unos caritativos eclesiásticos que, estando bien dotados para cuidar de la educación de los pobres huérfanos, tenían el trabajo de enseñarles a leer y escribir. Parecióles que yo prometía mucho, y por esta causa me distinguieron entre los demás, escogiéndome para hacer sus recados. Yo era el que llevaba sus cartas, hacía sus demás encargos y les ayudaba a misa. En pago de mis servicios trataron de enseñarme la lengua latina; pero lo ejecutaron con tanta aspereza y me trataron con tal rigor, a pesar de los servicios que les hacía, que, no pudiendo ya resistir más, un día que me enviaron a un recado cogí las de Villadiego, y en vez de volver al hospicio me escapé de Toledo por el arrabal del lado de Sevilla.

»Aunque a la sazón apenas tenía nueve años cumplidos, no cabía en mí de contento de verme en libertad y dueño de mis acciones. No llevaba qué comer ni dinero, pero nada me importaba, porque tampoco tenía

lección que estudiar ni temas que componer. Después de haber andado dos horas comenzaron mis piernecitas a negarme su servicio. Como nunca había hecho tan larga caminata, fué preciso pararme a descansar. Sentéme al pie de un árbol que estaba a orillas del camino real, y para entretenerme saqué el arte que llevaba en el bolsillo. Comencé a hojearle por diversión; pero acordándome de las palmetas y de los azotes que me había costado, desgarré las hojas, diciendo lleno de cólera: «¡Ah maldito libro, ya no me harás llorar más!» Estando satisfaciendo mi venganza y sembrando la tierra alrededor de mí de declinaciones y conjugaciones, pasó casualmente por allí un ermitaño de aspecto venerable, con barba blanca y unos grandes anteojos. Acercóse a mí, miróme con mucha atención, y yo también le estuve mirando con la misma. «Hijito mío—me dijo sonriéndose—, me parece que los dos nos hemos mirado con cariño y que no haríamos mal en vivir juntos en mi ermita, que sólo dista doscientos pasos de aquí.» «¡Buen provecho le haga a usted—le respondí con bastante sequedad—, que yo ninguna gana tengo de ser ermitaño!» Al oír esta respuesta el buen viejo dió una grande carcajada de risa y me dijo abrazándome: «Mi hábito, hijo mío, no debe asustarte; si es poco grato a la vista, es de gran utilidad, pues me hace dueño de un deleitoso retiro y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitantes me aman, o por mejor decir me idolatran. Vente conmigo—añadió—y te pondré un hábito como el mío. Si te fuese bien con él, participarás conmigo de las dulzuras de la vida que hago, y si no te acomodase ésta, no sólo serás dueño de marcharte, sino que puedes contar con que al separarnos no dejaré de hacerte todo el bien que pueda.»

»Dejéme persuadir y seguí al viejo ermitaño, que me hizo varias preguntas, a las que respondí con una ingenuidad que no siempre he

tenido en adelante. Luego que llegamos a la ermita me presentó algunas frutas, que devoré en un instante, porque en todo el día no había comido mas que un zoquete de pan seco con que me había desayunado en el hospicio por la mañana. El solitario, viéndome menear tan bien las quijadas, me dijo: «¡Animo, hijo mío! No dejes de comer por miedo de que se acaben las frutas, pues, gracias al Cielo, tengo muy buena provisión de ellas. No te he traído aquí para matarte de hambre.» Lo que era mucha verdad, porque una hora después de nuestra llegada encendió lumbre, puso a asar una pierna de carnero, y mientras yo daba vueltas al asador él dispuso una mesita, cubriéndola con un mantel no muy limpio y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

»Luego que el carnero estuvo en sazón le sacó del asador, cortó algunos pedazos de él y nos sentamos a cenar; pero nuestra cena no fué como la de las ovejas, porque bebimos de un exquisito vino, del cual tenía también el ermitaño un buen repuesto. «Y bien, amiguito—me dijo luego que nos levantamos de la mesa—, ¿estás contento con mi trato? De este modo comerás mientras estuvieres conmigo. Por lo demás, harás en este ermitorio lo que mejor te pareciere; sólo exijo de ti que me acompañes cuando vaya a recoger la limosna a los lugares vecinos. Me servirás para llevar del cabestro un borriquillo cargado de dos banastas, que los aldeanos caritativos llenan ordinariamente de huevos, pan, carne y pescado; no te pido más.» «Haré—le respondí—todo lo que usted quiera, con tal que no me obligue a estudiar el latín.» No pudo menos de reírse de mi sencillez el hermano Crisóstomo, que así se llamaba el anciano ermitaño, y me aseguró de nuevo que no pensaba nunca violentar mis inclinaciones.

»Al día siguiente salimos a nuestra demanda, llevando yo el borrico

por el cabestro, y recogimos copiosas limosnas, porque no había aldeano que no tuviese gusto en echar alguna cosa en nuestras banastas. Uno daba un pan entero; otro, un buen pedazo de tocino; quién una gallina y quién una perdiz. ¿Qué más diré a ustedes? Llevamos a la ermita víveres para más de una semana; buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellas gentes. Verdad es que éste también les servía bastante dándoles buenos consejos cuando venían a consultarle, pacificando los matrimonios en que reinaba la discordia, proporcionando dotes para casarse las solteras, dándoles remedios para mil clases de males y enseñando varias oraciones a las mujeres casadas que deseaban tener hijos.

»Ya ven ustedes, por lo que acabo de referir, que yo estaba bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre buena paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana y cubriéndome con una manta de lo mismo, de manera que no hacía mas que un sueño, el cual duraba toda la noche. El hermano Crisóstomo, que me había ofrecido un hábito de ermitaño, me hizo uno él mismo deshaciendo otro viejo suyo y me llamó el hermanillo Escipión. Apenas me presenté en las aldeas vecinas con aquel nuevo traje caí a todos tan en gracia que el pobre borrico apenas podía con la carga. Todos se esmeraban en dar a cual más al hermanito; tanto placer tenían en verme.

»A un muchacho de mi edad no podía desagradarle la vida ociosa y regalona que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; así es que me aficioné tanto a ella que la hubiera continuado siempre si las Parcas no me hubieran hilado otros días muy diferentes. Pero el destino que debía llenar me arrastró a dejar bien pronto el regalo y me hizo abandonar al hermano Crisóstomo de la manera que voy a referir.

»Veía muchas veces andar al viejo en la almohada que le servía de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla a coser. Observé un día que metía en ella algún dinero, lo que excitó en mí un movimiento de curiosidad que me propuse satisfacer al primer viaje que el hermano Crisóstomo hiciese a Toledo, adonde solía ir una vez a la semana. Aguardé con impaciencia este día, sin tener por entonces más objeto que el de contentar mi curiosidad. En fin, el buen hombre partió, y yo descosí la almohada, en donde hallé entre la lana como unos cincuenta escudos en toda clase de monedas.

»Verosímilmente, este tesoro sería efecto del agradecimiento de los aldeanos a quienes había curado con sus remedios y de las aldeanas que por la virtud de sus oraciones habían tenido hijos. Sea lo que fuere, apenas vi que aquél era un dinero que sin temor podía apropiarme, cuando se declaró mi complexión gitana: dióme una tentación de robarle, que no se podía atribuir sino a la fuerza de la sangre que corría por mis venas. Cedí sin resistencia a la tentación; encerré el dinero en un saquillo de paño en que metíamos nuestros peines y nuestros gorros de dormir, y después de haberme despojado del hábito de ermitaño y vuelto a tomar mi vestido de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en mi saquillo todas las riquezas de las Indias.

»Ustedes acaban de oír mi primer ensayo—continuó Escipión—, y no dudo que esperarán una serie de acciones del mismo jaez. No engañaré sus esperanzas, porque aun tengo que contarles otras hazañas parecidas a ésta antes de llegar a mis acciones loables; pero al fin llegaremos allá, y ustedes verán por mi narración que de un gran pícaro se puede hacer un hombre de bien.

»A pesar de mis pocos años no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me expondría a encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver a juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Gálvez, donde me entré en un mesón cuya huéspeda era una viuda como de cuarenta años y tenía todas las cualidades que se requieren para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta mujer puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me había escapado del hospicio de los huérfanos, me preguntó quién era y adónde iba. Respondíle que, habiendo muerto mis padres, me veía en la necesidad de buscar conveniencia. «Y dime, hijo—me volvió a preguntar—, ¿sabes leer?» Le aseguré que sí, y que también escribía lindamente. En verdad, yo sabía formar las letras y juntarlas de manera que figuraba una cosa así como escrita, lo que me parecía sobrado para llevar la cuenta de un mesón de aldea. «Pues yo te recibo—repuso la mesonera—para que me sirvas. No serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto y llevarás cuenta de lo que me deben y debo. No te señalaré salario—añadió—, porque los muchos caballeros que vienen a parar a este mesón siempre dan algo a los criados, con que seguramente puedes contar con sacar buenos gajes.»

»Acepté el partido, pero reservándome, como ustedes presumirán, la facultad de mudar de aires siempre que la permanencia en Gálvez no me acomodase. Apenas me vi apalabrado para servir en el mesón cuando sentí mi ánimo incomodado con una grande inquietud. No quería que nadie supiese que yo tenía dinero y no sabía dónde esconderlo de modo que ninguno pudiese dar con él. Como no conocía aún la casa, no me podía fiar de aquellos sitios que me parecían más a propósito para guardarlo. ¡Oh

y cuánto embarazo nos causan las riquezas! Determiné en fin ocultarle en un rincón del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podía estar más seguro, y procuré sosegarme cuanto me fué posible.

»Eramos tres criados en el mesón: un mozo rollizo que cuidaba de la cuadra, una moza gallega y yo. Cada uno sacaba lo que podía de los huéspedes, así de a pie como de a caballo, que paraban en él. Yo recibía de estos sujetos algún dinerillo cuando les iba a presentar la cuenta del gasto; daban también alguna cosa al mozo de la cuadra para que cuidase de sus caballerías; pero la gallega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba más escudos que nosotros maravedises. Luego que juntaba yo algunos reales, los llevaba al pajar para aumentar mi caudal, y cuanto más crecía éste, conocía yo que mi tierno corazón iba tomando más apego a él. Besaba algunas veces mis monedas y las estaba contemplando con un dulce embeleso que solamente los avaros pueden comprender suficientemente.

»El amor que tenía a mi tesoro me obligaba a visitarle treinta veces al día. Encontraba a menudo a la mesonera en la escalera del pajar, y como era una mujer de suyo muy desconfiada, quiso un día saber qué era lo que a cada instante me llevaba al pajar. Subió a él y comenzó a escudriñarlo todo, recelando que yo tendría escondidas algunas cosas que le habría hurtado. Revolvió la paja que cubría mi bolsón y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó o fingió creer que yo le había robado aquel dinero. Por de contado, se apoderó del caudal, y tratándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, mandó al mozo de la caballeriza, enteramente dedicado a complacerla, que me sacudiese una buena zurra de azotes, y después de haberme hecho desollar de esta manera me echó a la

calle, diciéndome que no quería aguantar pícaros en su casa. En vano aseguraba yo y clamaba que nada le había hurtado; la mesonera decía lo contrario y todos le daban más crédito a ella que a mí, y de esta manera las monedas del hermano Crisóstomo pasaron de manos de un ladrón a las de una ladrona.

»Lloré la pérdida de mi dinero como se llora la muerte de un hijo único; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que había perdido, por lo menos fueron causa para mover a compasión a algunas personas que me las veían verter, y entre otras al cura de Gálvez, que casualmente pasó junto a mí. Mostróse lastimado del triste estado en que me veía y me llevó consigo a su casa. En ella, a fin de sonsacarme, usó del medio de manifestarse muy compadecido de mí. «¡Cuánta lástima—dijo—me causa este pobre muchacho! ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna experiencia y falta de reflexión haya cometido una acción ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida.» En seguida, dirigiéndome la palabra, «Hijo mío—añadió—, ¿de qué lugar de España eres y quiénes son tus padres? Porque tienes trazas de ser hijo de gente honrada. Háblame en confianza y cuenta con que no te desampararé.»

»El cura, con estas halagüeñas y caritativas palabras, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos, y lo hice con mucha ingenuidad, sin reservarle nada, después de lo cual me dijo: «Amigo mío, aunque es cierto que no está bien en los ermitaños el atesorar, eso no disminuye tu culpa. En robar al hermano Crisóstomo siempre has quebrantado el mandamiento que prohibe hurtar; pero yo me encargo de obligar a la mesonera a que devuelva el dinero y hacérselo

entregar al hermano Crisóstomo, y así, por esta parte puedes desde ahora aquietar tu conciencia.» Juro a ustedes que esto era lo que menos cuidado me daba; pero el cura, que tenía sus fines, no paró aquí. «Hijo mío—prosiguió—, quiero empeñarme a favor tuyo y buscarte una nueva conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte a Toledo con un arriero y te daré una carta para un sobrino mío, canónigo de aquella catedral, que no rehusará admitirte por mi recomendación en el número de sus criados, los cuales todos lo pasan en su casa como unos beneficiados que se regalan a costa de la prebenda, y puedo asegurarte con certidumbre que allí lo pasarás perfectamente.»

»Consolóme tanto esta seguridad, que luego olvidé el talego y los azotes que me habían dado y ya no pensé más que en el placer de vivir como un beneficiado. Al día siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó a casa del cura un arriero con dos mulas. Subiéronme en la una, y montando mi conductor la otra tomamos el camino de Toledo. Mi compañero de viaje gastaba buen humor y le gustaba divertirse a costa del prójimo. «Querido Escipión—me dijo—, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura de Gálvez; no podía darte mayor prueba de lo mucho que te quiere que el acomodarte con su sobrino el canónigo, a quien tengo el honor de conocer, y es sin duda la perla de su Cabildo. No es, ciertamente, uno de aquellos devotos cuyo semblante macilento y extenuado está predicando mortificación y abstinencia: es gordo, colorado, siempre alegre y festivo; un hombre, en fin, que se divierte en todo lo que se presenta y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa a pedir de boca.»

»Conociendo el socarrón del arriero el placer con que le escuchaba,

continuó el elogio del canónigo, ponderándome lo mucho que yo celebraría mi fortuna cuando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Covisa, donde nos apeamos para echar un pienso a las mulas. En tanto que él andaba de aquí para allí por el mesón, se le cayó casualmente del bolsillo un papel que yo pude coger sin que él lo advirtiese y que hallé medio de leer mientras él estaba en la cuadra. Era una carta dirigida a los capellanes del hospicio de los huérfanos, concebida en estos términos:

«Muy señores míos: Me creo obligado en caridad a enviar a su poder un bribonzuelo que se escapó de ese hospicio. Paréceme un muchacho muy despabilado, y por lo mismo muy digno de que ustedes se sirvan tenerle encerrado. No dudo que a fuerza de corregirle podrán ustedes hacer de él un mozo de provecho. Queda rogando a Dios conserve a ustedes en tan piadoso como caritativo ministerio,—*El cura de Gálvez*.»

»Luego que acabé de leer esta carta, que me manifestaba la buena intención del señor cura, no dudé un punto sobre el partido que había de tomar. Salir inmediatamente del mesón y ponerme en las orillas del Tajo, distante más de una legua de aquel lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los capellanes del hospicio de los huérfanos, al que de ningún modo quería volver; tanto me había disgustado su modo de enseñar la Gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera adónde había de ir a comer y beber. Es verdad que aquélla es una ciudad de bendición, en la cual un hombre de talento reducido a vivir a costa ajena no puede morirse de hambre, pues no bien había entrado en la plaza cuando un caballero bien vestido, a cuyo lado pasaba, agarrándome por el brazo me dijo: «Chiquito, ¿quieres servirme? Porque

me alegrara tener un criado como tú.» «Y yo un amo como vuesa merced», le respondí prontamente. «Siendo eso así—me replicó—, desde ahora mismo date por recibido. Sígueme.» Y yo lo hice sin réplica.

Este caballero, que podía tener como unos treinta años y se llamaba don Abel, estaba hospedado en una posada de caballeros, donde ocupaba un cuarto decentemente alhajado. Era un jugador de profesión, y vean ustedes la vida que hacíamos: por la mañana le picaba yo tabaco para fumar cinco o seis cigarros, le limpiaba la ropa, iba a llamar al barbero para que le viniese a afeitar y componerle los bigotes, y hecho esto, se marchaba a las casas de juego, de donde no volvía hasta las once o doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir sacaba tres reales del bolsillo y me los daba para que comiese, dejándome libertad para que hiciera lo que se me antojase hasta las diez de la noche, con tal de que me hallara en casa cuando volviera. Estaba él muy contento conmigo y dió orden para que se me hiciese una librea muy galana, con la cual parecía propiamente un mensajero de damas de galanteo. También yo estaba muy alegre con mi oficio, y en verdad no podía hallar otro que más se adaptase a mi genio.

»Hacía ya casi un mes que pasaba tan buena vida cuando el amo me preguntó un día si estaba contento con él, y habiéndole contestado que no podía estarlo más, «Pues bien—me replicó—, mañana saldremos para Sevilla, adonde me llaman mis negocios. No te pesará el ver aquella capital de Andalucía, pues ya habrás oído muchas veces decir que *quien no ha visto a Sevilla no ha visto maravilla*.» «¡Que me place!—respondí yo—. Estoy pronto a seguir a usted a cualquiera parte del mundo.» En el mismo día el ordinario de Sevilla vino a la posada de caballeros a tomar un gran baúl donde estaba la ropa de mi amo, y al siguiente tomamos el camino de

Andalucía.

»Era el señor don Abel tan afortunado en el juego, que solamente perdía cuando le acomodaba, lo que le obligaba a mudar con frecuencia de lugar, por estar expuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dejaban engañar, y éste fué el motivo de nuestro viaje. Llegados a Sevilla, nos alojamos en una posada de caballeros cerca de la puerta de Córdoba, donde comenzamos a vivir como en Toledo. Pero mi amo halló diferencia entre las dos ciudades. En las casas de juego de Sevilla encontró jugadores tan afortunados como él, de suerte que algunas veces volvía a casa de muy mal humor. Una mañana que todavía le duraba el enojo de haber perdido cien doblones el día anterior, me preguntó por qué no había llevado la ropa sucia a la lavandera. «Señor—le respondí yo—, porque enteramente se me olvidó.»

»Al oír esto se encendió en cólera y me pegó media docena de bofetadas tan terribles que me hicieron ver más luces que las que había en el templo de Salomón, diciéndome al mismo tiempo: «¡Toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez te acuerdes de cumplir con tu obligación! ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿Por qué no eres tan puntual para servir como para comer? No siendo un bestia, como ciertamente no lo eres, bien podías tener presente lo que debes hacer sin esperar a que yo te lo recordara.» Dicho esto, se salió muy enfadado del cuarto, dejándome sumamente sentido de las bofetadas que me dió por tan pequeño motivo.

»Poco después le sucedió no sé qué lance en el juego que volvió a casa muy acalorado. «Escipión—me dijo—, he determinado irme a Italia y debo embarcarme mañana en un buque que se vuelve a Génova. Tengo

mis motivos para hacer este viaje; discurro querrás venir conmigo y aprovechar esta excelente ocasión de ver el país más delicioso del mundo.» Respondí que venía en ello; pero en mi interior pensaba en desaparecer al tiempo de ir a marchar. Andaba discurriendo el modo de vengarme de las bofetadas y me pareció que éste era el más ingenioso. Satisfecho y ufano de que me hubiese ocurrido semejante idea, no pude contenerme de confiársela a cierto valentón a quien encontré casualmente en la calle. Había yo contraído en Sevilla algunas malas amistades y principalmente la de este guapo. Contéle el lance de las bofetadas y el motivo de ellas, y revelándole el designio en que estaba de dejar a don Abel escapándome cuando se fuese a embarcar, le pregunté qué le parecía esta determinación.

»El valentón, arqueando las cejas y retorciéndose el bigote, y después afeando en tono grave la acción de mi amo, me dijo: «Mocito, serás un hombre sin honra toda tu vida si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por ella. No basta dejar a don Abel y no pisar más su casa; es menester darle un castigo proporcionado a tu afrenta. Robémosle tú y yo todo su equipaje y dinero, para repartirlo después entre los dos como buenos hermanos.» No obstante mi natural propensión a hurtar, no dejó de estremecerme y causarme algún horror un robo de tanta importancia. En medio de eso, el archiganzúa que me hizo la propuesta tuvo arte para convencerme; y vean ustedes cuál fué el éxito de nuestra empresa. El jaquetón, hombre robusto y rollizo, vino a la posada el día siguiente a boca de noche. Mostréle el gran baúl en que mi amo había encerrado sus ropas, y le pregunté si podría él solo cargar con un mueble tan pesado. «¿Tan pesado?—me dijo.—¡Sábete que cuando se trata de llevar lo ajeno, cargaría yo con el arca de Noé!» Diciendo esto, agarró el

baúl, echósele a cuestas como si fuera una paja, y bajó las escaleras con la mayor ligereza. Seguíle yo al mismo paso, y ya estábamos los dos a la puerta de la calle, cuando hete aquí a don Abel, que, por gran fortuna suya, llegó a tiempo tan oportuno.

«¿Adónde vas con ese cofre?», me dijo muy enfadado. Fué tanta mi turbación, que no acerté a responderle ni una sola palabra, y el guapetón, viendo errado el golpe, echó el baúl a tierra y se escapó para ahorrar contestaciones. «¿Adónde vas, pues, con ese baúl?», me volvió a preguntar mi amo. «Señor—le respondí más muerto que vivo—, le hacía llevar al buque donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia.» «Pero ¿por dónde sabías tú—me replicó—en qué buque me había de embarcar?» «Señor—repuse prontamente—, *quien lengua tiene, a Roma va*: informaríame en el puerto, y allí me lo dirían.» Al oír esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecía quererme tragar, y yo temí repitiese las bofetadas. «Pero dime—replicó otra vez—: ¿quién te mandó que sacares el baúl fuera de la posada sin orden mía?» «Su merced mismo—le dije—. ¿Ya no se acuerda usted de la reprensión que me dió hace pocos días? ¿No me dijo usted regañándome que sin esperar sus órdenes hiciese por mí mismo mi obligación para servirle? Pues en cumplimiento de este precepto iba a llevar su cofre de usted a la embarcación.» Entonces el jugador, conociendo que tenía yo más malicia de la que él había creído, me despidió de su casa, diciéndome serenamente: «Señor Escipión, a mí no me acomodan criados tan sutiles. ¡Vaya usted, señor Escipión! ¡El Cielo le guíe! ¡No me gusta jugar con sujetos que tan pronto tienen una carta de más como de menos! ¡Quítate de mi presencia—añadió mudando de tono—, si no quieres que te haga

cantar sin solfa!»

»No aguardé a que me lo dijese dos veces; me alejé al momento, lleno de miedo de que me mandase quitar el vestido, que por fortuna me dejó, y eché a andar pensando adónde podría ir a alojarme con dos reales a que se reducía todo mi caudal. Llegué a la puerta del palacio arzobispal a tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salía de la cocina un olor tan grato, que se percibía una legua en contorno. «¡Cáspita!—dije entre mí—. ¡Me contentaría con cualquiera de estos platos que me regalan el olfato, y aun sólo con que me dejasen meter en alguno los cuatro deditos y el pulgar! Pero qué, ¿no podré discurrir un medio para probar estos platos que no he hecho más que oler? ¿Por qué no? Esto no me parece imposible.» Entregado enteramente a este pensamiento, me ocurrió una feliz treta, que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entréme en el patio de palacio, y comencé a correr hacia las cocinas gritando a más no poder en aire y tono de asustado: *¡Socorro! ¡Socorro!*, como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

»A mis descompasadas voces acudió apresurado el maestro Diego, cocinero del arzobispo, con tres o cuatro galopines de cocina; y no viendo a nadie más que a mí, todos me preguntaron qué tenía y por qué gritaba de aquella manera. «¡Señores—les respondí fingiendo miedo—, por amor de Dios favorézcanme ustedes y líbrenme de ese asesino que me quiere matar!» «¿Adónde está ese asesino?—exclamó Diego—. Porque tú estás solo, y tras de ti no viene ni siquiera un gato. ¡Vamos, hijo mío, sosiégate! Sin duda que algún bufón se ha querido divertir en asustarte y se ha retirado luego que te ha visto entrar en palacio, porque, cuando menos, le hubiéramos cortado las orejas.» «¡No, no—le dije al cocinero—; no me

siguió de chanza! ¡Es un gran ladrón que quería robarme, y estoy seguro de que me está esperando en la calle!» «Si fuese así—replicó el cocinero—, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dejaremos salir hasta mañana.»

»No puedo ponderar el gusto que me causaron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé cuando, conducido por el maestro Diego a las cocinas, se me presentó a la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que se me ofrecieron a la vista. Entonces fué cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo a nariz llena el olor de tantas delicadísimas viandas que jamás había probado. Tuve la honra de cenar y dormir con los galopines de cocina, todos los cuales quedaron tan prendados de mí, que cuando a la mañana siguiente fuí a dar gracias al maestro Diego por el favor que me había hecho en recogerme con tanta generosidad la noche anterior, me dijo: «Mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos a una voz me han asegurado se alegrarían de tenerte por camarada. Dime ahora con toda franqueza si gustarías ser su compañero.» Yo le respondí que si lograra tal fortuna me tendría por el hombre más feliz del mundo. «Siendo eso así, amigo mío—me dijo—, desde este mismo punto te puedes contar por criado de la casa arzobispal.» Y diciendo esto, me llevó al cuarto del mayordomo, el cual, observando mi despejo, me juzgó digno de ser admitido entre los marmitones.

»Al instante que tomé posesión de tan decoroso empleo, el maestro Diego, que seguía la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene a saber, de enviar todos los días varios platos a sus queriditas, me eligió para enviar a cierta dama de la vecindad ya trozos de

ternera y ya aves y cacería. Era la buena señora una viuda de treinta años a lo más, muy linda y vivaracha, y que tenía todas las trazas de no ser del todo fiel a su generoso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastecía también de vino; y todo esto, ya se entiende, a costa del señor arzobispo.

»En el palacio de su ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, pegando un chasco de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pajes y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los días del amo. Escogieron la de *Los Benavides*; y como era menester un muchacho de mi edad que hiciese el papel de rey niño de León, echaron mano de mí. El mayordomo, que se preciaba de saber representar, tomó de su cuenta el ensayarme; y con efecto, me dió algunas lecciones, asegurando a todos que no sería yo el que me portase peor. Como la función la costeaba el arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que fuese lucida. Armóse en un salón un soberbio teatro adornado con el mejor gusto, en uno de cuyos lados se dispuso un lecho de césped, donde debía yo fingirme dormido cuando viniesen los moros a asaltarme para llevarme prisionero. Luego que todos los actores estuvieron ensayados, el arzobispo señaló día para la función, convidando a todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

»Llegada la hora de la comedia, cada actor se vistió del traje que le correspondía. Por lo que toca al mío, el sastre me lo presentó acompañado del mayordomo, que, habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener también la paciencia de verme vestir. Trájome el sastre un ropaje talar de rico terciopelo azul, todo guarnecido de galones y botones de oro y con mangas largas adornadas con flecos del mismo metal. El propio

mayordomo me puso en la cabeza por su mano una corona de cartón dorado, sembrada de muchas perlas finas, mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme una faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata y cuyos remates eran dos graciosas borlas de hilo de oro. A cada cosa de éstas que me ponían se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó, en fin, la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con una relación, la cual concluía diciendo que, no pudiendo resistir a las dulzuras del sueño, iba a entregarme a él. Con efecto, me metí entre bastidores y me recosté en el lecho de césped que me estaba preparado; pero en lugar de dormir me puse sólo a pensar de qué modo podría salir a la calle y escaparme con mis vestiduras reales. Una escalerilla oculta, por la cual se bajaba desde el teatro al salón, me pareció a propósito para la ejecución de mi designio. Levantéme de la cama con mucho tiento, y, viendo que nadie me observaba, me escurrí por dicha escalerilla al salón, a cuya puerta pude llegar diciendo: «*¡A un lado! ¡A un lado, que voy a mudar de traje!*» Todos se pusieron en fila para dejarme pasar, de manera que en menos de dos minutos salí libremente del palacio a favor de la obscuridad y me fuí a casa de mi amigo el valentón.

»Quedóse parado de verme en aquel traje. Contéle el caso, que le hizo reír hasta más no poder. Abrazóme con tanto más regocijo cuanto se lisonjeaba de tener parte en los despojos del rey de León; me felicitó por haber dado un golpe tan diestro, y me dijo que si los progresos correspondían a los principios, haría yo con el tiempo gran ruido en el mundo por mi talento. Después que nos alegramos y divertimos largamente los dos celebrando mi grande hazaña, pregunté yo a mi jaquetón: «¿Y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos?» «Eso no

te dé cuidado—me respondió—; conozco a un prendero muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le lleven a vender sin andar con preguntas, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le traeré aquí.»

»En efecto; al día siguiente muy de mañana se levantó, dejándome en la cama, y dos horas después volvió con el prendero, el cual traía un lío cubierto con tela amarilla. «Amigo—me dijo—, aquí te presento al señor Ibáñez de Segovia, hombre de la mayor integridad, a pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. El te dirá en conciencia lo que vale el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente en lo que te dijere.» «En cuanto a eso—dijo el prendero—, me tendría por el hombre más ruin y miserable del mundo si tasara una cosa en menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias a Dios, ninguno ha tachado de esto a Ibáñez de Segovia. Veamos—añadió—esa ropa que usted quiere vender, y le diré en conciencia lo que vale.» «Aquí está—dijo el valentón poniéndosela delante—. No me negará usted que nada hay más magnífico: observe usted la hermosura de este terciopelo de Génova y lo exquisito de su guarnición.» «Verdaderamente que me encanta—respondió el prendero después de haber examinado el vestido con la mayor atención—; es de lo que no he visto en mi vida.» «¿Y qué juicio hace usted—le preguntó mi amigo—de las perlas que adornan esta corona?» «Si fueran redondas—respondió Ibáñez—no tendrían precio; pero tales cuales son me parecen bellísimas y me gustan tanto como lo demás. Ni puedo menos de decir lo que siento; otro prendero estafador, en mi lugar aparentaría despreciar la mercancía para adquirir a bajo precio y no se avergonzaría de ofrecer por ella veinte doblones; pero yo, que tengo conciencia, ofrezco

cuarenta.»

»Aun cuando Ibáñez hubiera ofrecido ciento no hubiera sido un apreciador muy justificado, pues que solamente las perlas valían más de doscientos; pero el valentón, que se entendía con él, me dijo: «¡Mira la fortuna que has tenido de tropezar con un hombre tan timorato! El señor Ibáñez aprecia las cosas como si estuviera en el artículo de la muerte.» «Así es—respondió el prendero—, y por eso no hay que andar regateando conmigo ni por un solo maravedí; en cuyo supuesto, éste me parece ya negocio concluído. Voy a dar el dinero.» «¡Espere usted!—replicó el valentón—. Antes de eso es menester que mi amiguito se pruebe el vestido que le dije a usted trajese para él, y mucho me engañaré si no le viene pintado.» Desenvolvió entonces el lío el prendero, y me presentó una ropilla y unos calzones de buen paño musgo con botones de plata, todo medio usado. Me levanté para probarme el vestido, y aunque me venía muy ancho y muy largo, les pareció a los dos compinches haberse hecho a propósito para mí. Ibáñez lo tasó en diez doblones; y como nada se había de replicar a lo que decía, me fué preciso pasar por ello; de manera que sacó treinta doblones del bolsillo, los dejó sobre una mesa, hizo un envoltorio de mis vestiduras reales y de mi corona, y se lo llevó.

»Luego que se marchó me dijo el valentón: «Estoy muy satisfecho de este prendero.» Tenía razón para estarlo, porque puedo asegurar que le sacó por lo menos cien doblones de beneficio. Sin embargo, no se contentó con esto; tomó sin ceremonia la mitad del dinero que había sobre la mesa y me dejó lo restante, diciéndome: «Mi querido Escipión, te aconsejo que con esos quince doblones que te quedan salgas al momento de esta ciudad, en donde puedes considerar las diligencias que se harán para buscarte de

orden del señor arzobispo. Tendría yo el mayor sentimiento si, después de la heroica acción que has hecho para inmortalizar tu nombre, te expusieras neciamente a ser encerrado en una prisión.» Respondíle que ya estaba resuelto a alejarme cuanto antes de Sevilla; y con efecto, habiendo comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad, y caminando por la espaciosa y amena campiña que entre viñas y olivares conduce a la antigua ciudad de Carmona, en tres días llegué a Córdoba.

»Alojéme en un mesón a la entrada de la plaza Mayor, donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia natural de Toledo, que viajaba únicamente por mi gusto. Mi traje era bastante decente para hacerlo creer, y algunos doblones que de propósito saqué delante del posadero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis pocos años no me tuvo por algún muchacho travieso que se había escapado de casa de sus padres después de haberles robado. Como quiera que fuese, él no se mostró muy deseoso de saber más de lo que yo le decía, quizá por temor de que su curiosidad no me obligase a mudar de posada. Por seis reales diarios se daba buen trato en esta casa, donde comúnmente había gran concurrencia de gentes. Conté por la noche a la cena hasta doce personas a la mesa, y lo mejor que había era que todos comían sin hablar palabra, excepto uno que, hablando sin cesar a diestro y siniestro, compensaba bien con su charlatanería el silencio de los demás. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacían reír a carcajadas, menos, en verdad, por celebrar sus ocurrencias que por burlarnos de ellas.

»Yo por mí hacía tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estrafalario, que me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razón de

nada de cuanto había hablado, a no haberse metido él mismo en una conversación que me importaba. «Señores—exclamó al fin de la cena—, les reservo a ustedes para postres un gracioso chasco que los días pasados dió un pícaro de muchacho en el palacio del arzobispo de Sevilla. Contómelo cierto bachiller amigo mío que se halló presente.» Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba a contar era el mío; y, con efecto, no me engañé. Refirió el tal sujeto el pasaje con toda exactitud, y aun me hizo saber lo que yo ignoraba; es decir, lo ocurrido en el salón después de mi fuga, que fué lo que voy a referir a ustedes.

»Apenas me escapé, cuando los moros que, según orden de la comedia que se representaba, debían apoderarse de mí aparecieron en la escena con el designio de venir a sorprenderme en la cama de césped en que me creían dormido; pero cuando quisieron echarse sobre el rey de León, se quedaron sumamente atónitos de no encontrar ni rey ni roque. Paró la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman, otros me buscan, éste grita, y aquél me da a todos los diablos. El arzobispo, que oyó la bulla y confusión que había detrás del teatro, preguntó la causa. A la voz del prelado, un paje, que hacía de gracioso en la comedia, salió y dijo: «No tema ya su ilustrísima que los moros hagan prisionero al rey de León, porque acaba de ponerse en salvo con sus vestiduras reales.» «¡Bendito sea Dios!—exclamó el arzobispo—. ¡Ha hecho muy bien en huir de los enemigos de nuestra religión, librándose de las cadenas que le preparaban! Sin duda se habrá vuelto a León, capital de su reino, y deseo que haya llegado con toda felicidad. Por lo demás, mando seriamente que ninguno vaya en su seguimiento; sentiría mucho que su majestad tuviese que padecer la menor

desazón por parte mía.» Luego que dijo esto dió orden de que se leyese en alta voz mi papel y se acabase la comedia.

* * *

# Capítulo XI

**Prosigue la historia de Escipión.**

»Mientras me duró el dinero el posadero usó de grandes atenciones conmigo; pero luego que advirtió que se me había acabado comenzó a tratarme con desagrado, buscando camorra a cada paso, y una mañana me dijo que le hiciera el favor de salir de su casa. Dejéla desdeñosamente, y me entré a oír misa en la iglesia de los padres dominicos. Mientras la estaba oyendo se acercó a mí un anciano pobre y me pidió limosna; saqué del bolsillo dos o tres maravedises, que le di diciendo: «Amigo mío, ruegue usted a Dios que me proporcione pronto una buena conveniencia. Si fuere oída su oración, no se arrepentirá de haberla hecho, y cuente con mi agradecimiento.»

»A estas palabras me miró el pobre con mucha atención, y con seriedad me dijo: «¿Qué clase de conveniencia desea usted?» «Quisiera—le respondí—acomodarme de lacayo en cualquiera casa en donde lo pasase bien.» Me preguntó si me urgía. «No puede urgir más—le contesté—, porque si no logro cuanto antes la dicha de colocarme, no hay medio: o habré de morir de hambre, o tendré que ser uno de vuestros compañeros.» «Si llegara ese caso—repuso él—, se le haría a usted muy

cuesta arriba no estando acostumbrado a nuestra vida; pero a poco que se hiciese a ella, preferiría nuestro estado al de servir, que es sin disputa inferior a la mendicidad. Sin embargo, ya que usted quiere más servir que pasar como yo una vida holgada e independiente, dentro de poco tendrá usted amo. Aquí donde usted me ve, puedo serle útil; hállese aquí mañana a esta misma hora.»

»Tuve buen cuidado de no faltar; volví al día siguiente al mismo sitio, en donde no tardó mucho en presentarse el mendigo, que, acercándose a mí, me dijo que tuviera la bondad de seguirle. Hícelo así, y me llevó a un sótano no distante de la misma iglesia y en el cual tenía su albergue. Entramos ambos en él, y habiéndonos sentado en un banco largo que por lo menos habría servido cien años, el pobre me habló de esta manera: «Una buena acción, como dice el refrán, halla siempre su recompensa. Ayer me dió usted limosna, y esto me ha determinado a proporcionarle una buena colocación, la que, si Dios quiere, se conseguirá muy presto. Conozco a un dominico anciano llamado el padre Alejo, que es un santo religioso y un excelente director espiritual; tengo el honor de ser su demandadero, y desempeño este empleo con tanta discreción y fidelidad, que nunca se niega a emplear su valimiento en mi favor y en el de mis amigos. Yo le hablé de usted, y le dejé muy inclinado a servirle. Le presentaré a su reverencia cuando usted quiera.» «¡No hay que perder momento!—dije al viejo mendigo—. ¡Vamos ahora mismo a ver ese buen religioso!» Vino en ello el pobre, y al momento me condujo a la celda del padre Alejo, a quien encontramos escribiendo cartas espirituales. Suspendió su trabajo para hablarme, y me dijo que a ruegos del mendigo se interesaba por mí. «Habiendo sabido—continuó—que el señor Baltasar

Velázquez necesita de un criado le he escrito esta mañana en tu favor, y acaba de responderme que te recibirá ciegamente yendo con mi recomendación. Puedes ir hoy mismo a verle de mi parte, porque es mi penitente y mi amigo.» Sobre esto el religioso me estuvo exhortando por espacio de tres cuartos de hora a que cumpliese bien con mis deberes, y se extendió particularmente sobre la obligación que yo tenía de servir con esmero al señor Velázquez; y concluyó asegurándome que él cuidaría de mantenerme en mi acomodo, con tal que mi amo no tuviese queja de mí.

»Después de haber dado gracias por su favor al religioso, salí del convento con el pordiosero, quien me dijo que el señor Baltasar Velázquez era un mercader de paños, anciano, rico, cándido y bondadoso; «y no dudo—añadió—que lo pasará usted perfectamente en su casa». Me informé del sitio donde vivía, y al momento pasé allá después de haber prometido al mendigo mostrarme agradecido a sus buenos servicios tan pronto como estuviese bien arraigado en mi acomodo. Entré en una gran tienda, en donde dos mancebos decentemente puestos que se paseaban de un lado a otro con modales afectados esperaban compradores. Preguntéles si el amo estaba en casa, y les dije que tenía que hablarle de parte del padre Alejo. Al oír este nombre venerable me hicieron entrar en la trastienda, donde estaba el mercader hojeando un gran libro de asiento que tenía sobre el escritorio. Saludéle respetuosamente, y habiéndome acercado a él, «Señor—le dije—, yo soy el mozo que el reverendo padre Alejo le ha propuesto para criado.» «¡Ah, hijo mío—me respondió—; seas muy bien venido! Basta que te envíe ese santo hombre; te recibo a mi servicio con preferencia a tres o cuatro criados por quienes me han hablado. Es negocio concluído, y desde hoy te corre el salario.»

»No necesité estar mucho tiempo en casa del mercader para conocer que era tal cual me le habían pintado, y aun me pareció tan sencillo que no pude menos de pensar en lo mucho que me costaría dejar de jugarle alguna pieza. Hacía cuatro años que estaba viudo y tenía dos hijos: un varón que acababa de cumplir veinticinco años y una hembra que entraba en los quince. Esta, educada por una dueña severa y dirigida por el padre Alejo, caminaba por la senda de la virtud; pero Gaspar Velázquez, su hermano, aunque nada se había omitido para hacerle hombre de bien, tenía todos los vicios de un mozo licencioso. A veces pasaba dos o tres días fuera de casa, y si cuando volvía le daba el padre alguna reprensión, Gaspar le mandaba callar levantando la voz más que él.

«Escipión—me dijo un día el viejo—, tengo un hijo que me da mucho que sentir. Está envuelto en todo género de desórdenes, lo que verdaderamente extraño, porque su educación de ningún modo fué descuidada; le he tenido buenos maestros y mi amigo el padre Alejo ha hecho cuanto ha podido para atraerle al camino de la virtud, sin haberlo podido conseguir; Gaspar se ha enfangado en el libertinaje. Acaso me dirás que le he tratado con demasiada indulgencia en la pubertad y que eso le habrá perdido. Pero no es así: le he castigado siempre que me pareció necesario el rigor, porque, aunque soy tan bonazo, tengo entereza en las ocasiones que la piden, y aun le hice encerrar en una casa de corrección, de donde salió peor que entró en ella. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos a quienes no pueden corregir el buen ejemplo, las represiones ni los castigos; sólo Dios puede hacer este milagro.»

»Si no me causó lástima la aflicción de aquel desgraciado padre, a lo menos aparenté que la tenía. «¡Cuánto me compadezco, señor!—le dije—.

Un hombre tan honrado como usted merecía tener mejor hijo.» «¿Qué le hemos de hacer, hijo mío?—me respondió—. ¡Dios ha querido privarme de este consuelo! Entre los pesares que me da Gaspar—continuó—, te diré en confianza uno que me causa mucho desasosiego, y es la inclinación a robarme, que con demasiada frecuencia halla medios de satisfacer, a pesar de mi vigilancia. El criado antecesor tuyo estaba de inteligencia con él y por eso le despedí; pero de ti espero que no te dejarás seducir de mi hijo y que mirarás con celo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá encargado mucho el padre Alejo.» «Así es, señor—le repliqué—; durante una hora su reverencia no hizo otra cosa que exhortarme a no tener puesta la mira sino en el bien de su merced; pero puedo asegurar que para esto no necesitaba de su exhortación, porque me siento dispuesto a servir a su merced fielmente, y por último le prometo un celo a toda prueba.»

»Para sentenciar un pleito es necesario oír a las dos partes. El mocito Velázquez, elegante hasta dejarlo de sobra, juzgando por mi fisonomía que yo no sería más difícil de seducir que mi antecesor, me llamó a un paraje retirado y me habló en estos términos: «Escucha, amigo mío: estoy persuadido de que mi padre te habrá encargado que me espíes; pero te advierto que mires cómo lo haces, porque este oficio tiene sus quiebras. Si llego a conocer que andas averiguando mis acciones, te he de matar a palos; pero si quieres ayudarme a engañar a mi padre, puedes esperarlo todo de mi agradecimiento. ¿Quieres que te hable más claro? Tendrás tu parte en las redadas que echemos juntos. Escoge, y en este mismo momento declárate por el padre o por el hijo, porque no admito neutralidad.»

«Señor—le respondí—, mucho me estrecha usted y veo bien que no podré menos de declararme en su favor, aunque en la realidad me repugna

ser traidor al señor Velázquez.» «¡Déjate de esos escrúpulos!—replicó Gaspar—. Mi padre es un viejo avaro que quisiera traerme todavía con andadores; un miserable que me niega lo que necesito, rehusándose a contribuir a mis placeres, siendo éstos de pura necesidad en la edad de veinticinco años; este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar a mi padre.» «¡Basta, señor!—le dije—. No es posible resistir a un motivo tan justo de queja. Me ofrezco a ayudar a usted en sus loables empresas, pero ocultemos ambos bien nuestra inteligencia, para que no se vea en la calle vuestro fiel aliado. Creo que lo acertará usted si aparenta aborrecerme; háble me con aspereza en presencia de los demás, sin escasear las malas palabras. Tampoco hará daño tal cual bofetón y algún puntapié en las asentaderas; antes bien, cuanta más aversión me mostrare usted, tanta mayor confianza hará de mí el señor Baltasar. Por mi parte, fingiré huir de la conversación de usted; en la mesa le serviré mostrando que lo hago a más no poder, y cuando hable de usted con los mancebos de la tienda no lleve a mal que diga de su persona cuanto malo me viniere a la boca.»

«¡Vive diez—exclamó el mozo Velázquez al oír estas últimas palabras—que estoy admirado de ti, amigo mío! En la edad que tienes, muestras un ingenio singular para todo lo que sea enredo. Desde luego me prometo de él los más felices resultados y espero que con el auxilio de tu talento no he de dejar ni un solo doblón a mi padre.» «Usted me honra demasiado—le dije—confiando tanto en mi industria; haré cuanto pueda para no desmentir el concepto que ha formado de mí, y si no puedo conseguirlo a lo menos no será culpa mía.»

»Tardé poco en hacer ver a Gaspar que yo era efectivamente el hombre que necesitaba, y he aquí cuál fué el primer servicio que le hice: el arca del

dinero de Baltasar estaba en la alcoba donde dormía este buen hombre, al lado de su cama, y le servía de reclinatorio. Siempre que yo la veía me alegraba la vista y en mi interior le decía muchas veces: «¡Mi amada arca! ¿Estarás siempre cerrada para mí? ¿No tendré nunca el placer de contemplar el tesoro que encierras?» Como yo iba cuando me daba la gana a la alcoba, cuya entrada sólo a Gaspar estaba prohibida, entré un día a tiempo que su padre, creyendo que nadie le veía, después de haber abierto y vuelto a cerrar el arca, escondió la llave detrás de un tapiz. Noté cuidadosamente el sitio y di parte de este descubrimiento al amo mozo, que me dijo abrazándome de alegría: «¡Ah mi querido Escipión! ¿Qué es lo que acabas de decirme? ¡Nuestra fortuna es hecha, hijo mío! Hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave y me devolverás la cera prontamente. Poco trabajo me costará hallar un cerrajero servicial en Córdoba, que no es la ciudad de España en donde hay menos bribones.»

»Pero ¿a qué fin—dije a Gaspar—quiere usted mandar hacer una llave falsa, cuando podemos servirnos de la verdadera?» «Es cierto—me respondió—; pero temo que mi padre, por desconfianza o por otro motivo, la quiera esconder en otra parte, y lo más seguro es tener una que sea nuestra.» Creí fundado su recelo, y aprobando su pensamiento me dispuse a estampar la llave en la cera, lo que ejecuté una mañana mientras que mi viejo amo hacía una visita al padre Alejo, con quien tenía frecuentemente largas conversaciones. No contento con esto, me serví de la llave para abrir el arca, que, estando llena de talegos grandes y pequeños, me puso en una perplejidad agradable, porque no sabía cuál escoger, sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Sin embargo, como el miedo de ser sorprendido no me permitía hacer un

detenido examen, echó mano a Dios y a ventura de uno de los mayores. En seguida, habiendo cerrado el arca y vuelto a poner la llave detrás del tapiz, salí de la alcoba con mi presa, que fuí a esconder debajo de mi cama en una pieza pequeña donde yo dormía.

»Después de concluída esta operación con tanta felicidad, me fuí a buscar al joven Velázquez, que me estaba esperando en una casa vecina, para donde me había dado cita, y le llené de gozo contándole lo que acababa de ejecutar. Quedó tan satisfecho de mí, que me hizo mil caricias y me ofreció generosamente la mitad del dinero que había en el talego, que yo no quise aceptar. «Señor—le dije—, este primer talego es para usted solo; sírvase usted de él para sus necesidades. Presto volveré a hacer una visita al arca, en donde, gracias a Dios, hay dinero para entrambos.» Efectivamente, tres días después saqué de ella otro talego, que contenía, como el primero, quinientos escudos, de los cuales no quise admitir más que la cuarta parte, por más instancias que me hizo Gaspar para obligarme a que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos.

»Luego que el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasión que tenía a las mujeres y al juego, se entregó a ellas totalmente, y aun tuvo la desgracia de encapricharse con una de aquellas famosas damas cortesanas que en poco tiempo devoran y se tragan los caudales más pingües. Ocasionóle ésta tan excesivos gastos, y me puso en la necesidad de hacer tantas visitas al arca, que al fin el viejo Velázquez echó de ver que le robaban. «Escipión—me dijo una mañana—, tengo que hacerte una confianza: alguno me roba, amigo mío. Han abierto mi arca del dinero y me han sacado de ella muchos talegos. El hecho es constante; pero ¿a quién debo atribuir este robo? O por mejor decir, ¿quién otro sino

mi hijo puede haberle hecho? Gaspar habrá entrado furtivamente en mi alcoba, o acaso tú mismo le habrás introducido en ella, porque estoy tentado a creerte su confederado, aunque parezcáis mal avenidos los dos. Sin embargo, no quiero abrigar esta sospecha, habiendo salido el padre Alejo por responsable de tu fidelidad.» Respondí que, gracias al Cielo, no me tentaba la hacienda ajena, y acompañé esta mentira con una exterioridad hipócrita que contribuyó a sincerarme.

»Con efecto, el viejo no volvió a hablarme sobre el asunto; pero no dejó de envolverme en su desconfianza, y tomando precauciones contra nuestros atentados, mandó poner al arca una cerradura nueva, cuya llave traía desde entonces continuamente en la faltriquera. Habiéndose interrumpido por este medio toda comunicación entre nosotros y los talegos, quedamos sin saber lo que nos pasaba, particularmente Gaspar, que, no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado a no verla más. En medio de esto, discurrió un arbitrio ingenioso que le proporcionó mantener su correspondencia por algunos días más, y fué el de apropiarse, por vía de empréstito, aquello que me había tocado a mí de las sangrías que yo había hecho al arca. Entreguéle hasta el último maravedí, lo que, a mi parecer, podía pasar por una restitución anticipada que yo hacía al mercader anciano en la persona de su heredero.

»Luego que el desordenado mozo acabó de consumir aquel recurso, considerando que ya no le quedaba ningún otro, cayó en una melancolía profunda y obscura que poco a poco trastornó su razón. No mirando ya a su padre sino como a un hombre que causaba la desgracia de su vida, dió en una furiosa desesperación, y, sin escuchar la voz de la sangre, el miserable concibió el horroroso designio de envenenarle. Poco satisfecho

con haberme confiado este execrable proyecto, tuvo aliento para proponerme le sirviese de instrumento a su venganza. Horroricéme al oírle semejante propuesta, y le dije: «¡Es posible, señor, que estéis tan dejado de la mano de Dios que hayáis podido formar esa abominable resolución! Pues qué, ¿tendríais valor para quitar la vida al autor de la vuestra? ¿Habríase de ver en España, en el seno del cristianismo, cometerse un crimen cuya sola idea horrorizaría a las más bárbaras naciones? ¡No, mi querido amo—añadí echándome a sus pies—, no! ¡Usted no hará una acción que excitaría contra sí toda la indignación de la Tierra y que sería castigada con un infame suplicio!»

»Aleguéle todavía a Gaspar otras razones para disuadirle de un pensamiento tan culpable, y yo no sé dónde pude encontrar raciocinios tan honrados y discretos como empleé para combatir su desesperación; lo cierto es que le hablé como pudiera un doctor de Salamanca, a pesar de ser tan joven e hijo de la Coscolina. No obstante, por más que hice para convencerle de que debía volver sobre sí y desechar animosamente las detestables ideas que se habían apoderado de su ánimo, fué inútil toda mi elocuencia. Bajó la cabeza, y, guardando un taciturno silencio, me hizo comprender que no desistiría a pesar de cuanto pudiera decirle.

»En vista de esto, tomando mi determinación dije al anciano que quería hablarle en secreto, y habiéndome encerrado con él, «Señor—le dije—, permítame usted que me arroje a sus pies e implore su misericordia.» Dichas estas palabras, me postré delante de él lleno de agitación y con el rostro bañado en lágrimas. Atónito el mercader de aquella demostración y de verme tan turbado, me preguntó qué había hecho. «¡Un delito de que me arrepiento—le respondí—y que lloraré toda

mi vida! He tenido la flaqueza de dar oídos a su hijo de usted y de ayudarle a que le robase.» Al mismo tiempo le hice una confesión sincera de todo lo sucedido en este particular, después de lo cual le di cuenta de la conversación que acababa de tener con Gaspar, cuyo designio le revelé sin omitir la menor circunstancia.

»Por más mal concepto que el anciano Velázquez tuviese de su hijo, apenas podía dar crédito a mis palabras. Sin embargo, no dudando de la verdad de mi narración, «Escipión—me dijo levantándome del suelo, porque estaba todavía arrodillado—, yo te perdono en gracia del importante aviso que acabas de darme. ¡Gaspar—continuó alzando la voz—, Gaspar quiere quitarme la vida! ¡Ah, hijo ingrato, monstruo a quien hubiera valido más ahogar al tiempo de nacer que dejarle vivir para ser un parricida! ¿Qué motivo tienes para atentar contra mis días? ¡Todos los años te doy una cantidad suficiente para tus diversiones, y no estás contento! ¿Conque será necesario para contentarte permitirte que disipes todos mis bienes?» Habiendo hecho este doloroso apóstrofe, me encargó el secreto y me dijo que le dejase solo para pensar lo que debía hacer en tan delicada coyuntura.

»Yo estaba con la mayor inquietud por saber qué resolución tomaría aquel desgraciado padre, cuando en el mismo día llamó a Gaspar, y, sin darle a entender lo que sabía, le habló de este modo: «Hijo mío, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar se proporciona una señorita de quince años, que, sobre ser muy hermosa, llevará consigo un gran dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, mañana al romper la aurora partiremos los dos a Mérida, veremos la persona que te proponen y si te gusta te casarás con ella.» Cuando Gaspar

oyó hablar de un gran dote, y creyendo tenerlo ya en su poder, respondió sin vacilar que estaba pronto a hacer el viaje, y, con efecto, el día siguiente al amanecer marcharon solos y montados ambos en buenas mulas.

»Luego que llegaron a las montañas de Fesira y se vieron en un sitio tan apetecido de los salteadores como temido de los pasajeros, Baltasar echó pie a tierra, diciendo a su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció el mozo y preguntó para qué le hacía apear en aquel paraje. «Voy a decírtelo—le respondió el anciano mirándole con unos ojos en que estaban pintados la cólera y el dolor—. No iremos a Mérida, y la boda de que te he hablado es una mera invención mía sólo para atraerte aquí. No ignoro, hijo ingrato y desnaturalizado, no ignoro el atentado que proyectas; sé que por disposición tuya se tiene preparado un veneno para dármelo. Pero dime, insensato, ¿has podido lisonjearte de quitarme de este modo impunemente la vida? ¡Qué horror! Tu crimen se descubriría bien pronto y morirías a manos del verdugo. Hay—continuó—otro medio más seguro para que satisfagas tu furor sin exponerte a una muerte ignominiosa. Aquí estamos los dos sin testigos y en un sitio en que cada día se cometen asesinatos. Ya que tan sediento estás de mi sangre, sepulta en mi pecho tu puñal y se atribuirá esta muerte a los salteadores.» A estas palabras, descubriendo Baltasar el pecho y señalando el sitio del corazón a su hijo, «¡Mira, Gaspar—añadió—, dame aquí un golpe mortal, para castigarme de haber engendrado a un malvado como tú!»

»El joven Velázquez, herido como de un rayo con estas palabras, muy lejos de intentar sincerarse, cayó de repente sin sentido a los pies de su padre. El buen anciano, viéndole en aquel estado, que le pareció un principio de arrepentimiento, no pudo menos de ceder a la pasión paternal

y acudió prontamente a socorrerle; pero Gaspar, luego que volvió en sí, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado, hizo un esfuerzo para levantarse, volvió a montar en su mula y se alejó sin decir una palabra. Dejóle ir Baltasar, y, abandonándole a sus remordimientos, se restituyó a Córdoba, en donde seis meses después supo que su hijo había tomado el hábito en la Cartuja de Sevilla, para pasar allí el resto de su vida haciendo penitencia.

* * *

# Capítulo XII

**Fin de la historia de Escipión.**

»Ocasiones hay en que el mal ejemplo suele producir buenos efectos. La conducta que el joven Velázquez había tenido me obligó a hacer serias reflexiones sobre la mía. Comencé a combatir mi inclinación a hurtar y me propuse vivir como hombre honrado. El hábito que yo había contraído de apoderarme de cuanto dinero podía haber a las manos se había radicado en mí con actos tan repetidos que no era fácil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido de que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Emprendí, pues, esta grande obra, y el Cielo bendijo mis esfuerzos; dejé de mirar con ojos codiciosos el arca del mercader anciano, y aun creo que aunque hubiera estado en mi mano sacar de ella algunos talegos no los hubiera tocado. Sin embargo, confesaré que hubiera sido gran imprudencia poner a prueba mi integridad reciente, de lo cual se guardó muy bien Velázquez.

»Concurría frecuentemente a su casa un caballero joven de la Orden de Alcántara, llamado Manrique de Medrano. Todos le estimábamos mucho, porque era uno de nuestros parroquianos más nobles, aunque no de los más ricos. Prendóse tanto de mí este caballero, que siempre que me

encontraba se detenía a hablar conmigo, mostrando gusto en ello. «Escipión—me dijo un día—, si yo tuviera un criado de tan buen humor, creería poseer un tesoro, y si no estuvieras con un sujeto a quien estimo, nada omitiría para atraerte a mi servicio.» «Señor—le respondí—, eso le costaría muy poco a vuestra señoría, porque tengo inclinación a las personas distinguidas. Este es mi flaco; sus modales caballerosos me encantan.» «Siendo eso así—me replicó don Manrique—, quiero suplicar a mi amigo el señor Baltasar que permita te pases de su servicio al mío, y creo que no me negará este favor.» Concedióselo Velázquez inmediatamente, y con tanta mayor facilidad cuanto que se persuadía que la pérdida de un criado bribón no era irreparable. Por mi parte, me alegré de esta traslación, no pareciéndome el criado de un mercader sino un desarrapado en comparación del criado de un caballero de Alcántara.

»Para hacer a ustedes un retrato fiel de mi nuevo amo, les diré que era un mozo arrogante, que encantaba a todos por sus apacibles costumbres y por su talento y que además tenía mucho valor y probidad. Sólo le faltaban bienes de fortuna; pero siendo el segundo de una casa más ilustre que rica, se veía obligado a vivir a expensas de una tía anciana residente en Toledo, que, amándole como si fuera hijo suyo, cuidaba de suministrarle cuanto dinero había menester para mantenerse. Vestía siempre con mucho aseo, y en todas partes era bien recibido. Visitaba las principales señoras de la ciudad, y entre otras a la marquesa de Almenara, que era una viuda de setenta y dos años, cuyos modales atractivos y agudeza de entendimiento atraían a su casa toda la nobleza de Córdoba. Damas y caballeros gustaban de su conversación, y su casa se llamaba *la buena sociedad*.

»Mi amo era uno de los que más frecuentemente obsequiaban a esta

señora. Una noche que acababa de separarse de ella me pareció verle en un desasosiego que no era natural. «Señor—le dije—, parece que vuestra señoría está agitado. ¿Podrá este fiel criado saber la causa? ¿Le ha acontecido a vuestra señoría alguna cosa extraordinaria?» Mi amo se sonrió a esta pregunta y me confesó que, con efecto, le ocupaba la imaginación una conversación seria que acababa de tener con la marquesa de Almenara. «Me alegrara—le dije riéndome—que esa niña setentona hubiese hecho a vuestra señoría una declaración de amor.» «Pues no lo tomes a chanza—me respondió—; has de saber, amigo mío, que la marquesa me ama. Me ha dicho: «Me compadece tanto vuestra escasa fortuna cuanto aprecio vuestra distinguida nobleza; os miro con particular inclinación y he determinado daros mi mano para proporcionaros un estado cómodo, no pudiendo decentemente enriqueceros de otro modo. Preveo que este enlace dará mucho que reír de mí al público, que seré objeto de las murmuraciones y que todos me tendrán por una vieja loca que quiere casarse. No me da cuidado; todo lo despreciaré por proporcionar a usted una suerte venturosa, y lo único que temo—me ha añadido—es que mostréis repugnancia al cumplimiento de mi deseo.» Esto es lo que me ha dicho la marquesa—prosiguió mi amo—. Teniéndola, como la tengo, por la señora más juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaría yo de oírla hablar en aquellos términos. Le he respondido que me maravillaba de que me hiciese el honor de proponerme su mano una señora que siempre había persistido en la resolución de subsistir viuda hasta la muerte. A esto me ha replicado que, poseyendo tan considerables bienes, quería hacer participante de ellos en vida a un hombre honrado a quien estimaba.» «Sin duda—le repliqué

entonces—que vuestra señoría está ya resuelto a saltar la valla.» «¿Puedes dudarlo?—me respondió mi amo—. La marquesa es dueña de inmensos bienes y tiene prendas eminentes; era preciso estar loco para malograr un establecimiento tan ventajoso para mí.»

»Alabéle mucho el pensamiento de aprovechar tan excelente ocasión de adelantar su fortuna, y aun le persuadí que acelerase los preparativos; tanto era el miedo que yo tenía de que se frustrase este enlace. Pero, por fortuna, la marquesa estaba más deseosa que yo de que se realizara, y a este fin dió órdenes tan eficaces, que en pocos días se dispuso todo lo necesario para celebrar la boda. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la marquesa vieja de Almenara se casaba con don Manrique de Medrano, cuando comenzaron los bufones a divertirse muy a costa de la buena viuda; pero por más que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías, no aflojó ésta un punto en su resolución. Dejó hablar a los ociosos y se fué muy sosegada a la iglesia con su don Manrique. Celebróse la boda con tan gran fausto, que dieron nuevo motivo a la murmuración. «La novia—se decía—debiera, a lo menos por pudor, haber suprimido la pompa y el estrépito, como impropios en la boda de viudas ancianas que se casan con mozos.»

»La marquesa, lejos de mostrarse avergonzada de ser a su edad esposa de un joven como aquél, se entregaba sin reserva al gozo que con ello experimentaba. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro sexo estuvo convidada a una espléndida cena y a un baile no menos suntuoso que siguió después, al fin del cual nuestros recién casados desaparecieron para ir a una habitación, donde, encerrándose con una criada mayor y conmigo, la marquesa dirigió a mi amo estas palabras: «Don Manrique, ved aquí

vuestro cuarto; el mío está al otro extremo de la casa; de noche cada uno estará en el suyo y por el día viviremos juntos como madre e hijo.» Al principio se engañó mi amo, creyendo que la señora no le hablaba de aquella suerte sino para obligarle a que le hiciese una dulce violencia, e imaginándose que por buena correspondencia debía mostrarse apasionado, se acercó a ella y se ofreció con vivas instancias a servirle de ayuda de cámara. Pero ella, muy lejos de permitir que la desnudase, le desvió con semblante serio, diciéndole: «¡Deteneos, don Manrique! Si me tenéis por una de esas viejas verdes que vuelven a casarse por fragilidad, estáis equivocado; no me he casado con vos sino para proporcionaros las ventajas que puedo por nuestro contrato matrimonial. Este es un don gratuito de mi corazón y no exijo de vuestro reconocimiento sino demostraciones de amistad.» Dicho esto, nos dejó a mi amo y a mí en nuestro cuarto, retirándose ella al suyo con su criada y prohibiendo absolutamente al caballero que le acompañase.

»Después que se retiró permanecimos los dos un gran rato atónitos de lo que acabábamos de oír. «Escipión—me dijo mi amo—, ¿esperabas oír lo que me ha dicho la marquesa? ¿Qué juicio haces de una señora como ésta?» «Juzgo, señor—le respondí—, que es de lo que no hay. ¡Qué dicha tiene usted en poseerla! ¡Esto se llama un beneficio simple sin carga!» «Yo—replicó don Manrique—no acabo de admirar el carácter de una esposa tan apreciable y pretendo compensar con todas las atenciones imaginables el sacrificio que ha hecho por mí.» Continuamos hablando de la señora y después nos retiramos a dormir, yo en una cama que había en un cuartito inmediato y mi amo en otra regalada y magnífica que le habían puesto y en la cual creo que allá en lo íntimo de su corazón no le pesó

mucho dormir solo, quedando pagado de ello con un ligero susto.

»El día siguiente comenzaron de nuevo los regocijos, en los que la recién casada se mostró de tan buen humor que dió nuevo pábulo a las chanzonetas de los zumbones. Ella era la primera que se reía de lo que decían, los excitaba a chancearse y aun les daba pie para que aumentasen la chacota. El caballero por su parte no se mostraba menos contento que su esposa, y al ver el aspecto cariñoso con que la miraba y le hablaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de la ancianidad. Aquella noche tuvieron los dos esposos otra conversación y quedaron de acuerdo en que, sin incomodarse uno a otro, vivirían del mismo modo que lo habían hecho antes de su casamiento. Sin embargo, merece elogiarse la conducta de don Manrique: hizo por consideración a su mujer lo que pocos maridos hubieran hecho en su lugar, que fué apartarse del trato que tenía con cierta señorita de la clase media, a quien amaba y de la que era correspondido, no queriendo, decía, mantener una amistad que parecía insultar la delicada conducta que su esposa observaba con él.

»Mientras estaba dando unas pruebas tan visibles de agradecimiento a esta señora anciana, ella se las pagaba con usura, aunque las ignorase. Hízole dueño del arca de su dinero, que valía más que la de Velázquez. Como había reformado su casa durante su viudez, la restituyó al mismo pie en que estaba en vida de su primer marido; aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de caballos y mulas; en una palabra, por sus generosas bondades, el caballero más pobre de la Orden de Alcántara llegó a ser el más opulento de ella. Acaso me preguntarán ustedes qué saqué de todo esto: mi ama me regaló cincuenta doblones y mi amo ciento, haciéndome además su secretario con el sueldo de cuatrocientos escudos; y aun hizo de

mí tanta confianza, que me nombró su tesorero.»

«¡Su tesorero!», exclamé, interrumpiendo a Escipión cuando llegó a este paso y riéndome a carcajadas. «¡Sí, señor!—me replicó con semblante sereno y formal—. ¡Sí, señor, su tesorero! Y aun me atrevo a decir que desempeñé con honor aquel empleo. Es verdad que acaso habré quedado debiendo alguna cosilla a la caja, porque como me cobraba anticipadamente de mi salario y dejé de repente el servicio del caballero, no es imposible que haya resultado en la cuenta algún alcance; de todos modos, es la última reconvención que se me podrá hacer, supuesto que desde entonces acá he sido un hombre lleno de rectitud y probidad.

»Hallábame, pues—continuó el hijo de la Coscolina—, de secretario y tesorero de don Manrique, que vivía tan satisfecho de mí como yo lo estaba de él, cuando recibió una carta de Toledo en que le noticiaban que su tía doña Teodora Moscoso estaba a los últimos de su vida. Le fué tan dolorosa esta noticia, que al momento partió a dicha ciudad para asistir a aquella señora, que hacía muchos años desempeñaba con él los oficios de madre. Acompañéle en aquel viaje con un ayuda de cámara y un lacayo solamente, y montados todos cuatro en los mejores caballos de la cuadra, llegamos en posta a Toledo, en donde encontramos a doña Teodora en tal estado que nos dió esperanzas de que no moriría de aquella enfermedad. Con efecto, no desmintió el resultado nuestros pronósticos, aunque contrarios al de un médico ya viejo que la asistía.

»Mientras que la salud de nuestra buena tía se iba restableciendo visiblemente, menos quizá por los remedios que le hacían tomar que por la presencia de su querido sobrino, el señor tesorero empleaba su tiempo lo más alegremente que podía con ciertos jóvenes cuyo trato era muy a

propósito para proporcionarle ocasiones de gastar su dinero. Llevábanme algunas veces a los garitos, en donde me incitaban a jugar con ellos, y como yo no era tan diestro jugador como mi amo don Abel, perdía muchas más veces de las que ganaba. Insensiblemente me iba aficionando al juego, y si me hubiera entregado del todo a esta pasión sin duda me hubiera precisado a tomar de la caja algunas mesadas anticipadas; pero, por fortuna, el amor salvó la caja y mi virtud. Pasando yo un día cerca de la iglesia de San Juan de los Reyes vi asomada a una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, a una linda niña, que más parecía deidad que criatura. Si encontrara otra voz más expresiva, usaría de ella para dar a entender a ustedes la fuerte impresión que sentí al verla. Informéme de quién era y, después de varias diligencias, supe que se llamaba Beatriz y que era doncella de doña Julia, hija segunda del conde de Polán.»

Beatriz interrumpió aquí a Escipión riendo a carcajada tendida, y dirigiendo la palabra a mi mujer, «¡Amable Antonia—le dijo—, míreme usted bien, y dígame por su vida si a su parecer tengo semblante de divinidad!» «Por lo menos entonces—le dijo Escipión—lo tenías a mis ojos; y ahora que tu fidelidad ya no me es sospechosa, me pareces más hermosa que nunca.» Mi secretario, después de una respuesta tan amorosa, prosiguió así su historia:

«Este descubrimiento acabó de encenderme, no a la verdad en un ardor legítimo, porque me imaginé que fácilmente podría triunfar de su virtud combatiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocía mal a la casta Beatriz. Inútilmente le ofrecí mi bolsillo y mis obsequios por medio de ciertas mujercillas mercenarias, pues oyó con mucho enojo la propuesta. Su resistencia encendió más mis deseos, y

recurrí al último arbitrio, que fué ofrecerle mi mano, la que aceptó luego que supo era yo secretario y tesorero de don Manrique. Parecióno a los dos que convenía tener oculto nuestro matrimonio por algún tiempo, y así, nos casamos de secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polán. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarle de noche en el jardín, en donde yo entraba por una puertecilla cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarían dos esposos que se amasen con más ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ambos acudíamos allí con la misma ansia, y siempre se nos hacía corto el tiempo que pasábamos juntos, aunque algunas veces no dejaba de ser bien largo.

»Una noche, que fué para mí tan cruel como habían sido deliciosas las anteriores, al ir a entrar en el jardín quedé sorprendido de hallar abierta la puertecilla. Sobresaltóme aquella novedad, y formé de ella un mal juicio; me puse pálido y trémulo, como si hubiese presentido lo que iba a sucederme; y acercándome en medio de la obscuridad hacia un cenador en donde había solido hablar a mi esposa, oí la voz de un hombre; me detuve para percibir mejor, y al momento llegaron a mis oídos estas palabras: *¡No me hagas penar más, mi querida Beatriz! ¡Completa mi felicidad, y piensa que de ella depende tu fortuna!* En vez de tener la paciencia de escuchar todavía, creí no tener necesidad de oír más; un furor celoso se apoderó de mi alma, y, no respirando sino venganza, desenvainé la espada y entré precipitadamente en el cenador. «¡Ah vil seductor!—exclamé—. ¡Cualquiera que tú seas, antes de quitarme el honor será menester que me arranques la vida!» Diciendo estas palabras cerré contra el caballero que

estaba en conversación con Beatriz, que se puso al momento en defensa, y se batió como persona más diestra en el manejo de las armas que yo, que no había recibido sino algunas lecciones de esgrima en Córdoba. Sin embargo, a pesar de su destreza le tiré una estocada que no pudo parar, o más bien tuvo un tropiezo: vile caer al suelo, y creyendo haberle herido mortalmente, me puse en salvo a carrera tendida, sin querer responder a Beatriz, que me llamaba.»

«Así fué puntualmente—interrumpió la mujer de Escipión, dirigiéndonos la palabra—. Yo le llamaba para sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era don Fernando de Leiva. Este señor, que amaba tiernamente a mi ama Julia, estaba determinado a sacarla de casa, pareciéndole que no la podría conseguir sino por este medio, y yo misma le había citado para el jardín con el fin de concertar con él esta fuga, de la cual me aseguraba él que pendía mi fortuna; pero por más que llamé a mi esposo, se alejó de mí como de una esposa infiel.»

«En el estado en que me hallaba—replicó Escipión—, era capaz de eso y mucho más. Los que saben por experiencia qué cosa son celos y las extravagancias que hacen cometer aun a los más sensatos, no se admirarán del trastorno que causaron en mi débil imaginación. Al momento pasé de un extremo a otro: a los sentimientos de ternura que un instante antes me animaban hacia mi esposa me sobrevinieron bien pronto impulsos de aborrecimiento, e hice juramento de abandonarla y desecharla para siempre de mi memoria. Por otra parte, creía haber muerto a un caballero, y bajo este concepto, temeroso de caer en manos de la justicia, experimentaba la turbación penosa que persigue por todas partes como

una furia a un hombre que acaba de cometer un crimen. En esta horrible situación, no pensando más que en ponerme en salvo, y sin volver siquiera a la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo, sin más equipaje que el vestido que tenía puesto. Es verdad que llevaba en el bolsillo hasta unos sesenta doblones, lo que no dejaba de ser un recurso bastante bueno para un mozo que tenía hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

»Caminé toda aquella noche, o por mejor decir fuí corriendo, porque la idea de los alguaciles, presente siempre en mi imaginación, me daba un continuo vigor. Amanecí entre Rodillas y Maqueda, y cuando llegué a este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la iglesia, que acababan de abrir, y después de haber hecho una breve oración me senté en un banco para descansar. Púseme a meditar en el estado de mis negocios, que no me daban poco en qué discurrir; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego oí resonar en la iglesia tres o cuatro chasquidos de látigo que me hicieron creer pasaba por allí algún alquilador. Me levanté al momento para ir a ver si me engañaba, y cuando estuve en la puerta vi uno montado en una mula, que llevaba de reata otras dos. «¡Parad, amigo mío!—le grité—. ¿Adónde van esas mulas?» «A Madrid—me respondió—; en ellas han venido a este pueblo dos religiosos dominicos, y me voy allá de retorno.»

»La ocasión que se presentaba de hacer el viaje de Madrid me inspiró deseo de verificarle. Ajustéme con el alquilador, monté en una de sus mulas, y nos encaminamos hacia Illescas, en donde debíamos hacer noche.

»No bien habíamos salido de Maqueda, cuando el alquilador, persona de treinta y cinco a cuarenta años, empezó a entonar cánticos de la Iglesia a toda voz. Comenzó por los salmos que los canónigos cantan a maitines, en

seguida cantó el *Credo*, como en las misas solemnes, y luego, pasando a las vísperas, me las cantó todas sin perdonarme ni aun el *Magnificat*. Aunque el majadero me aturdía los oídos, yo no podía menos de reír; y aun le incitaba a continuar cuando se veía precisado a detenerse para cobrar aliento. «¡Animo, buen amigo!—le decía—. ¡Prosiga usted, que si el Cielo le ha dado tan buenos pulmones, usted no hace mal uso de ellos!» «¡Oh! En cuanto a eso—me respondió—no me parezco, gracias a Dios, a la mayor parte de los alquiladores, que no cantan sino canciones infames o impías; ni tampoco canto nunca romances sobre nuestras guerras contra los moros, porque son unas cosas a lo menos frívolas, cuando no sean indecentes.» «Tenéis—le repliqué—una pureza de corazón que raras veces tienen los alquiladores. Y siendo tan escrupuloso en punto de canciones, ¿habéis hecho también voto de castidad en las posadas donde hay criadas mozas?» «Seguramente—me respondió—. La continencia es también una cosa de que me precio en estos parajes; en ellos sólo me ocupa el cuidado de mis mulas.» No quedé poco admirado de oír hablar de este modo a aquel fénix de los alquiladores; y teniéndole por un hombre de bien y de talento, entablé conversación con él luego que acabó de cantar cuanto le dió la gana.

»Llegamos a Illescas a la caída de la tarde. Luego que nos apeamos en el mesón dejé a mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina a encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena, lo que prometió hacer tan bien, que me acordaría, dijo él, toda mi vida de haberme alojado en su mesón. «¡Pregunte su merced—añadió—, pregunte a su alquilador quién soy yo! ¡Voto a tal que desafiaría a todos los cocineros de Madrid y de Toledo a hacer una olla podrida como las que yo hago! Esta

noche quiero agasajar a su merced con un guisado de gazapo compuesto de mi mano, y verá si tengo razón para ponderar mi habilidad.» Dicho esto, mostrándome una cazuela en que había—según él decía—un conejo hecho ya trozos. «Mire usted—continuó—lo que pienso darle después que le haya echado pimienta, sal, vino, un manojo de hierbas y algunos otros ingredientes que empleo en mis salsas, con lo que espero regalar a su merced con un guisado que se pudiera presentar a un contador mayor.»

»El mesonero, después de haber hecho de este modo su elogio, comenzó a disponer la cena. Mientras tanto me entré en un cuarto, y, echándome en una mala cama que había allí, me quedé dormido de cansancio por no haber sosegado nada la noche antecedente. De allí a dos horas vino a despertarme el alquilador, diciendo: «Señor amo, la cena está pronta; venga usted, si gusta, a sentarse a la mesa», la cual estaba puesta en una sala con solos dos cubiertos. Sentámonos a ella el alquilador y yo, y nos trajeron el guisado. Me tiré a él con ansia, y me supo muy bien, ya fuese porque el hambre me lo hizo apetitoso, ya por el sainete que le daban los ingredientes del cocinero. En seguida nos sirvieron un trozo de carnero asado; y observando que el alquilador sólo tomaba de este segundo plato, le pregunté por qué no tomaba del otro. Me respondió sonriéndose que no le gustaban los guisos; cuya respuesta, o, por mejor decir, la risita con que la había acompañado, me pareció misteriosa. «Usted me oculta—le dije—la verdadera razón que le impide comer de este guisado; hágame el gusto de decírmelo.» «Ya que usted tiene tanta curiosidad de saberla—replicó él—, le diré que tengo repugnancia a llenarme el estómago de esa especie de guisotes desde que caminando de Toledo a Cuenca me dieron una noche en un mesón, por conejo de vivar, un jigote de gato, lo que me ha hecho

cobrar aversión a los cochifritos.»

»Apenas el alquilador me dijo estas palabras perdí enteramente el apetito en medio del hambre que me devoraba. Se me encajó en la cabeza que acababa de comer conejo sólo en el nombre, y ya no miré el guisado sino haciéndole gestos. El arriero, lejos de desvanecer mi aprensión, me la aumentó diciéndome que los mesoneros y pasteleros en España hacían con frecuencia aquella especie de *quid pro quo*; lo que, como ustedes pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo; antes bien, me quitó del todo la gana, no ya de volver a probar el guisote, mas ni aun de tocar al asado, temiendo que el carnero no lo fuese más realmente que el conejo. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al mesón; volvíme a tender en la cama, y pasé la noche con más quietud de la que pensaba. El día siguiente muy temprano, después de haber pagado al mesonero con tanta largueza como si me hubiera tratado perfectamente, salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en el guisado, que me parecían gatos cuantos animales se me ofrecían a la vista. Entramos temprano en Madrid, y después de haber satisfecho al conductor me hospedé en una posada de caballeros cerca de la Puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban acostumbrados al gran mundo, no dejaron de deslumbrarse con el concurso de señores que se ven comúnmente en el centro de la corte. Pasmóme el enorme número de coches y la gran multitud de gentileshombres, pajes y lacayos que los grandes llevaban de comitiva. Llegó a lo sumo mi admiración cuando, habiendo ido a ver el rey, miré al monarca rodeado de sus cortesanos. Quedé encantado a la vista de tal espectáculo, y dije para mí: «Ya no me admiro de haber oído decir que es indispensable ver la corte de Madrid para formar concepto cabal de su

magnificencia; celebro infinito el visitarla, y el corazón me dice que he de hacer algo en ella.» Sin embargo, nada más hice que contraer algunas amistades inútiles. Fuí poco a poco gastando todo mi dinero, y me tuve por muy dichoso en haberme acomodado, a pesar de todo mi mérito, con un pedante de Salamanca a quien conocí casualmente, que había ido a la corte, su patria, a negocios personales. Llegué a ser sus pies y sus manos, y cuando se restituyó a su Universidad, me llevó en su compañía.

»Llamábase don Ignacio de Ipiña éste mi nuevo amo. El mismo se tomaba el *don* por haber sido maestro de un duque, el cual por agradecimiento le había señalado una renta vitalicia; gozaba otra por catedrático jubilado del colegio, y además de eso sacaba del público doscientos o trescientos doblones anuales por los libros de moral dogmática que solía dar a la prensa. El modo con que componía sus obras me parece digno de contarse. Gastaba casi todo el día en leer autores hebreos, griegos y latinos y en escribir en medias cuartillas de papel todos los apotegmas o pensamientos sublimes que encontraba en ellos. Conforme iba llenando las cuartillas me las hacía ensartar en un alambre en figura de guirnalda, y cada una formaba un tomo. ¡Qué de libros perversos hacíamos! Apenas se pasaba mes alguno sin que formásemos cuando menos dos volúmenes, y al momento iban a fatigar la prensa. Lo más extraordinario era que estas compilaciones se hacían pasar por cosas nuevas; y si los críticos trataban de hacer ver al autor que era un plagiario de las obras de los antiguos, les contestaba con orgulloso descaro: *Furto laetamur in ipso*.

»También era gran comentador, y estaban tan llenos de erudición sus comentos, que a cada paso hacía notas sobre cosas que no merecían reparo,

así como en las medias cuartillas de papel escribía inoportunamente pasajes de Hesíodo y de otros autores. Yo no dejé de aprovechar en casa de este sabio, y sería ingratitud negarlo, pues a lo menos, a fuerza de copiar sus obras, fuí aprendiendo a escribir decentemente; y considerándome él no ya como criado, sino como discípulo suyo, ilustró mi entendimiento, sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba a saber que algún otro criado había hecho algo malo: «¡Escipión—me decía—, guárdate bien, hijo, de hacer lo que ha hecho ese bribón! Un criado debe esmerarse en servir lealmente a su amo»; en una palabra, no perdía ocasión don Ignacio de exhortarme a la virtud, y sus palabras hacían en mí tanta impresión, que en los quince meses que lo serví no tuve la más mínima tentación de jugarle ninguna de las piezas a que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la más leve travesura.

»Ya dejo dicho que el doctor Ipiña era hijo de Madrid, donde tenía una parienta llamada Catalina, que era camarera del ama que había criado al príncipe de Asturias. La tal sirvienta, que es la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente don Ignacio, se empeñó con su ama para que le consiguiese del duque de Lerma alguna pieza eclesiástica. El ministro le confirió el arcedianato de Granada, porque, siendo aquel reino país de conquista, todas las prebendas son del patrimonio real y de nombramiento del rey. Luego que lo supimos marchamos a Madrid, porque quiso el doctor dar las gracias a sus bienhechores antes de ir a Granada. Con esta ocasión las tuve frecuentes de ver y tratar a la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. No me gustó a mí menos la mozuela, y tanto, que no pude dejar de corresponder ciertas señales de particular inclinación

que me manifestaba; en conclusión, nos enamoramos uno de otro. Perdóname, querida Beatriz, esta confesión que hago; el mirarte entonces infiel a mí fué lo que me hizo propasar a lo que no me era permitido.

»Mientras tanto el doctor don Ignacio iba disponiendo su viaje a Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separación que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho, con todas las demostraciones del hombre más angustiado del mundo. Mi amo llamó a un médico, el cual, después de haberme reconocido, me dijo de buena fe que mi enfermedad era más seria de lo que parecía, y que verosímilmente no me levantaría tan presto de la cama. Impaciente el doctor por irse a su catedral, no tuvo por oportuno dilatar más su viaje, y prefirió tomar otro criado para que le sirviera, contentándose con entregarme al cuidado de una asistenta, a la cual dejó cierta cantidad de dinero para mi entierro si moría, o para recompensar mis servicios si salía de mi enfermedad.

»Luego que supe que don Ignacio había salido para Granada me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que había dado tan notoria prueba de su gran penetración, y me deshice de la asistenta, que me robó más de la mitad del dinero que debía entregarme. Mientras yo representaba este papel, Catalina desempeñaba otro muy diverso con su ama doña Ana de Guevara, a la cual, persuadiéndola de que yo era un intrigante ducho, la puso en deseo de escogerme por uno de sus agentes. La señora ama, que tenía mucho apego a las riquezas, era dada a manejos que pudieran producirlas, y necesitando de personas a propósito para ello, me recibió entre sus criados. Tardé poco en dar pruebas de mi talento. Dióme

algunos encargos delicados que pedían viveza y maña, los que puedo asegurar sin vanidad desempeñé a su satisfacción; por lo que quedó tan pagada de mí como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que le redituaban mis manipulaciones y mi industria. Parecíale que sólo con pagarme puntual y exactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa a no haberme detenido en ella el afecto a Catalina, la cual, enamorada cada día más y más de mí, me propuso formalmente que nos casásemos.

«¡Poco a poco!—le respondí—. Querida mía, esa ceremonia no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que se anticipó a ti y con quien por mis pecados estoy ya casado.» «¡A otro perro con ese hueso!—replicó Catalina—. Ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanamente la repugnancia que tienes a casarte conmigo.» En vano aseguré mil veces que le decía la pura verdad, pues no hubo forma de hacérsela creer; y pareciéndole que mi sincera confesión era una excusa, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos a reñir ni a romper del todo nuestra comunicación; pero resfriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó reducido nuestro trato a los precisos términos que no se podían negar a la buena crianza y al bien parecer.

»En este estado me hallaba cuando supe que el señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del reino de España, estaba a la sazón sin criado. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y más ventajosa a que podía aspirar. «El señor de Santillana—me dijeron—es un caballero de mucho mérito, un mozo sumamente querido del duque de

Lerma y a cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna; además de eso, es de un corazón generoso y lleno de bizarría. Haciendo tú sus negocios, no dudes que harás también el tuyo.» No malogré la ocasión; presentéme al señor Gil Blas, a quien tomé desde luego inclinación, agradóle mi fisonomía, recibióme en su casa, y no me detuve un punto en dejar por él la de la señora ama; y éste, si Dios quiere, será el último amo a quien sirva.»

Así dió fin a su historia el buen Escipión, y volviéndose después a mí, me habló en estos términos: «Señor de Santillana, hágame usted el favor de atestiguar a estas señoras que siempre me ha tenido por un criado tan fiel como celoso. He menester de este testimonio para persuadirles que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo a ellas en su corazón y en sus operaciones virtuosos y honrados pensamientos.»

«Así es, señoras—les dije—; eso puedo asegurárselo. Si en su niñez Escipión era un verdadero pícaro, se ha corregido después tan completamente, que ha llegado a ser un dechado perfecto de criados. Lejos de tener de qué quejarme ni qué reprender en su modo de portarse desde que está en mi casa, debo, al contrario, confesar que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia libertó mi casa del pillaje y puso en seguridad parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber mirado por la conservación de mis bienes, quiso, llevado de puro afecto, encerrarse conmigo en mi prisión, prefiriendo a los atractivos de la libertad el triste consuelo de acompañarme en mis trabajos.»

* * *

# Tomo III · Libro undecimo

# Capitulo primero

**De cómo Gil Blas tuvo la mayor alegría que había experimentado en su vida, y del funesto accidente que la turbó. Mutaciones sobrevenidas en la corte, que fueron causa de que Santillana volviese a ella.**

Ya dejo dicho que Antonia y Beatriz se avenían muy bien las dos; la una acostumbrada a vivir como criada sumisa, y la otra acostumbrándose gustosa a ser ama. Escipión y yo éramos dos maridos muy condescendientes y muy amados de nuestras esposas para no tener bien pronto la satisfacción de ser padres. Ambas se sintieron embarazadas casi a un mismo tiempo. Beatriz fué la primera que parió, y dió a luz una niña, y pocos días después Antonia nos llenó de alegría dándome un niño. Envié a mi secretario a Valencia a llevar esta noticia al gobernador, que vino inmediatamente a Liria, en compañía de Serafina y de la marquesa de Priego, a sacar de pila a los recién nacidos, teniendo el gusto de añadir esta prueba más de afecto a todas las que yo había recibido de él. Mi hijo, que tuvo por padrinos a este señor y a la marquesa, se llamó Alfonso; y la señora gobernadora, queriendo dispensarme el honor de que yo fuera su compadre por dos títulos, se prestó a ser madrina, juntamente conmigo, de la hija de Escipión, a la cual se le puso el nombre de Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente alegró a las personas de la quinta, sino que todos los vecinos de Liria lo celebraron también con festejos. Pero ¡ah, y cuán breve fué nuestra alegría! De repente se convirtió todo en ayes, en llantos y en suspiros por un suceso que en más de veinte años no he podido olvidar y que tendré eternamente en la memoria. Murió mi hijo, y a pocos días le siguió su madre, sin embargo de haber tenido un parto feliz; una violenta calentura me arrebató mi querida esposa a los catorce meses de nuestro matrimonio. Figúrese el lector cuánta sería mi amargura. Caí en un abatimiento de ánimo y en una estupidez inexplicable; tanto, que parecía haber quedado insensible a fuerza de sentir la pérdida experimentada. Pasé cinco o seis días en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar ningún alimento, y creo que sin la compañía de Escipión me hubiera dejado morir de hambre o hubiera perdido el juicio; pero este discreto secretario supo distraer mi aflicción tomando parte en ella. Hallaba el secreto de hacerme tomar algunos caldos presentándomelos con un semblante tan triste, que parecía me los ponía delante no tanto para conservar mi vida como para dar pábulo a mi padecer. El afectuoso criado escribió al mismo tiempo a don Alfonso noticiándole las desgracias que me habían sucedido y la lastimosa situación en que me encontraba. Este señor, tierno y compasivo, este amigo generoso fué inmediatamente a Liria. Yo no puedo traer a la memoria sin enternecerme el momento en que se presentó a mi vista. «Mi amado Santillana—me dijo echándome los brazos al cuello—, no vengo a consolarte; vengo sólo a llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irías a llorar conmigo la de mi adorada Serafina si la muerte me la hubiera arrebatado.» Con efecto; vertió algunas lágrimas y confundió sus suspiros con los míos. En medio de la

pesadumbre que me tenía fuera de mí, no dejaron de excitar en mi corazón un vivo agradecimiento las afectuosas demostraciones de don Alfonso.

Este gobernador tuvo una larga conversación con Escipión sobre lo que convendría adoptar para vencer mi pesadumbre. Juzgaron que sería necesario por algún tiempo alejarme de Liria, en donde por todas partes se me representaba continuamente la imagen de Antonia. Convenidos en esto, me propuso el hijo de don César si quería ir a Valencia con él; y mi secretario apoyó tan eficazmente la propuesta, que la acepté. Dejé a Escipión y a su mujer en la quinta y marché con el gobernador. Luego que llegué a Valencia, don César y su nuera no perdonaron diligencia alguna para divertir mi aflicción, echando mano de todas las distracciones oportunas para disiparla; pero a pesar de todos los esfuerzos permanecí sumergido en una profunda melancolía, de que no pudieron sacarme. Nada omitía tampoco por su parte Escipión de cuanto pensaba podía contribuir a restituirme a mi tranquilidad. Iba frecuentemente de Liria a Valencia a informarse de mi estado, y se volvía más alegre o más triste según me veía más o menos dispuesto a consolarme.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto, y me dijo: «Señor, corre por la ciudad una noticia que llama la atención de toda la monarquía. Se dice que Felipe III ya no existe y que ocupa el trono el príncipe su hijo. Añádese que al cardenal duque de Lerma le han separado de su empleo, con prohibición de presentarse en la corte, y que don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, es en la actualidad primer ministro.» Sentíme conmovido; y conociéndolo Escipión, me preguntó si no tomaba yo parte en este grande acaecimiento. «¿Y qué parte quieres tú, hijo mío, que yo tome en él?—respondí—. Ya dejé la corte; todas las mutaciones que

pueden sobrevenir en ella me deben ser indiferentes.»

«¡Muy desprendido se halla usted del mundo para la edad que tiene!—replicó el hijo de la Coscolina—. Si yo me hallase en su lugar, no dejaría de tentarme mucho la curiosidad; iría a Madrid a presentarme al nuevo monarca para ver si se acordaba de haberme visto. Este gusto no me lo perdonaría.» «¡Ya te entiendo!—le dije—. Tú quisieras que yo volviera a la corte para tentar en ella de nuevo la fortuna, o, por mejor decir, para volver a ser allí avariento y ambicioso.» «¿Por qué se habían de estragar todavía allí las costumbres de usted?—me replicó Escipión—. Tenga usted más confianza que la que tiene en su virtud; yo salgo por fiador de usted. Las sanas reflexiones que le obligó a hacer su desgracia acerca de los peligros de la corte son muy del caso para precaverse de ellos. Vuélvase, pues, a embarcar animosamente en un mar cuyos escollos le son bien conocidos.» «¡Calla, adulador!—le interrumpí sonriéndome—. ¿Estás ya cansado de verme pasar una vida tranquila? Yo creía que estimabas más mi sosiego.»

Aquí llegaba nuestra conversación cuando entraron en mi cuarto don César y su hijo, quienes me confirmaron la noticia de la muerte del rey y la desgracia del cardenal duque de Lerma, añadiendo que, habiendo éste pedido licencia para retirarse a Roma, en lugar de dársela se le había mandado fuese a vivir a su marquesado de Denia. Después, como si estuvieran ambos de acuerdo con mi secretario, me aconsejaron fuese a Madrid y me presentase al nuevo rey, puesto que ya me conocía y le había hecho unos servicios que los grandes recompensan con bastante gusto. «Yo a lo menos—dijo don Alfonso—no tengo la menor duda de que se acordará de los tuyos, ni de que deje Felipe IV de pagar las deudas del

príncipe de Asturias.» «Del mismo sentido soy yo—dijo don César—, y aun el corazón me está diciendo que el viaje de Santillana a la corte le ha de abrir camino para grandes empleos.»

«En verdad, señores míos—exclamé—, que ustedes no han meditado bien lo que me aconsejan. Según les parece, no tengo mas que ir a Madrid para lograr la llave dorada o algún gobierno; y están muy equivocados. Yo, al contrario, estoy muy persuadido de que el rey no reparará en mí aunque me presente a su vista; y si ustedes lo desean, haré la prueba para desengañarlos.» Cogiéronme luego la palabra los señores de Leiva, y me instaron tanto, que no pude menos de prometerles que cuanto antes iría a Madrid. Luego que mi secretario me vió determinado a hacer este viaje experimentó una alegría descompasada, imaginándose que lo mismo sería ponerme yo delante del nuevo monarca que distinguirme entre la confusión. En este concepto, forjando en su mente las más pomposas quimeras, me encumbraba a los primeros empleos del Estado, y él se acrecentaba a favor de mi engrandecimiento.

Dispuse, pues, mi viaje a la corte, no ya con ánimo de volver a incensar a la fortuna, sino únicamente por complacer a don César y a su hijo, a quienes se les había metido en la cabeza que inmediatamente me atraería el favor del soberano. A decir verdad, a mí también me picaba un poco el deseo de probar si el rey se había olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza, ni aun pensamiento de lograr la más leve ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Escipión, dejando el cuidado de mi hacienda a Beatriz, que era muy buena mujer de gobierno.

* * *

# Capítulo II

**Marcha Gil Blas a Madrid, déjase ver en la corte, reconócele el rey, recomiéndale a su primer ministro, y efectos de esta recomendación.**

En menos de ocho días llegamos a Madrid, habiéndonos don Alfonso dejado dos de sus mejores caballos para que hiciésemos el viaje con mayor diligencia. Apeámonos en la posada de caballeros donde ya en otro tiempo me había hospedado, propia de Vicente Forero, mi antiguo patrón, que tuvo mucho gusto de volverme a ver.

Era éste un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la corte y en la villa, y le pregunté qué había de nuevo. «Muchas novedades—me respondió—. Después de la muerte de Felipe III los amigos y los partidarios del cardenal duque de Lerma se valieron de varios medios para mantener a su eminencia en el ministerio; pero sus esfuerzos han sido inútiles, porque el conde de Olivares pudo más que todos ellos. Quieren decir que España nada ha perdido en el cambio, porque el nuevo primer ministro tiene talento y conocimientos tan vastos que es capaz de gobernar el mundo entero. ¡Dios lo quiera! Lo que no admite duda es—continuó—que la nación ha concebido la idea más ventajosa de su capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del duque de Lerma llena o no el

puesto que ocupaba su antecesor.» Empeñado ya Forero en una conversación tan de su genio, me hizo una puntual relación de todas las mutaciones que se habían hecho en la corte desde que el conde de Olivares manejaba el timón de la monarquía.

A los dos días de mi llegada a Madrid fuí a palacio, cuando ya el rey había acabado de comer. Me coloqué al paso por donde debía entrar a su gabinete, y no me miró. Volví el día siguiente al mismo paraje, y no fuí más dichoso. El subsiguiente echó sobre mí una mirada al pasar; pero no dió muestras de haber reparado en mí, y en vista de esto, tomé mi resolución. «Tú ves—dije a Escipión que me acompañaba—que el rey ya no me conoce, o que, si me conoce, no quiere hacer caso de mí. Lo más acertado será volver a tomar el camino de Valencia.» «¡No vayamos tan aprisa, señor!—me respondió mi secretario—. Usted sabe mejor que yo que para negociar en la corte es menester paciencia. No deje usted de presentarse al rey; a fuerza de ofrecerse a su vista, le obligará usted a considerar más atentamente y a recordar las facciones de su agente cerca de la bella Catalina.»

Sólo porque Escipión no tuviese que reconvenirme tuve la condescendencia de continuar del mismo modo por espacio de tres semanas. Llegó, finalmente, un día en que, habiendo atraído la atención del monarca, me mandó llamar. Entré en su gabinete, no sin gran turbación de hallarme a solas con mi rey. «¿Quién eres?—me dijo—. Tus facciones no me son desconocidas. ¿Dónde te he visto?» «Señor—le respondí temblando—, yo tuve la honra de conducir una noche a vuestra majestad con el conde de Lemos a casa de...» «¡Ah! ¡Ya me acuerdo!—interrumpió el rey—. Tú eres secretario del duque de Lerma, y,

si no me engaño, tu nombre es Santillana. No me he olvidado de que en aquella ocasión me serviste con mucho celo, ni tampoco de que fueron mal recompensados tus afanes. ¿No estuviste preso por aquel lance?» «Sí, señor—le repliqué—; cuatro meses lo estuve en el alcázar de Segovia; pero vuestra majestad tuvo la bondad de mandarme poner en libertad.» «Eso—respondió—no satisfizo la obligación que contraje con Santillana. No basta haber hecho que se le pusiese en libertad: debo premiarle también lo mucho que padeció por servirme.»

Al acabar el rey de decir estas palabras entró en el gabinete el conde de Olivares. Todo espanta a los favoritos. Quedó absorto de ver allí a un desconocido, y el rey aumentó su sorpresa diciéndole: «Conde, pongo a tu cuidado este joven; te encargo que le des algún empleo y procures adelantarle.» Aparentó el ministro recibir esta orden con agrado, mirándome de pies a cabeza y mostrando inquietud por saber quién era yo. «Vete, amigo mío—añadió el monarca, dirigiéndome la palabra y haciéndome seña de que me retirase—; el conde no dejará de emplearte en provecho de mi servicio y de tus intereses.»

Salí inmediatamente del gabinete y me reuní al hijo de la Coscolina, que, impaciente por saber lo que el rey me había dicho, se hallaba en una agitación imponderable, y al momento me preguntó si era necesario volver a Valencia o permanecer en la corte. «Tú lo podrás juzgar», le respondí, y al mismo tiempo le llené de contento refiriéndole palabra por palabra la conversación que acababa de tener con el monarca. «Querido amo—me dijo entonces Escipión en el exceso de su alegría—, ¿se burlará usted otra vez de mis pronósticos? Confiese usted que ni los señores de Leiva ni yo discurríamos mal cuando le instábamos tanto a que se presentase luego en

Madrid. Ya le veo a usted en un puesto eminente: será el Calderón del conde de Olivares.» «Eso es lo que menos deseo—interrumpí—. Ese destino está cercado de demasiados precipicios para excitar mi anhelo. Yo quisiera un empleo que no me ofreciera ninguna ocasión de hacer injusticias ni un vergonzoso tráfico de los favores del rey; después del uso que he hecho de mi pasado valimiento, no puedo menos de precaverme contra la avaricia y contra la ambición.» «¡Animo, señor!—me replicó mi secretario—. El ministro os colocará en algún puesto que podáis desempeñar sin dejar de ser hombre de bien.»

Instado más por Escipión que por mi curiosidad, me fuí el día siguiente a casa del conde de Olivares antes de amanecer, noticioso de que todas las mañanas, en verano y en invierno, daba audiencia con luz artificial a cuantos querían hablarle. Me coloqué por modestia en un rincón de la sala y desde allí estuve observando bien al conde luego que se dejó ver, porque había fijado poco la atención sobre él en el gabinete del rey. Era un hombre de estatura menos que mediana y podía pasar por gordo en un país donde los más son flacos; tan cargado de espaldas, que parecía corcovado, aunque no lo era en realidad; su cabeza, que era de gran tamaño, caía sobre el pecho; tenía el cabello negro y lacio; la cara, larga; el color, aceitunado; la boca, hundida, y la barbilla, puntiaguda y muy levantada.

Este conjunto no formaba una persona muy bien parecida. Con todo eso, como ya me lo figuraba inclinado a mi favor, le miraba con indulgencia y me parecía bien. Verdad es que recibía a todos con un aire tan afable y bondadoso, y tomaba tan cortésmente los memoriales que se le presentaban, que esto suplía la falta de su buena figura. Sin embargo, cuando me llegó la vez de acercarme para saludarle y que me conociera, me

echó una mirada ceñuda y amenazadora, y volviéndome la espalda sin dignarse oírme, se entró en su gabinete. Entonces me pareció aquel señor aún más feo de lo que naturalmente era. Salí atónito en extremo de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo qué inferir de él.

Reunido con Escipión, que me esperaba a la puerta, «¿Sabes—le dije—el recibimiento que he tenido?» «No, señor—me respondió—; pero no es difícil de adivinar: el ministro, pronto a conformarse con la voluntad del rey, habrá propuesto a usted un empleo de importancia.» «Te engañas», le repliqué; referíle el lance según había pasado, el que escuchó con atención, y me dijo: «Preciso es que el conde no le conociera a usted o le tuviera por otro. Mi parecer es que vuelva usted a verle y no dude que le recibirá con mejor semblante.» Tomé el consejo de mi secretario. Presénteme segunda vez al ministro, quien me recibió todavía peor que la primera: arqueó las cejas, mirándome como si mi presencia le causase enojo; después apartó de mí la vista y se retiró sin hablar una palabra.

Llegóme al alma este proceder y tuve tentaciones de regresar inmediatamente a Valencia; pero Escipión no cesó de oponerse a ello, no pudiendo resolverse a renunciar a las esperanzas que había concebido. «¿No conoces—le dije—que el conde quiere alejarme de la corte? Habiendo visto él mismo la inclinación que me manifestó el monarca, ¿no basta eso para atraerme la aversión de su favorito? Cedamos, hijo mío, cedamos con gusto al poder de un enemigo tan temible.» «Señor—respondió colérico Escipión—, yo no abandonaría el campo; iría a quejarme al rey del poco caso que ha hecho el ministro de su recomendación.» «¡Mal consejo, amigo mío! Si yo diera un paso tan imprudente, poco tardaría en arrepentirme; ni aun sé si corro peligro en

detenerme en esta capital.»

A estas palabras mi secretario mudó de parecer, y considerando que las habíamos con un hombre que podía volvernos a enviar a la torre de Segovia, participó de mi temor y no resistió más al deseo que yo tenía de dejar a Madrid, de donde resolví alejarme al día siguiente.

* * *

# Capítulo III

**Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner por obra el pensamiento de dejar la corte y del importante servicio que le hizo José Navarro.**

Al volverme a la posada de caballeros encontré a José Navarro, repostero de don Baltasar de Zúñiga y mi antiguo amigo. Le saludé acercándome a él y le pregunté si me conocía y si tendría aún la bondad de querer hablar a un desatento que había pagado con ingratitud su amistad. «¿Luego usted mismo confiesa—me respondió—que no procedió bien conmigo?» «Sí, señor—le respondí—, y tiene usted sobrada razón para llenarme de reconvenciones, porque las merezco, si es que no he expiado mi crimen con los remordimientos que a él se han seguido.» «Ya que está usted tan arrepentido de su culpa—repuso Navarro dándome un abrazo—, no debo acordarme más de ello.» Yo también le estreché cuanto pude entre mis brazos, y ambos renovamos desde aquel punto nuestra antigua amistad. Había sabido mi prisión y el trastorno de mi suerte, pero ignoraba lo demás. Le informé de todo, contándole hasta la conversación que había tenido con el rey, sin ocultarle el mal recibimiento que me acababa de hacer el ministro ni el designio en que me hallaba de volverme a mi retiro. «No trate usted de irse—me dijo—. Supuesto que el monarca le

ha manifestado inclinación, es necesario que usted haga que le sirva de algo. Aquí para entre los dos, el conde Olivares tiene sus extravagancias; es caprichoso, y a veces, como en la presente ocasión, procede de un modo que irrita, pues él solo tiene la clave de sus acciones estrambóticas. Por lo demás, sea cual fuere la causa de haberos recibido tan mal, permaneced aquí a pie firme, porque os aseguro que él no podrá impediros que os aprovechéis de la bondad del rey, y, a mayor abundamiento, yo le diré dos palabras al señor don Baltasar de Zúñiga, mi amo, que es tío del conde de Olivares y le ayuda a sostener el peso del gobierno.» Preguntóme después Navarro dónde yo vivía, y sin decirme más nos separamos.

Tardé poco en volverle a ver: el día siguiente fué a buscarme. «Señor de Santillana—me dijo—, usted tiene un protector: mi amo quiere favorecerle. En virtud del informe que le he dado de usted, me ha ofrecido recomendarle al conde de Olivares, su sobrino, y no dudo que le incline a su favor.» Mi amigo Navarro, no queriéndome servir a medias, me presentó dos días después a don Baltasar, quien me dijo con semblante apacible: «Señor de Santillana, su amigo José me ha hecho un elogio tan cumplido de usted, que me ha movido a protegerle.» Hice una profunda reverencia al señor de Zúñiga, diciéndole que toda mi vida me confesaría sumamente reconocido al señor Navarro por haberme granjeado la protección de un ministro a quien llamaban con justa razón *la antorcha del Consejo*. Al oír don Baltasar esta lisonjera contestación me dió una palmadita en el hombro riéndose y me dijo: «Puede usted volver mañana a casa del conde de Olivares y quedará más contento de él.»

Con efecto, al otro día me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse, lo que

desde luego me pareció un pronóstico feliz. «¡Esto va bien!—dije entre mí—. El tío debe de haber reducido a la razón al sobrino.» Así, pues, desde entonces me prometí una acogida favorable, y en verdad que no me engañé. Después que el conde despachó a los demás me hizo entrar en su gabinete y en tono muy familiar me dijo: «Perdona, amigo Santillana, el apuro en que te he puesto por divertirme. Me he complacido en inquietarte para probar tu discreción y ver el partido que tomabas en vista de mi mal humor. Sin duda tú te persuadirías de que me eras desagradable; pero al contrario, hijo mío, te confesaré que aprecio mucho tu persona. Aunque el rey mi amo no me hubiera mandado cuidar de tu fortuna, lo haría yo por mi propia inclinación. Además, don Baltasar de Zúñiga, mi tío, a quien nada puedo negar, me ha encargado te mire como a persona por quien él se interesa y no necesito más para determinarme a ponerte a mi lado.»

Esta primera entrada hizo tanta impresión en mi ánimo, que quedé casi enajenado. Me eché a los pies del ministro, y habiéndome dicho que me levantase, prosiguió de esta manera: «Después de comer vuelve acá y ve a verte con mi mayordomo, que él te dará las órdenes que yo le encargare.» Dicho esto, salió su excelencia de su despacho para ir a oír misa, que es lo que acostumbraba hacer todos los días después de dar audiencia, y en seguida se marchaba a palacio para hallarse en el cuarto del rey al tiempo de levantarse su majestad.

* * *

# Capítulo IV

**Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares.**

No me descuidé en volver después de comer a casa del primer ministro. Pregunté por su mayordomo, que se llamaba don Ramón Caporis, el cual luego que oyó mi nombre me saludó con particular respeto y me dijo: «Caballero, sígame usted, si gusta, que voy a conducirle a la habitación que se le ha destinado en esta casa.» Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducía a una fila de cinco o seis salas a un mismo piso, que formaban un ala de la casa, alhajada regularmente. «Esta es—me dijo—la habitación que su excelencia le señala. Usted disfrutará aquí de una mesa de seis cubiertos de cuenta de su excelencia, será servido por sus propios criados y tendrá siempre a su disposición un coche. Aun no lo he dicho todo: su excelencia me ha encomendado eficazmente que tenga a usted las mismas consideraciones que si fuera de la Casa de Guzmán.»

«¿Qué diablos significa todo esto?—me decía a mí mismo—. ¿Cómo consideraré yo estas distinciones? ¡Quiero saber si envolverán alguna malicia o si todavía por divertirse el ministro hará que me traten tan honoríficamente!» Mientras me hallaba en esta incertidumbre, fluctuando entre el temor y la esperanza, vino un paje a decirme que el conde me

llamaba. Fuí volando a ver a su excelencia, que estaba solo en su gabinete. «Y bien, Santillana—me dijo—, ¿estás contento con tu habitación y con las órdenes que he dado a don Ramón?» «Las bondades de vuestra excelencia—le respondí—me parecen excesivas y no las acepto sin zozobra.» «¿Pues por qué?—me replicó—. ¿Puede caber exceso en honrar a una persona que el rey me ha recomendado y de quien quiere que yo cuide? En tratarte honoríficamente no hago mas que mi deber. Por mucho que haga por ti, no te admires, y cuenta con una fortuna brillante y sólida si me eres tan afecto como lo fuiste al duque de Lerma. Pero ya que hemos nombrado a este señor—prosiguió—, he oído decir que vivíais los dos con mucha intimidad. Quisiera saber cómo os conocisteis y en qué te empleaba aquel ministro. No me ocultes nada; dímelo todo con sinceridad.» Acordéme entonces de la perplejidad en que me vi cuando me encontré con el duque de Lerma en semejante caso y del medio que me valí para salir de ella, el cual practiqué aún más afortunadamente; quiero decir, que en mi informe di el mejor colorido que pude a los lances más escabrosos y toqué ligeramente aquellos que me hacían poco honor. También procuré poner en buen lugar al duque de Lerma, aunque conocía que no disculpándole del todo hubiera dado más gusto a mi oyente. Por lo que toca a don Rodrigo Calderón, nada le perdoné; le individualicé las hazañas que sabía relativas al tráfico que hacía de encomiendas, beneficios y gobiernos.

«En cuanto a don Rodrigo Calderón—interrumpió el ministro—, todo cuanto me dices es muy conforme a ciertos documentos que me han presentado contra él y que contienen testimonios de acusación aún más importantes. Se va a sustanciar su causa inmediatamente, y si deseas su

pérdida creo que tus deseos quedarán satisfechos.» «No deseo su muerte—le dije—, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mía en la torre de Segovia, donde tuvo la culpa de que permaneciese largo tiempo.» «¿Cómo?—replicó su excelencia—. ¿Don Rodrigo fué quien causó tu prisión? He ahí lo que yo ignoraba. Don Baltasar, a quien Navarro contó tu historia, me dijo, sí, que el difunto rey te había mandado prender en castigo de haber conducido de noche al príncipe de España a un paraje sospechoso; pero no sé nada más y no puedo adivinar qué papel hacía Calderón en esa farsa.» «El papel de un amante que se venga de un ultraje recibido», le respondí. Entonces le conté todos los pormenores de la aventura, la cual le pareció tan divertida que, a pesar de su seriedad, no pudo menos de reír, o más bien llorar de placer. Catalina, tan pronto sobrina como nieta, le alegró en extremo, como asimismo la parte que había tenido en el negocio el duque de Lerma.

Luego que acabé mi relación me despidió el conde, diciéndome que no dejaría de emplearme el día siguiente. Fuíme en derechura a casa de don Baltasar de Zúñiga a darle gracias por los buenos oficios que me había hecho y al mismo tiempo a participar a mi amigo José las favorables disposiciones que el ministro manifestaba hacia mí.

* * *

# Capítulo V

**Conversación secreta que tuvo Gil Blas con Navarro y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares.**

Apenas vi a José cuando le dije agitado que tenía muchas cosas que noticiarle. Llevóme a un sitio retirado, donde, habiéndole enterado de lo ocurrido, le pregunté qué le parecía lo que le acababa de decir. «Paréceme—respondió—que estáis en vísperas de una gran fortuna; todo se os presenta propicio. Agradáis al primer ministro y (lo que no dejará de serviros de algo) yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tío Melchor de la Ronda cuando entrasteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquél os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares manifestándoos el carácter de cada uno; yo, a ejemplo suyo, quiero daros a conocer cuál es el del conde, el de la condesa su mujer y el de doña María de Guzmán, su hija única. El ministro tiene talento perspicaz, profundo y a propósito para formar grandes proyectos. Se precia de hombre universal porque tiene una somera idea de todas las ciencias y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitán y un político de los más sagaces. Añada usted a eso que es tan encaprichado en su parecer

que quiere que prevalezca sobre el de los demás, y esto sólo porque no se juzgue que se gobierna por dictamen de otro, defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el Consejo por cierta elocuencia natural, y escribiría tan elegantemente como habla si no afectara, para dar dignidad a su estilo, el hacerle obscuro y muy estudiado; tiene pensamientos extravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento. Vea usted ahora el de su corazón: es generoso y buen amigo; se le acusa de vengativo; pero ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder y en tanta elevación! También le motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y a fray Luis de Aliaga, a quienes debía grandes favores; mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido. Doña Inés de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares—prosiguió José—, es una señora en quien no advierto otra tacha que la de vender a peso de oro las gracias que por su intercesión se consiguen. Doña María de Guzmán (hoy día el partido mejor y más ventajoso de toda España) es una señorita completa y el ídolo de su padre. Con arreglo a estas luces que os doy podréis arreglar vuestra conducta. Haced mucho la corte a estas dos señoras, mostraos más adicto al conde de Olivares que lo fuisteis al duque de Lerma antes de vuestro viaje a Segovia y llegaréis a ser un señor insigne y poderoso. También os aconsejo que no dejéis de visitar de cuando en cuando a mi amo don Baltasar. Es verdad que no necesitaréis de él para vuestros ascensos; mas, con todo, siempre convendrá tenerle propicio. Al presente os estima y le merecéis buen concepto; procurad conservaros en su amistad, porque en la ocasión os podrá servir.» «Pero como tío y sobrino—repliqué yo a

Navarro—gobiernan el Estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se originarán entre los dos algunos celillos?» «No hay que temer—me respondió—, porque reina entre ambos una estrechísima unión. Sin don Baltasar, nunca hubiera sido primer ministro el conde de Olivares, porque después de la muerte de Felipe III todos los amigos y partidarios de la casa de Sandoval se dividieron unos a favor del cardenal y otros al de su hijo; pero mi amo, el más perspicaz de todos los cortesanos, y el conde, que no es menos sagaz que él, frustraron todas sus medidas, y las tomaron por su parte tan ajustadas para asegurarse en este puesto, que al fin dejaron burlados a todos sus competidores. Nombrado primer ministro el conde de Olivares, repartió el ministerio con su tío don Baltasar, dando a éste el encargo de los negocios exteriores y reservando para sí el de los interiores, de suerte que, estrechando por este medio los vínculos de la amistad, que deben naturalmente unir a las personas de una misma sangre, estos dos señores, independientes uno de otro, viven en una armonía que me parece inalterable.»

Esta fué la conversación que tuve con José, de la cual me prometía sacar buen partido. Después pasé a dar las gracias al señor don Baltasar de lo mucho que se había interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que aprovecharía gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, a quien me aseguró volvería a hablar a favor mío, «aunque no sea más—añadió—que para que conozcáis cuán presentes tengo en mi corazón todos vuestros intereses y al mismo tiempo entendáis que en lugar de un protector habéis adquirido dos». Tan a pechos había tomado el favorecerme el señor don Baltasar en atención a las buenos oficios de

Navarro.

Desde aquella misma noche dejé mi posada de caballeros para ir a vivir en casa del primer ministro, donde cené con Escipión en mi aposento, en el cual fuimos servidos por criados de la misma casa, quienes durante la cena, mientras nosotros afectábamos una gravedad severa, tal vez reirían entre sí del respeto que se les había mandado nos guardasen.

Apenas levantaron la mesa se retiraron, y mi secretario, dejando de reprimirse, me dijo mil locuras que su buen humor y sus lisonjeras esperanzas le sugirieron. Por lo que a mí toca, aunque estaba embelesado con la brillante situación en que comenzaba a verme, aun no sentía en mi interior ninguna disposición a dejarme deslumbrar de ella, y así, luego que me acosté me quedé dormido tranquilamente, sin entregar mi imaginación a las ideas risueñas que podían ocuparla, en vez de que Escipión durmió poco, pues pasó la mitad de la noche atesorando para casar a su hija Serafina.

No bien me había acabado de vestir el día siguiente, cuando vinieron a llamarme de parte del conde. Fuí inmediatamente a ver a su excelencia, el cual me dijo: «¡Ea, Santillana, veamos algo de lo que sabes hacer! Tú me has dicho que el duque de Lerma te encargaba algunas Memorias para que se las redactases; yo tengo una que destino para prueba de tu capacidad y de cuyo objeto voy a enterarte. Se trata de componer una obra que disponga al público en favor de mi Ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que he encontrado los negocios en gran desorden y es menester ahora manifestar a los ojos de la corte y del público la triste situación a que se halla reducida la monarquía. Conviene presentar sobre esto un cuadro que llame la atención pública y no deje echar de menos a

mi predecesor; después ponderarás las medidas que he adoptado para hacer que sea glorioso el gobierno del rey, florecientes sus Estados y sus vasallos completamente dichosos.»

Dicho esto, me entregó un papel que contenía los justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el Gobierno anterior, y me acuerdo que constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar a todo buen español. Hízome después pasar a un gabinetillo contiguo a su despacho y allí me dejó solo para que trabajase con libertad. Comencé, pues, a componer mi Memoria lo mejor que me fué posible. Expuse primeramente el estado lastimoso en que se hallaba la Monarquía, el Erario exhausto, las rentas de la corona estancadas en manos de asentistas, y la marina arruinada. Recapitulé después los defectos cometidos por los que habían gobernado la nación en el reinado anterior y las funestas consecuencias que podían traer consigo. En fin, pinté la Monarquía en el mayor peligro y censuré tan acremente al Ministerio anterior que, según mi Memoria, la caída del duque de Lerma era una felicidad para la España. A la verdad, aunque yo no tenía ningún motivo de queja de aquel señor, sin embargo, no me pesó hacerle esta buena obra. Finalmente, después de haber hecho la más espantosa pintura de los males que amenazaban a la España, alentaba los ánimos haciendo mañosamente concebir a los pueblos esperanzas lisonjeras para lo sucesivo. Hacía hablar al conde de Olivares como a un restaurador enviado por la Providencia para la salvación de la patria; prometía montes de oro y, en una palabra, llené tan completamente los deseos del ministro, que quedó sorprendido de mi obra cuando acabó de leerla. «Santillana—me dijo—, ¿tú sabes que has hecho una obra digna de un secretario de Estado? Ya no me admiro de

que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es lacónico y aun elegante; pero me parece demasiado sencillo.» Y al mismo tiempo, haciéndome notar los pasajes que no eran de su gusto, los varió, juzgando yo por sus correcciones que le gustaban, como me había dicho Navarro, las expresiones estudiadas y obscuras. Sin embargo, aunque le agradase tanto la nobleza, o, por mejor decir, la cultura en la dicción, no por eso dejó de conservar las dos terceras partes de mi Memoria, y, para darme la mejor prueba de su plena satisfacción, me envió por don Ramón trescientos doblones al acabar yo de comer.

* * *

# Capítulo VI

**En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones y comisión que dió a Escipión. Resultado de la Memoria de que acaba de hablarse.**

Esta generosidad del ministro dió nuevo motivo a Escipión para repetirme mil parabienes de haber vuelto a la corte. «Usted ve—me dijo—que la fortuna tiene grandes designios para favorecerle. ¿Está usted ahora arrepentido de haber dejado su soledad?» «¡Viva el señor conde de Olivares, que es un amo muy diferente de su predecesor!» «A pesar de ser usted muy afecto al duque de Lerma, le dejó morir de hambre muchos meses sin regalarle ni un triste peso duro; mas el conde ya le ha dado una gratificación que usted no se hubiera atrevido a esperar sino después de largos servicios. Me alegraría mucho—añadió—de que los señores de Leiva fuesen testigos de la prosperidad de usted, o a lo menos de que la supiesen.» «Tiempo es de noticiársela—le respondí—, y de esto iba a hablarte, porque no dudo desearán con mucha impaciencia saber de mí; pero aguardaba para hacerlo a verme en un estado fijo y decirles positivamente si me quedaría en la corte o no. Ahora que estoy seguro de mi suerte, puedes ir a Valencia cuando quieras a informar a aquellos señores de mi situación actual, que miro como obra suya, siendo cierto

que, a no habérmelo ellos persuadido, jamás me hubiera determinado a volver a Madrid.» «¡Oh mi amado amo—exclamó el hijo de la Coscolina—, qué alegría voy a darles cuando les cuente lo que ha sucedido a usted! ¡Cuánto diera por hallarme ya a las puertas de Valencia! Pero pronto estaré allí. Los dos caballos de don Alfonso están prevenidos; voy a ponerme en camino con un lacayo de su excelencia, porque, además de que me gusta llevar compañía por el camino, usted sabe que la librea de un primer ministro deslumbra.»

No pude menos de reírme de la necia vanidad de mi secretario, y con todo eso, yo, quizá aun más vano que él, le permití hacer lo que le dió la gana. «Marcha—le dije—, y vuelve prontamente, porque tengo que darte otro encargo. Quiero enviarte a Asturias a llevar dinero a mi madre. Por pura negligencia he dejado pasar el tiempo en que prometí enviarle cien doblones, que tú mismo te obligaste a ponerle en mano propia. Las promesas de esta especie deben ser tan sagradas para un hijo, que me acuso de mi poca puntualidad en cumplirlas.» «Señor—me respondió Escipión—, en seis semanas quedarán desempeñados ambos encargos; habré visto a los señores de Leiva, dado una vuelta por vuestra quinta y visitado segunda vez la ciudad de Oviedo, de la cual no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de sus habitantes.» Entregué, pues, al hijo de la Coscolina cien doblones para la pensión de mi madre y otros ciento para él, deseando que hiciese felizmente el largo viaje que iba a emprender.

Poco después de su partida su excelencia mandó imprimir nuestra Memoria, que apenas se hizo pública cuando fué asunto de todas las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le

gustó infinito. La disipación de las rentas reales, que estaba pintada con los más vivos colores, le indignaron contra el duque de Lerma, y si los golpes que se descargaban contra este ministro no fueron aplaudidos de todos, a lo menos merecieron la aprobación de muchos. En cuanto a las pomposas promesas que hacía el conde de Olivares, y entre ellas la de cubrir por medio de una discreta economía las atenciones del Estado sin gravar a los vasallos, deslumbraron a todos generalmente y les confirmaron en el gran concepto que ya tenían de sus talentos, de manera que por toda la población resonaron sus alabanzas.

El ministro, satisfecho de haber conseguido con esta obra su objeto, que no había sido otro que el de granjearse la estimación pública, quiso merecerla verdaderamente por medio de una acción laudable que fuese útil al rey. Recurrió para ello a la invención del emperador Galba; es decir, que hizo que los particulares que se habían enriquecido, sabe Dios cómo, con el manejo de los caudales públicos resarciesen al Erario. Luego que el conde hizo vomitar a aquellas sanguijuelas la sangre que habían chupado y la guardó en las arcas reales, trató de conservarla en ellas haciendo suprimir todas las pensiones, sin exceptuar la suya, como también las gratificaciones que se daban del caudal de su majestad. Para lograr la ejecución de este designio, que no podía verificarse sin mudar la faz del Gobierno, me mandó componer otra Memoria, cuya substancia y método me indicó; en seguida me encargó que procurase elevar todo lo posible la ordinaria sencillez de mi estilo para dar más dignidad a mis frases. «Ya estoy hecho cargo, señor—le dije—. Vuecencia quiere sublimidad y brillantez; pues las tendrá.» Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente había trabajado y allí puse manos a la obra después de haber invocado el genio

elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por exponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que había en las arcas reales, que no debían emplearse absolutamente sino en las necesidades de la Monarquía, como que era un fondo sagrado que se debía reservar para imponer respeto a los enemigos de la nación. Después hacía presente al monarca (que era a quien se dirigía la Memoria) que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda no por eso se privaba del gusto que tendría en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores a sus reales gracias, pues sin tocar a su tesoro quedaba en estado de conceder grandes recompensas, porque para unos tenía virreinatos, gobiernos, hábitos de las Ordenes militares y empleos en sus ejércitos; para otros, encomiendas, sobre las cuales podría imponer muchas pensiones, títulos de Castilla y magistraturas, y, por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la Iglesia.

Esta Memoria, mucho más larga que la anterior, me ocupó cerca de tres días, y, por mi fortuna, salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas. «Mucho me agrada lo que has hecho—me dijo, enseñándome los pasajes más pomposos—. Estas sí que son expresiones vaciadas en buen molde. ¡Animo, amigo mío; ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad!» Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la Memoria. Puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y a toda la corte. El público la honró también con su aprobación, presagió felicidades para lo venidero, y se lisonjeó de que la Monarquía recobraría su antiguo

esplendor bajo el Ministerio de un personaje tan insigne. Viendo su excelencia la mucha fama que le había granjeado aquel escrito, quiso que, por la parte que yo tenía en él, recogiese algún fruto; y así, dispuso que se me diese una pensión de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto más apreciable cuanto que éste no era un bien mal adquirido, aunque lo había ganado con mucha facilidad.

* * *

# Capítulo VII

**Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió a encontrar Gil Blas a su amigo Fabricio, y conversación que tuvieron.**

Ninguna cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los días me preguntaba qué se decía de él, y aun tenía pagados espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la población. Le referían hasta las más ligeras conversaciones que habían oído; y como les tenía encargado que le dijesen francamente la verdad, no tenía poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es tan suelta, que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué a ir por las tardes a los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del Gobierno, escuchaba con atención, y si decían algo digno de que lo supiese su excelencia, no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamás le decía nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasión de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos o tres salas

llenas de enfermos, y, mirando a todas partes, vi entre aquellos desgraciados, a quienes no podía considerar sin lástima, uno que fijó mi atención, porque me pareció ver en él a mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme más a su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Núñez, con todo, me detuve algunos instantes a mirarle, pero sin decirle nada. El me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo, rompiendo el silencio, le dije: «O mis ojos me engañan, o éste que miro es Fabricio.» «El mismo soy—me respondió fríamente—, y no debes maravillarte. Desde que me separé de ti no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y toda clase de obras de ingenio, y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.»

No pude menos de reírme al oír estas últimas palabras, y mucho más al ver la seriedad con que las pronunció. «Pues qué—exclamé—, ¿tu musa te ha traído a tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado una pieza tan villana?» «Tú mismo lo estás viendo—repuso él—; a estas casas suelen venir a parar todos los que presumen de ingenios. Tú, hijo mío, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la Corte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de aspecto, y aun me acuerdo de haber oído decir que de orden del rey te habían metido en un castillo.» «Así fué puntualmente—repuse yo—. La fortuna en que me viste cuando nos separamos fué muy pasajera, pues pocos días después perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Sin embargo, amigo mío, hoy me vuelves a ver en un estado mucho más brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo.» «Eso no es posible—dijo Núñez—. Tu aspecto es juicioso y modesto; no noto en ti aquella vanidad y aquella altanería que suelen

inspirar las prosperidades.» «Las desgracias—le repliqué—han purificado mi virtud. En la escuela de la adversidad aprendí a gozar de las riquezas sin dejarme dominar por ellas.»

«Acaba, pues, y dime—interrumpió Fabricio, incorporándose en la cama con júbilo—qué empleo es el que tienes y en qué te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algún gran señor arruinado, o de alguna viuda rica?» «Todavía estoy mucho mejor—le respondí—. Pero por ahora dispénsame, te ruego, de explicarme más, que en mejor ocasión contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en situación de poder servirte, o más bien de ponerte en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia, con tal que me des palabra de no componer más obras de ingenio en verso ni en prosa. ¿Serás capaz de hacer tan gran sacrificio?» «Ya lo he hecho al Cielo—me dijo—en la enfermedad mortal de que me ves convaleciente. Un religioso dominico me ha movido a abjurar de la poesía como de una ocupación que, si no es criminal, desvía por lo menos de la prudencia.»

«Mil parabienes te doy por tan cuerda resolución, mi querido Núñez; pero guárdate bien de la recaída.» «Esa es la que no temo—me replicó—, porque tengo hecho firmísimo propósito de abandonar a las Musas; por señas, de que cuando entraste en esta sala estaba haciendo una composición en verso en que me despedía de ellas para siempre.» «Señor Fabricio—le dije entonces meneando la cabeza—, no sé si el padre dominico y yo podremos fiarnos de tu abjuración, porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas.» «¡No, no!—me respondió con viveza—. Tengo ya rotos todos los lazos que me estrechaban con ellas. Todavía he hecho más, pues he cobrado aversión al público. ¡No

merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos, y yo me avergonzaría mucho de componer alguna obra que lograse su aprobación! Y no creas—continuó—que el resentimiento me dicta este lenguaje. Dígotelo con serenidad: tanto caso hago de los aplausos del público como de sus desprecios.» «Es difícil saber quién gana o quién pierde con él; es tan caprichoso que hoy piensa de una manera y mañana de otra. ¡Muy locos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso! Aunque la primera vez que se representen causen mucho ruido por la novedad, si veinte años después vuelven a aparecer en el teatro, son por la mayor parte mal recibidas. La misma fortuna corren por lo común las novelas y los demás libros de pura diversión cuando salen a luz, pues si a los principios logran la aprobación de todos, poco a poco la van perdiendo hasta que al fin llegan a caer en desprecio. Los que viven ahora acusan de mal gusto a los que les han precedido, y el mismo defecto les imputarán a ellos los que vengan después. De donde concluyo que los autores que son aplaudidos en este siglo serán silbados en el siguiente. Así que todo el honor y toda la estimación que nos granjea el buen éxito de una obra impresa no es en suma otra cosa que una pura quimera, una ilusión de nuestra fantasía y un fuego de paja cuyo humo desvanece el viento en un instante.»

A pesar de que conocí desde luego ser efecto de melancolía y de mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me di por entendido, y sólo le dije: «Verdaderamente, quedo gozoso de verte divorciado de las obras de ingenio y curado radicalmente de la manía de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te haré dar un empleo con que puedas mantenerte decorosamente sin fatigar tu

imaginación.» «¡Mejor para mí!—respondió muy alegre—. El ingenio comienza a olerme mal, y ya le considero como el don más funesto que el Cielo puede conceder al hombre.» «Deseo, amado Fabricio—repuse yo—, que conserves siempre esas ideas; y te vuelvo a repetir que si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honroso como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te ruego que admitas esta corta prueba de mi amistad.» Y diciendo esto, le puse en la mano un bolsillo en que habría como unos sesenta doblones.

«¡Oh generoso amigo!—exclamó enajenado de gozo y de gratitud el hijo del barbero Núñez—. ¡Qué gracias debo dar al Cielo por haberte traído a este hospital! Hoy mismo quiero salir de él con tu socorro.» Efectivamente, así lo ejecutó, haciéndose llevar a una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole a que me fuese a ver luego que se sintiese perfectamente recuperado. Quedóse muy sorprendido cuando le dije que vivía en casa del conde de Olivares. «¡Oh bienaventurado Gil Blas—me dijo—que tienes la fortuna de agradar a los ministros! Me complazco en tu felicidad, pues haces tan buen uso de ella.»

* * *

# Capítulo VIII

**Gil Blas se granjea cada día más el afecto del ministro; vuelve Escipión a Madrid, y relación que hace a Santillana de su viaje.**

El conde de Olivares, a quien en adelante llamaré el *conde-duque*, porque con este título se dignó honrarle el rey por este tiempo, tenía una flaqueza, que descubrí en él, no sin fruto para mí, y era la de querer que le tuvieran cariño. Luego que conocía que alguno le servía con buen afecto, le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observación, pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecía sus órdenes con demostraciones de celo que le encantaban. Estudiaba su gusto en todas las cosas para conformarme a él y anticiparme a sus deseos en cuanto me fuera posible.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se deja de conseguir lo que se intenta, llegué insensiblemente a ser el favorito de mi amo, quien por su parte, conociendo que yo adolecía de la misma flaqueza que él, me ganó la voluntad con las demostraciones de cariño que me hizo. Me granjeé tanto su amistad, que llegué a participar de su confianza, igualmente que el señor Carnero, su primer secretario.

Este se había valido de los mismos medios que yo para agradar a su

excelencia, y lo había logrado tan bien, que le revelaba los arcanos del Gabinete; y así, los dos éramos confidentes del primer ministro y los depositarios de sus secretos, pero con esta diferencia: que a Carnero sólo le hablaba de los negocios de Estado, y a mí, de los que tocaban a sus intereses personales; lo que formaba, por decirlo así, dos departamentos separados, con lo cual uno y otro estábamos igualmente gustosos, viviendo juntos sin celo y sin amistad. Yo tenía motivo para estar contento con mi destino, porque, proporcionándome continuamente la ocasión de estar con el conde-duque, me ponía en estado de penetrar en el fondo de su alma, que dejó de ocultarme, en medio de ser naturalmente reservado, cuando llegó a convencerse de la sinceridad de mi afecto hacia él.

«Santillana—me dijo un día—, tú has visto al duque de Lerma gozar de una autoridad que menos parecía la de un ministro favorito que el poder de un monarca absoluto; sin embargo, yo soy más feliz que lo era él en el mayor auge de su fortuna. El tenía dos enemigos formidables en el duque de Uceda, su propio hijo, y en el confesor de Felipe III; en vez de que yo a nadie veo cerca del rey con bastante favor para perjudicarme, ni aun de quien yo sospeche que me tenga mala voluntad. Es verdad—continuó—que desde mi elevación al Ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de su majestad otras personas que las enlazadas conmigo por amistad o por parentesco. Con virreinatos o embajadas me he ido deshaciendo de todos los señores cuyo mérito personal hubiera podido hacerme decaer de la gracia del soberano, que yo quiero gozar entera y exclusivamente; de manera que en la actualidad me puedo lisonjear de que ningún grande me hace sombra. Ya ves, Gil Blas—añadió—, que te descubro mi corazón; como tengo motivo para

creer que me eres enteramente afecto, he echado mano de ti para que seas mi confidente. Tienes entendimiento, te contemplo juicioso, prudente y discreto; en una palabra, te considero a propósito para el desempeño de mil comisiones que piden un sujeto muy inteligente y que tome parte en mis intereses.»

No pude desechar del todo las ideas lisonjeras que estas palabras excitaron en mi imaginación; subiéronseme repentinamente a la cabeza algunos humos de ambición y de avaricia, que despertaron en mí ciertos afectos de que creía haber triunfado. Aseguré al ministro que haría cuanto estuviese de mi parte para corresponder a sus deseos, y me preparé para ejecutar sin escrúpulo todas las órdenes que tuviera por conveniente darme.

Entre tanto que yo me disponía de este modo a erigir nuevos altares a la Fortuna, volvió Escipión de su viaje. «No tengo—me dijo—muy larga relación que haceros: causé una grande alegría a los señores de Leiva cuando les dije la buena acogida que usted halló en el rey luego que le conoció, y de qué modo se conduce con usted el conde de Olivares.»

Interrumpí a Escipión diciéndole: «Más alegría les hubieras causado, amigo mío, si hubieras podido contarles el predicamento en que me hallo en el día para con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que después de tu partida he hecho en el corazón de su excelencia.» «¡Sea Dios bendito, mi querido amo!—respondió—. ¡Ya presiento que tendremos excelentes destinos que desempeñar!»

«Mudemos de conversación—le dije—, y hablemos de Oviedo. Cuando saliste de Asturias, ¿en qué estado dejaste a mi madre?» «¡Ah, señor!—me respondió, tomando de repente un aspecto afligido—. Las

noticias que tengo que daros sobre ese punto no son sino tristes.» «¡Oh cielos!—exclamé—. ¡Sin duda mi madre ha muerto!» «Seis meses ha—dijo mi secretario—que la buena señora pagó el tributo a la Naturaleza, y lo mismo el señor Gil Pérez su tío de usted.»

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, aunque en mi infancia no había recibido de ella aquellas caricias que tanto necesitan los hijos para ser agradecidos en lo sucesivo. También derramé algunas lágrimas por el buen canónigo, acordándome del cuidado que había tenido de mi educación. A la verdad, no duró mucho mi pesadumbre, que muy presto quedó reducida a una tierna memoria que siempre he conservado de mis parientes.

* * *

# Capítulo IX

**Cómo y con quién casó el conde-duque a su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio.**

Poco después del regreso del hijo de la Coscolina vi al conde-duque por espacio de unos ocho días muy parado y pensativo. Me persuadí de que estaba meditando alguna grande empresa de política; pero presto llegué a saber que lo que le tenía tan suspenso era un asunto doméstico. «Gil Blas—me dijo una tarde—, quizá habrás reparado que hace días ando pensativo. Así es, hijo mío; no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio del cual depende el sosiego de mi alma, y voy a confiártelo. Mi hija doña María—continuó—se halla ya en edad de tomar estado, y son muchos los pretendientes que aspiran a su mano. El conde de Niebla, primogénito del duque de Medinasidonia, cabeza de la Casa de Guzmán, y don Luis de Haro, hijo y heredero del marqués del Carpio y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen más dignos de merecer la preferencia. Sobre todo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida de que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en explicarte los motivos que tengo para desechar a ambos, te diré que he puesto los ojos en don

Ramiro Núñez de Guzmán, marqués de Toral, cabeza de la Casa de los Guzmanes de Abrados. A este señor y a los hijos que nacieren de mi hija quiero dejar todos mis bienes, vincularlos al título de conde de Olivares, y anejar a él la grandeza; de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren de la rama de Abrados y de la de Olivares pasarán por primogénitos de la Casa de Guzmán. Dime, Santillana—añadió—: ¿apruebas este proyecto?» «Señor—le respondí—, es propio de la capacidad y talento que lo ha formado; lo único que recelo es que el duque de Medinasidonia podrá quejarse de él.» «Quéjese cuanto quiera—respondió—; nada me importa. No tengo inclinación a su rama, que ha usurpado a la de Abrados el derecho de primogenitura y los títulos anexos a ella. Menos impresión me harán sus quejas que el sentimiento que tendrá mi hermana la marquesa del Carpio al ver que su hijo pierde el enlace con mi hija. Pero sobre todo yo quiero hacer mi gusto, y don Ramiro será preferido a todos sus rivales; así lo tengo determinado.»

Habiendo el conde-duque tomado esta resolución, no pasó, sin embargo, a ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política. Presentó un memorial al rey y a la reina suplicando a sus majestades se dignasen disponer de la mano de su hija doña María, exponiéndoles las cualidades de los señores que la pretendían y remitiéndose enteramente a la elección de sus majestades, bien que, hablando del marqués de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinación a este partido. En virtud de esto, el rey, que deseaba mucho complacer a su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Juzgo a don Ramiro Núñez digno de doña María. Sin embargo, elige por ti mismo; el partido que más te convenga será el que a mí más me agrade.*—El Rey.

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectación, y fingiendo entenderla como una orden del soberano, se dió prisa a casar a su hija con el marqués de Toral, resolución de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con doña María. En medio de esto, unos y otros, cuando vieron que no podían impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecía que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo más cruel y doloroso para el conde. A los diez meses dió a luz doña María una niña, que murió al nacer, y poco después la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra (por decirlo así) de su hija, y más viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de progenitura a la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que se encerró por algunos días sin que le viese nadie sino yo, que, conformándome a su excesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que había entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió a abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, a pesar de lo abatido que le tenía su propia pena, no pudo menos de advertir la mía. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras. «Gil Blas—me dijo un día que le parecí abismado en una profunda tristeza—, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible a mis angustias.» «¡Ah señor!—le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto—. Sería yo el hombre más ingrato y

mi corazón el más duro si no las sintiera tan vivamente. Pues qué, ¿podría vuestra excelencia llorar la muerte de una hija de tanto mérito y a quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor; me tiene vuestra excelencia demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.»

* * *

# Capítulo X

**Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Núñez; refiérele éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe; desgraciado éxito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia.**

Comenzaba el ministro a consolarse, y, por consiguiente, también yo a recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde a pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, a quien no había visto después de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche y fuimos juntos a pasear en el prado de San Jerónimo.

«Señor Núñez—le dije—, ha sido fortuna mía haberos encontrado por casualidad; a no ser así, nunca lograría el gusto de...» «¡Déjate de reconvenciones, Santillana!—interrumpió con precipitación—. Confieso de buena fe que de propósito no quise ir a visitarte, y te voy a decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase a la poesía, y yo he encontrado otro más sólido con la condición de hacer versos; he aceptado este último por ser más conforme a mi genio. Un amigo mío me ha colocado en casa de don Beltrán Gómez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este don Beltrán quería mantener a sus

expensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificación, me ha preferido a cinco o seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.»

«Me alegro infinito de eso, querido Fabricio—le dije—, porque ese don Beltrán verosímilmente será muy rico.» «¡Cómo rico!—me replicó Fabricio—. Dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero, como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos a muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo a una en verso, a otra en prosa, y algunas veces yo mismo soy el portador de los billetes, para hacer ver mis muchos talentos.»

«Pero tú no me enteras—le dije—de lo que más deseo saber. ¿Te pagan bien tus epigramas epistolares?» «Con mucha liberalidad—me respondió—. No todos los ricos son espléndidos, pues algunos conozco que son muy tacaños; pero don Beltrán se porta conmigo generosamente. Además de los doscientos doblones de sueldo que me tiene señalados, me da de tiempo en tiempo algunas pequeñas gratificaciones, lo cual me pone en estado de hacer el papel de señor y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de la melancolía.» «En suma—le repliqué yo—: ¿es tu tesorero hombre de tanto gusto que conozca las bellezas de una obra y note sus defectos?» «¡Oh! Tanto como eso, no—me respondió Núñez—. Aunque tiene una verbosidad que deslumbra, no es inteligente. Sin embargo, se cree otra *Tarpa*; decide resueltamente, y sostiene su opinión con tanta altanería y tenacidad, que las más de las

veces, cuando disputa, todos se ven obligados a ceder para evitar una granizada de expresiones descorteses que acostumbra a descargar sobre los que le contradicen. De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamás a lo que dice, por más razón que muchas veces me asista para ello; porque, además de los epítetos poco gustosos que oiría de su boca, es seguro que me echaría a la calle. Apruebo, pues—continuó—, todo lo que él alaba, y repruebo todo cuanto le disgusta. Por esta condescendencia, que en la realidad poco o nada me cuesta, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimación y voluntad de mi patrono. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me sugirió él mismo. Compúsela a vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria a las lecciones que él me ha dado.»

Preguntéle el título de la tragedia, y me respondió: «Intitúlase *El conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del Príncipe dentro de tres días.» «Deseo mucho—le repliqué—, que logre todo el aplauso y concepto que tu ingenio me hace esperar.» «Yo también lo espero—me dijo él—; verdad es que no hay esperanzas más falibles que éstas, por estar tan inciertos los autores del éxito que tendrán sus obras en las tablas.»

Llegó, en fin, el día de la primera representación. Yo no asistí a ella por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó, y lo más que pude hacer fué enviar a Escipión para que a lo menos me informase del éxito de una pieza en que me interesaba. Después de haberle estado esperando con impaciencia, le vi entrar con un semblante que me dió mala espina y no me dejó presagiar cosa buena. «Y bien—le pregunté—: ¿cómo ha recibido el público a *El conde de Saldaña*?» «Malísimamente—me

respondió—. En mi vida he visto comedia tratada con mayor ignominia. Me he salido indignado de la insolencia del patio.» «No estoy yo menos indignado—le interrumpí—contra la manía que Núñez tiene de componer piezas dramáticas. ¿No debe haber perdido el juicio para preferir los ignominiosos silbidos del populacho al decoroso estado en que pude colocarle?» Así me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por la inclinación que le tenía, afligiéndome de la desgracia de su drama, mientras él estaba tan satisfecho de su obra.

Efectivamente; dos días después le vi entrar en mi cuarto que no cabía en sí de gozo. «Santillana—exclamó alborozado luego que me vió—, vengo a darte parte de mi suma felicidad. La composición de una mala tragedia ha causado mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña*; todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha para toda vida.»

Quedé aturdido al oír hablar de este modo al poeta Núñez. «¿Cómo así, Fabricio?—le pregunté pasmado—. ¿Es posible que el alto desprecio con que fué tratada tu tragedia sea puntualmente el motivo de tu desmesurada alegría?» «Así es, ni más ni menos—me respondió—. Ya te dije la mucha parte que don Beltrán tuvo en su composición; por lo mismo, la calificó de una obra a todas luces excelente. Picado en extremo de que el público hubiera sido de un sentir tan contrario al suyo, me dijo esta mañana: «Núñez, *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*; si tu tragedia pareció tan mal a las gentes, a mí me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consueles del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde ahora te señalo dos mil escudos de

renta anual y vitalicia sobre todos mis bienes. Vamos desde aquí a casa de mi escribano a otorgar la escritura.» Con efecto, partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donación, y me ha pagado el primer año anticipado.»

Di mil parabienes a Fabricio por el desgraciado éxito de su *Conde de Saldaña*, que había redundado en provecho del autor. «Tienes razón—prosiguió él—en cumplimentarme por una cosa tan extraña. ¡Dichoso yo una y mil veces de haber sido silbado! Si el público, más benévolo, me hubiera honrado con sus aplausos, ¿qué fruto hubiera sacado de ellos? Ninguno, o a lo sumo algunos reales que de nada me servirían; pero los silbidos en un instante me han puesto en estado de pasar cómodamente el resto de mis días.»

* * *

# Capítulo XI

**Consigue Santillana un empleo para Escipión, el cual se embarca para Nueva España.**

No miró mi secretario sin alguna envidia la impensada fortuna del poeta Núñez, de manera que en toda una semana no cesó de hablarme de ella. «Admirado estoy—me decía—de los caprichos de la Fortuna, la cual muchas veces parece que se deleita en colmar de bienes a un detestable autor mientras abandona a los mejores en manos de la miseria. ¡Cuánto celebraría yo que un día se le antojase hacerme rico de la noche a la mañana!» «Eso—le dije—podrá quizá suceder más presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque, si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar *el templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y opulentos los que logran su favor.» «Decís, señor, mucha verdad—me respondió—; pero es menester tener paciencia para esperarle.» «Vuélvote a decir—le repliqué—que te sosiegues. ¿Quién sabe si quizá a estas horas se te está preparando alguna buena comisión?» Con efecto, pocos días después se me presentó ocasión de emplearle útilmente en servicio del conde-duque y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversación con don Ramón Caporis, mayordomo del primer ministro, y era el asunto sobre las rentas de su excelencia. «Mi señor—decía él—goza de varias encomiendas en todas las Ordenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin más obligación que la de llevar la cruz de Alcántara. Fuera de eso, los tres empleos de gentilhombre de cámara, caballerizo mayor y gran canciller de Indias le producen doscientos mil escudos. Pero todo esto es nada en comparación de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe usted cómo? Cuando los buques del rey salen de Sevilla o de Lisboa para aquellos países, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedí la conducción. En Indias se venden estos géneros a precio cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta compra especiería, colores y otras drogas que en el Nuevo Mundo están casi de balde y en Europa se venden a subido precio. Este es un tráfico que le vale muchos millones, sin el menor perjuicio del Erario. Y no extrañará usted—continuó—que las personas empleadas en hacer este comercio vuelvan todas cargadas de riquezas, porque su excelencia lleva a bien que, haciendo su negocio, hagan también ellas el suyo.»

El hijo de Coscolina, que escuchaba nuestra conversación, no pudo oír hablar así a don Ramón sin interrumpirle. «¡Pardiez, señor Caporis—exclamó—, que yo de buena gana sería uno de esos empleados, y más que ha muchos años tengo grandes deseos de ver a Méjico!» «Presto satisfaría yo tu curiosidad—le dijo el mayordomo—si el señor de Santillana no se opusiera a tus deseos. Aunque soy algo delicado en la elección de los sujetos que envío a las Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el

que los nombro, desde luego te sentaría ciegamente en mi registro con tal que lo consintiese tu amo.» «Mucha satisfacción tendría—dije a don Ramón—en que usted me diese esta prueba de amistad. Escipión es un mozo a quien estimo, y además de eso es muy capaz, y tan puntual en todo lo que se pone a su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto; respondo por él como pudiera responder por mí mismo.» «Siendo así—replicó Caporis—, desde luego puede marchar a Sevilla, de donde dentro de un mes se harán a la vela los navíos que han de pasar a Indias. Llevará una carta mía para cierto sujeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de su excelencia, que siempre deben ser muy sagrados para él.»

Alegrísimo Escipión con el nuevo empleo, dispuso su viaje a Sevilla, con mil escudos que le di para que comprase en Andalucía vino y aceite y pudiese así traficar por su cuenta en las Indias. Mas, sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna en el viaje, no pudo separarse de mí sin lágrimas ni yo privarme de él con ojos enjutos.

* * *

# Capítulo XII

**Llega a Madrid don Alfonso de Leiva; motivo de su viaje; grave aflicción de Gil Blas y alegría que la siguió.**

Apenas se había ausentado Escipión, cuando un paje del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenía estas palabras: «Si el señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al mesón de San Gabriel, en la calle de Toledo, verá en él a uno de sus mayores amigos.» «¿Quién podrá ser este amigo?—decía entre mí mismo—. ¿Y por qué razón me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazonarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa.»

Salí al instante de casa, me encaminé a la calle de Toledo, llegué al sitio señalado y me quedé no poco suspenso de encontrar a don Alfonso de Leiva. «¡Qué es lo que veo!—exclamé—. ¡Vuestra señoría aquí, señor!» «Sí, mi querido Gil Blas—me respondió teniéndome estrechamente abrazado—. El mismo don Alfonso en persona es el que tienes a la vista.» «Pero ¿qué negocio le ha traído a vuestra señoría a Madrid?», le dije. «Te voy a sorprender—me respondió—y afligirte enterándote de la causa de mi viaje. Sábete que me han quitado el gobierno de Valencia y que el primer ministro ha mandado me presente en la corte a dar cuenta de mi

conducta.»

Permanecí un cuarto de hora en un profundo silencio; después, volviendo a tomar la palabra, «¿De qué se le acusa a usted?», le dije. «Nada sé—respondió—; pero atribuyo mi desgracia a la visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Lerma, que hace un mes se halla confinado en su palacio de Denia.» «¡Oh! En verdad—interrumpí yo—que vuestra señoría tiene razón en atribuir su desgracia a esta indiscreta visita; no hay que buscar otra culpa. Y vuestra señoría me permitirá le diga que se olvidó de consultar su acostumbrada prudencia cuando fué a ver a un ministro desgraciado.» «El yerro ya se cometió—me dijo él—, y he tomado voluntariamente mi determinación. Me retiraré con mi familia a la quinta de Leiva, donde pasaré en un profundo sosiego el resto de mis días. Lo único que ahora me aflige—añadió—es el verme obligado a presentarme a un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. A pesar de que esto es una necesidad, he querido hablarte antes de someterme a ella.» «Señor—le dije—, no se presente vuestra señoría al ministro sin que yo sepa antes de lo que se le acusa, pues el mal no es irreparable. Sea lo que fuere, vuestra señoría se servirá llevar a bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que exigen de mí la gratitud y el afecto.» Diciendo esto, le dejé en el mesón, asegurándole que dentro de poco nos volveríamos a ver. Como yo no intervenía ya en ningún negocio de Estado desde las dos Memorias de que he hecho tan elocuente mención, fuí a buscar a Carnero para preguntarle si era verdad que a don Alfonso de Leiva se le había quitado el gobierno de la ciudad de Valencia. Respondióme que sí, pero que ignoraba la causa de ello. Con esto resolví

sin vacilar acudir al mismo ministro para saber de su propia boca los motivos que podía tener para estar quejoso del hijo de don César.

Estaba yo tan penetrado de dolor por este fatal acontecimiento, que no tuve necesidad de aparentar tristeza para parecer afligido a los ojos del conde. «¿Qué tienes, Santillana?—me preguntó luego que me vió—. Descubro en tu semblante señales de pesadumbre, y aun veo que las lágrimas están prontas a correr de tus ojos. ¿Te ha ofendido alguno? ¡Habla, y pronto quedarás vengado!» «Señor—le respondí llorando—, aun cuando quisiera disimular mi pena, no podría, porque casi llega a términos de desesperación. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia don Alfonso de Leiva, y no podían darme noticia que me fuera más sensible.» «¿Qué me dices, Gil Blas?—repuso el ministro admirado—. ¿Pues qué tienes tú con don Alfonso ni con su gobierno?» Entonces le hice una puntual relación de todas las obligaciones que debía a los señores de Leiva, y después le conté cómo y cuándo había yo obtenido del duque de Lerma para el hijo de don César el gobierno de que se trataba.

Después que su excelencia me oyó con una atención llena de bondad hacia mí, me dijo: «Enjuga tus lágrimas, amigo mío. Además de que yo ignoraba lo que me acabas de contar, te confesaré que miraba a don Alfonso como hechura del cardenal de Lerma. Ponte en mi lugar. La visita que hizo a este purpurado, ¿no te le hubiera hecho sospechoso? Quiero, no obstante, creer que, habiéndosele conferido su empleo por aquel ministro, puede haber dado este paso por un mero impulso de agradecimiento. Siento haber separado de su empleo a un hombre que te le debía a ti; pero si deshice lo que habías hecho tú, puedo repararlo, y aun quiero hacer por ti lo que no hizo el duque de Lerma. Don Alfonso de Leiva, tu amigo, no

era más que gobernador de la ciudad de Valencia, pero yo le hago virrey del reino de Aragón. Te doy licencia para que le comuniques esta noticia, y puedes decirle que venga a prestar juramento.» Cuando oí estas palabras, pasé del extremo de la aflicción a un exceso de alegría que me enajenó, en términos que lo conoció su excelencia en el modo de manifestarle mi agradecimiento; mas no le desagradó el desconcierto de mis palabras, y como le había enterado de que don Alfonso estaba en Madrid, me dijo que podía yo presentársele en aquel mismo día. Fuí volando al mesón de San Gabriel, en donde colmé de gozo al hijo de don César anunciándole su nuevo empleo. No podía creer lo que yo le decía, porque tenía dificultad en persuadirse de que, por más amistad que me tuviera el primer ministro, fuera capaz de dar virreinatos por mi influjo. Condújele a casa del conde-duque, que le recibió muy afablemente y le dijo que se había comportado tan bien en su gobierno de la ciudad de Valencia que, contemplándole el rey apto para desempeñar un empleo más elevado, le había nombrado para el virreinato de Aragón. «Por otra parte—añadió—, esta dignidad no es superior a la categoría de vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa no podría quejarse de la elección de la Corte.» Su excelencia no me tomó en boca y el público ignoró la parte que yo había tenido en aquel negocio, lo que puso a cubierto a don Alfonso y al ministro de las habladurías del público sobre el nombramiento de un virrey que era hechura mía.

Luego que el hijo de don César estuvo seguro de su promoción, despachó un propio a Valencia para noticiarla a su padre y a Serafina, que al momento pasaron a Madrid, y su primera diligencia fué visitarme y colmarme de demostraciones de vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo

tan tierno y glorioso fué para mí ver a las tres personas que más amaba en el mundo abrazarme a competencia! Tan agradecidos a mi amor como al esplendor que el virreinato iba a añadir a su casa, no hallaban palabras con qué manifestar su reconocimiento. Me hablaban como si trataran con igual suyo, pareciendo haber olvidado que habían sido mis amos; todo les parecía poco para darme pruebas de amistad. Para suprimir circunstancias inútiles, don Alfonso, después de haber recibido el real despacho, dado gracias al rey y al ministro y prestado el juramento acostumbrado, marchó de Madrid con su familia para ir a establecer su residencia en Zaragoza. Hizo allí su entrada pública con la mayor magnificencia, y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les había dado un virrey que les era muy acepto.

* * *

# Capítulo XIII

**Encuentra Gil Blas en palacio a don Gastón de Cogollos y a don Andrés de Tordesillas; adónde fueron todos tres; fin de la historia de don Gastón y doña Elena de Galisteo; qué servicio hizo Santillana a Tordesillas.**

Estaba yo loco de contento por haber transformado tan felizmente en virrey a un gobernador depuesto. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasión de emplear mi valimiento a favor de un amigo, lo que creo conveniente contar, para hacer ver a mis lectores que ya no era yo aquel mismo Gil Blas que en el Ministerio anterior vendía las mercedes de la Corte.

Hallándome un día en la antecámara del rey hablando con algunos señores que no se desdeñaban de admitirme a su conversación sabiendo que me quería el primer ministro, vi entre la multitud a don Gastón de Cogollos, aquel reo de Estado a quien había dejado en el alcázar de Segovia, que estaba con el alcaide del mismo alcázar, don Andrés de Tordesillas. Separéme gustoso de las personas con quien estaba para ir a dar un abrazo a estos dos amigos míos. Si ellos se admiraron mucho de verme allí, yo me admiré más de encontrarme con ellos.

Después de recíprocos abrazos me dijo don Gastón: «Señor de Santillana, tenemos muchas cosas que decirnos y no estamos en paraje a propósito para ello; permítame usted que le conduzca a un sitio en donde el señor de Tordesillas y yo tendremos el gusto de hablar largamente con usted.» Vine en ello. Abrímonos paso por entre el gentío y salimos de palacio. Hallamos el coche de don Gastón, que le estaba esperando en la calle, metímonos en él los tres y fuimos a apearnos en la plaza Mayor, en donde se hacen las corridas de toros, que allí vivía Cogollos en una soberbia casa. «Señor Gil Blas—me dijo don Andrés luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia—, paréceme que cuando usted salió de Segovia había cobrado horror a la corte y que iba resuelto a alejarse de ella para siempre.» «Ese era en efecto mi designio—le respondí—, y mientras vivió el difunto rey no mudé de parecer; pero luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, quise ver si el nuevo monarca me conocía. Conocióme y tuve la dicha de que me recibiese benignamente. El mismo me recomendó al primer ministro, quien me cobró amistad y con el cual estoy en mucho más auge del que nunca estuve con el duque de Lerma. Esto es, señor don Andrés, todo lo que tenía que decirle; ahora dígame usted si se mantiene todavía de alcaide del alcázar de Segovia.» «No por cierto—me respondió—; el conde-duque puso a otro en mi lugar, creyéndome probablemente parcial de su predecesor.» «Yo—dijo entonces don Gastón—obtuve mi libertad por una razón contraria. Apenas supo el primer ministro que yo estaba en la prisión de Segovia por orden del duque de Lerma, cuando me mandó poner en libertad. Ahora se trata, señor Gil Blas, de contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar. Lo primero que hice—continuó—, después de haber dado mil

gracias a don Andrés por las atenciones que le había debido durante mi arresto, fué venirme a Madrid. Presentéme al conde-duque de Olivares, el cual me dijo: «No tema usted que la desgracia que le ha sucedido perjudique en lo más mínimo a su reputación. Usted se halla plenamente justificado, y estoy tanto más seguro de su inocencia cuanto que el marqués de Villarreal, de quien se le sospechaba a usted cómplice, no era culpable. A pesar de ser portugués, y aun pariente del duque de Braganza, es menos parcial del duque que del rey mi señor. Por consiguiente, no debe imputársele a usted como delito su conexión con el marqués, y para reparar la injusticia que se hizo a usted acusándole de traición, el rey le hace teniente capitán de su guardia española.» Acepté este empleo, suplicando a su excelencia me permitiese antes de entrar a desempeñarle pasar a Coria a ver a mi tía doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el ministro un mes de licencia para el viaje, el que emprendí acompañado de un solo lacayo. Habíamos pasado ya de Colmenar y entrado en un camino hondo entre dos colinas, cuando vimos a un caballero que se estaba defendiendo valerosamente de tres hombres que le acometían a un tiempo. No me detuve un punto en ir a socorrerle; fuí volando hacia él y me puse a su lado. Observé cuando me batía que nuestros enemigos estaban enmascarados y que reñíamos con animosos combatientes. Sin embargo, a pesar de su vigor y destreza, quedamos vencedores; atravesé a uno de los tres, que cayó del caballo, y los otros dos huyeron al momento. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros que para el desgraciado a quien yo había muerto, porque, después de la acción, tanto mi compañero como yo nos hallamos peligrosamente heridos. Pero figúrese usted cuál sería mi sorpresa cuando conocí que el caballero a quien había socorrido era Cambados,

marido de doña Elena. No quedó él menos admirado al ver que era yo su defensor. «¡Ah, don Gastón!—exclamó—. Pues qué, ¿sois vos quien venís a socorrerme? Cuando abrazasteis mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorabais que defendíais a un hombre que os había robado vuestra dama.» «Es cierto que lo ignoraba—le respondí—; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿os parece que hubiera titubeado en hacer lo que hice? ¿Me tendréis en tan mal concepto que creáis tengo un alma vil?» «¡No, no!—respondió—. Tengo mejor opinión de vos, y si muero de las heridas que acabo de recibir, deseo que las vuestras no os impidan aprovecharos de mi muerte.» «Cambados—le dije—, aunque no he olvidado todavía a doña Elena, sabed que no apetezco poseerla a costa de vuestra vida, y aun me alegro mucho de haber contribuído a salvaros de los golpes de tres asesinos, pues que en ello hice una acción que agradecerá vuestra esposa.» Mientras estábamos hablando de este modo, mi lacayo se apeó y, acercándose al caballero que estaba tendido en el suelo, le quitó la mascarilla y nos hizo ver unas facciones que luego conoció Cambados. «Es Caprara—exclamó—, aquel pérfido primo que, en despecho de haber perdido una rica herencia que injustamente me había disputado, hace mucho tiempo que pensaba asesinarme, y había, por último, elegido este día para realizar sus deseos; pero el Cielo ha permitido que él mismo haya sido la víctima de su atentado.» Entre tanto nuestra sangre corría en abundancia y por instantes nos íbamos debilitando. Sin embargo, heridos como estábamos, tuvimos ánimo para llegar hasta el lugar de Villarejo, que no distaba más que dos tiros de fusil del campo de batalla. Llegados al primer mesón, llamamos cirujanos, y vino uno que nos dijeron ser muy hábil. Examinó nuestras heridas y halló que eran muy peligrosas; hizo la

primera cura, y a la mañana siguiente, después de haber levantado el vendaje, declaró mortales las de don Blas, pero no las mías, y sus pronósticos no salieron falsos. Viéndose Cambados desahuciado, sólo pensó en prepararse a morir. Envió un propio a su mujer para informarla de todo lo sucedido y del triste estado en que se hallaba. Tardó poco doña Elena en presentarse en Villarejo, adonde llegó con el espíritu fuertemente agitado por dos causas diferentes: por el peligro que corría la vida de su marido y por el temor de que mi vista volviese a encender en su pecho un fuego mal apagado; dos afectos que la tenían en una terrible conmoción. «Señora—le dijo don Blas luego que la vió—, aun venís a tiempo para recibir mi última despedida. Voy a morir y miro mi muerte como un castigo del Cielo por la falsedad con que os robé a don Gastón. Muy lejos de quejarme de él, yo mismo os exhorto a que le restituyáis un corazón que le usurpé.» Doña Elena no le respondió sino con lágrimas, y, a la verdad, ésta era la mejor respuesta que le podía dar, porque no estaba tan desprendida de mí que hubiese olvidado el artificio de que se había valido don Blas para determinarla a serme infiel. Aconteció lo que el cirujano había pronosticado: que en menos de tres días murió Cambados de sus heridas, en vez de que las mías anunciaban una pronta curación. La viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen a Coria el cadáver de su esposo para hacerle los honores que ella debía a sus cenizas, salió de Villarejo para volverse allí, después de haberse informado como por mera urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguíla luego que pude, tomando el camino de Coria, donde acabé de restablecerme. Entonces mi tía doña Leonor y don Jorge de Galisteo determinaron casarnos a la viuda y a mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse

secretamente el matrimonio, en atención a la reciente muerte de don Blas, y de allí a pocos días volví a Madrid con doña Elena. Como se había pasado el tiempo de mi licencia, temí que el ministro hubiese dado a otro la tenencia de guardias que se me había conferido; pero no había dispuesto de ella, y tuvo la bondad de admitir la disculpa que le di de mi tardanza. Soy, pues—prosiguió Cogollos—, primer teniente de la guardia española y estoy muy contento con mi empleo. He granjeado amigos de trato agradable, con quienes vivo gustoso.» «Me alegrara poder decir otro tanto—interrumpió aquí don Andrés—, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte. Perdí el empleo que tenía, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme a adquirir otro sólido.» «Perdone usted, señor don Andrés—dije yo entonces sonriéndome—, en mí tiene usted un amigo que puede servirle de algo. Vuelvo, pues, a decir que el conde-duque me estima aun quizá más de lo que me estimaba el duque de Lerma. ¿Y se atreve usted a decirme en mi cara que no conoce a nadie que le pueda proporcionar un empleo sólido? ¿Pues no le hice en otro tiempo un servicio semejante? Acuérdese usted de que por el valimiento del arzobispo de Granada logré que se le nombrase a usted para ir a Méjico a desempeñar un empleo en que hubiera hecho su fortuna si el amor no le hubiera detenido en la ciudad de Alicante. Pues me hallo en mejor estado de poder servir a usted actualmente, que estoy al lado del primer ministro.» «Supuesto eso, me pongo en manos de usted—repuso Tordesillas—. Pero—añadió sonriéndose también—suplico a usted que no me haga el favor de enviarme a Nueva España, porque no querría ir allá aunque me hicieran presidente de la Audiencia de Méjico.»

Al llegar aquí nuestra conversación fué interrumpida por doña Elena,

que entró en la sala, y cuya persona, llena de atractivos, correspondía a la encantadora idea que me había formado de ella. «Señora—le dijo Cogollos—, este caballero es el señor de Santillana, de quien os he hablado varias veces y cuya amable compañía calmó frecuentemente en la prisión mis pesares.» «Sí, señora—dije a doña Elena—; mi conversación le agradaba porque siempre era usted el asunto de ella.» La hija de don Jorge respondió modestamente a mi cumplimiento, después de lo cual me despedí de ambos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese por último coronado sus prolongados amores. Después, dirigiendo la palabra a Tordesillas, le rogué que me informase de su habitación, y habiéndolo hecho, le dije: «Don Andrés, de usted no me despido; espero que antes de ocho días verá usted que yo reúno el poder a la buena voluntad.» No quedé por embustero; al día siguiente el conde-duque me proporcionó la ocasión de servir a este alcaide. «Santillana—me dijo su excelencia—está vacante la plaza de gobernador de la cárcel real de Valladolid; vale más de trescientos doblones al año y me dan ganas de dártela.» «No la quiero, señor—le respondí—, aunque valga diez mil ducados de renta; renuncio a todos los empleos que no pueda desempeñar sin alejarme de vuestra excelencia.» «Pero éste—replicó el ministro—puedes desempeñarle muy bien sin necesidad de salir de Madrid sino para ir de cuando en cuando a Valladolid a visitar la cárcel.» «Diga vuestra excelencia cuanto guste—repuse yo—, no acepto ese empleo sino con la condición de que se me permita renunciarlo a favor de un digno hidalgo llamado don Andrés de Tordesillas, alcaide que fué del alcázar de Segovia. Me alegraría hacerle este presente en reconocimiento de los buenos procederes que usó conmigo durante mi prisión.» Sonrióse el

ministro de oírme hablar así y me dijo: «Por lo que veo, Gil Blas, quieres hacer un gobernador de la cárcel real del modo que hiciste un virrey. Pues bien, sea así, amigo mío; desde luego te concedo la plaza vacante para Tordesillas. Pero dime francamente qué gratificación debe producirte, porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu valimiento de balde.» «Señor—le respondí—, ¿no deben pagarse las deudas? Don Andrés me proporcionó sin interés todas las comodidades que pudo. ¿No será justo que yo le corresponda?» «Muy desprendido os habéis hecho, señor de Santillana—me replicó su excelencia—; me parece que lo erais mucho menos en el último Ministerio.» «Es verdad—le repuse—, porque el mal ejemplo estragó mis costumbres. Como entonces todo se vendía, me conformé con el uso; y como en el día todo se da, he vuelto a recobrar mi integridad.»

Logré, pues, que se proveyese en don Andrés de Tordesillas el gobierno de la cárcel real de Valladolid y le hice marchar luego a dicha ciudad, tan contento con su nuevo empleo como lo quedé yo por haber desempeñado para con él las obligaciones que le debía.

* * *

# Capítulo XIV

**Va Santillana a casa del poeta Núñez; qué personas encontró en ella y qué conversación tuvieron allí.**

Un día, después de comer, se me antojó ir a ver al poeta asturiano, movido sólo de la curiosidad de saber qué vivienda tenía. Me encaminé a casa del señor don Beltrán Gómez del Rivero y pregunté en ella por Núñez. «Ya no vive aquí—me respondió un lacayo que estaba en la puerta—; vive ahora en aquella casa—añadió mostrándome una que estaba cerca—y ocupa un cuarto que cae a espaldas de ella.»

Fuíme allá, y después de haber atravesado un patio pequeño entré en una sala enteramente desalhajada, en donde hallé a mi amigo Fabricio, sentado todavía a la mesa con cinco o seis amigos suyos a quienes había convidado aquel día. Estaban al fin de la comida, y, por consiguiente, metidos en disputa; pero luego que me vieron sucedió un profundo silencio a la ruidosa conversación. Levantóse apresuradamente Núñez para recibirme, exclamando: «¡Caballeros, aquí está el señor de Santillana, que tiene la bondad de honrarme con una de sus visitas! ¡Ayúdenme ustedes a tributar respetuosos obsequios al valido del primer ministro!» Al oír esto, todos los convidados se levantaron también para saludarme, y en

consideración al título que se me había dado me hicieron cumplimientos muy reverentes. Aunque yo no tenía necesidad de beber ni de comer, no me pude excusar de sentarme a la mesa con ellos y aun de corresponder a un brindis que me dirigieron.

Pareciéndome que mi presencia les impedía continuar hablando con libertad, «Señores—les dije—, creo haber interrumpido su conversación; suplico a ustedes continúen, o si no me retiro.» «Estos señores—dijo entonces Fabricio—estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El bachiller Melchor de Villegas, erudito de primer orden, preguntaba al señor don Jacinto de Romarate qué era lo que más le interesaba en aquella tragedia.» «Así es—dijo don Jacinto—, y yo le he respondido que el peligro en que se veía Ifigenia.» «Y yo—dijo el bachiller—, yo le he replicado, lo que estoy pronto a demostrar, que no es el peligro lo que forma el verdadero interés de la pieza.» «¿Pues cuál es?», exclamó el anciano licenciado Gabriel de León. «El viento», respondió el bachiller. Todos dieron una carcajada al oír una respuesta que no creí formal, imaginándome que Melchor no la había dado sino por alegrar la conversación.

Pero no tenía yo noticia de aquel sabio. Era un hombre que no entendía de burlas, y así, dijo con grande seriedad: «Rían ustedes cuanto les diere la gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer más impresión en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle más es el viento. Y si no, figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir a sitiar a Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio y restituirse cuanto antes a la Grecia, en donde habían dejado todo lo que más amaban en este mundo: sus

dioses lares, sus mujeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida y los tiene como clavados en aquel puerto; tanto, que mientras no se mude no les es posible ir a sitiar la ciudad de Príamo. Pues este viento es el que forma el interés de la tragedia. Yo me declaro a favor de los griegos porque apruebo su designio y sólo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia a Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.»

Cuando Villegas acabó de hablar se renovaron las carcajadas a su costa. Fingió Núñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinión, sólo por dar más materia de burla a los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosas cuchufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolo a todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo a cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo a llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron después de haber comido y bebido a discreción.

Luego que se marcharon pregunté a Fabricio por qué no vivía en casa del tesorero y si acaso había ocurrido alguna desavenencia entre los dos. «¿Desavenencia?—me respondió—. ¡Dios me libre de ello! Nunca ha estado en mayor auge mi estimación con don Beltrán. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada y alquilé en ésta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo a mis amigos, que me vienen a ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado a dejar grandes riquezas a mis herederos. Mi

mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los días a mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme.» «Me alegro infinito, querido Núñez—le repliqué—, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el éxito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido a ti tu *Conde de Saldaña*.»

* * *

# Tomo III · Libro duodecimo

# Capitulo primero

**Envía el ministro a Toledo a Gil Blas; motivo y éxito de su viaje.**

Hacía ya cerca de un mes que su excelencia me repetía todos los días: «Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y destreza.» Pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó por fin, y su excelencia me habló en estos términos: «Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su amabilidad; se asegura que baila y canta divinamente, que arrebata a los espectadores cuando representa, y se añade también que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir a representar en la Corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile y no le desagrada la hermosura. No me parece razón que su majestad carezca del placer de ver y oír a una mujer de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte a Toledo, para que juzgues por ti mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atendré desde luego a la impresión que cause en ti y me fío enteramente de tu discernimiento.»

Respondí a su excelencia que esperaba dar buena cuenta de aquella comisión, y desde luego emprendí mi viaje, acompañado de un lacayo, a quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaución que agradó a su excelencia. Tomé, pues, el

camino de Toledo, en donde me apeé en un mesón inmediato al alcázar. No bien me había apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algún caballero de las cercanías, me dijo: «Naturalmente, vendrá vuestra señoría a ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo.» Yo, que nada sabía de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi designio y cortarle la gana de preguntarme más sobre el fin que me llevaba a aquella ciudad. «Verá vuestra señoría—prosiguió él—una de las más excelentes procesiones que jamás se han visto, pues hay, según se dice, más de cien penitenciados, entre los cuales pasan de diez los que han de ser quemados.» Con efecto; el día siguiente antes de salir el sol oí tocar todas las campanas de la ciudad en señal de que iba a darse principio al auto de fe. Con la curiosidad de ver esta ceremonia, me vestí aceleradamente y me encaminé hacia la Inquisición. Había allí cerca, y de trecho en trecho por donde había de pasar la procesión, tablados altos, en uno de los cuales me coloqué por mi dinero. Iban primero los padres dominicos, precedidos del estandarte de la fe o pendón del Santo Tribunal. Tras de dichos religiosos venían los reos con sus capotillos o especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andrés, de tela roja llamada sambenito, y todos con corozas en la cabeza, con llamas pintadas las de los condenados a la hoguera y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo a todos aquellos infelices con la compasión que no se puede negar a la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorozados sin llamas al reverendo padre Hilario y a su compañero el hermano Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude equivocarme. «¡Qué es lo que estoy viendo!—dije entre mí mismo—. ¡El Cielo, cansado de los excesos de estos

dos malvados, los ha entregado a la justicia de la Inquisición!» Hablando conmigo de esta suerte, me sentí aterrorizado, se apoderó de mí un temblor universal, y mi ánimo se turbó en términos que temí caer desmayado. Las relaciones que yo había tenido con aquellos bribones, la aventura de Chelva, y, en fin, todo lo que habíamos hecho juntos acudió en aquel momento a representarse a mi imaginación, y creí que no podía dar suficientes gracias a Dios de haberme preservado del sambenito y de la coroza.

Acabada la ceremonia, me restituía al mesón temblando por el terrible espectáculo que acababa de ver; pero las tristes ideas de que tenía lleno el ánimo se disiparon insensiblemente, y sólo pensé en desempeñar con acierto la comisión que me había encargado mi amo. Esperé con impaciencia la hora de la comedia para ir a ella, pareciéndome que éste era el primer paso que debía dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto a un caballero del hábito de Alcántara, con quien entablé luego conversación, y le dije si daba licencia a un forastero para hacerle una pregunta. «Caballero—me respondió muy atentamente—, usted me honrará en ello.» «He oído ponderar—proseguí—a los cómicos de Toledo. ¿Me habrán engañado?» «No—me respondió el caballero—; la compañía no es mala, y, a la verdad, hay en ella dos papeles excelentes. Entre otros, oirá usted a la bella Lucrecia, actriz de catorce años, que le pasmará. No será menester que yo se la muestre a usted cuando se deje ver en la escena, porque la distinguirá fácilmente.» Volvíle a preguntar si representaría aquella tarde; me respondió que sí, y aun que tenía un papel de mucho lucimiento en la pieza que se iba a representar.

Principió la comedia, y aparecieron en la escena dos actrices que nada habían omitido de cuanto pudiera contribuir a hacerlas encantadoras; pero a pesar del brillo de sus diamantes, ni una ni otra me parecieron ser la que yo esperaba. En fin, dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y su aproximación a la escena fué anunciada con un palmoteo general. «¡Ah, ésta es!—dije para mí—. ¡Qué aire tan noble! ¡Qué talle! ¡Qué hermosos ojos! ¡Qué salada criatura!» Con efecto; me llenó completamente, o por mejor decir, su persona me dejó absorto. Desde los primeros versos que recitó conocí que tenía naturalidad, fuego, maestría superior a su edad, y reuní voluntariamente mis aplausos a los universales que le tributó el concurso en todo el tiempo que duró la representación. «Y bien—me dijo entonces el caballero—; ya ve usted la justicia que hace el público a Lucrecia.» «No me admiro», le respondí. «Pues menos se admiraría usted—me replicó—si la oyera cantar; es verdaderamente una sirena. ¡Pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven tapándose los oídos para no quedar encantados! No es menos temible cuando baila. Sus pasos son tan peligrosos como su voz: hechizan los ojos y cautivan el corazón.» «Según eso—exclamé yo entonces—, será preciso confesar que esta niña es un portento. ¿Y quién es el mortal venturoso que tiene la dicha de arruinarse por una criatura tan preciosa?» «No tiene ningún amante, que se sepa—me dijo—, y aun la murmuración no le atribuye ninguna amistad secreta. No obstante—añadió—, acaso pudiera tenerla, porque Lucrecia está bajo la vigilancia de su tía Estela, que sin disputa es la más astuta de todas las cómicas.»

Al oír el nombre de Estela pregunté con precipitación al tal caballero si aquella Estela era actriz de la compañía de Toledo. «Y de las mejores—me

replicó—. Hoy no ha representado, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo común hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. ¡Qué expresión da a sus papeles! Tal vez les añade algo de su invención; pero éste es un hermoso defecto que le hace gracia.» Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo de su persona, no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada y de quien he hablado tanto en mi historia.

Para cerciorarme, me fuí derecho al vestuario concluída la comedia. Pregunté por la señora Estela, y, volviendo los ojos a todas partes, la vi sentada al brasero en conversación con algunos señores, que quizá no la obsequiaban sino porque era tía de Lucrecia. Llegué a saludar a Laura, y fuese por capricho o por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, fingió no conocerme, y recibió mi saludo con tanta sequedad que me dejó un poco parado. En lugar de reconvenirle con risa su frío recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me retiré incomodado, resuelto en aquel primer impulso de cólera a volverme a Madrid el día siguiente. «Para vengarme de Laura—decía yo—, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto no tengo mas que hacer al ministro el retrato que se me antoje de Lucrecia, y me bastará decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años. Estoy seguro que desde luego se le pasará a su excelencia la gana de hacerla ir a la Corte.»

Esta era la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me había hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo a marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y me dijo: «Aquí traigo un billete que tengo que entregar al señor de Santillana» «Yo

soy, hijo mío», le dije, tomándole la carta, que abrí, y que contenía estas palabras: *Olvida el modo con que te recibí en el teatro, y ven con el portador adonde él te guíe.* Seguí luego al lacayuelo, que me llevó a una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré a Laura en su tocador.

Se levantó para abrazarme, diciendo: «Señor Gil Blas, conozco que usted tuvo motivo para salir ayer poco contento del recibimiento que le hice cuando fué a saludarme en el vestuario; un antiguo amigo tenía derecho para esperar de mí una acogida más afable. No tengo otra disculpa sino que me hallaba a la sazón de malísimo humor, por haber oído ciertos dichos malignos que algunos de los señores cómicos tenían sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa más que la mía. La precipitada y desabrida retirada de usted me hizo volver al momento de mi distracción, y en el mismo punto di orden a mi lacayo para que siguiese a usted y averiguase su posada, con ánimo de reparar hoy mi falta.» «Ya queda—le dije—enteramente reparada, mi querida Laura; no hablemos más de eso. Ahora enterémonos mutuamente de lo que nos ha sucedido desde el malaventurado día en que el temor de un justo castigo me obligó a salir tan aceleradamente de Granada. Te dejé, si te acuerdas, metida en un gran embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que necesitaste de toda tu maestría para apaciguar a tu amante portugués?» «¡Nada de eso!—respondió Laura—. ¿Pues no sabes que en semejantes lances los hombres son tan débiles que ellos mismos ahorran a veces a las mujeres hasta el trabajo de justificarse?

»Sostuve—continuó ella—al marqués de Marialba que eras hermano mío. Perdone usted, señor de Santillana, que le hable con la familiaridad

que en otro tiempo, porque no puedo desprenderme de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y entereza. «¿No conoce usted—le dije al señor portugués—que todo eso es obra de los celos y de la indignación? Narcisa, mi compañera y rival, colérica de ver que yo poseo pacíficamente un corazón que ella ha perdido, forjó todo esto embuste. Cohechó al sotadespabilador del teatro, quien para apoyar su resentimiento tuvo el descaro de decir que me había visto en Madrid sirviendo a Arsenia. Nada hay más falso. ¡La viuda de don Antonio Coello ha tenido siempre pensamientos demasiado nobles para quererse someter a ser criada de una cómica! Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de esta imputación y de la conspiración de mis acusadores es la precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaría sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa ciertamente habrá empleado algún nuevo artificio para hacerle desaparecer.»

»Aunque estas razones—prosiguió Laura—no bastasen para hacer mi completa apología, el marqués tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto, que el cándido señor prosiguió amándome hasta el día en que dejó a Granada para volverse a Portugal. En verdad, su partida fué muy inmediata a la tuya, y la mujer de Zapata tuvo el consuelo de verme perder el amante que yo le había quitado. Permanecí todavía después algunos años en Granada; pero habiéndose introducido en la compañía disensiones (como frecuentemente sucede entre nosotros), todos los cómicos se separaron: unos marcharon a Sevilla, otros a Córdoba, y yo me vine a Toledo, donde estoy hace diez años con mi sobrina Lucrecia, a quien ayer oíste representar, puesto que estuviste en la comedia.»

No pude dejar de reírme al llegar aquí. Laura me preguntó de qué me

reía. «Pues qué, ¿no lo adivinas?—le respondí—. Tú no tienes hermano ni hermana; por consiguiente, no puedes ser tía de Lucrecia. Además de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos con la edad que representa Lucrecia, me parece que puede ser algo más estrecho el parentesco entre vosotras dos.

«Ya le entiendo a usted, señor Gil Blas—replicó algo sonrojada la viuda de don Antonio Coello—. Como usted tiene tan presentes los tiempos, no hay medio de engañarle. Ahora bien, amigo mío; Lucrecia es hija mía y del marqués de Marialba, y el fruto de nuestro trato, porque no quiero ocultarte más esta verdad.» «¡Vaya, reina mía—repliqué yo—, que es grande el esfuerzo que haces en revelarme este secreto, después que me confiaste tus aventuras con el administrador del hospital de Zamora! Como quiera que sea, yo te aseguro que Lucrecia es una niña de tanto mérito, que el público jamás podrá agradecerte como debe el regalo que le hiciste en ella. ¡Ojalá fueran como ésta todos los que le hacen tus compañeras y amigas!»

Quién sabe si algún lector ladino al llegar aquí se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marqués de Marialba, y se le antojará sospechar que podía yo tener algún derecho para disputar al marqués su paternidad de Lucrecia; le protesto por mi honor que sería injusta su sospecha.

Di en seguida a Laura cuenta de mis aventuras hasta el estado actual de mis asuntos. Oyóme con una atención que mostraba bien no serle indiferente lo que le decía. «Amigo Santillana—me dijo luego que acabé—, veo que representas un papel brillante en el teatro del mundo, y no alcanzo a manifestarte lo mucho que me complazco en ello. Cuando yo

lleve a Madrid a Lucrecia para colocarla en la compañía del Príncipe, me atrevo a lisonjearme de que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector.» «No lo dudes—le respondí—; cuenta conmigo, que haré admitir a tu hija en la compañía del Príncipe cuando quieras. Esto puedo prometértelo sin hacer alarde de mi poder.» «Desde luego te cogería tu palabra—replicó Laura—, y mañana mismo marcharía a Madrid si no estuviera escriturada en esta compañía.» «Esa escritura la anula una Real orden—le respondí—. Yo me encargo de ella, y la recibirás antes de ocho días. Tendré gran placer en robarles a los toledanos tu Lucrecia; una actriz tan linda ha nacido para los cortesanos, y nos pertenece de derecho.»

A este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Creí ver a la diosa Hebe: tanta era su gracia y su lindeza. Acababa de levantarse, y luciendo su hermosura natural sin los auxilios del arte, presentaba a mi vista un objeto encantador. «Ven, sobrina mía—le dijo su madre—; ven a agradecer a este señor la buena voluntad que nos tiene. Es uno de mis amigos antiguos, que tiene gran valimiento en la corte, y está empeñado en colocarnos a ambas en la compañía del Príncipe.» De esto mostró alegría la niña, que me hizo una profunda cortesía, y me dijo con una sonrisa embelesadora: «Doy a usted muy humildes gracias por su benévola intención. Pero al quererme separar de un público que me estima, ¿está usted seguro de que no desagradaré al de Madrid? Tal vez perderé en el cambio, porque muchas veces he oído decir a mi tía haber conocido actores muy aplaudidos en una ciudad y silbados en otra, lo cual me sobresalta. Tema usted exponerme al desprecio de la corte y exponerse asimismo a sufrir sus reconvenciones.» «Hermosa Lucrecia—le respondí—, eso es lo que ni uno ni otro debemos temer. Antes bien, lo único que temo es que usted encienda una guerra

civil entre los grandes, enamorándolos a todos.» «El sobresalto de mi sobrina—me dijo Laura—me parece mejor fundado que el de usted; pero, bien considerado, ambos los tengo por vanos. Si Lucrecia no puede llamar la atención pública por sus atractivos, en recompensa, no es tan mala actriz que deba ser despreciada.»

Siguió todavía algún tiempo la conversación, y pude advertir, por la parte que tomó Lucrecia en ella, que era una joven de extraordinario talento. En seguida me despedí de las dos, asegurándoles que inmediatamente recibirían orden de la Corte para ir a Madrid.

* * *

# Capítulo II

**Da Santillana cuenta de su comisión al ministro, quien le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia a Madrid; de la llegada de esta actriz, y de su primera representación en la corte.**

Cuando volví a Madrid hallé al conde-duque muy impaciente por saber el resultado de mi viaje. «Gil Blas—me dijo—, ¿has visto a nuestra comedianta? ¿Merece que se lo haga venir a la corte?» «Señor—le respondí—, la fama, que pondera comúnmente más de lo justo a las mujeres hermosas, se queda muy escasa respecto de la joven Lucrecia, que es una persona admirable, tanto por su hermosura como por sus habilidades.»

«¿Es posible?—exclamó el ministro con una satisfacción interior que leí en sus ojos, y que me hizo pensar que me había enviado a Toledo por su interés personal—. ¿Es posible que Lucrecia sea tan amable como me dices?» «Cuando vuestra excelencia la vea.—le respondí—, confesará que no se puede hacer su elogio sin disminuir sus hechizos.» «Santillana—replicó su excelencia—, hazme una puntual relación de tu viaje, porque tendré particular gusto en oírla.» Tomando entonces la palabra para satisfacer a mi amo, le conté hasta la historia de Laura

inclusive. Díjele que esta actriz había tenido a Lucrecia del marqués de Marialba, señor portugués que, habiéndose detenido en Granada viajando, se había enamorado de ella. Finalmente, después de haber hecho a su excelencia una menuda relación de lo que había pasado entre aquellas comediantas y yo, me dijo: «Me alegro infinito de que Lucrecia sea hija de un sujeto distinguido; eso me interesa todavía más en su favor, y es necesario traerla a la corte. Pero continúa—añadió—del modo que has comenzado, y no me tomes en boca, sino que en todo ha de sonar únicamente Gil Blas de Santillana.»

Fuí a verme con Carnero, a quien dije que su excelencia quería que él despachase una orden por la cual el rey admitía en su compañía cómica a Estela y a Lucrecia, actrices de la de Toledo. «Muy bien, señor de Santillana—respondió Carnero con una sonrisa maligna—; al momento será usted servido, porque, según todas las señas, usted se interesa por esas dos damas.» Al mismo tiempo extendió de propio puño y me entregó la orden, que sin pérdida de tiempo envié a Estela por el mismo lacayo que me había acompañado a Toledo. Ocho días después llegaron a Madrid madre e hija; fueron a hospedarse en una fonda inmediata al corral del Príncipe, y su primer cuidado fué enviármelo a decir por medio de un billete. Pasé al punto a la fonda, en donde, después de mil ofertas por mi parte y de agradecimientos por la suya, las dejé para que se dispusiesen a su primera salida a las tablas, deseándosela dichosa y brillante.

Se hicieron anunciar al público como dos actrices nuevas que la compañía del Príncipe acababa de admitir por orden de la Corte, y representaron por primera vez una comedia que solían representar en Toledo con aplauso.

¿En qué parte del mundo deja de gustar la novedad en punto a espectáculos? Hubo aquel día en el corral de comedias un concurso extraordinario de espectadores. No necesito decir que no falté a esta representación. Estuve algo agitado antes que la comedia principiase, porque, por más confianza que yo tuviera en la habilidad de la madre y de la hija, temía de su éxito; tanto me interesaba por ellas. Pero apenas abrieron la boca se desvaneció mi temor con los aplausos que recibieron. Todos celebraban a Estela como una actriz consumada en la parte graciosa, y a Lucrecia, como un prodigio para los papeles amorosos. Esta última arrebató los corazones: unos admiraron la hermosura de sus ojos, a otros encantó la suavidad de su voz, y sorprendidos todos de sus gracias y de su juventud florida, salieron hechizados de su persona.

El conde-duque, que se interesaba más de lo que yo creía en el estreno de esta actriz, asistió aquella tarde a la comedia, y le vi salir hacia el fin de la función muy prendado, a lo que me pareció, de nuestras dos cómicas. Con la curiosidad de saber si había quedado satisfecho de ellas, le seguí a su casa, y metiéndome en su gabinete, en donde acababa de entrar, «Y bien, señor excelentísimo—le dije—, ¿le ha gustado a vuestra excelencia la Marialbita?» «Mi excelencia—me respondió sonriéndose—sería descontentadiza si se negara a unir su voto con el del público. Sí, hijo mío; estoy encantado de tu Lucrecia, y no dudo que el rey la vea con placer.»

* * *

# Capítulo III

**Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte; representa delante del rey, que se enamora de ella, y resultas de estos amores.**

La primera salida al teatro de las dos actrices nuevas llamó luego la atención en la corte. Hablóse de ellas el día siguiente en el cuarto del rey. Algunos señores alabaron tanto a Lucrecia y la pintaron tan hermosa, que el retrato excitó la curiosidad del monarca, el cual no sólo disimuló la impresión que le había hecho, sino que calló y aparentó no atender aquella conversación.

Con todo, luego que se vió a solas con el conde-duque le preguntó quién era cierta actriz que tanto le habían ponderado. El ministro le respondió que era una joven cómica de Toledo, que había representado el día anterior por primera vez con mucha aceptación. «Esta actriz—añadió—se llama Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad a las mujeres de su profesión. Conocíala Santillana y me habló tan bien de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de vuestra majestad.» Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre, recordando quizá en aquel momento de que por mí había conocido a Catalina y presintiendo acaso que le había de prestar el mismo servicio en

esta ocasión. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro: «Conde, mañana quiero ver representar a esa Lucrecia; ten cuidado de hacérselo saber.»

Contóme el conde-duque esta conversación que había tenido con el rey y me mandó ir a casa de las dos comediantas para prevenirlas de la intención de su majestad. Partí volando, y habiendo encontrado a Laura la primera, «Vengo—le dije—a daros una gran noticia. Mañana tendréis entre vuestros espectadores al soberano de la Monarquía; así me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tú y tu hija emplearéis todos vuestros esfuerzos para corresponder al honor que el monarca quiere haceros. A este fin os aconsejo elijáis una comedia en que haya baile y música, para que Lucrecia pueda lucir todas sus habilidades.» «Seguiremos tu consejo—me respondió Laura—, y haremos lo posible para que su majestad quede contento.» «No podrá menos de quedarlo—repliqué yo viendo entonces a Lucrecia, que venía en traje casero, con el cual parecía cien veces más agraciada y linda que adornada con las más soberbias galas del teatro—. Quedará tanto más contento su majestad de tu amable sobrina cuanto que ninguna cosa le divierte más que el baile y oír cantar. ¿Y quién sabe si acaso no la mirará con buenos ojos tentándole los de Lucrecia?» «No quisiera—interrumpió Laura—que su majestad tuviese tal tentación, porque, a pesar de ser un monarca tan poderoso, pudiera hallar obstáculos en el cumplimiento de sus deseos. Aunque Lucrecia se ha criado entre bastidores y entre las licencias del teatro, tiene virtud, y bien que no le desagraden los aplausos en la escena, todavía aprecia más ser tenida por doncella honrada que por actriz sobresaliente.»

«Tía mía—dijo entonces la Marialbita tomando parte en la conversación—, ¿a qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré en el caso de desdeñar los suspiros del rey porque la delicadeza de su gusto le librará del sonrojo interior que padecería por haberse abatido hasta poner los ojos en mí.» «Pero, amable Lucrecia—le dije—, si aconteciera que el rey quisiese ofrecerte su corazón, ¿serías tan cruel que le dejases suspirar a tus pies como a otro cualquier amante?» «¿Y por qué no?—respondió prontamente—. Sin duda que lo haría así, pues, prescindiendo de la virtud, conozco que mi vanidad se lisonjearía más en resistir a su pasión que en rendirme a ella.» No me admiró poco oír hablar de esta manera a una discípula de Laura. Despedíme de las dos, alabando a la última por haber dado a la otra tan buena educación.

Impaciente el rey por ver a Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia intermediada de música cantante y baile, en la cual sobresalió en todas cosas nuestra joven actriz.

Desde el principio hasta el fin no aparté los ojos del monarca, a ver si podía descubrir por los suyos lo que pasaba en su interior; pero burló toda mi penetración con un aire de majestuosa gravedad que mostró constantemente hasta el fin, y así, hasta el día siguiente no supe lo que tenía tantas ganas de saber. «Santillana—me dijo el ministro—, vengo del cuarto del rey. Me ha hablado de Lucrecia con tan encarecidas expresiones, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le tenía dicho que tú eras quien la hiciste venir de Toledo, ha mostrado deseo de hablar privadamente contigo sobre este particular. Ve al momento a presentarte a la puerta de su cuarto, donde ya hay orden de que te dejen entrar. Corre y vuelve al instante a enterarme de esa conversación.»

Marché al punto al cuarto del rey, a quien encontré solo. Paseábase a paso largo esperándome y parecía estar pensativo. Hízome muchas preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia me obligó a contarle, y cuando la acabé me preguntó si aquella joven había tenido alguna distracción. Habiéndole asegurado resueltamente que no, sin embargo de conocer lo arriesgadas que suelen ser semejantes aserciones, el monarca dió muestras de gran placer. «Siendo eso así—repuso—, te elijo por agente mío para con Lucrecia y quiero que sepa por tu conducto qué corazón ha conquistado. Ve a decírselo de mi parte—añadió, entregándome un cofrecito lleno de joyas de valor de más de cincuenta mil ducados—y dile que le ruego acepte este presente como prenda de otras pruebas más sólidas de mi afecto.»

Antes de desempeñar esta comisión pasé a ver al conde-duque, a quien di cuenta fiel de lo que el rey me había dicho. Pensaba yo que aquel ministro, en lugar de celebrar la noticia la sentiría, porque, como ya dije, sospechaba yo que tenía sus designios amorosos hacia Lucrecia y que sabría con sentimiento que su señor era su rival. Pero me engañaba, porque, lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto de oírla que, no pudiendo disimular su gozo, dejó escapar algunas expresiones que yo recogí. «¡Ah rey mío!—exclamó—. ¡Ahora sí que te tengo seguro! ¡Desde este punto van a intimidarte los negocios!» Este apóstrofe me hizo ver con claridad todo el manejo del conde-duque y conocí que este señor, temiendo que el monarca quisiera ocuparse en asuntos serios, procuraba distraerle con las diversiones más análogas a su carácter. «Santillana—me dijo luego—, no pierdas tiempo. Ve cuanto antes, amigo mío, a obedecer la importante orden que se te ha dado y de que muchos cortesanos se gloriarían se les hubiese confiado. Piensa—continuó—que no tienes aquí al conde de

Lemos que te quite la mejor parte del honor del servicio hecho; tuyo será por entero, y además todo el fruto.»

De este modo me doró su excelencia la píldora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin percibir su amargura, porque después de mi prisión me había acostumbrado a mirar las cosas desde un punto de vista religioso, y el empleo de Mercurio en jefe no me parecía tan honorífico como me decían. No obstante, aunque no era tan vicioso que pudiera ejercitarlo sin remordimiento, tampoco era tanta mi virtud que tuviese valor para rehusarlo. Obedecí, pues, al rey con tanto mayor gusto cuanto que veía al mismo tiempo que mi obediencia agradaría al ministro, a quien anhelaba complacer.

Parecióme conveniente avistarme primero con Laura y hablarle del particular a solas. Expúsele mi comisión en los términos más moderados, concluyendo mi arenga con ponerle en la mano el cofrecillo. A vista de las joyas, no pudiendo ocultar su alegría, la manifestó abiertamente. «Señor Gil Blas—exclamó—, a presencia del mejor y más antiguo de mis amigos no debo reprimirme. Haría mal en ostentar contigo una fingida severidad de costumbres y andar en retrecherías. Sí, por cierto—prosiguió ella—, confieso que me faltan voces para explicar el regocijo que me ha causado una conquista tan preciosa, cuyas ventajas conozco. Pero, hablando entre los dos, temo que Lucrecia las mire con otros ojos, porque, aunque criada en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha desechado las ofertas de dos señores amables y opulentos. Dirásme quizá—prosiguió ella—que dos señores no son dos reyes; convengo en ello, y también en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso, no puedo menos de decirte que el éxito es muy dudoso, y te aseguro

que yo no haré violencia a mi hija. Si ésta, lejos de considerarse favorecida con el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha de su recato, espero que este gran monarca no se dé por ofendido de su repulsa. Vuelve mañana—añadió—, y te diré si has de llevar una respuesta favorable o sus joyas.»

A pesar de esto, yo no dudaba que Laura exhortaría más bien a Lucrecia a desviarse de su deber que a mantenerse en él, y contaba positivamente con esta exhortación. Sin embargo, supe con sorpresa al día siguiente que Laura había tenido tanta dificultad en encaminar su hija hacia el mal como otras madres la tienen en conducir las suyas hacia el bien, y lo que más hay que admirar todavía es que Lucrecia, después de haber tenido algunas conversaciones secretas con el monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente renunció al mundo y se encerró en un convento de la villa de Madrid, donde luego enfermó y murió a impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura, por su parte, inconsolable de la pérdida de su hija, de cuya muerte se consideraba autora, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus floridos años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como por su genio naturalmente inclinado a divertirse hacían poca mansión en él las pesadumbres, se fué consolando poco a poco. El conde-duque aparentó la mayor indiferencia e insensibilidad en este suceso, bien que no dejó de desazonarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.

* * *

# Capítulo IV

**Nuevo empleo que confirió el ministro a Santillana.**

Me fué tan sensible la desgracia de Lucrecia y experimenté tantos remordimientos de haber contribuído a ella, que, considerándome como un infame, a pesar de la elevación del amante a quien había servido, resolví abandonar para siempre el caduceo, y manifestando al ministro la repugnancia que me causaba el llevarle, le supliqué me emplease en cualquier otra cosa. «Santillana—me dijo—, me agrada sobremanera tu delicadeza, y pues eres un mozo tan honrado, quiero darte una ocupación más conforme a tu prudencia; óyela y escucha con atención la confianza que voy a hacerte. Algunos años antes de mi privanza—continuó—vi por casualidad a una dama que me pareció tan airosa y tan linda que hice la siguiesen. Supe que era una genovesa llamada doña Margarita Espínola, que vivía en Madrid a expensas de su hermosura. Me dijeron también que don Francisco de Valcárcel, alcalde de corte, sujeto anciano, rico y casado, gastaba mucho con ella. Esta circunstancia, que al parecer debiera haberme inspirado desprecio hacia ella, encendió en mí el deseo más vehemente de entrar a la parte en sus favores con Valcárcel. Para satisfacer este capricho me valí de una medianera de amor, cuya habilidad me facilitó en breve

tiempo una conversación secreta con la genovesa, a la que siguieron otras muchas, de manera que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien admitidos, gracias a nuestras dádivas, y quizá tendría algún otro galán tan favorecido como nosotros dos. Como quiera que sea, Margarita, en aquella confusión de cortejantes, llegó insensiblemente a ser madre y dió a luz un niño, con cuya paternidad quiso honrar a cada uno de sus amantes en particular; pero como ninguno podía preciarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciaron; de suerte que la genovesa se vió precisada a criarle en su casa con el producto de sus galanteos, lo que duró diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando a su hijo sin bienes y (lo peor de todo) sin educación. Tal es—continuó su excelencia—la confianza que tenía que hacerte; ahora voy a enterarte del gran proyecto que tengo formado. Quiero sacar de su infeliz suerte a este joven sin ventura, y, haciéndole pasar de un extremo a otro, elevarle a los honores y reconocerle por hijo mío.»

Al oír un proyecto tan extravagante, no me fué posible callar. «¡Cómo, señor!—exclamé—. ¿Es posible que haya cabido en vuestra excelencia una resolución tan extraña? (Perdóneme vuestra excelencia esta expresión, hija de mi celo.)» «Tú la hallarás justa—replicó con precipitación—cuando te haya dicho las razones que me han determinado a tomarla. No quiero sean herederos míos mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener sucesión con la condesa de Olivares; pero cada uno se conoce a sí mismo. Bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la química para volver a ser padre. Así, pues, ya que la fortuna, supliendo lo que falta a la Naturaleza, me presenta un muchacho del cual no es del todo imposible sea yo el

verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. Así lo he resuelto.»

Viendo yo encaprichado al ministro en semejante adopción, dejé de oponerme a su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto antes que desistir de su parecer. «Ahora sólo se trata—prosiguió él—de dar una educación correspondiente a don Enrique Felipe de Guzmán, porque bajo este nombre quiero que sea conocido hasta que se halle en estado de poseer las dignidades que le esperan. En ti, mi querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes. Descuido enteramente en tu capacidad y en tu adhesión hacia mí sobre el cuidado de establecer su casa, de proporcionarle toda clase de maestros y, en una palabra, de hacerle un caballero completo.» Quise negarme a admitir semejante empleo, representando al conde-duque que no podía en conciencia encargarme de un ministerio que jamás había ejercido y que pedía más ilustración y mérito del que yo tenía; pero luego me interrumpió y me tapó la boca diciéndome con entereza que absolutamente quería fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, a quien destinaba para ocupar los primeros puestos de la Monarquía. Me resigné, pues, a desempeñar este destino por complacer a su excelencia, quien, en premio de mi condescendencia, aumentó mi escasa renta con una pensión de mil escudos, que hizo se me concediese, o más bien me dió él, sobre una encomienda de la Orden de Montesa.

* * *

# Capítulo V

**Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de don Enrique Felipe de Guzmán; establece Santillana la casa de este señor y le proporciona toda clase de maestros.**

Con efecto, tardó poco el conde-duque en reconocer por hijo suyo al de doña Margarita Espínola. Hízose esta adopción por medio de escritura pública y solemne, con noticia y aprobación del rey. A don Enrique Felipe de Guzmán (éste fué el nombre que se dió a aquel hijo de muchos padres) se le declaró por único heredero del condado de Olivares y del ducado de Sanlúcar. El ministro, para que nadie lo ignorase, dió parte de ello por medio de Carnero a los embajadores y a los grandes de España, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reír por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasión de desahogar su mordacidad.

Pregunté al conde-duque dónde estaba el personaje que su excelencia quería fiar a mi cuidado. «En Madrid está—me respondió—a cargo de una tía, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia.» Esto se hizo en poco tiempo: alquilé una habitación, que hice adornar magníficamente; busqué pajes, un portero, criados menores, y con

el auxilio de Caporis en breve proveí los empleos principales de la casa. Recibida toda esta gente, di parte a su excelencia, quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Guzmanes. Presentóse a mis ojos un mozo de buen aspecto. «Don Enrique—le dijo su excelencia señalándome a mí con el dedo—, este caballero que aquí ves es el sujeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guíe en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza y le he dado poder y autoridad absoluta sobre ti. Sí, Santillana—añadió dirigiéndose a mí—, a tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él.» A estas palabras añadió el ministro otras para exhortar al joven a someterse a mi voluntad, después de lo cual llevé a don Enrique conmigo a su casa.

Luego que estuvimos en ella hice venir ante él a todos los criados, explicando a cada uno el oficio que tenía. El manifestó no causarle novedad la mutación de estado, antes bien admitía con tanta naturalidad todas las demostraciones de atención y de respeto que se le tributaban como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabía leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de Geografía, de Historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaría de un maestro de baile, pero había a la sazón tantos y tan famosos en Madrid que solamente me hallé perplejo en la elección, no sabiendo a quién dar la preferencia.

Hallábame así indeciso, cuando vi entrar en el portal de casa un sujeto ricamente vestido, quien me dijeron quería hablarme. Salí a recibirle, creyendo que era cuando menos un caballero de Santiago o de Alcántara, y

después de hacerme mil cortesías que acreditaban su profesión, «Señor de Santillana—me dijo—, como he sabido que es vuestra señoría quien elige los maestros del señor don Enrique, vengo a ofrecerle mis servicios. Yo, señor—añadió—, me llamo Martín Ligero, y gracias a Dios tengo bastante reputación. No acostumbro andar a caza de discípulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes. Comúnmente espero a que me busquen; pero enseñando, como enseño, al señor duque de Medinasidonia, al señor don Luis de Haro y a algunos otros caballeros de la Casa de Guzmán, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció ser de mi obligación anticiparme.» «Por lo que usted me dice—repuse yo—, veo ser el sujeto que nos hacía falta. ¿Cuánto lleva usted al mes?» «Cuatro doblones de oro—me respondió—, que es el precio corriente, y no doy más de dos lecciones por semana.» «¡Cuatro doblones!—le repliqué—. Eso es demasiado.» «¿Cómo demasiado?—repuso con aire de admiración—. ¡Y tal vez vuestra señoría no reparará en dar un doblón por mes a un maestro de Filosofía!»

No me fué posible contener la risa a vista de una contestación tan ridícula, y pregunté al señor Ligero si en conciencia creía que un hombre de su profesión era preferible a un maestro de Filosofía. «¡Y como que lo creo!—me respondió—. Nosotros somos cien veces más útiles a la sociedad que esos señores míos. Y si no, dígame vuestra señoría: ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? Estatuas de mármol, osos mal domesticados; pero nuestras lecciones los desbastan poco a poco y les hacen tomar insensiblemente formas regulares; en una palabra, nosotros les enseñamos actitudes de nobleza y gravedad.»

Rendíme a las razones de aquel maestro de baile y le recibí para que

enseñase a don Enrique por los cuatro doblones al mes, que era el precio corriente entre los grandes maestros de aquel arte.

* * *

# Capítulo VI

**Vuelve Escipión de Nueva España; acomódale Gil Blas en casa de don Enrique; estudios de este señorito; honores que se le confieren y con qué señora le casa el conde-duque; cómo a Gil Blas se le hizo noble, con repugnancia suya.**

Aun no había recibido la mitad de la familia de don Enrique, cuando Escipión volvió de Méjico. Preguntéle si estaba contento de su expedición. «Debo estarlo—me respondió—, pues que con los tres mil ducados que tenía en dinero contante he traído dos veces más en géneros de buen despacho en este país.» «Hijo mío—le dije—, yo te doy mil enhorabuenas, y pues has comenzado a hacer fortuna, en tu mano está acabarla, haciendo el año que viene otro viaje a las Indias, o si te acomoda más un puesto honrado en Madrid, por no exponerte a los trabajos y peligros de tan larga navegación, no tienes más que hablar, que yo podré dártelo.» «¡Pardiez—me respondió el hijo de la Coscolina—, que en eso no hay que dudar! ¡Más quiero ocupar un buen destino al lado de usted que exponerme de nuevo a los peligros de una larga navegación! Explíquese usted, mi amo. ¿Qué ocupación piensa dar a su criado?»

Para enterarle más bien de todo, le conté la historia del señorito que el

conde-duque acababa de introducir en la Casa de Guzmán. Después de haberle informado de este curioso pormenor y héchole saber que este ministro me había nombrado ayo de don Enrique, le dije que quería hacerle ayuda de cámara de este hijo adoptivo. Escipión, que no deseaba otra cosa, aceptó con gusto este acomodo, y le desempeñó tan bien, que en menos de tres o cuatro días se atrajo la confianza y el afecto de su nuevo amo.

Se me había figurado que los pedagogos que había elegido para enseñar al hijo de la genovesa perderían su tiempo, pareciéndome que en su edad sería indisciplinable; sin embargo, engañó mis recelos. Comprendía y retenía fácilmente cuanto le enseñaban, de lo que estaban muy contentos sus maestros. Pasé inmediatamente a dar esta noticia al conde-duque, que la recibió con extraordinario gozo. «Santillana—me dijo enajenado—, no sabes la alegría que me causas con asegurarme que don Enrique tiene feliz memoria y penetración. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y acaba de persuadirme que es hijo mío. No le amaría más si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la Naturaleza se va explicando.» Guardéme bien de decir a su excelencia lo que pensaba sobre el particular, y, respetando su flaqueza, le dejé gozar del placer, falso o verdadero, de creerse padre de don Enrique.

Aunque todos los Guzmanes aborrecían de muerte al tal señorito de nuevo cuño, disimulaban por política, y aun algunos de ellos fingían solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes que había en Madrid, tratándole con el mismo respeto y atención que si fuera hijo legítimo del conde-duque. Lisonjeado extremadamente este ministro con el incienso que se ofrecía a su ídolo, se dió prisa a colmarle de dignidades.

La primera gracia que pidió al rey para don Enrique fué la cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco después la llave de gentilhombre; y deseando entroncarle con una de las familias más esclarecidas de España, puso los ojos en doña Juana de Velasco, hija del duque de Castilla, y fué tanto su poder, que lo logró a pesar del mismo duque, padre de la novia, y de sus parientes.

Algunos días antes de hacerse la boda me envió a llamar su excelencia, y luego que me vió me puso en la mano un pergamino, diciéndome: «Aquí tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para ti; ya eres noble.» «Señor—le respondí, sorprendido de lo que acababa de oír—, vuestra excelencia sabe que yo soy hijo de una dueña y de un escudero. Paréceme que agregarme a la Nobleza sería en cierta manera profanarla, y entre todas las gracias que el rey me puede hacer, ninguna merezco ni deseo menos.» «Tu humilde nacimiento—replicó el ministro—es un obstáculo muy fácil de allanar. Te has ocupado en los negocios del Estado bajo el ministerio del duque de Lerma y del mío. Además—añadió sonriéndose—, ¿no has hecho al monarca servicios que merecen ser premiados? En una palabra, Santillana, eres acreedor a la honra que quiero hacerte. Fuera de eso, el empleo que ejerces cerca de mi hijo exige que seas noble, y por eso he solicitado tu ejecutoria.» «Ríndome, señor—le repliqué—, puesto que así lo quiere vuestra excelencia.» Y diciendo esto salí con mi ejecutoria, metiéndomela en el bolsillo.

«¡Conque ahora soy caballero!—me dije a mí mismo cuando estuve en la calle—. ¡Héteme que ya soy noble sin tener que agradecerlo a mis parientes! Ya podré cuando me acomode hacer que me llamen *don Gil Blas*; y si a algún conocido mío se le antoja reírse de mí llamándome de este

modo, le haré ver mi ejecutoria. Pero leámosla—continué, sacándola del bolsillo—, y veamos de qué manera se borra en ella el villanismo.» Leí, pues, el real título, que decía en substancia que el rey, en reconocimiento del celo que en más de una ocasión había mostrado yo por su servicio y por el bien del Estado, había tenido a bien recompensarme con la merced de noble, etc. Y me atrevo a decir, en alabanza mía, que no me inspiró el menor orgullo; antes bien, no perdiendo jamás de vista la humildad de mi nacimiento, este honor, en vez de engreirme, me humillaba. Por lo mismo me propuse encerrar la ejecutoria en un cajón, en lugar de hacer ostentación de poseerla.

* * *

# Capitulo VII

**Gil Blas vuelve a encontrar casualmente a Fabricio; última conversación que ambos tuvieron, y consejo importante que Núñez dió a Santillana.**

El poeta asturiano, como se habrá notado, se olvidaba fácilmente de mí. Por mi parte, mis ocupaciones no me permitían ir a visitarle, y así, no había vuelto a verle desde el lance de la famosa disertación sobre la *Ifigenia* de Eurípides, cuando quiso la casualidad que un día le encontrase en la Puerta del Sol, que salía de una imprenta. Me acerqué a él diciéndole: «¡Hola! ¡Hola, señor Núñez! ¡Usted viene de casa de un impresor! ¡Eso me huele a que quieres regalar al público con alguna nueva composición tuya!»

«Sin duda debe esperarla—me respondió—. Actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos.» «No dudo de su mérito—le repliqué—; pero me parece que la mayor parte de esos papeluchos son unas bagatelas que hacen poco honor a sus autores.» «Convengo en eso—me respondió—, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Con

todo, he caído en la tentación, y te confieso que es un hijo de la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga al lobo a salir de su madriguera.» «¿Cómo así?—repliqué yo admirado—. ¿Es posible que me llegue a decir esto el autor de *El conde de Saldaña*? ¿Un hombre que tiene dos mil escudos de renta ha de hablar de esta manera?» «¡Vamos poco a poco, amigo!—me interrumpió Núñez—. Ya no soy aquel poeta afortunado que gozaba de una renta bien pagada. Desordenáronse de repente los negocios del tesorero don Beltrán, disipó el dinero del rey, embargáronle todos los bienes y se llevó el diablo mi pensión.» «¡Malo es eso!—le dije—. Pero ¿no te ha quedado aún alguna esperanza por ese lado?» «¡Maldita!—me respondió—. El señor Gómez del Ribero está tan miserable como su poeta; cayó en el agua, sin que pueda jamás salir a la orilla.»

«Según eso, amigo mío—repuse yo—, te veo en términos de que me será preciso solicitar algún empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pensión.» «No quiero que te tomes ese trabajo—me dijo—; aunque me ofrecieras en las secretarías del ministro un empleo de tres mil ducados de sueldo, le rehusaría. Las ocupaciones de las oficinas no convienen a los que se han criado entre las musas. A éstos solamente les convienen distracciones literarias. En fin, ¿qué quieres que te diga? Yo nací para vivir y morir poeta, y quiero seguir mi suerte. Por lo demás—continuó—, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de que vivimos en una total independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comúnmente que comemos a lo Demócrito; pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, sin exceptuar a los compositores de almanaques, que no tenga una buena casa donde ir a comer. Yo tengo dos, donde soy bien recibido, y en ellas dos cubiertos

asegurados: uno, en la mesa de un director general de la real Hacienda, a quien dediqué una novela, y otro, en la de un caballero rico de Madrid, que tiene el flujo de querer que siempre le acompañen eruditos a la mesa. Por fortuna, no es muy delicado para elegir, y así, fácilmente halla cuantos quiere en la población.»

«En ese caso—dije al poeta asturiano—ya no te tengo lástima, puesto que estás contento con tu suerte. Como quiera que sea, te aseguro de nuevo que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, a pesar de tu descuido en cultivar su amistad; si necesitas mi bolsillo, acude francamente a mí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive de un auxilio que nunca te faltará, y a mí me niegue el gusto de serte útil.»

«En esas generosas expresiones—exclamó Núñez—te reconozco, Santillana, y te doy mil gracias por la gran disposición a favorecerme en que te veo. En prueba de mi gratitud a esa fineza, quiero darte un consejo saludable. Mientras que todavía dura el poder del conde-duque y te mantienes en su gracia, aprovecha el tiempo, date prisa a enriquecerte, porque ese ministro, a lo que me han asegurado, vacila en su asiento.» Preguntéle si aquello lo sabía de buen original, y me respondió: «Lo sé por un caballero de Calatrava, viejo, que tiene buen olfato, a quien todos escuchan como un oráculo, y le oí decir ayer: «El conde-duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran a derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, a lo que se dice, ha comenzado ya a dar oídos a las quejas que le llegan de él.» Agradecí a Núñez la prevención, pero hice poco caso de ella, y me volví a casa persuadido de que la privanza de mi amo era indesquiciable, a la manera de aquellas viejas encinas que, arraigadas profundamente en la

tierra, se burlan de los más violentos huracanes.

* * *

# Capítulo VIII

**Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio; hace el rey un viaje a Zaragoza**

Lo que el poeta asturiano me había dicho no carecía de fundamento. Se formaba dentro del palacio cierta conspiración para derribar al conde-duque, a cuyo frente se decía estaba la misma reina. Sin embargo, nada se traslucía en el público de las medidas que tomaban los confederados para hacer caer al ministro, y se pasó más de un año sin que yo notase que su privanza disminuyera.

Pero el levantamiento de Cataluña, sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes dieron motivo a la murmuración del pueblo y a sus quejas contra el Gobierno. Estas fueron causa de que se tuviera un Consejo a presencia del rey, al que quiso su majestad concurriese el marqués de la Grana, embajador de la Corte de Viena. Tratóse en él si sería más conveniente que el monarca se mantuviese en Castilla o que pasase a Aragón a dejarse ver de sus tropas. El conde-duque, que no tenía gana de que el rey saliera para el ejército, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que su majestad desamparase el centro de sus Estados, apoyando esta opinión con todas las

razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del Consejo, a excepción del marqués de la Grana, que, llevado de su celo por la Casa de Austria y con la franqueza genial de su nación, se opuso abiertamente al parecer del primer ministro y defendió lo contrario con razones tan poderosas que, convencido el rey de su solidez, abrazó esta opinión, aunque opuesta al sentir de todos los votos del Consejo, y señaló el día de su salida para el ejército.

Esta fué la primera vez de su vida que el monarca dejó de seguir el dictamen de su privado; novedad que le llenó de amargura, considerándola como una terrible afrenta. Al mismo tiempo que se retiraba a su gabinete a tascar en plena libertad el freno, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto, me contó, trémulo, agitado y como fuera de sí, lo que había pasado en el Consejo. En seguida, como si no pudiera volver de su sorpresa, «¡Sí, Santillana—continuó—; el rey, que hace más de veinte años que no habla sino por mi boca ni ve por otros ojos que por los míos, ha preferido el dictamen del marqués de la Grana al mío! Pero ¿de qué modo? ¡Colmando de elogios a este embajador, y alabando sobre todo su celo por la Casa de Austria, como si este alemán tuviera más que yo! Por aquí fácilmente se conoce—prosiguió el ministro—que hay un partido formado contra mí y que la reina está a su cabeza.» «¿Y eso le inquieta a vuestra excelencia?—le repliqué yo—. Doce años ha que la reina está acostumbrada a ver a vuestra excelencia dueño de los negocios, y otros tantos que vuestra excelencia acostumbró al rey a no consultar con su esposa ninguno de ellos. Respecto del marqués de la Grana, pudo muy bien el rey inclinarse a su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña.» «¡No das en ello!—interrumpió el

conde—. Di más bien que mis enemigos esperan que hallándose el rey entre sus tropas estará siempre rodeado de los grandes que le habrán de seguir, y entre ellos habrá más de uno, poco satisfecho de mí, que se atreverá a decir mil males de mi ministerio. ¡Pero se engañan miserablemente—añadió—, porque sabré disponer que durante el viaje se haga el rey inaccesible a todos los grandes!» Así lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el día que se señaló para la salida del rey, después de haber nombrado éste a la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir a Cuenca, donde le tenía dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella ciudad. De allí se transfirió a Molina de Aragón, donde la caza le embelesó por muchos días. Llegó al cabo a Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Ya se preparaba para ir allí; pero el conde-duque se lo disuadió, haciéndole creer que se ponía a peligro de caer en manos de los franceses, que ocupaban las llanuras de Monzón; de suerte que el rey, atemorizado de un peligro que no podía temer, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prisión. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, y bajo pretexto de velar en su seguridad, era, por decirlo así, como un centinela de vista; de manera que los grandes, después de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado, finalmente, el monarca o de estar mal alojado en Zaragoza, o de perder el tiempo en ella, o acaso de verse allí prisionero, se restituyó cuanto antes a Madrid, y

concluyó así la campaña, dejando al marqués de los Vélez, general del ejército, el cuidado de sostener el honor de las armas españolas.

* * *

# Capítulo IX

**De la rebelión de Portugal, y caída del conde-duque.**

Pocos días después del regreso del rey se esparció por Madrid una mala nueva. Súpose que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasión muy oportuna ésta para sacudir el yugo de la dominación de España, habían tomado las armas y aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, resueltos absolutamente a mantenerle en el trono, sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura más favorable para librarse de una dominación que aborrecían.

Lo más singular fué que cuando la corte y todos sus habitantes se hallaban en la mayor consternación por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey a expensas del duque de Braganza; pero su majestad, lejos de prestarse a sus insípidos gracejos, tomó un semblante serio, que enteramente le inmutó, haciéndole prever su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caída cuando supo poco después que se había manifestado sin reserva contra él, diciendo públicamente que su mala administración había dado lugar a la rebelión de Portugal. Luego que

la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habían seguido al rey en el viaje a Zaragoza, advirtieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se unieron a la reina. Pero lo que dió el último golpe decisivo fué que la duquesa viuda de Mantua, gobernadora que había sido de Portugal, regresó de Lisboa a Madrid e hizo ver al rey que de la rebelión de los portugueses sólo tenía la culpa la conducta de su primer ministro.

Hicieron tanta impresión en el ánimo del monarca las palabras de aquella princesa, que desde el mismo punto cesó el encaprichamiento hacia su privado y se desprendió todo el afecto que le había tenido. No bien llegó a noticia del ministro que el rey daba oídos a las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiéndole licencia para dejar su empleo y retirarse de la corte, puesto que se le hacía la injusticia de imputarle todas las desgracias que durante su ministerio habían sucedido a la Monarquía. Parecíale que esta súplica haría grande efecto en el corazón del rey, suponiendo que aun se conservaría en él inclinación suficiente para no consentir jamás en semejante retiro; pero la única respuesta de su majestad fué que le concedía el permiso que solicitaba, y que así, podía irse adonde mejor le pareciera.

Estas pocas palabras, escritas de propio puño del rey, fueron como un rayo para su excelencia, que no lo esperaba de ninguna manera. Sin embargo, por más atónito que estuviese, aparentó un aire de entereza y me preguntó qué haría yo en su lugar. Respondíle que fácilmente tomaría mi determinación, abandonando para siempre la corte y retirándome a alguno de mis estados a pasar tranquilamente el resto de mis días. «Piensas juiciosamente—repuso mi amo—, y estoy resuelto a ir a terminar mi

carrera en Loeches, después que haya hablado una sola vez con el monarca para representarle que he practicado cuanto era posible en lo humano para sostener la pesada carga que tenía sobre mis hombros, sin haber tenido más culpa en los siniestros acontecimientos de que me acusan que la que tiene un diestro piloto que, a pesar de cuanto puede hacer, mira su bajel arrebatado por los vientos y por las olas.» Lisonjeábase el ministro de que aun podía aquietarse el rey y volver las cosas al estado en que se habían hallado, pero no pudo conseguir su audiencia; antes bien, se le envió a pedir la llave de que se servía para entrar en el cuarto de su majestad siempre que quería.

Conoció entonces que ya no le quedaba esperanza y se resolvió buenamente a retirarse. Examinó sus papeles y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habían de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el día siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas, y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo tomó sin riesgo el camino de Loeches, pueblo corto de que era señor, donde la condesa su mujer había fundado un convento de religiosas dominicas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco después llegó el resto de la familia.

* * *

# Capítulo X

**Cuidados que por el pronto inquietaron al conde conde-duque; síguese a ellos un dichoso sosiego; método de vida que entabló en su retiro.**

La condesa de Olivares dejó ir a su marido a Loeches y permaneció algunos días más en la corte con el objeto de tentar si por medio de súplicas y lágrimas podría hacer que volvieran a llamarle. Pero a pesar de haberse echado a los pies de sus majestades, el rey no hizo aprecio de sus exposiciones, aunque preparadas con arte, y la reina, que la aborrecía de muerte, se complacía en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro desgraciado. Abatióse hasta el punto de implorar la protección de las damas de la reina, pero el fruto que recogió de sus bajezas fué conocer que excitaban el desprecio más bien que la compasión. Desconsolada de haber dado tantos pasos degradantes, se fué a reunir con su esposo, para lamentarse con él de la pérdida de un empleo que, bajo un reinado como el de aquel monarca, puede decirse que era el primero de la monarquía.

La relación que hizo la condesa del estado en que había dejado las cosas de Madrid aumentó extraordinariamente la aflicción del conde-duque. «Vuestros enemigos—le dijo llorando—, el duque de Medinaceli y los otros grandes que os aborrecen, no cesan de alabar al rey por la resolución

de haberos separado del ministerio, y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, como si el fin de todas las que experimenta el Estado dependiese del de vuestra administración.» «Señora—le respondió mi amo—, imitad mi ejemplo: llevad con resignación vuestros pesares, porque es preciso ceder a la borrasca que no se puede disipar. Creía yo, es verdad, que podría perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusión ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo común de que su suerte depende de la voluntad del soberano. El duque de Lerma, ¿no se engañó igualmente que yo, aunque estaba persuadido de que la púrpura con que se hallaba revestido era un seguro garante de la perpetua duración de su autoridad?»

De este modo exhortaba el conde-duque a su esposa a armarse de paciencia, mientras él mismo se hallaba en una agitación que se renovaba diariamente con las cartas que recibía de don Enrique, el cual, habiendo permanecido en la corte para observar cuanto allí pasaba, cuidaba de informarle de todo puntualmente. El portador de estas cartas era Escipión, que se había quedado en casa del hijo adoptivo de su excelencia, de la cual había salido yo inmediatamente después de su matrimonio con doña Juana.

Las cartas venían siempre llenas de noticias poco gustosas, y lo peor era que en las circunstancias no se podían esperar otras. Decía en unas que, no contentos los grandes con celebrar públicamente la caída del conde-duque, hacían cuanto podían para que todas sus hechuras fuesen removidas de los empleos que ocupaban y reemplazadas por sus enemigos. Avisaba en otras que iba adquiriendo favor don Luis de Haro, quien, según todas las señales, sería nombrado primer ministro. Pero entre todas las noticias que

desazonaban a mi amo, la que más le llegó al alma fué la mutación que se hizo en el virreinato de Nápoles, que la Corte, únicamente por desairarle, quitó al duque de Medina de las Torres, a quien él apreciaba, para dárselo al almirante de Castilla, a quien siempre había aborrecido.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos y desasosiego para el conde-duque; pero su confesor, que era un religioso dominico tan ejemplar como elocuente, halló modo de consolarle. A fuerza de representarle con energía que ya no debía pensar mas que en su salvación, logró, con el auxilio de la divina gracia, la dicha de desprender su ánimo de la corte. Su excelencia no quiso ya saber nada de Madrid ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, desengañada también, y aprovechándose de la oportunidad que la ofrecía aquel retiro, halló en el convento de religiosas que había fundado todo el consuelo que podía desear, preparado por la divina Providencia. Hubo entre aquellas religiosas algunas de singular virtud, cuyos tiernos coloquios convirtieron insensiblemente en dulcedumbre los sinsabores de su vida.

Al paso que mi amo apartaba de su pensamiento los negocios del mundo se quedaba más tranquilo. Entabló un nuevo método de vida y una distribución de horas de la manera siguiente: pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas oyendo misas; iba en seguida a comer, y después se divertía por espacio de dos horas a varios juegos conmigo y otros criados de su mayor confianza; luego se retiraba por lo regular a su despacho, donde se estaba hasta puesto el sol. Entonces salía a dar un paseo por el jardín o tomaba el coche y daba una vuelta por las cercanías del lugar, acompañado siempre de su confesor o de mí.

Un día que íbamos solos y que yo admiraba la serenidad que brillaba

en su semblante, me tomé la licencia de decirle: «Señor, permítame vuestra excelencia que le manifieste mi regocijo; al ver el aire de satisfacción que vuestra excelencia muestra, juzgo que principia a familiarizarse con la soledad.» «Ya estoy del todo familiarizado—me respondió—, y aunque hace mucho tiempo que estoy habituado a ocuparme en los negocios, te protesto, hijo mío, que cada día cobro más afición a la vida gustosa y pacífica que aquí disfruto.»

* * *

# Capítulo XI

**El conde-duque se pone repentinamente triste y pensativo; motivo extraordinario de su tristeza y resultado fatal que tuvo.**

Su excelencia, para variar sus ocupaciones, se entretenía también algunas veces en cultivar su jardín. Un día que yo le estaba viendo trabajar, me dijo en tono festivo: «Aquí tienes, Santillana, a un ministro desterrado de la corte convertido en jardinero en Loeches.» «Señor—le respondí en el mismo tono—, me parece que estoy viendo a Dionisio Siracusano enseñando a leer y escribir a los niños de Corinto, después de haber dictado leyes en Sicilia.» Sonrióse un poco mi amo de mi respuesta y mostró que no le desagradaba la comparación.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al conde tan superior a su desgracia, rebosando de gozo en una vida tan diferente de la que había tenido hasta allí, cuando advertimos en él una repentina mudanza, que iba creciendo visiblemente y nos causó grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo y sepultado en una profunda melancolía. Dejó todo pasatiempo, y ninguna impresión le hacía cuanto discurríamos para divertirle. Así que acababa de comer se encerraba en su cuarto, donde permanecía solo hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podía nacer

de acordarse de la grandeza pasada, y en esta inteligencia le dejábamos a solas con el padre dominico; pero su elocuencia tampoco pudo vencer la melancolía del duque, la cual, en vez de disminuirse, cada día se iba aumentando.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podía proceder de algún motivo o disgusto reservado que no quería manifestar, lo cual me hizo formar el designio de arrancarle su secreto. Para conseguirlo aguardé el momento de hablarle sin testigos, y habiéndole hallado, «Señor—le dije con aire mezclado de respeto y de cariño—, ¿será permitido a Gil Blas atreverse a hacer una pregunta a su amo?» «Pregunta lo que gustes—me respondió—, que yo te lo permito.» «¿Qué se ha hecho—repliqué—de aquella alegría que se notaba en el semblante de vuestra excelencia? ¿Habrá perdido ya vuestra excelencia aquel ascendiente que tenía sobre la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor excite nuevas inquietudes en vuestra excelencia? ¿Querrá vuestra excelencia volver a sumergirse en aquel abismo de amarguras de que su virtud le había libertado?» «No; gracias al Cielo—respondió el ministro—, ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la corte, y olvidé para siempre todos los obsequios que allí se me tributaron.» «Pues, señor—le repliqué—, si vuestra excelencia ha podido desechar de sí todas esas memorias, ¿por qué se deja dominar de una melancolía que a todos nos aflige? ¿Qué tiene vuestra excelencia? Mi querido amo—prorrumpí, arrojándome a sus pies—, vuestra excelencia tiene algún secreto pesar que le devora. ¿Querrá vuestra excelencia hacer un misterio de ello a Santillana, cuya reserva, celo y fidelidad tiene tan conocidos? ¿Qué delito es el mío para haber desmerecido su antigua confianza?» «La posees todavía—me dijo su

excelencia—, pero confieso que me cuesta mucha repugnancia revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado. Sin embargo, no puedo negarme a las instancias de un criado y de un amigo como tú. Sabe, pues, el motivo de mi pena; sólo Santillana me podría merecer que le hiciese semejante confesión. Sí—continuó—, me domina una negra melancolía, que poco a poco me va acortando los días de la vida. Casi a cada instante estoy viendo un espectro que se pone delante de mí bajo una forma espantosa. Trabajo en vano por persuadirme a mí mismo de que es una mera ilusión, un fantasma que nada tiene de realidad. Sus continuas apariciones me turban y trastornan, y si tengo la cabeza bastante fuerte para vivir persuadido de que viendo a este espectro nada veo, soy también bastante débil para afligirme con esta visión. Mira lo que me has obligado a que te confiese—añadió—; juzga ahora si me sobraba razón para ocultar a todos el verdadero motivo de mi melancolía.»

Oí con tanto dolor como admiración una cosa tan extraordinaria y que suponía que su máquina se iba desorganizando: «Señor—dije al ministro—, ¿quién sabe si eso procede del escaso alimento que toma vuestra excelencia? Porque su sobriedad es excesiva.» «Eso mismo pensé yo al principio—me respondió—, y para experimentar si debía atribuirlo a la dieta, como hace algunos días más de lo ordinario, pero todo es inútil, porque el fantasma no desaparece.» «El desaparecerá—le repliqué para consolarle—, y si vuestra excelencia quisiera distraerse un poco, volviendo a entretenerse en el juego con sus fieles criados, me persuado de que no tardaría en verse libre de esos negros vapores.»

Pocos días después de esta conversación cayó su excelencia enfermo, y conociendo él mismo que el mal se haría de cuidado, envió a buscar a

Madrid dos escribanos para disponer su testamento, e hizo venir también tres célebres médicos que tenían la fama de curar algunas veces sus enfermos. Luego que se divulgó por el palacio la llegada de estos últimos, no se oyeron en él mas que lamentos y gemidos, mirando todos como muy cercana la muerte del amo; tan imbuídos estaban contra tales profesores. Habían éstos llevado consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus órdenes, y dejando primero a los escribanos hacer su oficio, entraron en seguida ellos a desempeñar el suyo. Como seguían los principios del doctor Sangredo, recetaron desde la primera consulta sangrías sobre sangrías, de manera que al cabo de seis días redujeron a los últimos al conde-duque, y al séptimo le libraron de su visión.

La muerte del ministro ocasionó en todo el palacio de Loeches un agudo y sincero dolor. Sus criados le lloraron amargamente, y, lejos de consolarse de su pérdida con la memoria que hizo de todos en su testamento, no había siquiera uno que no hubiera renunciado gustoso al legado que le tocaba por restituirle a la vida. Yo, que era el más querido de su excelencia y que me había aficionado a él por pura inclinación hacia su persona, sentí aún más que los otros su fallecimiento. Dudo que Antonia me haya costado más lágrimas que el conde-duque.

* * *

# Capítulo XII

**Lo que pasó en el palacio de Loeches después de la muerte del conde-duque y partido que tomó Santillana.**

Con arreglo a la voluntad del ministro, fué sepultado su cadáver en el convento de las religiosas, sin pompa ni ostentación, acompañado de nuestros lamentos. Después de los funerales, la condesa de Olivares nos hizo leer el testamento, del cual toda la familia tuvo motivo para quedar contenta. A cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenía, siendo la menor de dos mil escudos. La mía fué la mayor de todas; su excelencia me dejó diez mil doblones en prueba del singular afecto que me había profesado. No se olvidó de los hospitales, y fundó aniversarios en muchos conventos.

La condesa de Olivares envió a Madrid a todos los criados para que cada uno cobrase su manda de su mayordomo don Ramón Caporis, que tenía orden de entregársela; pero yo no pude ir con ellos, porque una fuerte calentura, efecto de mi aflicción, me detuvo en el palacio siete u ocho días. No me abandonó en todo ese tiempo el padre dominico, porque este buen religioso me había tomado inclinación, e interesándose en mi salud, me preguntó luego que me vió restablecido qué pensaba hacer de

mí. «No sé todavía, mi reverendo padre, lo que haré—le respondí—, porque en este punto no estoy aún de acuerdo conmigo mismo. Algunos momentos estoy tentado a encerrarme en una celda para hacer penitencia.» «¡Momentos preciosos!—exclamó el religioso—. Señor Santillana, ¡y qué bien haría usted en aprovecharse de ellos! Aconséjole, como amigo, que, sin dejar de ser seglar, se retire para siempre a algún convento, en donde, por medio de algunas donaciones piadosas de sus bienes, pueda expiar los extravíos de una vida mundana, a ejemplo de muchas personas que han terminado así su carrera.»

En la disposición en que me hallaba no me incomodó el consejo del religioso, y respondí a su reverencia que me tomaría tiempo para reflexionarlo. Pero habiendo consultado sobre el particular a Escipión, a quien vi un momento después que al padre, se opuso a este pensamiento, que le pareció un delirio. «¿Es posible, señor de Santillana—me dijo—, que usted se incline a semejante retiro? ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro más agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, con mayor razón le agradará ahora que se halla en edad más adecuada para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la Naturaleza.»

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinión. «Amigo mío—le dije—, más puedes tú que el padre dominico. Veo, con efecto, que me será mejor volver a mi quinta, y a ello me decido. Volveremos a Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarme del todo.» Fuímonos Escipión y yo a Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo.

Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de

un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podía mirar esta villa con buen semblante, y así, sólo me detuve en ella cinco o seis días que necesitó Escipión para disponer lo necesario a nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto yo me fuí a ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenía mis pensiones. Concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El día antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se había despedido de don Enrique. «Sí, señor—me respondió—, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente. No obstante, él me ha asegurado que sentía le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él. No basta que el criado agrade al amo: es menester también que el amo agrade al criado. De otra manera, se avienen mal. Fuera de que—añadió—don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo y ninguno le llama mas que el hijo de la genovesa. Vea usted ahora si para un mozo de honra sería cosa de gusto servir a un amo desacreditado.»

Salimos por último de Madrid al amanecer y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipaje de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas, conducidos por un calesero; seguían tres machos, cargados de ropa y dinero, guiados por dos mozos de mulas; tras de éstos venían dos robustos lacayos, escogidos por Escipión, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban, por su parte, sables, y el calesero, un par de pistolas en el arzón de la silla.

Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran

resolución, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardeaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas, y los paisanos se asomaban a las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecía, cuando menos, el de algún grande que iba a tomar posesión de un virreinato.

* * *

# Capítulo XIII

**Vuelve Gil Blas a su quinta; tiene el gusto de encontrar ya casadera a su ahijada Serafina, y él mismo se enamora de una señorita.**

Quince días tardé hasta Liria, porque no había precisión de acelerar las jornadas. Solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos divirtiendo la imaginación a cosas que me gustasen, lo que no fué difícil, porque al cabo de veinticinco años que habían pasado desde su muerte estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta vinieron a saludarme Beatriz y su hija Serafina. Después de esto, el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos, con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atención en mi ahijada y dije: «¡Es posible que sea ésta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! ¡Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida! ¡Es menester que pensemos en casarla!» «¿Cómo así, querido padrino?—exclamó mi ahijada, sonrojándose un poco al oír mis últimas palabras—. ¿No bien me ha visto usted cuando ya piensa en separarme de sí?» «No, hija mía—le

respondí—, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido; queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.»

«Uno que tiene esa circunstancia—dijo entonces Beatriz—pretende a la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato vió a Serafina un día en misa en la iglesia del lugar y quedó muy prendado de ella. Vino después a verme, declaróme su intención y pidió mi consentimiento. «Poco adelantaría usted—le respondí—aunque yo se lo concediera. Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo más que puedo hacer por usted es escribirles para informarles de su solicitud, honrosa para mi hija.» Con efecto, señores—prosiguió ella—, esto iba a escribir a ustedes. Mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.»

«Pero, en suma—dijo Escipión—, ¿qué carácter tiene ese hidalgo? ¿Se parece acaso a la mayor parte de los de su clase? ¿Está envanecido con su nobleza y es insolente con los plebeyos?» «¡Oh, lo que es eso, no!—respondió Beatriz—. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años.» «Nos haces—dije a Beatriz—un buen retrato de ese caballero. ¿Cómo se llama?» «Don Juan de Antella—respondió la mujer de Escipión—. Ha poco tiempo que heredó a su padre, y vive en una hacienda propia que sólo dista una legua de aquí, en compañía de una señorita joven, hermana suya.» «Oí en otro tiempo—repuse yo—hablar de la familia de ese hidalgo, que es una de las más nobles del reino de Valencia.» «Aprecio menos—exclamó Escipión—la hidalguía que las buenas prendas, y ese don Juan nos convendrá si es hombre de bien.» «A lo menos esa fama tiene—dijo Serafina tomando parte en la conversación—, y los vecinos de Liria que le

conocen le ponderan mucho.» Cuando oí estas breves palabras a mi ahijada me sonreí mirando a su padre, el cual conoció por ellas, como yo, que aquel galán no desagradaba a su hija.

Tardó poco el caballero en saber nuestra llegada, y dos días después vino a presentarse a nuestra quinta. Se nos acercó con buenos modales, y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos había dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díjonos que, como vecino, venía a darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atención y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose toda en recíprocos cumplimientos, y don Juan, sin hablarnos una palabra de su amor a Serafina, se retiró, rogándonos solamente que le permitiéramos repetir sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba había de serle muy gustosa. Después que se fué nos preguntó Beatriz qué tal nos parecía aquel hidalgo; le respondimos que nos había prendado y que nos parecía que la fortuna no podía ofrecer mejor colocación a Serafina.

Al día siguiente, después de comer, salí con el hijo de la Coscolina para ir a pagar la visita que debíamos a don Juan. Tomamos el camino de su lugar guiados por un aldeano que, después de haber caminado tres cuartos de legua, nos dijo: «Aquella es la quinta de don Juan de Antella.» Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y estuvimos largo rato sin verla, hasta que, llegando al pie de un collado, la descubrimos en medio de un bosque, rodeada de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la ocultaban a la vista. Tenía un aspecto antiguo y deteriorado, que acreditaba menos la opulencia que la nobleza de su dueño. Sin embargo, cuando ya estuvimos dentro advertimos que el aseo y buen gusto de los muebles

recompensaba la caduca vejez del edificio.

Don Juan nos recibió en una sala decentemente adornada, en donde nos presentó una señora, que nombró delante de nosotros su hermana Dorotea y que podía tener de diez y nueve a veinte años. Estaba vestida de gala, como quien esperaba nuestra visita, cuidadosa de parecernos bien. Y presentándose a mi vista con todos sus atractivos, hízome la misma impresión que Antonia, es decir, que me quedé turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Escipión lo pudo advertir. Nuestra conversación versó, como la del día anterior, sobre el contento mutuo que tendríamos de vernos algunas veces y de vivir con la armonía de buenos vecinos. Don Juan no tomó todavía en boca a Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que le pudiese dar ocasión a declarar su amor, persuadidos de que en ese punto lo mejor era dejarle venir. Durante la conversación echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada a Dorotea, sin embargo de simular mirarla lo menos que me era posible, y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas eran éstas otras tantas flechas con que me atravesaba el corazón. Confesaré, con todo, por hacer recta justicia al objeto amado, que no era una hermosura completa: aunque tenía la tez muy blanca y los labios más encarnados que la rosa, su nariz era un poco larga y sus ojos pequeños; sin embargo, el conjunto me embelesaba.

En suma, no salí de casa de Antella con el sosiego con que había entrado, y al volverme a Liria con la imaginación puesta en Dorotea no veía ni hablaba sino de ella. «¿Qué es esto, mi amo?—me dijo Escipión mirándome como suspenso—. Mucho le ocupa a usted la hermana de don Juan. ¿Le habrá inspirado a usted amor?» «Sí, amigo—le respondí—, y estoy corrido de ello. ¡Oh Cielos! Yo, que desde la muerte de Antonia he

mirado mil hermosuras con indiferencia, ¿será posible que encuentre, a la edad en que me hallo, una que me inflame sin que yo lo pueda resistir?» «Señor—me replicó el hijo de la Coscolina—, parecíame a mí que debía usted celebrar esa aventura en vez de quejarse de ella. Usted se halla todavía en una edad en que nada tiene de ridículo abrasarse en una amorosa llama, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que le haya quitado la esperanza de agradar. Créame usted: la primera vez que vea a don Juan pídale sin temor su hermana, seguro de que no la podrá negar a un hombre de sus circunstancias. Fuera de que, aun cuando quisiese absolutamente casarla con algún hidalgo, usted lo es, pues tiene su ejecutoria, que basta para su posteridad. Después que el tiempo haya echado a la tal ejecutoria el espeso velo que cubre el origen de todas las familias, quiero decir, después de cuatro o cinco generaciones, la descendencia de los Santillana será de las más ilustres.»

* * *

# Capítulo XIV

**De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin a la historia de Gil Blas de Santillana.**

Animóme tanto Escipión a declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginación que me exponía a un desaire. Con todo eso, no me determiné a ello sin cierto recelo. Aunque mi rostro disimulaba mucho mis años y podía quitarme a lo menos diez de los que tenía sin miedo de no ser creído, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiera agradar a una mujer joven y hermosa. Sin embargo, resolví arriesgarme y hacer la petición la primera vez que viera a su hermano, el cual, por su parte, no teniendo seguridad de conseguir a mi ahijada, no estaba sin zozobra.

Volvió a mi quinta al día siguiente por la mañana, a tiempo que acababa de vestirme. «Señor de Santillana—me dijo—, hoy vengo a Liria a tratar con usted de un asunto muy serio.» Hícele entrar en mi despacho, y desde luego empezó a hablar sobre el particular. «Creo—me dijo—que no ignora usted el negocio que me trae. Yo amo a Serafina; usted lo puede todo con su padre; suplícole favorezca mi pretensión, disponiendo que consiga el objeto de mi amor. ¡Deba yo a usted la felicidad de mi vida!»

«Señor don Juan—le respondí—, ya que usted ha ido derechamente al asunto, no extrañe que yo imite su ejemplo, y que, después de haberle prometido mis buenos oficios para con el padre de mi ahijada, implore los de usted para con su hermana.»

A estas últimas palabras don Juan dejó escapar un tierno suspiro, del cual inferí un agüero favorable. «¡Es posible, señor—exclamó prontamente—, que Dorotea a la primera vista haya conquistado vuestro corazón!» «Me ha encantado—le dije—, y me tendré por el hombre más dichoso del mundo si mi pretensión agradase a uno y a otra.» «De eso debe usted estar seguro—me replicó—, pues, aunque somos nobles, no desdeñamos el enlace de usted.» «Me alegro—repuse yo—que no tenga usted dificultad en admitir por cuñado a un plebeyo; esto mismo me obliga a estimarle más, porque es prueba de su buen juicio. Pero sepa usted que, aun cuando su vanidad le indujese a no permitir que su hermana diera la mano a ninguno que no fuera noble, todavía tenía yo con qué contentar su presunción. Veintiocho años me he empleado en las oficinas del Ministerio; y el rey, para recompensar los servicios que hice al Estado, me gratificó con una ejecutoria de nobleza, que voy a enseñar a usted.» Diciendo esto, saqué la ejecutoria de un cajón, entreguésela al hidalgo, que la leyó de cruz a fecha atentamente con la mayor satisfacción. «Está muy buena—me dijo al devolvérmela—. Dorotea es de usted.» «Y usted—exclamé yo—cuente con Serafina.»

Quedaron, pues, determinados de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, y sólo restaba saber si las novias consentirían gustosas; porque ni don Juan ni yo, igualmente delicados, pretendíamos conseguirlas contra su voluntad. Volvióse este hidalgo a su quinta de

Antella a participar mi pretensión a su hermana, y yo llamé a Escipión, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversación que había tenido con don Juan. Beatriz fué de dictamen que se le admitiese por esposo sin vacilar, y Serafina dió a entender con su silencio que era del mismo parecer que su madre. No fué de otro su padre; pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecía preciso dar, correspondiente a un hidalgo como aquél, y cuya quinta tenía urgente necesidad de reparos. Tapé la boca a Escipión diciéndole que eso me tocaba a mí, y que yo le daba cuatro mil doblones de dote a mi ahijada.

Fuí a ver a don Juan aquella misma tarde. «Vuestro asunto—le dije—va a pedir de boca; deseo que el mío no se halle en peor estado.» «Va que no puede ir mejor—me respondió—. No he necesitado emplear la autoridad para obtener el consentimiento de Dorotea. La persona de usted le contenta y sus modales le agradan. Usted recelaba no ser de su gusto, y ella teme con más razón que no pudiendo ofrecerle más que su corazón y su mano...» «¡Qué más puedo desear!—exclamó fuera de mí de alegría—. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia a unir su suerte con la mía, nada más pido. Soy bastante rico para casarme con ella sin dote, y con sólo poseerla quedarán colmados todos mis deseos.»

Don Juan y yo, completamente satisfechos de haber conducido dichosamente las cosas a este estado, resolvimos excusar todas las ceremonias superfluas, para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver al día siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien a esta señorita me obligó a emplear lo menos tres

horas largas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir a estar contento de mi figura. Para un mozalbete que se dispone a ir a ver a su querida esto es un recreo; mas para un hombre que comienza a envejecer, es una ocupación. Con todo, fuí más afortunado de lo que esperaba; volví a ver a la hermana de don Juan, y ella me miró con semblante tan favorable, que todavía me presumí valer alguna cosa. Tuve con ella una larga conversación; quedé hechizado de su carácter y de su juicio, y me persuadí de que, con buen tratamiento y mucha condescendencia, podría llegar a ser un esposo querido. Lleno de tan dulce esperanza, envié a buscar dos escribanos a Valencia, que formalizaron la escritura matrimonial. Después acudimos al cura de Paterna, que vino a Liria y nos casó a don Juan y a mí con nuestras novias.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de Himeneo, y nunca tuve motivo para arrepentirme. Dorotea, como mujer virtuosa, no tenía mayor gusto que cumplir con su obligación; y como yo procuraba adelantarme a llenar sus deseos, tardó poco en enamorarse de mí, como si yo estuviera en mi juventud. Por otra parte, en don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal; y lo más singular fué que las dos cuñadas contrajeron la más estrecha y sincera amistad. Por mi parte, advertí en mi cuñado tan buenas prendas, que le cobré un verdadero cariño, que no me pagó con ingratitud. En fin, la unión que reinaba entre nosotros era tal, que cuando teníamos que separarnos por la noche para volvernos a reunir el día siguiente esta separación no se verificaba sin sentimiento; lo que dió motivo a que ambas familias nos resolviésemos a no formar mas que una sola, que tan pronto vivía en la quinta de Liria como en la de Antella, a la cual, para este efecto, se le hicieron grandes

reparos con los doblones de su excelencia.

Tres años hace ya, amigo lector, que paso una vida deliciosa al lado de personas tan queridas. Para colmo de mi dicha, el Cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre y cuya educación va a ser el entretenimiento de mi ancianidad.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO TOMO

* * *

# Índice


**Tomo I** **4**

Preliminares 5

Declaración de le Sage 8

Una palabrita al lector 10

Capítulo primero 12

Capítulo II 15

Capítulo III 24

Capítulo IV 28

Capítulo V 31

Capítulo VI 40

Capítulo VII 44

Capítulo VIII 47

Capítulo IX 51

Capítulo X 54

Capítulo XI 61

Capítulo XII 70

Capítulo XIII 75

Capítulo XIV 80

Capítulo XV 85

Capítulo XVI 91

Capítulo XVII 98

Capítulo primero 108
Capítulo II 115
Capítulo III 122
Capítulo IV 129
Capítulo V 141
Capítulo VI 149
Capítulo VII 153
Capítulo VIII 180
Capítulo IX 185
Capítulo primero 193
Capítulo II 202
Capítulo III 209
Capítulo IV 220
Capítulo V 228
Capítulo VI 238
Capítulo VII 245
Capítulo VIII 254
Capítulo IX 260
Capítulo X 265
Capítulo XI 270
Capítulo XII 276

**Tomo II · Libro cuarto** **281**
Capitulo primero 282
Capítulo II 289

Capítulo III 294
Capítulo IV 301
Capítulo V 333
Capítulo VI 345
Capítulo VII 355
Capítulo VIII 368
Capítulo IX 374
Capítulo X 380
Capítulo XI 397

**Tomo II · Libro quinto** **403**
Capitulo primero 404
Capítulo II 480

**Tomo II · Libro sexto** **485**
Capitulo primero 486
Capítulo II 493
Capítulo III 498

**Tomo II · Libro séptimo** **502**
Capitulo primero 503
Capítulo II 511
Capítulo III 518
Capítulo IV 525
Capítulo V 529
Capítulo VI 533

Capítulo VII 540
Capítulo VIII 555
Capítulo IX 559
Capítulo X 563
Capítulo XI 567
Capítulo XII 571
Capítulo XIII 579
Capítulo XIV 590
Capítulo XV 595
Capítulo XVI 602

**Tomo III · Libro octavo** **610**
Capitulo primero 611
Capítulo II 618
Capítulo III 624
Capítulo IV 629
Capítulo V 632
Capítulo VI 637
Capítulo VII 643
Capítulo VIII 646
Capítulo IX 656
Capítulo X 665
Capítulo XI 673
Capítulo XII 678
Capítulo XIII 682

**Tomo III · Libro noveno** **687**

Capitulo primero 688

Capítulo II 693

Capítulo III 697

Capítulo IV 700

Capítulo V 705

Capítulo VI 709

Capítulo VII 728

Capítulo VIII 732

Capítulo IX 737

Capítulo X 741

**Tomo III · Libro decimo** **747**

Capitulo primero 748

Capítulo II 757

Capítulo III 766

Capítulo IV 772

Capítulo V 777

Capítulo VI 782

Capítulo VII 790

Capítulo VIII 794

Capítulo IX 801

Capítulo X 808

Capítulo XI 834

Capítulo XII 847

**Tomo III · Libro undecimo** **866**
Capitulo primero 867
Capítulo II 872
Capítulo III 878
Capítulo IV 881
Capítulo V 884
Capítulo VI 890
Capítulo VII 895
Capítulo VIII 900
Capítulo IX 904
Capítulo X 908
Capítulo XI 913
Capítulo XII 916
Capítulo XIII 921
Capítulo XIV 929

**Tomo III · Libro duodecimo** **933**
Capitulo primero 934
Capítulo II 944
Capítulo III 947
Capítulo IV 953
Capítulo V 956
Capítulo VI 960
Capitulo VII 964
Capítulo VIII 968

Capítulo IX 972
Capítulo X 975
Capítulo XI 979
Capítulo XII 983
Capítulo XIII 987
Capítulo XIV 992